CRISOSTOMO-HOMILIAS I

SAN JUAN CRISOSTOMO. HOMILÍAS TOMO I
Traducción directa del griego por RAFAEL RAMÍREZ TORRES, S. J.

Primera Edición Agosto de 1976. EDITORIAL TRADICIÓN, S. A. Av. Sur. 22, No. 14 (entre Oriente 259 y Canal de San Juan), Col. Agrícola Oriental México 9, D. F.
Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. Registro Núm. 840.

Sumario

ARZOBISPADO DE GUADALAJARA

Apartado 1-331 - Liceo

GUADALAJARA, JAL.

Me permito recomendar a los Sacerdotes y a los fieles la versión directa hecha del Griego por el erudito helenista R. P. Rafael Ramírez Torres, S. J., de las obras del gran Padre de la Iglesia S. Juan Crisóstomo.

El pensamiento de los Padres de la Iglesia puede aportar grandes luces para la renovación auspiciada por el Concilio Vaticano II, en especial el de este Santo Obispo que predicó elocuentemente la verdad y supo conservar la equidad en medio de opiniones diversas, gracias a su apego a las fuentes de la Revelación.

Guadalajara, Jal., 27 de septiembre de 1972.

JOSÉ SALAZAR LÓPEZ Arzobispo de Guadalajara.

ADVERTENCIA

DIFICULTADES inherentes a este género de trabajos han hecho que nuestras versiones del Crisóstomo se retrasaran no poco. Ahora continúan bajo el signo de la editorial Tradición, en donde irán apareciendo, con el favor de Dios, en la colección INSTRUCCIÓN RELIGIOSA, a partir del número seis de dicha colección. Por nuestra parte, estamos trabajando en la versión de los últimos grupos de Homilías que se cierran con las dedicadas a comentar la Carta de los Hebreos. Tenemos, pues, la firme esperanza de que muy pronto llegará a su término todo eí trabajo, para auxilio de los señores Sacerdotes y en general de las almas. Los lectores pueden adquirir los volúmenes del I al IV inclusive en la editorial Jus; y del V en adelante en la editorial Tradición. Irán apareciendo primero el resto de las Homilías de ocasión, luego ¡os Tratados y finalmente los Comentarios al Génesis, a algunos de los Profetas, a los Salmos y al Nuevo Testamento hasta la Carta a los Hebreos que los autores se inclinan a tenerla como auténtica de San Pablo.

El autor aprovecha esta oportunidad para hacer público su agradecimiento y sincero y

filial afecto al Emmo. Sr. Cardenal D. José Salazar López, quien se ha dignado recomendar la obra a los señores sacerdotes en particular y también a todos los fieles. Además, a todas las personas, particularmente a los Superiores, que de modo especial le han ayudado con sus palabras de aliento.

HOMILIAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO PRIMERA SERIE

1

I: Homilía acerca del texto: Yo formo la luz y creo las tinieblas:

yo doy la paz, y creo la desdicha (*Is 45,7*)

¡BREVE ES la sentencia, pero es dulce fuente de miel; y de miel que de ninguna manera causa saciedad! El placer que da la miel sensible se termina en la lengua y acaba en corrupción. La miel de la doctrina penetra en la conciencia y la rocía de perpetuo placer y conduce a la inmortalidad. Además, la miel sensible se extrae de las plantas, esta otra se compone de las divinas Escrituras. De esta segunda miel os ha saciado el que en el día de hoy con tan gran elocuencia os ha predicado, y ha obtenido el fruto de vuestro asentimiento, y ha demostrado la nobleza de su caridad y su fe. ¡Ea, pues! ¡También nosotros os serviremos la mesa acostumbrada con gran presteza, porque no es poco lo que nos gozamos al ver que a pesar de la celebridad de los juegos del Circo, que son juegos de niños, los abandonasteis y habéis concurrido en tan inmensa multitud!.

Ponemos por tanto en medio con entera confianza la crátera con toda liberalidad; crátera que engendra no embriaguez sino templanza. Porque de esta calidad es el vino de la Sagrada Escritura, de ésta los manjares de la mesa presente, que no vuelven más gorda la carne y más grasosa. Y no lo decimos con el ánimo de cubrir de ignominia la carne, sino porque estimamos en más la nobleza del alma. No rechazamos el uso de las carnes, sino que reprimimos los excesos. Si nos entregamos a la virtud, conviene hacerlo en forma tal que no demos ocasión a las lenguas de los herejes. Porque al fin y al cabo, este cuerpo es inferior al alma, pero no enemigo del alma. La diferencia es que el alma es sencilla, pero el cuerpo está sujeto a las concupiscencias.

Dios nuestro Señor, el más excelente de todos los arquitectos, no construyó el universo con solas una o dos o tres substancias, sino que puso en él infinita variedad de naturalezas con el objeto de manifestar la abundancia de su sabiduría mediante la variedad de las cosas. Por tal motivo no fabricó únicamente el cielo, sino también la tierra; ni sólo la tierra, sino además el sol; ni únicamente el sol, sino además la luna; ni sólo la luna, sino también las estrellas; ni sólo las estrellas, sino también el aire; y no sólo el aire, sino también los lagos y las fuentes y los ríos, los montes, los valles y los collados, los prados, los huertos y las simientes, y las plantas y diversidad de hierbas en formas varias y entre sí distintas como puede verse; y también infinita variedad de naturalezas que puede cualquiera observar si recorre el universo en todos sus aspectos. Si va con su pensamiento por todo el orbe de la tierra, tendrá que exclamar como el

profeta: ¡Cuántas son tus obras, oh Y ave, y cuan sabiamente ordenadas! ¡todo lo has hecho' con sabiduría.H

Si pues anhelas concurrir a un teatro, abandona aquel satánico y ven a este espiritual. Si deseas escuchar la lira, abandona aquellas armonías y aguza tu mente y ven a escuchar esta otra que eleva tu alma y robustece tu pensamiento. Observa cómo los varios sonidos y las cuerdas distintas ofrecen a Dios, el sumo Arquitecto, una suavísima armonía y del todo perfecta. Porque a la manera del sonido de los vientos que se compone de multitud de sonidos, así esta lira, con sola una melodía produce la alabanza y glorificación de su Hacedor. Suenan las cuerdas cada cual por separado, pero además, al sonar, forman un bello conjunto. Y para que entiendas cómo suenan separadas y en conjunto, pulsa con el pensamiento la cuerda de los cielos y escucharás cómo brota un ingente sonido con que glorifica a Dios.

Así lo había advertido el profeta cuando dijo: ¡Los cielos pregonan lo gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos! Desciende ahora a la otra cuerda del día y de la noche, y observarás que también ésta emite sonidos más suaves que los de una lira cualquiera o de alguna cítara; sobre todo si hay alguno que sepa pulsar como conviene las cuerdas. Pero ¿cómo suenan? preguntará alguno. ¡No mueve el cielo boca alguna, ni lengua, ni paladar! No tiene dientes ni labios. ¿Cómo entonces se forma la voz? ¿De qué manera habla el día? Porque tales criaturas no son instrumentos aptos para emitir la voz, ya que el curso del sol y de la luna solamente nos dan el día y la noche y la cuenta de los tiempos.

Para que no vaya a haber algún ignorante que se conmueva por semejante dificultad, escucha en qué forma el profeta se lanza a cosas aún mayores. Tras de haber dicho que los cielos pregonan la gloria de Dios y que el día habla al día y la noche comunica sus pensamientos a la noche, no se detuvo en esto, sino que añadió: No hay discurso ni palabla cuya voz deje de oírse? ¿Qué significa esto? ¡Es una alabanza de la voz! ¡es un encomio del sonido! ¡Mi palabra es entendida por sólo aquel que habla mi mismo idioma, pero no del que habla otro distinto! Por ejemplo: si hablo en griego y alguno sabe este idioma, me entenderá. En cambio el escita, el tracio, el mauritano, el indo, no me entenderán porque se lo impide la diversidad de los idiomas.

Igualmente yo, si me habla algún escita o tracio, no podré entenderlo ni tampoco él entenderá mi lenguaje. ¡No ha lugar a semejante cosa al tratarse del cielo y de la noche y el día, porque su voz es de tal género que los de cualquier lenguaje o idioma pueden entenderla y serles plenamente clara y manifiesta! Por tal motivo, una vez que dijo el profeta: los cielos pregonan la gloria de Dios y el día habla al día, añadió: ¡No hay discurso ni palabras cuya voz deje de oírse! Es decir que tal lenguaje y tal idioma usan el día y la noche y los cielos y todas las criaturas, que su voz es oída por las gentes de todos los idiomas y de todos los lenguajes, por todos los hombres.

Porque no hay, dice, discurso, o sea no hay gentes ni idiomas en que no se oiga la voz de los cielos. El escita y el tracio, el mauritano y el indo, el saurómata y las gentes de todos los lenguajes, pueden escuchar y entender esta voz. ¿Cómo? ¡Óyelo! ¡comprenderás cómo el cielo puede hablar callando! Al observar su hermosura, su grandeza, su disposición y orden, su perpetuidad, su esplendor, reúne todo esto en un haz y da gloria al Creador. Entonces el cielo ha emitido su voz y ha glorificado y alabado a Dios mediante su lengua. Esto significa lo que dijo el profeta: Los cielos

pregonan la gloria de Dios.

¿Cuál fue, en fin, el modo? ¡Atrayendo a quien contempla la hermosura de su esplendor a la admiración del Creador! Cuando, tras de haber contemplado tan inmensa máquina del cielo, dijeres: ¡Gloria a ti. Señor, que sacaste de la nada una máquina inmensa y la pusiste a nuestra vista!, entonces son los cielos quienes han dado a Dios esta gloria, y usando de tu lengua mostraron su admiración mediante tu vista. Así es como callando dan gloria y honor a Dios; y una voz semejante todos la perciben. Porque aunque no es posible percibirla por el oído, pero sí mediante la vista y la contemplación; y esa vista y contemplación para todos es igual, aun cuando en el idioma sean diferentes. El bárbaro, el escita, el tracio, el mauritano, el indo, todos escuchan esta voz; puesto que quienes bien discurren dan a Dios gloria, y lo alaban al ver este milagro de orden y quedan estupefactos ante su hermosura y magnitud y ante las otras cualidades del cielo.

Y lo mismo puede afirmarse del día y de la noche. Porque así como el cielo con su hermosura, su disposición, su magnitud, su esplendor, su perpetuidad, su utilidad, su eficacia y sus demás cualidades, lleva a quien las contempla a la admiración y hace que demos gloria y honor al Creador suyo, del mismo modo proceden la noche y el día. Cuando contemplas el orden y sucesión de ambos, y en qué forma el día. Una vez que ha terminado su trabajo, no se esfuerza por sacar de sus límites a la noche, ni muestra codicia alguna de usurpar las cosas ajenas; y cómo ni el día, por ser más brillante anhela llenar todo el tiempo, sino que a sus tiempos se aparta; e igualmente la noche, en cuanto ha terminado su curso, deja su sitio al día; y que esto ha sucedido por tan largos años sin que se notara confusión alguna que perturbe el orden, en forma tal que el día haya echado fuera la noche, ni la noche haya quitado alguna parte del día, a pesar de ser éste más brillante y aquélla más oscura ¿acaso, cuando hayas contemplado un orden tan perfecto, no glorificarás a Dios?

Como dos hermanas entre sí encariñadas y llenas de benevolencia, se dividen en partes iguales y equilibradas la herencia paterna y ni en lo más mínimo la una defrauda a la otra, así el día y la noche, habiéndose repartido el tiempo, al no quitarse ni la mínima parte del que les corresponde, guardan una igualdad tan grande como por el uso diario la conocéis y por la diaria experiencia. Oigan esto los avaros y los que despojan a sus hermanos de parte de su herencia: ¡Avergüéncense del perfecto orden de los tiempos y de la concordia entre el día y la noche y corrijan su defecto!.

Tal es el modo como el día habla al día y la noche comunica a la noche sus pensamientos, no precisamente lanzando voces, sino predicando a su Creador con un sonido más penetrante que el de una trompeta, mediante su orden perfecto, su disposición, su igualdad, su medida que ningún obstáculo modifica. Y esto sucede no en un ángulo de la tierra, sino en todos los ángulos y regiones que contempla el sol. Porque semejantes voces recorren todo el mundo, ya que por todas partes lo envuelve el cielo y por todas partes existen el día y la noche, y van repartiendo sus enseñanzas por tierras y por mares. Por esto no dijo el profeta sencillamente que los cielos hablan la gloria de Dios, sino que la pregonan; es decir que instruyen en esa gloria a otros, y tienen como discípulo a todo el género humano. ¡Abren escuela para todos y en vez de libros y letras les presentan la hermosura de su naturaleza para que la contemplen: ¡a los idiotas y a los sabios y a todos, como encerrada en semejantes libros, les ofrecen la doctrina acerca de la sabiduría y el poder de Dios!.

Así también los hombres que no hablan, sino que callan, pueden glorificar a Dios mediante el ministerio de otros. Y por esto decía Cristo: Así luzca vuestra luz delante de los hombres, que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos En consecuencia, así como quien observa una vida en virtudes refulgente, aun cuando quien la vive guarde silencio, glorifica y alaba a Dios, del mismo modo quien contempla la hermosura del cielo, glorifica al Creador. Por esto dice el profeta: Los cielos pregonan la gloria de Dios, es decir mediante los que los contemplan; y el día habla al día y la noche comunica con la noche sus pensamientos. ¿Qué pensamientos? ¡Los referentes al conocimiento del Creador!.

Como el día saca al hombre a su trabajo, la noche, cuando llega, le proporciona descanso de sus innumerables ocupaciones y lo alivia y le adormece los ojos ya fatigados y le baja los párpados; y hace que el hombre, restauradas sus fuerzas, reciba los nuevos rayos del sol. De manera que tampoco la utilidad de la noche es pequeña, sino muy grande. Si no diera al hombre descanso de ninguno de sus trabajos, mediante la sucesión con el día, de nada le aprovecharía al hombre la llegada del día que lo vuelve de nuevo a sus ocupaciones; puesto que, aniquilada su naturaleza y destruida su parte animal por la continuidad del trabajo, perecería, y no sacaría provecho de disfrutar de la luz.

Es pues sobre todo la noche la que hace que el día sea útil al hombre; y además lo lleva al conocimiento de Dios mediante sus servicios, cuando el hombre goza de su ritmo ordenado. Cuando alguno piensa dentro de sí cuan grande es la utilidad que el día le acarrea y cuan grande también la que la noche le trae, y en qué forma la noche sucede al día, y cómo con su variada sucesión a la manera de un coro que va cambiando alternativamente, sustentan al linaje nuestro, aun cuando sea el más ignorante de todos los hombres, podrá conocer la sabiduría del Creador si aguza su entendimiento: ¡sabiduría que Dios manifiesta mediante el día y la noche, puesto que el uno nos ofrece comodidad para el trabajo y la otra descanso para el mismo trabajo!.

Pero . . . ¡nos ha sucedido que ya desde el exordio, nos hemos desviado a tratar de semejante materia! En cambio, como quizá algunas de las cosas que se os leyeron han perturbado a quienes tienen menos atento el ánimo y están menos versados en las Sagradas Escrituras, ¡ea! ¡con sumo empeño y anhelo pasemos a tratar tales cuestiones! Se os leyó acerca de la mujer que padecía flujo de sangre y que cerró la fuente de su sangre mediante el contacto de las vestiduras de Cristo y mediante la fe arrebató tan gran tesoro. Porque hurto fue aquel suceso, pero hurto digno de alabanza; y la mujer que lo cometió, una vez que fue descubierta con el hurto, mereció ser encomiada. Jesús mismo, que había padecido el hurto, ensalzó a la mujer.

Se os leyó también acerca de las cicatrices y heridas y cárceles y destierros y juicios y naufragios y ataduras y cadenas y asechanzas continuas y variadas, y muertes cotidianas, y hambres y sed y desnudez y diaria solicitud de Pablo. Pero ¿qué haré yo? ¡Será necesario que, poniendo todo mi esfuerzo, me sustraiga a semejantes materias, no sea que de nuevo Pablo nos retenga y arrastre y lleve fuera del asunto que tenemos delante! Pues, como bien sabéis, muchas veces, mientras yo me dirigía a otro sitio y me volvía a otra parte, me salió al encuentro y me detuvo en mitad del discurso, y de tal manera me capturó que me obligó a terminar en él mi predicación.

A fin, pues, de que no nos acontezca ahora lo mismo, como quien enfrena con violencia

el discurso que tiende hacia él, volvámoslo y traigámoslo al dicho del profeta. ¿De qué dicho se trata?: ¿Yo el Señor, dice, formo la luz y creo las tinieblas; yo doy la paz, yo creo la desdicha. ¿Veis ya cómo no en vano ni al acaso dirigimos acá nuestros pasos, sino que nos apresuramos a venir a esta materia, tras de hacer a un lado las otras? Porque la presente materia, a quien esté menos atento le causará no pequeña turbación. En consecuencia, atended, os ruego, y despertad vuestro ánimo y aguzad vuestros oídos. Haced a un lado toda solicitud del siglo y advertid a lo que se os dice. Quiero pagaros este tributo por vuestro empeño en acudir a la reunión, de tal modo que al regresar a vuestros hogares, saturados de espirituales alimentos, conozcan quienes no acudieron, por los hechos mismos, cuan grande es la pérdida que han sufrido.

Y lo sabrán, si vosotros captáis con cuidado lo que os vamos a decir, de manera que luego lo podáis transmitir: Yo el Señor formo la luz y creo las tinieblas; yo doy la paz y creo la desdicha. Repito con frecuencia el texto para que quede enclavado en vuestra mente, y podamos luego ofreceros la solución. No es este texto el único que tal afirma. Otro profeta que consuena perfectamente, decía: ¿Habrá en la ciudad calamidad cuyo autor no sea Y ave?'1 ¿Qué significa, pues, lo que dice? Porque es necesario hallar una solución única a esta clase de textos. ¿Cuál será la solución? La solución consiste desde luego en que entendamos lo que se dice. ¡Atended con diligencia, ya que no en vano ni a la ventura os exhortamos con frecuencia a que pongáis atención! ¡Nos embarcamos en cuestiones abstrusas y de mucho peso!.

Hay unas cosas que son buenas, otras malas y otras como intermedias. De estas, muchas a muchos les parecen malas no siéndolo; a pesar de lo cual se las llama malas y por tales se las tiene. Mas, a fin de que mejor se esclarezca lo que voy a decir ¡ea! ¡procedamos a declarar nuestra afirmación! A muchos la pobreza les parece un mal, pero no lo es. Más aún: si alguno es previsor y cuidadoso, encuentra medios para alejar ese mal. Por el contrario, las riquezas parecen ser un bien, pero no son en absoluto buenas, si no se usan como conviene. Si fueran en absoluto buenas, necesariamente serían buenos los que las poseen. Pero, si no todos los ricos son virtuosos, queda en claro que las riquezas parecen ser un bien pero tomadas en sí y simplemente no son buenas ni malas, sino cierta materia que yace como puesta en medio y ofrece ocasiones de ejercitar la virtud.

Considéralo por este otro camino. Hay en el cuerpo ciertas cualidades que dan su nombre a quienes las poseen. Por ejemplo el candor y blancura no es substancia, sino una cualidad y accidente que sobreviene a la substancia. De manera que si a alguno le acontece que semejante cualidad se le adhiera, será llamado y tenido como blanco. La enfermedad es también una cualidad accidental que se adhiere a un hombre y lo llamamos enfermo. Si pues las riquezas fueran simplemente buenas, el que las posee sería simplemente bueno y debería llamarse virtuoso. Pero si el rico no está enteramente dotado de bondad, las riquezas no serán en sí y simplemente un bien y una virtud; sino que serán buenas o no según el afecto del ánimo de quien las usa. Y por el contrario, la pobreza, si fuera un mal sería necesario que todos los pobres que en ella viven fueran malos. Pero si muchos hombres han ganado el cielo, siendo pobres, la pobreza no es un mal.

Dirá alguno: pero es que muchos a causa de la pobreza blasfeman. No es por la pobreza, sino por su locura y bajeza de ánimo, por lo que blasfeman: Y esto queda en claro con el ejemplo de Job, quien reducido a la extrema pobreza, y despeñado en el abismo pleno de la indigencia, no sólo no blasfemó, sino que no cesaba de alabar a Dios, y decía: ¡El

Señor lo dio, el Señor lo quitó! ¡como al Señor le pareció así se hizo! ¡sea el nombre del Señor bendito por los siglos! Dirás que muchos a causa de las riquezas roban y se echan sobre lo ajeno. ¡No sucede tal cosa a causa de las riquezas sino de la necedad. Testigo nos es el mismo Job, que abundaba en tan gran cantidad de bienes; pero no sólo no robó lo ajeno, sino que aun daba de lo propio y se convertía en puerto para los peregrinos, y decía: Mi casa estuvo abierta para todo peregrino?

También Abraham, siendo tan rico, todo lo gastaba en ayudar a los peregrinos y transeúntes. Y sin embargo, ni a éste ni a aquél las riquezas los hicieron ladrones ni avaros. Tampoco la pobreza volvió blasfemos a Job ni a Lázaro, pues aun faltándoles lo necesario para el sustento, llegaron a ser tan ilustres en la virtud, que a uno lo recomendó el testimonio del mismo Dios que conoce bien los arcanos de los corazones, y el otro fue llevado de acá abajo, precediéndole los ángeles, y fue a vivir en la misma tienda con el patriarca Abraham y a gozar de los mismos bienes.

De manera que tales cosas son algo intermedio, digo la riqueza y la pobreza; lo mismo que la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, la gloria y el honor, la esclavitud y la libertad, y las demás cosas a éstas parecidas. No vamos a recorrer cosa por cosa para no alargar el discurso; pero vosotros con estos ejemplos podéis discurrir sobre las demás. A nosotros nos urge continuar con lo que íbamos tratando. Porque dice la Escritura: Da ocasión al sabio y se hará más sabio.m En conclusión, tales cosas son algo intermedio, que el hombre puede usar para su bien o para su mal. Y que sean algo intermedio las riquezas, lo manifestó Abraham, que usó de ellas como convenía; lo manifestó el rico que vivió en los tiempos de Lázaro, pues las usó para su ruina. Las riquezas, en conclusión, de suyo no son buenas ni malas.

Si fueran buenas y no algo indiferente no habría sido castigado con penas tan severas el rico que vivió en los tiempos de Lázaro; y si fueran malas de por sí, no sería tan celebrado Abraham, que fue rico. Lo mismo se diga de la enfermedad. Si fuera un mal, sería necesario que el enfermo fuera malo. Y en consecuencia Timoteo debería haber sido malo, puesto que sufría una gravísima enfermedad. A éste le dice Pablo: Usa de un poco de vino a causa de tu estómago, por tus frecuentes enfermedades. - Pero si tal motivo no lo hizo malo sino al revés, tuvo con él ocasión de grandes merecimientos - puesto que llevó con paciencia la enfermedad-, queda claro que la enfermedad no es mala.

Hubo un profeta que padecía de los ojos, y no por tal motivo era malo sino que aun profetizaba y preveía lo futuro, y la enfermedad no le servía de impedimento para la virtud. Tampoco la salud es simplemente buena, a no ser que quien la posea la use como conviene, y no para cometer algún crimen o entregarse al ocio vano, porque ya el ocio mismo no deja de ser pecado. Pablo decía: El que no quiera trabajar, no cornal En resumen: tales cosas son como intermedias e indiferentes y se hacen buenas o malas, según el modo como las usen quienes las poseen. Mas ¿para qué traer a la memoria la salud o la enfermedad, la riqueza o la pobreza? ¡Lo que según el vulgo es el colmo de todos los males y como resumen de todos los bienes, quiero decir la muerte y la vida, no son, absolutamente hablando, ni buenas ni malas sino indiferentes, y según las sobrelleva el ánimo de quien las usa se hacen buenas o malas!.

Por ejemplo. Bueno es vivir si alguno usa de la vida como conviene: pero si la usa para entregarse a los pecados e iniquidades, ya no es buena sino que sería mucho mejor que

quien así procede, muriera. Y por el contrario, la muerte, que todos piensan que debe huirse, nos acarrea infinitos bienes cuando se sufre por un motivo conveniente. Lo prueban los mártires, pues a causa de su muerte son los más felices de los hombres. Pablo no simplemente deseaba vivir en Cristo, sino porque de ahí resultaba fruto de buenas obras. Porque dice: ¡No sé elegir! Por ambas partes me siento apretado, pues de un lado deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor; por otro, quiero permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros. Y por el mismo motivo decía el profeta: Preciosa es en el acatamiento del Señor la muerte de los santos. ¡No simplemente la muerte, sino semejante muerte! Y por el contrario, en otra parte, dice: La muerte de los pecadores, pésima!

¿Observas cómo también la muerte es cosa indiferente y que no es ni simplemente buena ni simplemente mala, sino que se califica según la disposición de ánimo de quienes la reciben? Por esto el sapientísimo Salomón cuando hace memoria de la utilidad que en las cosas indiferentes está colocada, y discurre acerca de ellas, y demuestra que no son absolutamente buenas unas y malas otras, sino que unas se hacen buenas mediante la conveniencia del tiempo, aunque parezcan molestas, y lo malo se hace malo aunque parezca agradable, decía de las mismas cuando no se hacen a sus tiempos convenientes: Tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de vivir y tiempo de moriré No siempre el gozo es un bien, sino que a veces es un mal y daño; ni siempre dolerse es un mal, sino que a veces resulta dañino y mortal. Y Pablo declarando lo mismo, decía: Pues la tristeza según Dios es causa de penitencia saludable, de que jamás hay que arrepentirse; mien-¡tras que la tristeza según el mundo lleva a la muerteX*

Mira, pues, cómo también esto es algo intermedio y cosa indiferente; y por lo mismo también lo es su contrario, o sea el gozarse. Por lo mismo Pablo ordenó no simplemente gozarse, sino gozarse en el Señor. Pero ya hemos aclarado esta cuestión suficientemente en lo de las cosas indiferentes, si es que nuestros oyentes nos han prestado atención. Resta que vengamos a las cosas que no son indiferentes, sino buenas y que no pueden convertirse en malas; y a las malas que jamás pueden ser buenas. Porque las que hemos mencionado a veces son de un modo y a veces de otro. Así pasa con las riquezas que ahora sirven para arrebatar lo ajeno y son malas y ahora se gastan en hacer limosnas y son buenas. Y lo mismo las otras cosas, siguiendo la misma regla.

Pero hay cosas que nunca pueden ser malas mientras que las que les son contrarias siempre son malas y nunca pueden ser buenas. Tales son la impiedad, la blasfemia, la lascivia, la crueldad, la inhumanidad, la gula y otras del mismo género. Notad que no afirmo que un hombre por ser malo ya no ,puedi; volver a ser bueno, ni que quien es bueno jamás pueda hacerse malo; sino que tales cosas en sí mismas jamás puede hacerse que sean lo contrario. Cada una al permanecer en su género o es buena o es mala. El hombre, cuando ha elegido el primer género se hace bueno; cuando elige el contrario se hace malo.

Hay en consecuencia tres órdenes de cosas: las buenas que nunca pueden hacerse malas, como la templanza, la limosna y otras; hay otras malas que nunca pueden hacerse buenas, como la lascivia, la inhumanidad, la crueldad; otras hay en fin que son buenas o malas, según la disposición de ánimo de quienes las practican. Las riquezas a veces sirven para hacer limosnas, a veces para usurpar los bienes ajenos. Acontece esto por la disposición de ánimo de quienes las usan. La pobreza algunas veces es causa de blasfemia, otras es de bendecir y ser virtuoso.

En consecuencia, no pocos hombres ignorantes -porque se hace necesario venir ya a la solución de la dificultad- llaman malas no sólo a las cosas que jamás pueden ser buenas, sino también a algunas de las indiferentes como la pobreza, la cautividad, la esclavitud, el hambre y otras parecidas, que ya demostramos que han de contarse entre las indiferentes. Hay muchos que llaman malas a las cosas que no lo son. Y precisamente de éstas habla el profeta. Es decir de las que en la estima del vulgo son malas, pero en realidad no lo son, como la cautividad, la esclavitud, el hambre y otras. Demostramos ahora cómo semejantes cosas no sólo no son malas, sino que sirven mucho para apartar de las malas; y comencemos por la primera que nombramos: el hambre, que a todos parece ser cosa temible y verdaderamente espantosa.

Observa en qué forma no es mala, sino que más bien adoctrina para vivir bien. Como el pueblo de los hebreos llegara al colino de la perversidad, el gran Elias -verdaderamente digno del cielo- quiso curarlo de su entorpecimiento; y para corregirlo, le dijo: / Vive el Señor a quien sirvo que no habrá lluvia sino por mi palabra!18 El, que no poseía sino una piel de cordero, cerró los cielos: ¡tanto pudo para con Dios! ¿Miras cómo la pobreza no es un mal? De otro modo no hubiera merecido tanto favor con Dios quien era el más pobre de los mortales, ni habría demostrado tan grande poder mientras aún vivía sobre la tierra, mediante su sola palabra. Una pronunció y trajo el hambre, a la manera de un excelentísimo pedagogo y corrector de los pecados que habían acontecido.

Y como suele suceder cuando una fiebre intensa se ha apoderado del organismo, las venas mismas de la tierra estaban áridas, y los torrentes se secaban y también las plantas. Y en adelante las entrañas de la tierra se mostraron totalmente estériles. Sin embargo, vino así al pueblo no pequeña utilidad, pues reprimió el ímpetu con que se lanzaban al pecado; y con el castigo se tornaron más modestos, con mayor temperancia, más mansos y obedientes al profeta. Quienes corrían hacia los ídolos y les sacrificaban a sus propios hijos, no se indignaron cuando se dio muerte a tan numerosos sacerdotes de Baal, ni se dolieron. Mejorados mediante el hambre, llevaron en paciencia la matanza, en silencio y temerosos.

¿Adviertes cómo el hambre no es mala, sino que incluso hasta aprovecha para quitar ciertos males y pecados, y hace las veces de remedio para sanar ciertas enfermedades? Y si quieres ver cómo la cautividad tampoco es mala, piensa en cómo eran los judíos antes de la cautividad, y cómo en la cautividad misma, a fin de que conozcas que ni la libertad es absolutamente buena ni la cautividad absolutamente mala. Cuando gozaban de libertad y vivían en su patria, de tal modo se portaban, que diariamente clamaban contra los profetas, y conculcaban las leyes, adoraban a los ídolos, violaban los mandamientos de Dios. Pero una vez que fueron llevados a una tierra extraña, y hubieron de vivir en la región de los bárbaros, finalmente de tal modo quedaron humillados y se mejoraron y guardaron la Ley, que vale la pena poneros ahora delante el salmo de donde puede colegirse j para que por los frutos conozcáis lo que les sirvió la cautividad.

¿Qué salmo? El que dice: ¡Junto a los ríos de Babilonia, ahí nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión! De los sauces de sus orillas suspendíamos nuestras cítaras. Ahí los que nos tenían cautivos nos pedían que cantásemos, y decían: ¡cantadnos alguno de los cantares de Sión! ¿Cómo cantaremos en tierra extranjera los cánticos de Yavé?1 ¿Ves cómo la cautividad los humilló? Porque antes no sufrían a los

profetas que los amonestaban que no traspasasen la Ley; pero después, aun instándoles los bárbaros y obligándolos sus señores a que traspasaran la Ley, no los obedecían, sino que les contestaban: ¡No cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña! porque la Ley no les permitía hacerlo.

Considera, por otra parte, a los tres jóvenes, a quienes no sólo no dañó el cautiverio, sino que resultaron por ese medio más esclarecidos. Y lo mismo sucedió a Daniel. Y en cuanto a José ¿qué mal padeció cuando fue hecho peregrino y esclavo y cautivo? ¿Acaso no fue precisamente esto lo que lo tornó resplandeciente? En cambio ¿qué lucro se le siguió a la mujer bárbara que vivía entre riquezas, soberbia y libertades? ¿No fue acaso la más miserable de las mujeres, puesto que quiso usar de tales cosas como no convenía que se usaran? Queda, pues, demostrado hasta la evidencia qué cosas sean malas y cuáles buenas y cuáles indiferentes, y que el profeta hablaba de las últimas que en realidad no son malas, sino que al vulgo parecen malas, como son la cautividad, la servidumbre, el destierro.

Conviene ahora adoctrinaros sobre la causa por la que dijo el profeta semejantes cosas. Siendo Dios benigno y pronto en compadecerse, y en cambio tardío v lento para castigar, con el objeto de no tener que imponer penas a los judíos, les enviaba los profetas que los aterrorizasen con las palabras, pero no los castigaran con hechos. Así procedió con los ninivitas. Les amenazó con destruirles su ciudad; pero para no destruirla, como en efecto no lo hizo. Igualmente procedió en nuestro caso: envió profetas, amenazó con acometidas de bárbaros, con guerras y cautividad y destierro y permanencia en una tierra extraña. A la manera de un padre benigno e indulgente que quiere corregir a su hijo lascivo y perezoso, busca el azote, amenaza con la correa y dice: ¡lo ataré, lo azotaré, lo mataré!; y se presenta terrible en sus palabras para reprimir la perversidad del mozuelo, así Dios continuamente amenazaba porque quería, mediante el temor, hacerlos mejores.

Como el diablo lo entendiera y quisiera a su vez impedir la enmienda que de las amenazas iba a seguirse, les envió seudo-profetas. Y mientras los verdaderos profetas les anunciaban calamidades, cautividad, servidumbre, hambre, aquéllos al revés les pronosticaban todo lo contrario: paz, fertilidad en sus tierras, abundancia de bienes infinita. Entonces los profetas los reprendían y les decían: ¿Paz, paz! Pero ¿en dónde está la paz? Ya saben todos los que tienen empeño en conocer las Escrituras2! cómo sucedió en efecto cuanto los profetas habían predicho contra los seudoprofetas, que debilitaban el esfuerzo del pueblo para la enmienda y le quebrantaban sus anhelos. Corrompían al pueblo en tal grado, que dijo Dios por sus profetas: ¡Yo Dios doy la paz, yo creo la desgracia! ¿Qué desgracia? ¡Los males que he enumerado: cautividad, esclavitud y otros tales! Pero no la fornicación, ni la lascivia, ni la avaricia ni cosas semejantes. Por lo mismo, cuando otro profeta dijo: ¿Habrá en la ciudad desgracia que no haya hecho el Señor?,22 hablaba de estas desgracias: hambre, enfermedad, castigos enviados por Dios. En el mismo sentido dice Cristo: ¡Bástale al día su maldad!2 No se refiere sino a los trabajos y aflicciones.

En conclusión, lo que dice el profeta es esto: que los seu-doprofetas no os tornen remisos para el bien ni os quiten las fuerzas, puesto que Dios os puede volver la paz y también entregaros a la cautividad. Y esto es lo que significa doy la paz, creo la desgracia. Para que veas ser esto verdad, examinemos cada frase con toda exactitud. Dijo primero: Yo formo la luz y creo las tinieblas. Luego añadió: Yo doy la paz y creo

la desdicha. Puso primero dos cosas entre sí contrarias, y enseguida otras dos también entre sí contrarias, para que con esto entendieras que El no hablaba de la fornicación, sino de las otras calamidades.

Porque ¿qué es lo que se opone a la paz? ¡Manifiestamente la cautividad y no la lascivia ni la fornicación ni la avaricia! Puesto que así como puso en primer lugar dos cosas contrarias, igualmente ha de juzgarse de la segunda frase. Lo contrario de la paz no es la fornicación ni el adulterio ni la lascivia ni otro alguno de semejantes vicios, sino la cautividad y la esclavitud. Los hombres se impresionan en referencia a las demás cosas de igual manera que con los elementos. Por ejemplo. Dice: así como formo la luz y las tinieblas. Ahora bien a muchos la luz les parece agradable y las tinieblas les parecen molestas y hablan de la noche como de un mal y del mismo modo se expresan en referencia a las demás cosas. Pero no hay razón para acusar la noche ni las tinieblas, ni tampoco la cautividad ni la esclavitud.

Por mi parte, pregunto: ¿Qué de malo tienen las tinieblas? ¿No son un descanso de los trabajos? ¿no son un alivio en los cuidados? ¿no son un acabarse los dolores? ¿no son la reparación de las fuerzas? Si no existieran la noche y las tinieblas ¿cuándo podríamos gozar de la luz? ¿No se habría destrozado y deshecho la parte animal del hombre? Pues así como a los insensatos las tinieblas les parecen algo malo, aun cuando no lo son y las necesitamos para poder gozar de la luz del día mismo y nos vuelven más aptos para los trabajos que durante el día emprendamos y nos rehacen mediante el descanso, así la cautividad no es un mal. Y de ésta trataba el profeta cuando decía: doy la paz, creo la desdicha. Más aún: es una cosa útil para los que la usan como se debe. Los vuelve más moderados y más apacibles, porque les quebranta la arrogancia.

La virtud de ningún modo puede ser reducida a esclavitud ni a cautidad ni ser vencida por nadie, ni por el cautiverio ni por la pobreza ni por la muerte misma, que es la más poderosa de todas las cosas. Así lo declaran cuantos han sufrido semejantes desgracias y mediante ellas han resultado más esclarecidos. ¿En qué dañó la esclavitud a José -pues nada impide que traigamos de nuevo al medio a este varón- o en qué las cadenas? ¿en qué las ataduras? ¿en qué la calumnia? ¿en qué las asechanzas? ¿en qué el destierro en extraña región? ¿en qué la permanencia en ésta? ¿En qué dañó a Job la pérdida de sus manadas y rebaños o la muerte violenta y prematura de sus hijos o las llagas de su cuerpo o las fuentes de gusanos o el dolor intolerable o el estar sentado en el estiércol o las asechanzas de su mujer o los oprobios de sus amigos o las injurias de sus criados?

¿En qué dañó a Lázaro el estar postrado en el vestíbulo y que los canes lo lamieran con sus lenguas? ¿En qué lo dañaba el hambre continua? ¿En qué el desprecio del rico, las Hagas, la enfermedad insoportable? ¿En qué el yacer abandonado de cuantos podían ayudarle o el ser despreciado de cuantos podían auxiliarlo? ¿En qué dañó a Pablo el enjambre de males, las cárceles, los destierros y expulsiones, las muertes, los naufragios y las demás aflicciones que nadie con sus discursos puede enumerar?

Considerando tales cosas, huyamos de la perversidad, procuremos la virtud, oremos para no caer en tentación. Y si alguna vez cayéremos, no lo llevemos a mal ni nos indignemos. ¡Medios de ejercitar la virtud son todas las cosas para quienes las usen en la forma conveniente! ¡Mediante todas las cosas podemos adquirir, con tal de que perseveremos vigilantes, el beneplácito divino y después disfrutar de los bienes eternos!

Ojalá nos acontezca así a todos, en Cristo Jesús, Señor nuestro, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

2

II: Homilía acerca de los que abandonan la reunión en la Iglesia;

y que no conviene pasar de largo los títulos en la Sagrada Escritura; y acerca de la inscripción del altar; y a los recientemente iluminados.

(Las siguientes cuatro Homilías suelen comprenderse bajo el título "Sobre el principio de los Hechos de los Apóstoles". Fueron predicadas, según se cree, en Antioquía, quizá por el tiempo de la Pascua. No hay datos seguros).

¿QUE SIGNIFICA ESTO? ¡Cuanto más adelantamos en la celebración de las festividades menos numerosas son las reuniones! Sin embargo, no por tal motivo nos volveremos más perezosos los que asistimos. Porque, si atiendes al número, son menos los asistentes; pero si adviertes a la presteza de su ánimo no son menos: ¡quiero decir que son menos en número pero más fervorosos! Se han reducido en número para que se muestre quiénes de entre vosotros son fieles; y sepamos quiénes acuden a la festividad anual por simple costumbre y quiénes por el anhelo de escuchar la palabra divina y quiénes por oír la lectura espiritual. El domingo anterior estaba aquí presente la ciudad en pleno: ¡llenos estaban los recintos y la multitud semejaba los oleajes que vienen y van! Mas, por mi parte, prefiero vuestra quietud y me es más agradable que aquellas marejadas; estimo en más vuestra tranquilidad que aquel tumulto de las turbas.

Podíamos entonces contar el número de asistentes; ahora contamos los afectos llenos de piedad. Si quisiéramos pesar en una balanza esta reunión de pocos hombres, compuesta en su mayor parte de gente pobre, y la otra numerosísima y compuesta en su mayor parte de ricos, encontraríamos que ésta prepondera. Aun cuando, si se tiene en cuenta el número, seáis menos, si atendemos al efecto y al empeño, debéis ser estimados en más. Así se procede en las cosas que pueden pesarse. Si se toman diez estateras de oro y se les pone en un platillo de la balanza y en el otro se echan cien monedas de bronce, ciertamente las cien monedas harán bajar el fiel en su favor. Y sin embargo, las otras diez que son de oro, si se tiene en cuenta la materia, se tendrán por de más peso y más preciosas, porque preponderan a causa de la preciosidad de su materia. De manera que puede suceder que quienes son en número menos, se hayan de estimar en más que los numerosos y tenerse por más honorables.

Mas ¿para qué pongo tales ejemplos tomados de las cosas triviales, cuando lo conveniente es traer al medio la sentencia pronunciada por Dios? ¿Qué dice ésta?: Mejor es uno que hace la voluntad de Dios, que infinitos pecadores! - Con frecuencia sucede que hay que equiparar un solo hombre a muchos otros. Incluso a veces se tiene a uno solo por más honorable y de mayor precio que todo el orbe de la tierra. Tomaré el testimonio de las palabras de Pablo. Como hubiera hecho mención de los pobres, afligidos y perseguidos y adoloridos, añadió: Anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, necesitados, atribulados, maltratados, aquellos de quienes no era digno el mundo?

¿Qué dices? ¿No era digno el mundo de unos hombres afligidos, necesitados, que no tenían ni patria? ¿No ves cómo has contrapuesto a unos pocos tan gran cantidad de otros? ¡Lo veo, responde, y precisamente por tal motivo aseguro que el mundo no era digno de ellos! ¡Conozco perfectamente la naturaleza de semejantes monedas! ¡Si pongo en la balanza por una parte la tierra, el mar, los reyes, los Prefectos, y toda la naturaleza humana, y por otra a dos o tres pobres, confiadamente aseguro que estos últimos preponderarán! ¡Eran aquéllos arrojados de su patria, pero tenían por patria la Jerusa-lén de allá arriba! ¡Pasaban la vida en pobreza, pero eran ricos en piedad! ¡Los odiaban los hombres, pero eran gratos a Dios!.

¿Quiénes son esos hombres? ¡Elias, Eliseo y los demás de aquel tiempo! No te fijes en que ni siquiera tenían el suficiente sustento, sino en que Elias abrió el cielo con su boca e igualmente lo cerró; y en que su manto de piel de oveja hizo retroceder el río Jordán. Cuando tales cosas me vienen a la memoria, a veces me gozo y a veces me duelo. Me gozo por vosotros los que asistís a la reunión. Me duelo por los ausentes. ¡Me duelo intensamente y me resulta gravoso y se me atribula el corazón! Porque ¿quién será tan insensible que no se duela al ver que se pone mucho mayor empeño en las cosas del demonio? ¡No nos quedaría esperanza de perdón ni excusa suficiente con sólo que en tales cosas se pusiera un empeño igual! Pero cuando supera con mucho tal empeño en aquellas cosas ¿qué lugar a defensa puede quedarnos?

¡Todos los días nos solicitan los espectáculos, y nadie hay que vacile, nadie tardo en acudir, nadie que ponga como pretexto sus ocupaciones y sus negocios para no correr allá, sino todos se avalanzan como si no tuvieran negocio alguno ni cuidado, y estuvieran totalmente libres! ¡Ni el anciano reverencia sus canas, ni el joven teme el ardor de la lujuria y de su propia naturaleza, ni el rico piensa que con eso cubre de oprobio su dignidad! En cambio, si se ha de venir a la iglesia, todos se tornan tardos y perezosos, como si para venir hubiera que despojarse y descender desde una sublime honra y dignidad; y tras de venir, luego se hinchan como si hubieran hecho un favor a Dios. En cambio, cuando se apresuran al teatro en donde hay espectáculos lascivos y cantares impúdicos, no creen cubrir de vergüenza sus riquezas y sus títulos nobiliarios.

¡Quisiera yo saber en dónde se encuentran ahora los que el día pasado perturbaban nuestra reunión; porque su presencia trajo consigo un verdadero tumulto! ¡Yo quisiera saber qué hacen ahora, y si se ocupan en algo más útil que lo que nosotros traemos entre manos! ¡Más aún: no es ninguna ocupación la que los retiene por allá, sino sólo el humo e hinchazón del orgullo! Pero ¿hay algo más vano que eso? Pregunto: ¿por qué, oh hombre, sientes de ti tan alta y soberbiamente? ¿Te parece que nos haces un favor si cuando acá vienes nos prestas tu atención y escuchas lo tocante a la salvación de tu alma? Pregunto: ¿por qué motivo te glorías, o de qué cosa? ¿De la riqueza? ¿de los vestidos de seda? ¿Por qué no piensas mejor que son simplemente tejidos fabricados por gusanos e invensiones propias de gente bárbara? ¡Los usan las meretrices muelles y los violadores de sepulcros y los ladrones!.

¡Advierte cuáles son las verdaderas riquezas y finalmente apéate de tu orgullo hinchado y vano! ¡Considera lo humilde de tu naturaleza! ¡Tierra eres y polvo y ceniza y paveza y humo y sombra y heno y flor de heno! Y siendo de tal naturaleza, te pregunto ¿puedes gloriarte? Pero ¿qué cosa habrá más ridicula que ésta? ¿Es que mandas sobre muchos hombres? ¿Qué te aprovecha imperar sobre muchos hombres cuando eres esclavo de tus

pasiones y te tienen aprisionado? ¡Es como si alguno en su casa fuera azotado y cubierto de golpes por sus criados, pero en saliendo a la calle y viniendo al foro se gloriara de mandar sobre muchos! Cuando te azota la codicia, cuando te cubre de heridas la lujuria, cuando eres esclavo de toda clase de pasiones ¿te glorías de imperar sobre quienes son de tu misma raza? ¡Y ojalá de verdad imperaras sobre ellos! ¡ojalá fueras partícipe de sus mismos honores!.

No digo tales cosas por acusar a los ricos, sino a quienes usan mal de sus riquezas. Las riquezas no son en sí malas, si queremos usarlas como conviene; lo malo es la soberbia y el orgullo. Si las riquezas fueran malas ninguno de nosotros anhelaría llegar al seno de Abraham; porque éste tuvo trescientos dieciocho criados domésticos. De manera que no son malas las riquezas. Lo malo es el abuso que de ellas hacemos. Del mismo modo que al hablaros hace poco acerca de la embriaguez no acusé al vino -puesto que toda criatura de Dios es buena y ninguna se ha de rechazar sino recibirlas con acciones de gracias-, así ahora igualmente, no acuso a los ricos ni me enojo contra los dineros, sino contra el mal uso del dinero que se gasta en torpezas y liviandades. Los dineros se han llamado Kp-r/fíara para que usemos de ellos, y no abusen ellos de nosotros. Por igual motivo se llaman posesiones KT-ijara para que nosotros los poseamos y no ellos a nosotros. Entonces ¿por qué tienes como tu ¡señor al que es siervo? ¿por qué has invertido el orden natural?

De manera que yo anhelo saber qué hacen a estas horas los que nos abandonaron y no se presentaron a esta reunión, y en qué cosas se ocupan. O juegan a los dados, o se empeñan en asuntos seculares que rebosan en tumultos. Si estuvieras acá, oh hombre, estarías en el puerto y en la tranquilidad. No te perturbaría el administrador presentándose acá, ni te molestaría el criado con los negocios del siglo. Nadie te causaría cólera. Al revés, en absoluta paz, tomarías parte en la lectura de las Sagradas Escrituras. No hay aquí llantos, no hay tumultos. Hay bendiciones, hay preces y predicación espiritual y cambio hacia el cielo. Te apartarías de este sitio llevando contigo la prenda del reino de los cielos.

Entonces ¿por qué motivo has abandonado esta opípara y rica mesa espiritual y te has ido a esa otra repleta de molestias? ¡Has abandonado el puerto! ¡Has cambiado la tranquilidad por el tumulto de las turbas! ¡Grave cosa es que no estén presentes los pobres que entonces estaban! Pero no lo es tanto como que no estén los ricos. ¿Por qué? Porque los pobres, al fin y al cabo, se encuentran impedidos por ocupaciones necesarias, por los diarios cuidados del taller, pues han de procurarse el sustento con el trabajo de sus manos. Tienen que cuidar de sus hijos y los han de educar y defender a sus esposas; y si no trabajan no pueden vivir. No lo digo para tejer una defensa en su favor, sino para demostrar que los ricos son dignos de mayor reprensión. Cuanto más gozan de seguridad, más quedarán condenados; puesto que ninguna cosa de las propias de los pobres, les impide venir.

¿Veis a los judíos que son rebeldes a Dios y resisten al Espíritu Santo y son de dura cerviz? ¡Pues los que no han acudido a la reunión son peores! Si los sacerdotes les dicen que se ha de cesar en el trabajo durante siete días o diez o veinte o treinta, no los contradicen. ¡Y eso que nada hay tan molesto como semejante inacción! Cierran sus puertas, no encienden fuego, no acarrean agua, no se les permite hacer ningún otro menester ni trabajo; sino, atados al descanso como con una cadena, en nada contradicen. Yo, en cambio, no impero tales cosas. No ordeno que te abstengas del trabajo durante

siete días ni diez; únicamente que me proporciones dos horas al día, y te guardes las demás. ¡Y ni siquiera esas dos me concedes! Ni es a mí a quien las has de conceder sino a ti mismo, para que saques algún consuelo con las oraciones de los prelados, y salgas de aquí colmado de bendiciones, y en todos sentidos vayas seguro, por haberte revestido las armas espirituales y haberte vuelto invencible e inexpugnable al demonio.

Pregunto: ¿qué cosa habrá más deleitable que semejante ocupación? Aun cuando necesitaras pasar aquí diez días completos ¿qué habría más excelente? ¿qué más seguro? ¡Aquí en donde hay tantos hermanos, en donde está el Espíritu Santo, en donde está en medio Jesús juntamente con el Padre! ¿Qué otra reunión buscas que sea de semejante calidad? ¿qué otro Senado? ¿qué otra junta? ¡Llena está la mesa de tantos bienes! ¡lo mismo están la lectura de las Sagradas Escrituras y las bendiciones y las preces y la conversación con los santos! Y tú ¿buscas otras reuniones y conversaciones? ¿De qué perdón serás tenido digno?

Todo lo anterior lo he dicho no únicamente para que lo oigáis vosotros, pues no necesitáis de semejante medicina, ya que por las obras demostráis estar sanos, ya que obedecéis y con tan gran empeño demostráis vuestro cariño a las cosas santas. He dicho tales cosas para que de vosotros las escuchen los que no están presentes. Ni les vayáis a decir que solamente me ocupé en acusar a quienes no asistieron, sino referidles íntegro mi discurso desde su principio. Traedles a la memoria a los judíos y lo de los negocios seculares. Decidles cuánto más excelente es esta reunión. Hacedles ver cuan grande empeño ponen en los negocios seculares; y cuan alta es la recompensa que espera a quienes acá se congregan. Si sólo les decís que los acusé, los moveréis a ira y les abriréis una herida en vez de procurarles la medicina.

En cambio, si les demostráis que yo no los acusé corno enemigos, sino que me dolí de ellos como amigo, y llegáis a persuadirlos de que: Leales son las heridas de quien ama, más que los besos engañosos del que aborrece,5 recibirán la acusación con mucho placer, porque se fijarán no en las palabras sino en la intención del predicador. ¡Curad en esta forma a vuestros hermanos ! ¡A nosotros toca dar cuenta de vosotros los que estáis presentes; pero a vosotros darla de quienes están ausentes! Nosotros no podemos ir a conversar personalmente con ellos. Por esto conversamos con ellos por vuestro medio y mediante vuestra enseñanza. ¡Séanos vuestra caridad un como puente para llegar hasta ellos! ¡Haced que mediante vuestra lengua llegue hasta sus oídos nuestra predicación!.

Suficientemente nos hemos ocupado de los que no vinieron y nada más hay que añadir. Podíamos haber dicho otras cosas. Mas para no gastar todo el tiempo en semejante acusación, de lo que no se derivaría utilidad alguna para vosotros los que estáis presentes, ¡ea! ¡vamos a poneros delante la mesa con un alimento nuevo y no acostumbrado! ¡Digo nuevo y no acostumbrado, teniendo en cuenta no la mesa espiritual, sino vuestros oídos!.

En los días anteriores explicamos las palabras del apóstol y del Evangelio, al hablar de Judas, y también explicamos lo referente a los profetas. Ahora vamos a hablaros de los Hechos de los Apóstoles. Y es el motivo por el que llamé insólito y desacostumbrado este alimento. Es decir: es acostumbrado en cuanto que pertenece a las Sagradas Escrituras; pero es desacostumbrado porque vuestros oídos no están acostumbrados a esta narración. Por cierto, hay muchos que ni siquiera saben si existe el libro de los

Hechos. Otros muchos lo han despreciado por creerlo demasiado claro y sencillo. De manera que para unos el conocerlo y para otros el ignorarlo, les resulta motivo de desidia. Vale la pena corregir la negligencia de unos y otros, a fin de que quienes ya lo conocen y creen claramente entenderlo y lo mismo los que no lo conocen, vean que hay en él sentencias oscuras y profundísimas.

Ante todo es necesario que sepamos quién escribió el libro, porque es el mejor orden en la investigación: conocer si su autor es algún hombre o es Dios. Si es un hombre, para rechazarlo, puesto que dice el Señor: A nadie llaméis maestro sobre la tierra; y si es Dios, para que lo recibamos y acatemos. En este último caso, el libro es del cielo y escuela nuestra. ¡Tan alta es la dignidad de la presente reunión que no aprendemos nada de los hombres, sino de Dios mediante los hombres! Tenemos que investigar quién escribió el libro, cuándo lo esescribió, de qué escribió y por qué motivo se ha ordenado que se lea en la presente festividad. Porque probablemente en todo el año no habéis oído que se lea. Saber también esto, es de provecho. Finalmente habernos de inquirir la causa de que lleve semejante título: Hechos de los Apóstoles.

En verdad no deben pasarse a la ligera los títulos, y entrarse desde luego por el principio del libro, sino que hay que considerar antes que nada el nombre. Así como acá en nosotros, nos resulta más claro el conocimiento del cuerpo precisamente por la cabeza, de manera que la cara que está en la parte superior nos da más clara noticia, así el título puesto en la parte superior y como en la frente del libro, hace que el resto del escrito nos sea mejor conocido. ¿No advertís lo mismo aun en las imágenes? Encima está puesta la imagen que lleva el nombre del rey, y luego en el pedestal del monumento se encuentran inscritas sus hazañas y sus empresas preclaras.

Lo mismo puede observarse en las Sagradas Escrituras. En la parte superior se encuentra dibujada la imagen del Rey, más abajo están escritas sus victorias, trofeos y hechos preclaros. Lo mismo procedemos al recibir una carta. No la abrimos al punto ni nos entregamos enseguida a la lectura de su contenido; sino que primero recorremos la inscripción que lleva en el exterior, y por ésta sabemos quién nos ha escrito y a quién viene dirigida la carta. Pues entonces ¿no será cosa absurda que tanto empeño pongamos en los asuntos seculares y que no nos impacientemos ni perturbemos, sino que vayamos haciendo ordenadamente cada cosa, y en cambio acá en los negocios espirituales nos impacientemos y al punto nos lancemos a los comienzos del escrito?

¿Queréis saber cuánta sea la fuerza del título y cuánto su poder y el tesoro inmenso que se encuentra depositado en los títulos de la Escritura? ¡Atended y escuchad, a fin de que no despreciéis los encabezados de los Sagrados Libros! En cierta ocasión Pablo entró en Atenas. La narración del hecho se contiene en este libro. Encontró en la ciudad no un libro sagrado sino un altar consagrado a los ídolos. Y en el altar halló una inscripción que decía AL DIOS DESCONOCIDO. Pues bien: ¡no la pasó de largo, sino que por medio de la inscripción echó abajo el altar!.

El bienaventurado Pablo que estaba lleno de la gracia del Espíritu Santo no pasó de largo la inscripción de un altar ¿y tú pasas de largo los títulos de los Libros Sagrados? ¡No descuidó lo que los atenienses -que eran idólatras- habían escrito! ¿Y tú no crees necesario lo que escribió el Espíritu Santo? ¿Qué perdón mereces?

Pero veamos ya cuan grande virtud poseía la inscripción. Y cuando hayas entendido

cuan grande fuerza proporcionó a Pablo aquella inscripción verás que lo mismo pueden hacer, y con mayor eficacia, los títulos de la Sagrada Escritura. Entró Pablo en la ciudad, encontró el altar con la dicha inscripción: Al Dios desconocido. Y ¿qué hizo? ¡Todos eran gentiles, todos impíos! ¿Qué convenía hacer? ¿Hablarles del Evangelio? ¡Se habrían burlado! ¿De los libros de los profetas y los mandatos de la Ley? ¡No le habrían creído! Entonces ¿qué hizo? ¡Recurrió al altar y derribó y sujetó a sus enemigos con sus mismas armas!.

Fue lo que él mismo había ya dicho: Me hago todo a todos. Con los judíos como judío, con los que están fuera de la Ley, como si yo estuviera fuera de la Ley. Vio el altar, vio la inscripción, se levantó en el Espíritu Santo. ¡Porque tal es la gracia del Espíritu Santo! ¡Hace que quienes la han recibido, de todo saquen ganancia! ¡De tal calidad son nuestras armas espirituales! Porque dice: Doblegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo Vio el altar y no tuvo temor. Atrajo hacia sí al altar; o por mejor decir, haciendo caso omiso de la escritura material, le cambió el sentido. Cuando en una guerra un General observa a un soldado valeroso que combate en el ejército enemigo, va y lo toma por los cabellos y lo arrastra a su campamento y lo obliga a pelear en su favor; pues del mismo modo Pablo, como se encontrara con la inscripción en el altar, la pasó a su propio ejército como si hubiera topado con un milite enemigo, y la puso a combatir a su lado contra los mismos atenienses, a fin de que no fuera a herir a Pablo juntamente con los atenienses. Porque tal inscripción era la espada de los atenienses y cuchillo de los enemigos; pero precisamente este cuchillo fue el que cortó la cabeza de los enemigos. No habría sido Pablo tan admirable si con sus armas los hubiera vencido, pues razonablemente hubiera sucedido tal cosa. Lo verdaderamente nuevo e insólito sucede cuando echamos sobre los enemigos sus propias armas como una máquina de guerra3 y les causa una herida mortal la espada que contra nosotros blandían.

¡Tal es la virtud del Espíritu Santo! Así procedió en otro tiempo David. Salió al combate sin armas, para que se manifestara la gracia de Dios. Como si dijera: ¡nada humano hay en esto, porque Dios lucha en nuestro favor! De manera que salió sin armas y derribó la torre del filisteo. Y luego como no tuviera espada, corrió y arrebató la de Goliat y con ésta cortó la cabeza del bárbaro. Igualmente procedió Pablo mediante la inscripción. Os voy a explicar la fuerza de la inscripción para que quede más en claro su fuerza y el modo como Pablo obtiene la victoria.

Entró, pues, Pablo en Atenas y encontró un altar en donde había una inscripción que decía: al Dios deconocido. Pero ¿quién era ese Dios desconocido, sino Cristo? ¿Observas cómo liberó la inscripción de la cautividad del diablo en que estaba, mas no para hacer daño con ella a quienes la habían grabado, sino para salvarlos y en provecho de ellos? Preguntará alguno: ¿acaso los atenienses habían escrito aquello en referencia a Cristo? ¡Si la hubieran escrito en referencia a Cristo, la cosa no habría sido tan admirable! ¡Lo admirable es que habiendo ellos escrito una cosa, Pablo la haya podido cambiar en otra!.

Vale la pena explicar primero por qué los atenienses escribieron ahí: al Dios desconocido. ¿Por qué lo escribieron? Tenían abundancia de dioses o por mejor decir de demonios, puesto que: Todos los dioses de los gentiles son demonios. Los tenían patrios y extranjeros. ¿Observáis qué cosa tan de burla? ¡Si es Dios no es extranjero, puesto que es el Señor de todo el orbe! ¡Bien! ¡Tenían algunos dioses recibidos de sus padres y otros recibidos de las naciones vecinas, por ejemplo de los escitas, tracios y egipcios. Si

vosotros estuvierais versados en la erudición profana, os referiría todas sus historias.

Pues bien: como no los habían recibido todos desde los principios, sino que poco a poco se les habían ido introduciendo, unos en tiempos de sus padres y otros en su mismo tiempo, se reunieron y dijeron; Así como desconocíamos estos segundos dioses, puesto que hasta más tarde los recibimos y conocimos, puede suceder que exista algún otro que sea de verdad dios y que nosotros desconocemos; y que sin darnos cuenta lo descuidemos y no le demos culto.¿Qué fue, pues, lo que hicieron? Levantaron un altar y le pusieron la inscripción; al Dios desconocido, para significar con esto que si acaso existía algún otro dios que aún no se les manifestara, también a éste le daban culto.

¿Observas la superstición excesiva? Pues por tal motivo Pablo les dijo al principio: ¡Os veo en todo como más religiosos!;10 puesto que dais culto no sólo a los dioses conocidos sino también a los que aún no conocéis. Los atenienses habían escrito: al dios desconocido, pero Pablo les dio la interpretación. Porque ellos se referían a otros dioses, pero Pablo lo pasó a Cristo y así atrajo a su obediencia el sentido de la inscripción y la hizo colocarse bajo las órdenes de su propio ejército: Al que dais culto sin conocerlo a ese os anuncio yo,H les dice. Porque no hay otro Dios desconocido sino Cristo. Mira su prudencia espiritual. Enseguida le iban a oponer que: Nuevos dogmas pones en nuestros oídos, en nuevas cosas te empeñas, nos traes un dios que nosotros no hemos conocido. Pues para quitarles semejante novedad y manifestarles que no predicaba ningún Dios nuevo, sino al mismo que ya de antemano habían determinado dar culto, añadió y dijo: ¡Al que sin saberlo adoráis vosotros a ese yo os lo anuncio!.

Como si les dijera: vosotros os habéis adelantado: vuestro culto se ha adelantado a mi predicación. No me opongáis que vengo a traeros un Dios nuevo. Yo no hago sino anunciaros al mismo a quien vosotros, sin saberlo, ya adoráis. Porque a Cristo no se le ha de erigir un altar como el vuestro, sino otro vivo y espiritual. Sin embargo, por medio de este altar puedo yo conduciros al otro. De modo semejante, anteriormente los judíos daban culto a Dios; pero después se apartaron de aquel culto material y fueron conducidos al otro espiritual cuantos creyeron.

¿Ves la sabiduría de Pablo y su prudencia? ¿Ves en qué forma los venció, no usando de las sentencias de los profetas ni del Evangelio, sino de la inscripción? ¡No quieras, pues, carísimo, pasar de largo los encabezados de las Sagradas Escrituras! Si estás atento y vigilas, sacarás utilidad aun de lo que otros escribieron; pero si eres negligente y perezoso, ni aun de las Sagradas Escrituras te aprovecharás. Quien sabe lucrar, de todo saca ganancia; pero el que no sabe, aunque encuentre un tesoro se queda sin nada.

¿Quieres que te ponga delante otro argumento de cómo uno dijo un dicho en cierto sentido, pero luego el Evangelista trajo y aplicó la fuerza de lo dicho a su propia intención? Atended para que veáis cómo también el Evangelista trajo a los entendimientos cautivos a obedecer a Cristo! Y para que, advirtáis cómo, si podemos traer los dichos ajenos cautivos, mucho más podremos nosotros sacar provecho si negociamos con los propios. Era Pontífice aquel año Caifas. Porque esto fue propio de la perversidad de los judíos: manchar de ta manera la dignidad sacerdotal que el pontificado fuera venal N Anteriormente no sucedía así, sino que el Pontificado sólo se terminaba con la muerte del Pontífice. Pero en ese tiempo, aun viviendo lo despojaban de semejante honor.

Siendo, pues, Caifas Pontifice de aquel año, armó a los judíos contra Cristo y les decía ser conveniente que muriera. No por tener algo de que acusarlo, sino porque él se moría de envidia. ¡Tal es la condición de los envidiosos! ¡tal el pago que suelen dar a los beneficios que se les hacen! Por tal motivo, declarando la causa de las asechanzas que le tendían a Cristo, dijo Caifas: Conviene que muera un solo hombre y no que perezca toda la nación. Pero mira la forma en que la fuerza de este parecer vino a favarecernos y se pasó a nuestro partido. Comprenderás cómo la sentencia ciertamente fue pronunciada por el sacerdote, pero su sentido pudo luego convertirse en espiritual. Conviene que muera un solo hombre y no que perezca toda la nación. Pero el Evangelista añade: Esto no lo decía por sí mismo, sino que, como juera Pontífice de ese año, profetizó que convenía morir Cristo no únicamente por los judíos, sino por todas las gentes. Por eso dijo -.Conviene que muera un solo hombre y no que perezca todo el pueblo. ¿Ves el poder de Dior y cómo obliga a las lenguas de los enemigos a hablar en favor de la verdad?

Con lo dicho es suficiente -si es que lo recordáis- para que no pasemos de largo los títulos de la Sagrada Escritura. Ahora quisiera yo explicaros quién es el autor del libro, y cuándo lo escribió, y por qué motivo. Pero por de pronto, guardemos en la memoria lo dicho. Lo demás, si Dios quiere, os lo pagaremos mañana. Porque tengo determinado lo que resta de la predicación de hoy aplicarlo a los recién iluminados. Y llamo recién iluminados no a quienes hace dos o tres días o hace diez han sido iluminados, sino a quienes lo han sido hace un año y más tiempo aún. Porque también a éstos es necesario llamarlos así. Aunque pongamos sumo empeño en el cultivo de nuestra alma, todavía podemos ser recientemente iluminados, si conservamos la juventud que el bautismo nos confirió. No es el tiempo lo que constituye al recién iluminado, sino la vida limpia de pecado. Puede suceder incluso que apenas pasados dos días pierdan la dignidad de semejante apelación los que no se guarden de pecado.

Voy a poneros un ejemplo de alguien que recientemente iluminado perdió en dos días la gracia y el honor de recién iluminado. Y traigo el ejemplo a fin de que viendo a éste caído pongáis en seguridad vuestra salvación. Es necesario que se os corrija y se os vuelva a la salud no sólo con los ejemplos de quienes se mantuvieron en pie, sino también de los que cayeron vencidos. Simón Mago, dice la Escritura, se había convertido; y una vez bautizado no se apartaba de Felipe, lleno de admiración por sus milagros. Pero al cabo de unos pocos días, se tornó a su antigua perversidad y quería alcanzar con dineros su salvación. Pues bien: ¿qué le dijo Pedro a este recién iluminado?: Veo que estás lleno de maldad y envuelto en lazos de iniquidad. Por tal motivo ruega al Señor que te sea perdonada semejante iniquidad. Aún no había entrado a la palestra y ya había sucumbido con una caída no digna de perdón.

De manera que así como tras de dos días podemos caer y y perder la apelación y gracia de recién iluminados, así podemos conservar este nombre venerando y esta realidad preciosa de la iluminación durante diez y veinte años y hasta el fin de la vida. Lo testifica Pablo, el apóstol, quien precisamente resplandeció sobre todo en su ancianidad. Puesto que no es esta juventud de la iluminación propia de la naturaleza, sino que está en nuestra potestad el ser ancianos o permanecer jóvenes. En lo corporal, aun cuando se ponga todo empeño, aunque no se deje piedra por mover, aunque nunca se aflija al cuerpo, aunque lo guarde alguno en su casa, aunque no lo quebrante con perpetuos trabajos y fatigas, a pesar de todo, por ley natural, envejecerá. Mas cuanto al alma no sucede lo mismo.

Si tú no la arruinas, si no la atormentas con cuidados seculares y mundanas solicitudes, retendrá perpetuamente su juventud y la conservará intacta. ¿No ves las estrellas fijas en el firmamento? ¡Hace ya seis mil años que mandan su luz, y ninguna se ha oscurecido en lo más mínimo! Si pues en las cosas naturales la luz ha permanecido así tan joven y viva, ¿en las de la voluntad no podrá permanecer igual a sí misma y tal como al principio brillaba? Más aún: ¡si queremos, no sólo permaneceremos iguales, sino que nuestra luz se tornará más espléndida, hasta el punto de emular a los rayos mismos del sol!.

¿Quieres ver en qué forma podemos durante largo tiempo ser recientemente iluminados? ¡Oye con qué palabras habla Pablo a qienes habían sido iluminados mucho tiempo antes: Entre los cuales aparecéis como antorchas en el mundo, llevando en alto la palabra de vida, para gloria mía. " > Os habéis despojado de la antigua vestidura ya desgarrada; se os ha ungido con el óleo espiritual; habéis sido liberados todos: ¡que nadie se torne a la primitiva esclavitud! Todo esto es como una guerra y certamen. En un certamen no toma parte ningún esclavo, ningún siervo. Si se descubre que es esclavo se le castiga y excluye del catálogo del ejército. Ni es semejante costumbre exclusiva de nuestra milicia, sino común con los certámenes olímpicos. Una vez que los atletas han pasado en la ciudad treinta días, se les lleva en torno por los suburbios, y estando presente la multitud el pregonero clama: ¿Hay alguien que acuse a este hombre? De manera que removida toda sospecha acerca de su condición servil, finalmente es admitido a la palestra.

Pues si el demonio para sus certámenes no admite a los esclavos ¿cómo tú, hecho esclavo del pecado, te atreves a entrar en el certamen de Cristo? ¡Allá clama el pregonero! ¿Hay alguien que acuse? Acá en cambio, no clama así Cristo, sino que, aun cuando todos acusen al reo antes del bautismo, El dice: ¡Yo lo recibiré en mi servicio y lo libraré de la esclavitud; y una vez liberado lo presentaré en la palestra! ¿Observas la benignidad del que preside los certámenes? ¡No investiga la vida precedente! ¡sólo exige cuentas de lo que luego va a seguirse! Cuando eras esclavo tenías infinitos acusadores: la conciencia, los pecados, todos los demonios. Cristo dice: ninguno de tus acusadores me ha irritado en contra tuya, de manera que yo no te he juzgado indigno de mis certámenes; sino que te he admitido a la lucha, no por tu dignidad, sino por mi benignidad. ¡Permanece en el estadio y combate ya sea en la carrera, ya en el pugilato o en el pancracio; y no pelees escondido ni en vano y sin objetivo.

¡Oye lo que hizo Pablo! En cuanto salió del bautismo comenzó al punto a combatir y a predicar afirmando que este es el hijo de Dios; y ya desde el día primero confundía y refutaba a los judíos. ¿No puedes tú predicar, ni tienes la ciencia del Evangelio? ¡Pues enseña mediante tus obras y conversaciones, y con el brillo de tus procederes! Porque dice Cristo: Así luzca vuestra luz delante de los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

¿No puedes confundir con tu palabra a los judíos? ¡Confúndelos con tu modo de vivir! ¡Haz que los gentiles se conmuevan e inclinen a creer mediante tu cambio de vida! Si ven al que era lascivo, perverso, desidioso, corrompido, cambiar de pronto; y que una vez que ha cambiado por la gracia, también muestra su cambio en el modo de vivir ¿no quedarán confundidos y dirán lo que del ciego decían los judíos?: ¡Es él! ¡no es él! ¡de verdad es el rnismo! ¡Semejantes palabras son propias de hombres que han quedado

confundidos! ¡Dudar de un hombre que les es conocido, discutirlo, no creer a su propia conciencia ni a sus propios ojos, significa estar confundidos!.

Aquel ciego echó de sí la ceguedad corporal, tú echa la espiritual. El miró hacia el sol sensible, tú mira al Sol de justicia. Ya conociste al Señor. ¡Procede en forma digna de tal conocimiento, para que logres conseguir el reino de los cielos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, el honor y el imperio juntamente con el Santo y vivificante Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

3

III: Homilía segunda acerca del título de los Hechos de los Apóstoles.

Fue predicada en la iglesia vieja o Palaia, en una reunión celebrada tiempo después de la Homilía anterior. Y es acerca de que la vida virtuosa es más útil que los portentos y milagros; y en qué se diferencian los milagros del modo de vivir virtuoso.

TRAS DE LARGO intervalo volvemos a nuestra madre, digo a esta iglesia amada tanto por vosotros, a esta iglesia madre nuestra y de todas las iglesias de la ciudad. Madre es no únicamente por razón de su antigüedad cuanto al tiempo, sino por haber sido levantada por mano de los apóstoles. Motivo que sirvió para que muchas veces fuese derruida por los herejes en odio al nombre de Cristo y de nuevo reedificada por la virtud del mismo Cristo. Porque no sólo la fundaron las manos apostólicas, sino que un decreto del Señor de los apóstoles la fortificó con un género nuevo de fortificaciones. No la cercó amontonando maderos y piedras; no la rodeó de un foso que en torno la circuyera; no clavó estacadas en derredor; no edificó encima torreones; sino que profirió dos solas y simples palabras, que le sirvieran de muro y de torre y de foso y de toda clase de fortificaciones.

¿Cuáles fueron esas palabras que tan gran fuerza tuvieron?: ¡Sobre esta piedra edificaré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella! 2 Tales palabras son el muro y el cercado y la fortificación y el puerto y el asilo. Por tu parte considera cuan firme e inexpugnable sea este muro. Porque no dijo únicamente no prevalecerán contra ella las acechanzas de los hombres, sino ni siquiera las máquinas mismas del infierno. Porque dice las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y no dijo: No se lanzarán contra ella, sino: no prevalecerán contra ella. Se lanzarán ciertamente, pero no la vencerán. ¿Qué significa eso de las puertas del infierno? Porque tal vez la sentencia es oscura. Sepamos qué es la puerta de una ciudad y sabremos qué son las puertas del infierno. La puerta de una ciudad es la entrada. . De modo que las puertas del infierno significan un peligro que conduce al infierno. En consecuencia, lo que dice es que aun cuando se lancen en contra de la iglesia y la acometan tan graves peligros que parezcan llevarnos y precipitarnos al infierno, la Iglesia permanece inconmovible.

Podía Cristo no permitir que experimentáramos tales peligros, ni males algunos. Entonces ¿por qué lo permitió? Porque esto es más grande que el no permitir que vengan las tentaciones. Cosa más grande es que permitiendo que vengan las tentaciones ningún mal se nos siga de semejantes acometidas. Por eso permitió que se echaran

encima toda clase de pruebas: para mejor probar y sacar limpia su Iglesia. La tribulación, dice Pablo, produce la paciencia: la paciencia, una virtud más probada? Para dar una mayor demostración de su poder, arranca su Iglesia de las puertas mismas de la muerte. Permitió que se levantara la tempestad, pero de ningún modo permitió que se hundiera la barquilla. Nosotros alabamos al piloto, no cuando navega con vientos prósperos y conserva incólume la nave llevada viento en popa, sino cuando, mientras se agita el mar por las tempestades, hirviendo en oleajes, y se desata la tormenta, el piloto opone al soplo de los vientos su arte, y saca la nave salva de en medio de los turbiones.

Así lo hizo Cristo. Al permitir que la Iglesia, al modo de la navecilla en el mar, fuera llevada en medio del mundo; al no apaciguar las olas sino salvarla de entre las olas, así procedió. ¡No pacificó el mar sino defendió y fortaleció la nave, de manera que cuando se levantaran en su contra por todas partes los pueblos, a la manera de feroces oleajes, y se lanzaran sobre ella al modo de soplos contrarios los malignos espíritus; cuando de todos lados se enfureciera la tormenta, tuviera la Iglesia gran tranquilidad. Y, lo que fue admirabilísimo, ¡no solamente la tempestad no hundió la barca, sino que la barca calmó la tempestad!.

Las persecuciones continuas no hundieron a la Iglesia, sino que la Iglesia las convirtió en tranquilidad. ¿Cómo? ¿por qué medio? ¿por quiénes? ¡Precisamente por medio de la referida sentencia así pronunciada: ¡Las Puertas del infierno no prevalecerán contra ella! ¿Cuantías cosas no maquinaron los helenos para sacar falsa semejante sentencia y hacerla vana? Pero no pudieron destruirla. Es palabra de Dios. Y a la manera que una torre edificada con bloques de diamante y más bien trabada que con hierros, aun cuando los enemigos por todos lados la golpeen, no logran abrir brecha en su estructura; sino que al fin tienen que retirarse tras de haber agotado sus esfuerzos, permaneciendo la torre intacta y sin daño alguno, así la dicha sentencia, como si fuera una torre elevada y fuertemente fortificada y puesta en mitad del orbe de la tierra, cuando los helenos por todos lados la golpeaban, por una parte la tornaron más firme y por otra ellos murieron, tras de haber agotado y quebrantado sus fuerzas.

Ellos lanzaron contra esta torre ¿qué cosas no? ¿qué no maquinaron en su contra? ¡Se conscribían ejércitos, se empuñaban las armas, se armaban los reyes, se encrespaban los pueblos, se alborotaban las ciudades, se irritaban los jueces, se inventaban todos los géneros de suplicios, no se omitía modo alguno de tormentos, fuego, hierro, dientes de las fieras, precipicios, naufragios, báratros, ecúleo, cruz, hornos y padecimientos nunca vistos se ponían en práctica: el escuadrón de amenazas era ingente, las promesas de honores no tenían cuenta, todo con el objeto de aterrorizar con aquéllas o con éstas atraer y reblandecer las voluntades. No se olvidaba género alguno de engaños, ni género alguno de violencias. Los padres entregaban a sus hijos, los hijos desconocían a sus padres; las madres se olvidaban de sus partos, y todas las leyes de la naturaleza se echaban por tierra.

Y sin embrago, ni así se conmovieron los fundamentos de la Iglesia. Vecinos estaban los que le declararon la guerra, pero ésta no llegó a tocar sus muros, a causa de la sentencia que dijo: Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Porque no has de fijarte simplemente en que es una sentencia, sino en que es sentencia pronunciada por Dios. Dios con su palabra asentó los cielos; con su palabra asentó la tierra sobre las aguas e hizo que la tierra, densa y pesada por su naturaleza, se sustentara sobre las aguas que son livianas y escurridizas; y con su palabra cercó por todas partes con un débil

muro de arena al mar de indómitas energías y que con tantas tormentas se hincha y con tan enormes oleajes. Entonces quien asentó los cielos, quien consolidó la tierra, quien amuralló los mares con sola su palabra, no te admires de que haya defendido y atrincherado también con sola esta sentencia a su Iglesia, más preciosa que los cielos y el mar y la tierra!.

Siendo, pues, tan estable y tan inconmovible el edificio y tan inexpugnable la fortaleza, veamos cómo pusieron sus fundamentos los apóstoles y cuan profunda fosa excavaron para que el edificio permaneciera inconmovible. ¡No excavaron una fosa profunda! ¡no necesitaron de tan ingente trabajo! ¿Por qué? Porque encontraron ya puesto el antiguo fundamento, echado por los profetas. Como un hombre que ha de levantar una alta mansión, si se encuentra un antiguo, firme y maciso fundamento, no remueve al punto con palancas el cimiento, no quita las piedras de su sitio, sino que todo lo deja intacto y sobre aquello asienta el nuevo edificio, así los apóstoles, habiendo de levantar este gigantesco edificio, digo la Iglesia, que va irguiéndose por todas partes del orbe, no excavaron una fosa profunda; sino que, como encontraran los antiguos cimientos de los profetas, no los destruyeron ni cambiaron sus enseñanzas ni nada de lo que ya éstos habían construido; sino que, dejando todo intacto, edificaron sobre ellos su doctrina, o sea la nueva fe de la Iglesia.

Y para que entiendas cómo no quitaron de su sitio los antiguos cimientos, sino que sobre éstos edificaron, oye al mismo sabio arquitecto Pablo, que dice: Yo, como sabio arquitecto, puse los fundamentos. 4 Pero veamos cómo puso el cimiento. Responde: sobre el antiguo fundamento de los profetas. ¿De donde consta?: Por tanto ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas? ¿Ves ahora el cimiento? Doble cimiento: uno de los profetas y otro de los apóstoles, que luego sobreedificaron. Y lo que es de maravillar, no vinieron los apóstoles inmediatamente después de los profetas, sino que hubo intermedio un lapso grande.

¿Por qué fue así? Porque así proceden todos los arquitectos excelentes: echados ya los cimientos, no construyen al punto encima el edificio, no vaya a suceder que estando aún floja y reciente la estructura del cimiento, no pueda sobrellevar el gran peso de las paredes. Por tal motivo, dejan que las piedras se afirmen y afiancen durante largo tiempo; y una vez que las miran bien trabadas y compactas, entonces les echan encima el peso de las paredes. Lo mismo hizo Cristo. Dejó que se afirmaran en la mente de los oyentes los cimientos de los profetas; y cuando vio que ya éstos tenían una doctrina firme, cuando observó que el edificio estaba firme e inconmovible y que habían arraigado los dogmas sagrados hasta el punto de poder soportar encima la nueva sabiduría, entonces envió a los apóstoles, para que sobre el cimiento de los profetas levantaran los muros de su Iglesia.

Por eso Pablo no dijo simplemente edificados sobre el cimiento de los profetas, sino sobreedificados, o sea edificados encima. Veamos ahora el modo como fueron edificados. ¿Por dónde podremos conocerlo? ¿Por dónde, pregunto yo, sino por el libro de los Hechos de los Apóstoles, acerca del cual hemos tratado en los días anteriores? Porque quizá tenemos con vosotros, a este respecto, una deuda pequeña que pagaros, y es necesario hacerlo el día presente. ¿Cuál es la dauda? ¡Interpretar el título mismo del libro! Porque no es tan fácil y manifiesto como lo cree la mayor parte de los hombres, sino que necesita de profunda investigación. ¿Cuál es el título? Hechos de los

Apóstoles. ¿No os parece que la cosa es del todo clara? ¿no es cosa de todos conocida y a todos manifiesta? Pero, si queréis comprender lo que en él se encierra, veréis cuan honda es su profundidad.

¿Por qué el libro no se tituló: Milagros de los Apóstoles? ¿Por qué no se tituló: Cosas maravillosas de los Apóstoles, o bien Virtudes y Prodigios de los Apóstoles, sino simplemente Hechos de los Apóstoles? ¡Porque no es lo mismo hechos que cosas estupendas y maravillosas; no es lo mismo hechos que milagros, no es lo mismo hechos que prodigios y virtudes o poderes: gran diferencia hay entre tales cosas! El hecho es un acto que nace de la propia diligencia. El milagro es un beneficio que proviene de un don divino. ¿Ves cuan grande sea la diferencia entre hecho y milagro? El hecho es un efecto de nuestros esfuerzos y sudores humanos: el milagro es una muestra de liberalidad de parte de Dios. El hecho se origina en nuestro albedrío; el milagro toma su origen de la gracia divina; el milagro depende de un auxilio extraordinario de Dios, el hecho depende del humano arbitrio. El hecho proviene de ambos elementos: de nuestra diligencia y de la gracia divina; el milagro sólo demuestra la gracia divina y no necesita de nuestros sudores.

Se dice, en consecuencia, hecho el ser de buenas costumbres, casto, modesto, dueño de su ira, domador de sus pasiones, liberal en su limosnas, benigno y cultivador de todas las virtudes. Estos son hechos y trabajos y sudores nuestros. Milagro es echar los demonios fuera, abrir los ojos de los ciegos, limpiar los cuerpos de los leprosos, unir de nuevo los miembros que estaban separados, resucitar a los muertos y otras obras semejantes. ¿Miras cuan grande es la diferencia entre hechos y milagros: entre la vida diaria y los portentos: entre nuestra diligencia y la gracia?

¿Quieres que te ponga delante otra diferencia? Porque la predicación de hoy la he emprendido en favor vuestro, para que sepáis qué es un milagro, qué es un portento. El milagro es una cosa grande, tremenda, que supera nuestra naturaleza. El hecho es una operación diaria; cosa menor que los milagros pero, en cambio, más provechosas. Porque para los trabajos y la diligencia, hay un premio. Para que mejor entiendas que el hecho es más útil y más fructuoso que los portentos, advierte que una buena acción, aun cuando no la acompañen los milagros, conduce al cielo a quienes la ejecutan: mientras que el milagro y portento, sin una buena vida, no puede llevarnos hasta aquellos vestíbulos celestiales.

Voy a declarar cómo pueda ser esto. Por parte vuestras observad cómo los hechos llevan la ventaja cuando se trata de pagos y premios; y cómo los portentos, si van solos, no salvan a quienes los hacen. En cambio los hechos tomados de por sí y aparte, no necesitan de otra cosa para salvar a quienes los ejecutan. Dice Cristo: Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor! ¿acaso no profetizamos en tu nombre? Estos son milagros y portentos. ¿Acaso no expulsamos a muchos demonios en tu nombre y en tu nombre hicimos muchos milagros? 6 Veamos qué les responde Cristo: Como no tenían sino milagros y no buena vida, les dice: ¡Apartaos de mí! ¡no os conozco! ¡obradores de la iniquidad! Pero ¿si no los conoces cómo te consta que son obradores de la iniquidad? Es para que tú entiendas que ese no os conozco no significa ignorancia sino aversión, odio.

¡No os conozco! ¿Por qué motivo? pregunto. ¿Acaso no arrojamos a los demonios en tu nombre? Pues precisamente por esto os aborrezco y me aparto de vosotros, dice; porque a pesar de haber recibido semejantes dones, no mejorasteis en vuestra vida. Y porque

habiéndoos colmado de tan grandes honores, perseverasteis en la perversidad: ¡Apartaos de mí! ¡no os conozco! Entonces ¿es que en la antigüedad tales dones se concedían a los indignos y quienes eran de vida mala y perversas costumbres hacían milagros y estaban enriquecidos con dones divinos, aunque no se cuidaran de llevar una vida excelente? ¡Sí! ¡eran enriquecidos por la suma benignidad de Dios, pero no por la dignidad que ellos tuvieran! Se hacia necesario esparcir por doquiera la palabra de la verdad porque esto es comienzo y origen de la fe.

Gomo un agricultor excelente pone sumo cuidado en cultivar un árbol nuevo que hace poco encomendó al seno de la tierra, mientras aún está tierno; y por todos lados lo defiende y lo rodea de cercado y lo guarda con espinos, para que ni los vientos puedan arrancarlo ni los ganados echarlo por tierra, ni accidente alguno causarle daño; pero una vez que ha echado raíces y ve que ha crecido y tiene ya suficiente altura, le retira aquellas defensas, puesto que se basta ya por sí mismo para defenderse de tales contingencias: así sucedió con la fe. Cuando estaba recientemente plantada; cuando aún era planta tierna; cuando apenas se había sembrado en los ánimos de los hombres, se la cuidaba con empeño por todos lados; pero una vez que ya tomó fuerza y echó raíces y se alzó a las alturas; una vez que hubo llenado todo el orbe de la tierra; Cristo le quitó las defensas y finalmente la despojó de tales seguridades.

Este fue el motivo de que allá a los principios aun a los indignos se concedieran dones extraordinarios; porque en aquella época primera se necesitaba de semejante auxilio para ir alimentando la fe. En cambio, al presente, ni aun a quienes son dignos se les suelen conceder, porque la fuerza y firmeza de la fe ya no necesitan de esos auxilios. Y para que veas que aquellos hombres no mentían ni engañaban, sino que hacían verda-: deros milagros; y que los dones se concedían aun a personas indignas; y también para otro efecto aparte del dicho, que fue para que tales hombres, por reverencia a los dones, abandonaran su perversidad, todos confiesan que Judas -uno de los doce- hizo milagros y arrojó a los demonios y resucitó muertos y curó leprosos; y sin embargo, perdió el reino de los cielos. ¡No pudieron salvarlo los milagros, porque fue ladrón y hurtaba y entregó al Maestro!.

Queda pues demostrado que los milagros sin la vida buena, pura y correcta, no pueden de ninguna manera salvar. En cambio, la buena vida aun destituida del consuelo de hacer milagros y sin semejante acompañamiento y yendo solitaria, puede confiadamente entrar en el reino de los cielos. Apréndelo de Cristo que así nos lo enseña: ¡Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde la constitución del mundo." ¿Por qué? ¿porque resucitaron muertos? ¿porque curaron leprosos? ¿porque arrojaron los demonios? ¡De ningún modo! Entonces ¿por qué motivo? ¡Porque me visteis hambriento, dice, y me alimentasteis; sediento, y me disteis de beber; desnudo y me cubristeis; peregrino y me acogisteis! Nada se dice de los milagros. Por todas partes se trata de las buenas obras.

Pues del mismo modo que en el primer caso aquéllos sólo hablaban de milagros, pero enseguida vino el castigo, porque los milagros no iban acompañados de buenas obras, así acá, sólo se habla de buenas obras y no de milagros, pero al punto se sigue la salvación. Porque la vida buena por sí sola puede salvar a quienes la practican. Pues bien: este fue el motivo de que el nobilísimo, bienaventurado y admirable Lucas pusiera a su libro el título de Hechos de los Apóstoles y no Milagios de los Apóstoles, aun cuando hicieron muchos milagros. Los milagros se verificaron durante cierto tiempo,

pero ya pasaron. En cambio la vida buena deben manifestarla en todo tiempo los que se han de salvar.

De manera que el libro lleva tal encabezado porque no se nos proponen a la imitación los milagros, sino los hechos de los apóstoles. No fueras a decir tú, o mejor para que no fueran a decir los desidiosos -si alguna vez los exhortábamos a la imitación de los apóstoles y les aconsejábamos: ¡Imita a Pedro! ¡imita a Pablo! ¡sé semejante a Juan! ¡sigue las pisadas de Santiago!-, para que no fueran a decir -lo repito-: ¡No podemos! ¡no tenemos fuerzas! ¡Ellos resucitaron muertos, curaron leprosos! Para quitarnos semejante excusa impudente, nos dice este título del libro: ¡calla! ¡guarda silencio! ¡no introduce al reino de los cielos el milagro, sino la vida buena! Imita, por consiguiente, la vida de los apóstoles y obtendrás un premio no menor que el de los apóstoles. Porque no fueron los milagros los que hicieron a los apóstoles, sino la vida pura y virtuosa.

Y que este sea como el sello e imagen de un apóstol y lo característico de los discípulos, oye a Cristo que lo descubre. Porque cuando iba diseñando la imagen de sus discípulos y las características del apóstol: dijo: En esto conocerán todos que sois mis discípulos. ¿En qué? ¿en hacer milagros y resucitar muertos? ¡De ninguna manera, dice. Entonces ¿en qué?: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros. Pero la caridad no pertenece a los milagros, sino a las buenas obras: La plenitud de la Ley es la caridad. ¿Ves el distintivo de los discípulos? ¿ves la imagen y diseño del apóstol? ¿Observas la forma? ¿ves la figura? ¡No busques más, puesto que el Señor definió que la caridad es la característica de los discípulos! Si tienes caridad, te has hecho apóstol; y aun el primero de los apóstoles.

¿Quieres llegar a la misma conclusión por otro camino? Cuando Cristo hablaba a Pedro, le decía: Pedro ¿me amas más que éstos? 10 No hay cosa que tenga igual valor para alcanzar el reino de los cielos como el que amemos a Cristo como lo debemos amar. Y El mismo nos dio la señal de amarlo. ¿Cuál es y qué debemos hacer para amar más que los apóstoles? ¿Resucitar muertos? ¿hacer otros diversos milagros? ¡De ninguna manera! Entonces ¿qué es lo que hay que hacer? ¡Escuchémoslo del mismo Cristo que es el que ha de ser amado! Dice: ¡Si me amas más que éstos, apacienta mis ovejas! Pero he aquí que también en este caso son las obras buenas las que merecen alabanza. Porque propio es de las buenas obras y no de los milagros y portentos el cuidar de otros y compadecerlos y ayudarlos, y el no buscar los propios intereses, y todo lo demás que compete a un pastor y debe tenerlo.

Alegará alguno: ¡pero ellos precisamente por los milagros llegaron a ser como fueron! Respondo: ¡no por los milagros sino por las buenas obras! ¡Por éstas sobre todo llegaron a ser célebres y resplandecientes! Por eso les decía el Señor: Luzca vuestra luz delante de los hombres, para que los hombres vean... ¡no milagros! sino vuestras obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. ¡Observas cómo en todas partes son alabadas la vida virtuosa y las buenas obras? ¿Quieres que te ponga delante al mismo Pedro, al príncipe de los apóstoles que se ejercitó en excelentísimas obras, y además hizo milagros que excedían a la humana naturaleza; y que comparando sus milagros y sus buenas obras, te demuestre que sobre todo por las buenas obras fue colmado de honores, mas que por los milagros? Pues ¡escucha la historia siguiente!.

Pedro y Juan subían al templo a la hora de la oración que era la de nona. Pero... ¡no pases de corrida por la narración, sino detente en el comienzo mismo; y aprende cuan

grande caridad y concordia y unidad de pareceres había entre ambos apóstoles, y en qué forma estos varones se comunicaban mutuamente sus cosas, y todo lo hacían unidos con los vínculos de una amistad según Dios; y siempre aparecían juntos en la mesa, en las salidas y en todo lo demás. Pues si ellos, que eran columnas y torres, y que tan gran favor gozaban con Dios, necesitaban del mutuo auxilio, y con el mutuo subsidio se completaban ¿cuánto más nosotros, débiles, míseros, hombres de nonada, necesitaremos del mutuo auxilio? Porque dice la Escritura: El hermano que es ayudado por su hermano, es como una ciudad fuerte. Y también: ¡Cuan bueno es y cuan hermoso el habitar los hermanos unidos!14 ¡Eran ellos Pedro y Juan, pero en medio llevaban a Jesús! Porque El dice: En donde estuvieren dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy en medio de ellos.

¿Miras de cuan gran precio es estar unidos? Porque no estaban unidos de cualquier modo. También ahora estamos aquí todos. Se ha de estar unido con el vínculo de la caridad y con el afecto de la voluntad. Y así como ahora nuestros cuerpos se hallan vecinos unos a otros, y se aprietan en un solo grupo, así conviene que se unan los corazones. Pedro pues y Juan subían al templo. ¡Roto está el velo! ¡abandonado el Santo de los Santos! ¡ha desaparecido la adoración que antes estaba reducida a sólo este sitio! Pablo clama y dice: ¡En todo sitio levantad puras vuestras manos!16 Entonces ¿por qué los apóstoles corren al templo para hacer oración? ¿Se han tornado a la debilidad judaica? ¡Lejos tal cosa de ellos! ¡Se han acomodado a los más débiles y cumplen con el dicho de Pablo que dice: Me he hecho con los judíos corno judío." ¡Se acomodan a los más débiles para que éstos no permanezcan débiles! Por lo demás, toda la ciudad se congregaba ahí. De manera que, como lo hacen los buenos pescadores, que buscan los remansos de los ríos en donde se reúnen los peces para más fácilmente coger la pesca, así los apóstoles -pescadores espirituales- se apresuraban hacia aquel remanso de la ciudad para coger más fácilmente la pesca, extendiendo las redes del Evangelio. Y en esto imitaban a su Maestro.

Porque dice Cristo: Cada día estaba con vosotros en el templo,1* y para coger a los que pasaban las horas en el templo. Marchaban, pues, de esa manera estos apóstoles, como quien va a hacer oración; pero en realidad iban a esparcir la semilla de la doctrina. Al templo, para hacer oración, hacia la hora de nona. No sin motivo observaron la hora. Muchas veces os he hablado acerca de esta hora y cómo en ella se cerró el paraíso y entró el ladrón en el cielo. En ella se levantó la maldición; en ella se ofreció la víctima del orbe todo de la tierra; en ella se disiparon las tinieblas; en ella se difundió la luz, así la sensible como la espiritual. Hacia la hora de nona.

Es decir, al tiempo en que los demás, tras de haber comido y haberse embriagado, duermen un sueño profundo, entonces ellos, sobrios y vigilantes y llenos de amor, se apresuraban a la oración. Y si ellos necesitaban de la oración y de una oración constante y tan cuidadosamente hecha a pesar de que tan grande entrada tenían con Dios y no tenían conciecia de pecado ¡qué haremos nosotros que estamos cubiertos de infinitas heridas, y no les ponemos el remedio de la oración? ¡Magnífica armadura es la oración! ¿Quieres conocer cuan grande armadura es la oración? ¡Los apóstoles hacían a un lado el cuidado de los pobres para tener tiempo de entregarse a la oración: Elegid, dicen, de entre vosotros a siete varones estimados de todos: nosotros insistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra.

Pero, como iba diciendo ¦-pues no debemos apartarnos de la materia del discurso, que

era cómo Pedro se dio a las buenas obras e hizo milagros, pero fue alabado sobre todo por las buenas obras-, subió, pues, Pedro al templo para hacer oración. Y he aquí que un hombre cojo desde el vientre de su madre, era llevado ahí a la puerta del templo. De modo que aquella naturaleza estaba impedida desde el vientre de la madre; y la enfermedad superaba al arte de la medicina, para que mejor se manifestara la gracia de Dios. Este cojo yacía junto a la puerta del templo; y cuando vio a los apóstoles que entraban, extendió hacia ellos su mano, esperando recibir alguna limosna. ¿Qué hace Pedro? Le dice: ¡Míranos! Por el solo aspecto demostraban suficientemente su pobreza. No necesitaban palabras ni otros argumentos ni diálogos ni explicaciones. Como si le dijeran: el vestido mismo te está probando que somos pobres. Toda esta obra es propia del apostolado. Pedro está con esto diciendo al pobre que no sólo va a remediar su necesidad, sino que más grandes riquezas verá: ¡Oro y plata no tengo. Lo que tengo eso te doy. ¡En el nombre de Jesucristo, levántate y camina!.

¿Ves juntamente la pobreza y las riquezas? ¡Pobreza de dineros y riqueza de carismas y dones! ¡No le quitó al pobre su pobreza de dineros, pero le corrigió la pobreza y debilidad de su naturaleza! Observa también la modestia de Pedro. Le dice: ¡Míranos! No lo cargó de injurias, no lo hirió con reprensiones, como muchas veces lo hacemos nosotros con quienes se acercan a pedirnos limosna y les echamos en cara la acusación de que están entregados a la pereza. ¿Acaso es, oh hombre, lo que se te ha mandado? ¡No te ordenó Dios que al pobre le echaras en cara su pereza, sino que le remediaras su necesidad!.

¡No te hizo acusador de la perversidad, sino que te constituyó remedio y médico de su desgracia! ¡Y no para que lo reprendieses por su desidia, sino para que tendieras la mano al caído! ¡No para que condenaras sus costumbres, sino para que aliviaras su hambre!.

Nosotros procedemos al revés. No nos dignamos consolar con la limosna de algunos dineros a quienes se nos acercan, pero en cambio les refregamos sus llagas con nuestras reprensiones. Pedro por el contrario se excusa delante del pobre, e incluso le habla modestamente. Porque dice la Escritura: Inclina hacia el pobre tu oído y con mansedumbre respóndele palabras amables. Plata y oro no tengo. Lo que tengo, eso te doy. En el nombre de Cristo levántate y anda. Dos cosas tenemos aquí: la vida virtuosa y el milagro. Plata y oro no tengo. Porque es propio de la vida virtuosa el despreciar las cosas terrenas y despojarse de los bienes y hacer a un lado la vanidad de la vida presente. En cambio, lo propio del milagro es levantar al cojo y sanar sus miembros debilitados. De modo que tienes aquí juntamente la vida virtuosa y el milagro.

Veamos de cuál de ambas cosas se gloría Pedro. ¿Qué dice? ¿acaso que ha hecho milagros? Y sí había hecho milagros, pero no los mencionó. ¿Qué fue entonces lo que dijo?: He aquí que nosotros dejamos todas las cosas y te hemos seguido. ¿Observas la vida virtuosa y las buenas acciones y juntamente el milagro, y cómo se lleva la palma la vida virtuosa? Y ¿qué le contesta Cristo? ¡Lo alabó, lo encomió! Porque le dijo: OÍ digo que vosotros que habéis abandonado vuestras casas y me habéis seguido ... y lo demás que ahí sigue. Y no le dijo: Vosotros que habéis resucitado muertos. Sino: Vosotros que habéis abandonado vuestros bienes os sentaréis en doce tronos. Y todo el que abandonare sus bienes conseguirá el mismo honor.

¿No puedes tú, como lo hizo Pedro, sanar a un cojo? Pero sí puedes decirle: Plata y oro

no tengo. Si tal cosa puedes decirle, te has hecho semejante a Pedro. O por mejor decir: no si lo dices, sino si de hecho lo haces. ¿No puedes sanar una mano árida? Pero puedes extender tu mano que la crueldad había secado, mediante la benevolencia de la limosma. Porque dice la Escritura: No sea tu mano abierta para recibir y cerrada para dar?3 ¿Observas cómo tu mano se inmoviliza no únicamente con la aridez sino también con la inhumanidad? ¡Extiéndela mediante el ejercicio de la benevolencia y la limosna! ¿No puedes echar los demonios? ¡Echa de ti el pecado y tendrás un premio mayor!.

¿Ves cómo la vida virtuosa y las buenas obras tienen un premio más grande que los milagros y una recompensa superior? Si quieres te lo declararé por otro camino. Dice la Escritura: Volvieron los setenta y dos llenos de alegría, diciendo: ¡Señor! ¡hasta los demonios se nos sometían en tu nombre! Y El les dijo: no os alegréis de que se os sujeten los demonios, sino alegraos de que vuestros nombres están escritos en los cielos: 24 ¡Ves cómo la vida virtuosa es alabada?

¡Ea, pues! ¡recopilemos lo que llevamos dicho!: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros. Queda demostrado que a los discípulos se les conocerá no por los milagros, sino por la vida virtuosa. ¡Pedro! ¿me amas más que éstos? ¡Apacienta mis ovejas! He aquí otra señal tomada también de la vida virtuosa. Un tercer indicio. No os alegréis de que los demonios se os sujetan, sino alegraos de que vuestros nombres están escritos en los cielos. También aquí se trata de las buenas obras propias de la vida virtuosa. ¿Quieres conocer un cuarto argumento que prueba lo mismo? Luzca, dice, vuestra luz delante de los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. De nuevo lo que aquí se menciona son las buenas obras. Y luego, cuando dice:Cualquiera que dejare su casa o hermanos o hermanas por mí, recibirá el cielito y poseerá la vida eterna, encomia las buenas obras y la vida perfecta.

¿Miras, pues, cómo los discípulos fueron dados a conocer por la mutua caridad, y cómo aquel a quien con predilección amaba de entre los apóstoles precisamente se hizo ilustre porque perdonaba a los hermanos? Y a los que se alegraban, se les ordenó que se alegrasen no porque echaban los demonios, sino porque su nombre estaba escrito en los cielos. Y quienes daban gloria a Dios fueron señalados y resplandecieron por el brillo de sus buenas obras. Y a los que habían de conseguir la vida eterna y el tanto por ciento, se les concedió semejante don por haber despreciado todos los bienes presentes.

¡Imita a todos éstos! ¡Así podrás ser uno de los discípulos y estar contado entre los amigos de Dios y glorificarlo y disfrutar de la vida eterno. Ni te será impedimento para conseguir todos los bienes, el no hacer milagros, con tal de que observes una vida pura y perfecta. Aun el mismo Pedro no recibió este nombre a causa de los milagros y portentos, sino por su celo y su amor sincero. No se le llamó Pedro porque resucitara a los muertos ni por haber sanado a un cojo, sino por haber demostrado una fe sincera y haberla confesado: ¡por tal motivo recibió el nombre! ¡Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia. ¿Por qué? ¡No por haber hecho milagros, sino por haber dicho: Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo!.

¿Alviertes cómo el sobrenombre de Pedro no trae su origen de los milagros, sino de su celo ardiente? Mas, al hacer memoria de Pedro, me viene el recuerdo de otro Pedro, padre y doctor común nuestro; quien, habiendo seguido al primero en la virtud, alcanzó además la misma cátedra. Porque es ésta una de las prerrogativas de la dignidad de

nuestra urbe: el haber tenido allá a los comienzos como doctor al Príncipe de los Apósteles. Justo era que la ciudad que se adornó con el nombre de cristiano antes que el resto del orbe, tuviera como Pastor al primero de los apóstoles.

Al primer Pastor lo recibimos pero no lo retuvimos perpetuamente con nosotros, sino que se lo otorgamos a la regia ciudad de Roma. O mejor dicho: ¡sí lo hemos retenido perpetuamente ! ¡No conservamos el cuerpo de Pedro, pero en lugar de Pedro conservamos la fe de Pedro! ¡Y en tanto que conservamos la fe de Pedro, tenemos en verdad a Pedro con nosotros! De manera que ahora, al contemplar a este otro Pastor, fiel imitador suyo, nos parece tener delante al mismo Pedro. Cristo a Juan lo llamó Elias; no porque Juan fuera Elias, sino por haberse presentado con el espíritu y virtud de Elias. Por tal motivo lo llamó Elias. Igualmente este Pastor, puesto que ha venido bajo la confesión y fe de Pedro, con toda razón puede recibir el mismo apelativo. La comunidad en el género de vida da origen a la comunión en el nombre.

Oremos todos para que llegue a la ancianidad de Pedro, pues aquel apóstol acabó su vida ya anciano. Jesús le había dicho; Cuando seas anciano otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieres! Pidamos a nuestra vez para este Pedro una vida prolongada y llena de buenas obras. Si su ancianidad se prolongare, hará que nuestra juventud espiritual sea también más florida y vigorosa y plena de vitalidad por las oraciones de aquél y de este Pedro, y también por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al que sea la gloria y el imperio, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por fos siglos de los siglos. Amén.

4

IV: Homilía tercera acerca del título de los Hechos de los Apóstoles;

y acerca de que es útil la lectura de las Sagradas Escrituras y vuelve inexpugnable al hombre en las adversidades; y que el nombre de Apóstol encierra en sí muchas dignidades; y que los apóstoles tienen una potestad y autoridad muy superior a la de los magistrados seculares, e incluso a la de los reyes; y al fin acerca de los recientemente iluminados.

CUANDO VUELVO mis ojos a la pobreza de mi entendimiento, me entra escalofrío, y me rehuso a las invitaciones para hablar ante un pueblo tan numeroso. Mas cuando miro el¡empeño y anhelo vuestro, y que no os saciáis de escuchar, de nuevo me lleno de confianza, y se levanta mi ánimo, y me preparo a entrar en la palestra de la enseñanza con toda presteza. Capaces sois vosotros, aun cuando topéis con un entendimiento de piedra, de volverlo más ligero que una pluma, con vuestro anhelo por escuchar. Como suelen los animales en el corazón del invierno ocultarse en sus guaridas y agujeros que tienen en mitad de las rocas; pero en cuanto ven aparecer la primavera abandonan sus escondrijos y van a reunirse con las demás bestias del campo y juntamente con el hombre se regocijan con la estación, así nuestro ánimo que anteriormente se había recluido en los escondrijos a causa de la conciencia de su debilidad, al ver vuestro anhelo, ha abandonado su escondrijo y se une a vosotros y da saltos de regocijo en este espiritual y divino prado y con la danza excelente de las Sagradas Escrituras y en tan ameno jardín.

Porque la lectura de las Escrituras es un prado espiritual y un paraíso de deleites, mucho mejor que aquel, otro paraíso. Este lo plantó Dios no en la tierra sino en las almas de los creyentes; y lo ha colocado no en el Edén ni en sólo un sitio, allá al Oriente, sino que lo ha extendido por toda la tierra y hasta los últimos confines del orbe. Para que comprendas que las Escrituras están patentes a todo el orbe de la tierra, oye al profeta que dice: Su pregón sale por toda la tierra y sus palabras llegan a los confines del orbeX Ya sea que vayas a los indos ¦-gente que es la primera en ver al sol cuando nace-, ya a las Islas Británicas, ya navegues hasta el Ponto Euxino, ya visites las regiones australes, a todos los hombres escucharás que hablan de lo que las Escrituras contienen, en diversos idiomas pero con una misma fe; con lenguas diferentes, pero con unidad de pensamiento.

Porque los idiomas difieren en los sonidos, pero no difieren en el pensamiento religioso. Hablan unos hombres una lengua bárbara, pero discurren y piensan con el mismo ánimo. Co-rrieten otros varios solecismos, por lo que mira a los sonidos; pero todos igualmente cultivan la piedad en las costumbres. ¿Ves cómo los límites del paraíso se han extendido hasta los confines de la tierra? Y aquí no hay serpiente, porque está libre el sitio de bestias feroces y está defendido por la gracia del Espíritu Santo. Tiene también su fuente este paraíso, lo mismo que aquel otro: fuente de donde se derivan infinitos raudales y no únicamente cuatro. Porque esta fuente no da origen solamente al Tigris ni al Eufrates, ni a un Nilo egipcio ni a un Ganges indo; sino que derrama infinitos ríos.

¿Quién lo afirma? ¡Dios que es quien nos ha donado tales ríos! Porque dice Jesús: El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno? ¿Miras cómo de esta fuente se derivan no cuatro ríos sino infinitos? Pero no es admirable sólo por la multitud de sus aguas, sino además por su naturaleza; porque no se trata de ríos de agua, sino de dones del Espíritu Santo. Y se reparte por los entendimientes de cada uno de los fieles, sin disminuirse. Se divide, pero no se consume. Se dispersa, pero no se aminora. ¡Entera se halla en todos y entera en cada uno! ¡Porque tal es la naturaleza de los dones del Espíritu Santo!.

¿Quieres conocer la abundancia de semejantes corrientes? ¿Quieres conocer la naturaleza de tales aguas y cómo no son iguales a las nuestras, sino mucho mejores y más admirables? Pues escucha de nuevo a Cristo cuando habla con la Samari-tana, para que conozcas la abundancia de la fuente: El agua que yo ie dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna.?1 No dijo saldrá, no dijo derramará, sino que mediante la palabra saltar nos indicó la abundancia. Suelen saltar los chorros de la fuente o depósitos de agua que no pueden ser contenidos en los senos de los manantiales; sino que la abundancia de las aguas y su frecuencia, hacen saltar los raudales en oleadas por todos lados. Por esto Jesús, al querer indicar la abundancia del líquido, usó de la palabra saltar y no de la otra salir.

¿Deseas también conocer la naturaleza de las aguas? ¡Por su uso la conocerás! ¡Porque su utilidad no es para la vida presente, sino para la futura y eterna! ¡Pasemos, pues, las horas en este paraíso! ¡Sentémosnos junto a la fuente, para que no nos vaya a suceder1 lo que le aconteció a Adán, y tengamos que salir del paraíso! ¡No aceptemos el consejo dañino ! ¡No demos entrada a las astucias del demonio! ¡Permanezcamos dentro puesto que ahí hay absoluta seguridad! ¡Mantengámonos continuamente leyendo la Escritura!

Gomo los que se sientan junto a las fuentes, disfrutan de su frescura; y cuando aprieta el calor estivo con frecuencia sumergen su cara en el agua y así se libran del penetrante calor mediante aquellos raudales; y remedian la sed que padecen, porque tienen a la mano el remedio de su mal, que la fuente les proporciona, así quienes se asientan junto a la fuente de las Sagradas Escrituras, aun cuando sientan que se abrasan con los ardores de la perversa liviandad, en cuanto riegan su alma con estos raudales, la pasión se aplaca; y si se les enciende la ira que hierve como un caldero, cuando le derraman encima algunas gotas de esta agua fácilmente reprimen la cólera importuna; y en fin, la lectura de las Escrituras sacará al alma como de en medio de un incendio, de todos los malos pensamientos., El gran profeta David, sabiendo cuan grande utilidad acarrea la lectura de las Letras Sagradas al que continuamente en ella se ocupe, y disfrute de su conversación, lo compara con el árbol que perennemente1 florece, por estar plantado a la vera de la corriente, cuando dice: Bienaventurado el varón que no anda en concejo de los impíos, ni camina por la senda de los pecadores, ni se sienta en compañía de los malvados, sino que tiene en la Ley de Yavé sus complacencias, y a ésta atiende día y noche. Será como árbol plantado a la vera del arroyo. A la manera del árbol plantado a la vera de las aguas corrientes, y colocado en las márgenes del río, al ser regado continuamente por la abundancia de las linfas indeficientes, no puede ser dañado por ningún cambio atmosférico; de modo que no teme los rayos del sol cuando más ardientemente calientan, ni tiembla por los vientos que se encruelecen a causa del ardor estivo más vehemente; porque como contiene en sí abundancia de savia al punto rechaza y echa de sí el calor de los rayos solares que de fuera lo acometen, así el alma que asienta al lado de las Sagradas Letras, y continuamente se está regando y recibe en sí el rocío del Espíritu Santo, resiste invencible todas las vicisitudes de las cosas humanas; y aun cuando la acometan las enfermedades, las injurias, los vituperios, las calumnias, las burlas o cualquier género de desidia; y aun cuando se le echen encima todos los males del, universo, fácilmente apartará de sí el incendio de las interiores perturbaciones, por estar robustecida suficientemente con el solaz de la lectura de las Letras Sagradas.

Ni las grandezas de la gloria humana; ni la majestad del poder; ni la presencia y favor de los amigos; ni otra cosa alguna de las humanas, puede consolar al alma que se encuentra consumida por la tristeza, como la Escritura Sagrada. ¿Por qué? Porque todas aquellas cosas son caducas y necesariamente perecederas; de modo que su solaz también está condenado a la caducidad. En cambio la lección de las Sagradas Escrituras es una conversación con Dios. Y cuando al que está consumido por la tristeza es Dios quien le habla, quien lo consuela ¿qué habrá, entre las cosas creadas, que pueda entristecerlo? ¡Apoquémonos, pues, a esta lectura, no únicamente durante dos horas - puesto que no basta para la seguridad de nuestras almas con simplerrlente oírlas- sino continuamente. Cada cual, una vez que haya regresado a su hogar, tome en sus manos los Libros Sagrados y vaya recordando el sentido de lo que se le ha explicado, si es que anhela sacar de la Escritura vina perenne y suficiente utilidad.

Tampoco el árbol plantado junto a la corriente de las aguas se entretiene en éstas durante dos o tres horas, sino todo el día y toda la noche. Por esto presenta siempre verde su follaje; por esto se encuentra cargado de frutos aun cuando nadie lo riegue: porque está plantado junto a la corriente de las aguas y con sus raíces atrae la humedad, y como por unos poros hace subir la savia y lleva su utilidad a todo el cuerpo. Así quien lee asiduamente las Sagradas Escrituras y se sienta junto a sus raudales, aunque no tenga a la mano nadie que se las explique saca, como con unas raíces, la utilidad

mediante la frecuente lectura. Por esto nosotros, que conocemos vuestros cuidados, ocupaciones y numerosos negocios, poco a poco y sin sentirlo os vamos introduciendo en el sentido de las Sagradas Letras, y mediante la lentitud en la exposición, logramos que se os grabe mejor en la memoria lo que se os dice.

Si la lluvia se precipita con vehemencia, ciertamente riega la tierra por la superficie, pero no aprovecha más adentro. Mas, si poco a poco va descendiendo y despacio, a la manera del aceite se va infiltrando por la superficie y descendiendo a los poros; y como por unas venas llega hasta lo profundo y llena de humedad las entrañas, las vuelve fecundísimas y las dispone a producir frutos ubérrimos. Por1 tal motivo nosotros vamos despacio haciendo descender a vuestras almas la lluvia espiritual. Porque las Sagradas Escrituras son como nubes espirituales; y sus palabras y pensamientos son lluvia, más excelente que la otra material. Tal es pues la causa porque nosotros lentamente vamos infundiendo en vosotros esta lluvia, a fin de que las palabras logren penetrar hasta las profundidades de las almas.

Por la misma cansa sucede que, aun cuando es ya el cuarto día de que venimos alargando esta exposición, no hemos podido completar siquiera la de uno de los encabezados de la Biblia, sino que andamos todavía ocupados en él. Es mejor que, habiendo cavado un campo pequeño, encontremos un gran tesoro de cosas útiles y necesarias cuando descendamos a sus profundidades, que no, tras de recorrer superficialmente grandes campos en vano y a la buena ventura, nada encontremos y quedemos afligidos. Sé bien que muchos se molestan por semejante lentitud; pero yo, por mi parte, no me cuido de sus reprensiones puesto que no tengo otro empeño sino lograr vuestra utilidad. Quienes puedan caminar más de prisa, que esperen a sus hermanos que van más lentos. Esos bien pueden esperar, pero los más lentos no pueden alcanzarlos. Por lo cual dijo Pablo: que no debemos urgir intempestivamente a los más débiles 5 cuando no pueden llegar a la perfección de los que son más robustos; sino que nosotros los robustos debemos soportar la debilidad de los menos fuertes. Estamos nosotros con empeño procurando vuestra utilidad, y no haciendo ostentación vana de lo propio nuestro. De manera que por tal motivo nos vamos deteniendo en la explicación del sentido de las Escrituras.

Decíamos, pues, el primer día, que no se han de pasar de largo los encabezados. Os leí entonces la inscripción del Altar de Atenas y os demostré la prudencia de Pablo; puesto que a un soldado del otro bando y que pertenecía al ejército enemigo, lo hizo pasarse a sus propios escuadrones. Sobre tal materia versó la enseñanza el primer día. El segundo día investigamos quién fuera el autor del libro y con la gracia de Dios encontramos ser Lucas, el evangelista. Y con muchos argumentos os demostramos cómp se responde a la cuestión que"se proponía; demostraciones que fueron unas más claras y otras más oscuras. Yo sé que muchos de los oyentes no entendieron bien lo que se dijo hacia el fin. Mas a pesar de todo, no desistiremos de investigar los sentidos más recónditos, con toda confianza. Lo más claro aprovechará a los más sencillos; lo más profundo, a quienes son más despiertos de ingenio.

Es necesario que la mesa tenga variedad de diferentes manjares, y también que el apetito de los invitados sea de varias clases. En resumen: el primer día disertamos acerca del título; el segundo acerca del autor del libro. El tercer día, o sea ayer, comentamos el principio del libro ante nuestro auditorio, y explicamos, como bien lo saben quienes asistieron, qué significa la palabra Hechos y qué cosa es el milagro y qué

la vida virtuosa, qué sea señal portentosa y qué virtud, y cuan grande diferencia existe entre ambas cosas; y en qué forma una es mayor que la otra, pero la otra más útil; y cómo la virtud por sí adquiere el reino de los cielos, mientras que los milagros, si no llevan consigo el auxilio de las buenas obras, se quedan fuera del vestíbulo de los cielos.

Conviene por tanto que hoy expliquemos lo que resta del encabezado y declaremos qué significa el nombre de apóstol. Porque no es un nombre sencillo, sino de magistrado y de magistrado espiritual y de magistrado del cielo. ¡Atended con diligencia! Así como para los asuntos seculares hay multitud de magistrados, pero no todos tienen la misma dignidad, sino que hay unos más altos y otros menos -como son, para comenzar con los inferiores, el Defensor de la ciudad y más arriba el Jefe de tribus y enseguida otro magistrado superior y el Prefecto de las milicias y sobre este el "Cónsul- y todos son magistrados, pero no todos tienen la misma dignidad, así también hay magistrados espirituales, pero sus dignidades no son iguales. Pues bien, entre todas la mayor es la de apóstol. Hablo así, porque es menester llevaros como de la mano de las cosas sensibles a las espirituales.

Así lo hacía Cristo. Tratando del Espíritu Santo, trajo a colación el agua: El que bebe de esta agua tendrá sed de nuevo, dice; pero quien bebiera del agua que yo le daré ya no tendrá sed para siempre. 6 ¿Ves cómo conduce a la samaritana mediante las cosas sensibles a las espirituales? Pues nosotros procedemos de manera semejante; y de las cosas de acá abajo os vamos conduciendo a las de allá arriba con el objeto de que nuestro discurso adquiera mayor claridad. Por esta razón al hablar de magistraturas, no mencionamos únicamente las espirituales sino también las sensibles; para llevaros como de la mano de éstas a las otras. Habéis oído cuántos magistrados seculares enumeramos, y cómo unos ;son mayores que otros y los hay menores, y cómo los magistrados consulares sobresalen entre el pueblo a la manera de cabezas o de cumbres. Veamos ahora si es lo mismo entre los magistrados espirituales.

Magistratura espiritual es la profecía; hay otra de evangelista; otra de pastor; otra de doctor. Las hay también de don de curaciones, de interpretación de idiomas. Todos estos nombres significan un don, pero la realidad es de magistraturas y poderes. El profeta es un magistrado. El que echa los demonios es entre nosotros un magistrado; y también el pastor y el doctor son entre nosotros magistrados. Pero mayor que todas es la magistratura de apóstol. ¿Cómo consta? ¡Porque el apóstol los precede a todos! Gomo entre los magistrados seculares tiene la prerrogativa de honor el cónsul, así entre los espirituales la tiene el apóstol. Escuchemos a Pablo que enumera las dignidades y pone en lugar más alto la de apóstol. ¿Qué dice? Puso Dios en la Iglesia primero apóstoles, luego profetas, luego doctores y pastores, después las gracias de curación.

¿Ves cuál es la cumbre de las dignidades? ¿Ves cómo el apóstol se asienta en lo más alto, y nadie le precede ni está más arriba de él? Porque Pablo nombra en primer lugar a los apóstoles, en segundo a los profetas, en tercero a los pastores y doctores. Siguen luego las gracias de curaciones, de asistencia, de gobierno y de lenguas Pero no es el apostolado únicamente la principal de las dignidades, sino también su raíz y fundamento. Gomo la cabeza, colocada en la parte superior del cuerpo, tiene no solamente el principado sobre el organismo y lo domina, sino que además es su raíz - puesto que los nervios con que el cuerpo se rige nacen de ella, y una vez originados en su cerebro y enriquecidos con los espíritus vitales, gobiernan luego toda la vida animal-, así el apostolado no únicamente sobresale entre los otros dones a la manera de un

principado y tiene el dominio, sino que retiene en sus manos como cogidas las raíces de las demás dignidades. El profeta no puede ser apóstol y profeta a la vez, mientras que el apóstol es a la vez profeta y tiene el don de curaciones y el de lenguas y el de interpretación de idiomas. Viene en consecuencia siendo raíz y principio de las demás gracias y dignidades.

Os traigo a Pablo como testigo de semejante verdad. Pero antes de pasar adelante, es. bueno explicar qué significa el don de lenguas. ¿Qué significa género de lenguas? Antiguamente quien había creído y había sido bautizado, al punto, como una manifestación del Espíritu Santo, hablaba diversos idiomas. Por ser los hombres de aquella época más débiles y que no podían ver con los ojos de la carne los dones espirituales, se les daba esa señal sensible, para que por medio de ella se les hiciera manifiesto el don espiritual. Y quien había sido bautizado, al punto hablaba nuestra lengua y la persa y la. india y la escita; de manera que por este medio comlprendieran los infieles haber recibido el don del Espíritu Santo. La señal ciertamente era perceptible y sensible, como que era la voz, puesto que todos la oían con sus oídos; mientras que la gracia espiritual del Espíritu Santo no era * sensible; pero esta señal sujeta a la percepción de los sentidos la hacía manifiesta a todos. Pues bien: esta señal se denominaba géneros de lenguas. La razón era porque por beneficio de la gracia, quien no poseía sino sólo un idioma dado por la naturaleza, hablaba varias y diferentes lenguas. De modo que podía verse ahí a un hombre que materialmente era uno, pero por los dones era como varios, como si poseyera varias bocas y lenguas.

Veamos ahora cómo el apóstol tenía también este don entre los otros dones. Acerca de esto Pablo se expresa así: Hablo lenguas más que todos vosotros. ¿Ves cómo posee el don de género de lenguas; y no sólo lo posee, sino en mayor abundancia que los demás fieles? Porque no dijo simplemente puedo hablar lenguas, sino más que todos vosotros hablo lenguas. También indica el don de profecía de que estaba dotado con estas palabras: Pero el Espíritu claramente dice que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos? Ahora bien: predecir lo que sucederá en los últimos días, nadie ignora ser propio de la profecía. Y dice también: Sabed una cosa: que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos} Y luego: Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que ya murieron. También esto es una profecía. }Observas cómo tenía además los dones de género de lenguas y de profecía?

¿Quieres conocer que también poseía el don de curaciones? Quizá no necesite tal cosa de discursos que la demuestren; puesto que vemos que no sólo los apóstoles están dotados de semejante gracia de curaciones, sino incluso sus vestidos. Testifica además en muchos sitios haber sido doctor de las gentes y haber ayudado a todo el orbe de la tierra y haber gobernado la Iglesia. De modo que cuando oigas decir: primero los apóstoles, luego los profetas, en tercer lugar los doctores y pastores, y las gracias de curación y de asistencia y de gobierno y de géneros de lenguas, has de entender que en el apostolado están, como en su cabeza, las demás gracias y con abundancia.

Pensabais al principio que el nombre de apóstol era sencillo? ¡Mirad qué sentidos tan profundos habéis encontrado que en este nombre de apóstol se reúnen! Hemos dicho lo que antecede, no para hacer ostentación de nuestro poder oratorio -puesto que no son cosas nuestras las que se dicen, sino gracias del Espíritu Santo que así despierta a los más desidiosos y negligentes-, sino para que no se pasen de largo y a la ligera nombres

semejantes. De manera que con toda razón hemos designado al apostolado como un consulado. Porque son los apóstoles magistrados puestos por Dios; magistrados a quienes no se les limita el radio de acción a varias gentes y naciones, sino a cuya fe se confía el orbe todo de la tierra juntamente. Pero me esforzaré en demostrar que tales magistraturas son espirituales, para que, por la demostración, mejor entendáis que son los apóstoles tanto más excelentes que los magistrados temporales, cuanto los magistrados seculares lo son respecto de los niños entregados a sus juegos. El magistrado espiritual es mucho más excelente que el temporal, y sostiene mucho mejor nuestra vida; hasta el punto de que si se le suprimiera, todo se hundiría y perecería. Mas ¿cuál es el distintivo de semejante magistrado y qué condiciones ha de tener? ¡Ha de tener potestad sobre las cárceles, de manera que pueda a unos ponerlos en cepos, a otros liberarlos, y sacar de la cárcel a éstos y encarcelar a los de más allá! Y también ha de poder condonar las deudas, y absolver a unos deudores y obligar a otros a restituir: ¡y que todo esto dependa de su arbitrio! También ha de poder condenar a muerte y perdonar la pena de muerte. Aunque esto último, ya no es propio del magistrado sino únicamente del emperador. O mejor aún: ni siquiera es prerrogativa absoluta del emperador. Ya que éste no puede volver a la vida a quien una vez ha muerto, sino únicamente librar a quien ya va conducido a la muerte: puede revocar la sentencia, pero no puede revocar de la muerte. Posee en consecuencia algo que es de inferior calidad, pero está destituido de lo que es más excelente.

Por otra parte, conocemos al magistrado por la banda que porta, por la voz del pregonero, por la guardia que lo rodea, por el coche en que va, por la espada que ciñe: ¡porque todas estas cosas son insignias del magistrado! Veamos pues si la magistratura de apóstol tiene también semejantes insignias. ¡Sí las tiene, pero no son de la misma clase, sino mucho más excelentes! Y para que entiendas que cada palabra de esas indica una realidad, pero que cada una de estas otras realidades es la verdadera realidad; es decir, para que entiendas qué diferencia hay entre niños que juegan a magistrados y los magistrados mismos, comencemos, si te parece, por las cárceles. Decíamos que es una potestad de los magistrados encarcelar y liberar de la cárcel. Pues observa cómo semejante poder lo tienen los apóstoles: A los que ligareis sobre la tierra, ligados quedarán en el cielo; y a los que desatareis sobre la tierra quedarán desatados en el cielo X ¿Ves cómo hay cárcel y hay potestad sobre la cárcel?

El nombre de cárcel es el mismo. Pero la realidad en absoluto no es la misma. Porque hay ataduras y ataduras. Unas hay de la tierra y otras del cielo. Pues en nuestro caso para los atados la cárcel es el cielo. ¡Comprende la amplitud de potestad de la magistratura! Los magistrados se asientan acá en la tierra, pronuncian sentencia: pero su sentencia tiene tal virtud que penetra los cielos. Es lo que sucede con los emperadores. Tienen su residencia en una ciudad y en ella legislan y sentencian, pero la fuerza de sus leyes y sentencias recorre todo el orbe de la tierra. Pues del mismo modo los apóstoles en aquellos tiempos, aunque residían en un lugar, y ahí sentenciaban, pero la fuerza de sus leyes y sentencias abarcaba no sólo al orbe todo, sino que subía a las cumbres mismas de los cielos. ¿Ves en consecuencia cárcel y cárcel? ¡Una en la tierra, otra en el cielo! ¡Una para los cuerpos, otra para las almas! Porque los apóstoles no ataban los cuerpos, sino las aliñas.

¿Quieres ver ahora cómo estaba en su poder perdonar a los deudores? ¡También aquí encontrarás una gran diferencia. No perdonaban deudas de dinero, sino pecados. Les dice Cristo: A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; y a quienes los

retengáis, les quedan retenidos. Después de tales palabras ¿qué necesidad hay de demostrar que podían enviar a la muerte y revocar de la muerte; y no únicamente después de dada la sentencia, liberando del suplicio a los que eran al suplicio conducidos, sino resucitando realmente de entre los muertos a los que ya habían fenecido?

¡Dirás! ¿En dónde condenaron a muerte? ¿en dónde libraron de la muerte? Ananías y Safira fueron convictos de sacrilegio. Pues aun cuando los dineros que habían sustraído eran suyos, el pecado fue de sacrilegio. Una vez que habían hecho promesa de semejantes dineros, ya no les pertenecían. ¿Qué hace el apóstol? ¡Escucha cómo, a la manera de un juez sentado en su tribunal para juzgar al sacrilego, interroga y pronuncia la sentencia! No da la sentencia antes del interrogatorio. Porque, aun cuando el delito estaba manifiesto, quería persuadirnos, a quienes estábamos fuera del tribunal, que su sentencia era justa. Echa, pues, mano del interrogatorio con estas palabras: ¿Por qué se ha apoderado Satanás de tu corazón, moviéndote a mentir al Espíritu Santo, reteniendo una parte del precio del campo? ¿Acaso no, sin venderlo, lo retenías para ti, y una vez vendido no quedaba a tu disposición el precio? ¡No has mentido a los hombres, sino a Dios!.

¿Qué le aconteció a Ananías cuando oyó tales palabras? ¡Cayó y expiró! ¿Ves cómo los apóstoles tienen también el derecho de espada? Cuando escuches a Pablo que dice: La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios 5 acuérdate que no se trata de espada material, sino únicamente de la palabra con que fue herido aquel sacrilego. ¿Has visto la espada desnuda y afilada? ¡No hay hierro, no hay empuñadura en ninguna mano! En vez de la mano está la lengua! ¡En vez de la espada se pronuncian palabras que causan la muerte! Y tras él entró su mujer, y Pedro quiso ofrecerle una ocasión de alcanzar perdón y defensa. Por lo cual le preguntó: ¡Dime! ¿vendiste el campo en esa cantidad? No ignoraba el apóstol en cuánto lo habían vendido; pero intentaba con semejante pregunta mover a Safira a penitencia y a que confesara su pecado para darle el perdón. Por tal motivo la interroga. Pero ella persevera en su impudencia y así hubo de acompañar a su marido en el castigo. ¿Miras cómo los apóstoles tienen potestad sobre la cárcel y cómo pueden enviar a la muerte?

Pero pasemos a cosas más agradables. A cómo pueden revocar de la muerte. Murió la discípula Tabita, célebre por las muchas limosnas que hacía a los pobres; y al punto acuden a los apóstoles. Porque sabían que tenían tales poderes sobre la vida y sobre la muerte. Sabían que el principado de los cielos había descendido a la tierra. ¿Qué dice Pedro?: ¡Tabita, levántate!fl-6]Qe nada más necesitó: ni de ministros, ni de criados. ¡Bastaron estas palabras para obrar la resurrección! ¡Escuchó la muerte tales voces y no pudo retener a la que ya había muerto! ¿Ves la calidad de las palabras de estos jueees? ¡Las de los jueces seculares son débiles! Aunque alguno impere, si el criado no le obedece, no se lleva a cabo lo mandado. Aquí, en cambio, no se necesitan los criados. ¡Dijo y al punto fue hecho!.

¿Has visto el poder sobre la cárcel, que es una de las insignias de la magistratura? ¿Has visto cómo perdona los pecados el apóstol? ¿Has visto en qué forma acaba con la muerte y devuelve la vida? ¿Quieres conocer además la insignia de su banda? ¡Cristo envió a los apóstoles ceñidos no de pieles sino de verdad, que es una banda y faja espiritual y santa! Por lo cual dice: Ceñidos vuestros lomos con la verdad.n Como la magistratura es espiritual no debemos buscar nada sensible: Toda la gloria de la hija del

rey es interior'. ¿Deseas ver además a los ejecutores de los castigos sentenciados? ¡Verdugos son los que azotan a los reos y los clavan en un leño y les raen los costados y los sujetan a suplicios y penas! ¿Quieres verlos? ¡No son los hombres sino los demonios y el diablo en persona! Los apóstoles, cuando aún vivían en la carne y en la envoltura del cuerpo, tenían como ejecutores de sus sentencias a las Virtudes incorpóreas. Oye cómo Pablo les manda con imperio. Pues acerca del que en Corinto había fornicado, decía: Lo entrego a Satanás para ruina de la carnet Y también, como algunos blasfemaran, procedió de semejante manera: Los he entregado a Satanás para que aprendan a no blasfe?nar.

¿Qué nos queda por demostrar? ¿Acaso que poseen carruajes? Pues para esto no nos faltará argumento convincente. Porque Felipe, una vez que hubo bautizado al eunuco y lo inició en los sagrados misterios, como tuviera que regresarse por su camino, el Espíritu Santo le arrebató, y, trasladado desde el desierto, fue encontrado en Azoto. ¿Adviertes el carro alado? ¿Ves el vehículo más veloz que los vientos? En otra ocasión el apóstol hubo de ir al paraíso a donde tan largo era el camino y la distancia tan inmensa y el intervalo tan amplio. Pues bien: entonces fue arrebatado repentinamente y sin trabajo alguno en un instante fue llevado al paraíso. ¡Estos son los carros de los apóstoles! Y la voz del pregonero que corre delante también es digna de la magistratura! Porque no iba delante de ellos un hombre clamando, sino la gracia del Espíritu Santo; y mediante los milagros que eran como una demostración, enviaban por delante una voz más penetrante que la de cualquier trompeta, y así por todas partes se les iba abriendo camino.

Y como sucede con los que están constituidos en altas magistraturas y proceden con gran magnificencia, que los particulares no se atreven a entremezclarse con ellos, así les acontecía a los apóstoles. Porque dice: Y de los otros nadie se atrevía a unirse a ellos, sino que el pueblo los tenía en grande estima. De modo que en resumen, has visto su potestad sobre la cárcel, su facultad para perdonar las deudas, su derecho de espada, y cómo iban ceñidos de bandas y eran llevados en carros y los precedía el pregón más penetrante que el sonido de una trompeta, y avanzaban adornados de magnífica pompa y esplendor.

Vale la pena referir ahora sus hechos preclaros y cuan inmensos beneficios han hecho al orbe de la tierra. Porque también esto es propio de los magistrados: no solamente gozar de los honores, sino además tener gran solicitud y cuidado de los subditos. Pero ya hemos dicho muchas cosas y aún más de las que convenía. Dejemos pues para otro discurso esa materia. Ahora me esforzaré en dirigir mi palabra a los recientemente iluminados y en exhortarlos. Ni piense alguno que semejante determinación es inoportuna, pues ya tengo dicho que no sólo después de diez o veinte días, sino después de diez o veinte años, pueden llamarse recién iluminados los que han sido iniciados en los misterios; con tal de que vivan sobria y diligentemente.

¿Cuál será la mejor exhortación para ellos? ¡Traerles a la memoria el modo de su nacimiento: digo así del primero como del segundo; del material y sensible y del espiritual! Y declararles cuál sea la diferencia entre ambos. Más aún: ni siquiera es necesario que lo sepan por nosotros. El hijo del trueno en persona los instruirá acerca de la diferencia, es decir, Juan, el discípulo amado. ¿Qué es lo que dice?: mas a cuantos lo recibieron dioles potestad de venir a ser hijos de Dios. Y luego, trayéndoles al recuerdo su primer nacimiento, y explicándoles, por comparación, la santidad y dignidad de la

gracia presente, les dice: Que no de la sangre ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos. De manera que con sola una palabra expresó la gran dignidad. ¡Oh nacimiento lleno de limpieza! ¡Oh parto espiritual! ¡Oh nueva manera de nacer! ¡Concebir sin vientre! ¡nacer sin vientre! ¡parto sin carne! ¡partos espirituales! ¡partos de gracia y benignidad de Dios! ¡partos que rebosan alegría y redundan de gozo!.

No fue así aquel primer nacimiento, sino que comenzó por gemidos. Porque apenas salió el niño del vientre de su madre y fue emitido del seno materno, lanzó sus primeros gemidos envuelto en lágrimas, como lo dijo cierto varón: Y lloré igual que los otrosí De manera que la entrada en la vida es con lágrimas, con lágrimas son sus comienzos: ¡así nos anuncia de antemano la naturaleza las molestias que nos aguardan! ¿Por qué llora el niño al venir a la luz? Porque antes del pecado Dios había dicho: ¡Creced y multiplicaos!', lo cual era un beneficio. Pero después del pecado fue dicho, como un castigo: ¡Con dolor darás a luz a tus hijos!.

Ni solamente hay en el nacimiento lágrimas, sino además fajas y cintas para atar. De modo que lágrimas al nacer; lágrimas al morir; fajas en el nacimiento y fajas en la muerte. ¿Todo para que comprendas que esta vida termina en muerte y en muerte tiene su acabamiento! ¡No es de semejante género el segundo nacimiento! ¡En parte alguna suya hay lágrimas ni fajas, sino libertad del que nace y viene preparado al combate. Por tal motivo tiene libres los pies y las manos, para que pueda lanzarse a luchar. No tiene lágrimas ni lamentos, sino felicitaciones, ósculos y abrazos de sus hermanos que reconocen al recién nacido como miembro propio, y lo reciben como si regresara tras de larga peregrinación.

Antes del bautismo era enemigo. Después del bautismo se tornó en amigo común del Señor de todos y nuestro, y todos nos congratulamos. Tal es el motivo de que el ósculo que se le da se llame paz, para que entendamos que la guerra contra Dios ha terminado, y que hemos sido recibidos en su amistad. ¡Conservémosla perpetuamente, fomentémosla! ¡Hagamos crecer semejante amistad a fin de que consigamos las moradas eternas, por gracia y benignidad del Señor Nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre y el honor y el imperio, juntamente con el vivificante y Santo Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

5

V: Homilía cuarta acerca del título de los Hechos de los Apóstoles;

y que no carece de peligro que los oyentes callen lo que se ha dicho en la iglesia; y por qué motivo se leen los Hechos de los Apóstoles en Pentecostés y por qué Cristo no se apareció a todos una vez que resucitó de entre los muertos; y que Cristo mediante los milagros que hicieron los apóstoles dio más brillante demostración de haber resucitado que por medio de sus apariciones.

LA MAYOR parte de la deuda que con vosotros contrajimos con ocasión del encabezado del libro Hechos de los Apóstoles, os la pagamos ya en los días precedentes. Pero, como nos quedó un sobrante pequeño, vengo ahora para saldarlo. Si habéis mantenido en la memoria diligentemente lo que se os dijo, y cuidadosamente lo

recordáis, allá vosotros lo sabréis; puesto que sois quienes han recibido en depósito los talentos, y de quienes Dios exigirá cuentas el día en que serán llamados a dar razón quienes los recibieron: vendrá entonces Cristo y exigirá de los banqueros las sumas juntamente con los réditos. Porque dice: Debías haber entregado mi dinero a los banqueros para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses! ¡Oh bondad de Dios grande e inefable! ¡El que prohibe a los hombres recibir usuras, las exige! ¿Por qué? Porque el otro género de usuras en dineros es digno de condenarse y hace al usurero digno de acusación. Pero la usura espiritual es digna de alabanza y recomendable.

La usura de las riquezas daña a quien la percibe y a quien la paga; puesto que pierde el alma del que la recibe y echa a la miseria al que la paga. Pero ¿qué cosa puede haber más cruel que sacar alguno ganancia de la miseria de su prójimo y andar buscando lucro mediante la desgracia de sus hermanos? ¿O que alguno se encubra debajo del disfraz de la benevolencia para ejercitar la más fiera inhumanidad? ¿Que quien debiera tender la mano en auxilio sea quien arroje al abismo al necesitado de auxilio? ¿Qué haces, oh hombre? ¡No se acercó el pobre a tus puertas para que aumentaras su pobreza, sino para que lo libraras de la pobreza! En cambio tú procedes como los que fabrican venenos; que los mezclan con los alimentos y de esta suerte preparan sus asechanzas ocultas. Los usureros, cuando ocultan su avaricia bajo las apariencias de benignidad, no dejan que quienes van a beber el mortífero veneno sientan su propio daño.

Por esto, lo que se ha dicho del pecado puede repetirse oportunamente respecto de quienes ponen sus dineros a usura y reciben las ganancias. Y ¿qué se ha dicho del pecado?: Por algún tiempo halaga tu boca, pero después lo encuentras más amargo que la hiél y más afilado que espada de dos jilos? Esto les sucede sobre todo a quienes reciben a rédito. Cuando el necesitado recibe los dineros, disfruta de solaz por un breve lapso; pero luego, cuando el rédito va creciendo y la carga se hace superior a sus posibilidades, el dulce que había llenado su boca siente que se le torna más amargo que la hiél y más agudo que espada de dos filos; y se ve obligado a ceder incluso los bienes todos heredados de su padre.

Pero llevemos nuestro discurso de las cosas sensibles a las espirituales. Convino, dice, que entregaras mi dinero a los banqueros. ¿Por qué os llamó Dios banqueros? Para enseñar a cuantos escuchan a examinar lo que se les dice con el empeño con que los banqueros examinan las monedas. Así como los banqueros rechazan la moneda de mala ley y mal sellada y en cambio admiten la legal y buena, y distinguen la adulterada de la correcta, así has de proceder tú, y no recibir cualquier clase de predicación. Rechaza la que venga adulterada y corrompida y recibe en tu alma la que llegue correcta y saludable. Porque tienes ¡ciertamente tienes a la mano balanzas fieles no fabricadas de bronce ni de hierro, sino de pureza de costumbres y de fe! Examina toda predicación mediante tal balanza. Tal fue el motivo de que Cristo os llamara banqueros y dijo que fuerais buenos banqueros. No para que vayáis al foro y estéis allá contando monedas; sino para que con todo empeño examinéis las enseñanzas y discursos. Pablo dijo: ¡Probadlo todo y quedaos con lo bueno? Ni fue la única causa de llamaros banqueros, lo de examinar la administración de los bienes que os ha confiado. Porque los banqueros, si se contentan con guardar encerrados en su casa los dineros y no los utilizan entre los demás, pierden toda ganancia: cosa que también les sucede a los oyentes. Si encierras en ti la doctrina recibida y no la esparces entre los demás, se te ha echado a perder todo el negocio.

Por esto vemos cada día en los establecimientos de la Banca a los hombres que van y vienen de un lado a otro. Pues guárdese la misma regla acerca de la doctrina recibida. Porque entre los banqueros, vemos que unos entregan dineros, otros reciben y al punto se retiran; y está a la vista que tal cosa sucede durante todo el día. De aquí resulta que aun cuando los dineros no les pertenecen, mas, porque los usan para las cosas necesarias, sacan de la riqueza ajena grande ganancia. Procede tú del mismo modo. No son tuyas las enseñanzas, sino del Espíritu Santo; pero si sabes usarlas como se debe, amontonarás enormes utilidades. De manera que también por este motivo Dios os llamó banqueros.

Mas ¿por qué a la enseñanza la llamó dinero? Pues fue porque así como el dinero lleva impresa la perfecta imagen del rey -puesto que si no la muestra bien marcada no es legal sino que se le tiene por adulterado- del mismo modo la doctrina de la fe ha de llevar impresa la figura y sello del Evangelio. Por otra parte el dinero sustenta toda nuestra vida mediante su uso, y da lugar a toda clase de transacciones; y ya sea que algo se haya de comprar o de vender, todo lo hacemos mediante los dineros. Pues bien: lo mismo sucede con la doctrina. Porque este dinero espiritual es ocasión y raíz de los contratos espirituales. De donde resulta que si algo queremos comprar de Dios, una vez que hayamos pagado como precio primero las palabras con que se hacen las súplicas, finalmente recibimos lo que pedíamos. Y aun si vemos que nuestro hermano es negligente y anda pereciendo, si pagamos, como con monedas, por él, las palabras de la doctrina, lograremos su salvación y habremos comprado su vida.

En consecuencia, debemos cuidar con todo empeño y poner todo nuestro esfuerzo en retener y conservar en la memoria cuanto se nos enseña, para distribuirlo luego entre los demás; puesto que también a nosotros se nos exigen los réditos de tales dineros. Pongamos atención mientras recibimos las monedas a fin de que podamos después distribuirlas entre los otros; ya que, al fin y al cabo, cada uno de nosotros puede enseñar, si quiere. No puedes enmendar una grande reunión, pero sí puedes amonestar a tu esposa. No puedes hablar a una ingente multitud, pero puedes volver a mejor camino a tu hijo y llevarlo a un correcto modo de pensar. No puedes predicar a un pueblo tan numeroso, pero puedes atraer a tu siervo a una vida mejor. Semejante grupo de discípulos no excede a tus fuerzas; semejante modo de enseñar no excede a tu sabiduría. ¡Pero si hasta lo podéis hacer vosotros mejor que nosotros y procurarles la enmienda!.

Yo os hablo una vez o cuando mucho varias en la semana. Tú, en cambio, tienes dentro de tus mismas paredes y en tu casa continuamente a tus discípulos y a tu mujer y a tus hijos y a tus criados, y puedes instruirlos en la noche, en la mesa, y corregirlos durante todo el día. Además de que semejante modo de medicinar resulta más fácil. Mientras yo hablo es tan enorme la multitud que ignoro cuál sea la enfermedad que atormenta vuestros ánimos; por lo que me veo obligado en cada reunión a proponer toda clase de medicamentos. Vosotros no necesitáis proceder de la misma manera; sino que con menor trabajo podéis cosechar frutos más abundantes de la corrección. Porque conocéis perfectamente los defectos de quienes viven bajo vuestro mismo techo; de manera que incluso podéis aplicarles con mayor rapidez la medicina.

¡No omitamos el cuidado de nuestros compañeros de hogar, carísimos! ¡Pena muy grande y muy grande castigo están preparados para quienes descuidan a sus domésticos! Dice Pablo: Si alguno no mira por los suyos, sobre todo por los de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel A ¿Ves en qué forma hiere Pablo a quienes no cuidan de sus

domésticos? ¡Con razón! Porque quien descuida a sus domésticos ¿qué cuidado tendrá de los extraños? ¡Yo sé bien que con frecuencia he usado de semejante exhortación ante vosotros; pero no dejaré de usarla aun cuando para adelante ya esté yo sin culpa en la negligencia de los demás. Puesto que dice: Convenía que entregaras mi dinero a los banqueros, y no exigió nada más.

¡Entregué el dinero y no me queda otra cosa de qué dar cuenta! Sin embargo, a pesar de estar del todo libre y desligado de la pena amenazada, para el crimen de no entregarlos, temo y tiemblo por vuestra salvación, como si fuera reo de castigo. En conclusión: ¡nadie escuche a la ligera y de pasada las enseñanzas espirituales! Porque no sin motivo y razón acostumbro echar por delante prolijos exordios; sino para que la cuenta de los dineros que se os entregan sea más exacta y mejor los guardéis. No vaya a suceder que mientras aplaudís a la ligera y vanamente y alborotáis, os volváis a vuestras casas vacíos. ¡Yo no me cuido de vuestras alabanzas! Estoy cuidadoso de vuestra salvación ! Los que compiten en el teatro, reciben como premio alabanzas; pero nosotros no bajamos a la palestra con semejante objeto, sino para recibir de Dios el premio que a nuestro certamen ha prometido.

Este es, pues, el motivo de que con frecuencia os exhortemos al cuidado de atender, para que la enseñanza eche raíces profundas en vuestra mente. Así como las plantas que han arraigado bien no pueden ser derribadas por ningunas acometidas de los vientos, así las sentencias de la Escritura cuanto más profundamente quedaren enclavadas en vuestra mente menos fácilmente podrán ser arrancadas por las avenidas de los negocios.

Porque ¡dime, carísimo! si vieras a tu hijo consumido por el hambre ¿podrías descuidarlo, o al revés pensarías ser necesario echar mano de todos los medios para aliviar su hambre? De manera que al afligido con el hambre de pan no lo descuidarías ¿y en cambio perece de hambre de la doctrina alguno y podrás descuidarlo? Pero ¿cómo serías digno de ser llamado padre? Porque esta hambre es mucho peor que la otra, puesto que termina en muerte peor y más funesta. En consecuencia, hay que poner en remediarla un cuidado mayor.

Dice la Escritura: Educad a vuestros hijos en disciplina y en la enseñanza del Señor. ¡Es éste el más bello cuidado que han de poner los padres! ¡Esta es la verdadera solicitud paterna! ¡Por aquí conozco yo los lazos de la naturaleza! ¡Si los padres ponen mayor empeño en las cosas espirituales de sus hijos! Pero ya hemos alargado excesivamente el exordio. Vengamos a la paga de la deuda. Pues por tal motivo os hacemos este sermón y explicación abundante y larga: para que recibáis con sumo cuidado las monedas con que se os paga.

¿Cuál fue, pues, la deuda que os quedamos a deber al apartarnos hace poco? ¿La habéis olvidado quizá? ¡Será necesario que nosotros mismos os la recordemos; y que ante todo os leamos el documento mediante el cual se os hizo el primer pago! Hay que referir qué es lo que ya pagamos para ver luego cuánto nos falta de pagar. ¿Cuál fue nuestra paga primera? Dije entonces quién fue el que escribió el libro de los Hechos y quién fue su padre; o mejor dicho, no quién fue su padre, sino el instrumento. Porque no dio a luz él el escrito, sino que fue solamente instrumento para que lo dicho se dijera. Hablé también de los Hechos mismos y del nombre y apelativo de apóstol. De manera que ahora es necesario que digamos y expliquemos el motivo que tuvieron nuestros padres y prelados para que este libro de los Hechos se leyera en Pentecostés. Quizá recordáis que

también os prometimos declarar este punto.

No a la ligera ni sin motivo señalaron nuestros padres este tiempo para su lectura, sino guiados por una prudente razón. Y no fue precisamente porque quisieran sujetarnos, siendo libres, a determinados tiempos; sino para proveer de abundancia de conocimientos a los más ignorantes, acomodándose a ellos. Y para que entiendas que señalaron tiempo determinado, no para sujetarse a semejante prescripción, sino porque se esforzaban en acomodarse a los más débiles, oye lo que dice Pablo: ¿Observáis los días, los meses, las estaciones y los años? ¡Temo haber trabajado en vano entre vosotros!** Pero tú, oh Pablo, ¿no observas los días y las estaciones y los años? Porque si vemos que quien prohibe observar los días y los meses y las estaciones y los años él por su parte los observa, pregunto ¿qué diremos? ¿Acaso se contradice y pelea consigo mismo? ¡De ninguna manera! ¡Sino que, como quisiera acabar con la ignorancia y debilidad de quienes observaban los tiempos, se acomodaba, sin embargo, mediante tal observancia, a los más débiles!.

Lo mismo hacen los médicos: ¡primero gustan ellos de los alimentos que van a dar a los enfermos, aun cuando no tienen necesidad; pero lo hacen procurando ayudarles y sanarlos. Así procedió Pablo. No necesitaba observar los tiempos; pero los observó con el objeto de librar de la enfermedad a quienes los observaban. ¿Cómo nos consta? ¡Atended, os ruego, con diligencia! Dice: Al día siguiente llegamos a Mileto. Porque Pablo se había propuesto pasar de largo por Efeso, a fin de no retardarse en Asia. Se apresuraba a ver si era posible estar en Jerusalén el día de Pentecostés. ¿Ves cómo el que decía que no se habían de observar los tiempos espera el día de Pentecostés?

Mas no sólo cuidaba del tiempo, sino también del lugar. Puesto que no se apresuraba simplemente por celebrar el día de Pentecostés, sino para celebrarlo en Jerusalén. ¿Qué haces, oh bienaventurado Pablo ? ¡Destruida está Jerusalén, desierto el Santo de los Santos por divina sentencia, se ha derogado la forma anterior de religión! ¿Acaso no clamas a los gálatas y les adviertes: Los que esperáis justificaros por la Ley habéis perdido la gracia? Entonces ¿por qué nos conduces de nuevo a la servidumbre de la Ley?.. . ¡No es de poca importancia el negocio de que tratamos para comprender si de verdad Pablo se contradice! Si Pablo no sólo observa los días, sino que guarda los demás preceptos de la Ley, y sin embargo clama a los gálatas y les dice: Yo Pablo digo que si os circuncidáis Cristo de nada os aprovechará; pero luego encontramos que el mismo Pablo que dice si os circuncidáis Cristo de nada os aprovechará, él personalmente circuncida a Timoteo ¿cómo no se contradice?

Porque dice la Escritura que como hubiera encontrado Pablo en Listra a un joven hijo de judía fiel, pero de padre gentil, lo circuncidó, porque no quería enviar un doctor que tuviera prepucio a predicar. ¿Qué haces, oh Pablo? ¿Con tus palabras prohibes la circuncisión y con tus hechos de nuevo la confirmas? ¡No la confirmo, nos responde, sino que con los hechos míos la derogo! Siendo Timoteo hijo de mujer judía fiel y de padre gentil, que por familia tenía prepucio, como quisiera enviarlo a predicar y enseñar como doctor a los judíos, no quiso Pablo enviarlo con prepucio para que no se le cerraran las puertas del Evangelio ya desde el principio. De manera que para preparar el camino a la abrogación de la circuncisión y abrir la senda a la predicación de Timoteo, lo circuncidó, con el objeto de mejor abrogar la circuncisión. Y por tal motivo dijo Pablo: Me he hecho judío para los judíos!

No lo dijo para hacerse judío, sino para persuadir a quienes aún permanecían judíos de que en adelante ya no lo fueran. Igualmente circuncidó a Timoteo para abrogar la circuncisión. Usó de la circuncisión contra la circuncisión. Timoteo recibió la circuncisión para poder ser enviado y admitido entre los judíos; y una vez admitido suavemente irles quitando semejante práctica y observancia. ¿Ves el motivo por el que Pablo observaba la fiesta de Pentecostés y la circuncisión? ¿Queréis que os demuestre cómo también observó otras prescripciones legales? ¡Atended con diligencia! Subió a Jerusalén en cierta ocasión; y como lo vieran los apóstoles, le decían: ¡Ves, hermano Pablo, cuántos millares de creyentes hay entre los judíos y se han reunido todos y han oído decir de ti que enseñas apartarse de la Ley! ¿Qué hacer? ¡Haz lo que te decimos: tenemos aquí unos varones que han hecho voto. Tómalos, purifícate con ellos y luego págales los gastos para que se rasuren la cabeza, para que por el hecho mismo, conozcan por sí ser falsas las noticias que de ti oyeron y que también tú guardas la Ley de Moisés. ¿Veis la admirable condescendencia de Pablo? ¡Observa los tiempos para quitar la observancia de los tiempos! ¡Emplea la circuncisión para acabar con la circuncisión! ¡Ofrece el sacrificio para suprimir la práctica de los sacrificios! Y para que entiendas que con semejante fin lo hacía, oye lo que dice: Con los que viven bajo la Ley me hago como si estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a quienes están bajo la Ley. Siendo libre del todo me hago siervo de todosi Y lo hacía imitando a su Señor. Pues así como el Señor existiendo en la forma de Dios no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo; así Pablo, siendo libre del todo se hizo siervo de todos para hacer libres a quienes eran siervos. El Señor tomó nuestra naturaleza y se hizo siervo para hacer libres a los siervos e inclinó los cielos y bajó, con el objeto de levantar hasta los cielos a quienes yacían allá abajo.

¡Inclinó los cielos! No dice abandonó los cielos y bajó, sino inclinó los cielos; para de este modo hacerte más fácil la ascensión a los cielos. A este Señor imitó Pablo según sus fuerzas, respecto del cual decía él mismo: Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo." Mas ¿cómo tú, oh bienaventurado Pablo, te has hecho imitador de Cristo? ¿Cómo? Porque no busco lo que me trae utilidad sino lo que a muchos aprovecha para salvarse; y siendo libre del todo me hice siervo de todos. En consecuencia nada hay mejor que semejante servidumbre, puesto que engendra la libertad para los demás. ¡Eres, oh Pablo, un pescador espiritual! Porque dice la Escritura: OÍ haré pescadores de hombres! 16 Tal fue pues el motivo de los procederes de Pablo.

Los pescadores, cuando ven al pez que ha tragado el anzuelo, no tiran al punto de la cuerda para sacarlo, sino que van cediendo: y por largo tramo van siguiendo al pez hasta que el anzuelo está firmemente adherido, y así con mayor facilidad extraen la pesca. Igualmente procedían en aquellos tiempos los apóstoles. Echaban el anzuelo de la predicación evangélica en las almas de los judíos; pero al punto cedían y se contenían y se entregaban a la circuncisión y a la observancia de las fiestas y tiempos y a los sacrificios y a rasurarse la cabeza y a otras ceremonias parecidas; pero al mismo tiempo iban siguiendo constantemente a los judíos y no se les apartaban. Como si dijeran: ¿buscas la circuncisión? ¡no me resisto! ¡no me enfado! ¿Buscas el sacrificio? ¡Yo sacrifico! ¿Quieres que me rasure la cabeza yo que ya me había apartado de tus ritos? ¡Aquí estoy! ¡Hago lo que dispones! Si me mandas observar la fiesta de Pentecostés, tampoco te contradigo, sino que voy a donde me vayas llevando y cedo, con la esperanza de que el anzuelo de la predicación acabe de adherirse, hasta el punto de que pueda yo con seguridad apartar a toda vuestra nación del antiguo ritualismo.

Por tal motivo he venido a Jerusalén desde Efeso. ¿Observas hasta qué punto Pablo fue cediendo y siguiendo la pesca, una vez que hubo echado el anzuelo a los peces, el anzuelo de la palabra? ¿Miras cómo la observancia de los tiempos y el concederles la circuncisión a los judíos y circuncidarse y unirse a los sacrificios, todo lo aceptó por el dicho motivo y no para tornarse él a sus cultos primitivos, sino para llevar la verdad a quienes se aferraban a las antiguas figuras? Quien esté sentado en las alturas, si continuamente permanece allá arriba no podrá jamás levantar a quien yace abajo. Conviene que primero él se abaje para que luego levante al otro. Así los apóstoles descendieron de las alturas de la religión evangélica, para elevar a los judíos desde la bajeza de los ritos judaicos a las evangélicas alturas.

Y que la observancia de los tiempos y los demás ritos trajeran consigo en la práctica utilidad y facilidad para el apostolado, consta por lo dicho. Falta pues que veamos ahora por qué motivo el Libro de los Hechos se lee en Pentecostés; pues para llegar a esto hemos explicado todo lo anterior. A fin de que cuando vieras que se aproximaba la observancia de los tiempos no pensaras que los apóstoles querían seguir ligados a los ritos judaicos. Pero ¡atended con cuidado, os lo ruego! Porque lo que vamos a decir encierra una no pequeña cuestión. En la fiesta de la Cruz, leemos lo que toca a la cruz. En el gran Sábado leemos que nuestro Señor fue entregado y crucificado y muerto según la carne y sepultado. Entonces ¿por qué no leemos los Hechos de los Apóstoles hasta después de Pentecostés, que fue cuando comenzaron y acontecieron los hechos?

Sé bien que muchos lo ignoran; y por tal motivo se hace necesario que por el libro mismo de los Hechos demostremos cómo las empresas de los apóstoles no comenzaron en Pentecostés, sino en el tiempo que siguió a Pentecostés. Preguntará alguno con razón el motivo de que se haya determinado que la historia de la cruz se leyera el día de la Cruz y de la Pasión; mientras que los Hechos de los Apóstoles no los leemos en el tiempo y días en que los hechos se llevaron a cabo, sino que nos adelantamos a ese tiempo. Los apóstoles no hicieron milagros al punto mismo en que Cristo resucitó, sino que por cuarenta días comía con ellos en la tierra. En otra ocasión explicaremos por qué se detuvo con ellos durante cuarenta días. Ahora vengamos a nuestro propósito y demostremos que Cristo no subió a los cielos inmediatamente después de la resurrección; sino que se entretuvo con sus discípulos durante cuarenta días; y no sólo se detuvo, sino que comía con ellos y recostado a la mesa los trataba con toda familiaridad; y finalmente, pasados los cuarenta días, subió a su Padre; y también que ni aun entonces los discípulos hicieron milagros, sino que transcurrieron otros diez días; y finalmente, cuando se cumplía Pentecostés, les fue enviado el Espíritu Santo; y hasta entonces recibieron las lenguas de fuego y comenzaron a hacer milagros.

Todo lo dicho, carísimos, lo demostramos por las Escrituras. Por ejemplo. Que estuvo con ellos durante cuarenta días, y que el Espíritu Santo bajó sobre ellos en Pentecostés y entonces recibieron las lenguas de fuego, y desde entonces comenzaron a hacer milagros. ¿Quién lo refiere? Un discípulo de Pablo, el grande y venerando Lucas, cuando al comienzo usa de las siguientes palabras: En el primer libro, caro Teófilo, traté de todo lo que Jesús hizo y enseñó hasta el día en que fue levantado a los cielos, una vez que, movido por el Espíritu Santo, tomó disposiciones acerca de los apóstoles que se había elegido: a los cuales, después de su pasión, se dio a ver en muchas ocasiones, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Y comiendo con ellos les mandó no apartarse de JerusalénX1 ¿Veis cómo el Señor permaneció en la tierra durante cuarenta días después de su resurrección, hablando del reino de Dios y

comiendo con los apóstoles? ¿Veis cómo incluso tomaba los alimentos con ellos? Y les ordenó, dice, que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre que habéis oído -les dice- de mí. Porque Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo.*

De esto les habló durante aquellos cuarenta días. Así pues, los que se habían reunido le preguntaban: ¡Señor! ¿Es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel? El les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su soberano poder. Pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra. Y habiendo dicho esto, y viéndolo ellos, se elevó, y una nube lo ocultó a sus ojos. ¿Ves cómo Cristo estuvo con los discípulos en la tierra durante cuarenta días y cómo finalmente fue llevado a los cielos?

Veamos ahora si el Espíritu Santo fue enviado el día de Pentecostés. Y cuando se llegó, dice, el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar se produjo de pronto un ruido desde el cielo, como de un viento impetuoso y se les aparecieron corno divididas lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos,. ¿Veis cómo hemos demostrado con exactitud que históricamente consta que Cristo permaneció en la tierra durante cuarenta días, y que los apóstoles en este tiempo no hicieron

ningún milagro? Pero ¿cómo podían hacer milagros cuando aún no habían recibido la gracia del Espíritu Santo y vivificante? ¿Veis cómo Jesús, después de cuarenta días, fue llevado al cielo? ¿Veis cómo después de diez días los apóstoles comenzaron por fin a hacer milagros? ¡Porque cuando llegó el día de Pentecostés bajó sobre ellos el Espíritu Santo!.

Resta que investiguemos el motivo de que los Hechos de los Apóstoles se lean en Pentecostés. Porque si los apóstoles hubieran comenzado a hacer milagros en seguida de la resurrección del Señor, convendría que este libro se leyera en ese tiempo. Del mismo modo que lo tocante a la cruz lo leemos el día de la Cruz, y lo mismo hacemos con la Resurrección; y así en cada una de las festividades. Y vamos leyendo lo que aconteció en cada fiesta. E igualmente convenía que los milagros de los apóstoles se leyeran en los días en que se llevaron a cabo.

¡Atended, pues, con diligencia al motivo de que no los leamos en esos días, sino inmediatamente después de la Cruz y de la Resurrección! Inmediatamente después de la Cruz anunciamos la Resurrección del Señor. Ahora bien: la demostración de le resurrección son los milagros de los apóstoles; y este libro no enseña otra cosa sino los admirables hechos de los apóstoles. En consecuencia determinaron nuestros mayores que inmediatamente después de la Cruz y la Resurrección, fuente de vida, se leyera lo que más y mejor prueba la resurrección del Señor. Tal es, carísimos, el motivo de que inmediatamente después de la Cruz y la Resurrección, leamos el libro de los hechos estupendos de los apóstoles: para tener por tal medio una certi-sima y clara prueba de la resurrección.

No habéis visto con los ojos del cuerpo a Cristo resucitado de entre los muertos, pero con los ojos de la fe lo contempláis resucitado de entre los muertos. No lo habéis visto resucitado con estos ojos carnales, pero lo veis resucitado mediante la prueba de aquellos milagros. Los milagros te llevan por la fe a contemplarlo resucitado. El que en

su nombre se hicieran milagros fue una más clara y segura demostración, que no el que se haya aparecido una vez resucitado de entre los muertos. ¿Quieres entender de qué manera nos da mayor certeza de la resurrección lo dicho, que no si una vez resucitado se hubiera manifestado a las miradas de todos los hombres? ¡Atended! ¡Procurad aguzar el entendimiento! Porque hay muchos que preguntan y dicen: ¿Por qué Cristo en cuanto resucitó no se dejó ver a todos los judíos? Semejante lenguaje es inútil y redunda en vanidad. Si con aparecérseles los había de llevar a la fe, ciertamente después de su resurrección no habría rehusado el mostrarse a todos. Pero que de ninguna manera los había de llevar a la fe con mostrárseles, se dejó ver en el caso de Lázaro.

A éste lo resucitó cuando tenía ya cuatro días en el sepulcro y olía mal y estaba corrompido. Hizo que delante de todos saliera de la tumba ligado aún con las vendas;21 pero no sólo no atrajo a los judíos a la fe, sino que los irritó más aún. Pues aun quisieron dar muerte a Lázaro. Si pues, habiendo resucitado a otro de entre los muertos no le creyeron, si se les hubiera mostrado personalmente una vez resucitado ¿acaso no habrían vuelto contra El su furor? Y aunque nada habrían podido lograr, sin embargo no habrían dejado de practicar la impiedad, aunque en vano. Pues para librarlos de tan inútil furor, se ocultó. De otro modo los habría hecho reos de mayor castigo si después de la cruz se les hubiera aparecido. Para evitárselo se les quitó de la vista, pero mediante los milagros luego verificados se les manifestó resucitado.

No fue cosa menor que verlo resucitado de entre los muertos el oír a Pedro que decía: ¡En el nombre de Jesucristo! /Levántate y anda!22 Y que tal cosa tuviera gran fuerza para demostrar la resurrección y certificarla y mucho mayor que lo de aparecérseles; y que más fácilmente podían persuadir al humano entendimiento los milagros hechos en su nombre que no el verlo resucitado de entre los muertos, consta por lo siguiente. Resucitó Cristo y se mostró a los discípulos y sin embargo entre estos mismos se encontró uno que no creía: Tomás el llamado Dídimo. Se necesitó que llevara su mano a los agujeros de los clavos y que palpara su costado. Pues si el discípulo que había estado con él por tres años, que había participado de la mesa del Señor, que había visto milagros y portentos extraordinarios, que lo había oido predicar, no creyó ahora que había resucitado de entre los muertos hasta que vio los agujeros de los clavos y la herida de la lanza ¿cómo, pregunto yo, habría de creer el orbe entero de la tierra aun cuando lo viera resucitado de entre los muertos? ¿Quién puede atreverse a decirlo?

Mas no sólo por este camino, sino además por otro, constará que mucho más pudieron los milagros para la persuasión, que si Cristo se hubiera presentado a los ojos de todos para que lo vieran resucitar. Cuando las turbas oyeron a Pedro que decía al cojo: En nombre de Jesucristo ¡levántate y anda!, creyeron en Cristo tres mil primero y luego cinco mil. En cambio, el discípulo, aun habiéndolo visto resucitado, no daba fe. ¿Ves, pues, cómo los milagros fueron más efectivos para hacer creíble la resurrección? El discípulo, habiendo visto que había resucitado no creyó; acá, aun los enemigos que nada habían visto, creyeron. De manera que el milagro fue más evidente prueba y mayor, y tuvo más poder para atraer a la fe y doblegar a los judíos y hacerlos que creyeran en la resurrección.

Pero ¿para qué referirme a Tomás? Para que entiendas que tampoco los otros discípulos creían a primera vista, atiende y aguza tu inteligencia. Ni los vayas a condenar por tal cosa, carísimo. Si Cristo no los condenó tampoco tú los condenes. Veían ellos una cosa extraña e inusitada, como /era Cristo resucitado, el primogénito de entre los muertos.

Por lo demás los milagros eximios siempre solían conturbar a primera vista; hasta que con el progreso de los tiempos iban quedando firmemente asentados en las mentes de los fieles. Y esto fue lo que entonces aconteció a los discípulos. Una vez que Cristo, ya resucitado de entre los muertos, les hubo dicho: La paz con vosotros, ellos, conturbados, dice, y atemorizados, creían ver un espíritu, y Jesús les dijo ¿por qué os turbáis? Y como en seguida les hubiera mostrado los pies y las manos: no creyendo aún ellos en fuerza del gozo y de la admiración, les dijo: ¿Tenéis algo aquí qué comer?%* Porque quería de esta manera darles certeza de su resurrección. Como si les dijera: ¿no te persuaden mi costado ni mis llagas? ¡Pues que al menos la mesa te persuada!.

Y para que comprendas haber sido tal el motivo por que les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?, o sea para que no pensaran que se trataba de una ficción o de un espíritu o de un fantasma, sino de una cosa verdadera y de una real resurrección, oye cómo Pedro precisamente por esta circunstancia demuestra la resurrección. Porque como hubiera dicho: Dios lo resucitó y le dio manifestarse no a todo el pueblo sino a los testigos de antemano elegidos que somos nosotros, en seguida, añadiendo la prueba de,la resurrección dijo: los que comimos y bebimos con E1. Y el mismo Cristo, para confirmar ser verdadera la resurrección de una joven a quien había resucitado, dijo: Dadle de comeré

Así pues, cuando oyes que durante cuarenta días se les manifestó vivo y se les aparecía y comía con ellos, entiende el motivo de comer con ellos. Es a saber: no que necesitara de alimento y por tal motivo comiera, sino porque quería curar la debilidad de los discípulos. De donde se ve que los milagros y prodigios obrados por los apóstoles fueron la mayor y más excelente demostración de la resurrección. Por esto dijo el mismo Cristo: ¡En verdad, en verdad os digo!, ¡el que cree en mí, ese hará también las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas/26 Cuando estuvo de por medio la cruz, a muchos los escandalizó. Por tal motivo necesitó luego El de muchos milagros. De otro modo, si una vez muerto Jesús hubiera quedado ya impedido para hacer milagros y hubiera sido sepultado y no hubiera resucitado, como afirman los judíos, ni hubiera ascendido a los cielos, no habría para qué, tras de la cruz, se verificaran milagros mayores. Más bien habría sido menester deshacer los que precedieron.

Y aquí atiende con diligencia. ¡Sin duda alguna lo que vamos diciendo contiene la prueba certísima de la resurrección! Por lo cual vamos a repetirlo. Cristo anteriormente hizo milagros, resucitó muertos, curó leprosos, arrojó los demonios; y luego fue crucificado y finalmente, como dicen los perversos judíos, no resucitó de entre los muertos. ¿Qué les responderemos? ¡Les responderemos esto! Si no resucitó ¿cómo es que en seguida se verificaron mayores prodigios en su nombre? Ninguno de los vivientes, una vez que ha muerto, hace milagros mayores. Y en cambio, en nuestro caso, los milagros que siguieron a la muerte de Cristo fueron mayores, tanto por el modo como por la naturaleza de los milagros.

Fueron mayores por su naturaleza, puesto que la sombra de Cristo nunca resucitó muertos; en cambio, la sombra de los apóstoles hizo muchos milagros semejantes. Mayores también cuanto al modo, puesto que anteriormente los milagros se obraban imperándolos Cristo; mientras que después de su Pasión, sus siervos, tomando su augusto y santo nombre, los hicieron mayores y más eximios, a fin de que más amplia y gloriosamente resplandeciera el poder de Cristo. Mayor cosa fue que otro, tomando su nombre, hiciera semejantes prodigios, que el verificarlos bajo el mandato de Cristo.

¿Ves, pues, cómo así por su naturaleza como por el modo los milagros de los apóstoles fueron mayores, carísimo; digo los milagros que siguieron a la resurrección de Cristo? ¡Son en realidad demostración certísima de la resurrección! Como anteriormente dije y lo vuelvo a repetir, si Cristo hubiera muerto y no hubiera resucitado, jamás otros podrían haber hecho en su nombre semejantes prodigios. Al fin y al cabo, era uno mismo el poder que antes y después de la Pasión hacía los milagros: ¡anteriormente por sí mismo; después de la Pasión, por medio de los discípulos! Pero se hacían mayores y más excelentes milagros después de la cruz para que la prueba de la resurrección fuera más clara y gloriosa.

Dirá quizá algún infiel: ¿De dónde consta que se verificaron milagros? Yo en cambio pregunto: ¿de dónde consta que Cristo fue crucificado? Yo respondo: consta por las Escrituras, puesto que refiere ambas cosas, la crucifixión y los milagros. Tú en cambio, adversario nuestro, afirmas que los apóstoles no hicieron milagros. Pues con esto nos demuestras en ellos un poder aún mayor y una gracia del cielo más grande. Puesto que sin milagros pudieron llevar la fe y la piedad a tan inmenso orbe de la tierra. Esto resulta el milagro máximo y más inusitado: ¡que unos pobres, mendigos, despreciados, sin letras, sin habilidades, viles y apenas en número de doce, hayan podido atraerse y convertir sin milagros a tantas ciudades, gentes, naciones, pueblos, reyes, tiranos, filósofos y oradores, y en fin a casi toda la tierra! O tal vez ¿anhelas mirar que ahora mismo se hagan milagros? Pues voy a mostrarte milagros mayores que aquéllos. No la resurrección de un muerto, no la vista devuelta a un ciego, sino las tinieblas del error disipadas siendo así que habían inundado el orbe todo. No un leproso curado, sino infinitas gentes curadas de la lepra del pecado que por el baño dd la regeneración han quedado limpias. ¿Qué milagro mayor anhelas, oh hombre? ¡Estás viendo un tan repentino y enorme cambio que se ha llevado a cabo!.

¿Quieres en fin comprender en qué forma Cristo restituyó la vista a todo el orbe de la tierra? Anteriormente a la madera, a la piedra, los hombres las juzgaban no madera ni piedra, sino que a tales seres insensibles los llamaban dioses: ¡tan ciegos estaban! Pues bien: ahora ya entendieron qué sea madera, qué sea piedra; y han creído en Dios. Porque esta inmortal y bienaventurada naturaleza sólo con los ojos de la fe se contempla. ¿Quieres ver otro milagro de la resurrección? ¡Verás, tomándolo de la mente misma de los apóstoles, cómo brilla el prodigio y es mayor, después de la resurrección! Porque es cosa manifiesta a todo el mundo que quien ha amado a un hombre mientras vive, cuando éste muere quizá ni lo vuelve a recordar; y quien mientras vivió lo odiaba y durante la vida lo abandonó, mucho más pierde su memoria una vez que su enemigo ha muerto.

Resulta de esta ley que ninguno que haya abandonado y desertado de su maestro mientras éste vivía o mientras vivía su amigo, se interese por él una vez difunto. Y mucho menos si ve que por la benevolencia que antes le mostró le amenazan ahora infinitos peligros. Pues bien: ¡lo que a nadie le ha acontecido, les sucedió a los discípulos de Cristo! Quienes mientras El vivía lo abandonaron y lo negaron, y una vez que lo vieron preso, huyeron y se alejaron, ahora, después de tan horribles oprobios y cruz, lo estiman en tal grado que por confesarlo y por su fe incluso exponen sus vidas. Si Cristo hubiera muerto y no hubiera resucitado, ¿cómo podía ser que mientras vivió huyeran los apóstoles a causa del peligro que les amenazaba, y una vez muerto se arrojaran por El a innumerables peligros?

Y por cierto, los demás solamente huyeron; pero Pedro por tres veces, incluso con juramento, lo negó. Pues bien: éste que por tres veces lo negó y se llenó de terror ante una vil esclava, una vez que Cristo murió, quiso certificarnos por los hechos mismos que Cristo había resucitado de entre los muertos y que él personalmente lo había visto; y se mudó tan repentinamente que vino a despreciar a todo el pueblo y saltó en mitad de la reunión de los judíos y afirmó que el que había sido crucificado y sepultado, al tercer día había resucitado y había subido a los cielos, sin temor alguno del mal que le pudiera sobrevenir. ¿De dónde le vino semejante audacia? De ninguna otra fuente sino de que estaba segurísimo de la resurrección. Lo había visto, le había hablado, lo había oído disertar sobre las cosas futuras, y por tal motivo se lanza a los peligros por Cristo como por un hombre que vive; y así se expone a las calamidades, como robustecido por una fuerza superior y con una mayor audacia. ¡Hasta el punto de anhelar por Cristo la muerte, y finalmente acabar crucificado con la cabeza vuelta hacia la tierra!.

En consecuencia, viendo ahora tú que se han hecho milagros mayores que antes de la resurrección; y que los discípulos que anteriormente habían abandonado a Cristo, luego lo aman con mayor cariño; y que ahora demuestran mayor confianza en El; y que por todo el orbe ha habido un cambio brillante en todas las cosas, puesto que todas han venido a un estado más seguro y agradable, reconoce finalmente, por la excelencia misma de los hechos y la experiencia, que lo referente a la persona dex Cristo no se halla encerrado en los estrechos límites de la muerte; sino que a ésta se siguió la resurrección y que Cristo vive; y que el Dios que fue crucificado permanece perpetuamente vivo, inmortal e inmutable. Si no hubiera resucitado y viviera, los discípulos no habrían podido hacer milagros mayores que los que precedieron a la cruz.

Porque en aquel tiempo aun los discípulos lo abandonaron; mientras que ahora todo el orbe de la tierra corre hacia El; y no sólo Pedro sino muchos miles con éste; y después de Pedro muchos otros millares que jamás lo vieron han expuesto por El sus vidas y fueron decapitados y padecieron males infinitos para poder salir de la vida presente con la confesión de su fe en El intacta. Entonces, ¿cómo es que quien fue muerto y puesto en el sepulcro -según tú, oh judío afirmas- ha manifestado tan grande poder en todos los que siguieron a los discípulos y vinieron después, hasta persuadirlos a que a El solo adoraran, y prefirieran soportar y sufrir toda clase de males antes que renegar de su fe?

¿Adviertes cómo en todas partes luce con certeza la demostración de la resurrección, tanto por los milagros que entonces se verificaron como por los que al presente se hacen; y también por el cariño y benevolencia de los discípulos que entonces vivían y de los que ahora viven; lo mismo que por los peligros en que los fieles continuamente se han encontrado? ¿Quieres ver cómo aún ahora sus enemigos temen a Cristo y tiemblan de su poder y fuerza y cómo se enfurecen más aún que antes, después de su muerte y de la cruz? Pues aguza tu entendimiento y escucha con atención lo que sobre esto se ha escrito: Viendo los judíos la libertad de Pedro y Juan y considerando que eran hombres sin letras y plebeyos, se maravillaban,2 y temían, no porque los apóstoles supieran letras, sino porque siendo hombres sin ellas, vencían a los sabios. Y como vieran al hombre que había sido curado, no sabían qué replicar; y eso que anteriormente, aun presenciando los milagros sí los contradecían.

Entonces ¿por qué ahora no contradicen? ¡Reprimía su lengua la invisible virtud del crucificado! ¡Este les cerraba la boca! ¡Este les quitaba la libertad en hablar! Por tal

motivo estaban sin saber qué replicar. Y cuando al fin pudieron hablar, advierte en qué forma manifestaron su temor. Les dicen: ¿Queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre? Pero si es un simple hombre, ¿por qué teméis su sangre? ¡Grande cantidad de profetas habéis matado; grande multitud de justos habéis degollado, oh judíos, y no habéis temido la sangre de ninguno de ellos! Entonces, ¿por qué ahora teméis? ¡Verdaderamente el crucificado les atormenta la conciencia; y como no pueden ocultar su pánico, muy a su pesar confiesan aun cara a cara de sus enemigos su debilidad!.

Cuando lo crucificaban, gritaban y decían: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos? ¡Hasta tal punto despreciaban su sangre! Pero después de la Pasión, como vieran brillando su virtud, temieron y se enfurecían. Y dicen: ¿Queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre? Mas, si era un engañador, si era enemigo de Dios como decíais, oh perversos judíos, ¿por qué teméis su sangre? ¡Si hubiera sido lo que decís, más bien habría que gloriarse de haberle dado muerte! Pero como no fue tal, tembláis!.

¿Observas cómo sus enemigos por todas partes se estremecen y se irritan? ¿Ves sus angustias? Pues ¡mira también la benignidad del crucificado! Porque ellos gritaban: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. En cambio Cristo procedió de modo distinto. Suplicaba y decía: ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!. Si la sangre de Cristo hubiera caído sobre ellos y sobre sus hijos, jamás habrían sido elegidos de entre ellos los apóstoles; jamás habrían creído de una sola vez tres mil judíos, ni cinco mil. ¿Adviertes cómo, por ser ellos crueles y duros con sus propios hijos, negaban las leyes mismas de la naturaleza; mientras que Dios superaba a todos los padres por su benignidad y abrazaba a sus hijos con un amor más grande que el de sus propias madres?

Cayó su sangre sobre ellos y sobre sus hijos; pero no sobre todos sus hijos, sino solamente sobre los que los imitaron en su impiedad y perversidad; y cuantos fueron sus hijos, no según la naturaleza sino según su locura y mala voluntad, fueron castigados como reos de pecado. Considera además por otro camino la benignidad de Dios y su bondad. No los castigó inmediatamente ni les mandó el suplicio, pues dejó que transcurrieran desde la Pasión cuarenta y más años. El Salvador fue clavado en la cruz cuando imperaba Tiberio, pero la ciudad fue capturada y vencida cuando eran emperadores Tito y Vespaciano.

¿Por qué dejó pasar ese lapso intermedio? ¡Quiso darles tiempo y espacio de penitencia, a fin de que borraran su pecado y echaran de sí su crimen. Pero una vez que tuvieron el tiempo y el espacio que se les había concedido, dieron a conocer que padecían una enfermedad incurable, y entonces finalmente les mandó Dios el castigo y la pena; y tras de la destrucción de su ciudad, los dispersó por el orbe todo de la tiera como desterrados. ¡Obra fue de su benignidad! ¡Los dispersó para que contemplaran cómo el Cristo, a quien habían crucificado, era adorado por todo el mundo; y cuando lo vieran así adorado y se dieran cuenta de su virtud y poder, finalmente reconocieran su pecado de impiedad, y tras de haberlo conocido tornaran a la verdad.

La cautividad misma les daba ocasión para quedar enseñados y amonestados además del castigo que experimentaban. Si hubieran permanecido en la región de Judea, no habrían entendido que los profetas habían predicho la verdad. Porque ¿qué les decían los profetas?: ¡Pídeme y te daré las naciones en herencia y como posesión tuya los confines

del orbe!31 Convenía pues que llegaran hasta los extremos del orbe, para que vieran con sus propios ojos cómo Cristo poseía hasta los confines de la tierra. Y otro profeta les dice: Y lo adorarán cada uno desde su propio lugar. De modo que convino que se les dispersara por todos los lugares de la tierra, a fin de que contemplaran con sus propios ojos cómo cada cual desde su propio lugar adoraba a Cristo. Y otro les dijo: Se llenará la tierra del conocimiento del Señor, como llenan las aguas el mar?

Convino, pues, que se esparcieran por el orbe todo, para que lo vieran lleno del conocimiento de Dios: y vieran los mares, o sea las iglesias y reuniones espirituales, desbordantes de piedad. Para esto los dispersó Dios por todas las partes del mundo. Si se hubieran quedado en Judea, habrían ignorado tales cosas. Pero ha querido Dios que por la experiencia de sus propios ojos vieran que los profetas son veraces, y que El posee el poder. De manera que si son buenos y agradecidos, mediante tal afecto y mirando tales cosas, sean llevados al conocimiento de la verdad; pero si perseveran en su impiedad, para que no tengan en el terrible día del juicio excusa ninguna.

También los dispersó por todo el mundo para que nosotros saquemos algún fruto espiritual. Es a saber: cuando vemos cumplidas las profecías acerca de su dispersión y de la ruina de Je-rusalén -de las que hablan Daniel cuando menciona las abominaciones de la desolación, y también Malaquías cuando dice: Porque también para vosotros se cerrarán las puertas... y también David e Isaías y otros muchos profetas hicieron profecías sobre tales acontecimientos-; a fin de que nosotros, repito, viendo a quienes con semejante lluvia de injurias inundaron al Señor, castigados en esta forma, y privados de su patria libertad y de todas sus leyes y tradiciones paternas, conozcamos el poder de Dios que todo lo predijo y lo llevó a cabo; y por su parte los enemigos, viendo nuestros bienes, entiendan igualmente su poder. Y nosotros viendo el castigo de ellos, al mismo tiempo caigamos en la cuenta de su poder y su benignidad inmensa y no cesemos de glorificarlo. Todo para que consigamos los bienes eternos e inefables, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el vivificante y Santo Espíritu, y el honor y el imperio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

6

VI: Homilía acerca del texto: Saulo, respirando aún amenazas de muerte...

(*He 9,1*), cuando todos esperaban que la Homilía versara sobre el principio del capítulo nono de los Hechos que acababa de leerse; y acerca de que la vocación de Pablo demuestra la resurrección del Señor.

(Forman grupo las cuatro Hamilías siguientes que se han titulado "Sobre el cambio de nombre" a causa de la materia principalmente tratada en ellas. Fueron predicadas a continuación de las cuatro anteriores, según parece en Antioquía).

¿Tales cosas se pueden tolerar? ¿Tales cosas se pueden soportar? ¡Cada día es menor el número de los que acuden a nuestras reuniones! ¡Y sin embargo, rebosa de hombres la ciudad, mientras la iglesia se encuentra vacía de hombres! ¡Lleno está el foro! Llenos los teatros y el Pórtico, mientras que la casa de Dios está desierta!. . . Pero ¡no! Si se ha

de decir la verdad, la ciudad está vacía de varones y la iglesia repleta de varones! Porque no deben llamarse hombres los que pasan las horas en el foro, sino vosotros los que las pasáis en la iglesia! ¡No aquellos perezosos, sino vosotros los diligentes! ¡No quienes admiran hasta la abominación las cosas del siglo, sino vosotros ios que preferís las cosas espirituales y las anteponéis a las seculares!.

¡No porque alguno tenga cuerpo y voz de hombre es hombre! ¡Lo es quien está dotado de alma y de los afectos correspondientes al alma! Y alma humana no se ha de juzgar la que no se guía por el amor a la palabra divina. Así como no hay señal ni argumento para conocer el alma de una bestia irracional como el desprecio de la palabra divina. ¿Quieres comprender cómo de verdad los que descuidan oír la palabra divina se parecen por semejante desprecio a los animales y dejan de ser hombres y se despojan a sí mismos de su nativa nobleza? ¡No voy a proferir alguna sentencia mía! ¡Voy a traeros las palabras de un profeta que confirman mi sentencia, para que veáis cómo quienes no aman la predicación espiritual, no pueden ser hombres; y por aquí verás que la ciudad se halla desierta de hombres!.

Isaías, que excede a los otros profetas en sublimidad y vio tan admirables visiones y a quien concedió el Señor que estando aún circundado de su carne viera los serafines, y oyera la mística armonía; éste, pues, como hubiera entrado en la metrópoli de Judea, repleta de hombres, es decir en Jerusalén; y se hubiera detenido en mitad del foro; y se encontrara rodeado de todo el pueblo, quiso dar a entender que quien no escucha las palabras proféticas, no es hombre: Y dice: ¡Llegué y no había un hombre! ¡Llamé y no había quien obedeciera! 1 Y para que entiendas que no se dijo esto por la escasez de hombres que estuvieran presentes, sino por la desidia de los que oían, tras de haber dicho vine y no había un hombre, añadió: no había quien obedeciera. De modo que los hombres estaban presentes, pero se les tenía como no presentes, porque no daban oídos al profeta.

Y, puesto que vino y no había un hombre, llamó y no hubo quien obedeciera, se vuelve a hablar con los elementos y les dice: ¡Oye, oh cielo! ¡Escucha, oh tierra! 2 Como si dijera: fui enviado a los hombres dotados de entendimiento y razón; pero como éstos no tienen entendimiento ni razón, me pongo a hablar con los elementos destituidos de inteligencia e insensibles, para que ésto sirva de reprensión a quienes, habiendo sido honrados con el don del entendimiento, sin embargo no aprovechan semejante honor. Lo mismo dijo otro profeta, Jeremías. También éste, como se hubiera presentado en medio de una reunión de judíos en aquella misma ciudad, exclamaba, como si nadie estuviera presente: ¿A quién hablaré, a quién amonestaré? ¿Qué dices? ¿Ves tan ingente multitud y buscas a quién hablar? ¡Sí que busco!, nos responde. Porque ésta es multitud de cuerpos y no de hombres: ¡multitud de cuerpos que no tienen oídos! Por tal motivo añadió: Incircuncisas son sus orejas y por lo mismo no pueden oír A

¿Ves cómo todos, por el hecho de no escuchar no son hombres? Aquel profeta dijo: ¡Llegué y no había un hombre! ¡Llamé y no hubo quien obedeciera! El otro profeta dijo: ¿A quién hablaré, a quién amonestaré? ¡Incircuncisas son sus orejas y por lo mismo no pueden oír! Pues si a quienes estaban presentes los profetas no los llaman hombres porque no ponían atención ¿qué diremos de quienes no sólo no oyen, pero ni siquiera se dignan entrar a este sagrado recinto, y de quienes andan vagando lejos de esta grey santa, y de quienes retirados de este templo materno, se entretienen en las encrucijadas y bocacalles a la manera de chiquillos insolentes y perezosos?

Porque tales niños, en cuanto han abandonado la casa paterna, vagan por todas partes y gastan los días íntegros en juegos pueriles, de manera que con frecuencia se ven reducidos a la esclavitud y aun peligra su vida. Porque si caen en manos de plagiarios o ladrones, generalmente pagan su negligencia con el castigo de la muerte. Semejantes hombres, una vez que los han despojado de sus dorados arreos, o los ahogan en los ríos, o, si se determinan a tratarlos con alguna humanidad, los llevan a una región lejana y allá los venden como esclavos. Pues lo mismo sucede a los hombres de que tratábamos. Una vez alejados de esta casa paterna y que ya no frecuentan el templo, van a caer en manos de herejes y dan en las lenguas de los enemigos de la verdad. Estos, una vez que a la manera de los plagiarios, se han apoderado de tales hombres y los han despojado del áureo ornamento de su fe, al punto los arrojan no al río, sino al hedor de dogmas torcidos en donde los sumergen y los matan.

Pero es deber vuestro cuidar de la salvación de vuestros hermanos y traerlos acá, aun cuando se resistan y aun cuando se quejen y reclamen. Semejantes reclamos nacen simplemente de su negligencia. Corregid vosotros a esas almas tan imperfectas y mal inclinadas: ¡es oficio vuestro persuadir a tales gentes que se conviertan en hombres! Como el que rechaza los alimentos propios del hombre y se sustenta con yerbas y espinos junto con las bestias, no podemos decir que es hombre, del mismo modo a quienes aborrecen el verdadero y conveniente sustento del alma humana, sustento que consiste en las divinas palabras, y en cambio se encierran en reuniones seculares y agrupaciones que rebosan de mal olor y se sustentan con malas palabras, de ninguna manera podemos llamarlos hombres.

Nosotros tenemos por hombres no a quien come pan, sino a quien antes que de todo otro alimento, se sustenta con los coloquios divinos y espirituales. Y que éste sea el verdadero hombre lo entenderás por lo que Cristo dijo: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. De manera que hay un doble sustento para vuestra vida: pero uno es de inferior calidad y el otro de mayor excelencia. Este segundo es el que sobre todo debemos tomar para poder alimentar al alma y no dejarla sufrir de hambre. Está, pues, en vuestra mano el hacer que la ciudad se llene de hombres. Y pues ahora se encuentra desierta de hombres tan populosa ciudad, es justo que a vuestra patria hagáis semejante favor y beneficio: ¡que llevando lo que aquí habéis aprendido, reconciliéis con nosotros el ánimo de vuestros hermanos! Así habremos demostrado que participamos de la mesa. No cuando alabemos los manjares, sino cuando podamos dar algo a nuestros hermanos que se hallan ausentes.

¡Hacedlo así! Sucederá entonces o que del todo los persuadáis a regresar a nosotros, o que si perseveran en su alejamiento, a lo menos los sustenten vuestras lenguas, para que finalmente acaben por regresar. No creo que prefieran ser sustentados mediante beneficios gratuitos, cuando pueden con todo derecho disfrutar de la mesa paterna. Por mi parte confío y pienso que así lo habéis hecho o lo haréis; porque no he cesado de exhortaros frecuentemente a proceder de este modo; y por otra parte vosotros os encontráis ya repletos de ciencia perfecta, de modo que podéis exhortar a otros.

Pero es ya tiempo de que sirvamos nuestra propia mesa: pobre por cierto y no abundante. Ostenta gran escasez pero está excelentemente condimentada por la presteza de los oyentes. Porque no es la sola opulencia de los manjares la que hace agradabilísima una mesa, sino el apetito de los convidados. En cambio, una mesa

opulenta y en abundancia, si los que se le acercan no van apretados por el hambre, parecerá pobre y escasa. La mesa pobre será tenida como opulenta si recibe a convidados a quienes apriete el hambre. Cierto hombre, que sabía muy bien que se juzga de la mesa y de su magnificencia no por la naturaleza de ¡os manjares que delante se ponen, sino por la disposición de los comensales y la gana con que llegan, dijo estas palabras: El harto pisotea la miel, pero al hambriento le es dulce lo amargofi Y no porque se cambie la naturaleza de los alimentos que se ponen delante, sino porque la disposición de los comensales engaña al sentido. Pues, si por el apetito de los convidados lo dulce parece amargo, mucho mejor lo que es vil podrá parecer suntuoso. Por tal motivo, nosotros, aunque apretados por la grave escasez, imitamos a los que invitan a grandes banquetes, ahora que a todos juntos os invitamos a nuestra mesa. No lo hacemos confiados en nuestros recursos sino en vuestro anhelo de escuchar.

Os hemos pagado íntegra la deuda de la inscripción del libro de los Hechos de los Apóstoles, y me refiero a su encabezado. El orden pediría que ahora nos ocupáramos del comienzo del libro y explicáramos qué significa lo de: En el primer libro, caro Teófilo, traté de,todo lo que Jesús hizo y enseñó.J Pero no me permite Pablo seguir semejante orden y serie, sino que con sus hazañas me arrastra y atrae hacia sí mi lengua. ¡Anhelo verlo introducido en Damasco y atado, no por una cadena de hierro, sino por la voz del Señor! ¡Anhelo ver cogido en la pesca semejante pez bellísimo y cómo al revolverse convierte en espumas el mar íntegro, y levanta contra la Iglesia oleajes sin cuento! ¡Anhelo verlo cogido en la captura, no por medio de anzuelo sino con la palabra de Dios!.

Como un pescador sentado en lo alto de una roca, levanta su caña y arroja el anzuelo a lo profundo del mar, así nuestro Señor, en su captura espiritual y pesca, sentado allá arriba en lo alto de los cielos, como en la punta de una roca, dejó caer desde arriba a la manera de un anzuelo, aquella palabra: ¡Pablo, Pablo! ¿por qué me persigues?.% Y así cogió este pez enorme. Y lo que aconteció en aquel pez que por orden del Señor pescó Pedro9 aconteció también en éste: ¡se encontró con que el pez tenía en el hocico una estatera! ¡Pero era moneda falsa, porque el pez tenía celo pero no conforme a sabiduría! Cuando Dios le concedió la sabiduría volvió legal la moneda. Además aconteció en la pesca presente lo que suele suceder en toda pesca. Los peces, cuando por primera vez se les extrae del mar, quedan ciegos. Y del mismo modo el nuestro, apenas tragó el anzuelo y fue extraído, quedó ciego. Pero con su ceguera hizo que todo el orbe de la tierra recibiera la vista.

¡Y yo anhelo ver todo esto! ¡Si estuviéramos asediados por una guerra de bárbaros, y los enemigos dispuestos en orden de batalla nos causaran infinitas molestias, y luego el jefe de los que nos asediaban con máquinas sin cuento y nos ponía en desorden y nos perturbaba y todo lo traía revuelto y amenazaba echar por tierra la ciudad íntegra e incendiarla y nos metía espanto con la esclavitud, quedara de pronto vencido por nuestro emperador y hecho cautivo y así fuera traído a la ciudad ¿no correríamos todos en conjunto con las mujeres y los niñitos a contemplar semejante espectáculo?

Pues bien: cuando se había declarado la guerra y los judíos todo lo perturbaban y revolvían y con infinitas maquinarias combatían la paz y seguridad de la Iglesia; cuando Pablo era el Jefe y cabeza de los enemigos y se iba señalando en sus empresas y en sus palabras más que los otros, y todo lo perturbaba y revolvía, fue atado por Jesucristo, Emperador nuestro: y fue hecho cautivo quien todo lo destrozaba. ¿Y no saldremos

todos a contemplar semejante espectáculo y ver cómo es llevado cautivo el jefe mismo de los enemigos? ¡Los ángeles, cuando desde el cielo lo miraban cómo iba en cautiverio, se alegraban, no únicamente por verlo atado, sino porque ya pensaban en la inmensa multitud de hombres que iba a librar de las ataduras; y no por verlo conducido de la mano, sino porque en su pensamiento consideraban ya cuántos hombres haría entrar a los cielos llevándolos de la mano! Por tal motivo se gozaban: ¡no por verlo cegado, sino porque entendían los muchos que sacaría de las tinieblas del error! Como si le dijeran ¡avanza ya hacia las naciones gentiles y pásalas de las tinieblas, liberadas al fin, al reino de la caridad de Cristo!.

Por tal motivo, haciendo a un lado los exordios, me apresuro a entrar en mitad del asunto. ¡Es Pablo y el cariño a Pablo el que nos obliga a dar saltos de regocijo! ¡Perdonadme! ¡O por mejor decir, no me perdonéis, sino imitadme en semejante cariño! ¡Razonablemente pide perdón quien se encuentra abrasado por un cariño torpe; pero quien está inflamado en un cariño espiritual como éste, más bien se gloría de su pasión y hace a muchos otros participantes de su mismo anhelo, y se busca infinitos rivales! Si fuera posible que siguiéramos rectamente el camino y pudiéramos proceder por su orden, hablaríamos primero de lo primero, y así caminando llegaríamos a lo que se encuentra al medio. Y en este caso de ningún modo habríamos omitido lo del principio para venirnos al medio del libro. Pero como la ley establecida por nuestros Padres dice que después de Pentecostés abandonemos esta lectura, de manera que juntamente con el término de la solemnidad se acabe ella también, temí no fuera a suceder que, ocupados en explicar los proemios, nos entretuviéramos mucho; y siguiendo el orden de la historia se nos escapara la de Pablo antes de haberla tocado.

Por eso, ya desde el principio nos hemos apresurado a lo que seguía de la narración. Hemos retenido el proemio y lo hemos explicado, como quien coge la cabeza por su parte posterior y os habernos ordenado esperar ahí como quien permanece de pie junto a los arranques del camino. Al fin y al cabo, una vez que haya tocado lo principal de la narración de Pablo, confiadamente iré recorriendo todo el libro, aun cuando haya pasado la solemnidad. Ni podrá alguno acusarnos de intercalar esta narración fuera de tiempo, ya que el orden mismo nos libra de la acusación de ser extemporánea la materia. Por tal motivo me he deslizado desde el proemio al medio de la narración. Si hubiera tomado seguida la senda, no habríamos podido llegar hasta Pablo, sino que antes se nos habría escapado esta lectura y se nos habrían cerrado las puertas, como os lo voy a demostrar insinuando las cuestiones de los proemios, aunque la cosa ya queda clara con lo dicho.

En efecto: si habiéndoos explicado únicamente el título del libro hemos consumido la mitad de la solemnidad presente ¿cuánto tiempo, os pregunto, habríamos tenido que ocupar para venir a las historias de Pablo en el caso de que nos entráramos por el piélago del libro yendo por su orden desde el exordio? Más aún: voy a demostrároslo por las cuestiones de sólo el comienzo de los Hechos. En el primer libro, caro Teófilo, traté de todas las cosas. bis ¿Cuántas cuestiones pensáis que aquí se encierran? La primera es por qué motivo hace aquí el autor mención del primer libro. La segunda por qué lo llama libro y no Evangelio, siendo así que Pablo sí lo llama Evangelio cuando dice hablando de Lucas: Cuya alabanza está en su Evangelio por todas las iglesias! La tercera por qué motivo dice acerca de todas las cosas que hizo Jesús.

Si Juan, el amado discípulo de Cristo, que tanto valía delante de El en confianza y gracia y a quien se le concedió recostarse sobre aquel pecho sagrado y sacar de ahí sus

fuentes espirituales, no se atrevió a decir semejante cosa, sino que procedió con tan gran cautela que vino a escribir: Muchas otras cosas hizo Jesús que, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podría contener los libros - ¿cómo Lucas tuvo el atrevimiento de decir: En el primer libro, caro Teófilo, traté de todo lo que hizo Jesús? ¿Acaso os parece pequeña semejante cuestión? Y por cierto, aun aquello de caro Teófilo se escribió con fuerza de alabanza. Porque tampoco esto se escribió y dijo sin motivo nunca de los santos. Ya demostramos en parte cómo ni una iota ni una partecita de la Sagrada Escritura se ha escrito sin razón y a la buena ventura.

Pues si sólo el exordio y proemio encierra en sí tantas y tan graves cuestiones ¿cuánto tiempo habríamos gastado si hubiéramos querido explicar por su orden todo lo que sigue? Tales han sido los motivos de que pasemos de largo cuanto está interpuesto para poder venir a Pablo. Mas ¿por qué a lo menos no dimos solución a las cuestiones que acabo de indicar? Para acostumbraros a no recibir siempre el manjar ya cocinado, sino que busquéis por vosotros mismos con frecuencia la solución, como suelen hacerlo las palomas. Estas, mientras los polluelos permanecen en el nido los sustentan con su propia boca. Pero cuando pueden ya sacarlos del nido porque ven que les han crecido las alas, ya no les hacen semejante servicio, sino que les llevan el grano en el pico y se lo presentan; y cuando los polluelos que estaban en espera se acercan un poco más, les dejan en el pavimento la comida y los obligan a que por sí mismos la recojan.

Constantemente hemos nosotros procedido en esta forma y hemos tomado en nuestra boca el alimento espiritual y os hemos invitado como si fuéramos a dar la solución al modo acostumbrado; pero una vez que os habéis acercado y esperabais recibirlo, os hemos abandonado a fin de que por vosotros mismos lo recojáis y halléis la solución. De manera que también ahora, hemos dejado a un lado el proemio y nos apresuramos a Pablo. Referiremos no únicamente aquello en que aprovechó a la Iglesia, sino también en lo que la dañó, pues también esto es necesario que lo narremos. Expondremos, en consecuencia, cómo combatía contra la predicación del Evangelio, cómo guerreaba contra Cristo, cómo perseguía a los apóstoles, cuan hostil era su ánimo contra los discípulos y cómo causaba a la Iglesia más cuidados que todos sus adversarios juntos.

¡Nadie se vaya o ofender de oír tales cosas de Pablo ni se aver-güence, puesto que no son acusaciones verdaderas sino más bien ocasiones de encomio. Ningún pecado es que, habiendo sido anteriormente malo, se hiciera bueno. El pecado sería que, habiendo sido antes bueno y virtuoso, hubiera decaído y se hubiera lanzado a la perversidad, cambiando su modo de vivir. Juzgamos siempre la cosa según su éxito y acabamiento. Los pilotos, aun cuando hayan padecido infinitos trabajos y naufragios, si cuando toman puerto se presentan con'su barca repleta de mercancías, jamás los acusamos de haber desempeñado mal su oficio; porque el éxito feliz del negocio deja en la sombra todo lo anterior. Lo mismo pasa con los atletas: aunque anteriormente muchas veces hayan sido vencidos, con tal de que venzan en la lucha en que se trata de obtener la corona, jamás se les priva de la proclamación y del premio a causa de las derrotas precedentes.

Juzgamos pues nosotros idénticamente acerca de Pablo. Sufrió numerosos naufragios; pero cuando hubo de tomar puerto, llegó con su nave de carga repleta de mercancías. Y así como a Judas nada le aprovechó haber sido discípulo de Jesús, por su traición subsiguiente, del mismo modo a Pablo nada le dañó haber sido perseguidor, porque luego se transformó en evangelista. Encomio suyo son tales historias. No el haber destruido la Iglesia, sino haberla luego reedificado. No que haya combatido la palabra

de Dios, sino que, después de haberla combatido, la llevara a todo el orbe. No que haya hecho guerra a los apóstoles, ni que haya dispersado el rebaño, sino que, tras de haberlo dispersado, luego personalmente lo recogiera.

¿Qué puede haber más admirable? ¡El lobo convertido en pastor! ¡el que había bebido la sangre de las ovejas, no cesó de derramar la propia en bien de las ovejas! ¿Quieres comprender en qué forma sorbía la sangre de los ovejas? ¿en qué forma destilaba sangre su lengua?: Saulo respirando todavía amenazas y muertes contra los discípulos del Señor.. . Pues bien: éste que respiraba amenazas y muertes y derramaba la sangre de los santos, oye cómo luego en bien de las ovejas derramó la propia sangre. Porque dice: Si por solos motivos humanos luché con las fieras en Efeso;13 y luego: ¡Cada día muero;;i4 y también: Somos mirados como ovejas destinadas al matadero.] Así hablaba el que había estado presente cuando se derramaba la sangre de Esteban y consentía en su muerte! ¿Ves cómo el lobo se ha convertido en pastor?

¿Todavía os da vergüenza de Pablo, cuando oís que primero fue perseguidor y blasfemo rabioso? ¿Observáis cómo aquella primera acusación se ha convertido en un aumento de alabanzas? ¿No os decía yo en la reunión anterior que los milagros que siguieron a la cruz son mayores que los que la precedieron? ¿No os lo demostré por los prodigios y también por el cariño de los discípulos a su Maestro? ¿No os expliqué cómo anteriormente Cristo resucitaba a los muertos por su propio imperio, pero después hacía lo mismo incluso la sombra de los discípulos? ¿Y cómo antes de la cruz Cristo hacía los milagros con una orden personal, pero después sus siervos los hicieron mayores en su nombre? Y acerca de sus enemigos ¿no os decía en qué manera los atormentaba la conciencia? ¿Y cómo impera ya sobre el orbe entero de la tierra? ¿Y cómo los milagros obrados después de la cruz son mayores que los anteriormente verificados? ¡Hermano es de aquel discurso este otro que ahora hemos intercalado!.

Porque ¿qué mayor milagro puede verse que el ahora acontecido con Pablo? Pedro negó a Cristo cuando aún vivía. Pablo confesó a Cristo cuando Cristo había ya muerto. Mayor milagro fue vencer y atraer a Pablo que resucitar muertos al contacto de la sombra. Puesto que en el segundo caso la naturaleza obedecía al que la mandaba y no le contradecía. En el primer caso al revés: estaba en manos del libre albedrío persuadirse o no persuadirse. De manera que el poder de quien pudo persuadirlo resulta inmenso. Mucho más fue convertir aquella voluntad que sanar la naturaleza. Y por consiguiente fue milagro mayor que todos los otros milagros la conversión de Pablo, después de la cruz y que después de la sepultura Pablo se acercara a Cristo.

Por tal motivo permitió Cristo que Pablo totalmente se enfureciera en su contra primero, y hasta después lo llamó; para librar así de toda sospecha la prueba de su resurrección y la predicación del Evangelio. Si Pedro hubiera hablado de Cristo, su testimonio podía haber sido sospechoso, puesto que a algún impudente todavía le habría quedado algo que oponer. He dicho a algún impudente; pues aun en el caso de Pedro la prueba es perfecta. Porque también Pedro primeramente negó a Cristo y lo negó con juramento, mas luego entregó por Cristo su vida. Si Cristo no hubiera resucitado, jamás quien lo había negado mientras vivía habría padecido millares de muertes para no negarlo una vez muerto. Queda pues claro que también en el caso de Pedro la prueba de la resurrección es evidente.

Sin embargo, algún impudente podría haber objetado que por haber sido su discípulo,

por haber participado de su mesa, por haber estado en su compañía durante tres años, por haber gozado de su enseñanza, por haber sido enredado mediante caricias en la mentira, afirmaba la resurrección. Pero cuando ves a Pablo que no lo había conocido, que no lo había oído, que nunca había participado de su enseñanza, que aun después de la cruz guerreaba contra El y daba muerte a quienes en El creían, y que todo lo revolvía y perturbaba, lo ves, digo, cambiar de repente y superar a todos los amigos de Cristo en soportar trabajos por la predicación del Evangelio ¿qué ocasión, pregunto, puede quedarte en adelante de sospecha para no dar crédito a la resurrección?

Si Cristo no resucitó ¿quién a un hombre tan inhumano y cruel, quién a uno tan enemigo y feroz se lo pudo hacer amigo y atraérselo? ¡Dímelo, te ruego, oh judío! ¿Quién persuadió a Pablo que se uniera con Cristo? ¿Pedro? ¿Santiago? ¿Juan? Pero si todos éstos temían a Pablo y le temblaban. ¡Y esto no; sólo al tiempo en que Pablo perseguía, sino cuando ya sé contaba en el número de los amigos, y cuando Bernabé lo llevaba de la mano y lo presentaba en Jerusalén: ¡aun entonces temían acercársele demasiado! ¡La guerra se había terminado, pero el miedo continuaba en los apóstoles! Y al que ya reconciliado aún temían ¿lo habrían podido doblegar con palabras cuando aún era adversario? ¿Habrían podido acercársele, presentársele, abrir su boca o simplemente estar cerca de él?

¡No puede ser! ¡no es factible! ¡no fue obra de humana diligencia, sino de la gracia divina! Si como vosotros decís Jesús había muerto y los discípulos fueron y robaron su cadáver ¿cómo es que tras de la cruz se verifican mayores milagros? ¿cómo pudo seguirse una mayor ostentación de poder? Porque no únicamente reconcilió Cristo consigo a quien era su adversario, y el jefe y principal de los que le hacían guerra - aunque a decir verdad, aun cuando solamente esto hubiera hecho ya sería una demostración de su inmenso y sumo poder el haber capturado y reducido a servidumbre a su enemigo y contrario--; pero no fue esto lo único que hizo, sino algo mucho mayor. Puesto que no sólo se lo reconcilió, sino que se lo hizo tan amigo y en tal grado lo atrajo a su amor, que confió a su fidelidad los negocios todos de toda su Iglesia. Porque dice: Este es mi vaso de elección para que lleve mi nombre a todos los reyes y naciones. Y lo persuadió a trabajar por la Iglesia más que los otros apóstoles a quienes anteriormente Pablo combatía.

Pero ¿anhelas comprender en qué forma se lo reconcilió? ¿en qué forma se lo hizo su amigo? ¿en qué modo se lo unió? ¿cómo lo puso en el número de sus mejores amigos y entre los más principales? ¡A ningún otro quiso descubrir tan secretos arcanos como los que a Pablo descubrió! ¿De dónde consta? De que dice: Oí palabras arcanas que el hombre no puede decir. 1? ¿Ves cuan grande benevolencia y caridad demostró al que había sido su enemigo y adversario? En consecuencia vale la pena recordar cuál fue su vida anterior; porque así se nos descubrirá mejor la benignidad y poder de Dios. La benignidad en haber querido conservar y hacerse amigo a quien tan graves yerros había cometido; el poder, porque pudo llevar a cabo esa conversión que se había propuesto. Por lo demás, todo dio a conocer que Pablo no procedía por simple ansia de molestar ni por codicia ni por gloria humana, al modo que lo hacían los judíos, sino encendido en celo aunque no bueno, pero sin embargo celo verdadero.

El mismo lo declaró altamente cuando dijo: Fui recibido a misericordia porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad. Y admirado de la benignidad de Dios, decía: Para que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su longanimidad y sirviera de ejemplo

a los que habían de creer en El para la vida eterna Y todavía en otra parte: La obra de su excelso poder mostró en nosotros los que hemos creído. 20 ¿Ves cómo la vida anterior de Pablo demuestra el poder y benignidad de Dios, y cómo estaba dotado de una mente sincera y pura? Y por cierto a los gálatas escribió lo que sigue, para demostrarles que él no se había convertido por virtud de hombres sino por virtud divina: Si aún buscase agradar a los hombres no sería siervo de Cristo?*- Pero ¿de dónde consta que tú te entregaste a la predicación no precisamente para agradar a los hombres? El lo declara cuando dice: En efecto: habéis oído cuál]ue mi conducta en otro tiempo en el judaismo, cómo con gran furia perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba." De modo que si hubiera querido dar gusto a los hombres, jamás se habría convertido a la fe.

¿Por qué? porque lo honraban los judíos, gozaba de gran seguridad y era tenido en mayor honor que los otros. De modo que nunca se .habría pasado a la forma de vivir de los apóstoles, forma sujeta a tan infinitos peligros y a tantas deshonras y que rebosaba en desdichas. Así que el haber abandonado repentinamente el honor de que disfrutaba delante de los judíos y la v¡da llena de paz y seguridad con una tan repentina conversión y cambio tan grande, y haber preferido a todo eso el género de vida de los apóstoles expuesto a mil géneros de muertes, fue el argumento de mayor peso de no haberse convertido Pablo por motivos humanos.

Hemos querido traer al medio su vida anterior y declarar el celo ardiente con que guerreaba contra la Iglesia, para que luego, cuando vieres su presteza de ánimo en la defensa de la misma Iglesia, alabes al Señor que todo lo llevó a cabo y todo lo cambió. Para esto el discípulo de Pablo con toda claridad y exactitud nos relató los antecedentes del apóstol cuando dijo: Pero Saulo respirando aún amenazas y muertes contra los discípulos del Señor. . .

Quisiera yo en este mismo día comenzar con ese exordio y tomar la narración desde sus principios; pero veo que se nos abre todo un océano de consideraciones con el solo nombre de Saulo. Piensa, por ejemplo, cuan grave cuestión tenemos delante con sólo este nombre. Porque en sus cartas nos encontramos con que se pone otro nombre. Así dice:Pablo, siervo de Jesucristo, llamado al apostolado?1* Y también: Pablo y Sostenes; Pablo llamado a ser apóstol; 25 y luego: He aquí que yo Pablo os lo digo. De manera que se llama Pablo, y en todas partes Pablo y no Saulo. Entonces, ¿por qué motivo se llama ahora Pablo y antes se llamaba Saulo? No es pequeña esta cuestión, puesto que inmediatamente se presenta Pedro llamado anteriormente Cefas; y también los hijos del Zebedeo, Sant¡ago y Juan, que con un cambio de nombre fueron llamados Hijos del trueno.

Y no únicamente en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo, nos encontramos con que Abraham anteriormente se llamaba Abram y después fue Abraham; y Jacob primero fue llamado Jacob y después Israel; y Sara primeramente fue Sara y luego Sarra. De manera que el cambio de nombre nos presenta numerosas cuestiones; y temo que si desatamos los raudales del río con su abundancia vayamos a derribar y como sofocar la palabra de la doctrina. Como en un campo húmedo y bien regado en donde quiera que se excava por todos lados le brotan fuentes, del mismo modo en el campo de las Sagradas Escrituras, por dondequiera que las abras verás brotar infinitos ríos. Y por mi parte me entra temor de dejarlos correr todos juntos el presente día.

Cierro, pues, el río que tenemos delante, para dejar a vuestra candad junto a la fuente

sagrada, que son los prelados y maestros que aquí están: 28 ¡fuente limpia, fuente potable, fuente dulce que brota de la roca espiritual en cristalinas corrientes! Preparemos nuestra mente para recibir su doctrina y beber de las espirituales aguas, para que también en nosotros se haga una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna. Vida que ojalá nos acontezca a todos alcanzar por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria, el honor y el imperio al Padre juntamente con el vivificante y Santo Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

7

VII: Homilía acerca de los que reprendían al santo por la prolijidad en lo que había explicado;

y de los que lleveban con molestia la brevedad de sus discursos; y acerca de los nombres de Saulo y Pablo; y por qué el primer hombre fue llamado Adán; y que esto no fue sin fruto y utilidad; y acerca de los recientemente iluminados.

¿QUÉ HAREMOS., OS pregunto, el día de hoy? ¡Cuando veo vuestra multitud temo alargarme en mis discursos! Porque cuando se alargan algún tanto las explicaciones doctrinales veo que os apretujáis y os pisoteáis mutuamente, y que la estrechez de semejantes apreturas os impide oír con diligencia, ya que si el oyente no tiene tranquilidad tampoco puede atender con empeño a las cosas que se le proponen. En resolución: que cuando veo vuestra muchedumbre, temo, como lo dije, alargar mi discurso. Pero cuando considero vuestras ansias de escuchar, me entra temor de acortar mi enseñanza. Quien tiene sed si no ve primero la copa hasta los bordes, no aplica sus labios con buena gana; porque aun cuando no haya de apurar todo el contenido, mas se goza en verla perfectamente llena. ¡Ignoro, por consiguiente, cómo debo haberme en la presente reunión!.

Anhelo disminuiros el trabajo mediante la brevedad, pero también anhelo satisfacer vuestras ansias de oír mediante la extensión del discurso. Con frecuencia he llenado ambos objetivos y he evadido la acusación. Me doy cuenta de que con frecuencia, para acomodarme a vosotros he abreviado y cortado mi discurso, pero clamaron contra nosotros los que tienen un ánimo que nunca se sacia, los que disfrutan continuamente de las aguas espirituales y sin embargo no se satisfacen: Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia1 Temeroso de los clamores prolongué la enseñanza y por tal motivo se me acusó. Los que prefieren los discursos breves me salían al encuentro y me suplicaban que tuviera compasión de su debilidad y abreviara lo largo de la predicación. Ahora pues, cuando os veo así apretujados procuro con el silencio detener el discurso. Pero cuando al mismo tiempo observo que a pesar de la estrechura no os apartáis, sino que os mostráis preparados para emprender una carrera aún más larga, anhelo dar suelta a mi lengua.

De modo que por todos lados me encuentro en angustias. 2 ¿Qué haré? Quien sirve a un solo Señor y ha de obedecer a un solo parecer, fácilmente puede dar gusto a su señor; pero yo, que he de servir a tan inmenso pueblo, y pueblo en donde hay tan diversos pareceres, tengo muchos señores. Sin embargo, todo lo he dicho no porque rechace la servidumbre ¡lejos de mí! ni porque rehuya vuestro señorío, puesto que no hay para mí

cosa más honorífica que semejante servidumbre. ¡No se gloría tanto el emperador de su diadema p su púrpura, cuanto me honro yo en ser siervo de vuestra caridad! Al reinado del emperador se sigue la muerte: a esta servidumbre, si debidamente se ejercita, le está preparado el reino de los cielos. Porque dice la Escritura: Bienaventurado el siervo fiel y prudente al que el señor constituyó como distribuidor del trigo entre sus consiervos. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

¿Veis cuan grande es la ganancia de semejante servidumbre, si con diligencia se la ejercita? ¡Esta es la que pone al frente de todos los bienes del Señor! De manera que no rehuso la servidumbre, tanto menos cuanto que voy a ejercitarla juntamente con Pablo. Porque también él dice: No nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo Señor nuestro; pero nosotros somos vuestros siervos por Jesús A Mas ¿qué digo Pablo? Si el señor que existía en lo forma de Dios se anonadó a sí mismo y por los siervos tomó forma de siervo ¿qué cosa grande hago yo el siervo en hacerme siervo de mis consiervos en beneficio propio mío?

En resumen: que no he dicho lo que precede porque rehuse yo la servidumbre vuestra, sino para que se me perdone si es que sirvo una mesa menos conforme con los pareceres de todos. O mejor aún: ¡haced lo que os voy a decir! ¡Vosotros, los que nunca podéis saciaros, sino que padecéis hambre y sed de justicia y anheláis largos discursos, permitidme que teniendo en cuenta la debilidad de vuestros hermanos, recorte algo de la medida que tengo acostumbrada en la predicación! Y por parte vuestra, los que amáis la brevedad en los discursos y sois débiles, en bien de vuestros hermanos que no pueden saciarse, soportad el pequeño trabajo, y llevad los unos las cargas de los otros, y cumplid en esta forma con la ley de Cristo.

¿No habéis visto a los atletas en los juegos olímpicos cómo permanecen de pie en mitad del concurso, en pleno día, en el estadio, como en un horno, recibiendo en su cuerpo desnudo los rayos del sol, a la manera de estatuas de bronce, y cómo luchan con el sol, el polvo, el calor, a fin de que su cabeza, atormentada con tan grandes trabajos sea finalmente coronada de laureles? Pues bien: a vosotros se os ha propuesto como premio por estar oyendo, no una corona de laurel, sino la corona de justicia. Por otra parte, tampoco nosotros os detenemos aquí hasta el medio día, sino que ya desde el amanecer os remitimos a vuestros hogares por causa de vuestra desidia; es decir, cuando el aire aún está fresco y no lo han calentado todavía los abundantes rayos solares ni ordenamos que recibáis en la cabeza desnuda los calores del sol, sino que os introducimos bajo estos altos techos y os recreamos con el descanso de la techumbre y los demás géneros de alivio que podemos discurrir, con el objeto de que podáis escuchar durante más largo tiempo y con mayor constancia las cosas que se os hayan dicho.

¡No nos hagamos más delicados que nuestros niñitos que van a las escuelas! Tales niños no se atreven a regresar a su casa antes del medio día; sino que, a pesar de hacer poco tiempo que fueron destetados y separados de los pechos maternos, pues aún no han alcanzado la edad de cinco años, sin embargo, soportando cualquier cosa que les cause molestia, sentados en las clases permanecen soportando y sufriendo todo lo que se ofrece. En consecuencia, si no a los otros varones, a lo menos imitemos a estos niños, nosotros los que ya hemos alcanzado Ja edad perfecta.

Si no toleramos los discursos que se nos hacen acerca de la virtud ¿quién nos podrá creer que vamos soportando los trabajos que exige la virtud? Si tan mezquinos y poco

generosos nos mostramos ¿de dónde podrá constar que estaremos prontos cuando se trate de proceder a las obras? Si descuidamos lo que es más fácil ¿cúmo podremos llevar a cabo lo que es más difícil? Dirás que la estrechez del local es mucha y la incomodidad y molestia que sufres es grande. Pues escucha lo que se dice: que el reino de los cielos padece violencia y lo arrebatan los que se hacen violencia: y también que el camino es estrecho y el sendero es angosto. Y pues caminamos por una senda estrecha y angosta, es necesario que también nosotros nos estrechemos y apretujemos, a fin de poder realizar el viaje por un camino angosto y estrecho. Quien procede ampulosamente con dificultad podrá recorrer un camino que es angosto y estrecho. Podrá recorrerlo quien a sí mismo se estrecha y aprieta y reprime.

Se nos presenta hoy una cuestión que no versa sobre asuntos triviales, sino acerca de la materia que ayer comenzaba a proponeros; pero cuya solución no pude dar a causa de la abundancia de preguntas que nos salieron al paso. ¿Cuál es? Se trata de por qué Dios ha impuesto diversos nombres a los santos. Cosa banal parece si solamente se la oye de paso; pero si alguno atiende, encontrará que contiene un gran tesoro. También la veta aurífera que se encuentra en las minas, los ignorantes que la ven con descuido la juzgan simplemente tierra y que nada más contiene que lo que tienen las otras tierras. Pero quien la examina con ojos de experto, al punto se da cuenta de la riqueza que semejante veta contiene; y una vez que se la haya echado al fuego hará manifiesta toda su excelencia.

Pasa lo mismo con las Sagradas Escrituras. Quienes las leen de corrida creen que solamente se trata de simples letras que no contienen en sí nada distinto de los otros escritos; pero quien las medita con los ojos de la fe -como los mineros lo hacen mediante los instrumentos de su arte con las vetas- y las pone luego a prueba con el fuego del Espírituo Santo, fácilmente conoce todo el oro que en ellas se encierra. Pero ¿de dónde se originó nuestra cuestión? Porque no al acaso venimos a dar en disquisición semejante. Nadie nos arguya de importuna curiosidad. Porque como se os leyeran los Hechos de los Apóstoles, anhelábamos entrarnos por la historia de las excelsas hazaíías de Pablo; y aun habíamos ya tocado algo de sus comienzos. En ese comienzo de la narración topamos con estas palabras: Y Saulo, respirando aún amenazas y muertes contra los discípulos. Y al punto nos perturbó el cambio de nombre.

En todas sus cartas encontramos ya desde el encabezamiento que no se nombra Saulo sino Pablo. Y observamos que esto no le aconteció a solo él, sino a otros muchos. Porque también Pedro se llamaba Simón; y los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, fueron llamados después, con un cambio de nombre, Hijos del trueno. Y en el Antiguo Testamento hallamos que en algunos personajes existió semejante costumbre. Porque Abraham primero se llamó Abram, y Sarra anteriormente era Sara y después fue Sarra; y Jacob después fue llamado Israel. En consecuencia, nos pareció ser absurdo que pasáramos de corrida el gran tesoro contenido en tales nombres.

Por lo demás, encontramos que lo mismo ha sucedido entre los príncipes seculares, porque también ellos toman un doble nombre. Y así se dice: A Félix le sucedió en el mando Torció Festo; y también; Bar-Jesús estaba con el Procónsul Sergio Pablo.. .;7 y el que entregó a Jesús en manos de los judíos se llamaba Poncio Pilato. Ni sólo los príncipes, sino también a veces los soldados tuvieron con frecuencia un doble nombre; y aun gente particular y privada con uno u otro motivo, vienen a tener un doble nombre. Pero nosotros no tenemos especial utilidad en investigar lo de éstos, ni por qué fueron

llamados así. En cambio, cuando es Dios quien impone un nombre se ha de investigar con sumo empeño para encontrar el motivo. No acostumbra Dios hacer nada a la ventura y sin razón, ni decirlo; sino que hace y dice cada cosa conforme conviene a su sabiduría.

¿Por qué, en fin, Pablo cuando andaba persiguiendo se llamaba Saulo y luego cambió de nombre y se llamó Pablo una vez que abrazó la fe? Dicen algunos que cuando todo lo perturbaba y ponía en desorden y lo revolvía y perseguía a la Iglesia, se le llamó Saulo; de manera que la Iglesia misma a causa de la persecución le puso semejante nombre. Pero que una vez que abandonó aquella locura y dejó de revolver las turbas y de pelear contra la Iglesia, fue llamado Pablo por haber cesado en su pugna cambiándole así su nombre. Semejante discurso es vano y falso; y únicamente lo he referido y traído al medio, para que vosotros no os dejéis engañar por la exposición simplista de las causas del cambio.

Desde luego, fueron sus padres quienes le pusieron aquel primer nombre; y no porque fueran profetas y previeran lo que iba a suceder. Por otra parte, si por tal motivo se le llamó Saulo, porque perseguía y vejaba a la Iglesia, convino que al punto en que dejó de perseguirla abandonara también semejante nombre. Mas, por el contrario, advertimos que cuando dejó de conmover a las turbas contra la Iglesia, no abandonó en seguida su nombre, sino que continuó llamándose Saulo. ¡No vayáis a pensar, por lo que voy diciendo, que trato de embaucaros! ¡Para evitarlo, voy a tratar desde sus comienzos todo el negocio!.

Dice la Escritura: Sacaron de la ciudad a Esteban y lo apedreaban; y los testigos depositaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo. Y en seguida: Saulo aprobaba su muerte. Y después: Saulo devastaba la Iglesia y entrando en las casas, arrastraba a hombres y mujeres y los hacía encarcelar. Y más adelante: Y Saulo respirando todavía amenazas y muertes contra los discípulos del Señor. . . Y luego: Oyó una voz que le decía: ¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues? Convenía, pues, que desde este momento abandonara su nombre de Saulo, puesto que ya se abstenía de perseguir. Pero ¿acaso al punto lo dejó? ¡De ninguna manera, como se ve por lo que sigue! ¡Atended, os ruego!: Se levantó Saulo de tierra y con los ojos abiertos nada veía; y luego en seguida: Y dijo Dios a Ananías: anda a la calle llamada Recta y encontrarás en la casa de Judas a uno que se llama Saulo; y más adelante: Entró Ananías y le dijo: ¡Saulo, hermano! ¡el Señor que se te apareció en el camino me ha enviado para que recobres la vista!.

Luego comenzó a predicar y confundía a los judíos; pero ni aún así dejó su nombre, sino que seguía siendo Saulo. Porque dice la Escritura: Las asechanzas de los judíos fueron conocidas de Saulo. Pero ¿acaso solamente en estos sitios se le llama Saulo? ¡De ninguna manera! Porque después dice la Escritura: Hubo una hambre y resolvieron los discípulos enviar socorros a los santos que habitaban en Jerusalén. Y los enviaron por medio de Saulo y Bernabé.!! He aquí que ya sirve a los santos, y aún se llama Saulo. Luego fue Bernabé a Antioquía; y habiendo v¡sto la gracia de Dios y la gran multitud de convertidos, se fue a Tarso en busca de Saulo. Logra éste muchas conversiones y sigue llamándose Saulo. Y después dice la Escritura: Había en la Iglesia de Antioquía profetas y doctores: Simeón llamado el Negro, y Lucio de Cirene y Manahem, hermano de leche del tetrarca Herodes, y SauloX* De manera que ya era profeta y doctor y todavía se llamaba Saulo. Más aún: Mientras celebraban la liturgia en honor del Señor y guardaban

los ayunos, dijo el Espíritu Santo: segregadme a Bernabé y a Saulo. ¡He aquí que incluso cuando lo segrega el Espíritu Santo, él no cambia su nombre!.

En cambio, cuando fue a Salamina y se encontró con el mago, entonces dice de él Lucas: Mas Saulo, llamado también Pablo, lleno del Espíritu Santo, dijo . . . ¡Aquí comenzó el cambio de nombre! ¡No nos cansemos de andar investigando el motivo del cambio de semejante nombre! ¡Aun en asuntos seculares el cambio de nombre tiene no pequeña virtud! Con frecuencia logra que después de mucho tiempo conozcamos a los hombres, y al encontrar sus nombres se nos descubren sus parentescos. Suelen servir además para resolver las dudas que en los tribunales acostumbran suscitarse y omite pleitos; y a veces, el encontrar los nombres, hasta apaga las guerras y da ocasión a que se restablezca la paz.

Si pues en los asuntos seculares tanto puede a veces el cambio de nombre, mucho más lo podrá en los espirituales. Pero se hace necesario establecer de antemano las varias cuestiones. En primer lugar se pregunta el motivo de que Dios a algunos santos les haya impuesto un nombre y a otros no se los haya impuesto. Porque no a todos los santos les ha puesto Dios el nombre, ni en el Nuevo ni en el Antiguo Testamento. Y lo que hizo en el Nuevo Testamento lo hizo también en el Antiguo, para que veas que es Señor de ambos Testamentos. En el Nuevo, Cristo impuso a Simón el nombre de Pedro y a los h¡jos del Zebedeo, Santiago y Juan, el de Hijos del trueno; y solamente lo hizo con éstos y con ningún otro de los demás discípulos, sino que les dejó sus nombres propios, nombres que en su nacimiento les habían puesto sus padres. En el Antiguo Testamento Dios cambió los nombres de Abraham y de Jacob; en cambio no lo hizo con José ni con Samuel ni con David ni con Elias ni con Eliseo, ni con el resto de los profetas, sino que los dejó que retuvieran sus nombres antiguos.

Tal es, pues, la primera cuestión: ¿por qué motivo a algunos de los santos se les cambiaron sus nombres y a otros no? La segunda cuestión por su orden es ¿por qué a algunos de los pantos se les cambió el nombre siendo ya de edad plena y estando en todo su vigor, mientras que a otros se les cambió aun antes de que nacieran? A Pedro y a Santiago y Juan, Cristo les cambió el nombre cuando estaban en la mitad de sus años; mientras que al Bautista se lo cambió antes de que saliera del vientre de su madre: Vino el áivjtl del Señor y dijo: No temas, Zacarías. Porque he aquí que tu mujer Isabel dará a luz un hijo y su nombre lo llamarás Juan.'13 ¿Ves cómo el nombre se Je impuso antes de que naciera? Y lo mismo sucedió en el Antiguo Testamento. Porque, así como en el Nuevo recibieron el nombre Pedro y Santiago y Juan cuando ya estaban en la edad varonil, y fueron llamados con dos nombres, mientras que el Bautista lo recibió antes de nacer; del mismo modo en el Antiguo, Abraham y Jacob tuvieron su cambio de nombre a la mitad de su vida. Puesto que el primero se llamaba Abram y fue llamado Abraham; y el otro se llamaba Jacob y fue llamado Israel. En cambio no se hizo lo mismo con Isaac; sino que antes de que saliera a la luz recibió su nombre. Del mismo modo que a Zacarías le dijo el ángel: Tu mujer concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre lo llamarás Juan; del mismo modo acá dijo Dios a Abraham: Tu mujer Sara dará a luz un hijo y le pondrás por nombre IsaacM De manera que la primera cuestión es por qué a unos se les cambió el nombre y a otros no. La segunda por qué a unos se les cambió a la mitad de sus años y a otros incluso antes de que nacieran. Y esto en ambos Testamentos.

Por nuestra parte acometeremos primero la segunda, pues por este medio la primera se

esclarecerá mejor. Veamos a los que ya desde su nacimiento se encontraron con el nombre. Y subiendo poco a poco lleguemos hasta el primer hombre a quien Dios puso nombre, para que desde estos principios quede resuelta la cuestión. ¿Quién fue el primero que recibió de Dios su nombre? ¿Quién sino el primero que fue formado? Porque no había otro que se lo pusiera. ¿Y cuál fue el nombre que recibió? En lengua hebrea se le llamó Adán. Porque este nombre no es heleno. Pero traducido a la lengua griega significa terreno o de tierra. Edén significa tierra virgen y fue el sitio en que Dios plantó el paraíso. Porque d¡ce la Escritura; Plantó Dios el paraíso en Edén, al Oriente. Para que entiendas que el paraíso no fue obra de manos humanas, porque era una tierra virgen que no había experimentado la reja del arado, ni había sido abierta en surcos; y así, sin trabajo alguno de agricultores, sino por el mandato divino únicamente, brotó árboles. Tal fue el motivo de que Dios la llamara Edén o tierra virgen.

Esta tierra virgen fue figura de la otra Virgen. Puesto que así como esta tierra, sin haber recibido germen alguno, nos produjo el paraíso, del mismo modo la otra Virgen, sin haber recibido semen de varón, nos germinó a Cristo. De manera que si alguna vez te dice un judío: ¿cómo pudo una virgen dar a luz?, respóndele: ¿y cómo una tierra virgen pudo germinar aquellos árboles maravillosos? Porque en hebreo la tierra virgen se llama Edén. Y si alguno no lo quiere creer que lo pregunte a los peritos en la lengua hebrea, y encontrará que semejante interpretación es verdadera. Yo no voy a querer engañaros por estar hablando a quienes no conocen aquel idioma. Lo único por lo que me esfuerzo es por haceros inexpugnables y porque interpretemos con exactitud como si estuvieran presentes los adversarios que tal idioma conocen. En conclusión, puesto que de tierra virgen fue formado el hombre, o sea del Edén, Adán recibió el nombre tomado de su madre la tierra. Del mismo modo proceden los hombres: con frecuencia a sus hijos les ponen el nombre de la madre. Dios igualmente, al hombre formado de la tierra, lo llamó Adán por el nombre de su madre. La madre era Edén y el hijo fue Adán.

Pero todo esto ¿qué nos aprovecha para nuestra cuestión? Los hombres ponen a sus hijos el nombre de la madre para de esta manera honrar a la madre que ha engendrado al .hijo. Pero Dios ¿por qué motivo llamó a Adán con el nombre de la madre? ¿Qué intentaba? ¿Qué cosa grande o pequeña intentaba con semejante determinación? Porque Dios nada hace sin razón y a la ventura, sino siempre con gran sabiduría. De El se dijo: Cuya sabiduría no tiene número. La tierra se llama Edén, el hombre terreno se llama Adán, es decir, de polvo y nacido de la tierra. Pues ¿por qué lo llamó así Dios? Para traerle con su mismo nombre la memoria de su natural bajeza. Por esto le esculpió, como en una columna de bronce, lo vil de su naturaleza; a fin de que, enseñado por el nombre mismo, aprendiera la modestia y la humildad y no concibiera una alteza superior de sí mismo y que fuera mayor de la conveniente.

Nosotros perfectamente sabemos que somos de tierra y tenemos demostrado por la experiencia que lo somos. Pero Adán a nadie había visto morir ni reducirse a ceniza; sino que gozaba de eximia hermosura corporal. Resplandecía como una estatua de oro recientemente sacada de la fundición. Entonces con el objeto de que no se hinchara con vanagloria a causa de su extraordinaria belleza, le puso Dios aquel nombre con cuya enseñanza suficientemente aprendiera la humildad; ya que el demonio se le había de acercar y lo había de incitar a soberbia con palabras como éstas: ¡Seréis como dioses! De modo que Dios, para que tuviera el primer hombre presente en su memoria el nombre que le enseñaba ser de tierra, y nunca se formara tal opinión de sí que llegara hasta creerse igual a Dios, de antemano le iluminó la conciencia y lo armó con

antelación con el auxilio del nombre, con que se precaviera de las asechanzas del perverso demonio. Porque el nombre al mismo tiempo lo amonesta de su parentesco con la tierra y le declara toda la nobleza de su naturaleza, diciéndole en c¡erto modo: Si acaso te viene a decir el demonio: serás como dios, acuérdate de tu nombre, y con sólo esto tendrás suficiente exhortación para no admitir sus consejos.

Recuerda quién es tu madre y reconoce la vileza de tu parentesco, no precisamente para que aprendas la humildad, sino para que jamás te alces en soberbia. Por el mismo motivo decía Pablo: El primer hombre fue de tierra, terreno. Y luego, interpretándonos lo que significa Adán, decía: fue de tierra, terreno; el segundo hombre fue del cielo, el Señor Aquí nos acometen los herejes y nos dicen: ¡Mirad cómo Cristo no tomó carne; puesto que dice Pablo el segundo hombre del cielo, el Señor. ¿Pero no oyes que dice el segundo hombre? ¿cómo afirmas que no se encarnó? ¿Quién vio jamás impudencia semejante? ¿Quién puede ser hombre sin tener carne? Precisamente por tal motivo lo llamó hombre y segundo hombre; para que así por el número como por la naturaleza le reconozcas su parentesco. Y ¿quién dice Pablo que es ese segundo hombre? ¡El Señor del cielo. Pero, añade el hereje, es que ese texto me escandaliza cuando afirma del cielo.

Pues bien: cuando oyes que el primer hombre, Adán, es de tierra y terreno ¿piensas acaso que es un animal terrestre? ¿Juzgas que únicamente es terreno y que no tiene en sí un espíritu incorpóreo, digo una alma; e ignoras cuál sea la naturaleza del alma? ¡Quién podrá afirmar semejante cosa! Pues entonces, del mismo modo que cuando oyes que Adán fue terreno no piensas que el cuerpo estuviera privado del alma, también cuando oyes el Señor del cielo no niegues la encarnación sólo porque se añada aquello del cielo. En resumen, está ya bien declarado el por qué del primer nombre. Fue llamado y dicho Adán, tomando el nombre de su madre, para que no se levante más de lo que le permiten sus fuerzas y para que no pueda ser vencido por las astuc¡as del demonio. Porque éste le diría: ¡seréis como dioses!.

¡Ea, pues! ¡vengamos al segundo nombre! O sea a quien antes del parto recibió de Dios el nombre, y con esto terminaremos nuestro discurso. ¿Quién fue el primero que, después de Adán recibió de Dios el nombre antes de nacer? Isaac. Porque dice la Escritura: He aquí que Sara tu mujer concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac. Y habiéndolo dado a luz le puso por nombre Isaac, diciendo: Me ha hecho reír Dios. Mas ¿por qué? Porque: ¿Quién habría de decir a Abraham: amamantará hijos Sara? - ¡Aquí escuchadme con suma diligencia y atención! ¡veréis el milagro! Porque no dijo Sara que ha dado a luz, sino que amamantará a un niño. Para que no fuera alguno a pensar que se trataba de un niño supositicio, presenta como testigo las fuentes de leche que atestiguaban el parto. De manera que mediante el recuerdo de su nombre, Isaac tenía también la suficiente instrucción acerca de su generación paradójica. Por tal motivo dice Sara:Af¿ha h cho reír Dios. Pues era cosa de verse una mujer anciana y consumida, que andaba alimentando con su leche a un peque-ñín, cuando ya las canas denunciaban su edad avanzada. Semejante risa traía a la memoria la gracia y favor divino, y aquel alimentar al niñito daba fe al milagro: Aquello no podía ser obra de la naturaleza, sino que todo el excelentísimo acóntecimiento, tenía que atribuirse a obra de la gracia. Por tal motivo dice Pablo: Somos hijos de la promesa a la manera de Isaac? Porque así como en la promesa era la gracia la que obraba así Isaac salió de un vientre ya sin vigor y frío. Tú has salido de las frías aguas del bautismo: ¡lo que para Isaac fue aquel vientre, eso es para ti el baño de estas aguas! ¿Adviertes el parentesco de los partos? ¿Observas cómo consuena la gracia? ¿Ves en ambos casos la

naturaleza inerte y cómo todo se lleva a cabo por la virtud de Dios? Pues así somos nosotros hijos de la promesa, a la manera de Isaac.

Nos queda todavía una cuestión. Porque la Sagrada Escritura dijo, hablando de nosotros, que no de la sangre ni de la voluntad carnal somos hijos. ¡Estaban ya cerradas las fuentes de la leche en la madre, había desaparecido la materia apta para la generación, había quedado inútil la oficina de la naturaleza, pero fue precisamente entonces cuando Dios dio muestras de su poder! Sara había cesado ya en su menstruación.

¿Cómo puede ser esto? Pues porque tampoco Isaac nació de la sangre.

Hemos terminado la materia referente al nombre de Isaac. Resta que vengamos a Abraham y a los hijos del Zebedeo y a Pedro. Mas, a fin de que lo extenso de nuestro discurso no vaya a engendrar tedio, dejaremos para otro sermón la materia y terminaremos ahora con exhortaros a vosotros los nacidos según Isaac, a imitar la mansedumbre y moderación del mismo Isaac, y todas sus virtudes, a fin de que, ayudados con las oraciones de aquel justo Isaac y las de los prelados que están presentes, podamos todos llegar al seno de Abraham, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, el honor y el imperio, juntamente con el Santo vivificador Espíritu, ahora y siempre por los siglos de los siglos. -Amén.

7

VII: Homilía acerca de los que reprendían al santo por la prolijidad en lo que había explicado;

y de los que lleveban con molestia la brevedad de sus discursos; y acerca de los nombres de Saulo y Pablo; y por qué el primer hombre fue llamado Adán; y que esto no fue sin fruto y utilidad; y acerca de los recientemente iluminados.

¿QUÉ HAREMOS., OS pregunto, el día de hoy? ¡Cuando veo vuestra multitud temo alargarme en mis discursos! Porque cuando se alargan algún tanto las explicaciones doctrinales veo que os apretujáis y os pisoteáis mutuamente, y que la estrechez de semejantes apreturas os impide oír con diligencia, ya que si el oyente no tiene tranquilidad tampoco puede atender con empeño a las cosas que se le proponen. En resolución: que cuando veo vuestra muchedumbre, temo, como lo dije, alargar mi discurso. Pero cuando considero vuestras ansias de escuchar, me entra temor de acortar mi enseñanza. Quien tiene sed si no ve primero la copa hasta los bordes, no aplica sus labios con buena gana; porque aun cuando no haya de apurar todo el contenido, mas se goza en verla perfectamente llena. ¡Ignoro, por consiguiente, cómo debo haberme en la presente reunión!.

Anhelo disminuiros el trabajo mediante la brevedad, pero también anhelo satisfacer vuestras ansias de oír mediante la extensión del discurso. Con frecuencia he llenado ambos objetivos y he evadido la acusación. Me doy cuenta de que con frecuencia, para acomodarme a vosotros he abreviado y cortado mi discurso, pero clamaron contra nosotros los que tienen un ánimo que nunca se sacia, los que disfrutan continuamente de las aguas espirituales y sin embargo no se satisfacen: Bienaventurados los que han

hambre y sed de justicia1 Temeroso de los clamores prolongué la enseñanza y por tal motivo se me acusó. Los que prefieren los discursos breves me salían al encuentro y me suplicaban que tuviera compasión de su debilidad y abreviara lo largo de la predicación. Ahora pues, cuando os veo así apretujados procuro con el silencio detener el discurso. Pero cuando al mismo tiempo observo que a pesar de la estrechura no os apartáis, sino que os mostráis preparados para emprender una carrera aún más larga, anhelo dar suelta a mi lengua.

De modo que por todos lados me encuentro en angustias. 2 ¿Qué haré? Quien sirve a un solo Señor y ha de obedecer a un solo parecer, fácilmente puede dar gusto a su señor; pero yo, que he de servir a tan inmenso pueblo, y pueblo en donde hay tan diversos pareceres, tengo muchos señores. Sin embargo, todo lo he dicho no porque rechace la servidumbre ¡lejos de mí! ni porque rehuya vuestro señorío, puesto que no hay para mí cosa más honorífica que semejante servidumbre. ¡No se gloría tanto el emperador de su diadema p su púrpura, cuanto me honro yo en ser siervo de vuestra caridad! Al reinado del emperador se sigue la muerte: a esta servidumbre, si debidamente se ejercita, le está preparado el reino de los cielos. Porque dice la Escritura: Bienaventurado el siervo fiel y prudente al que el señor constituyó como distribuidor del trigo entre sus consiervos. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

¿Veis cuan grande es la ganancia de semejante servidumbre, si con diligencia se la ejercita? ¡Esta es la que pone al frente de todos los bienes del Señor! De manera que no rehuso la servidumbre, tanto menos cuanto que voy a ejercitarla juntamente con Pablo. Porque también él dice: No nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo Señor nuestro; pero nosotros somos vuestros siervos por Jesús A Mas ¿qué digo Pablo? Si el señor que existía en lo forma de Dios se anonadó a sí mismo y por los siervos tomó forma de siervo ¿qué cosa grande hago yo el siervo en hacerme siervo de mis consiervos en beneficio propio mío?

En resumen: que no he dicho lo que precede porque rehuse yo la servidumbre vuestra, sino para que se me perdone si es que sirvo una mesa menos conforme con los pareceres de todos. O mejor aún: ¡haced lo que os voy a decir! ¡Vosotros, los que nunca podéis saciaros, sino que padecéis hambre y sed de justicia y anheláis largos discursos, permitidme que teniendo en cuenta la debilidad de vuestros hermanos, recorte algo de la medida que tengo acostumbrada en la predicación! Y por parte vuestra, los que amáis la brevedad en los discursos y sois débiles, en bien de vuestros hermanos que no pueden saciarse, soportad el pequeño trabajo, y llevad los unos las cargas de los otros, y cumplid en esta forma con la ley de Cristo.

¿No habéis visto a los atletas en los juegos olímpicos cómo permanecen de pie en mitad del concurso, en pleno día, en el estadio, como en un horno, recibiendo en su cuerpo desnudo los rayos del sol, a la manera de estatuas de bronce, y cómo luchan con el sol, el polvo, el calor, a fin de que su cabeza, atormentada con tan grandes trabajos sea finalmente coronada de laureles? Pues bien: a vosotros se os ha propuesto como premio por estar oyendo, no una corona de laurel, sino la corona de justicia. Por otra parte, tampoco nosotros os detenemos aquí hasta el medio día, sino que ya desde el amanecer os remitimos a vuestros hogares por causa de vuestra desidia; es decir, cuando el aire aún está fresco y no lo han calentado todavía los abundantes rayos solares ni ordenamos que recibáis en la cabeza desnuda los calores del sol, sino que os introducimos bajo estos altos techos y os recreamos con el descanso de la techumbre y los demás géneros

de alivio que podemos discurrir, con el objeto de que podáis escuchar durante más largo tiempo y con mayor constancia las cosas que se os hayan dicho.

¡No nos hagamos más delicados que nuestros niñitos que van a las escuelas! Tales niños no se atreven a regresar a su casa antes del medio día; sino que, a pesar de hacer poco tiempo que fueron destetados y separados de los pechos maternos, pues aún no han alcanzado la edad de cinco años, sin embargo, soportando cualquier cosa que les cause molestia, sentados en las clases permanecen soportando y sufriendo todo lo que se ofrece. En consecuencia, si no a los otros varones, a lo menos imitemos a estos niños, nosotros los que ya hemos alcanzado Ja edad perfecta.

Si no toleramos los discursos que se nos hacen acerca de la virtud ¿quién nos podrá creer que vamos soportando los trabajos que exige la virtud? Si tan mezquinos y poco generosos nos mostramos ¿de dónde podrá constar que estaremos prontos cuando se trate de proceder a las obras? Si descuidamos lo que es más fácil ¿cúmo podremos llevar a cabo lo que es más difícil? Dirás que la estrechez del local es mucha y la incomodidad y molestia que sufres es grande. Pues escucha lo que se dice: que el reino de los cielos padece violencia y lo arrebatan los que se hacen violencia: y también que el camino es estrecho y el sendero es angosto. Y pues caminamos por una senda estrecha y angosta, es necesario que también nosotros nos estrechemos y apretujemos, a fin de poder realizar el viaje por un camino angosto y estrecho. Quien procede ampulosamente con dificultad podrá recorrer un camino que es angosto y estrecho. Podrá recorrerlo quien a sí mismo se estrecha y aprieta y reprime.

Se nos presenta hoy una cuestión que no versa sobre asuntos triviales, sino acerca de la materia que ayer comenzaba a proponeros; pero cuya solución no pude dar a causa de la abundancia de preguntas que nos salieron al paso. ¿Cuál es? Se trata de por qué Dios ha impuesto diversos nombres a los santos. Cosa banal parece si solamente se la oye de paso; pero si alguno atiende, encontrará que contiene un gran tesoro. También la veta aurífera que se encuentra en las minas, los ignorantes que la ven con descuido la juzgan simplemente tierra y que nada más contiene que lo que tienen las otras tierras. Pero quien la examina con ojos de experto, al punto se da cuenta de la riqueza que semejante veta contiene; y una vez que se la haya echado al fuego hará manifiesta toda su excelencia.

Pasa lo mismo con las Sagradas Escrituras. Quienes las leen de corrida creen que solamente se trata de simples letras que no contienen en sí nada distinto de los otros escritos; pero quien las medita con los ojos de la fe -como los mineros lo hacen mediante los instrumentos de su arte con las vetas- y las pone luego a prueba con el fuego del Espírituo Santo, fácilmente conoce todo el oro que en ellas se encierra. Pero ¿de dónde se originó nuestra cuestión? Porque no al acaso venimos a dar en disquisición semejante. Nadie nos arguya de importuna curiosidad. Porque como se os leyeran los Hechos de los Apóstoles, anhelábamos entrarnos por la historia de las excelsas hazaíías de Pablo; y aun habíamos ya tocado algo de sus comienzos. En ese comienzo de la narración topamos con estas palabras: Y Saulo, respirando aún amenazas y muertes contra los discípulos. Y al punto nos perturbó el cambio de nombre.

En todas sus cartas encontramos ya desde el encabezamiento que no se nombra Saulo sino Pablo. Y observamos que esto no le aconteció a solo él, sino a otros muchos. Porque también Pedro se llamaba Simón; y los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan,

fueron llamados después, con un cambio de nombre, Hijos del trueno. Y en el Antiguo Testamento hallamos que en algunos personajes existió semejante costumbre. Porque Abraham primero se llamó Abram, y Sarra anteriormente era Sara y después fue Sarra; y Jacob después fue llamado Israel. En consecuencia, nos pareció ser absurdo que pasáramos de corrida el gran tesoro contenido en tales nombres.

Por lo demás, encontramos que lo mismo ha sucedido entre los príncipes seculares, porque también ellos toman un doble nombre. Y así se dice: A Félix le sucedió en el mando Torció Festo; y también; Bar-Jesús estaba con el Procónsul Sergio Pablo.. .;7 y el que entregó a Jesús en manos de los judíos se llamaba Poncio Pilato. Ni sólo los príncipes, sino también a veces los soldados tuvieron con frecuencia un doble nombre; y aun gente particular y privada con uno u otro motivo, vienen a tener un doble nombre. Pero nosotros no tenemos especial utilidad en investigar lo de éstos, ni por qué fueron llamados así. En cambio, cuando es Dios quien impone un nombre se ha de investigar con sumo empeño para encontrar el motivo. No acostumbra Dios hacer nada a la ventura y sin razón, ni decirlo; sino que hace y dice cada cosa conforme conviene a su sabiduría.

¿Por qué, en fin, Pablo cuando andaba persiguiendo se llamaba Saulo y luego cambió de nombre y se llamó Pablo una vez que abrazó la fe? Dicen algunos que cuando todo lo perturbaba y ponía en desorden y lo revolvía y perseguía a la Iglesia, se le llamó Saulo; de manera que la Iglesia misma a causa de la persecución le puso semejante nombre. Pero que una vez que abandonó aquella locura y dejó de revolver las turbas y de pelear contra la Iglesia, fue llamado Pablo por haber cesado en su pugna cambiándole así su nombre. Semejante discurso es vano y falso; y únicamente lo he referido y traído al medio, para que vosotros no os dejéis engañar por la exposición simplista de las causas del cambio.

Desde luego, fueron sus padres quienes le pusieron aquel primer nombre; y no porque fueran profetas y previeran lo que iba a suceder. Por otra parte, si por tal motivo se le llamó Saulo, porque perseguía y vejaba a la Iglesia, convino que al punto en que dejó de perseguirla abandonara también semejante nombre. Mas, por el contrario, advertimos que cuando dejó de conmover a las turbas contra la Iglesia, no abandonó en seguida su nombre, sino que continuó llamándose Saulo. ¡No vayáis a pensar, por lo que voy diciendo, que trato de embaucaros! ¡Para evitarlo, voy a tratar desde sus comienzos todo el negocio!.

Dice la Escritura: Sacaron de la ciudad a Esteban y lo apedreaban; y los testigos depositaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo. Y en seguida: Saulo aprobaba su muerte. Y después: Saulo devastaba la Iglesia y entrando en las casas, arrastraba a hombres y mujeres y los hacía encarcelar. Y más adelante: Y Saulo respirando todavía amenazas y muertes contra los discípulos del Señor. . . Y luego: Oyó una voz que le decía: ¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues? Convenía, pues, que desde este momento abandonara su nombre de Saulo, puesto que ya se abstenía de perseguir. Pero ¿acaso al punto lo dejó? ¡De ninguna manera, como se ve por lo que sigue! ¡Atended, os ruego!: Se levantó Saulo de tierra y con los ojos abiertos nada veía; y luego en seguida: Y dijo Dios a Ananías: anda a la calle llamada Recta y encontrarás en la casa de Judas a uno que se llama Saulo; y más adelante: Entró Ananías y le dijo: ¡Saulo, hermano! ¡el Señor que se te apareció en el camino me ha enviado para que recobres la vista!.

Luego comenzó a predicar y confundía a los judíos; pero ni aún así dejó su nombre, sino que seguía siendo Saulo. Porque dice la Escritura: Las asechanzas de los judíos fueron conocidas de Saulo. Pero ¿acaso solamente en estos sitios se le llama Saulo? ¡De ninguna manera! Porque después dice la Escritura: Hubo una hambre y resolvieron los discípulos enviar socorros a los santos que habitaban en Jerusalén. Y los enviaron por medio de Saulo y Bernabé.!! He aquí que ya sirve a los santos, y aún se llama Saulo. Luego fue Bernabé a Antioquía; y habiendo v¡sto la gracia de Dios y la gran multitud de convertidos, se fue a Tarso en busca de Saulo. Logra éste muchas conversiones y sigue llamándose Saulo. Y después dice la Escritura: Había en la Iglesia de Antioquía profetas y doctores: Simeón llamado el Negro, y Lucio de Cirene y Manahem, hermano de leche del tetrarca Herodes, y SauloX* De manera que ya era profeta y doctor y todavía se llamaba Saulo. Más aún: Mientras celebraban la liturgia en honor del Señor y guardaban los ayunos, dijo el Espíritu Santo: segregadme a Bernabé y a Saulo. ¡He aquí que incluso cuando lo segrega el Espíritu Santo, él no cambia su nombre!.

En cambio, cuando fue a Salamina y se encontró con el mago, entonces dice de él Lucas: Mas Saulo, llamado también Pablo, lleno del Espíritu Santo, dijo . . . ¡Aquí comenzó el cambio de nombre! ¡No nos cansemos de andar investigando el motivo del cambio de semejante nombre! ¡Aun en asuntos seculares el cambio de nombre tiene no pequeña virtud! Con frecuencia logra que después de mucho tiempo conozcamos a los hombres, y al encontrar sus nombres se nos descubren sus parentescos. Suelen servir además para resolver las dudas que en los tribunales acostumbran suscitarse y omite pleitos; y a veces, el encontrar los nombres, hasta apaga las guerras y da ocasión a que se restablezca la paz.

Si pues en los asuntos seculares tanto puede a veces el cambio de nombre, mucho más lo podrá en los espirituales. Pero se hace necesario establecer de antemano las varias cuestiones. En primer lugar se pregunta el motivo de que Dios a algunos santos les haya impuesto un nombre y a otros no se los haya impuesto. Porque no a todos los santos les ha puesto Dios el nombre, ni en el Nuevo ni en el Antiguo Testamento. Y lo que hizo en el Nuevo Testamento lo hizo también en el Antiguo, para que veas que es Señor de ambos Testamentos. En el Nuevo, Cristo impuso a Simón el nombre de Pedro y a los h¡jos del Zebedeo, Santiago y Juan, el de Hijos del trueno; y solamente lo hizo con éstos y con ningún otro de los demás discípulos, sino que les dejó sus nombres propios, nombres que en su nacimiento les habían puesto sus padres. En el Antiguo Testamento Dios cambió los nombres de Abraham y de Jacob; en cambio no lo hizo con José ni con Samuel ni con David ni con Elias ni con Eliseo, ni con el resto de los profetas, sino que los dejó que retuvieran sus nombres antiguos.

Tal es, pues, la primera cuestión: ¿por qué motivo a algunos de los santos se les cambiaron sus nombres y a otros no? La segunda cuestión por su orden es ¿por qué a algunos de los pantos se les cambió el nombre siendo ya de edad plena y estando en todo su vigor, mientras que a otros se les cambió aun antes de que nacieran? A Pedro y a Santiago y Juan, Cristo les cambió el nombre cuando estaban en la mitad de sus años; mientras que al Bautista se lo cambió antes de que saliera del vientre de su madre: Vino el áivjtl del Señor y dijo: No temas, Zacarías. Porque he aquí que tu mujer Isabel dará a luz un hijo y su nombre lo llamarás Juan.'13 ¿Ves cómo el nombre se Je impuso antes de que naciera? Y lo mismo sucedió en el Antiguo Testamento. Porque, así como en el Nuevo recibieron el nombre Pedro y Santiago y Juan cuando ya estaban en la edad

varonil, y fueron llamados con dos nombres, mientras que el Bautista lo recibió antes de nacer; del mismo modo en el Antiguo, Abraham y Jacob tuvieron su cambio de nombre a la mitad de su vida. Puesto que el primero se llamaba Abram y fue llamado Abraham; y el otro se llamaba Jacob y fue llamado Israel. En cambio no se hizo lo mismo con Isaac; sino que antes de que saliera a la luz recibió su nombre. Del mismo modo que a Zacarías le dijo el ángel: Tu mujer concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre lo llamarás Juan; del mismo modo acá dijo Dios a Abraham: Tu mujer Sara dará a luz un hijo y le pondrás por nombre IsaacM De manera que la primera cuestión es por qué a unos se les cambió el nombre y a otros no. La segunda por qué a unos se les cambió a la mitad de sus años y a otros incluso antes de que nacieran. Y esto en ambos Testamentos.

Por nuestra parte acometeremos primero la segunda, pues por este medio la primera se esclarecerá mejor. Veamos a los que ya desde su nacimiento se encontraron con el nombre. Y subiendo poco a poco lleguemos hasta el primer hombre a quien Dios puso nombre, para que desde estos principios quede resuelta la cuestión. ¿Quién fue el primero que recibió de Dios su nombre? ¿Quién sino el primero que fue formado? Porque no había otro que se lo pusiera. ¿Y cuál fue el nombre que recibió? En lengua hebrea se le llamó Adán. Porque este nombre no es heleno. Pero traducido a la lengua griega significa terreno o de tierra. Edén significa tierra virgen y fue el sitio en que Dios plantó el paraíso. Porque d¡ce la Escritura; Plantó Dios el paraíso en Edén, al Oriente. Para que entiendas que el paraíso no fue obra de manos humanas, porque era una tierra virgen que no había experimentado la reja del arado, ni había sido abierta en surcos; y así, sin trabajo alguno de agricultores, sino por el mandato divino únicamente, brotó árboles. Tal fue el motivo de que Dios la llamara Edén o tierra virgen.

Esta tierra virgen fue figura de la otra Virgen. Puesto que así como esta tierra, sin haber recibido germen alguno, nos produjo el paraíso, del mismo modo la otra Virgen, sin haber recibido semen de varón, nos germinó a Cristo. De manera que si alguna vez te dice un judío: ¿cómo pudo una virgen dar a luz?, respóndele: ¿y cómo una tierra virgen pudo germinar aquellos árboles maravillosos? Porque en hebreo la tierra virgen se llama Edén. Y si alguno no lo quiere creer que lo pregunte a los peritos en la lengua hebrea, y encontrará que semejante interpretación es verdadera. Yo no voy a querer engañaros por estar hablando a quienes no conocen aquel idioma. Lo único por lo que me esfuerzo es por haceros inexpugnables y porque interpretemos con exactitud como si estuvieran presentes los adversarios que tal idioma conocen. En conclusión, puesto que de tierra virgen fue formado el hombre, o sea del Edén, Adán recibió el nombre tomado de su madre la tierra. Del mismo modo proceden los hombres: con frecuencia a sus hijos les ponen el nombre de la madre. Dios igualmente, al hombre formado de la tierra, lo llamó Adán por el nombre de su madre. La madre era Edén y el hijo fue Adán.

Pero todo esto ¿qué nos aprovecha para nuestra cuestión? Los hombres ponen a sus hijos el nombre de la madre para de esta manera honrar a la madre que ha engendrado al .hijo. Pero Dios ¿por qué motivo llamó a Adán con el nombre de la madre? ¿Qué intentaba? ¿Qué cosa grande o pequeña intentaba con semejante determinación? Porque Dios nada hace sin razón y a la ventura, sino siempre con gran sabiduría. De El se dijo: Cuya sabiduría no tiene número. La tierra se llama Edén, el hombre terreno se llama Adán, es decir, de polvo y nacido de la tierra. Pues ¿por qué lo llamó así Dios? Para traerle con su mismo nombre la memoria de su natural bajeza. Por esto le esculpió, como en una columna de bronce, lo vil de su naturaleza; a fin de que, enseñado por el

nombre mismo, aprendiera la modestia y la humildad y no concibiera una alteza superior de sí mismo y que fuera mayor de la conveniente.

Nosotros perfectamente sabemos que somos de tierra y tenemos demostrado por la experiencia que lo somos. Pero Adán a nadie había visto morir ni reducirse a ceniza; sino que gozaba de eximia hermosura corporal. Resplandecía como una estatua de oro recientemente sacada de la fundición. Entonces con el objeto de que no se hinchara con vanagloria a causa de su extraordinaria belleza, le puso Dios aquel nombre con cuya enseñanza suficientemente aprendiera la humildad; ya que el demonio se le había de acercar y lo había de incitar a soberbia con palabras como éstas: ¡Seréis como dioses! De modo que Dios, para que tuviera el primer hombre presente en su memoria el nombre que le enseñaba ser de tierra, y nunca se formara tal opinión de sí que llegara hasta creerse igual a Dios, de antemano le iluminó la conciencia y lo armó con antelación con el auxilio del nombre, con que se precaviera de las asechanzas del perverso demonio. Porque el nombre al mismo tiempo lo amonesta de su parentesco con la tierra y le declara toda la nobleza de su naturaleza, diciéndole en c¡erto modo: Si acaso te viene a decir el demonio: serás como dios, acuérdate de tu nombre, y con sólo esto tendrás suficiente exhortación para no admitir sus consejos.

Recuerda quién es tu madre y reconoce la vileza de tu parentesco, no precisamente para que aprendas la humildad, sino para que jamás te alces en soberbia. Por el mismo motivo decía Pablo: El primer hombre fue de tierra, terreno. Y luego, interpretándonos lo que significa Adán, decía: fue de tierra, terreno; el segundo hombre fue del cielo, el Señor Aquí nos acometen los herejes y nos dicen: ¡Mirad cómo Cristo no tomó carne; puesto que dice Pablo el segundo hombre del cielo, el Señor. ¿Pero no oyes que dice el segundo hombre? ¿cómo afirmas que no se encarnó? ¿Quién vio jamás impudencia semejante? ¿Quién puede ser hombre sin tener carne? Precisamente por tal motivo lo llamó hombre y segundo hombre; para que así por el número como por la naturaleza le reconozcas su parentesco. Y ¿quién dice Pablo que es ese segundo hombre? ¡El Señor del cielo. Pero, añade el hereje, es que ese texto me escandaliza cuando afirma del cielo.

Pues bien: cuando oyes que el primer hombre, Adán, es de tierra y terreno ¿piensas acaso que es un animal terrestre? ¿Juzgas que únicamente es terreno y que no tiene en sí un espíritu incorpóreo, digo una alma; e ignoras cuál sea la naturaleza del alma? ¡Quién podrá afirmar semejante cosa! Pues entonces, del mismo modo que cuando oyes que Adán fue terreno no piensas que el cuerpo estuviera privado del alma, también cuando oyes el Señor del cielo no niegues la encarnación sólo porque se añada aquello del cielo. En resumen, está ya bien declarado el por qué del primer nombre. Fue llamado y dicho Adán, tomando el nombre de su madre, para que no se levante más de lo que le permiten sus fuerzas y para que no pueda ser vencido por las astuc¡as del demonio. Porque éste le diría: ¡seréis como dioses!.

¡Ea, pues! ¡vengamos al segundo nombre! O sea a quien antes del parto recibió de Dios el nombre, y con esto terminaremos nuestro discurso. ¿Quién fue el primero que, después de Adán recibió de Dios el nombre antes de nacer? Isaac. Porque dice la Escritura: He aquí que Sara tu mujer concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac. Y habiéndolo dado a luz le puso por nombre Isaac, diciendo: Me ha hecho reír Dios. Mas ¿por qué? Porque: ¿Quién habría de decir a Abraham: amamantará hijos Sara? - ¡Aquí escuchadme con suma diligencia y atención! ¡veréis el milagro! Porque no dijo Sara que ha dado a luz, sino que amamantará a un niño. Para que no

fuera alguno a pensar que se trataba de un niño supositicio, presenta como testigo las fuentes de leche que atestiguaban el parto. De manera que mediante el recuerdo de su nombre, Isaac tenía también la suficiente instrucción acerca de su generación paradójica. Por tal motivo dice Sara:Af¿ha h cho reír Dios. Pues era cosa de verse una mujer anciana y consumida, que andaba alimentando con su leche a un peque-ñín, cuando ya las canas denunciaban su edad avanzada. Semejante risa traía a la memoria la gracia y favor divino, y aquel alimentar al niñito daba fe al milagro: Aquello no podía ser obra de la naturaleza, sino que todo el excelentísimo acóntecimiento, tenía que atribuirse a obra de la gracia. Por tal motivo dice Pablo: Somos hijos de la promesa a la manera de Isaac? Porque así como en la promesa era la gracia la que obraba así Isaac salió de un vientre ya sin vigor y frío. Tú has salido de las frías aguas del bautismo: ¡lo que para Isaac fue aquel vientre, eso es para ti el baño de estas aguas! ¿Adviertes el parentesco de los partos? ¿Observas cómo consuena la gracia? ¿Ves en ambos casos la naturaleza inerte y cómo todo se lleva a cabo por la virtud de Dios? Pues así somos nosotros hijos de la promesa, a la manera de Isaac.

Nos queda todavía una cuestión. Porque la Sagrada Escritura dijo, hablando de nosotros, que no de la sangre ni de la voluntad carnal somos hijos. ¡Estaban ya cerradas las fuentes de la leche en la madre, había desaparecido la materia apta para la generación, había quedado inútil la oficina de la naturaleza, pero fue precisamente entonces cuando Dios dio muestras de su poder! Sara había cesado ya en su menstruación.

¿Cómo puede ser esto? Pues porque tampoco Isaac nació de la sangre.

Hemos terminado la materia referente al nombre de Isaac. Resta que vengamos a Abraham y a los hijos del Zebedeo y a Pedro. Mas, a fin de que lo extenso de nuestro discurso no vaya a engendrar tedio, dejaremos para otro sermón la materia y terminaremos ahora con exhortaros a vosotros los nacidos según Isaac, a imitar la mansedumbre y moderación del mismo Isaac, y todas sus virtudes, a fin de que, ayudados con las oraciones de aquel justo Isaac y las de los prelados que están presentes, podamos todos llegar al seno de Abraham, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, el honor y el imperio, juntamente con el Santo vivificador Espíritu, ahora y siempre por los siglos de los siglos. -Amén.

8

VIII: Homilía acerca de los que reprendieron al santo por su prolijidad en los exordios;

y acerca de que es útil llevar con paciencia las reprensiones; y por qué no se le cambió el nombre a Pablo inrríediatamente después de que creyó; y de que no por presión y necesidad, sino voluntariamente se hizo el cambio; y acerca del texto: ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues? (*He 9,4*).

Nos REPRENDIERON algunos de nuestros amigos porque alargábamos los exordios en nuestros discursos. Si con derecho o sin él lo hicieron, vosotros lo comprenderéis una vez que nos oigáis, y entonces daréis vuestra sentencia como en público tribunal. Pero antes de proceder a responderles, comienzo por darles las gracias por la reprensión;

puesto que sus advertencias no nacen de mala voluntad, sino únicamente del cuidado que de mí se toman. Por mi parte, estimo que mi amigo me ama no únicamente cuando me alaba, sino también cuando me reprende y corrige. Alabar todo, lo bueno y lo malo, no es propio de un amigo, sino de un engañador y burlador. Encomiar lo que hay de bueno y reprender lo que hay de malo, es propio de quien verdaderamente ama y tiene cuidado de nosotros. Y para que entendáis que alabar indistintamente todo y encomiarlo es propio no del amigo, sino del engañador, dice el profeta: ¡Pueblo mío! ¡los que te llaman feliz te engañan y tuercen el camino de vuestros pies! Por mi parte al enemigo yo no lo admito cuando me alaba, mientras que al amigo lo abrazo aun cuando me reprenda. El enemigo, aun cuando me bese, no me es agradable; el amigo, aun cuando me hiere es amable. El beso del enemigo está lleno de sospechas; la herida del amigo tiene fuerza medicinal. Y por eso dijo alguno: Leales son las heridas causadas por quien ama, pero los besos del que aborrece son engañosos? Preguntarás: pero ¿qué es lo que afirmas? ¿que las heridas son mejores que los ósculos? ¡Atiende no a la naturaleza de semejantes cosas, sino a la intención de quienes las hacen! ¿Quieres comprender en qué forma son mejores y más fieles las heridas del amigo que los besos fingidos del enemigo? ¡Judas besó a su Señor, pero su ósculo rebosaba traición! ¡henchida estaba su boca de veneno y de perversidad su lengua! En cambio Pablo hirió al fornicario de Corinto y lo ganó para la salvación.

Me dirás: ¿en qué forma lo hirió? ¡Entregándolo a Satanás!: ¡Entregad, dice, a semejante hombre a Satanás para ruina de la carne! ¿Con qué objeto? A fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús. ¿Has visto las heridas medicinales? ¿Has visto los besos repletos de traición? ¿Pues así es como son más fieles las heridas del amigo que los besos doblados del enemigo. Considerémoslo no únicamente en referencia a los hombres, sino también a Dios y al demonio. Dios es amigo; el demonio, enemigo. Dios es salvador y próvido; el dempnio, engañador y enemigo. Pues bien, en cierta ocasión el demonio besó; Dios, hirió. ¿Cómo hirió Dios y besó el demonio? Porque dijo éste: ¡Seréis como dioses! Dios en cambio, dijo: ¡Tierra eres y en polvo te convertirás!

¿Cuál de ambos nos aprovechó más? ¿El que dijo seréis como dioses o el que dijo polvo eres y en polvo te convertirás? Dios amenazó con la muerte, el demonio prometió la inmortalidad; pero el que había prometido la inmortalidad arrojó del paraíso; mientras que el que amenazó con la muerte levantó hasta el cielo. ¿Ves cómo son más fieles las heridas de los amigos que los besos fingidos de los enemigos? Por eso, aún antes de demostrarlo, comencé por dar las gracias a mis amigos. Porque los amigos cuando reprenden, ya lo hagan justa o injustamente, no proceden con intención de reprender sino de corregir. Los enemigos en cambio, aun cuando reprenden con justicia lo hacen con intencóin de difamar y no de corregir. De manera que los amigos, cuando alaban, procuran hacer más diligente al que encomian; mientras que los enemigos, aun cuando alaban, lo que intentan es armarle al otro zancadilla.

Por lo demás, sea cualquiera la forma en que acontezca que seamos reprendidos, gran bien es llevar las reprensiones y recriminaciones en tal forma que el ánimo no se irrite. Porque dice la Escritura: El que aborrece la reprensión, se embruteced Y no dijo tales o cuales reprensiones, sino simplemente la reprensión. Si tu amigo te reprende con justicia, enmienda lo mal hecho; si contra justicia, alaba su buena voluntad, aprueba su intención, dale las gracias por su caridad. Porque del mucho amor ha nacido el reprenderte. ¡No nos irritemos cuando se nos reprende! ¡Muy útil es en la vida que

todos nos corrijan cuando faltamos y que llevemos con placer que otros nos reprendan si caemos!.

Las reprensiones son para los pecados lo que las medicinas para las heridas. Necio es quien rechaza la medicina. Del mismo modo es insensato el que no acepta las reprensiones. Mas a pesar de todo, .hay muchos que se irritan y piensan dentro de sí y dicen: ¡Yo soy sabio, soy prudente! ¿Y voy a soportar que un individuo como éste me reprenda ? ¡No saben que semejantes pensamientos demuestran una extrema locura! La Escritura dice: ¡Veía a un hombre que a sí mismo se parecía sabio; pues mayor esperanza que ese tal, tiene el necio. Y Pablo dice: ¡No seáis prudentes a vuestros propios ojosH

Aun cuando seas maravillosamente perspicaz y conocedor de lo que conviene, eres hombre y necesitas de consejo. Sólo Dios no necesita de nadie ni tiene necesidad de consejero. Y así de sólo El se dice; ¿Quién conoció el pensamiento del Señor? o ¿quién fue su consejero?** Los hombres, por muy sabios que seamos muchas veces somos dignos de reprensión, por donde se ve la debilidad de nuestra naturaleza. Dice la Escritura: No pueden encontrarse en el hombre todas las perfecciones? ¿FOT qué? ¡Porque el hijo del hombre no es inmortal!.

¿Qué cosa hay más luminosa que el sol? ¡Y, sin embargo, aun éste falla! Del mismo modo que las tinieblas echándosele encima cubren su luz resplandeciente y sus rayos fulgurantes, la inconsideración, introduciéndose calladamente, entenebrece con frecuencia nuestra mente que antes brillaba como en pleno día con su claridad. Acontece que el sabio algunas veces no vea lo que es necesario; mientras que alguno, que dista mucho de él en el talento, lo ve con toda claridad. Son así las cosas, para que ni el sabio se ensoberbezca, ni el que le es inferior se llame a sí mismo infeliz y miserable.

¡Gran bien es llevar con paciencia las reprensiones! ¡Gran bien es saber reprender, porque esto es propio sobre todo de quien cuida de su prójimo! Si nos encontráramos con un hombre que lleva la túnica suelta y puesta al revés o con cualquiera otra pieza del vestido mal acomodada, lo amonestaríamos y enmendaríamos. En cambio, si lo vemos que lleva una vida disoluta, ni una palabra le decimos. Si lo vemos que lleva una vida indecente, pasamos de largo. Y procedemos así, a pesar de que lo del vestido sólo engendra risa y burla; mientras que lo tocante al alma engendra peligros y castigos. Si ves a tu hermano que se lanza al precipicio sin cuidarse del peligro de su vida, y que no hace caso de lo necesario ¿acaso no extiendes tu mano? ¿no levantas al caído? ¿no lo amonestas y reprendes? Pero en el otro caso ¿estimas en más el no parecer inoportuno ni ofenderlo que el procurarle su salvación? Pero ¿qué perdón tendrás delante de Dios? ¿qué defensa? ¿No has oído lo que Dios ordenó a los judíos, que no despreciaran ni aun los jumentos de sus enemigos, ni pasaran de largo si los veían caídos?

De modo que a los judíos se les ordena no pasar de largo los animales brutos de sus enemigos ¿y en cambio nosotros cada día despreciamos las almas de nuestros hermanos vencidas por el demonio? ¿Cómo .ha de ser esto otra cosa sino el colmo de la crueldad y la fiereza? ¡No poner nosotros ni siquiera tanto cuidado respecto de los hombres cuanto aquéllos respecto de los animales! ¡Esto invierte todos los valores! ¡Esto destroza nuestras vidas, todo por no querer soportar las reprensiones con generosidad, ni querer reprender a otros! Por tal motivo, cuando reprendemos, molestamos: porque cuando

somos reprendidos nos ponemos furiosos. En verdad que si tu hermano supiera que lo alabarías en el caso de reprenderte, cuando él fuera el reprendido te pagaría con la misma moneda.

¿Quieres saber que tú, aun cuando fueras prudente y perfecto y hubieras alcanzado la cumbre de la virtud, todavía necesitarías de consejero y de quien te amonestara y reprendiera? ¡Escucha una vieja historia! No había en el orbe ningún mortal semejante a Moisés, puesto que dice la Escritura: ¡Era el más manso de todos los hombres! Era amigo de Dios, perfectamente instruido en las ciencias seculares, lleno de inteligencia de las cosas del espíritu. Porque dice: Estaba instruido en toda la ciencia de los egipcios. - ¿Adviertes su erudición de todo género? Y era poderoso en la palabra y en toda virtud. Escucha otro testimonio. Dios habló con muchos profetas, dice. Pero con ninguno tan familiarmente. Porque con los demás lo hizo en enigmas y ensueños, pero con Moisés habló cara a cara. Pues ¿qué indicio mayor de su virtud puedes desear cuando el Señor de todos habla con su siervo como con un amigo? ¡Era pues todo un sabio! ¡dotado de instrucción tanto propia de Israel como extraña! ¡Era poderoso en la palabra y en las obras! ¡Mandaba sobre las criaturas, porque era amigo del Señor de las criaturas! ¡Sacó de

Egipto un pueblo tan numeroso! ¡dividió el mar y de nuevo lo cerró con un patente milagro! Vio entonces el sol que el mar era atravesado no por una senda sobre el agua, sino por tierra; y que el piélago era cruzado no mediante remos y naves, sino por los pies de los caballos.

Y, sin embargo, este sabio, este poderoso en obras y palabras, este amigo de Dios que imperaba sobre las criaturas y había hecho tantos milagros no cayó en la cuenta de una cosa que advierten los más de los mortales; y hubo de notársela su suegro, hombre bárbaro y oscuro, y le puso delante lo que él, Moisés, no había podido descubrir. ¿Qué cosa fue? ¡Oídlo, para que comprendáis que todos necesitamos de consejero, aun cuando podamos compararnos con Moisés! Con frecuencia muchas cosas que ignoran los varones eximios y admirables, son claras y manifiestas para otros hombres que nada valen. Como Moisés hubiera salido de Egipto y anduviera por el desierto, el pueblo todo estaba en su presencia y él dirimía las disputas y discusiones de todos, que llegaban hasta el número de seiscientos mil.

Cuando lo vio su suegro Jetró, hombre ignorante que había pasado su vida en el desierto y jamás había sido legisperito, ni sabía gobernar la República, y aparte de todo vivía en la impiedad, señal la más segura de su insensatez, puesto que nadie hay más necio que un gentil; pues bien, este bárbaro, impío e insensato, como viera que Moisés procedía en forma no conveniente, reprendió al hombre sabio y amigo de Dios y le dijo: ¿Por qué están esos delante de í¿?13 Y como entendiera el motivo, le dice: ¡Lo que haces no está bien! Fue un consejo juntamente y una reprensión. Moisés no se indignó, sino que todo lo llevó con paciencia, como varón prudente y amigo de Dios, puesto al frente de tantos millares de hombres.

Cosa despreciable parecía que un bárbaro y particular lo enseñara. Pero ni los milagros que había hecho, ni el mando y poder inmenso lo habían ensoberbecido; ni se avergonzó de que se le reprendiera delante de sus subditos; sino que, pensando que, a pesar de los milagros, todavía participaba de la naturaleza humana que con frecuencia ignora muchas cosas, recibió mansamente el consejo. Muchos, al revés, con tal de parecer que

no necesitan de ajeno consejo, prefieren privarse de la utilidad que el consejo contiene a enmendar sus yerros mediante la corrección. Prefieren ignorar a aprender, sin darse cuenta de que aprender no es culpa ninguna, sino más bien el ignorar. No es culpa el ser enseñado, sino el ser estulto; no el ser corregido, sino el no enmendar lo malhecho.

Sucede a veces que en un hombre, aun siendo el más despreciable, se encuentre algo bueno que no se halla en el varón sabio y excelente. Considerando esto Moisés, recibió con tranquilidad al que le aconsejaba y le decía: Constituye jefes de millar, de centena, de cincuentena y de decena, que decidan en los asuntos de menor importancia y te sometan los de mayor importancia. Y como Moisés lo oyera, no se ruborizó, ni se avergonzó, ni temió quedar confundido delante de los subditos. No dijo en su interior: me despreciarán los subditos si ando aprendiendo de otro lo que debo hacer, siendo yo el jefe. Aceptó y siguió el consejo y no se avergonzó ni delante de los que estaban presentes ni delante de los pósteros. Más aún: como si la corrección que su suegro le hacía fuera para él un honor, la escribió para los hombres que entonces vivían y para los que luego habían de existir hasta la venida de Cristo, y para los que habría en todo el orbe de la tierra: es decir, así el no haber alcanzado él a ver lo que era conveniente que hiciera, como el haber aceptado la corrección de su suegro.

Nosotros en cambio, con sólo uno que esté presente cuando se nos corrige y enmienda, nos perturbamos, nos desconcertamos y juzgamos haber muerto. ¡No procedió así aquel varón! Sino que, aun viendo presentes a tantos miles de hombres, más aún a los infinitos millares que entonces vivían y los infinitos que luego habían de venir hasta el día de hoy, no se avergonzó. Porque a todos, mediante su escrito, les va anunciando que su suegro advirtió lo que él no había advertido. Mas ¿con qué objeto puso por escrito tales cosas? ¡Para enseñarnos a no ensoberbecernos aun cuando seamos los más sabios de los hombres, ni despreciemos los consejos ajenos, aunque se trate de los más viles hombres!.

Si alguno nos aconseja algo prudente, aun cuando sea un criado, aceptemos su corrección. Y si acaso, aun cuando se encuentre elevado a la más alta dignidad nos aconseja algo malo, rechacemos su parecer. No se ha de atender a la calidad de los que aconsejan, sino a la naturaleza de lo que aconsejan. De manera que Moisés procedió en esa forma para enseñarnos a no avergonzarnos cuando se nos corrige, aunque esté delante el pueblo todo. Es un encomio no vulgar y una gran alabanza y altísima de la moderación y virtud, sobrellevar noblemente las reprensiones. No admiramos ni alabamos en este caso tanto a Jetró por haber corregido a Moisés, cuanto lo hacemos con el bienaventurado Moisés por no haberse avergonzado de que se le reprendiera delante de tantos testigos, y también por haber dejado por escrito el suceso, manifestando de este modo sus virtudes y mansedumbre, y haciéndonos ver en cuan grande manera despreciaba la vana gloria de los hombres.

Pero... ¡he aquí que, mientras nos vamos defendiendo de la prolijidad de nuestros proemios, ya hemos hecho el mayor de todos! Mas no fue a la ventura y sin motivo, puesto que os hemos hablado de cosas a la vez necesarias y de suma importancia : ¡que llevemos con fortaleza el ser reprendidos! ¡que igualmente reprendamos y corrijamos prontamente a quienes yerran! Ahora es conveniente que nos defendamos directamente de la prolijidad y declaremos el motivo que para alargarnos en los proemios hemos tenido. ¿Por qué razón lo hacemos? ¡Hablamos a una multitud tan grande, a tantos varones que tienen esposas, que están al frente de sus hogares, que tienen que ganarse

diariamente la vida con su trabajo, que andan entretenidos en los negocios seculares! ¡Ni es la única molestia el que anden perpetuamente ocupados, sino el que los tengamos acá apenas una vez a la semana! De manera que, para hacerles más inteligible lo que les decimos, procuramos aclarar la enseñanza mediante proemios más extensos.

Quien no tiene otra ocupación sino estar constantemente entregado al estudio de las Sagradas Escrituras, no necesita de proemios ni preparaciones, pues inmediatamente, con sólo escuchar al maestro, entiende el sentido de lo que se dice. Pero quien la mayor parte de su tiempo anda en negocios del siglo, y se presenta acá raras veces y por breve tiempo, si no escucha con largos proemios y preparaciones que vayan delante del discurso y le abran el camino, sale de aquí sin haber logrado el provecho. Ni es ésta la causa única de lo largo de los proemios, pues hay otra de no menor importancia. De entre tan gran multitud de oyentes, unos vienen y otros no vienen con frecuencia. Entonces se hace necesario alabar a quienes acuden y reprender a quienes no se acercan: para que mediante las alabanzas los primeros se tornen más empeñosos, y los segundos, mediante las reprensiones, depongan su pereza.

Hay una tercera causa de alargar los exordios. Muchas veces tenemos que tratar la materia con bastante amplitud, de manera que no podemos terminarla en sólo un día; sino que necesitamos un segundo, un tercero y aun un cuarto día para la exposición. Entonces, el segundo día, es necesario repetir el final de la enseñanza del día anterior, a fin de que concuer-den el final y el nuevo principio, y quede así más clara la exposición para el oyente y no se vuelva más oscuro el discurso, por no haber interpuesto semejante conexión. Y para que veas cómo un discurso sin proemio nadie lo entiende, voy a comenzar el presente sin exordio alguno, para hacer la experiencia. Jesús, fijando en él la vista, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás, tú te llamarás Pedro o Cejas que se interpreta Pedro X . ¡Intentad a ver si entendéis la sentencia! ¿Sabéis lo que la, acompaña y por qué motivo fue pronunciada? ¡Por haberla yo lanzado sin proemio alguno, sucede que no la entendáis! ¡es como si alguien introdujera en el teatro a un hombre totalmente encubierto!.

¡Ea, pues! ¡descubrámoslo mediante el proemio! Porque hace poco tratábamos de Pablo e íbamos discurriendo acerca del cambio de nombres. Investigábamos por qué motivo fue llamado unas veces Saulo y posteriormente Pablo. De aquí pasamos a la historia antigua, y fuimos examinando a los que en aquellos tiempos tuvieron cambio de nombre. Finalmente recordamos a Simón y a Cristo que le dijo: Tú eres Simón hijo de]onás, tú te llamarás Cejas que se interpreta Pedro. ¿Veis cómo lo que parecía erizado de dificultades ahora ha quedado claro? ¡Es porque así como el cuerpo necesita de cabeza, el árbol de raíz, el río de fuente, así el discurso necesita de exordio.

Una vez que os hemos puesto en el comienzo de la senda y os he mostrado los adjuntos, entrémonos por el principio de la historia: Saulo todavía respirando amenazas y muertes contra los discípulos del Señor. . . En sus cartas se llama Pablo. ¿Por qué razón el Espíritu Santo le cambió el nombre" A la manera que un amo cuando ha adquirido un esclavo le cambia el nombre para denotar con esto su potestad sobre el esclavo, así lo hizo el Espíritu Santo. Sacó a Pablo de la cautividad, y ahora Pablo estaba ya sujeto a su dominio. Por esto le cambia el nombre, para que por aquí conociera Pablo a su nuevo Señor. La imposición del nombre es señal de dominio. Así se ve claramente por los diarios sucesos. Pero más claro se verá por lo que hizo Dios con Adán.

Como quisiera enseñarle que era dueño y señor de todos los seres, le presentó los animales todos para que viese cómo los llamaría manifestando que con la imposición del nombre confirmaba su dominio sobre ellos. Y si queréis ver que también entre los hombres se procedió antiguamente lo mismo, y que fue costumbre frecuente cambiar el nombre a quienes habían sido hechos esclavos, escuchad lo que hizo el rey de Babilonia. Como recibiera en cautividad a Ananías, Azarías y Misael, no les conservó sus nombres antiguos; sino que los llamó Sidraj, Misaj y Abed-Nego. En cuanto a Pablo, no le cambió inmediatamente el nombre, sino hasta mucho tiempo después. Porque si al punto e inmediatamente luego de su conversión le hubiera cambiado el nombre, no habría sido tan clara la conversión suya a la fe.

Suele acontecer con los esclavos, que si cambian de nomíbre al punto en que se fugan, quedan desconocidos. Lo mismo habría sucedido con Pablo. Si inmediatamente que abandonó a los judíos y se pasó a nosotros, hubiera cambiado de nombre, nadie habría sabido que el perseguidor se había convertido en evangelista y se había hecho apóstol. Lo que a los judíos más atajaba era tener ahora como adversario al que antes habían tenido como doctor. De modo que para que el cambio de nombre no influyera en los propósitos de su conversión, el Espíritu Santo le dejó por mucho tiempo su nombre antiguo. Con el objeto de que, una vez que todos hubieran conocido ser el mismo que perseguía a la Iglesia, sabiéndolo ya todos, finalmente le cambiara el nombre.

Y que ésta sea la causa verdadera, oye cómo lo dice Pablo: En seguida vine a las regiones de Siria y de Cilicia; y era, por tanto, desconocido personalmente para las iglesias de Judea en Palestina. Y si era desconocido de las iglesias de Palestina, en donde moraba, mucho más lo era sin duda para las otras. Dice: era desconocido en mi persona, pero no en el nombre. ¿Por qué era desconocido personalmente? Porque ninguno de los fieles se había atrevido a verlo cara a cara, pues andaba persiguiéndolos. ¡Tan lleno estaba de ira y de matanzas! Y por eso todos se le apartaban, todos le huían en cuanto notaban que se les acercaba y no se atrevían a mirarlo al rostro. ¡Tan furioso estaba contra los fieles! ¡Lo único que sabían era que quien anteriormente los perseguía, ahora predicaba la fe que antes destrozaba!.

En tal situación, no conociendo a Pablo de cara sino únicamente de oídas, si entonces hubiera cambiado de nombre, sin duda que no lo habrían conocido los que solamente oían lo que contra ellos hacía anteriormente y que el que antes perseguía el Evangelio ahora predicaba la fe. Sabían que anteriormente se llamaba Saulo. Si pues al punto hubiera cambiado de nombre y se hubiera llamado Pablo; y alguno les hubiera dicho que Pablo, el que perseguía a la Iglesia ahora predicaba el Evangelio, no habrían sabido si era el mismo, ya que el perseguidor se llamaba Saulo y no Pablo. De manera que por tal motivo el Espíritu Santo le dejó por mucho tiempo su mismo nombre, a fin de que todos los fieles lo conocieran, aun los que vivían lejos y nunca lo habían visto personalmente. Queda pues suficientemente demostrado por qué no cambió al punto de nomlbre. Ahora vale la pena que repitamos el comienzo de la narración. Saulo todavía respirando amenazas y muertes contra los discípulos del Señor... ¿Qué significa ese todavía? ¿Qué hacía anteriormente, para que ahora diga todavía? Porque todavía se dice de quien antes cometió muchas maldades. ¿Qué fue, pues, lo que hizo? O mejor, os pregunto, ¿qué fue lo que no hizo? ¡Llenó de sangre a Jerusalén, dio muerte a los fieles, destruía la Iglesia, perseguía a los apóstoles, mataba a Esteban, no perdonaba a varones ni a mujeres! Oye lo que dice su discípulo: Saulo devastaba la Iglesia, entrándose por las casas y arrastrando a la cárcel a hombres y mujeres?

No le bastaba con la plaza, sino que se entraba por las casas, puesto que dice entrándose por las casas. Y no dice sacando o apartando a los hombres y mujeres, sino arrastrando a hombres y mujeres, como si se tratara de una fiera. De manera que arrastraba no únicamente a los hombres, sino además a las mujeres. No tenía miramiento alguno con la naturaleza, no se compadecía del sexo, no se conmovía por la debilidad; porque todo lo hacía empujado por celo y no por simple ira. Los judíos, que hacían exactamente lo mismo que Pablo, sí eran dignos de reprensión. En cambio Saulo, cuando así procedía, era digno de perdón. Porque era cosa manifiesta que los otros procedían movidos por el ansia de honores y vana gloria delante del vulgo, mientras que Pablo lo hacía movido del celo de Dios, aunque era un celo no según ciencia. Por tal motivo sucedía que los otros judíos no persiguieran a las mujeres, sino únicamente a los hombres; porque veían que su gloria se pasaba a los convertidos. Pablo, en cambio, corno empujado por el celo, a todos acometía.

Considerando Lucas todo esto, y observando que todavía no se saciaba, dijo: Saulo todavía respirando amenazas y muertes contra los discípulos del Señor... ¡No se hartó con la muerte de Esteban! ¡no se sació con devastar a la Iglesia! ¡iba más adelante y no acababa de enfurecerse! ¡todo porque lo empujaba el celo! Vuelto apenas de la muerte de Esteban, perseguía a los apóstoles. Procedía como un lobo que habiendo asaltado el interior del redil, arrebata un cordero y lo des-' troza entre sus fauces, pero con esto se vuelve más feroz aún. Así acometió Saulo al coro de los apóstoles y arrebató de ahí al cordero de Cristo, Esteban; y con su muerte se tornó más feroz aún. Tal fue el motivo de que Lucas dijera aquel todavía.

Alas, semejante muerte ¿a quién no habría saciado? ¿A quién no habría aplacado la mansedumbre de la víctima y aquellas palabras que al ser cubierta de piedras lanzaba en favor de los que la lapidaban: ¡Señor! ¡no les imputes este pecado!2)- Pues de aquí el perseguidor salió hecho evangelista. Porque inmediatamente después de esta muerte, se convirtió y Dios escuchó la voz de Esteban. Digno era Esteban de ser oído tanto por la futura virtud que Pablo manifestaría, como por su propia confesión en que dijo: ¡Señor! ¡no les imputes este pecado! ¡Óiganlo los que tienen algún enemigo o sufren alguna injuria! ¡Aun cuando sufras miles de injurias, todavía no te han lapidado como a Esteban!.

Observa lo que luego sucedió. Se clausuró una fuente que era Esteban, y al punto brotó otra de la que fluyeron ríos infinitos. En cuanto calló la boca de Esteban, sonó la trompeta de Pablo. Es un hecho que Dios nunca abandona del todo a quienes a El acuden, sino que concede dones superiores a los bienes de que nos privan los enemigos. ¡No echaron del ejército de Cristo los judíos a un soldado tal como el que Cristo sustituyó en su lugar! Y Saulo todavía... ¡Algo más significa ese todavía: quiere decir que cuando Saulo aún se enfurecía, aún se mostraba feroz, aún andaba inflamado en ira, aún se empeñaba en la matanza, en ese tiempo lo atrajo hacia sí Cristo.

No esperó Cristo a que cesara el mal que Saulo causaba, ni a que se extinguiera en éste la enfermedad y se volviera manso quien así se mostraba feroz, para luego atraerlo, sino que en mitad de la fuerza de su furor lo capturó* para demostrar su poder, ya que aun al perseguidor lo domó y lo venció en lo mejor de su ira y cuando su ánimo estaba aún hirviendo. Al médico lo admiramos precisamente cuando es capaz de apagar y del todo aplacar la fiebre que se agrava y se inflama. Fue lo que sucedió en el caso de Pablo. En

mitad de su vehemencia ardiente, la voz del Señor, a la manera de un rocío que desciende de lo alto, lo libró totalmente del ardor de la enfermedad.

De manera que Saulo respirando aún amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, dejó a un lado la turba y se lanzó contra los principales, al modo de quien intenta acabar con un árbol: que hace a un lado las ramas, y da los golpes sobre la raíz. Así Pablo, porque anhelaba cortar la raíz de la predicación, acometió a los discípulos principales. Pero la raíz de la predicación no eran los discípulos, sino el Señor de los discípulos, como les había dicho: Yo soy la vid y vosotros los sermientos. Y semejante raíz es inexpugnable. De manera que cuantos más sarmientos se cortaban, tantos más brotaban y más vigorosos. Fue cortado Esteban y brotó Pablo y cuantos por medio de Pablo creyeron en Cristo.

Y sucedió, dice la historia, que estando ya cerca de Damasco, de repente se vio rodeado de una luz del cielo; y habiendo caído en tierra, oyó una voz que le decía: ¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues? Mas ¿por qué primero no se escuchó la voz sino que lo rodeó la luz? A fin de que oyera la voz ya pacificado. Quien anda colmado de furor y en tal estado intenta llevar a cabo algo, aun cuando muchos lo llamen no vuelve la cara, porque está todo embebido en su obra. Pues a fin de que no sucediera lo mismo con Pablo y no fuera a dejar de advertir en la voz, por andar ebrio de furor y todo ocupado en la empresa de destruir: o tal vez ni siquiera la oyera, primero le fueron cegados los ojos mediante la luz; y una vez apaciguado su ánimo y quitada toda perturbación de su mente, y reducido a suma tranquilidad, finalmente Jesús lanzó su voz, para que, dejada toda arrogancia, atendiera Saulo con mente despierta y vigilante a lo que se le decía.

¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues? ¡] quien reprende sino más bien de quien se excusa! ¿Por qué me persigues? ¿En qué me puedes acusar grande o pequeño que sea? ¿en qué te he ofendido? ¿Por haber resucitado a vuestros muertos? ¿Por haber sanado a vuestros leprosos? ¿Por haber lanzado los demonios? ¡Por semejantes cosas convenía más bien que se me adorara y no que se me persiguiera! Y para que entiendas que ese ¿por qué me persigues más bien es de quien se excusa, oye cómo su Padre habla con las mismas palabras a los judíos. Pues del mismo modo les dice: ¡Pueblo mío! ¿qué te hice o en qué te he contristado?"2 Y acá: ¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues? ¡Advierte que estás derribado! ¡mira que estás atado sin cadenas! De manera que, como el señor a un esclavo que con frecuencia se ha fugado del hogar y ha perpetrado males sin cuento, le diría ¿qué quieres que haga contigo? ¡Ya estás en mis manos!, del mismo modo Cristo viendo a Pablo derribado por tierra y tendido en el suelo y temblando y que en nada puede valerse por sí, le dice: ¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues? ¿A dónde se dirige tu furor? ¿a dónde tu locura? ¿a dónde tu celo inoportuno? ¿a dónde las cadenas y las búsquedas? ¿a dónde tu ánimo enfurecido ? ¡Ya estás inmovilizado y ni siquiera puedes ver al que persigues! ¡Tú que precipitadamente volabas de un lado para otro, ahora estás necesitado de quien por la mano te guíe!.

Tal es el motivo de que le diga: ¿por qué me persigues? Para que comprenda que aun en el tiempo anterior, todo iba sucediendo por permisión suya. Y para que viera que lo antes permitido no argüía debilidad en El, ni tampoco crueldad lo que ahora hacía. Lo anterior había sido obra de clemencia; y lo presente, obra de providencia. ¿Y qué dice Pablo?: ¡Señor! ¿quién? ¿quién eres? 24 Ahora ha reconocido el dominio de Jesús por lo que antes permitió, y su poder por la presente ceguera. Así confiesa finalmente su poder y le dice: ¡Señor! ¿quién eres? ¿Has notado su ánimo agradecido? ¿Has visto su

mente llena de libertad? ¡Observas la sinceridad de su conciencia? ¡No recalcitra! ¡no se opone! ¡al punto reconócelo como Señor! De manera que no procedió como los judíos, que aun viendo los muertos resucitados, los ciegos con vista, los leprosos curados, no sólo no corrieron hacia el que tan grandes maravillas hacía, sino que lo llamaron engañador y le prepararon todo género de asechanzas: ¡no procedió así Pablo! ¡inmediatamente se convirtió!.

Y ¿qué dice Cristo?: ¡Yo soy Jesús a quien tú persigues! ¿Por qué no dice: Yo soy Jesús que he resucitado, yo soy Jesús que estoy sentado a la diestra del Padre? Sino dice: ¡Yo soy Jesús a quien tú persigues! Fue para herir su mente y compungir su alma. Oye en consecuencia a Pablo que, tras de largo lapso y tras de infinitas y preclaras hazañas, se lamenta de esto, y dice: Yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia] de Dios. Si tras de infinitas empresas, y tan preclaras, tras de tan largo lapso, llora todavía aquellos deslices ¿cuan grande dolor es verosímil que haya sufrido en aquel momento, cuando no tenía en su haber obra alguna buena y en cambio tenía conciencia de la persecución que había llevado a cabo? ¡Digo al tiempo en que escuchaba la voz!.

Pero hay algunos que en este punto se alzan en contra nuestra.. . ¡Veo que vosotros no os cansáis aun cuando ya se echa encima la tarde! ¡En favor de Pablo hablamos todo cuanto hablamos! ¡en favor de Pablo que enseñaba a los discípulos durante el día y durante la noche! Se levantan pues algunos en este punto en contra nuestra, y dicen: ¿Qué hay de maravilloso en que Pablo se convirtiera, puesto que Dios le echó al cuello, a la manera de una cuerda, aquella voz y por semejante medio lo atrajo? ¡Atended con diligencia! Porque ahora el discurso se dirige igualmente a los gentiles y a los judíos que piensan ser excusa de su incredulidad el acusar a este varón justo; pero ignoran que de semejante manera cometen un doble pecado: el no deponer su error y el acometer con tales acusaciones a un santo de Dios.

Por parte nuestra, apoyados en la gracia divina, entramos a defenderlo. ¿Cuál es, pues, la acusación? ¡Dios, dicen, lo trajo a la fuerza! Pero, oh hombre: ¿cuál fuerza? ¡Es que lo llamó de lo alto! ¿Crees tú con seguridad que lo llamó desde lo alto? ¡Pues también a ti ahora te llama desde lo alto con la misma voz y tú no le haces caso! ¿Ves cómo lo de Pablo no fue por violencia y necesidad? ¡Si por necesidad hubiera sido, también tú habrías obedecido! Y si tú no obedeces, es manifiesto que Pablo voluntariamente obedeció. Y para que comprendáis que ciertamente aquella vocación ayudó mucho a Pablo para su salud y también para la de los demás hombres; pero que sin embargo no lo privó de su libertad y buenas obras y de los encomios que merece la buena voluntad, ni forzó su libre albedrío, sino que Pablo se convirtió voluntariamente y por un movimiento de su propia voluntad, te lo aclararé con otro ejemplo.

También los judíos escucharon la voz que les hablaba de?de lo alto: no ciertamente la del Hijo, sino la del Padre que les hablaba de Jesucristo y les decía: / Este es mi Hijo muy amado! 26 Pero ellos respondieron: ¡Este es un engañador! "¿I ¿Observas su declaración de guerra? ¿Ves su manifiesta oposición y batalla? ¿Ves cómo en todas partes es necesario un ánimo agradecido, benévolo y lleno de sinceridad y de una alma no preocupada por la pasión? ¡Voz allá y voz aquí! Pero Pablo obedece, aquéllos rechazan! ¡Ni solamente se oye la voz, sino que se deja ver el Espíritu Santo en forma de paloma! Porque cuando Juan lo bautizaba y Cristo era bautizado, para que no fueran a creer que el bautizante era superior al bautizado si veían únicamente la figura de

hombre, vino la voz del cielo que distinguió al bautizado del bautizante.

Y porque parecía incierto a quién se referia la voz, bajó el Espíritu Santo en forma de paloma, como quien conduce la voz hasta la cabeza misma de Cristo. El Padre lo anunció por medio de la voz y lo manifestó por medio del Espíritu Santo; y luego a su vez Juan clamaba: No soy digno de desatar la correa de su calzado." Se añadieron muchos otros testimonios ya de palabra ya de obra, pero ante todos los testimonios los judíos permanecieron ciegos. Todos lo vieron, pero no prestaron fe ni a las palabras ni a las obras, porque tenían ocupado el pensamiento ya de antemano con la locura y ansia de la gloria ante las turbas. Así lo afirma el evangelista: que muchos creyeron de entre los judíos, pero que por miedo a los príncipes no se atrevieron a confesarlo para no ser arrojados de la sinagoga. Y el mismo Cristo decía: ¿Cómo vais a creer vosotros, que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria que procede de Dios?

¡No procedió así Pab'o! Le bastó con oír la voz de aquel a quien perseguía y al punto corrió hacia El; al punto obedeció y realizó su maravillosa conversión. Y, si no os fatigáis con la prolijidad de lo que vamos diciendo, me apresuraré a contaros otro ejemplo posterior. Oyeron los judíos al Hijo, oyeron lo mismo que oyó Pablo, lo oyeron en igual tiempo que Pablo; y sin embargo, no creyeron. Pues así como Pablo escuchó la voz cuando andaba enfurecido y en el punto álgido de su ferocidad y cuando acometía a los discípulos principales, así les sucedió a los judíos. ¿En dónde? ¿cuándo? Salieron de noche con hachas y linternas para prenderlo, porque pensaban que se las iban a haber con un simple hombre. Pero como El quisiera demostrarles su poder y que era Dios y que andaban dando coces contra el aguijón, les dice: ¿A quién buscáis? ¡Le tenían delante, estaba a su lado y no lo conocían! Entonces aquel a quien buscaban los iba conduciendo como de la mano para que lo encontraran y para que lo prendieran, y aprendieran que no iba contra su voluntad a padecer; y que si El no se lo permitiera, jamás podrían llevar a efecto su empresa. ¿Cómo habrían podido cuando ni siquiera podían encontrarlo ni aun verlo, estando presente? ¡Hasta tal punto habíales El cegado los ojos!.

Ni fue sólo esto. Con sola su voz los postró por tierra. Porque en cuanto les dijo: ¿A quién buscáis? todos se fueron de espaldas, rechazados por aquella voz. Porque así como esa voz a Pablo lo tendió por tierra y lo dejó derribado, así a aquéllos los postró a todos por el suelo. Y como Pablo no veía al que andaba persiguiendo, tampoco aquéllos veían al que andaban buscando. Y como Pablo fue cegado al tiempo en que más se enfurecía, así aquéllos al tiempo de su mayor cólera quedaron cegados. Pablo, cuando iba a encadenar a los discípulos y aquéllos cuando iban a encadenar a Cristo, padecieron cosas iguales. Allá ataduras y acá ataduras. Allá persecución y acá persecución; allá ceguera y acá ceguera también. Allá voz y acá voz. Y en ambos casos la misma demostración del poder de Cristo, y los mismos remedios; ¡pero no igual la enmienda! ¿La causa? !Que había entre los enfermos muy gran diferencia!.

¿Quién más necio, quién más ingrato que los judíos? ¡Cayeron de espaldas, pero de nuevo se levantaron y de nuevo acometieron! ¿No se mostraron más insensibles que una roca? Y para que entendieran ser el mismo quien les había dicho ¿a quién buscáis? y el que ¡os había echado por tierra, tan pronto como se levantaron les dijo de nuevo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: ¡A jesús! Y El: Ya os he dicho que yo íoy. Como si les dijera: ¡Ved que soy el mismo que antes os dije ¿a quién buscáis? y os eché por tierra! Pero nada les aprovechó y permanecieron ciegos. Considerando todo esto, advertid

cómo Pablo no se convirtió por necesidad y violencia, sino por su voluntad buena y por la sinceridad de su conciencia.

Y, si lo soportáis y lleváis con paciencia, os pondré todavía otro ejemplo más a propósito, con el que se demuestra definitivamente que Pablo no se convirtió al Señor por necesidad.* Fue Pablo a Salamina de Chipre y encontró a un mago que se le oponía, en la casa de Sergio Procónsul; y Heno del Espíritu Santo, le dijo: ¡Oh lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo! ¿No cesas de torcer los rectos caminos del Señor? 32 ¡Todavía son expresiones de un perseguidor! ¡Demos gracias a Dios de que lo haya convertido! Antes devastaba la Iglesia como lo escuchasteis, entrándose por las casas y arrastrando a la cárcel a hombres y mujeres. Pues ved ahora con cuan grande confianza predica en favor de la fe. Le dice: ¿No cesas de torcer los rectos caminos del Señor? ¡Ahora mismo la mano del Señor caerá sobre ti y quedarás ciego y sin ver la luz durante algún tiempo!.

Impone al mago el mismo remedio con que él había recibido la vista. Pero el mago permaneció en su ceguera. Para que entiendas que la conversión de Pablo no fue obra únicamente de su vocación, sino además de su determinacón voluntaria. Si la hubiera llevado a cabo única y exclusivamente la ceguera,, convenía que lo mismo hubiera sucedido al mago. Pero no-sucedió. El mago quedó ciego mientras el Procónsul, como hubiera visto la ceguera, creyó. ¡Uno recibió la medicina y otro fue el que recobró la vista! ¡Observa cuan grande sea la eficacia de la buena voluntad y cuan grande mal sea la desobediencia y el endurecimiento de corazón! ¡Ciego quedó el mago, pero nada ganó con esto porque no obedeció: mientras que el Procónsul conoció a Cristo! Queda, pues, suficientemente demostrado que Pablo se convirtió por la determinación libre de su voluntad.

Pero yo deseo que vosotros entendáis claramente una cosa: que Dios no hace fuerza ni violencia a quienes no quieren; sino que atrae a quienes quieren. Por lo cual dice: Nadie viene a mí si mi Padre no lo atraes. Ahora bien, quien atrae, al que quiere atrae y al que yace por tierrra y tiende su mano. Y para que comprendas que Dios a nadie hace violencia: y que aun cuando El quiera si nosotros no queremos lo referente a nuestra salvación todo se hunde: y no porque su voluntad sea débil, sino porque no quiere usar de violencia con nadie, es conveniente que entremos a discutir también esto. Porque muchos usan de tan débil defensa para cohonestar su pereza; y frecuentemente, al ser amonestados para que reciban la iluminación y el bautismo y cambien en mejor su género de vida y pongan en ejecución las buenas obras, responden llenos de desidia y lo rehusan diciendo: ¡Si Dios quisiere, ya me lo persuadirá y me convertiré!.

Por mi parte, no les reprendo que se acojan a la voluntad de Dios, sino que en gran manera lo apruebo; pero deseo que antes ellos pongan lo que está de su parte, y luego digan: Si Dios lo quisiere. Porque si te entregas al sueño y a la pereza y no procuras hacer buenas obras, sino únicamente pones delante la voluntad de Dios, jamás alcanzarás los bienes que necesitas. Porque, como antes dije, Dios jamás arrastra a nadie mediante la violencia y la necesidad. Quiere, es verdad, que todos se salven; pero a nadie obliga por la violencia, como lo afirma Pablo: El cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Entonces ¿cómo es que no todos se salvan cuando El quiere que todos se salven? ¡Porque no sigue la voluntad de todos a la voluntad divina, y El a nadie infiere violencia! Y así dice a Jerusalén: ¡Jerusalén, Jerusalén! ¡cuántas veces quise juntar a tus hijos y no quisiste!35 En

consecuencia ¿qué sucederá?: ¡Vuestra casa quedará desierta! ¿Veis cómo, aun cuando Dios quiera salvarnos, si nosotros no queremos convertirnos, permaneceremos en la muerte ? ¡Preparado está Dios, como con frecuencia lo he repetido, para salvar no a quien no quiere, no a quien lo rehusa, sino a quien lo ansia y lo anhela!.

Los hombres anhelan mandar sobre sus criados, quiéranlo éstos o no lo quieran, porque miran no a la utilidad de los criados, sino a la propia. Pero Dios de nadie necesita. Y queriendo demostrarte que no porque necesite cosa alguna desea que le sirvamos, sino únicamente porque atiende a que nos salvemos, y que todo lo hace no por utilidad suya sino nuestra, de ningún modo quiere obligar por medio de la violencia a quienes lo rehuyen y no quieren si no es que nosotros voluntariamente y con espontaneidad nos convertimos a El. En semejante manera demuestra que no tiene por qué agradecernos los servicios que le hacemos, sino que somos nosotros quienes le hemos de estar agradecidos por su dominio.

Sabiendo, pues, estas cosas, y considerando la benevolencia del Señor, pongamos en práctica un modo de vivir digno de su bondad, en cuanto esté de nuestra parte. Y también para que consigamos el reino de los cielos. Del cual ojalá a todos nos acontezca participar por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, al cual sea la gloria y el imperio, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. -Amén.

9

IX: Homilía en reprensión de quienes no habían asistido a la Iglesia;

y exhortación a los presentes para que cuiden de sus hermanos; y acerca del comienzo de la carta primera a los Corintios ().

CUANDO VEO con mis propios ojos el escaso número de los concurrentes y advierto que en cada reunión va siendo menor, me entristezco y a la vez me gozo. Me gozo por vosotros los que estáis presentes; me entristezco por los ausentes. Vosotros merecéis encomios puesto que ni aun el ser vuestro número escaso os ha vuelto desidiosos; mientras que los otros merecen reproches, puesto que ni siquiera el empeño que vosotros ponéis los ha alentado. A vosotros os llamo bienaventurados y os juzgo dignos de imitación, porque en nada os ha dañado la negligencia de aquéllos; pero a ellos los llamo míseros y los lloro, ya que vuestra diligencia en nada ha podido ayudarlos.

¡No han escuchado al profeta que dice: Prefiero estar postrado a las puertas de mi Dios a morar en las tiendas de los pecadores. No dijo: he escogido habitar en la casa de mi Dios, ni vivir, ni entrar en ella; sino preferí estar postrado. Es decir, aun cuando sea contado entre los últimos, yo lo amo, yo me contento de eso, con tal de que se me conceda siquiera entrar en el vestíbulo. Tengo por gran beneficio siquiera ser contado entre los últimos que entran en la casa de mi Dios. El amor hace que al Señor común de todos lo tenga por su Señor particular. ¡Tal es la virtud de la caridad! En la casa de mi Dios. Quien ama no únicamente desea ver al que ama, ni sólo ama su casa, sino que ama aun el vestíbulo solo. Y no únicamente la entrada de la casa, sino siquiera la encrucijada de las calles en donde está la casa. Y si logra ver el vestido o el calzado de la persona a

quien ama, ya le parece que contempla a la persona misma a quien ama.

Tal disposición de alma tenían los profetas. No podían ver a Dios porque es incorpóreo; pues veían por lo menos su casa, y con ver su casa ya les parecía verlo a El presente. Preferí estar postrado en la casa de mi Dios a morar en las tiendas de los pecadores. Cualquier lugar, cualquier sitio, comparado con la casa de Dios es tienda de pecadores, ya sea que hables del foro o de la curia o de las casas particulares. Porque aun cuando en ellos se hagan oraciones, aun cuando se eleven preces, sin embargo hay ahí discusiones, disputas, injurias; y es indispensable que haya reuniones para tratar de asuntos seculares necesarios para la vida. En este sitio, en cambio, nada hay de eso y está del todo libre. Por tal motivo los otros sitios son tiendas de pecadores; este en cambio es casa de Dios.

Como un puerto resguardado de las olas y los vientos ofrece a las naves que lo escogen para estacionarse grande seguridad, así la casa de Dios a quienes en ella entran, como si fueran arrancados del seno de una tempestad de los negocios seculares, los pone en gran seguridad y tranquilidad, y los hace partícipes de la predicación de las Sagradas Escrituras. Este sitio es ocasión de virtudes y escuela de moderación. Y no solamente durante las reuniones cuando se leen las Sagradas Escrituras y se proporciona la enseñanza espiritual y está presente el venerable Senado de los Prelados, sino en toda ocasión, cuando entras a sus vestíbulos, dejas al punto fuera todos los cuidados del siglo. ¡Entra en su vestíbulo y al punto sentirás el soplo de un suave viento espiritual en tu alma!.

Impresiona esta tranquilidad y obliga a meditar y a ser bueno. Levanta los pensamientos y no permite recordar las cosas presentes, sino que arrebata de la tierra al cielo. Y si aun sin la reunión ni la predicación sacas ganancia con sólo presentarte aquí, cuando los profetas exclaman, cuando los apóstoles predican el Evangelio, cuando Cristo se presenta en medio, cuando el Padre Eterno está recibiendo los misterios que aquí se realizan, cuando el Espíritu Santo derrama su alegría y gozo ¿de cuan grandes ventajas salen cargados ios que acá vienen, y cuan grave daño sufren los que permanecen ausentes!.

¡Quisiera yo saber en dónde se encuentran los que descuidaron el venir a la presente reunión, y qué los detuvo y los apartó de la sagrada mesa y de qué cosas conversan entre sí! O mejor dicho ¡lo sé muy bien! O platican de cosas absurdas y ridiculas o están presos entre los cuidados del siglo! ¡Ocupaciones ambas que no merecen perdón, sino que son culpables y están expuestas a los extremos castigos. De la primera de éstas no se necesitan pruebas. Pero en lo tocante a quienes echan por delante las ocupaciones domésticas y se quejan de hallarse oprimidos por urgentes necesidades, tampoco pueden alcanzar perdón; puesto que se les llama a este sitio apenas una vez en la semana, y ni aun entonces se dignan anteponer las cosas espirituales a las terrenas, como ya se ve por el Evangelio.

Los que fueron invitados a las nupcias espirituales, pusieron como pretexto, el uno haber comprado una yunta de bueyes, el otro haber adquirido una finca, el tercero haber contraído matrimonio. Y, sin embargo, fueron todos castigados. Cierto que tales causas obligan; pero cuando es Dios quien invita no hay excusa que valga. Todas las cosas.; aun las necesarias, las debemos posponer a Dios. Una vez que se haya cumplido con el honor que a El se le debe, ya puede ponerse empeño en el resto de las cosas. Porque,

pregunto: ¿qué criado hay que atienda a su casa antes de haber cumplido con lo que se debe en servicio de su amo? ¿No será, en consecuencia, cosa absurda mostrar al amo tan gran reverencia y obediencia acá entre los hombres, en donde la palabra dominio es sólo palabra, y en cambio al verdadero Señor no sólo nuestro sino también de las Potestades celestes, no honrarlo ni siquiera con la reverencia y obediencia que prestamos a quienes son nuestros consiervos?

Y ¡ojalá pudierais entrar en la conciencia de los consiervos! ¡Entonces comprenderíais perfectamente cómo andan cubiertos de heridas y cuántas espinas tienen! Porque a la manera que un campo sin cultivo de parte de los agricultores queda desierto y se convierte en selva, igualmente el alma que no se nutre con la doctrina del espíritu, produce espinas y abrojos. Si nosotros, los que diariamente disfrutamos de la lectura de los profetas y los apóstoles, apenas si refrenamos las pasiones y cohibimos la ira y dominamos los alborotos de las codicias y con dificultad rechazamos la peste de la envidia, a pesar de que estamos continuamente repitiendo en medio de nuestras perturbaciones los versículos de la Escritura, y con trabajo y apenas domesticamos semejantes bestias feroces e impudentes ¿qué esperanza de salud queda, pregunto, para quienes jamás han usado de la dicha medicina ni han escuchado tratar de las virtudes?

¡Yo quisiera poder poner delante de vosotros sus almas! ¡las veríais entonces manchadas, escuálidas, confusas y viles, cubiertas de vergüenza! Del mismo modo que quienes no acostumbran el baño andan cubiertos de mugre y suciedad, el alma que no se ha cultivado con la enseñanza espiritual se encuentra cubierta con las horruras delí pecado abundantemente. Las prácticas que aquí en la Iglesia se usan son a la manera de un baño espiritual que mediante el calor del Espíritu Santo limpia de toda suciedad. Más aún: el fuego del Espíritu Santo no únicamente quita las inmundicias sino que renueva el colbr. Porque dice en la Escritura: ¡Aun cuando vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve! Y esto aunque por otra parte sea verdad que los pecados se pegan al alma no menos tenazmente que si ella hubiera contraído algún color mediante una tintura indeleble. Hasta tal punto tengo poder, como si dijera, para poner en el alma la cualidad contraria; porque me basta con sólo mi querer para que todos los pecados se borren.

No lo digo para que vosotros lo oigáis, pues, por gracia y benignidad de Dios no necesitáis de semejante medicina; sino para que por vuestro medio lo sepan los que no han concurrido. Si yo pudiera saber en qué sitio se han congregado, no os daría a vosotros semejante molestia. Pero como no me es posible -es decir, el conocer a tan numeroso pueblo, no siendo yo sino sólo uno- os encomiendo el empeño y cuidado de vuestros hermanos: ¡andad solícitos de ellos! ¡hacéoslos amigos ! ¡invitadlos! ¡Yo sé bien que ya muchísimas veces lo habéis hecho! Pero lo de haberlo hecho muchísimas veces de nada sirve si no perseveráis en hacerlo hasta que de hecho los atraigáis y los persuadáis.

También sé que con frecuencia se os ha tenido como importunos y se os ha visto como molestos, y en fin que no los habéis persuadido. Tal vez por semejante motivo os habéis vuelto algo remisos. Pero que os consuele Pablo que dice: La caridad todo lo espera, todo lo cree: la caridad nunca se desanimaA ¡Haz lo que está de tu parte, que aun cuando el otro no admita el remedio tienes tu premio delante de Dios! Si tú arrojas la simiente a la tierra y la tierra no produce espigas, necesariamente te quedas sin nada; pero en lo tocante al alma, no sucede lo mismo. Siembra tú la doctrina; y aun cuando el

alma no dé su asentimiento a lo que le dices, tienes asegurada tu recompensa completa, y no menor que si te hubiera hecho caso. Porque Dios no se fija simplemente en el éxito, sino en la intención de quienes trabajan, para decretar sus premios.

¡Os exhorto, por tanto, a que procedáis como los que andan locos por el teatro o las carreras de caballos! ¿Cómo proceden? ¡Desde la víspera se reúnen y se ponen de acuerdo! Y apenas apunta la aurora van a las casas de los demás y señalan los sitios de reunión. Todo para poder, juntos en mayor cantidad, acudir con mayor placer al espectáculo satánico. Pues a la manera como ellos empeñosamente se ocupan en esas cosas que dañan la salud de sus almas y mutuamente se empujan a ellas, cuidad vosotros de vuestra alma y mutuamente guardaos los unos a los otros. Cuando se acerca el tiempo de la reunión, ve a la casa de tu hermano y espéralo por fuera del vestíbulo y deténlo cuando sale. Aunque lo apuren infinitas solicitudes, no le permitas, no le dejes acometer negocio alguno secular, antes de que lo traigas a la Iglesia y lo persuadas de que asista a la reunión. Aunque discuta, aunque te contradiga, aunque te ponga delante mil dificultades y excusas, no se las creas, no se las aceptes. Dile y demuéstrale que después más fácilmente, en cuanto se haya terminado la reunión y haya participado de las oraciones y haya recibido la bendición de sus Padres espirituales, entonces podrá apresurarse a sus negocios. Y atado ya con éstas y otras razones, tráelo a la mesa sagrada, para que logres una doble recompensa: una por tu venida y otra por la de él. En absoluto, si ponemos semejante empeño en dar caza y atraer a los más desidiosos, conseguiremos nuestra salvación.

No importa que tus hermanos sean demasiadamente impudentes y sanguinarios: acabarán por respetar tus asiduos embi-tes y al fin desistirán de su pereza. Puesto que no serán más duros que el juez que nada tenía que ver con Dios ni con los hombres:5 aun cuando fueren cruelísimos. Aquel juez feroz, duro, férreo, diamantino, acabó por doblegarse a la asiduidad de una simple viuda. Entonces ¿de qué perdón seríamos dignos si una mujer viuda a un juez cruel y que no temía a Dios ni a los hombres, pudo doblegarlo y compelerlo a que le hiciera un beneficio, y en cambio nosotros a nuestros hermanos que son mucho más llevaderos que el juez y más moderados, no los podemos atraer cuando los exhortamos a que procuren su propia salvación?

Muchas veces lo he dicho y no cesaré de repetirlo hasta ver sanos a quienes andan enfermos. Los buscaré cada día hasta que por vuestro medio los encuentre. Y con todas mis fuerzas nie empeño en que vosotros trabajéis en buscar a Ibs negligentes con tanto empeño cuanto es el dolor con que yo os lo digo. No únicamente a mí sino también a vosotros nos ha mandado Pablo y nos ha dicho: Así pues consolaos mutuamente y edifícaos, como ya lo hacéis. Gran recompensa se ha preparado para quienes cuidan de sus hermanos; y al contrario, amenaza grave y castigo contra quien en absoluto no cuide de salvarlos y los abandone.

Por tal motivo mucho confío, y bien lo creo, que vosotros pondréis todo el empeño que he dicho. Termino por tanto en este punto Ja exhortación y voy a llevaros a la mesa de Pablo. Pablo llamado a ser apóstol Muchas veces lo habéis oído y muchas veces lo hemos leído nosotros. Pero se necesita no únicamente leer sino además entender lo que se dice; pues de otro modo no sacaremos provecho de la lectura. Un tesoro oculto, si por encima calcamos el suelo, no descubre sus riquezas. Primero se ha de excavar y luego descender hasta el tesoro para encontrar la ganancia. Lo mismo sucede con la Sagrada Escritura: no basta con la simple lectura para descubrir los tesoros ocultos que contiene,

si no la examinamos a fondo.

Si con la sola lectura fuera suficiente, no habría dicho Felipe al eunuco: ¿Te parece que entiendes lo que lees? Si bastara con la sola lectura habría dicho Jesús a los judíos: ¡Examinad las Escrituras! Quien escruta no se queda en la superficie, sino que baja a las profundidades. Por mi parte, en el proemio mismo encuentro un piélago inmenso de sentidos. En las cartas seculares, los saludos se hacen en cualquier forma y atendiendo únicamente a demostrar honor y servicio. No es así acá; sino que el exordio mismo rebosa sabiduría inmensa. Al fin y al cabo, no es Pablo el que habla, sino Cristo quien mueve su alma. Pablo llamado a ... Este solo nombre de Pablo es uno y sencillo; pero encierra tan ingente tesoro de sentidos como habéis visto ya por la experiencia.

Si lo recordáis, tres días íntegros me detuve explicándoos este nombre, al ir exponiendo los motivos de que antes se llamara Saulo y después fuera llamado Pablo; y la causa por la que no tomó este nombre inmediatamente después de su conversión, sino que retuvo el primero durante largo tiempo, digo el que sus padres le habían impuesto. Demostramos por este hecho la sabiduría y providencia grande de Dios, tanto para con nosotros como para con aquellos hombres santos. Si los hombres no ponen a sus hijos los nombres a la ventura, sino que los toman del padre o del abuelo o de los demás antepasados, mucho más razonable es que Dios pusiera a sus siervos el nombre por algún motivo y que lo hiciera con la mayor sabiduría. Los hombres con frecuencia ponen a sus hijos el nombre con el objeto de honrar a los difuntos, o para consuelo propio, y buscan apelativos que procuren algún consuelo al dolor que soportaron con la muerte de sus deudos. Dios, en cambio, ha inscrito, como en una columna de bronce, mediante los nombres de los santos, el recuerdo de su doctrina y virtudes.

A Pedro le llamó así por su virtud y puso en el nombre mismo un argumento y señal de la firmeza de su fe, a fin de que usara de éste como de un perpetuo maestro en firmeza semejante. Igualmente a Juan y a Santiago los denominó denotando la solemnidad y fuerza de su predicación del Evangelio. Mas, con el objeto de que nuestro discurso no vaya a causar enfado por estar recordando las mismas cosas, las omitiré; y diré únicamente que los nombres de los santos con sólo que se pronuncien son por sí mismos dignos de veneración y deben ios pecadores reverenciarlos. Como Pablo hubiera acogido a Onésimo, que había sido fugitivo y ladrón, pues había sustraído algo del dinero de su amo, y lo hubiera convertido e iniciado en los sagrados misterios, cuando luego hubo de volverlo a su señor, escribió a éste: Por lo cual, aun cuando tendría yo plena libertad en Cristo para ordenarte lo que es justo, más bien prefiero apelar a tu caridad, siendo yo el que soy, Pablo, anciano y además ahora prisionero de Cristo .

¿Adviertes cómo adujo tres razones: prisionero de Cristo, la amistad con él ya anciano y la reverencia a su nombre? Uno solo era el que rogaba, pero se esforzaba en hacer triple la súplica en favor de Onésimo: prisionero, anciano, Pablo. ¿Notas cómo las palabras mismas de por sí son venerables y objeto de piedad para los fiefes? Si con frecuencia con tomar alguno en sus labios el nombre del hijito ha doblegado a los padres de éste para que concedan algún beneficio, por cariño al nombre que oyen, convenía sin duda mucho más que tal cosa se verificara tratándose de los santos. Y por el contrario, que los nombres de los santos sean temibles para tos pecadores, al modo como lo son los nombres de los maestros para los niños perezosos, oye cómo lo deja entender Pablo cuando escribe a los gálatas y les dice: Yo, Pablo, os lo digo: que si os circuncidáis, Cristo de nada os aprovechará. Si ya dijiste yo, para qué añades tu nombre? ¿No era

suficiente con aquel yo para designar al que escribía? Pues es para que entiendas que basta a los oyentes con el aditamento de aquel nombre para conmoverlos: ¡por tal motivo añadió su nombre! ¡para reavivarles la memoria de su maestro!.

Lo mismo nos acontece a nosotros. Cuando se nos traen a la memoria los santos, aun cuando nos encontremos acometidos por la desidia y perezosos, nos alentamos. O bien, aun cuando los despreciemos, sentimos terror. Yo, cuando oigo decir Pablo, el aposto!1, lo veo con los ojos del alma en medio de las tribulaciones y angustias y golpes y cárceles, y que estuvo un día y una noche en lo profundo del mar, y que fue arrebatado al tercer cielo y oyó en el paraíso palabras arcanas y fue vaso de elección, y paraninfo de Cristo, y deseó ser anatema de Cristo por sus hermanos. De modo que, a la mianera de una cadena de oro, se introduce la multitud de sus esclarecidas proezas en el alma de quienes atienden, juntamente con el recuerdo de su nombre. Ni es pequeña la ganancia que de tal cosa se obtiene.

Mucho más podríamos decir acerca de su nombre; pero para poder tratar también de la segunda palabra, terminaremos aquí la explicación del nombre y pasaremos a ésta. El nombre Pablo nos trajo magníficas ganancias; pero la palabra siguiente llamado, si con el conveniente empeño la consideramos, nos proporcionará no menor materia de contemplación. Como si alguno extrae del adorno regio o de la regia diadema una piedra preciosa, una vez que la venda podrá comprarse magníficas moradas y campos de gran precio mediante el valor de la piedra preciosa, y hasta cosas más estimadas, tal sucede con las Sagradas Escrituras. Si quieres desentrañar el s?ntido de una palabra, ella sola te dará materia abundante de ganancia espiritual; ganancia con que podrás adquirir no casa ni esclavos, ni yugadas de terreno, sino oportunidades de gran piedad y moderación que dará a las almas vigilantes y empeñosas.

Considera, en fin, a qué gran tesoro de cosas espirituales no* lleva esta sola palabra llamado. Y antes que nada es necesario saber qué significa llamado; y en segundo lugar, hay que examinar el motivo de que Pablo la usara únicamente escribiendo a los corintios y a los romanos y no escribiendo a los demás. Porque no lo hace a la ventura y en vano. Nosotros no ponemos el encabezado de nuestras cartas al acaso, sino que, si escribimos a un inferior ponemos: De fulano, para fulano. Si escribimos a iguales, incluso llamamos señores al comienzo a quienes han de recibir la carta; y si escribimos a superiores en dignidad, añadimos otros títulos que signifiquen un más alto honor y obsequio. Pues si nosotros ponemos tan gran cuidado y no escribimos a todos del mismo modo, sino que ponemos al frente los títulos que convienen según Ifca. variedad de personas que han de recibir las cartas, con mayor razón Pablo no a la aventura ni sin razón escribe a éstos de un modo y de otro a aquéllos, usando de cierta espiritual prudencia y sabiduría.

Y recorriendo sus cartas, podemos observar que al escribir a todos los demás para nada se llama a sí mismo en el exordio de la carta el llamado. Veamos, pues, el motivo por el que lo hace, tras de haber declarado qué significa la palabra misma, y qué nos quiso enseñar Pablo con esa palabra. ¿Qué es lo que quiere enseñarnos al designarse con el nombre de llamado? Deja entender no haber sido él quien primero se convirtió a Dios, sino que él obedeció una vez que fue llamado. No buscó él y encontró, sino que anduvo descarriado y fue encontrado. No miró él el primero hacia la luz, sino que fue la luz la que primero hirió sus párpados con sus rayos; y privado de la vista exterior, se le abrieron los ojos interiores del alma. De manera que en resumen: queriendo enseñarnos

que no se atribuía a sí mismo ninguna de sus preclaras empresas, sino a Dios que lo llamó, se denomina el llamado.

Como si dijera: quien me abrió las puertas del estadio y de la palestra, es a su vez el autor de mis coronas. El que me dio el principio y plantó la raíz, es quien me dio ocasión de los frutos que luego germinaron. Por tal motivo, en otra parte, como hubiera dicho: He trabajado más que todos, añadió: Pero no yo sino la gracia conmigo,,12 De manera que la palabra llamado no significa otra cosa, sino que Pablo no se atribuía a sí cosa alguna de sus altas empresas, sino que todo lo atribuía a Dios. Era lo que Cristo mseñó a sus discípulos cuando les dijo: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros. Lo mismo insinúa Pablo en esta carta al decir: ¡Entonces conoceré como he sido conocido! Como si dijera: porque ahora no conocí yo primero, sino que primero fui conocido.

En efecto: cuando perseguía y destrozaba a la Iglesia de Dios, Cristo lo llamó diciéndole: ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues? Por tal motivo se denomina a sí mismo el llamado. Ahora bien: ¿por qué razón escribía así a los corintios? Corinto es la metrópoli de Acaya y abundaba en dones espirituales. Y con razón. Porque fue la primera que gozó de la predicación de Pablo. Y a la manera de una vid que cultiva un excelente y diestro viñador, se cubre de hojas y continuamente se encuentra cargada de racimos, aquella ciudad, habiendo sido la primera en recibir la doctrina de Pablo, excelente agrícola, y como se hubiera deleitado por largo tiempo con la sabiduría del apóstol, florecía en toda clase ds bienes espirituales; y no sólo abundaba en dones del cielo, sino que, por otra parte, tenía abundancia de comodidades temporales.

Sobresalía entre las demás ciudades en conocimientos de erudición profana y en riquezas y poder. Pero eran tales las cosas, que con ellas se hinchaba y ensoberbecía; y a causa de la soberbia andaba dividida en partidos. ¡Tal) es la naturaleza de la soberbia! ¡destroza los vínculos de la caridad, hace pedazos a los vecinos, y quien se encuentra de ella poseído, vive separado de los demás! Si una pared se hincha con la humedad, destruye la casa; del mismo modo, el alma que se hincha con soberbia no puede unirse con otra persona. Y era lo que entonces sucedía en Corinto: había disensiones y andaba en partidos la Iglesia. Se habían puesto al frente de ellos mismos cantidad de doctores repartidos en fratrías y simmorías y hacían naufragar la dignidad de la Iglesia. Porque la dignidad de la Iglesia consiste en que quienes se han congregado en ella, conserven entre sí paz y concordia.

Parece necesario que os explique todo esto: que fueron los corintios los primeros en ser cultivados por la enseñanza de Pablo; que abundaban en dones espirituales; que superaban a todas las ciudades en riquezas temporales; que por tal motivo se habían ensoberbecido y andaban en disensiones, y que unos preferían a unos doctores y otros a otros. Pues para que veas cómo fueron los primeros que Pablo cultivó con su doctrina, escucha lo que dice el mismo Pablo: Porque aun cuando tengáis muchos pedagogos en Cristo, pero no muchos padres; que quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo l Ahora bien; quien engendra es quien primero saca a luz al engendrado. Luego dice: Yo planté, Apolo regóos indicando haber sido él quien primero esparció la doctrina.

Y que abundaran en dones espirituales, consta por lo que dice: Doy continuamente gracias a Dios por la gracia que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, porque en El habéis sido enriquecidos en todo, de manera que no escaseáis en don alguno. Que abundaran en

erudición profana bien lo declaró Pablo en aquellos grandes discursos en que se lanza contra semejante ciencia secular. Y, cosa que en ninguna otra de sus cartas fácilmente se encuentra, en ésta largamente los acusa, y con razón. Porque habiendo tomado principio de esto la hinchazón y soberbia, Pablo llevó allá el bisturí y ell corte, diciendo: ¡Que no me envió Cristo a bautizar sino a evangelizar, y no con artificiosas palabras, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo? Advierte con qué acritud reprende la ciencia profana, que no parece ayudar en nada para la piedad, sino que conviértese en obstáculo e impedimento.

A la belleza corporal y a la hermosura del rostro, si se les sobrepone algún adorno, parece que se les disminuye la gloria de su hermosura; porque los coloretes y menjurjes y demás artificios sobrepuestos comparten con la belleza las alabanzas; mientras que si nada se le añade más claramente aparece su hermosura, porque entra en combate solamente la forma misma, y así goza de las alabanzas y encomios ella sola. Del mismo modo sucede en las cosas de la religión y en lo referente a la esposa espiritual del Señor: que si se le añade cualquier adorno, ya sea de riquezas, ya de poder, ya de fuerza de la erudición, se echa a perder su gloria y no se deja que brille su encomio entero, sino que su alabanza parece como que se divide en diversas porciones. Pero si la dejas que sola y tal cual es entre en el certamen, quitados todos los afeites humanos, entonces resplandecerá íntegra su belleza; entonces fulgurará su virtud invicta, puesto que habrá podido vencer y dominar sin el auxilio de las riquezas ni de la sabiduría ni del poder ni de la nobleza ni de otro elemento humano. Porque con hombres humildes, de bajo linaje, pobres e ignorantes, se habrá hecho superior a los oradores impíos, a los filósofos, a los tiranos y a todo el orbe de la tierra.

Por semejante motivo Pablo decía: Llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia de sabiduría. - Y luego: Eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios?3' No dijo sencillamente la necedad, sino la necedad del mundo. Tampoco dijo que la necedad del mundo sea también necedad delante de Dios; porque muchos de los que acá parecen necios, delante de Dios son los más sabios. Y del mismo modo, muchos de los que acá están oprimidos por la pobreza, delante de Dios son los más ricos. Lázaro, aun cuando era el hombre más pobre del mundo, en el cielo es el más rico de todos. Llama, pues, Pablo, necedad del mundo a los que no poseen la facundia ni están instruidos en la erudición profana; y por consiguiente no tienen elocuencia. De éstos dice: Eligió Dios a éstos para confundir a los sabios.

Pero yo pregunto: ¿en qué forma los confunde mediante aquéllos? ¡Mediante lia experiencia misma de las cosas! Con frecuencia sucederá que si preguntas a una viuda que yace sentada a la puerta pidiendo limosna y aun carece de alguno de sus miembros, acerca de la inmortalidad del alma, de la resurrección de los cuerpos, de la providencia de Dios, del premio por los merecimientos, de la suerte futura, del tremendo juicio, de los bienes que están preparados para los que obran el bien, de las penas que hay para los pecadores amenazados por Dios, y en fin de todos los puntos de la doctrina cristiana, te vaya respondiendo con gran exactitud, confianza y seguridad. Y en cambio, un filósofo que anda excesivamente glorioso por su cabellera y su bastón, tras de largos y complicados discursos, tras de importuna charlatanería, no podrá ni abrir su boca para responderte lo que preguntas ni habrá podido decirte palabra alguna acerca de semejantes cuestiones. Entenderás entonces perfectamente de qué modo eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios.

Porque, en fin de cuentas, lo que éstos, a causa de su orgullo y su crecida soberbia no han podido encontrar, por haberse separado de la enseñanza del Espíritu Santo, y por haberse entregado en absoluto a sus propios pensamientos, lo han aprendido con toda exactitud los mendigos y los humildes y los ignorantes de toda profana erudición, por haber estado atentos y pendientes de la enseñanza de allá arriba. Ni se contentó Pablo con haber acusado así la erudición humana de los profanos, sino que añadió muchas otras cosas, y dijo: Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante)¿OÍ. y nuevamente, exhortando a sus oyentes, les dice con ardor y desprecio: Si alguno entre vosotros cree ser sabio según este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio.,24 Y más aún: Porque está escrito: Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes. Y además: El Señor conoce cuan vanos son los planes de los sabios.

Queda, pues, demostrado que los corintios estaban dotados de profana erudición. Y que al mismo tiempo tuvieran la hinchazón de la soberbia, consta claramente por la misma carta. Porque habiendo Pablo reprendido gravemente al> que había fornicado, en seguida añadió: ¡Y vosotros estáis hinchados! Y que por su excesiva arrogancia anduvieran en disensiones y pleitos, lo declaró el apóstol cuando dijo: Si pues hay entre vosotros envidias y discordias ¿no prueba esto que sois carnales y vivís a lo humano ?% Pero ¿en qué consistían aquellas disensiones? Andaban divididos entre los varios jefes, y por eso dice: Refiero lo que cada uno dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas.W

Decíanlo no porque se hubieran distribuido entre Pablo, Cefas y Apolo; sino porque el apóstol quiso encubrir bajo estos nombres a los que eran causantes de la división; no fuera a suceder que si los descubría se tornaran más audaces y más desvergonzados. Y es manifiesto que no se habían distribuido entre Pablo, Pedro y Apolo, sino entre otros jefes, por lo que luego dijo. Porque como Pablo los hubiera castigado por semejantes discordias, dijo en seguida: Esto, hermanos, dicho por vía de ejemplo de mí y de Apolo, os lo aplico a vosotros, a fin de que en nosotros aprendáis lo de no ir más adelante de lo que está escrito, y para que nadie por amor de alguno se hinche en perjuicio de oíro.

Muchos de los ignorantes, como no pudieran exaltarse por sus méritos propios, ni acometer ni morder a sus prójimos, tomaron para sí a ciertos jefes y usaban de los méritos de éstos y de su fama de virtud, para enorgullecerse y levantarse; y de la sabiduría de los que los habían enseñado, tomaban ocasión para hincharse contra los demás: ¡cosa propia de un cariño necio y loco a la vanagloria! Y así los que no podían gloriarse de sus propios méritos, abusaban de los méritos sobresalientes de otros para insolentarse y despreciar a los hermanos.

Y como se hubieran llenado de soberbia y anduvieran en disensiones, y divididos en parcialidades, y gloriándose a causa de la doctrina, como si la hubieran adquirido por su industria propia, y no hubieran recibido de allá arriba los dogmas, del cielo y por la gracia divina, quiso el apóstol reprimir su hinchazón. Y por tal motivo, ya desde el comienzo de su carta se denomina a sí mismo el llamado. Como si dijera: si yo, siendo el maestro, nada encontré por mi propia industria, ni fui el primero en acercarme a Dios, sino que tras de haber sido llamado obedecí ¿cómo vosotros, que sois mis discípulos y recibisteis de mí los dogmas podéis ensoberbeceros, como si vosotros los hubieseis inventado? Porque ¿quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? De manera que la palabra llamado no significa otra cosa, sino una enseñanza y lección de

humildad; una represión al orgullo; un abajamiento de toda arrogancia. Porque no hay cosa que así nos mantenga dentro de lo recto y nos reprima como la humildad, y el proceder con moderación y ser manso, y no ilusionarse con grandes cosas respecto de sí mismo. Entendiéndolo así Cristo, y comenzando a enseñar aquelía espiritual doctrina, dio principio por la exhortación a la humildad; y abrió su boca y legisló de esta manera: ¡Bienaventurados los pobres de espíritu." Porque así como el que ha de edificar mansiones monumentales y espléndidas, echa primero el conveniente cimiento, y lo echa tal que pueda soportar la mole que encima se le habrá de imponer, del mismo modo Cristo, tratando de levantar en los ánimos de sus oyentes aquel inmenso edificio de la vida virtuosa, puso, como fundamento y quilla y base firme e inconmovible, la exhortación a la humildad; porque sabía muy bien que una vez que semejante virtud hubiera echado raíces en la mente de su auditorio, podrían luego perfectamente y con toda seguridad edificar encima todas las demás virtudes.

Y del mismo modo si falta la humildad, aun cuando alguno en sus obras presente las demás virtudes, se habrá tomado un trabajo en vano y sin resultado; y será muy semejante al hombre que construyó su casa sobre arena. Soportó, por cierto, los trabajos, pero no logró provecho, por no haber puesto un cimiento firme. Igualmente quien hace alguna buena obra pero sin humildad, todo lo pierde y todo lo destruye. Y no me refiero a la humildad en las palabras y en la lengua, sino a la que se asienta en el alma, en la mente, en la conciencia, y que sólo Dios puede ver. ¡Basta con sola esta virtud aunque sola ella aparezca en las obras para hacer propicio a Dios! Así lo demuestra el caso del publicano que no tenía nada bueno ni cosa alguna por la que pudiera aparecer como varón esclarecido por sus obras: sólo por haber dicho aquel: ¡Oh Dios! ¡sé propicio a mí, pecador!,,33 bajó justificado, al revés del fariseo. ¡Y eso que semejantes palabras no eran propiamente de humildad, sino solamente de moderación y equidad!.

Porque es humildad, cuando alguno, que tiene conciencia de haber hecho excelentísimas hazañas, sin embargo, nada excelente piensa de sí. En cambio es moderación y equidad cuando alguno simplemente es pecador y lo confiesa. Si pues el publicano, que conocía bien no haber hecho cosa alguna buena, por sólo haber confesado la realidad de lo que era, alcanzó de Dios benevolencia ¿cuan grande no será la confianza y favor que alcancen quienes, pudiendo traer a la memoria infinitas empresas preclaras propias, olvidados de éstas se colocan en el número de los últimos? ¡Esto fue lo que hizo Pablo! Siendo el primero entre todos los justos, se llamaba el primero entre todos los pecadores; y no solamente se llamaba, sino que así lo creía, por haber aprendido del Maestro que, tras de haber hecho cuanto es nuestro deber, habernos de decir que somos siervos inútiles.

Esto es humildad. Imitad, pues, a este varón cuantos sois preclaros por las buenas obras; y al publicano imitadlo vosotros los que os lienáis de pecados. Y todos confesemos que somos pecadores. Golpeemos nuestros pechos y persuadámosnos en nuestro pensamiento que no debemos estimar como grande nada de nosotros mismos. Si de esto nos persuadimos, nos bastará en lugar de sacrificio y de hostia, según lo que dijo David: El sacrificio grato a Dios es un corazón contrito y humillado. Y no dijo únicamente humillado, sino contrito además. Lo contrito está quebrantado y no podrá, aunque mucho lo intente, levantarse.

En consecuencia, nosotros también no sólo humillemos nuestras almas, sino

quebrantémoslas y llenémoslas de compunción. Y el alma se quebranta cuando perpetuamente lleva consigo el recuerdo de sus pecados. Si así la humillamos, no podrá ensoberbecerse aun cuando quiera, porque, reprimida por la conciencia como con un freno, quedará compelida a guardar toda moderación. De tal manera, podremos hallar gracia ante Dios: Cuanto más grande seas, dice la Escritura, humíllate más y hallarás gracia ante el Señor. Quien encuentre gracia ante el Señor no sentirá molestia; sino que, mediante el auxilio de la gracia divina, podrá durante su vida sobrellevar fácilmente todas las adversidades, y evadir las penas preparadas para los pecadores en la otra vida; porque irá siempre por delante la gracia de Dios, que hace fáciles todas las dificultades. Gracia que ojalá todos logremos obtener en Cristo Jesús, Señor nuestro, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

10

X: Homilía sobre el texto: Saludad a Priscila y Aquila

(*Rm 16,3*). Sermón primero. Parece que ésta y la siguiente Homilía fueron predicadas en Antioquia, pero no hay nada cierto.

¡CREO QUE a muchos de vosotros habrá admirado, durante la lectura, esta carta del apóstol; o por lo menos habréis tenido como innecesaria y aun inútil la parte de ella que se ha leído, por encontrarse llena de frecuentes saludos, enhilados unos tras otros! Por tal motivo, aunque llevaba el curso de mi predicación en dirección distinta, lo he abandonado y vengo dispuesto a entrar en esta otra materia, con el objeto de que entendáis que nada hay inútil o innecesario en la Sagrada Escritura, ni aun una iota o una tilde; más aún, ni siquiera un simple saludo, puesto que el saludo nos abre un mar inmenso de sentidos y nos da abundante materia. Pero ¿qué digo un simple saludo? ¡Con frecuencia la añadidura de una sola letra, origina todo un escuadrón de sentencias!.

Puede verse, por ejemplo, en el nombre de Abraham. ¿No será absurdo que quien recibe carta de un amigo, lea no sólo el cuerpo del escrito, sino también los saludos puestos al fin, y que por aquí descubra sobre todo el afecto de quien escribe; y en cambio, que cuando Pablo es el que escribe, o por mejor decir, no Pablo sino ei Espíritu Santo con su gracia es el que dicta la carta, y carta dirigida a toda una comunidad y a un pueblo tan numeroso, y por medio de éste a todo el orbe de la tierra, vayamos a pensar que hay en la carta algo inútil o dicho al acaso, y la recorramos superficialmente y no pensemos que con semejante sistema de lectura todo lo destrozamos y revolvemos?

¡Esto es precisamente lo que nos produce tan gran desidia y negligencia! ¡que no leemos completas las Sagradas Escrituras, sino que elegimos aquellas partes que nos parecen más claras y no tenemos cuenta con el resto! ¡Semejante práctica es la que ha originado las herejías! El no leer íntegro ni admitir el cuerpo de fes Escrituras, por pensar que en éstas hay algo superfluo o menos necesario. Por tal práctica resulta que ponemos todo nuestro empeño en otras cosas -no sólo en las superfluas sino incluso en las inútiles- y en cambio olvidamos adquirir pericia en las Sagradas Letras. Los que se admiran hasta embobarse de los espectáculos de las carreras de caballos, pueden decirnos hasta el nombre y la calidad y el pedigrín y la patria y la educación que ha recibido cada corcel, con todos los pormenores y los años de vida que tiene y-cuánta sea su velocidad en la carrera y cuál de los caballos llevará la victoria en el caso de competir con tal otro, y

cuál de éstos, si se le suelta y lo gobierna cuál! de los aurigas, ganará en las carreras y se adelantará a su competidor.

Lo mismo quienes se ocupan en las danzas: demuestran una locura no menor que la de quienes corren caballos, en relación con los personajes que indecorosamente se presentan en el teatro: ¡me refiero a los mimos y a las bailarinas! Porque recuerdan y refieren sus genealogías, su patria, su educación y todos los demás datos. En cambio, si preguntamos cuántas y de qué calidad son las cartas de Pablo, no sabrán decirnos ni siquiera el número. Y si hay algunos que sepan el número, cuando se les pregunta qué ciudades fueron las que recibieron tales cartas, no saben contestar. Hubo un cierto eunuco de linaje bárbaro, oprimido por infinitos cuidados y negocios, que de tal manera estaba aficionado a los Libros Santos, que no descansaba ni aun durante sus viajes; sino que sentado en su coche, se entregaba con diligencia a la lectura de las Sagradas Escrituras. En cambio nosotros, que no estamos apretados ni por la mínima parte de los negocios que al eunuco distraían, nos aterrorizamos aun con solos los títulos de las cartas; y esto, siendo así que cada domingo nos reunimos aquí y nos entregamos a escuchar las sacras lecciones.

Mas, para no consumir nuestro discurso en sólo reprender ¡ea! ¡entremos en la consideración del saludo que parece ser inoportuno e inútil! Si se explica y se demuestra la utilidad que trae a quienes diligentemente atienden, se verá mayor aún la culpa de los que echan de sus manos tan gran tesoro espiritual y tales riquezas. ¿Cuál es, pues, el saludo? Dice: ¡Saludad a Priscila y Águila, auxiliares míos en el Señor! -¿No parece ser esto un simple saludo? ¿No parece que nada notable ni excelente significa? ¡Pues bien! ¡gastemos en explicarlo todo este discurso! Más aún: ¡ni siquiera podremos en el día presente explicaros todas las sentencias contenidas en tan pocas palabras! ¡Se hace necesario reservaros cierta cantidad de sentidos para el día de mañana, de los que se ofrecen en este pequeño saludo! Tampoco tengo determinado referirme por ahora a todo él1, sino solamente al exordio y a una parte: ¡Saludad a Priscila y Aquila!.

Conviene en primer lugar que admiremos la virtud de Pablo, pues como le estuviera encomendado el cuidado de todo el orbe de la tierra -¡tierra y mar y todas las ciudades que existen debajo del cielo, bárbaros y helenos- y como llevara dentro de sí la atención de todos ellos, todavía se muestra solícito por un hombre y una mujer. En segundo lugar debemos admirarnos de que estuviera dotado de un ánimo tan vigilante y cuidadoso y tal que no únicamente cuidaba de todos en general, sino que en particular recordaba a cada uno de los varones buenos y eximios. Y que ahora lo hagan tos Prelados en las Iglesias, no parece cosa admirable. Porque ya se apagaron aquellos tumultos y los Prelados cuidan sólo de una ciudad. Pero en aquel entonces, la magnitud de los peligros, las distancias de los caminos, la multitud de preocupaciones, los oleajes que unos a otros se sucedían, el no vivir de asiento siempre y con todos, y m/uchos otros impedimentos, podían quitar la memoria aun de las más queridas personas. Pero a estos dos, no los quitaron de la memoria de Pablo. ¿Por qué no los quitaron? ¡Por la magnanimidad de Pablo, por su caridad sincera y encendida! De tal manera estaban incrustados en su memoria que con frecuencia hace recuerdo de ellos en sus cartas.

Pero veamos ya quiénes y cuáles eran estos que de tal manera habían obligado al apóstol y lo habían arrastrado con su cariño. ¿Eran por ventura cónsules o Prefectos de las milicias o magistrados de las ciudades? ¿Estaban constituidos en alguna ilustre dignidad o abundaban en riquezas y gobernaban la ciudad? ¡Nada de esto puede

afirmarse, sino todo lo contrario! ¡Eran pobres y necesitados, y que buscaban el sustento mediante el trabajo de sus manos! Porque eran, dice la Escritura, fabricantes de tiendas de campaña. Y sin embargo, Pablo no se avergonzaba ni juzgaba ser injuria para la nobilísima ciudad y el pueblo, que tan altamente sentía de él, mandar saludos a los obreros; ni pensaba que de su amistad para con ellos les podía venir a los ciudadanos alguna infamia. ¡Hasta tal punto había para entonces enseñado ya a éstos a no sentir altamente de sí mismos!.

Nosotros en cambio, si tenemos parientes que sean de una clase social un tanto inferior, nos apartamos de su familiaridad y creemos que nos deshonra el que alguna vez se nos conozca como sus parientes. No procedía así Pablo, sino que aun se gloriaba de lo contrario; y cuidó de que tal cosa quedara manifiesta no únicamente a los hombres de su tiempo, sino a todas las edades y vieran que entre sus más íntimos se contaban aquellos fabricantes de tiendas de campaña. Ni vaya alguno a decir: ¿qué había de maravilloso en que Pablo, que también había ejercitado el mismo oficio, no se avergonzara de la compañía de semejantes operarios? ¿Qué dices? ¡Precisamente es cosa de mucha estima y digna de admiración! Puesto que no suelen avergonzarse de sus inferiores los que pueden presentar una esclarecida nobleza de linaje tanto como se avergüenzan otros que. tras de haber pertenecido a la misma baja clase social del vulgo, de pronto se encuentran elevados a brillantes y altas dignidades.

Yo pienso que a todos es manifiesto haber sido Pablo el hombre más esclarecido y noble y que superaba en brillo a los mismos reyes. Pues quien imperaba sobre los demonios, quien resucitaba a los muertos, quien con sola una orden podía producir la ceguera o restituir la vista, y cuyos vestidos sanaban a todos los enfermos de cualquier clase de enfermedades, no hay duda de que ya no era tenido por hombre, sino por ángel bajado del cielo. Mas, a pesar de gozar de tan eltevada estimación y de admiración tan grande, de atraer enseguida toda región en donde se presentaba, sin embargo, no se avergonzaba de tratar y saludar al fabricante de tiendas de campaña, ni pensaba que por esto se disminuiría el honor de los ciudadanos constituidos en altas dignidades y magistraturas.

Es verosímil que hubiera en aquella Iglesia muchos romanos ilustres y Pablo los obligaba a trasmitir los saludos a aquellos pobres fabricantes. Sabía, sabía perfectamente que lo que suele engendrar la nobleza no es la abundancia de riquezas, ni ía opulencia, sino la moderación en las costumbres. Hasta el punto de que quienes están privados de la dicha moderación y virtud, y se vanaglorian por la nobleza de sus antepasados, en realidad se glorían de simples nombres y no de la verdadera nobleza. Pero aun la gloria del nombre se les quita muchas veces cuando alguno examina la vida de los antepasados. Si con cuidado examinas al esclarecido e ilustre por la fama de sus padres nobles o de su abuelo encontrarás que ha tenido un bisabuelo vil y de baja clase social. E igualmente respecto de los que parecen de humilde clase, si vamos examinando de abajo hacia arriba toda su ascendencia, encontraremos frecuentemente que han tenido como ancestros a Prefectos de milicias y magistrados, que finalmente acabaron en caballerizos y porquerizos.

Y como Pablo conocía todo esto, no hacía mucho caso; sino que buscaba la nobleza del alma y enseñaba a los otros a buscarla, por encima de esas otras cosas. De manera que, por de pronto, ya de aquí sacaremos gran provecho para no avergonzarnos de los más pobres que nosotros, y para buscar la virtud del alma, y para tener por superfluas e

inútiles las riquezas exteriores y materiales. Y aun podemos sacar otra ganancia no menor; y tal que si la conseguimos nos dará inmensa seguridad para nuestra vida. ¿Cuál es? ¡No vituperar el matrimonio! no juzgarlo impedimento ni obstáculo en el camino que lleva a la virtud! ¡No lo impide el tener esposa y educar a los hijos y estar al frente de un hogar y el ejercer un oficio! En el caso presente se trata de marido y mujer y estaban al frente de un taller y ejercían un oficio; y sin embargo, demostraban una virtud mucho más perfecta en sus costumbres que quienes habitan los monasterios.

¿Cómo consta? Por las palabras que Pablo les dirige. O por mejor decir, no por las palabras que les dirige, sino sobre todo por los testimonios con que enseguida los recomendó. Pues habiendo dicho: ¡Saludad a Priscila y Aquila! anadió en qué consistía la dignidad de éstos. ¿En qué consistía? ¡No dijo porque son ricos, ilustres, nobles! Entonces ¿por qué? Porque son mis auxiliares en el Señor. Ciertamente en cuanto a recomendar la virtud, no hay testimonio que con éste pueda compararse. Además hay otro testimonio, como es que Pablo permaneciera en casa de los esposos no uno ni dos ni tres días, sino dos años íntegros. ¡Por aquí podemos reconocer la virtud de los esposos! Así como Ibs magistrados seculares no se dignan hospedarse con los hombres de baja clase social; sino que buscan las opulentas moradas de algunos ilustres varones, con el objeto de que no se menoscabe su propia dignidad a causa de la vileza de quienes los reciben, así procedían también los apóstoles. No se hospedaban con cualquiera, sino que, como aquéllos buscan la opulencia de las moradas así éstos buscaban las virtudes del alma; y tras de investigar diligentemente quiénes en la virtud les eran semejantes, ahí se hospedaban. Así se lo había puesto por ley Cristo: En cualquier casa o ciudad, les dijo, en donde entrareis, investigad quién sea ahí digno, y ahí permaneced.'2' En consecuencia los dichos esposos eran dignos de Pablo; y si lo eran de Pablo, por lo mismo, también eran de los ángeles.

Por mi parte, me atrevería a llamar aquella casita, cielb e iglesia; puesto que en donde Pablo estaba, ahí estaba Cristo. Pues dice: ¿O es que queréis experimentar al que en mí habla, Cristo? Y en donde Cristo está, ahí los ángeles van y vienen con frecuencia. Ahora bien: los que anteriormente se habían mostrado dignos de hospedar y servir a Pablo, piensa cuá'es se encontrarían de adelantados en la perfección después de haber convivido con él durante dos años en los que habían observado su presentación, su modo de andar, su aspecto, su modo de vestir, su manera de entrar y salir y todo lo a él referente. Porque en los santos no únicamente las palabras ni sólo la doctrina y las exhortaciones sino todo su género de vida es suficiente para enseñar la modestia y to virtud a quienes los observan siquiera con un poco de atención.

Piensa entonces qué sería ver a Pablo cuando tomaba sus alimentos, cuando exhortaba y cuando reprendía, cuando oraba y cuando derramaba lágrimas, cuando entraba y cuando salía. Si quedándonos solamente catorce cartas suyas, las llevamos por todo el orbe de la tierra a todas partes, quienes poseían la fuente de las cartas, la lengua del orbe, la luz de las Iglesias, el fundamento de la fe, el firmamento y columna de la verdad ¿a qué perfección pudieron elevarse mientras convivían con semejante ángel? Si sus vestidos eran temibles para los demonios y tenían tan excelente virtud, ¿cuan grande gracia es razonable creer que pudo conciliar su convivencia a quienes lo hospedaban, de parte del Espíritu Santo?

¡Cuando vieran la celda de Pablo, su lecho, su calzado! ¿no les serviría todo de aliciente grande para la compunción! Si los demonios temblaban ante los vestidos de Pablo

mucho mejor debieron compungirse los que con él convivían cuando vieran tales vestiduras. Vale la pena además examinar por qué al saludarlos, antepuso Pablo la esposa al esposo. Porque no dijo: ¡Saludad a Aquila y Priscila! sino a Priscila y Aquila. No lo hizo al acaso, sino porque sabía que la esposa estaba dotada de mayor virtud que el esposo! Y que lo que acabo de afirmar no es una simple conjetura mía, se puede ver por lo que se dice en los Hechos de los Apóstoltes. La esposa habiendo tomado consigo a Apolo, varón elocuente y muy conocedor de las Sagradas Escrituras, pero que sólo conocía el bautismo de Juan, le enseñó el camino de Dios, y lo convirtió en perfecto maestro.

Porque las mujeres que en tiempo de los apóstoles vivían no cuidaban de las mismas cosas de que cuidan las de ahora: de espléndidas vestiduras, de hermosear el rostro con polvos y coloretes, de molestar a sus esposos y obligarlos a que les compren un vestido más rico y bello que el de la vecina, y mulos blancos y frenos dorados y numerosos eunucos y greyes de esclavas, y toda la demás ridicula pompa. Habían hecho a un lado tales cosas y arrojado de sí el fausto del mundo y buscaban sólo una cosa: hacerse compañeras de los trabajos apostólicos y participar en la empresa, ¡No era esta mujer la única sino que todas eran iguales! Porque de otra Pérside, dice Pablo: ¡Que mucho trabajó en favor nuestro. Y alaba también a María y a Trifena por el mismo trabajo apostólico, y porque estaba dispuesta a sufrir los mismos combates.

Pero entonces ¿por qué, escribiendo a Timoteo le dice: No permito que enseñe ni que domine a su esposo? 6 Es que habla del caso en que el esposo sea un varón piadoso y profese la misma religión y participe de la misma sabiduría que la esposa. En cambio, cuando es un infiel y está en el error, no priva a la esposa de la autoridad para adoctrinarlo. Puesto que escribiendo a los corintios, les dice: Y si una mujer tiene marido infiel, no lo abandone. Porque ¿cómo sabes, oh mujer, si acaso salvarás a tu esposo? 7 Pero ¿cómo puede suceder que una mujer fiel salve a su marido infiel? ¡Instruyéndolo y adoctrinándolo y conduciéndolo como Priscila lo hizo con Apolo. Por otra parte, cuando dice no permito que la mujer enseñe, habla de la enseñanza que se hace desde el pulpito y de los sermones que se predican al pueblo, cosa que por oficio toca a los sacerdotes. Pero aconsejar y exhortar en privado, no lo prohibió. Si lo hubiera prohibido, nunca habría alabado a esta mujer, que lo practicaba.

Oigan esto los hombres y también las mujeres: éstas para que imiten a la que fue de su mismo sexo y estuvo unida a ellas por la naturaleza; aquéllos para que no vayan a quedar inferiores y parecer más débiles que las mujeres. Pues ¿qué perdón alcanzaremos o qué excusa tendremos si, cuando las mujeres muestran tan gran empeño y virtud, nosotros los hombres permanecemos apegados a los negocios seculares? ¡Aprendan a su vez los magistrados lo mismo que los particulares, los sacerdotes lo mismo que los laicos: aquéllos para que no tengan excesiva estima de los ricos, ni busquen moradas opulentas sino más bien inquieran aquellas en que se halla la virtud unida con la pobreza, y para que no se avergüencen de sus hermanos más pobres, ni del que trabaja en fabricar tiendas de campaña o del que es curtidor de pieles o comerciante en púrpura, ni tras de hacer a un lado al que es herrero, anden en busca de quienes desempeñen altos cargos; y estos otros, los que son particulares y llevan una vida privada, para que no piensen que tal cosa les impide el hospedar a los santos. Acuérdense, más bien, de la viuda que recibió en hospedaje a Elias, cuando sólo le quedaba un puñado de harina ;8 y también de estos esposos que alimentaron a Pablo como huésped durante dos años, y abran su casa a los pobres y anhelen que cuanto poseen sea común con los que

hospedan.

Ni me vayas a objetar que no tienes criados para que les sirvan. Aunque tuvieras muchos criados, Dios ordena que personalmente cojas los frutos de la hospitalidad. Pablo, hablando a una viuda y exhortándola a ser caritativa con los huéspedes, le ordenó que desempeñara personalmente el oficio y no por medio de otras mujeres. Porque después de haber dicho: Si recibió en hospedaje, añadió: si lavó los pies a los santos? No dijo, si gastó sus dineros; tampoco si ordenó a sus criados que desempeñaran aquel oficio, sino si por sí misma lo desempeñó. Por igual motivo Abraham, que poseía trescientos dieciocho domésticos, fue personalmente al rebaño y trajo sobre sus hombros el ternero, y desempeñó los demás servicios e hizo a su esposa participante de los frutos de la hospitalidad.

Y también nuestro Señor Jesucristo, por la misma razón nació en un pesebre y fue alimentado en una casa, una vez nacido; y ya adulto, no tuvo en dónde reclinar su cabeza. Para enseñarte, mediante tales cosas, a que no te embobes contemplando lo de esta vida, sino que en todas partes te muestres amante de los inferiores en condición, y cuidadoso de la pobreza, y evites el excesivo enriquecimiento, y cuides de adornar tu interior mediante la virtud. Toda la gloria de la hija del rey es interior j dice la Escritura. Si amas la hospitalidad con sincera determinación de tu alma, tienes todas las promesas de la hospitalidad, aun cuando no poseas sino un óbolo. Pero si te muestras inhumano y aborreces a los huéspedes, aunque abundes por todos lados en riquezas, tu casa te parecerá demasiado estrecha para recibir peregrinos.

La mujer de que tratamos no tenia lechos de plata adornados, pero sí una perfecta castidad; no tenía colchas, pero sí un ánimo manso y hospitalario; no tenía refulgentes columnas, pero tenía una resplandeciente hermosura en el alma; no poseía paredes revestidas de mármol, ni pavimento adornado de fino mosaico, pero era ella misma templo del Espíritu Santo. A ésta alabó Pablo; a ésta le mostró su cariño. Por tal motivo, a pesar de haber durado ahí ya dos años, no se apartaba,. Ppr tal motivo conservó la memoria de ambos esposos, y tejió una admirable y excelente alabanza suya, no para hacerlos más brillantes, sino para estimular el celo de los demás; y persuadirles que llamen felices no a quienes son ricos, ni a quienes desempeñan magistraturas, sino a quienes son misericordiosos y hospitalarios y bondadosos y demuestran insigne benevolencia para con los santos.

Habiendo, pues, nosotros aprendido tales cosas en esta salutación, hagamos que se muestren en las obras y no llamemos vanamente felices a los ricos, ni despreciemos a los pobres, ni nos avergoncemos de nuestro oficio, ni tengamos como una deshonra nuestros talleres de trabajo, sino al revés: ¡avergoncémonos del ocio y de andar desocupados! ¡Si trabajar como operario fuera ignominia, Pablo no habría ejercido su arte, ni se habría gloriado de ella sobre todo, como cuando dijo: Porque evangelizar no es gloria para mí. ¿En qué está, pues, mi mérito? En que al evangelizar, lo hago gratuitamente.

Si trabajar fuera oprobio, nunca habría prohibido a quienes no trabajan el comer. Sólo el pecado es oprobio, y suele nacer del ocio. Y por cierto, nacen no un solo pecado, ni dos, ni tres sino toda la perversidad. Por lo cual, cierto sabio, declarando que el ocio ha sido maestro de toda maldad, y hablando de los siervos, dice: ¡Hazlo trabajar y no lo dejes ocioso!

Lo que es el freno para el caballo, es el trabajo para nuestra naturaleza. Si el ocio fuera cosa buena, la tierra nos produciría todas las cosas sin siembra y sin labranza. Pero en verdad que no lo hace. Dios en otro tiempo ordenó a la tierra producir todas las cosas sin necesidad de arado; pero en los tiempos actuales, ya no lo ha hecho así, sino que dispuso que el hombre unza los bueyes, maneje la reja, abra los surcos, esparza la simiente y de diversos modos cultive la vid y los árboles y las simientes. Todo para apartar del ocio, mediante la ocupación y el trabajo, la mente de quienes se ocupan en los varios quehaceres, y así de toda maldad.

Allá en los principios, para manifestar su poder, hizo que brotara todo sin trabajo nuestro. Porque dijo: Germine la tierra y el henojl y al punto se cubrió de hierba la tierra. Pero en adelante ya no fue así, sino que dispuso que, por medio del trabajo, la tierra produjera las plantas. Con el fin de que comprendas que por utilidad y conveniencia nuestra fue inventado el trabajo. Cuando oyes: Con el sudor de tu rostro comerás el pan,15 te parece que el trabajo es un castigo y pena; pero en realidad es una exhortación a la vez que un castigo y una medicina de ¡as heridas causadas por el pecado.

También Pablo trabajaba continuamente, no sólo durante el día sino aun durante lo noche, como lo testifica diciendo: Trabajando de noche y de día para no seros gravoso a ninguno de vosotros. Y no se dedicaba al trabajo vanamente y por pasatiempo y por recrear su ánimo, como lo hacían muchos hermanos, sino que se entregaba al trabajo en tal forma que incluso podía ayudar a las necesidades de otros: Por-aue dice pd-ra as cosas que me eran necesarias y también bara mis acatTnP'añantes, han suministrado estas manosX El hombre que imperaba sobre los demonios, el doctor de toda la tierra, el Que tenía encomendado el cuidado de todos los que habitaban el orbe, el que con suma solicitud cuidaba de todas las Iglesias que había bajo el sol y de los pueblos y naciones, trabajaba día y noche, y no se tomaba ni siquiera un pequeño descanso de semejantes trabajos.

Nosotros, por nuestra parte, no tenemos ni la milésima parte de las solicitudes de Pablo; o mejor dicho, ni siquiera somos capaces de concebirlas, pues pasamos la vida en ocios perpetuos. ¿De qué excusa seremos dignos o de qué perdón? Del ocio se han derivado todos los males en el género humano; porque muchos juzgan ser su mayor honra no ocuparse en oficios; y les parece un gran crimen manifestarse hábiles para éstos. Pablo, en cambio, no se avergüenza de manejar la alezna, coser las pieles al mismo tiempo que alterna con los varones constituidos en dignidades. Al revés, se gloría de tales cosas cuando van a visitarlo los hombres ilustres y esclarecidos.

Y no sólo no se avergüenza de ocuparse en tales oficios, sino que en sus cartas, como en una columna de bronce, publica el arte que ejercía. Arte que había aprendido allá a los comienzos de su vida y que ahora ejercía, después de haber sido arrebatado al tercer cielo, después de haber sido llevado al paraíso, después de haberle comunicado Dios palabras arcanas. Y nosotros ¡que no valemos ni lo que una de sus sandalias! juzgamos los oficios como oprobio, los oficios de que Pablo se gloriaba. Cada día, cuando delinquimos, no lo tenemos por oprobio ni nos convertimos a Dios; y andamos evitando como una vergüenza ridicula el vivir del trabajo. Pregunto yo: ¿qué esperanza nos quedará de salvación? Si alguien se avergüenza, conviene que se avergüence del pecado y de haber ofendido a Dios y de haber hecho lo que no debía; y, al revés, que se gloríe

de las artes manuales y oficios.

Acontecerá con tales medios, que, mediante las ocupaciones, fácilmente quitemos de la mente los malos pensamientos, y además ayudemos a los necesitados, y no molestemos a otros llamando de puerta en puerta, que cumplamos con la ley de Cristo que dice: Mejor es dar que recibiré Las manos se nos dieron para que de ellas nos ayudemos y a quienes tienen su cuerpo mutilado de algún miembro, les demos de nuestros haberes según nuestros posibles y sus necesidades. Si alguno persevera en el ocio, a pesar de estar sano, es más miserable que quienes se hallan acometidos por la fiebre. Estos, a causa de la enfermedad, son dignos de perdón, y fácilmente encuentran quien los compadezca. Pero los que avergüenzan a su misma salud, con razón son odiados de todos, como violadores de la ley de Dios, y que causan daño a la mesa de los enfermos y que empeoran su alma.

Porque no es el único mal, que cuando debían procurarse su alimento mediante el trabajo, anden importunando por las casas ajenas; sino que se tornan peores que todos. Porque no hay, entre las cosas humanas, nada que el ocio no eche a perder. El agua, si queda inmóvil se corrompe; si corre, al ir torciendo su paso en todas direcciones y por todas partes, conserva su pureza. El hierro, si queda ocioso, se reblandece y torna de inferior calidad y se consume de orín; pero cuando se le ocupa, resulta mucho más útil, más artístico, y brilla no menos que la plata. Vemos también que la tierra, si se le deja ociosa, no produce fruto, sino únicamente malas hierbas y espinas y abrojos y plantas infructuosas; pero si con mucho trabajo se la cultiva, abunda en frutos estacionales. ¡En una palabra! ¡todas las cosas se corrompen con el ocio; pero si ejercitan sus propias operaciones, se tornan más útiles!.

Sabiendo nosotros estas cosas, y cuan grave mal se sigue del ocio y cuan grande ganancia proviene del trabajo, huyamos de aquél y entreguémonos a éste, para que pasemos la presente vida honestamente, y ayudemos con nuestros haberes a los necesitados; y habiendo por este medio mejorado la situación de nuestra alma, consigamos los bienes eternos. ¡Ojalá nos acontezca a todos alcanzarlos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria y el imperio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos! Amén.

11

XI: Homilía sobre el texto de San Pablo: Saludad a Priscita y Aquila;

y que se ha de honrar a los sacerdotes de Dios. Sermón segundo.

¿HABÉIS APRENDIDO ya que en las Sagradas Escrituras nada se ha de tener como inútil? ¿Habéis aprendido cómo en las Sagradas Escrituras es necesario examinar detenidamente aun los epígrafes y los nombres y los simples saludos? Por mi parte, creo que los empeñosos no podrán soportar que se desprecie ni aun la más mínima palabra y se pase de largo, aunque no sea sino una lista de nombres o la computación del tiempo o simplemente un saludo. Sin embargo, a fin de que quede más en claro semejante advertencia, ¡ea! vengamos hoy todavía a lo que nos falta y dejamos del saludo a

Priscila y Aquila hace poco. A la verdad ya aquel comienzo nos trajo gran fruto. Porque nos enseñó ser cosa excelente el trabajo y malo el ocio; y cómo era el alma de Pablo: cuidadosa, vigilante, preocupado fuertemente no sólo por los pueblos y ciudades, sino por cada uno de los fieles. Nos mostró, además, que la hospitalidad no queda impedida por la escasez de recursos, y que en todas partes es necesaria la buena voluntad y la virtud, y no las riquezas y haberes, y que son los más excelentes hombres quienes tienen el santo temor de Dios, aunque hayan llegado al extremo de la pobreza.

Prisciia y Aquila, fabricantes de tiendas de campaña, y que llevaban una vida pobre, son encomiados como más felices que los reyes. Y mientras se pasa en silencio a otros, hinchados con sus dignidades y poderío, este fabricante de tiendas de campaña, juntamente con su esposa, por todo el orbe de la tierra es exaltado. Mas, si en la vida presente es tan grande su gloria, imagina las inmensas recompensas y coronas que merecerán en aquel día último puesto que ya de antemano han recibido gozo tan alto y tan grande utilidad y gloria con sólo convivir con Pablo y en su compañía durante tan largo tiempo. Repito, pues, lo que antes dije, y no me cansaré de repetirlo : ¡no únicamente la enseñanza y la exhortación y el consejo de los santos sino su mismo aspecto, su modo de vestir, su modo de calzar, traen consigo utilidad y gozo grandes! Porque resulta para nuestra vida notable utilidad, el aprender de ellos en qué forma usaron de las cosas necesarias para la vida.

No se contentaron con no traspasar la moderación, sino que, a veces, ni siquiera tuvieron lo necesario. Más aún: vivieron en hambre, en desnudez y en sed. Y Pablo, por su parte, ordenaba a sus discípulos y les decía: Teniendo con qué sustentarnos y vestirnos, con esto estamos contentos!- Y hablando de sí mismo, decía: Hasta este momento padecemos hambre y sed y andamos desnudos y somos abofeteados. Vale la pena traer ahora al medio algo que dije y se deslizó en mi discurso, y de que con frecuencia se disputa. ¿Qué es? Decía yo que el modo de vestir de los apóstoles, nos trae utilidad no pequeña. Pero mientras lo digo, me sale al paso la ley de Cristo que dice: No llevéis oro ni plata ni cobre en vuestro cinto, ni alforja para el camino, ni sandalias, ni bastón? Ahora bien, es del todo cierto que Pedro sí llevaba sandalias. De manera que cuando el ángel lo despertó del sueño, y lo sacó de la cárcel, le dijo: ¡Cálzate tus sandalias y cíñete tu vestido y sigúeme! Y Pablo escribe a Timoteo: El capote que dejé en Tróade, en casa de Carpió, tráelo al venir, y asimismo los libros, sobre todo los pergaminos.

¿Qué es lo que dices? ¡Cristo ordena no tener sandalias y tú hasta tienes un capote y Pedro tiene sandalias? Si se tratara de hombres de menos categoría, y que no en todo obedecían al Maestro, no habría para qué detenerse en semejante cuestión. Pero como son de los principales y príncipes de los apóstoles y que daban su vida por Cristo y en todo lo obedecían; y Pablo, por su parte, no únicamente hacía lo que estaba mandado, sino que saltaba aun más allá de los límites del palenque; y que al mismo tiempo ordenaba que se viviera de la predicación evangélica y él se procuraba el sustento mediante el trabajo de sus manos, haciendo mucho más de lo que estaba mandado, se hace en absoluto necesario que investiguemos el por qué de que hombres que en todo obedecían a Cristo, en este caso parezcan traspasar su ley.

En realidad no la traspasan. Y aquí el discurso será útil no únicamente para excusar a estos santos, sino también para cerrar la boca a los gentiles. Muchos gentiles, mientras andan echando por tierra las casas de las viudas y dejan desnudos a los huérfanos y

nadan en las riquezas ajenas -en nada mejores que los lobos, puesto que viven de los ajenos trabajos- cuando alguna vez observan a los fieles que por sus enfermedades usan de dobles vestidos, al punto se lo echan en cara y les alegan la ley de Cristo, y les dicen: ¿Acaso no ordenó Cristo que no poseyerais dos túnicas ni sandalias? ¿Cómo es que traspasáis semejante mandato? Y luego, tras de haberse burlado a su sabor del hermano y de haberlo injuriado y cargado de oprobios, se despiden. Pues para que no suceda tal cosa ¡ea! ¡cerremos sus bocas impudentes! Podríamos con facilidad librarnos de ellos, con sólo que les dijéramos una cosa. ¿Cuál? ¡Si tú tales cosas nos objetas porque tienes a Cristo como fidedigno, lo haces con razón y con razón nos lo preguntas! Pero si tú no crees en su ley ¿por qué nos la vienes a echar en cara? ¡De manera que para acusarnos sí tienes a Cristo como fidedigno, y cuando conviene admirarlo y adorarlo, entonces nada significa para ti el Señor del Universo!.

Mas, para que no vayan a creer los gentiles que tales cosas les decimos porque carecemos de otra defensa, vengamos a la solución de lo que se investigaba. ¿Cuál podrá ser la solución? ¡En pasos semejantes es necesario atender a quiénes y en qué ocasión y por qué motivo Cristo dio tal orden! Porque no se han de tomar a la ligera, sino que vale la pena examinar juntamente la persona, el tiempo, la causa e investigarlo todo a fondo. Si con diligencia lo consideramos, encontraremos que tales cosas no fueron ordenadas a todos, sino únicamente a los apóstoles; y a éstos mismos, no para todo el tiempo, sino para uno cierto y determinado.

¿Cómo se demuestra con claridad? Por las palabras mismas. Habiendo convocado a los doce discípulos, les dijo: No vayáis a los gentiles ni entréis en las ciudades de los samari-tanos. Id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, echad a los demonios. Gratis lo recibís, gratis dadlo. No llevéis oro ni plata ni cobre en vuestras alforjas. Advierte la sabiduría del' Maestro y en qué forma hizo ligero el mandato. Primero les dijo: Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, arrojad los demonios. Les concedió una gracia inmensa y hasta después les impuso el precepto. De manera que hizo ligera la pobreza mediante la potestad de hacer milagros. Ni sólo por este pasaje, sino por otros muchos se ve claro que semejante precepto únicamente lo impuso a los discípulos.

Por ejemplo: a las vírgenes, por no haber llevado óleo juntamente con sus lámparas, las castigó. A muchos otros los increpa porque habiéndolo visto con hambre no lo alimentaron y con sed y no le dieron de beber. Ahora bien: ¿cómo puede quien nada posee, ni bronce ni sandalias y sólo un vestido alimentar a otro, o vestir al desnudo o recibir en hospedaje en su casa al peregrino? Aparte de esto, por otro lado quedará también claro. Como se le acercara cierto individuo y le dijera: ¡Maestro! ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna?, después de enumerarle Jesús todo lo preceptuado en la Ley, como aquél inquiriera cuidadosamente y le dijera: Todo esto lo he observado desde mi adolescencia ¿qué me jaita aún?, le respondió Cristo: Si quieres ser perfecto, anda y vende lo que posees, dalo a los pobres y ven y sigúeme. Si Cristo hubiera querido imponer semejante cosa a todos, conven-nía que desde el comienzo lo hubiera declarado e incluido dentro de su ley, y no añadido como un simple consejo y exhortación.

Por cierto, cuando dice: no llevéis oro ni plata, lo dice imperando; mientras que cuando dice: si quieres ser perfecto, lo dice aconsejando y exhortando. Y no es lo mismo aconsejar que poner un precepto. Quien pone una ley quiere que en todo caso se cumpla lo que ordena; pero quien aconseja y exhorta, deja al parecer y juicio del oyente elegir

entre lo que ha dicho; y en consecuencia deja al oyente como señor de sus actos. Por esto no le dijo Cristo al joven: ¡anda y vende todo lo que tienes!, para que tú no vayas a pensar que se trata de una ley. Dijo: si quieres ser perfecto anda y vende lo que posees, para que comprendas que queda en mano de los oyentes el escoger. Queda pues manifiesto que aquellas cosas las ordenó únicamente a los apóstoles.

Sin embargo, aún no está resuelta la cuestión. Porque aun siendo así que tal cosa la haya imperado sólo a los apóstoles ¿por qué motivo, habiéndoseles ordenado que no llevaran sandalias ni dos túnicas, hubo uno que sí llevaba sandalias y otro que llevaba hasta un capote? ¿Qué responderemos a esto? Que no quiso Cristo que los apóstoles se atuvieran perpetuamente a semejante ley, sino que los libró de ella cuando ya iba a la salutífera crucifixión. ¿Cómo se ve claro? Por las palabras del Salvador. Cuando iba a emprender su pasión, los llamó y les dijo: Cuando os envié sin bolsa y sin alforjas ¿os faltó alguna cosa? Ellos le dijeron: ¡nada! Y añadió: Pues ahora el que tenga bolsa tómela e igualmente alforja; y el que no la tenga, venda su manto y compre una espada.

Quizá diga alguno que en realidad con lo dicho quedaron libres los apóstoles de acusación; pero todavía investigue más: ¿Por qué Cristo ordenó cosas contradictorias? Porque unas veces dice: No llevéis bolsa ni alforja; y otras dice: Quien tenga bolsa tómela e igualmente la alforja. ¿Por qué lo hace? Lo hizo muy convenientemente, según su sabiduría y por el cuidado que tenía de sus discípulos. Lo primero lo ordenó allá a los principios, para que tomaran experiencia de su poder, mediante las obras y lo comprobaran, y así después más confiadamente recorrieran el orbe de la tierra. Una vez que ya tuvieron conocido su poder, prefirió que ellos mismos dieran testimonio y prueba de su virtud y no quiso irlos llevando personalmente hasta el fin, sino que con frecuencia los expuso a dificultades y los dejó que soportaran sus tentaciones, a fin de que no estuvieran perpetuamente ociosos.

Así como los que enseñan el arte de la natación, al principio van llevando a sus discípulos con mucho cuidado, y puestas sus manos debajo; pero tras de uno o dos o tres días, retiran su diestra y les ordenan ayudarse a sí mismos, y aun a veces los dejan que se sumerjan hasta sorber no poca agua salada, así procedió Cristo con los suyos. Al principio no los dejaba padecer cosa alguna pequeña ni grande, sino que en todas partes estaba presente y los defendía y los amurallaba, y hacía que de todo abundaran; pero cuando llegó el tiempo en que ellos habían de dar a conocer ser ya varones maduros y aprovechados, les quitó un poco de su gracia y les ordenó llevar muchas cosas a cabo por sí mismos. Tal fue la causa de que cuando no llevaban sandalias ni alforja ni bastón ni cobre, nada les faltaba. Puesto que les pregunta: ¿Acaso os faltó algo? Y le responden: ¡nada! En cambio, al tiempo en que les permitió llevar bolsa y alforja y sandalias, se les encontraba sufriendo hambre y sed y caminando desnudos.

¡Queda, pues, manifiesto el por qué permitió que a cada paso estuvieran en peligro y fueran angustiados! ¡para que recibieran su recompensa! Las aves permanecen echadas en sus nidos y calentando su cría hasta que a ésta le crezcan las plumas. Cuando advierten que ya le han crecido y que puede volar, primero la enseñan a volar en derredor del nido, luego un poco más lejos. Y al principio la acompañan y se colocan debajo, pero finalmente la privan en absoluto de todo auxilio. Así procedió Cristo. En Palestina estuvo, como en un nido, nutriendo a sus discípulos. Pero una vez que los enseñó a volar, estando El presente y llevándolos sobre sí, finalmente los despachó a que volaran sobre todo el orbe, y les dio orden de que a sí mismos se valieran.

Que esto sea verdad, y que por tal motivo los haya enviado desnudos de todo y con solo un vestido, y les haya mandado no llevar sandalias, para que fueran conociendo y tuvieran mayor conciencia de su propio poder y virtud, lo sabemos con toda claridad, con sólo escuchar aquella palabra suya. Pues no les dijo simplemente: ¡tomad bolsa y alforja!; sino que primeramente les refrescó la memoria de lo anterior diciéndo-les: Cuando os envié sin bolsa y sin alforja ¿os faltó alguna cosa? Como si les dijera: ¿acaso no lo teníais todo en abundancia y disfrutabais de todo con largueza? Pero ahora, quiero que vosotros os valgáis por vosotros mismos y experimentéis la pobreza. Por tal motivo, no quiero que sigáis atados por aquella prescripción y ley, sino que os permito que llevéis bolsa y alforja; a fin de que no parezca que yo obro por medio de vosotros como se hace con instrumentos inanimados: ¡conviene que también vosotros mostréis vuestra virtud!.

Y si todavía instas: ¿acaso no habría sido una gracia mayor, que hubieran perpetuamente permanecido en aquella abundancia? Respondo que en tal caso no habrían sido suficientemente probados. Si no hubieran experimentado alguna aflicción ni escasez ni persecución, se habrían vuelto perezosos y tardos. En cambio, por este otro camino, quería Cristo que brillara su gracia, además que se ostentara y apareciera clara la prueba de sus discípulos. Así no podría nadie decir que ellos no habían cooperado en algo, sino que todo había sido gracia de Dios. Podía Dios haberlos conservado hasta el fin en aquella primera abundancia. Pero no lo quiso, por varios motivos necesarios, que con frecuencia hemos explicado a vuestra caridad.

Uno es el que acabamos de decir. Otro, de no menor fuerza, fue para que se acostumbraran a la moderación. El tercero, para que no fueran los hombres a honrarlos con un honor superior a lo que a hombres se debe. Por esto y muchos otros motivos, habiendo de permitir que les acontecieran innumerables e inesperadas calamidades, no quiso que estuvieran sujetos a tan estrecha ley como aquella primera, sino que aflojó un tanto en semejante modo de vivir; y también para que a ellos no se les fuera a convertir en intolerable y pesada la vida, por estar continuamente faltando al precepto, al mismo tiempo que se veían obligados a guardar y observar aquella ley tan dura. Y pues convenía enseñar claramente a los demás lo que a ellos oscuramente se les había propuesto, después de haberles dicho: Quien tenga bolsa tómela y además la alforja, añadió: y el que no tenga, que venda su túnica y compre una espada.

¿Qué es esto, Señor? ¿armas a tus discípulos tú mismo que les habías dicho: Si alguno te hiere en la mejilla derecha preséntale también la izquierda??1 El que ordenó que bendijéramos a quien nos colma de injurias y soportáramos a quienes nos hieren y rogáramos por los que nos persiguen ¿ahora arma a sus discípulos? ¿Y los arma con una simple espada? ¿Cómo es esto razonable? ¡Si en absoluto son necesarias las armas, no se necesita de sólo espada como armadura, sino también de escudo y casco y grebas! Y a la verdad, si quería llevar el negocio al modo de los hombres ¿no os parece ridículo semejante precepto? Aun cuando poseyeran infinitas armas de ese género, ¿cómo podían aquellos once hacerse superiores contra las innumerables asechanzas y acometidas de pueblos y tiranos y ciudades y naciones? ¿Habrían podido siquiera soportar los relinchos de la caballería? ¿No habrían quedado aterrorizados a la sola vista del ejército, los que no se habían ejercitado sino en el lago y los ríos y las barcas?

Entonces ¿por qué dice semejante cosa? ¡Quería hacer referencia a las asechanzas de los

judíos y cómo éstos los habían de aprehender! ¡Pero no quería decirlo claramente, sino mediante enigmas, para no perturbarlos de nuevo! En consecuencia, así como cuando oyes decir a Cristo: Lo que os digo al oído predicadlo sobre los tejados, y lo que habéis oído en la obscuridad decidlo a la luz¿ no entendéis que se hayan de abandonar la plaza y las encrucijadas y que los apóstoles hayan de subir a los tejados a predicar -cosa que jamás hicieron-; sino que cuando dice sobre el tejado o a la luz, insinúa la libertad y confianza para predicar públicamente; y cuando dice al oído y en la obscuridad, significa que en todas partes del orbe habrán de publicar lo que han oído en una pequeña parte -que es Palestina-; puesto que Cristo no les predicaba al oído ni en la obscuridad, sino muchas veces en lo alto de los montes y en las sinagogas, pues del mismo modo has de entender lo que dice en el presente pasaje.

Cuando en el otro oímos tejados, lo hemos entendido en sentido distinto. Del mismo modo, cuando acá oímos espadas, no pensemos que les ordenó portar espadas; sino que con la palabra espada, les insinuó la amenaza de las acechanzas, y lo que iban a padecer de parte de los judíos, como en realidad lo padecieron. Así se ve por lo que sigue. Porque en cuanto dijo que había que comprar una espada, añadió: Porque es necesario que se cumplan las cosas que de mí están escritas. Que fue computado entre criminales. - Y como los discípulos le contestaran: ¡Aquí hay dos espadas! porque no habían entendido lo que se les decía, les contestó: ¡basta! En verdad no eran suficientes, ni lo habrían sido dos ni tres ni ciento, en el caso de que hubiera querido que echaran mano de semejantes auxilios humanos.

Mas, si no quiso que usaran de humanos auxilios, ciertamente aun aquellas dos espadas resultaban inútiles. Por tal motivo, en este caso, no les explicó el enigma, como vemos que con frecuencia lo hacía siempre que los discípulos no acababan de entender sus palabras; ¡pasaba de largo y dejaba que los sucesos mismos les aclararan el sentido de sus sentencias! Así lo hizo, por ejemplo, en el caso de la resurrección. Les decía: ¡Destruid este templo y en tres días lo reedificaré! Y los discípulos no entendían lo que Jesús hablaba, como lo testifica el evangelista cuando dice: Cuando resucitó de entre los muertos se acordaron sus discípulos y creyeron a sus palabras y a la Escriturad Y en otra parte: Porque aún no se habían dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que El resucitara de entre los muertos.

Queda suficientemente resuelta la dificultad. Volvamos, pues, ahora el discurso a la otra parte del saludo. Pero ¿qué fue lo que se dijo y de qué parte del saludo nos hemos apartado? Llamábamos bienaventurados a Priscila y Aquila por haber convivido con Pablo y haber observado diligentemente sus costumbres en vestirse y calzarse y en todo lo demás que hacía. De aquí nació la cuestión acerca del motivo por el que siendo así que Cristo prohibía tener más de un vestido, nos encontramos con que Pedro y Pablo poseían el uno sandalias y et otro una capa. Y hemos demostrado que al usar de tales cosas los apóstoles no traspasaban la ley, sino que la habían observado cuidadosamente mientras les obligó. Y lo decíamos no para exhortaros a que amontonéis riquezas ni para alentaros a que poseáis más de lo que pide la necesidad, sino para que tengáis a la mano lo que habéis de responder a los paganos cuando se burlan de nosotros. Ciertamente Cristo, al anular su primer precepto, no ordenó que se poseyeran opulentas mansiones y esclavos, y lechos y vasos de plata, ni cosa alguna semejante; sino únicamente quiso que estuviéramos libres de aquel primer mandato.

Por semejante motivo Pablo amonestaba y decía: Teniendo con qué sustentarnos y

cubrirnos con esto estamos contentos} Lo que nos sobre de lo que necesitamos, debemos suministrarlo a tos pobres, como empeñosísimamente lo practicaban Priscila y Aquila. Por esto el apóstol los admira, los alaba y hace de ellos un excelente encomio. Pues en cuanto dijo: Saludad a Priscila y Aquila, cooperadores míos en el Señor, añadió en seguida el motivo de tan gran caridad. ¿Cuál fue?: Los cuales, por salvar mi vida, expusieron su cabeza. Le dirá alguno; entonces ¿éste es el motivo de que los ames? ¡Este sobre todo! Porque aun cuando solamente esto hubieran hecho, serían dignos de alabanza. Quien ha salvado al jefe del ejército, ha salvado al ejército; quien ha librado de los peligros al médico, ha devuelto la salud a los enfermos; quien arrebató del piélago al piloto, libró de las olas a todo el pasaje. Y del mismo modo, quienes salvaron al maestro de todo el orbe, y por salvarlo derramaron su sangre, se convirtieron en beneméritos de todo el orbe, puesto que por su cuidado para con el maestro salvaron a todos los discípulos.

Mas, para que entiendas que no solamente se mostraron tales para con el maestro, sino que tuvieron el mismo cuidado de los hermanos, oye lo que sigue. Porque una vez que Pablo dijo: Los cuales por salvar mi vida expusieron su cabeza, añadió: a quienes no sólo yo estoy agradecido sino todas las iglesias de la gentilidad. ¿Qué dices? ¿A unos fabricantes de tiendas de campaña? ¿A unos pobres operarios que fuera de lo necesario no poseían cosa alguna, las iglesias todas de los gentiles les dan las gracias? Pero ¿en qué pudieron aprovechar a tan gran número de iglesias esos dos esposos? ¿Con qué abundancia de recursos, con qué grandeza de poder, con qué favor de los príncipes brillaron?

Delante de los gobernadores no significaron nada ni por la abundancia de bienes, ni por el poder o el favor. Pero tenían algo más grande que todo eso: ¡un ánimo pronto y muy dispuesto a ios peligros! ¡Por tal motivo fueron beneméritos y salvaron a muchos! Es que a la Iglesia no la aprovechan tanto los ricos opulentos, como los pobres de gran ánimo. Y nadie se admire de semejante sentencia. Porque lo que acabo de decir es verdad y se comprueba con los hechos. Los ricos sufren mil molestias y corren infinitos peligros. Temen por su casa, por sus criados, por sus campos, por sus haberes: no sea que alguien les robe algo. Quien es señor de muchos, se ve obligado a ser esclavo de muchos. En cambio el pobre, libre de todos esos cuidados y sin solicitudes, es un león que respira fuego, y tiene un ánimo fuerte y generoso; y se desembaraza de todo y fácilmente procede a todo lo que puede ser de provecho para la Iglesia; ya sea necesario reprender a alguno o increparlo, ya tenga que emprender empresas innumerables por Cristo. Porque como ya ha despreciado la vida presente, todo lo lleva a cabo con suma facilidad.

Yo te pregunto: ¿Qué puede el pobre temer? ¿Que le roben sus riquezas? ¿Quién lo puede afirmar? ¿Ser echado al destierro? ¡Tiene como ciudad todo el orbe de la tierra! ¿Que alguien lo prive de deleites o de gente que lo rodee? ¡Ya se ha despedido de tales cosas y vive en el cielo y se apresura hacia la vida eterna! ¡Aunque sea necesario dar la vida y derramar la sangre, lo suplicará! De manera que un varón semejante es superior en poder y riquezas a cualquier tirano y a los reyes y a todos los pueblos! Y para que comprendas que tales cosas se dicen con verdad y no por adulación: y que quienes nada poseen son los más libres para expresarse, advierte lo que sigue: ¿Cuántos ricos había en los tiempos de Herodes y cuántos poderosos? Y ¿quién fue el que salió al medio? ¿quién increpó al tirano? ¿quién vengó la ley de Dios despreciada? ¡Ninguno de los ricos, sino un pobre necesitado, que no tenía ni lecho ni mesa ni casa! ¡El habitante del

desierto, digo, Juan! ¡él el único y el primero, con toda libertad corrige al tirano y pone de manifiesto aquella unión adulterina; y lo hace estando todos presentes y oyéndolo; y pronuncia sentencia condenatoria!.

Antes que Juan, el gran Elias, que nada poseía fuera de su piel de oveja, fue también el único que varonilmente increpó al impío y perverso Acab. ¡Nada engendra tan gran libertad en el hablar, nada tan gran confianza en las dificultades, nada hace tan fuertes a los hombres, como el nada poseer y no andar envueltos en negocios seculares! En consecuencia, si alguno ¦ anhela la fortaleza, que abrace la pobreza, que desprecie la vida presente, que en nada tenga la muerte. Podrá entonces ser de más provecho a las Iglesias que los ricos y que los mismos príncipes y los reyes. Los reyes y los ricos, cuanto hacen lo hacen mediante sus riquezas; mientras que el pobre todo lo lleva a cabo generalmente entre peligros de muerte. Y cuanto más preciosa que todo el oro es la sangre, tanto es mejoría pobreza que las riquezas abundantes.

Así eran los que hospedaban a Pablo, Priscila y Aquila: no poseían abundancia de bienes, pero tenían un ánimo rico más que todas las riquezas, y cada día esperaban la muerte, y vivían entre sangre y matanzas y constantemente padecían el martirio. Mas, precisamente por esto en aquellos tiempos florecían los intereses de los católicos, pues tan íntimamente estaban unidos los discípulos a sus maestros y lo maestros a sus discípulos. Pablo lo testifica no acerca de dos, sino de muchos otros. Escribe a los hebreos, a los tesalonicenses y a los gálatas, y asegura que todos están afligidos de graves tribulaciones; y escribe en sus cartas que todos eran arrojados de sus ciudades, desterrados de su patria con pérdida de sus bienes y que andaban en peligro de sus vidas. De modo que toda su vida la pasaban en terribles combates; pero no rehusaban ni ser mutilados en sus miembros con tal de salvar a sus maestros.

Dice Pablo escribiendo a los gálatas: Testifico que, de haberos sido posible, los ojos mismos os hubierais arrancado para dármelos. Y lo mismo alaba en Epafras que vivía en Golosos con estas palabras: Ciertamente que estuvo a punto de morir: pero Dios tuvo misericordia de él, y no sólo de él sino también de mí, para que yo no tuviera tristeza sobre tristeza. Claramente declara aquí el dolor que habría sufrido con la muerte de su discípulo, cuya virtud en alguna otra parte descubre diciendo: Estuvo a punto de muerte, habiendo puesto en peligro su vida, para suplir en mi servicio vuestra ausencia. ¿Quién habrá más feliz que aquellos varones, y quién más miserable que nosotros? Aquellos derramaban su sangre y daban la vida por sus maestros; mientras que nosotros no nos atrevemos ni a levantar la voz en favor de nuestros prelados y padres comunes; sino que, oyendo que los maldicen y los deshonran y afrentan tanto los suyos como los extraños, no reprimimos a quienes maldicen ni los reprendemos ni lo impedimos. ¡Ojalá, inclusive, no seamos nosotros mismos los primeros en maldecirlos!.

Estamos viendo que se profieren contra los príncipes, de parte de los fieles y de quienes nos están unidos con los vínculos de la religión, tantas injurias y afrentas, que superan en número a las que profieren los gentiles. Yo en este punto, de buena gana preguntaría de dónde ha provenido tan gran desidia y desprecio de la piedad, hasta llegar a estar enemistados nuestros Prelados mismos. Nada hay que así pueda destruir y deshacer la Iglesia, nada que tan fácilmente la lleve al naufragio, como el no estar estrechamente unidos los discípulos a sus maestros, los padres a sus hijos, los príncipes a los subditos. Si alguno maldice a su hermano, se le excluye de la lectura de las Sagradas Escrituras. Porque dice Dios: ¿Cómo te atreves, dice al impío, a hablar de mis mandamientos, y a

tomar en tu boca mi alianza? Y pone luego el motivo: ¡Sentado difamabas a tu hermano! Y tú, tras de haber recriminado a tu padre en el espíritu ¿te juzgas digno de acercarte al sagrado vestíbulo? ¿No es tal cosa una incongruencia?

Si quienes maldicen a su padre o a su madre han de sufrir la muerte según la Ley, ¿de qué condena no será digno quien se atreve a maldecir al que es más necesario y mejor que los padres carnales? ¿No teme que se le abra la tierra y lo trague, o que bajando el rayo del cielo queme su lengua maldiciente? ¿No habéis oído lo que le aconteció a María, la hermana de Moisés por haber maldecido al príncipe? ¿cómo quedó inmunda y se llenó de lepra y hubo de soportar la suprema ignominia, y ni aun intercediendo por ella su hermano alcanzó perdón; y esto a pesar de haber sido la que expuso en el río al santo e hizo que para su educación fuera la madre tomada como nodriza del niño a fin de que no fuera nutrido a los pechos de una bárbara? Luego fue capitana del ejército de mujeres, como Moisés lo era de los varones; como verdadera hermana de Moisés juntamente soportó con éste los trabajos por el desierto. Y, sin embargo, cuando maldijo al príncipe, de nada le sirvió para escapar de la ira de Dios. Ni siquiera Moisés, el que tras de la otra inmensa impiedad pudo aplacar a Dios en favor del numeroso pueblo con sus ruegos, pudo ahora, suplicando por su hermana y pidiendo perdón, aplacar a Dios; sino que Dios lo increpó gravemente. Todo para que aprendamos nosotros cuan malo sea maldecir a los príncipes y andar juzgando las vidas ajenas.

En el día del juicio, no juzgará Dios únicamente acerca de lo que pecamos, sino también acerca de los pecados de que juzgamos a los demás; y quizá, lo que por su naturaleza es pecado leve, se torna grave y no perdonable, a causa de que el que ha pecado, anda además juzgando a otro. Tal vez no está claro lo que acabo de decir. ¡Digámoslo con mayor claridad! Ha pecado alguno; y otro que comete el mismo pecado, lo ha juzgado y condenado. Pues este tal, en aquel día amarguísimo, pagará no la pena que pide la naturaleza de su pecado, sino más del doble y el triple. Porque Dios le señalará un castigo, no por haber él pecado solamente, sino además por haber hecho tan grave juicio del otro que igualmente había caído.

Voy a demostrarlo, como ya lo prometí, con mayor claridad mediante una historia ya pasada. El fariseo, aunque no había pecado, sino que había vivido justamente y podía alardear de muchas buenas obras, por haber condenado al pubücano como ladrón, avaro y perversísimo, sufrió tan grave castigo y lo atrajo sobre sí. Pues nosotros, que diariamente pecamos y andamos condenando las vidas ajenas, incluso ignoradas de otros, ¡piensa tú qué pena tan grave habremos de padecer' y cómo quedaremos sin perdón! Porque dice la Escritura: Con el juicio con que juzgareis seréis juzgados?

Teniendo en cuenta todo esto, os suplico, os ruego, os amonesto que os apartéis de tan perversa costumbre. Los sacerdotes a quienes maldecimos no sufrirán por esto mal alguno, ya sea falso, ya verdadero lo que de ellos digamos, del mismo modo que el fariseo en nada dañó al publicano; más aún le aprovechó, a pesar de que decía de éste cosas verdaderas. Pero nosotros nos atraemos males terribles, como el fariseo empujó contra sí mismo la espada, y salió del templo tras de haber recibido una herida mortal. Pues para no ir a sufrir nosotros lo mismo, dominemos la lengua desordenada. Si el que maldijo a un publicano, no escapó sin castigo ¿qué defensa tendremos nosotros que maldecimos a nuestros padres? Si María, por haber maldecido una sola vez a su hermano padeció tan grave suplicio ¿qué esperanza de salvación nos queda pues diariamente cargamos de injurias a nuestros príncipes?

Ni vaya alguno a decirme: ¡es que allá se trataba de Moisés! Porque yo podré responderle: ¡es que se trataba de María! Por lo demás, para que por otro camino veas con entera claridad que no debe juzgarse de los sacerdotes y de su vida, aun cuando sean manifiestamente reos de crimen, oye lo que dice Cristo acerca de los príncipes de los judíos: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: haced, pues, lo que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras. - Y ¿qué podía haber peor que el comportamiento de aquéllos cuyo celo resultaba dañoso a los discípulos? Y, sin embargo, ni así los rebajó en su dignidad Cristo, ni los hizo despreciables a los ojos de los subditos. ¡Y con razón! Porque si una vez hubieran tomado íos subditos potestad semejante, veríamos al punto cómo serían derribados los príncipes de sus magistraturas por los particulares.

Por tal motivo Pablo, como hubiera hecho una injuria al príncipe de los sacerdotes judíos, y le hubiera dicho: ¡Dios te herirá, pared blanqueada! ¿Y tú te sientas como juez a juzgarme? luego que oyó a algunos que lo reprendían y le decían: ¿Así injurias al Pontífice de Dios?, para demostrar que a los sacerdotes de Dios hay que manifestarles honor y reverencia ¿qué dijo?: ¡No sabía que era el Pontífice de Dios! Por igual motivo David, como hubiera capturado al perverso Saúl que anhelaba el homicidio y era digno de infinitos castigos, no solamente no le dio muerte, sino que ni siquiera soportó que se le dijera en su contra alguna palabra alterada. Y como diera la razón, dijo: ¡Es el Cristo del Señor!2

Ni solamente por aquí puede verse la verdad de lo que veníamos diciendo, sino también y muy claramente, por otro camino observaremos cómo el subdito debe estar muy lejos de corregir a los sacerdotes. Como el arca del Señor fuera llevada, algunos de los subditos, por ver que se inclinaba en el carro y resbalaba, la enderezaron. Sufrieron ahí mismo el castigo y quedaron muertos, heridos de la mano de Dios, aun cuando nada hacían que no fuera razonable. Pues no andaban derribando el arca, sino que la levantaban cuando estaba para caer. Y para que veas con mayor claridad aún la dignidad de los sacerdotes, y que no es lícito a un subdito que permanece en la clase de los laicos, corregir semejantes cosas, por tal motivo Dios mandó a los atrevidos ahí mismo, en medio de la multitud, la muerte. Aterrorizó así grandemente a los demás con semejante prodigio y los persuadió a que ni siquiera se acercaran a los sitios reservados a los sacerdotes.

Si cada cual, bajo las apariencias de corregir lo malo se entromete con la dignidad sacerdotal, desde luego nunca le faltarán ocasiones para corregir; de manera que, confundidos unos con otros, ya no podremos discernir entre el subdito y el príncipe. Ni vaya alguno a pensar que lo digo por acusar a los sacerdotes -pues por la gracia de Dios en todas las cosas se muestran notablemente virtuosos, como vosotros lo sabéis, y jamás han dado ocasión a nadie para que se les recrimine-sino para que aprendáis que, aun en el caso de que tuvierais sacerdotes indignos y maestros molestos, ni aun así seria seguro para vuestra conciencia ni falto de grave peligro el maldecirlos.

Si de los padres carnales dijo cierto sabio: Si llega a perder la razón muéstrate indulgente con élp > puesto que nada podrás darle que iguale a lo que de él recibiste, mucho más ha de observarse esta ley con los padres espirituales. Lo propio-de cada cual es que examine su propia vida con toda diligencia, a fin de que el dia del juicio no oigamos aquella palabra terrible: ¡Hipócrita! ¿Por qué ves la paja en el ojo de tu

hermano y no consideras la viga en el tuyo ?26 Propio es del hipócrita besar la mano al sacerdote en público y cuando todos lo ven, y tocar las rodillas y suplicarle que ruegue por él, y correr hacia sus puertas cuando se necesita el bautismo; y en cambio en la casa y en la plaza, cargar de oprobios a quienes son autores y ministros de bienes tan grandes, y dar su asentimiento a los maldicientes.

Si tan perverso es el sacerdote ¿cómo lo tienes por digno ministro de tan tremendos sacramentos? Y si te parece ser ministro digno ¿cómo es que soportas que otros lo maldigan y no les cierras la boca ni te enfadas ni molestas, de manera de alcanzar por ese camino una excelente recompensa de parte de Dios, e incluso una alabanza de los mismos que maldicen? Porque aun cuando profieran infinitas injurias, sin embargo, certísim amenté te alabarán y te acogerán, a causa de tu egregio cuidado de la fama de los sacerdotes. Y por el contrario, si no lo hacemos así, todos nos condenarán, aun los mismos que maldicen.

Añádese a esto algo más grave aún: que allá en la otra vida sufriremos el castigo. ¡No hay enfermedad que así destruya las Iglesias! Como un cuerpo que no tiene sanos los nervios engendra infinitas enfermedades y hace insoportable la vida, así la Iglesia, si no está rodeada y ceñida de la invicta cadena de la caridad, origina muchas discordias, acrece la ira de Dios y es ocasión de innumerables tentaciones.

Para que nada de esto suceda, y para que no exacerbemos a Dios, ni aumentemos nuestros males, y para que no nos preparemos un castigo, un ineludible y eterno castigo, y para que no llenemos aun la vida presente de mil incomodidades, obliguemos a nuestra lengua a bien hablar. Examinemos cada día nuestro propio modo de vivir, con diligencia; y dejemos al juicio de quien exactamente conoce aun las cosas más recónditas de la vida de otros, lo que tal vez hacen. Por nuestra parte, condenemos nuestros pecados. Así lograremos evitar el fuego de la gehenna. Porque así como quienes andan ocupados en examinar curiosamente las culpas ajenas suelen descuidar del todo los propios pecados, así quienes se apartan de semejantes inquisiciones tienen en cambio gran solicitud de sus propios delitos. Quienes consideran sus propias faltas, y cada día las examinan y se castigan a sí mismos, en aquel último día encontrarán al Juez lleno de mansedumbre.

Declarando esto Pablo, decía: Porque si a nosotros mismos nos juzgáramos, ciertamente no seríamos juzgados por el Señor.'! Pues bien: para que logremos evadir aquella sentencia, examinemos cuidadosísimamente nuestra conciencia, haciendo a un lado todo lo demás; corrijamos los pensamientos que nos induzcan a pecado; humillemos nuestra alma mediante la compunción y pidámonos cuentas de nuestras acciones. De este modo podremos fácilmente echar de nosotros la carga de nuestros pecados y gozar de pleno perdón, y juntamente pasar la presente vida con gran placer y conseguir los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

12

XII: Homilía acerca de las palabras del apóstol: Teniendo un mismo espíritu de fe,

como está escrito (2Co 4,13); y acerca de las palabras Creí por lo cual he hablado (Ps 115,10); y acerca de la limosna.

(Parece que las tres Homilías que siguen fueron predicadas en Antioquia, como se deduciría de las alusiones a los monjes que habitan las montañas, cosa que no se veía en Constantinopla).

Los MÁS EMINENTES médicos, cuando ven que una llaga necesita del hierro, proceden a cortarla; pero no lo hacen despiadadamente y sin compasión, sino que se conduelen y al mismo tiempo se alegxan, no menos que quienes sufren la operación: se conduelen por el dolor que al cortar producen, pero se alegran por la salud que al enfermo proporcionan. Pues lo mismo hizo Pablo, el excelente médico de las almas. Como los de Corinto necesitaran una reprensión un tanto áspera, se alegró y juntamente se entristeció. Se entristeció por el dolor que les causaba, pero se alegró por el bien que les producía. Y significando ambas cosas, decía: Por lo cual, aunque os contristé con mi carta, no me pesa; y aunque estaba pesaroso'.. . ¿Por qué estaba pesaroso? ¿Por qué ya no lo está? Estaba pesaroso por haberos reprendido un tanto acremente. Ya no lo estoy porque corregí el pacado. Y para que veas ser esta la causa, oye lo que sigue: Porque veo que con aquella carta, aunque por algún tiempo os contristé, pero ahora me gozo, no porque os entristecisteis, sino porque os entristecisteis para penitencia. Como si dijera: si os entristecí, la molestia fue brevísima; la utilidad, en cambio, ha sido permanente.

Permitidme que ahora use yo de las mismas palabras ante vuestra caridad. Si con mi primera amonestación os entristecí, no me pesa, aunque es verdad que me había pesado; porque veo que aquella admonición y consejo, aunque os entristeció momentáneamente, sin embargo, me ha acarreado un gozo mayor: no porque os hayáis entristecido, sino porque os entristecisteis para penitencia. El hecho mismo de haberos entristecido según Dios ¡cuánta prontitud de ánimo ha excitado en vosotros! ¡Ahora nuestra reunión está mucho más concurrida, más alegre está nuestro conjunto, más abundante es el coro de nuestros hermanos! ¡Esta alegría y presteza, fruto son de aquella tristeza! Por consiguiente, tanto cuanto entonces me dolí, ahora me alegro al contemplar nuestra viña espiritual colmada de frutos.

Si en los convites profanos procura al comensal cierto honor y alegría la abundancia de compañeros, cuánto más conviene que suceda lo mismo en estos espirituales banquetes.

Y eso que en aquellos convites la multitud de convidados hace que haya un mayor consumo de manjares y que el gasto sea mayor; mientras que acá, por el contrario, en vez de que la multitud de comensales agote las mesas, más bien produce abundancia. Pues si allá ios gastos a pesar de todo producen alegría ¿cuánto mayor la producirán acá las entradas? Porque tal es la naturaleza de las cosas espirituales: cuanto mayor es el número a que se distribuyen, tanto más se acrecientan.

Y pues contemplo la mesa llena de comensales, espero que también la gracia del Espíritu Santo inspirará nuestro pensamiento. Porque la gracia, cuanto más numerosos ve que son los comensales, más copiosos manjares suele poner delante.

Y no porque el número escaso le cause fastidio, sino porque anhela la salvación de muchos. Tal fue la razón de que a Pablo, cuando iba recorriendo las otras ciudades, Cristo le ordenara detenerse en Corinto, en una visión en que le dijo: ¡No temas! ¡habla

y no calles! ¡porque tengo en esta ciudad un pueblo numeroso!? Si el Pastor anduvo errante por montes y bosques y sitios impenetrables en busca de una ovejita ¿cómo podrá suceder que no ponga mayor cuidado cuando hay que sacar de la desidia y del error a muchas ovejas? Pero que tampoco desprecie a las menos numerosas, oye cómo El mismo lo dice: No es voluntad de mi Padre que perezca ni uno solo de estos pequeñuelos?" Como si dijera: ni el escaso número ni la bajeza vuestra lo lleva a despreciar vuestra salvación.

Siendo así que tan gran cuidado tiene de los pequeños y pocos, como de los muchos, pues todos están dependiendo de su favor y gracia ¡ea! vengamos con el discurso a las palabras de Pablo que hoy se nos han leído: Sabemos, dice, que si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace ... 4 Pero vayamos al comienzo mismo de la sentencia desde sus principios. Los que andan en busca de las fuentes, cuando encuentran un sitio húmedo y con agua, no examinan únicamente ahí el suelo, sino que siguiendo aquella humedad y pequeña corriente inquieren más adentro el manantial, hasta que llegan al brote mismo y comienzo de los raudales. ¡Hagámoslo así nosotros!.

Pues hemos encontrado la fuente espiritual que brota de la sabiduría de Pablo, siguiendo tras estas palabras, como quien sigue la vena de una corriente, lleguemos hasta el brote primero y nacimiento de la misma sentencia. ¿Cuál es el venero?: Teniendo el mismo espíritu de fe,, según lo que está escrito: Creí, por eso hablé; también nosotros creemos y por esto hablamos. 1 ¿Qué dices? ¿Si no creyeras no hablaras y permanecerías callado? ¡Sí! dice. Porque sin la fe no puedo ni abrir la boca; y, a pesar de estar dotado de razón, quedo mudo si la fe no me enseña a hablar.

Como la planta, si se la destituye de su raíz, no produce fruto, así sin el fundamento de la fe no brota el discurso de la enseñanza. Por lo cual en otra parte dice: Porque con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa para la saludfi ¿Qué hay que pueda compararse ni preferirse a este árbol, del que no solamente los ramos sino también la raíz producen frutos; ésta de justicia y aquéllos de salvación? Pues tal es el motivo de que Pabío dijera: Creemos y por esto hablamos. Así como los miembros ya temblorosos y débides a causa de la ancianidad, apoyados en un báculo seguro, no se deslizan ni caen al suelo, así la fe, al modo de un seguro báculo -el más seguro de todos- sustentando nuestra alma traída y llevada de una parte a otra por sus débiles raciocinios, y restaurándola con sus fuerzas, la fortalece en gran manera y no la deja caer, sino que le corrige con la excelencia de su virtud la fragilidad de su pensamiento y le quita la oscuridad, y la ilumina cuando se encuentra sentada como en una habitación tenebrosa, en medio del tumulto de sus ideas.

De aquí nace que quienes carecen de la fe no se encuentran en mejor condición que los que pasan su vida entre tinieblas. Pues como éstos dan contra las paredes y contra los objetos que por delante topan y caen en las fosas y se despeñan en los precipicios por no tener el uso de los ojos para nada, puesto que nada los ilumina; así cuantos carecen de la fe, andan chocando entre sí unos con otros, y contra las mismas paredes, y finalmente de pronto se despeñan en algún mortal precipicio.

Testigos me son los que se jactan de su ciencia profana, y se contentan de su larga barba y manto raído y bastón. Tras de largas y repetidas disertaciones, no alcanzan a ver ni siquiera las piedras que tienen delante de los ojos; porque si conocieran que son piedras jamás las creyeran dioses. Además se acometen unos a otros y se entrechocan hasta

derribarse en el abismo pleno y profundísimo de la impiedad; y todo por haberse entregado en absoluto a sus propios raciocinios.

Pablo lo significó cuando dijo: Se entontecieron en sus razonamientos viniendo a obscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron neciosJ Y declarando luego cuan ciegos andaban y cuan necios eran, añade: Trocaron la gloria del Dios incorruptible, por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles. La fe disipa totalmente semejantes tinieblas en el alma que se hace digna de recibirla. Y a la manera que una nave agitada por los vientos que arrecian e inundada por las olas que la asaltan, sólo la mantiene firme el ancla descolgada, de manera que parece como si en mitad del piélago enraizara, así la mente humana, agitada de diversos pensamientos extraños, con la llegada de la fe se afirma más seguramente que con una ancla, y se libra cuando estaba a punto de naufragar; de manera que la fe la conduce, como a un puerto tranquilo, a la firmeza de la conciencia.

Y también esto lo significó Pablo cuando dijo: Por esto Dios constituyó apóstoles para la perfección consumada de los santos, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, y ya no seamos párvulos que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina?* ¿Observas la excelentísima hazaña de la fe, que a la manera de una ancla segurísima libra del oleaje y de las fluctuaciones; como escribe el mismo Pablo a los hebreos, cuando les dice: La cual tenemos como segura y firme áncora de nuestra alma y que penetra hasta el interior del velo?$ Y para que cuando oyes áncora no vayas a pensar que habrás de ser llevado hacia abajo, te declara que se trata de un nuevo género de ancla que no hunde sino eleva la mente a lo alto y la introduce al interior del velo del santuario, llevándola como de la mano. En este sitio, llamó Pablo velo al cielo. ¿Por qué? Porque así como el velo separaba la parte interior y Santo de los Santos del Santuario de la exterior del tabernáculo, así este cielo que vemos es como un velo colocado intermedio entre las creatu-ras, que separa lo exterior, del tabernáculo; o sea este mundo visible, del Santo de los Santos; es decir, de las cosas de allá arriba a donde fue por delante y penetró por nosotros Cristo.

De modo que lo que dice hay que entenderlo de la siguiente manera. La fe levanta nuestra alma a la altura aquella y no le permite quedar sumergida por las adversidades presentes, sino que la aligera mediante la esperanza de las cosas futuras. Quien espera las cosas futuras, con la esperanza de las cosas del cielo y con ios ojos fijos en éstas, ni siquiera siente las molestias de los males presentes, como no las sentía Pablo. Y enseñaba la causa de semejante virtud cuando decía: Pues la momentánea y ligera tribulación nos prepara un incalculable peso de gloria eterna! ¿Cómo? ¡Porque no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles, es decir, los ojos de la fe. Pues así como los ojos del cuerpo nada ven de lo que es intelectual, así los ojos de la fe nada ven de lo que es sensible.

Mas ¿de cuál fe habla aquí Pablo? Porque la palabra fe tiene un doble significado. Se llama fe la virtud por la que los ¦apóstoles hacían milagros; y de ésta decía Cristo: Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a ese monte: ¡trasládate! y se trasladaría. - Y en otra ocasión cuando los discípulos no pudieron librar al lunático del demonio, y preguntaban la causa,. Cristo les dijo ser ésta: ¡su falta de fe! Pues les dijo: Por vuestra incredulidad. 2 De esta misma fe hablaba Pablo: Aun cuando tenga una fe tal que traslade las montañas... Y también Pedro, cuando caminaba sobre las aguas por su pie sobre el mar, oyó la misma reprensión: ¡Hombre de poca fe! ¿por qué dudaste? ¡

Se llama pues fe a la virtud por la que se hacen milagros y prodigios. Pero también se llama fe a la virtud que nos lleva al conocimiento de Dios y es por la que nos llamamos fieles, como dice Pablo escribiendo a los romanos: Ante todo doy gracias a mi Dios por Jesucristo, por todos vosotros, de que vuestra fe es conocida en todo el mundo.'1-5 Y luego a los tesa-lonicenses: Y así, desde vosotros no sólo se ha difundido la palabra del Señor en Macedonia y Acaya, sino que en todo lugar, vuestra fe en Dios se ha divulgado. ¿De qué fe habla aquí? Sin duda de la fe por el conocimiento, como aparece claro por lo que sigue: Creemos, por lo cual hablamos. ¿Qué es lo que creemos? Que: Quien resucitó a Cristo también nos resucitará a nosotros por su poder.

Mas ¿por qué a esta fe la llama Pablo Espíritu de fe, y la enumera entre los dones? Porque si la fe es un don, y don de sólo el Espíritu Santo, no es merecimiento nuestro ni los que no creen serán por tal motivo castigados ni los que creen merecerán por ello alabanza. Porque la naturaleza de los dones es así. Con dones simples no hay coronas, no hay recompensas. El don no es mérito de quien lo recibe, sino liberalidad y gracia de quien lo concede. Tal fue el motivo que tuvo Cristo para decir a los discípulos que no se gozaran por echar los demonios en su nombre ni porque habían profetizado y habían hecho otros prodigios. A muchos que habían profetizado y habían hecho prodigios los excluyó del reino de los cielos: ¡no alcanzaron favor alguno por sus méritos, sino que anhelaban salvarse por solos los dones!.

Si pues la fe fuera de tal naturaleza y nosotros no pusiéramos nada en ella de nuestra parte, sino que toda fuera don del Espíritu Santo y se infiltrara espontáneamente en nuestra alma, y si por ella no vamos a recibir recompensa alguna ¿cómo es que dice Pablo?: Con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa para la salvación. Pues lo dice porque la fe es mérito de la virtud del que cree. O si no ¿por qué en otro lugar indicando lo mismo dice Pablo: Mas el que no trabaja sino que cree en el que justifica al impío, su fe le es computada por justiciad si todo es don del Espíritu Santo, Espíritu que aun al patriarca Abraham lo ciñó con infinitas coronas, porque, habiendo despreciado las cosas presentes, esperó contra toda esperanza?

¿Por qué, pues, Pablo llama a la fe Espíritu de fe? Porque quiere dar a entender que, obedeciendo al que llama y creyendo al principio, hace lo suyo la voluntad buena nuestra. Pero, una vez que se han puesto los fundamentos de la fe, entonces se requiere el auxilio del Espíritu Santo para que la fe permanezca en nosotros firme e inconmovible. Ni Dios ni la gracia del Espíritu Santo se adelantan a nuestro propósito y determinación; de modo que, aun cuando llamen, sin embargo esperan a que espontáneamente y por nuestra cuenta y voluntad nos acerquemos; y finalmente, una vez que nos hemos acercado, entonces nos dan íntegro su auxilio.

El demonio, apenas nos hemos acercado a la fe, al punto se desliza, con el ansia de arrancar tan excelentísima raíz, y se apresura a sobresembrar la cizaña y dañar la simiente limpia y auténtica. Por tal motivo necesitamos del auxilio del Espíritu Santo, para que asentándose en nuestras almas a la manera de un activo labrador, por todos lados defienda con gran cuidado y providencia la nueva planta de la fe. Por esto escribiendo a los tesalonicenses, decía Pablo: ¡No apaguéis el Espíritu!/ para manifestar que en acercándose la gracia del Espíritu Santo, nos tornamos inexpugnables al perverso demonio y a todas sus asechanzas. Si nadie puede decir el nombre del Señor Jesús sino en el Espíritu Santo, con mayor razón no podrá conservar segura y bien arraigada la fe,

sino en el Espíritu Santo.

Mas ¿cómo podremos atraernos el auxilio del Espíritu Santo y persuadirlo a que permanezca con nosotros? Mediante las buenas obras y un modo virtuoso y bueno de vivir. Como la luz de la lámpara se mantiene con el óleo y si éste se consume por el mismo hecho la lámpara se extingue, así la gracia del Espíritu Santo, mientras nos ocupamos en buenas obras y regamos el alma por medio de limosnas abundantes, permanece en nosotros, no de otro modo que la llama alimentada por el óleo. Pero si no existen las buenas obras, entonces se aparta de nosotros y se va, como les sucedió a las cinco vírgenes aquellas. Tras de muchos trabajos y sudores, como no tuvieran resguardo alguno de parte de su misericordia, no pudieron conservar la gracia del Espíritu Santo y fueron rechazadas del tálamo nupcial y oyeron aquella temerosa palabra: ¡Apartaos de mí! ¡no os conozco! 21 Palabra más dura que la gehenna.

Tal fue el motivo de que se las llamara necias. Y con razón. Pues habiendo vencido las concupiscencias que son más fuertes, quedaron vencidas por otra menos poderosa.

Porque, observa: dominaron la violencia de la naturaleza, enfrenaron la rabiosa locura de la lascivia, apaciguaron las olas de las pasiones, vivieron en la tierra llevando una vida de ángeles, vestidas de carne emularon a las Virtudes de allá arriba, las incorpóreas. Y tras de tan inmensos trabajos, no pudieron dominar la codicia de riquezas, convertidas de verdad en necias e insensatas. Y así no fueron halladas dignas de perdón, ya que su caída fue únicamente causada por su descuido y pereza. Las que entre tan intensas llamaradas pudieron apagar el horno de la concupiscencia y saltaron aún más allá de los límites de la palestra, de manera que habían llevado a cabo hasta más de lo prescrito -porque no hay ley que prescriba la virginidad, sino que ha quedado libre y a voluntad de los oyentes-, tras de tan ingentes hazañas, quedaron vencidas por la codicia del dinero. Y ¿qué puede haber más miserable que arrojar de la cabeza la corona, por un poco de plata?

No digo tales cosas para quitar aliento a las vírgenes, ni porque yo quiera acabar con semejante virtud, sino para que no vayan a correr en vano. ¡No les suceda que después de tan inmensos trabajos, privadas de la corona y llenas de vergüenza, hayan de salir de la palestra! ¡Buena cosa es la virginidad y hazaña que supera las fuerzas naturales! Pero esto, que es cosa buena y grande y que supera las fuerzas naturales, si no lleva unida la misericordia, no podrá entrar ni siquiera al vestíbulo del tálamo nupcial. Y aquí es bueno que consideres la fuerza de la misericordia y de la limosna.

La virginidad sin la limosna, no pudo conducir ni siquiera al vestíbulo del tálamo, mientras que la limosna sin la virginidad lleva como de la mano a quienes la ejercitan, con grande encomio al reino de los cielos, preparado antes de la constitución del orbe. Las vírgenes aquellas, por no haber ejercitado la limosna en grado notable, oyeron la palabra: ¡Apartaos! ¡no os conozco! En cambio, los que dieron de beber al sediento y alimentaron a Cristo hambriento, aunque no podían presentar la virtud de la virginidad, oyeron: ¡Venid, benditos de mi Padre! ¡poseed el reino que os está preparado desde la constitución del mundoftS Y con razón. Porque quien guarda virginidad y ayuna es útil para sí; pero quien se compadece de los demás es un puerto común para los náufragos, y alivia la pobreza de los prójimos, y los socorre en sus necesidades. Es un hecho que de entre las buenas obras las que se ejercitan para utilidad de los prójimos suelen ser las más alabadas.

Y para que veas que semejante precepto lo cuida Dios más que a los otros preceptos, cuando predicaba sobre el ayuno y la virginidad, recordó el reino de los cielos; pero cuando trató de la limosna y la misericordia, y ordenó que nos mostráramos compasivos, propuso un premio mucho mayor que el reino de los cielos. Porque dice; Para que seáis semejantes a vuestro Padre que está en los cielos. Las leyes y ordenaciones que sirven para la utilidad pública son las que especialmente hacen al hombre semejante a Dios, en cuanto el hombre puede asemejársele. Y para significarlo, dijo Cristo: Que hace nacer su sol sobre buenos y malos y manda su lluvia sobre justos y pecadores? Pues del mismo modo vosotros, usando cada cual según sus posibles de sus propios haberes para común utilidad de sus hermanos, imitad al que pone sus bienes a disposición de todos igualmente.

Inmensa es la dignidad de la virginidad; y por tal razón, yo anhelo que sea honrada y enaltecida sobre manera. Pero su nobleza no consiste únicamente en abstenerse del matrimonio, sino además en ser misericordiosa y amante de sus hermanos e inclinada a la conmiseración. Porque ¿qué utilidad se sigue de la virginidad, si va unida con ia crueldad? ¿qué ganancia se logra de la templanza si va unida con la inhumanidad? ¡No habrá sido vencida la virginidad por el placer corporal, pero sí por la codicia de riquezas! ¡No se habrá admirado del rostro de los hombres, pero si de la hermosura del oro! ¡Habrá superado a un adversario mayor, pero habrá sucumbido ante otro inferior y más débil! ¡Habrá sido más vergonzosamente vencida! ¡No serás digna de perdón, pues habiendo dominado una tan grande violencia, y habiendo luchado contra la naturaleza misma, fuiste en cambio vencida por la avaricia, a la que con frecuencia lograron vencer aun los esclavos y los bárbaros sin esfuerzo alguno!.

Sabiendo, pues, tales cosas, carísimo, ya vivamos en virginidad ya en matrimonio, ejercitemos con mucha diligencia la limosna, porque no se puede llegar por ningún otro camino al reino de los cielos. Si la virginidad sin la limosna no pudo conducir al reino ¿qué otra buena obra podrá hacerlo? ¡En consecuencia, con todo empeño, con todas nuestras fuerzas, pongamos el óleo en nuestras lámparas en abundancia y constantemente, a fin de que la llama permanezca viva y grande! ¡No mires al pobre que la recibe, sino a Dios que la premia; no al que recibe el óbolo, sino al que se obliga a pagártelo! De manera que uno es el que recibe y otro es el que paga, para que la pobreza y la desgracia del que recibe te mueva a compasión y misericordia; y la riqueza de Dios que te ha de pagar y que te asegura y da prendas de que lo hará con usura, te proporcione mayor confianza del fruto y de los réditos, y te excite a dar con mayor abundancia las limosnas.

Porque yo te pregunto: ¿quien ha de recibir el céntuplo y está seguro de recibirlo, no impondrá alegremente todo su capital? ¡En consecuencia, no ahorremos nuestros dineros! O mejor dicho: ¡sí, ahorrémoslos! Porque quien de este modo ahorra sus dineros, los coloca en las manos de los pobres; es decir, que los torna un tesoro sagrado, a donde no pueden llegar ni los ladrones, ni los criados, ni el sicofanta malvado, ni las asechanzas de mortal ninguno. Y si aún dudas de gastar un poco de tus bienes, a pesar de haber oído estas cosas; de manera que ni el céntuplo que habrás de recibir, ni la desgracia de los pobres, ni otra alguna cosa te doblega, piensa por lo menos en lo mucho que has pecado, entra en la conciencia de tus delitos, examina toda tu vida pasada, conoce con exactitud tus faltas: de este modo, aunque seas el más inhumano de todos los hombres, en verdad que, empujado constantemente por el terror de tus

pecados, y con la esperanza de alcanzar perdón por medio de la limosna, gastarás sin duda aun tu bienestar corporal en favor de los pobres, no digo ya tus dineros.

Si los heridos y quienes desean echar de sí las enfermedades corporales, no perdonan gasto alguno de sus bienes, aun cuando el vestido mismo se haya de dividir, con tal de salir de la dolencia, con mayor razón, debiendo curar la enfermedad del alma y las gravísimas llagas de los pecados, mediante la limosna, la ejercitaremos con suma presteza. Y por cierto, cuando estás enfermo no sanas repentinamente y por el hecho de entregar al médico tu dinero; sino que, con frecuencia, se necesita además una operación quirúrgica y quemar y amargas medicinas y sufrir hambres y frío y otras incomodidades graves, por el médico ordenadas; mientras que acá no es así. Porque basta con poner las monedas en manos de los pobres, y a! punto quedas libre de todos tus pecados, sin dolor y sin trabajo. Porque el médico que cura tu alma no necesita de arte ni de instrumentos, ni de hierro ni de fuego. Le basta con una inclinación de cabeza, y al punto se quitan del alma todos los pecados y desaparecen.

¿No has visto a los monjes, que han abrazado una vida en soledad, y que se han apartado a las cumbres de las montañas, cómo han preferido un género de vida excesivamente duro? ¡Esparcida la ceniza bajo sus pies, vestidos de saco, cargado el cuerpo de férreas cadenas, encerrados continuamente en su celda, luchan sin descanso con el hambre, viven en llanto continuo y en insoportables vigilias! ¡Pues todo es para limpiarse de alguna parte de sus culpas! En cambio tú puedes, sin tan duro género de vida, entrarte por este fácil y plano camino de la piedad y la limosna. Porque yo te pregunto: ¿qué trabajo hay en disfrutar de las cosas que delante se tienen y dar lo que sobre de limosna? Aunque no se hubiera propuesto ninguna recompensa; aunque no tuvieras de antemano preparada la recorrípensa tan excelente ¿acaso la naturaleza misma del negocio no podría persuadir hasta al más inhumano a que diera a los necesitados lo que a él le sobra?

Ahora, en cambio, cuando mediante la limosna se pueden lograr tantas coronas y tantas recompensas y tan pleno olvido de los pecados de parte de Dios, os pregunto: ¿qué excusa tendrán los que no dan su dinero, y en cambio sumergen su alma en las profundidades del pecado? Porque aunque ninguna otra cosa te mueva y te excite a condolerte y hacer limosna, por lo menos debes meditar cuan incierto es el fin de la vida, y pensar que si no lo das a los pobres, cuando se te eche encima la muerte, quieras o no quieras, tendrás que dejar tus bienes a otro. ¡Reparte ahora algo de éstos a los pobres mientras está en tu mano hacerlo! ¡Sé misericordioso! ¡Sería cosa de extrema locura que los bienes que necesariamente has de ceder a otro aun contra tu voluntad, no quisieras compartirlos con los necesitados voluntariamente, sobre todo cuando tan grandes recompensas te han de venir de semejante bondad! Dice el apóstol: Vuestra abundancia alivie la escasez de aquéllos.

¿Qué significa eso? ¡Que más es lo que recibes que lo que das! Das cosas sensibles y recibes bienes espirituales. Das dinero y recibes perdón de tus pecados. Libras del hambre al pobre, y tú te libras de la cólera divina. Es este un género de negociación que produce mayores réditos que gastos. Porque el gasto es en dinero, mientras que los réditos que produce no son de simple dinero, sino de perdón de los pecados y de confianza y favor de Dios y del reino de los cielos y de bienes de aquellos que ni el ojo vio ni el oído oyó ni en corazón humano pueden caber. Entonces ¿no sería absurdo que los comerciantes no perdonen trabajo alguno; y lo hagan precisamente cuando suelen

traficar permutando no unas cosas por otras más excelentes, sino igua'es y aun menos que iguales; y que nosotros, en cambio, cuando podemos permutar nuestras cosas corruptibles y momentáneas por otras incorruptibles y eternas, no pongamos siquiera la misma diligencia que ellos?

¡No, hermanos! ¡no descuidemos en tal forma las cosas de nuestra salvación! sino que movidos por el ejemplo de aquellas vírgenes y el de los que serán entregados al fuego preparado para el demonio y sus ángeles, por no haber alimentado a Cristo, retengamos en nosotros la gracia del Espíritu Santo, mediante la largueza en la misericordia y la abundancia de las limosnas, a fin de que no naufraguemos en la fe. La fe necesita del auxilio del Espíritu Santo y de la perseverancia para permanecer inconmovible; y semejante auxilio no suele retenerse en nosotros sino mediante la pureza de vida y las buenas costumbres. En consecuencia, si queremos tener la fe muy bien arraigada, necesitamos llevar un género de vida pura, que mantenga al Espíritu Santo en nosotros, del que depende, como consta, la fuerza toda de la fe. Porque es imposible ¡es absolutamente imposible que no vaciles en la fe si tu vida no es pura!.

Quienes andan creyendo en las vaciedades del hado y no creen en el dogma de la resurrección, se han precipitado en el báratro de la incredulidad, a causa de su mala conciencia y de sus perversas costumbres. Y a la manera que hacen los que padecen fiebres; que intentando quitarse el ardor con frecuencia se arrojan al agua fría; de manera que alivian por un breve tiempo su mal, pero por ese medio ellos mismos convierten en más recio su ardor, así los que andan atormentados por su mala conciencia y buscan algún modo de descanso, pero no quieren lavar sus pecados mediante la penitencia, y se acogen a la tiranía del hado y niegan el dogma de la resurrección, por tal camino, mientras en esta vida se consuelan con las aguas de las frías argumentaciones por breve tiempo, se preparan un fuego más intenso en la gehenna. Porque como acá se tornaron más perezosos, cuando llegan allá ven cómo cada cual paga las penas debidas por sus pecados.

Y para que conozcáis cómo las malas obras impiden grandemente la fe, escuchad a Pablo, que dice escribiendo a Timoteo: Te recomiendo que sostengas el buen combate con fe en la buena conciencia -y la buena conciencia proviene de las buenas obras y la vida virtuosa- la cual algunos rechazándola naufragaron en la fe. 7 Y en otra parte: Porque la raíz de todos los males es la avaricia y muchos dejándose llevar de ella se extravían en la fe.. ¿Observas cómo aquéllos por tal motivo naufragaron, y éstos otros por la misma causa erraron, puesto que aquéllos no quisieron tener buena conciencia y éstos se apegaron a la avaricia?

Pensando y considerando todo esto, pongamos empeño en ordenar nuestra vida lo mejor posible, para lograr el premio doble: uno como retribución de las buenas obras, otro por la firmeza en la fe. Lo que es el alimento para el cuerpo, eso es la vida virtuosa para la fe. Y así como por su naturaleza nuestra carne no puede durar sin alimentos, así tambin la fe no puede durar sin las buenas obras. Porque dice; la fe sin las buenas obras está muerta.

Sólo nos queda por explicar aquella palabra el mismo; porque no dijo Pablo sencillamente: teniendo Espíritu de fe, sino ¿qué dijo?: Teniendo el mismo Espíritu de fe. Quería yo recorrer también esto en mi discurso. Pero como advierto que de estas sencillas palabras dimanan muchos ríos de sentencias, temo no vaya a suceder que, por

la multitud de cosas que se os han de decir, inunde yo los campos, de manera que la enseñanza, a causa de ser excesiva y prolija, padezca detrimento.

Pongo pues aquí fin a mi discurso. Os suplico y os ruego que lo que habéis oído acerca de vivir virtuosamente y lo de la fe y de la virginidad y de la misericordia y de la lismona, todo lo cumpláis con diligencia, a fin de que, habiendo retenido en la memoria tales cosas, estéis preparados para escuchar lo que falta. Así el edificio de nuestra enseñanza será sólido e inconmovible, si construimos sobre las cosas anteriores ya bien fundamentadas, las que luego se siguen. Dios, que nos concedió a mí decirlas y a vosotros oírlas con prontitud, nos haga dignos de ostentarlas mediante las obras con algún fruto, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, puesto que a El se debe la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

13

XIII: Homilía acerca de las mismas palabras del apóstol: Teniendo el mismo Espíritu de fe,

como está escrito (*2Co 4,3*); y contra los maniqueos y todos los que calumnian el Antiguo Testamento y se empeñan en separarlo del Nuevo; y acerca de la limosna.

HACE YA TIEMPO que tengo para vosotros la deuda de explicaros el dicho del apóstol. Quizá vosotros, a causa del lapso tan grande, os habéis olvidado de la deuda; pero yo, a causa de mi afecto para con vosotros, no me he olvidado. ¡La caridad es así! ¡vigilante, solícita! ¡Los que aman no únicamente llevan a todas partes el recuerdo de aquellos a quienes aman, sino que conservan la memoria de lo que a sus amados prometieron, mejor aún quizá que quienes han recibido la promesa! Así procede una madre muy cariñosa. Guarda el sobrante de la mesa para sus hijos; y aun cuando éstos lo olviden ella lo recuerda y a su tiempo lo saca y alimenta a los niños hambrientos. Si, pues, las madres demuestran tan gran cariño, mucho más debemos nosotros poner todo empeño y anhelo en cuidar de vuestra caridad, puesto que es mayor la fuerza con que une el parto espiritual que el natural.

¿Cuáles fueron las reliquias de la mesa que os hemos guardado? Fueron las palabras del apóstol, de las que sacamos entonces no poco sustento espiritual. Servimos entonces una parte a vuestros entendimientos y otra la reservamos para el día de hoy, con el objeto de no sepultar vuestra memoria bajo el amontonamiento de tantas materias. Y ¿cuáles eran las palabras del apóstol?: Teniendo pues el mismo Espíritu de fe, como está escrito: Creí por lo cual hablé, también nosotros creímos y por esto hablamos! Y de qué fe se trate -si de la fe por cuyo medio se obran prodigios, de la que Cristo dijo: (Si tuviereis fe como un grano de mostaza diréis a este monte.? "Pásate allá" y se pasará; o bien de la otra que engendra en nosotros el conocimiento de Dios, y por la que somos llamados fieles- y además por qué motivo se dijo Espíritu de fe y de cuál fe se trate, todo esto lo dijimos, según nuestras posibilidades, ante vuestra caridad, e interpusimos algunas explicaciones acerca de la limosna.

Pero, como nos faltó examinar por qué se dijo el mismo Espíritu de fe; y como por la multitud de las cosas que os dijimos, no nos fue posible proseguir en el examen

minucioso del texto, dejamos esa parte para el día presente; y ahora venimos preparados para pagaros la deuda. ¿Por qué, pues, se dijo: el mismo? Quiso declarar el apóstol que hay un estricto parentesco entre el Nuevo y el Antiguo Testamento; y por esta razón incluso nos trae a la memoria las palabras del profeta, y dice: Teniendo el mismo Espíritu y añade en seguida: como está escrito: Creí y por esto hablé. Muchos siglos antes había dicho lo mismo David, y ahora lo trajo a colación Pablo, significando que fue la misma gracia del Espíritu Santo la que puso entonces en él y ahora en nosotros la raíz de la fe. Como si dijera: Es el mismo Espíritu de fe el que habló en aquel profeta y ha obrado en nosotros.

¿Dónde están ahora los que acusan el Antiguo Testamento, y desgarran el cuerpo de las Escrituras, y atribuyen a un Dios el Antiguo y a otro el Nuevo Testamento? ¡Oigan a Pablo que cierra las bocas impías y reprime las lenguas que combaten a Dios! Con semejantes palabras demuestra ser el mismo Espíritu así del Antiguo como del Nuevo Testamento. ¡Si hasta los nombres nos están indicando que hay gran consonancia entre ambos Testamentos! Porque uno se llama Nuevo para diferenciarlo del otro Antiguo; uno se llama Antiguo para distinguirlo del otro Nuevo, como dice Pablo: Al decir un pacto nuevo declara envejecido el primero.

Ahora bien: si no fuera uno mismo el Señor de ambos, no se podría llamar el uno Nuevo ni el otro Antiguo. La diferencia de nombres está indicando el parentesco que hay entre ambos. Pero la diferencia no está en lo esencial, sino en el cambio de los tiempos; puesto que entre el Antiguo y el Nuevo, no hay sino la distancia del tiempo. Mas la diferencia de tiempos no trae consigo diferencia de Señores, ni significa disminución. Así lo insinuó ya Cristo al decir: Por lo cual yo os digo: todo escriba docto en el reino de los ciclos es semejante a un padre de familias que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguasA ¿Observas cómo a la verdad las posesiones son diversas pero es uno mismo el dueño? Porque así como aquél, a la manera de un padre de familia, puede sacar cosas antiguas y nuevas por ser uno y el mismo dueño, así acá nada impide que sea uno mismío el Dios del Antiguo y el del Nuevo Testamento. Esto mismo indica su riqueza y abundancia: ¡el tener no solamente cosas nuevas, sino además poseer otras antiguas y todas en abundancia!.

De manera que ambos Testamentos sólo difieren en el nombre; pero no se contradicen ni están en pugna. El Antiguo resulta Antiguo a causa del Nuevo; pero no significa contradicción ni pugna, sino únicamente diferencia de nombres. Por mi parte, añado una cosa: aunque las leyes del Antiguo Testamento fueran contrarias a las del Nuevo, ni aun así se había de poner otro Dios para éste. Si Dios al mismo tiempo y a los mismos hombres y tratando de las mismas cosas y desempeñando los mismos cargos el hombre, hubiera dado leyes contradictorias, quizá tendría alguna apariencia de razón la ficción de los adversarios. Pero si aquellas leyes fueron escritas para unos hombres y las otras para otros; aquéllas para hombres que tenían unas ocupaciones y éstas para quienes tenían otras ¿por qué nos ha de obligar semejante diferencia de leyes a poner dos legisladores? ¡Y a que éstos hayan de ser contrarios entre sí!.

Por mi parte, no veo necesidad alguna. Si los adversarios la ven, que la demuestren. Pero no podrán ver ninguna. También los médicos, con frecuencia ordenan cosas entre sí contradictorias; pero no lo hacen por motivos contradictorios, sino por un mismo motivo y éste conveniente. El médico quema y no quema; corta y no corta en un mismo individuo y en un mismo cuerpo. Ofrece para beber ahora medicinas amargas, ahora

dulces. De manera que procede a cosas contrarias. Pero siempre lo hace por una misma y única razón: mira al fin que es uno solo, la salud del enfermo. Entonces ¿cómo no ha de ser cosa absurda no recriminar al médico porque procede así en muchas cosas de modo contradictorio respecto del mismo cuerpo; y en cambio acusar a Dios porque en diversos tiempos y a diversos hombres les ha dado leyes diversas?

Queda pues demostrado que de ninguna manera se debe acusar a Dios, aunque las leyes fueran entre sí contrarias. Mas, para que veamos que no son contrarias, sino únicamente diferentes ¡ea! ¡traigamos al medio las leyes mismas! Dice; Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás. Esta es la Ley antigua. Veamos la nueva: Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano, será reo de juicio. Yo pregunto: ¿son tales leyes contrarias entre sí? ¿Quién de los mortales que no esté loco podrá afirmarlo? Si la Ley antigua ordenara no matar y la nueva ordenara matar, quizá podría alguno encontrar contradicción en las palabras de las dos Leyes. Pero cuando aquélla ordena no matar y ésta ni siquiera irritarse, lo que se hace es reforzar el mandato antiguo, pero no oponerle otro contrario. Aquélla corta el fruto de la perversidad que es la matanza; ésta otra corta la raíz misma, que es la ira. Aquélla impide los riachuelos del vicio; ésta seca la fuente y raíz de la matanza que es el furor y la ira. De manera que aquella Ley hace que nuestra naturaleza esté preparada para esta otra; y esta otra suple lo que en la antigua se echaba de menos. ¿En dónde está pues la contradicción siendo así que una Ley arranca el fruto del mal y la otra arranca incluso la raíz misma y comienzo del mal? Hace aquélla que nuestras manos estén limpias de sangre, mientras que ésta guarda limpia aun la mente de los malos pensamientos. Ahora bien: tales cosas son propias de las leyes que entre sí concuerdan y no de las que entre sí pugnan, como se empeñan en afirmar los adversarios de la verdad, sin caer en la cuenta de que con esto hacen reo de gran desidia al Dios del Nuevo Testamento, y lo arrojan al desprecio.

Si su afirmación fuera cierta, resultaría que Dios ha manejado nuestras cosas imprudentemente ¡blasfemia que Dios convierta sobre la cabeza de los adversarios, pues nos imponen la obligación de expresarnos en forma semejante! Lo que vengo diciendo os lo aclararé mejor del modo siguiente. La educación dada por el Antiguo Testamento es a la manera de la leche; la que se da en el Nuevo es como alimento sólido. Pero nadie usa del alimento sólido antes de haberse alimentado con leche. Pues bien: si el Dios del Nuevo Testamento se diferencia del Dios del Antiguo, procedió en esa segunda forma, puesto que antes de nutrirnos con leche, o sea con el régimen de la Ley antigua, nos condujo directamente al alimento sólido. Pero quienes tal afirman, no únicamente lo hacen reo de semejante crimen, sino de otro mayor, puesto que vino a cuidar del género humano hasta pasados más de cinco mil años. Si de verdad no fue el mismo el que por los profetas y patriarcas y varones justos manejaba nuestras cosas, sino otro distinto, parece que tomó tardíamente providencia de nosotros, como si se. hubiera arrepentido de su manera anterior de proceder", i cosa que es tan ajena de Dios que ni siquiera es propia de cualquier persona del vulgo el tomar providencia de unos pocos hombres en los últimos siglos, después de haber permitido que muchísimos perecieran durante tan largo tiempo!.

¿Veis de cuántas blasfemias hacen reo a Dios quienes ponen un Legislador para el Antiguo Testamento y otro para el Nuevo? ¡Blasfemias todas que desaparecen si confesamos ser uno mismo el Dios del Antiguo y el del Nuevo Testamento. Por otra parte, así aparecerá manejando El ordenada y razonablemente nuestras cosas en aquellos tiempos antiguos mediante la Ley y posteriormente mediante la gracia; y que no desde

hace poco, sino ya desde los principios y desde el día primero, gobierna todos nuestros asuntos. Mas, para remachar la boca de los adversarios, traigamos además el testimonio de los profetas y el de los apóstoles, que claman ser uno y el mismo el legislador de ambos Testamentos.

¡Venga, pues, al medio Jeremías, santificado en el vientre de su madre, y demuestre con claridad que el Dios de ambos Testamentos es uno solo! ¿Qué es lo que dice? Habla en persona del Legislador y dice: Haré un Testamento nuevo de la casa de Israel, no como la alianza que hice con sus padres. 6 De manera que el Dios que dio el Nuevo Testamento es el mismo que dio el Antiguo. Quedan también con esto cerradas las bocas de los seguidores de Pablo de Samosat , que niegan que el Unigénito de Dios existió antes de todos los siglos. Porque si antes del parto de María, y antes de dejarle ver en carne, no existía ¿cómo pudo legislar no existiendo? ¿Cómo pudo decir: Haré un Testamento nuevo, no como la alianza que hice con vuestros padres? ¿Cómo podía dar Testamento a los padres de los judíos cuando aún no existía, según lo que los adversarios afirman? Razonable es y juntamente oportuno que contra los judíos y los seguidores de Pablo de Samosata, se oponga el testimonio del profeta. Mas, para cerrar también la boca a los maniqueos, traigamos un testimonio tomado del Nuevo Testamento, porque éstos en nada estiman el Antiguo. Más aún: tampoco estiman el Nuevo, pues aunque parezcan honrarlo, en realidad lo injurian no menos que al Antiguo. Porque al separarlo del Antiguo quitan al Nuevo su autoridad.

Los prenuncios y profecías de los profetas, ilustran en gran manera la verdad del Nuevo Testamento. De manera que cuando los separan, no caen en la cuenta de que hacen una mayor injuria a los apóstoles que a los mismos profetas. Con esto injurian al Nuevo Testamento, pero más lo injurian con quitarle una gran parte. Mas, tan grande es la fuerza de las cosas en él contenidas, que con lo que los herejes e dejan basta para venir a conocer el error de los adversarios. Los miembros que le amputan están reclamando y exigiendo continuamente su unión con los otros.

Mas, en fin: ¿cómo demostraremos positivamente que es uno mismo el Legislador del Antiguo y el del Nuevo Testamento? Por las palabras de los apóstoles que los adversarios aceptan. Tales palabras, aunque a primera vista parecen condenar al

Antiguo Testamento, en realidad no poco lo ensalzan; y declaran haber sido dado del cielo por los divinos oráculos. Por especial sabiduría del Espíritu Santo ha sucedido que los acusadores de la Antigua Ley, atraídos por el simple sonido de las palabras, aceptaran de este modo la defensa en ellas incluida de la Antigua Ley, contra su voluntad y sin saberlo. Esto para que si quisieran investigar la verdad, tuvieran a mano las sentencias que los condujeran directamente a la verdad. Y si permanecían en su incredulidad, no les quedara para adelante esperanza de perdón, puesto que no daban crédito a las cosas que por ottro lado parecían aceptar por su soberbia.

¿En dónde testifica el Nuevo Testamento que es uno mismo el autor de las Leyes nuevas y el de las antiguas? ¡En muchos sitios! Pero nosotros traeremos al medio precisamente la parte del texto que los maniqueos han conservado incólume en sus manuscritos. ¿Cuál es? La que dice: Dicidme: los que queréis someteros a la Ley ¿no habéis oído la Ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. 7 Oyeron los herejes que la esclava había tenido un hijo, y al punto acudieron. Porque se persuadían de que tales palabras contenían la condenación de la

Ley. Pero fue porque mutilaron lo que sigue y retuvieron sólo la parte que los favorecía para la acusación.

Pues bien, demostraremos, por este mismo texto, ser uno mismo el Legislador: Tuvo Abraham dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Lo cual tiene un sentido alegórico. Todo lo que acontecía en el tiempo de la Ley, eran figuras de lo que en el de la gracia se va realizando, porque como allá eran dos mujeres, acá son dos Testamentos. Ya desde aquí aparece el parentesco del Nuevo y el Antiguo Testamento, puesto que aquellas mujeres los prefiguraban y la figura no puede ser contraria a la verdad, sino pariente suya. Mas, si el Dios del Antiguo Testamento es contrario al del Nuevo, de ningún modo se habría prefigurado la excelencia del Nuevo mediante aquellas dos mujeres. Pero si aquel Dios así lo prefiguraba, todavía era conveniente que Pablo no abusara de semejante figura. Y si alegan que lo hacía por acomodarse a la debilidad de los judíos, convenía que al predicar a los helenos usara figuras que a éstos se acomodaran, y traerles a colación historias de sucesos que entre ellos se hubieran verificado. Mas nunca lo hizo. Y con razón. Porque las historias y figuras de los helenos nada tenían de común con la verdad; mientras que los sucesos de las historias judías eran leyes y oráculos de Dios. Tal es el motivo de que haya un estrecho parentesco entre los sucesos del Antiguo Testamento y los del Nuevo.

De manera que este es el primer argumento: que el Antiguo Testamento consuena del todo con el Nuevo. El segundo es de no menor fuerza y se toma de la misma historia. Porque así como entonces se trataba de dos mujeres que eran esposas de un mismo varón, así ahora hay dos Testamentos de un mismo Legislador. Si hubiera un Dios del Antiguo y otro del Nuevo, era inútil que Pablo trajera a colación semejante historia. Porque no tenía un esposo Sara y otro Agar, sino ambas uno y el mismo. Al decir Pablo: Estos son los dos Testamentos, no afirma otra cosa, sino que ambos Testamentos tienen un mismo Legislador, como aquéllas no tenían sino un solo esposo, que era Abraham.

Pero es que una de ellas era esclava y la otra libre. Entonces ¿qué? Porque hasta ahora lo que se inquiría era si acaso ambos Testamentos tenían un mismo Legislador. Pues bien: acepten los herejes primeramente lo ya demostrado, y enseguida responderemos a lo que sigue. Si se les obliga a que convengan en esto con nosotros y lo admiten, vendrá por tierra todo su sistema. Porque una vez demostrado que es uno y el mismo el Legislador del Antiguo Testamento y el del Nuevo, como en realidad lo es, se habrá terminado toda la controversia. Sin embargo, para que no os vaya a perturbar la otra pregunta, consideraremos diligentemente estas palabras. Pues no dijo Pablo una esclava y una libre, sino una que engendra en esclavitud. Pero de que engendre en esclavitud no se sigue que sea esclava. Haber alguno nacido en esclavitud no es crimen de su madre, sino de los hijos que nacen. Porque como se hubieran privado por su malicia de la libertad y hubieran perdido el derecho de la libertad, Dios los trató de un modo conforme a los esclavos desagradecidos, castigándolos con amenazas y terrores.

Más aún: actualmente, muchos padres reprimen a sus hijos no como a hijos, sino como a siervos, por medio de las amenazas. Lo cual no es culpa de los padres, sino de los hijos que dieron motivo a los padres para educarlos conforme al modo que con los esclavos se estila. Igualmente procedió Dios con el pueblo de entonces: lo educaba mediante penas y miedos y en nada de modo distinto al que se tiene con algún esclavo desagradecido. Pero no fue por culpa de Dios o de la Ley, sino de los judíos que no aceptaban el freno y tenían necesidad de más duro bocado.

Sin embargo, en el Antiguo Testamento podemos encontrar a muchos que no fueron tratados en forma semejante, como por ejemplo Abel, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Elias, Elíseo y todos lo que imitaron y emularon las leyes del Nuevo Testamento. Estos no procedieron así por terror y amenazas y penas y castigos, sino que procedieron así delante de Dios por su ferviente amor y candad. No necesitaban de ordenaciones y preceptos y leyes para ejercitar la virtud y huir del vicio; sino que a la manera de hijos nobles y de liberal condición, y reconociendo su nobleza y dándose cuenta de ella, se acogieron a la virtud, no por temor ni por miedo a los castigos. En cambio el resto del vulgo de los judíos, por haberse entregado a la perversidad hubieron de ser reprimidos mediante el freno de la Ley. Después de haber fundido el becerro y haber adorado la escultura, obra de sus manos, fue cuando oyeron: El Señor Dios tuyo es Señor único. 8 Tras de haber cometido asesinatos y haber ultrajado mujeres de sus prójimos, finalmente oyeron: ¡No matarás! ¡no fornicarás! Y lo mismo se diga de los demás mandamientos.

No es pues crimen de la Ley que castigue e imponga penas y enmiende y corrija a los siervos perezosos, sino al revés: es encomio señalado y notable alabanza que, a quienes se habían deslizado hasta el extremo de la maldad, los haya librado, mediante su severidad, de los vicios, y los haya ablandado y los haya hecho obedientes a la gracia: y haya preparado algo así como un camino para la nueva doctrina. Porque el mismo Espíritu lo manejaba todo así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, aunque de modo distinto. Por tal motivo decía Pablo: Teniendo un mismo Espíritu de fe, como está escrito: Creí y por esto hablé.

Ni fue la única causa de que dijera el mismo Espíritu. Tuvo otra de no pequeño peso, que ahora quería yo traer aquí al medio. Pero, temeroso de que cansados ya con la multitud de cosas, os olvidéis de las que ya dijimos, os reservo para otro día semejante explicación; y por ahora os exhorto a que pongáis en vuestra memoria todo lo dicho al presente y cuidadosamente lo retengáis, y a que juntéis con la pureza del dogma el ejercicio de las virtudes cristianas. Para que así el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena: porque de nada nos serviría el pensar y creer correctamente, si llevamos una vida perversa a causa de las malas costumbres: así como tampoco nos aprovechará una vida inmaculada si no la acompaña la pureza de la fe.

Con el objeto, pues, de que consigamos íntegra la utilidad, cuidemos de ambas cosas y procuremos hacer extensivos a otros los frutos de nuestras obras. Y antes que nada el de la limosna, de la que hace poco os hablé, y ejercitémosla con largueza grande y con alegría. Porque dice la Escritura: El que escaso siembra, escaso cosecha; y el que siembra con bendiciones con bendiciones cosechará. 1° ¿Qué significa con bendiciones? ¡Significa con largueza! Y por cierto, acá en el mundo, la siembra y la cosecha son de simientes de un mismo género. El que siembra, siembra trigo o cebada o alguna de estas tales semillas; y el que cosecha, cosecha lo mismo que siembra. Pero con la limosna no sucede lo mismo: siembras plata y recoges favor y confianza ante Dios; das dineros y recibes perdón de tus pecados; das pan y vestidos, y en recompensa se te prepara el reino de los cielos y los bienes infinitos que ni el ojo vio ni el oído oyó ni en corazón humano pueden caber; y, lo que es la suma de todos los bienes, te harás semejante a Dios, en cuanto le es posible al hombre. Hablando Cristo de

la limosna y la bondad, añadió: Para que seáis semejantes a vuestro Padre celestial que

hace nacer su sol sobre buenos y malos, y manda su lluvia sobre justos y pecadores. -Tú no puedes ordenar al sol que nazca, ni puedes mandar a las lluvias, ni ser benemérito de todo el orbe de la tierra tan extenso. Pero usa de tus haberes para hacer caridad y te habrás hecho semejante al Señor que hace nacer su sol, en cuanto el hombre puede hacerse semejante a Dios.

Poned cuidadosamente atención a lo que se ha dicho; sobre buenos y malos. De manera que también tú, cuando haces limosna, no examines la vida ni exijas razón de las costumbres. Pues la limosna por esto se llama así limosna o sea conmiseración; para que la demos aun a los indignos. Quien se conduele, no se compadece únicamente de quien vive en la virtud, sino también de quien anda en pecados. Quien vive virtuosamente, digno es de alabanzas y coronas. Quien peca es digno de misericordia y de compasión. De manera que también en esto imitaremos a Dios: en no sustraer a los malos nuestra misericordia y benignidad. Considera la cantidad inmensa que hay en el orbe de blasfemos, perversos, charlatanes y repletos de toda clase de vicios; y sin embargo, a todos cada día Dios los alimenta, y de este modo nos enseña que abracemos a todos los hombres y los envolvamos en nuestra beneficencia.

Pero nosotros en todo procedemos de modo contrario. Porque no solamente nos irritamos contra los perversos y malvados; sino que también, cuando se nos acerca alguno que vive sano pero en pobreza ya sea por la rectitud de su alma o por ser libre o por su pereza simplemente -para añadir aun este motivo-, lo colmamos de injurias, oprobios y dicterios, y lo mandamos con las manos vacías, y le echamos en cara su salud o le objetamos su pereza, y hasta exigimos su castigo. ¿Acaso, oh hombre, es esto lo que se te ha mandado, reprender e increpar a los necesitados? ¡Compadecemos de ellos y aliviarles sus necesidades fue lo que ordenó Dios, y no exigirles cuentas y colmarlos de injurias!.

¿Dirás que quieres corregirle sus costumbres y sacar al perezoso de su desidia, y hacerlo que se aplique a algún trabajo?

¡Pues dale la limosna y después lo reprendes, a fin de que no caigas en el reproche de crueldad, sino que logres la alabanza de generoso! Porque el pobre aborrece a quien nada le da y solamente lo colma de oprobios; y lo lleva con gran dolor y no quiere ya ni mirar a semejante hombre. Y con razón. Porque le viene al pensamiento que se ha vuelto su reprensor, no porque anhele su bien, sino porque no quiere darle lirflosna. Y así es la realidad. En cambio, quien reprende después de haber dado la limosna, hace que su reprensión se reciba de buena gana, pues el pobre ve que se usa de la reprensión no por crueldad sino por benevolencia.

Así procedió Pablo. Como hubiera dicho: El que no quiera trabajar que no coma, añadió en seguida la exhortación: Pero vosotros no os canséis de hacer el bienl2 Sin embargo, estos dos mandatos, dirás, parecen contradecirse. Pues si los que viven en ocio no deben tomar alimento ¿cómo ordenas que a tales hombres se les hagan beneficios? Pero no se contradicen ¡ni de lejos! Yo he dicho, responde Pablo, quien no quiera trabajar que no coma no para apartar de hacer limosnas a quienes por otra parte están dispuestos a hacerlas, sino para apartar de su desidia a quienes viven en el ocio. De manera que cuando dice no coma, lo estimula al trabajo, espantándolo con semejante amenaza; y cuando dice no os canséis haciendo el bien, excita a los demás a la beneficencia y los impulsa con una útil exhortación. Pues para que algunos no se abstuvieran de hacer

limosna, al oír con qué amenaza tan grave eran castigados los ociosos, los exhorta a la beneficencia con estas palabras: no os canséis de hacer el bien. De manera que aun cuando des limosna al ocioso, tú has hecho bien.

Y puso en claro esto mismo con lo que sigue. Tras de haber dicho: Si alguno no obedece este mandato nuestro que por la epístola os damos a ese señaladle y no os juntéis con él; tras de haberlo excluido de la Iglesia en esa forma, luego por otro mandato lo reconcilia y lo vuelve a la amistad de quienes lo había separado. Por tal motivo añade: No lo estiméis como enemigo, sino como hermano. De manera que así como cuando dijo: si alguno no quiere trabajar que no coma, enseguida ordenó a quienes tenían posibilidades cuidar de semejante hombre, así cuando dijo: no os juntéis con él, no quiso quitar a sus oyentes el cuidado de tal hombre, sino que procuró empeñosamente que se le atendiera, añadiendo: No lo estiméis como enemigo, sino como hermano. Abandona su compañía, pero no abandones su cuidado. Lo has echado de la reunión, pero no lo excluyas de la caridad.

El castigo mismo lo ha ordenado por afecto de caridad a fin de que, una vez mejorado por semejante separación, vuelva luego a unirse al cuerpo. También los padres echan de su casa a sus hijos, no para que permanezcan perpetuamente separados, sino para que vueltos más moderados por haber sido arrojados del hogar, regresen después a su casa. Y basta con esto para los que suelen objetar su pereza a quienes les piden limosna. Mas, como muchos ponen otras varias excusas llenas de inhumana crueldad, se hace necesario que también a éstos yo los corrija; no para quitarles sus excusas, sino para persuadirles que hagan a un lado su vana e inútil defensa y se preparen para la otra valedera y provechosa ante el tribunal de Cristo, mediante las buenas obras.

¿Cuál es la defensa inútil y fría que opone el vulgo? ¡Hay que alimentar a los hijos, dice; hay que atender a los negocios de la familia; tengo que sustentar a mi esposa; soporto ya una grande cantidad de gastos, de manera que nada me queda para auxiliar a los pobres que me salen al paso! ¿Qué dices? ¿Tienes que alimentar a tus hijos y por tal motivo no puedes auxiliar a los pobres que se te acercan? Pues precisamente por ese motivo es necesario que ayudes a los necesitados, para que por tal medio con un poco de dinero te hagas propicio a Dios que te lo dio, y para que al morir les dejes un patrono y alcances del cielo grande favor, con dar a Dios un poco de tu escaso dinero.

¿No has visto a muchos hombres poner en su testamento y dejar como coherederos de sus propios hijos a otros sobremanera poderosos y opulentos pero que nada tenían que ver en su linaje, sin otro motivo que asegurar a sus hijos su protección mediante aquel pequeño gasto? Y lo hacen ignorando cómo se portarán en realidad para con sus hijos, después de su muerte, los que han dejado como coherederos. Tú en cambio que sabes y conoces la benignidad, bondad y equidad de tu Señor ¿lo excluirás de tu testamento? ¿No lo nombrarás coheredero con tus hijos? Pero ¿es este el deber de un padre que ama a sus hijos? Si cuidas de tu prole, déjale un documento escrito en el que conste tener a Dios por deudor. ¡Esta será su magnífica herencia, ésta su honra, ésta su seguridad! ¡Haz a Dios coheredero de tu herencia terrena, para que El te lleve, juntamente con tus hijos, a la otra eterna herencia del cielo!.

Semejante heredero de verdad es noble, humano, bueno, poderoso y rico; de manera que no hay razón para que temas hacerlo tu socio. Por esto la limosna se llama también simiente; porque no tanto es gasto cuanto ganancia. Cuando vas a sembrar, no te pesa

dejar vacíos de los antiguos frutos tus graneros, sino que pones la mira en los frutos de la futura cosecha; y lo haces sin saber aún el éxito. Porque la polilla y el granizo, la langosta y los desórdenes atmosféricos y muchas otras plagas, destruyen nuestras esperanzas. Pero cuando hay que depositar la simiente en el cié o, en donde no hay desórdenes atmosféricos, ni dolor, ni asechanzas ¿andas poniendo excusas y dando largas al negocio? ¿Qué perdón podrás esperar si cuando siembras en la tierra ío haces con alegría y confiadamente, y en cambio cuando has de sembrar en las manos de Dios te vuelves perezoso y tardo? Si la tierra te devuelve lo que le encomendaste, mucho más te devolverá la mano de Dios y con muy crecidos réditos lo que de ti haya recibido.

Sabiendo, pues, estas cosas, no nos fijemos en el gasto cuando hacemos limosna, sino en la ganancia que de ella esperamos y también en el lucro presente. Porque la limosna no únicamente nos procura el reino de los cielos, sino que aun para la vida presente nos da seguridad y abundancia. ¿Quién lo promete? ¡Quien puede darla, que es el mismo Señor! Porque dice: Quien da de lo suyo a los pobres tendrá el ciento en este siglo y luego la herencia de la vida eterna}- ¿Observas cómo en ambas vidas se recibirán ganancias grandes y recompensas? ¡No nos cansemos, pues, ni demos largas; sino que cada día recojamos el fruto de la limosna, a fin de pasarla bien en el siglo presente y luego conseguir la vida futura, que ojalá a todos nos acontezca alcanzar por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor y el imperio, por los siglos de los siglos. Amén.

14

XIV: Homilía acerca del mismo texto; Teniendo un mismo Espíritu de fe,

como está escrito (*2Co 4,13*); y por qué motivo todos se gozan de las cosas buenas; y acerca de la limosna.

EXPONÍAMOS EN LA reunión pasada, y también en la que precedió, un texto del apóstol; y en eso gastamos el' discurso íntegro. Pues bien: ahora nos hemos propuesto continuar ocupándonos del mismo texto. Y de propósito lo hacemos así para utilidad vuestra y no para ostentación nuestra. Vuelvo a tratar la misma materia, no para mostrar mi facundia ni mi omnisciencia, sino para descubriros la sabiduría de Pablo y excitar vuestra presteza. Mucho más brillará la profundidad de su inteligencia, si con sola una palabra nos abre tantos raudales de sentencias. Y por parte vuestra, en cuanto aprendáis que de una palabra del apóstol se pueden sacar indecibles riquezas de sabiduría, leeréis luego sus cartas ya no de corrida, sino que examinaréis con diligencia exquisita y gran empeño cada una de sus frases, llevados por la dicha esperanza.

Si una de sus sentencias nos ha dado materia para un discurso durante tres días ¿cuan grande tesoro pensáis que nos daría cualquiera de sus perícopas empeñosamente meditada y tratada? ¡No nos cansemos, pues, hasta haber recogido todo el fruto que resta! Si los cavadores en las minas de oro, aun habiendo sacado ya una cantidad de riquezas tan abundante como se quiera, no desisten hasta haber agotado la veta del metal, conviene que nosotros pongamos una diligencia mucho mayor que la de ellos en examinar las divinas palabras. ¡Tambien nosotros andamos sacando oro, no ciertamente sensible sino espiritual; porque trabajamos en minas no de la tierra sino del Espíritu

Santo! Las cartas de Pablo minas son y fuentes y ríos del Espíritu Santo. Son minas, puesto que nos proporcionan riquezas más preciosas que el oro. Son fuentes porque nunca se agotan, sino que cuanto más sacares, tanto y mucho más continuamente fluyen.

Puede bien declarar esto con clara evidencia el tiempo que ha transcurrido. Desde que Pablo existió han pasado ya quinientos años;1 y durante todo este lapso, muchos comentadores y muchos doctores e intérpretes, sacaron de aquí abundancia de materias; y sin embargo, no pudieron agotar las riquezas que en las cartas se encierran. Semejante tesoro no está expuesto a la percepción de los sentidos; y por semejante motivo no se consume aunque sean infinitas las manos que de aquí saquen, sino que al revés se aumenta y multiplica. Pero ¿qué digo de los que antes existieron? ¡Cuántos otros que luego vendrán harán discursos, y luego otros después de ellos; y a pesar de todo, no se acabarán las riquezas que de las cartas brotan como de fuente, ni se agotará esta mina de nuevo género ! ¡Son riquezas espirituales y por su misma naturaleza en absoluto no pueden acabarse!.

Pero, en fin: ¿cuál es el dicho del apóstol?: Teniendo un mismo espíritu de fe, como está escrito: Creí y por eso hablé? Anteriormente examinamos el motivo de que dijera el mismo Espíritu. Pero hasta ahora hemos presentado sólo un motivo, es a saber: para demostrar que el Antiguo y el Nuevo Testamento consuenan. Porque cuando se constata que el mismo Espíritu de fe movió la lengua de David y dijo: Creí por lo cual hablé, y obró en el alma de Pablo, suficientemente aparece el parentesco entre los profetas y los apóstoles; de donde se sigue haber gran concordancia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Mas, para no molestaros con repetir otra vez lo mismo, vengamos a exponer otro motivo de que dijera el mismo, puesto que ya hemos expuesto una de las causas. Pero es necesario que despertéis vuestra atención porque el sentido que voy a declarar a vuestra caridad necesita de ánimo perspicaz y de agudo entendimiento. Os ruego, pues, que pongáis gran atención para escuchar lo que se os va a decir. La ganancia es vuestra y el trabajo es nuestro. O mejor dicho es don del Espíritu Santo que, al revelar sus secretos, ni el que habla ni el que escucha se fatiguen. Gran facilidad hay en la revelación. Atended, pues, con diligencia, porque aun cuando captéis con el oído la mayor parte de la explicación, con un poco que dormitéis, ignoraréis el todo por haber perdido un poco del contexto.

Así como a los que ignoran un camino y necesitan guías, aunque durante largo tiempo lo hayan seguido, si por desidia Ib pierden de vista, aunque sea sólo por unos momentos, de nada les aprovecha el haberlo seguido hasta aquel punto; sino que tienen que detenerse, por no saber por qué parte han de proseguir, así quienes atienden al que habla, aun cuando hayan captado su enseñanza con atención, si solamente escuchan un poco y a la ligera, pierden la conexión y no logran enhilar hasta el fin el sentido de las sentencias. Pues para que no nos acontezca lo mismo, atended con igual empeño a todo lo que vamos a decir, hasta que lleguemos al término.

Debiendo explicar la razón de que diga el apóstol: Teniendo el mismo Espíritu de je, porque quería indicar que la fe en ambos Testamentos es la madre común de todos los bienes, tomemos ahora el agua de más arriba, porque así más claramente aparecerá el motivo de su dicho. ¿Cuál es? Al tiempo en que tales palabras se decían, una guerra terrible rodeaba a los fieles: ¡guerra grande y sin cuartel! Ciudades enteras y pueblos, por todas partes se levantaban contra ellos, y todos los tiranos les preparaban

asechanzas, y los reyes meditaban en su contra la batalla, y se movían las armas y se aguzaban las espadas y se ponían en orden los ejércitos y se inventaban todos ios géneros de penas y suplicios. Vino enseguida la confiscación de los bienes, luego las cárceles, las muertes diarias, los tormentos, las ligaduras, el fuego, el hierro, las fieras, los patíbulos, las ruedas, los abismos, los precipicios y todo cuanto se podía discurrir para ruina de los creyentes.

Y la guerra no se contuvo dentro de semejantes límites; porque no la movían únicamente los enemigos, sino la naturaleza encolerizada contra sí misma. Los padres ponían asechanzas a sus hijos; las hijas aborrecían a sus madres; los amigos odiaban a los amigos; y la guerra se infiltraba incluso entre parientes y familiares ocultamente, de manera que por todo el orbe habitable de la tierra, había enorme tumulto y desorden. Y a la manera que la nave, cuando se encrespan las olas y se aglomeran las nubes y se desatan los rayos y por todas partes la rodea la oscuridad y el mar anda enfurecido y sus monstruos alborotados; y al mismo tiempo la combaten los piratas y sus patrones andan en discordias, de ninguna manera puede salverse a no ser que la diestra de lo alto, grande y poderosa, aparte los peligros y apacigüe las tempestades y vuelva la calma a los que navegan, así acontecía en aquellos principios con la predicación.

Porque no únicamente combatía a los creyentes la tempestad exterior, sino que, con frecuencia, tenían que luchar con las internas discordias. ¿Quién lo asegura? Pablo, que escribe y dice: ¡Por fuera luchas, por dentro temores! 3 Y que esto fuera verdad, y que igualmente los doctores y los discípulo estuvieran rodeados de males, y que la guerra alcanzara por igual a todos, nuevamente lo testifica Pablo, y os aduzco su testimonio. A vosotros toca recordar todo lo que os he dicho, para que, una vez conocidos los peligros y las tentaciones y las contrariedades que en aquellos tiempos padecían los fieles, deis gracias a Dios más abundantes; puesto que puso fin a tan infinitas desgracias; y tras de haber apartado la guerra nos ha concedido una tranquilísima paz: ¡todo para que nadie escape de la pena de su pereza, ni se engría con su vida virtuosa!.

Porque no es lo mismo que te mantengas en pie cuando estás combatido por todas partes y oprimido por innumerables desgracias, a que ahora, sentado en el puerto y puesto en suma seguridad, muestres mucha firmeza de alma. La situación de aquellos fieles en nada era mejor que la de quienes van navegando agitados por las olas y en un mar alborotado. Nosotros en cambio, vivimos con mayor seguridad que quienes han llegado al puerto y rehacen sus fuerzas y se entregan al descanso. En consecuencia, ni por nuestra vida virtuosa nos hemos de ensoberbecer, ni tampoco ceder a las tentaciones, ni abusar de la seguridad de la Iglesia para entregarnos a la pereza. Más bien, vivamos sobria y vigilantemente. También nosotros tenemos guerra contra nuestras naturales concupiscencias. No se levantan en contra nuestra los hombres, pero se levantan los deleites de la carne. No nos acometen los reyes ni los tiranos, pero nos combaten la ira, el ansia de vanagleria, la envidia, la emulación y otras infinitas pasiones del mismo género.

Pues hemos quedado libres de las guerras de aquellos principios, cuidemos de no ser vencidos en estas otras. Tal fue la razón de haberos traído a la memoria las antiguas calamidades: para que quien ahora se encuentre afligido, saque de eso la debida consolación; y quien va en seguridad, como quien no ha sido aún ejercitado, comience desde luego una fuerte pelea contra perversos pensamientos. Porque todo aquello se ha escrito para nuestra exhortación y consuelo y paciencia. Y a propósito, nos vemos

obligados a referiros y enseñaros de cuántas adversidades se encontraban rodeados los fieles de aquellos tiempos, no únicamente los doctores sino también los discípulos. Oye cómo la dice Pablo escribiendo a los hebreos: Recordad los días pasados, en los cuales, después de iluminados, soportasteis una grave lucha de padecimientos.

Pues no por tiempo corto, sino ya desde los comienzos de la predicación y enseñanza, se levantaron contra los fieles las tentaciones; desde que recibían el bautismo estaban expuestos a los peligros. Oye er> qué forma: Dados en espectáculo a las públicas afrentas y persecuciones? Porque todos los escupían, los cargaban de oprobios, los burlaban, los vituperaban, los llamaban necios y locos, porque habiendo abandonado las patrias tradiciones y formas de vida antiguas, habían adoptado las nuevas invenciones: ¡cosas todas que tienen gran fuerza para conmover el ánimo, si la fe no se encuentra profundamente arraigada! No hay cosa que así rdoleste al alma como los oprobios; nada reblandece el pensamiento como los dicterios y las injurias. Y muchos varones mediante las afrentas fueron derribados.

Lo digo para que tengamos firme nuestra fe y confiadamente la afiancemos. Porque si aquellos fieles entre los oprobios de todo el universo no fueron derribados, con mucha mayor razón en nuestros tiempos hemos de mantener la fe confiadísima-mente, cuando ya el universo se ha vuelto favorable. Y que aquellos fieles hayan conservado su fe con paciencia no únicamente entre calumnias, afrentas y oprobios, sino que hayan soportado tales cosas con gozo, óyelo en las siguientes palabras. Porque dice Pablo: Pues recibisteis con alegría el despojo de vuestros bienesfi ¿Veis cómo en aquellos tiempos a los fieles se les confiscaban sus posesiones? ¿cómo eran presa de cuantos quisieran dañarlos? ¡Así lo escribe Pablo a los hebreos!.

Y acerca de los tesalonicenses atestigua más o menos lo mismo: Vosotros os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de grandes tribulaciones. ¿Miras cómo también éstos fueron afligidos y no de manera sencilla sino con gravísima aflicción? ¡Recia fue la tentación, continuos fueron los peligros, sin dárseles siquiera la menor posibilidad de respiro a quienes en aquellos tiempos estabap en la lucha! Y todo lo soportaban y llevaban no con impaciencia y decaimiento de ánimo, antes bien con alegría y contento. ¿Cómo se demuestra? Por el mismo apóstol que tras de haber dicho con tribulación grande añadió y con gozo del Espíritu Santo. De manera que la tentación les acarreaba aflicciones, pero sin embargo se gozaban, al pensar en el motivo por el que eran probados. Suficiente consuelo les resultaba el saber que tales cosas las padecían por Cristo.

Por eso ya no me espanta que entonces fueran afligidos, sino el que se gozaran de ser afligidos y atribulados por Cristo. Propio es de almas generosas y encariñadas con Dios, eí so-r portar las aflicciones y las contrariedades. Pero el sufrir generosamente las tentaciones y además dar gracias a Dios porque las permite, propio es de la más alta fortaleza y de almas viguantes que se han hecho superiores a todos los humanos afectos. Ni sólo en este lugar sino en otros también, declarando Pablo cuan graves calamidades padecieron los fieles de aquellos tiempos de parte de sus familiares y parientes -porque era esto lo más grave de todo- se expresa así: OÍ habéis hecho imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús de Judea. ¿Por qué imitadores? Pues habéis padecido de vuestros conciudadanos lo mismo que ellos de los judíos. ¡He aquí la guerra intestina que hace aún más graves los padecimientos!.

Si fueras mi enemigo lo habría soportado: ¡eres tú, un otro yo, mi íntimo! 9 Esto sucedía a David en figura. De manera que aquellos fieles necesitaban de grandes consuelos. Y como Pablo viera esto, y que quienes estaban a su cuidado padecían tan graves trabajos y sudores a causa de estar oprimidos por calamidades tan recias y que apenas soportaban golpes sobre golpes, observa con cuan variadas formas los anima. Ahora les dice estas palabras: Pues es justo a los ojos de Dios retribuir con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros los atribulados con descanso en compañía nuestra. Ahora estas otras: Cerca está el Señor, por nada os inquietéis Ya les dice: No perdáis vuestra confianza, que tiene gran recompensa. Porque tenéis necesidad de paciencia para que cumpliendo la voluntad de Dios alcancéis la promesa. Luego los fortalece para que tengan paciencia. Porque aún un poco de tiempo y el que llega vendrá y no tardará. Como a un niño que llora y se enfada porque busca a su madre, alguno sentado junto a él lo consuela y le dice: ¡espera un poco y enseguida vendrá tu madre! así Pablo, como advirtiera a los fieles de su tiempo, molestos y quejosos y anhelando la venida de Cristo, a causa de la intolerable fuerza de los males, para consolarlos les dice: Porque aún un poco de tiempo y el que llega vendrá y no tardará.

Por lo dicho, queda manifiesto que los discípulos de todos lados eran afligidos y padecían males sin cuento y eran perseguidos como corderos entre lobos. Mas, para que veáis que los doctores padecían no menores sufrimientos, sino mucho mayores -pues cuanto más apesadumbraban a los enemigos de la verdad tanto más eran perseguidos por muchas gentes-, oigámoslo del mismo que nos declaró lo anterior. Escribiendo a los de Corinto, les dice así: En nada demos motivo de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio, sino que en todo nos mostremos como ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en privaciones, en tumultos, en trabajos, en vigilias, en ayunos.

¿Has observado cuan grande cantidad de luchas enumera y cuan continuas tentaciones? Pues de nuevo, escribiendo a los mismos, les dice; ¿Son ministros de Cristo? ¡Hablando en locura mucho más lo soy yo! Y luego, queriendo persuadirnos ser mucho mejor padecer por Cristo que hacer milagros, y poniendo las pruebas de su apostolado, y demostrando que se le había de preferir a otros apóstoles - ¡no apóstoles, sino seudo-apóstoles!-, no toma la prueba y demostración de los milagros que había hecho sino de los peligros en que se había encontrado, y escribe de esta manera: En muchos trabajos, en muchos azotes, en muchas prisiones, en frecuentes peligros de muerte. Cinco veces recibí de los judíos 40 azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio,, un día y una noche pasé en los abismos del mar. Muchas veces en viajes me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, en trabajos y miserias, en prolongadas vigilias, en hambre y sed, en frío y desnudez, esto sin hablar de mis diarios cuidados de los negocios exteriores.

¡Tales son los caracteres que distinguen a los verdaderos apóstoles! Milagros también hicieron muchos otros, pero no les aprovechó haberlos hecho; puesto que tras de los milagros hubieron de oír aquellas palabras: ¡Apartaos! ¡no os conozco a vosotros, obradores de la iniquidad!. En cambio jamás escuchará semejantes palabras ninguno de los que pueden contar de sí mismos lo que Pablo ha contado de sí, sino que confiadamente subirán al cielo y gozarán de los bienes celestiales.

¡Quizá os ha parecido larga nuestra digresión! Pero no tengáis cuidado. No me he

olvidado de mi promesa. Al punto volveré a ella. Pero no en vano nos hemos alargado en el asunto presente, sino para mejor probar nuestra enseñanza, mediante larga explicación, y al mismo tiempo para mejor consolar a las almas afligidas. Que todos los que se encuentran en peligros y pruebas, salgan de aquí llevando el suficiente consuelo, pues han sabido que por medio de semejantes tribulaciones se hacen compañeros de Pablo, o mejor dicho, de Cristo Señor de los ángeles. Quien en este siglo participe de sus tribulaciones, en el otro será participante de su gloria.

Dice Pablo; Si padecemos con El, es para ser con El glorificados. Y también: Si sufrimos con El, con El reinaremos. Porque es en absoluto indispensable que los fieles sean oprimidos con tribulaciones: Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones. Y luego: ¡Hijo mío! ¡si te das al servicio de Dios, prepara tu ánimo a la tentación! ¡Ten recto tu corazón y persevera! 20 ¡Hermosas promesas por cierto! ¡caer en tribulaciones ya desde los principios! Pero al mismo tiempo ¡egregia exhortación y consolación excelente, que ya desde los principios se haya de gustar la tribulación! ¡Verdaderamente egregia y a la vez admirable y sumamente ganancíosa!.

¿Cómo puede ser? ¡Oye lo que sigue! Pues como el oro se prueba en el fuego, así los hombres gratos a Dios, en el crisol de la tribulación.. Eso que dice debes entenderlo de la manera siguiente. Así como el oro probado con el fuego resulta más puro, del mismo modo el alma que anda entre peligros y adversidades, se vuelve más alegre y más esplendente mediante tales sufrimientos y deja el moho y mancha del pecado. Por eso al rico del Evangelio decía el padre Abraham: Lázaro recibió sus males mientras que tú recibiste tu consuelo.

Y Pablo, escribiendo a los de Corinto, les dice:Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles y muchos dormidos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos no seríamos juzgados. Mas juzgados por el Señor, somos corregidos para no ser condenados con este mundo."

Por igual motivo al fornicario de Corinto lo entregó Pablo a la ruina de la carne, para que el espíritu fuera salvo; demostrando así que mediante la prueba presente se opera la salud, y que los peligros son la más excelente purificación del alma para quienes los llevan con nacimientos de gracias. En conclusión: que los fieles hayan sufrido tribulaciones infinitas y mil calamidades -lo mismo los discípulos que los maestros- y que no hayan tenido ni el menor descanso, rodeados como estaban por todas partes de guerras diversas y de todo género, suficientemente queda probado por nuestro discurso. Los empeñosos pueden recoger en las Sagradas Escrituras muchos otros testimonios de lo mismo. Sólo nos resta aplicar estas cosas a lo que nos hemos propuesto.

¿Qué fue lo que nos propusimos? Investigar el motivo de que Pablo dijera: Teniendo un mismo espíritu de je. ¿Por qué lo dijo? Perturbaba a los discípulos el que al presente sufrieran pesadumbres, mientras que los bienes sólo los veían en esperanza. Los peligros estaban encima. Los bienes distaban aún mucho. Las aflicciones estaban en marcha. Los bienes aún se esperaban. Pero ¿cómo es de maravillar que al principio de la predicación a algunos aconteciera lo que suele acontecer a muchos aun después de largo tiempo de escuchar la predicación, y cuando el Evangelio ha sido anunciado ya por toda la tierra, y después de tantas pruebas y demostraciones de la verdad de las promesas?

Mas no era eso lo único que aterrorizaba a los antiguos fieles, sino otra cosa menor.

¿Cuál? Pensaban que en el Antiguo Testamento las cosas humanas no se habían gobernado del mismo modo, sino que los justos al punto habían recibido el premio de sus virtudes, por llevar una vida moderada y virtuosa. Pensaban que todas las promesas se les habían cumplido no después de la resurrección de los cuerpos ni en la vida futura, sino acá en la vida presente. Porque dice la Escritura: Si amares al Señor Dios tuyo, te irá bien y Dios multiplicará tus bueyes y tus rebaños de ovejas. No habrá estériles en ti ni en tus ganados, alejará las enfermedades y no habrá dolencia. Mandará la bendición que te acompañe en tus graneros, abrirá el cielo y te dará la lluvia por la mañana y por la tarde. La trilla se prolongará entre vosotros hasta la vendimia y la vendimia hasta la sementera?

Muchas otras cosas como éstas les prometió que se cumplirían en la vida presente. Creo que si alguno es despierto de ingenio, ya estará previendo la solución. Puesto que la salud corporal, la fecundidad de los campos, la bondad y abundancia de hijos, la ancianidad feliz, la excelente sucesión de las estaciones del año, la copia de trigo, la oportunidad de las lluvias, la opulencia en manadas de bueyes y greyes de ovejas, y en fin toda clase de bienes se les prometían para la vida presente y en cambio no se les ponía delante cosa alguna de la vida futura que hubieran de esperar, considerando tales cosas los fieles primeros, y que sus antepasados tenían delante toda clase de bienes, mientras que ellos las coronas las tenían solamente prometidas y preparadas, y que el cumplimiento de las dichas promesas dependía de su fe, finalmente se cansaban y decaían de ánimo, como quienes necesariamente habrían de pasar su vida íntegra en tribulaciones.

Pablo, por su parte, veía todo esto, y la grandeza de los males que amenazaban, y que Dios les había prometido la recompensa de los trabajos para después de la muerte, mientras que a los patriarcas del Antiguo Testamento les había concedido las recompensas en esta vida; y veía también que por semejantes pensamientos nacía en los fieles gran desidia; al mismo tiempo para animarlos y enseñarlos acerca de que en los tiempos de los padres antiguos y patriarcas había habido la misma providencia y manejo de las cosas humanas, y que muchos habían recibido la recompensa solamente en fe y esperanza y no en cosas presentes, les trajo a la memoria aquella palabra del profeta: Teniendo un mismo Espíritu de fe, como está escrito: Creí y así hablé. Casi como si les dijera: también David, el egregio y admirable profeta, recibió en fe su recompensa y no la experimentó en la vida presente.

Porque la fe se refiere a las cosas que se esperan y no a las que se ven; puesto que lo que alguno ve ya no lo espera. Si pues creyó, sin duda creyó en las cosas que esperaba. Y si creyó en las cosas que esperaba, y las cosas que esperaba no se veían, indudablemente se sigue que no había recibido acá lo que había creído. Y por tal motivo decía Pablo: Teniendo el mismo Espíritu de fe. Es decir, aquella misma fe que existió en el Antiguo Testamento, es la misma que tenemos nosotros. Por lo mismo en otro lugar se expresa acerca de los santos de aquel tiempo en la forma siguiente: Anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, necesitados, atribulados, maltratados, aquellos de quienes no era digno el mundos y luego, explicando cómo aquéllos no habían recibido la recompensa, aunque habían padecido calamidades, añade estas palabras: Todos estos murieron en su fe y no alcanzaron la promesa, sino que la saludaron solamente contemplándola desde lejos.

Advierte la sabiduría de Dios, que desde lejos les muestra los premios, y cómo no se los

concedió desde luego, para que fuera mayor la prueba de su paciencia. Y se los mostró desde lejos, para que animados con esta esperanza, ni siquiera sintieran los trabajos presentes. Quizá alguno de los que con mayor intensidad me atienden, piense que estamos diciendo cosas contradictorias. Porque dirá: Si ni a los antiguos se les dieron al punto las recompensas y bienes ¿para qué alargarse tanto en el discurso enumerando las estaciones del año, la salud corporal, la bondad y abundancia de hijos, la copia de trigo, la abundancia de frutos, las manadas y las greyes y la felicidad entera del vivir?

¿Qué responderemos de esto? Que Dios, en aquel tiempo, se hubo de una manera con el vulgo más tardo e ignorante, y de otra con las almas generosas y que ya en el Antiguo Testamento meditaban en la sabiduría que en él se contiene. A la multitud, que se arrastraba por la tierra, y no era capaz de altas contemplaciones, ni de llevar la esperanza hasta el goce de los bienes futuros, les presentó bienes de la vida presente, atendiendo a su debilidad e ignorancia, y llevándolos por este camino al ejercicio de la virtud y al deseo de una vida honesta. En cambio, a Elias, Eliseo, Jeremías e Isaías, y en una palabra a los profetas todos y a cuantos pertenecían al grupo de los varones santos y excelentes, los llamaba al cielo y a los bienes que están allá preparados para los escogidos.

Y así Pablo no puso en la cuenta a todos, sino solamente a los que anduvieron vestidos de pieles de oveja y de cabra, y fueron arrojados a los hornos o encadenados con ataduras y destrozados, lapidados, o padecieron hambre y necesidad, y vivieron en las cavernas y en los huecos de la tierra, y en los desiertos, y sufrieron males infinitos. Y finalmente terminó diciendo cómo todos murieron en su fe, sin haber recibido la recompensa, dándonos a entender que no trataba del vulgo judío, sino de los varones como Elias o que a Elias se acercaban por la semejanza. Porque, como hubiera dicho: Murieron todos éstos en su fe sin haber recibido la recompensa, añadió: porque Dios tenía provisto algo mejor sobre nosotros, para que sin nosotros no llegasen ellos a la perfeccioné

Como si dijera: común es la fiesta, porque de esto se sigue mayor placer, siendo todos coronados al mismo t'.cmpo. Lo mismo se hace en los certámenes olímpicos: el luchador, el púgil, el que vence en el pancracio, llevan a cabo su certamen en tiempos diferentes, pero todos son pregonados vencedores al mismo tiempo. Lo mismo acontece en los banquetes. Si alguno de los comensales llega con antelación y hay otros que se tardan, los que ofrecen el banquete ordenan a los presentes que, en honor de los ausentes, se esperen hasta que lleguen los que aún no se han presentado. De igual modo procedió Dios. Como hubiera invitado al común banquete espiritual a los elegidos de todo el orbe de la tierra y en diversos tiempos, ha ordenado que quienes llegaron primero esperen a los que luego han de llegar, para que así, estando ya todos presentes y juntos, tengan todos al mismo tiempo el mismo placer.

Considera cuan grande honor se acrecienta de que Pablo y los fieles de su tiempo, y Abraham y sus contemporáneos, y tantos otros que durante tantos siglos pelearon y combatieron antes que Pablo, estén ahora sentados y en espera hasta que también nosotros hayamos sido probados. Y que no haya recibido aún Pablo su corona, ni alguno de los que ya desde el principio agradaron a Dios; más aún, que ni la hayan de recibir hasta que se junten todos los que han de ser coronados, oye cómo lo dice Pablo: He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de justicia, que me otorgará en aquel día el Señor, justo Juez.

¿Cuándo?: en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida.? Y en otra parte, al explicar cómo los bienes eternos se otorgarán a todos a la vez, escribe a los tesalonicenses: Porque justo es a los ojos de Dios retribuir con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros los atribulados, con descanso en compañía nuestra. - Y luego: Nosotros los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que durmieron. Por medio de todas estas explicaciones nos enseña convenir que todos y a la vez en común recibamos el fruto y posesión de la honra en el cielo.

Mas también a quienes nos precedieron les causa semejante cosa gran placer: el gozar juntamente con sus miembros aquellos bienes inefables. El padre que dispone una mesa exquisita y opípara, goza de más intenso placer cuando la puede disfrutar conjuntamente con todos los miembros de la familia. Y cierto que los padres naturales no tienen tan grande afecto para con sus hijos, cuanta es la solicitud que aquellos justos tienen por los que han caminado por el mismo camino de la virtud que ellos. De modo que a fin de ser nosotros contados en el número de los que entonces serán honrados, esforcémonos en alcanzar a esos santos.

Preguntarás tal vez ¿cómo podremos alcanzarlos? ¿quién nos indicará la senda que hasta ellos conduce? Lo hará el mismo Señor de los santos, el cual nos enseña no únicamente el modo de alcanzarlos, sino también cómo nos haremos compañeros de habitación y amigos de todos ellos. Porque dice: Haceos amigos con las riquezas injustas, para que cuando éstas falten os reciban en los eternos tabernáculos. Bellamente dijo eternos; pues en este siglo, aun cuando tengas una hermosa mansión, al fin y al cabo se envejece y acaba. Más aún: antes de que la mansión se acabe, se presenta la muerte y te arroja de tu magnífico domicilio. Y muchas veces, aun antes de la muerte, la desgracia en los negocios, los asaltos de los calumniadores, las asechanzas, hacen que de él seas arrojado. En cambio, en aquella otra mansión no hay nada de eso que puedas temer: ni corrupción, ni muerte, ni ruina, ni daños de parte de los que calumnian, ni nada semejante, sino que tu domicilio será inconmovible e inmortal. Por esto lo llamó eterno. Y dice: Haceos amigos con las riquezas injustas.

¡Observa cuan grande es la bondad del Señor y cuan inmensa su benignidad y mansedumbre! Porque no a la ventura añadió tales palabras. Como la mayor parte de los ricos han aglomerado sus riquezas mediante la rapiña y el fraude, dice; ¡mal hecho estuvo, y no debías juntar por tal camino tus riquezas! Pero una vez que las juntaste, cesa de la rapiña y del fraude; y usa de tus dineros para lo que necesitas. No es que yo te ordene ser misericordioso mediante el robo; sino que te abstengas del fraude y uses de las riquezas para humanidad y misericordia. Porque si no desistes de la rapiña, lo que des no será limosna. Pues aun cuando pongas en manos de los pobres infinitos dineros, si no te abstienes del fraude y la rapiña, serás contado ante Dios entre los homicidas.

Es, pues, indispensable abstenerse del robo, y luego ser misericordioso con los pobres. Grande es la fuerza de la limosna, y de ésta tratamos entre vosotros en la anterior reunión; pero también ahora trataremos. Ni vaya a pensar alguno de vosotros que semejante insistencia en la admonición equivale a una acusación de mis oyentes. En los certámenes, los espectadores excitan sobre todos a quienes van ya más cercanos a la meta y parecen tener más seguras esperanzas de victoria. Por mi parte, pues veo que con gran prontitud escucháis la exhortación acerca de la limosna, también con mayor alegría la continúo.

Los pobres son médicos de nuestras almas y bienhechores y protectores. Porque no es tanto lo que das como lo que de ellos recibes. Das dineros y recibes el reino de los cielos; alivias la escasez y te reconcilias con Dios. ¿Ves cómo la recompensa no es igual al gasto? Porque tus dineros son cosas terrenas, éstas otras son celestiales. Aquéllos son perecederos, éstas son permanentes. Aquéllos se corrompen, éstas no tienen peligro de corrupción. Por tal motivo nuestros mayores pusieron a los pobres a las puertas de las iglesias, para que la vista misma de los necesitados excite a la limosna aun al más inhumano y desidioso.

Porque donde están los grupos de los ancianos encorvados, andrajosos, escuálidos, sucios, con báculos en las manos, sobre los cuales con dificultad se sustentan, a veces ciegos, o bien mutilados de varios miembros del cuerpo ¿quién hay tan de piedra, quién tan de diamante que pueda mantenerse inmutable y sin compasión ante su ancianidad, su debilidad, su ceguera, su pobreza, su vestido vil, y tantas otras cosas que mueven a condolerse? De manera que por semejante motivo se encuentran a nuestras puertas y excitan a la beneficencia a quienes acá entran, con su presencia sola, aún más de lo que pudieran hacerlo con sus palabras.

Como se acostumbra poner delante de los templos las fuen--tes para que quienes han de adorar a Dios puedan levantar sus manos purificadas de antemano mientras oran, así nuestros mayores colocaron a los pobres a la entrada de los templos, a la manera de fuentes, para que así como lavamos con agua nuestras manos, del mismo modo, lavada previamente el alma mediante la beneficencia, luego derramemos nuestras preces delante del Señor. No es el agua tan apta para lavar las manchas del cuerpo, como la limosna para lavar las impurezas del alma. Por consiguiente, así como no te atreves a entrar a la oración, sin haberte lavado las manos, a pesar de ser esto una falta pequeña, del mismo modo no te acerques nunca a la oración sin haber hecho limosna.

Con frecuencia, aun teniendo las manos limpias, sin embargo, no las tendemos a Dios, si primero no nos lavamos de nuevo: ¡tan poderosa es la costumbre! Pues lo mismo hay que hacer acerca de la limosna. Y aunque no tengamos conciencia de ningún pecado mortal, sin embargo, conviene lavar el alma mediante la limosna. Muchas manchas has contraído en el foro: irritaste al enemigo, has obligado al juez a hacer algo que no está bien, con frecuencia has dicho palabras descompuestas, o cometiste alguna falta por no desagradar a tu amigo, o contrajiste quizá otras manchas en abundancia, como suelen los hombres que acostumbran el foro, están en los tribunales, administran la cosa pública. Y luego te acercas a suplicar a Dios el perdón de todo. Pues da de tu dinero a los pobres y así lava esas manchas a fin de que luego, cuando suplicas, ruegues con confianza al que puede perdonarte semejantes pecados.

Si te acostumbras a no entrar a este sagrado recinto sin haber dado limosna, en adelante ya no te abstendrás voluntariamente ni harás forzadamente bien semejante: ¡tan poderosa es la costumbre! Y así como jamás toleras, como quiera que anden las cosas, el orar sin haberte lavado las manos, una vez que has adquirido la costumbre, lo mismo te sucederá con la limosna si te pones tú mismo esta ley: ¡queriendo y aun sin querer la cumplirás diariamente, impulsado por la costumbre adquirida! Fuego es la oración sobre todo cuando sale de una alma sobria y vigilante; pero este fuego necesita del óleo para poder levantarse hasta la bóveda del cielo. Y el óleo con que has de alimentar el fuego es la limosna. Ponle semejante óleo en abundancia, a fin de que avivado con tu buena obra, más alegremente lleves a cabo tu oración.

Así como los que no tienen conciencia de ninguna buena obra no pueden orar con confianza, así quienes hicieron algo bueno y luego se dirigen a la oración, van alegres con la memoria de sus buenas obras y ofrecen con mayor presteza sus súplicas. Con el objeto, pues, de que nuestras oraciones también por este motivo sean más eficaces, después que nuestra mente se haya despertado con el recuerdo de la limosna hecha, acerqué-mosnos al Señor para orar; y mantengamos bien en nuestra memoria y con empeño todo lo dicho. Pero antes que nada mantengamos la figura de los pobres que, como os dije, se presentan a las puertas de los templos para hacer respecto del alma el oficio que las fuentes hacen respecto del cuerpo. Si mediante tal recuerdo lavamos sin cesar nuestra mente, podremos alzar a Dios limpias nuestras preces, y alcanzar de El una inmensa confianza y favor, y conseguir el reino eterno, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

15

XV: Homilía acerca del día natal de nuestro Salvador Jesucristo;

día que aún permanecía incógnito en aquellos tiempos, pero que unos pocos años antes se había aclarado por algunos que vinieron de occidente y lo indicaron.

(Esta Homilía fue predicada el 25 de diciembre de 386, cinco días después de la fiesta de san Filogonio. En efecto: en la Homilía afirma el Crisostomo haber ocupado el mes de septiembre en largos sermones contra los judíos; y estos sermones u Homilías ciertamente fueron predicadas, como a su tiempo advertiremos, en el mes de septiembre del 386. Es cierto que el santo predicó por ese mismo tiempo, al año siguiente, largos sermones; pero en ellos hace ya referencia a la destrucción de las estatuas reales, lo que sucedió en febrero de 387. -Según dice el santo, no hacía aún 10 años de que esta festividad del nacimiento se celebraba en Antioquía; por lo cual muchos se negaban a celebrarla, alegando ser una novedad, mientras que otros en gran número sí la admitían. El santo aprovecha esta oportunidad para combatir aquella disensión y probar que el día de la Natividad caía ciertamente el 25 de diciembre).

Lo QUE YA LOS antiguos Patriarcas dieron a luz, y los Profetas predijeron, y los justos desearon ver, eso, al fin, en este día se ha cumplido. ¡Y Dios fue visto en carne y conversó con los hombres! 2 ¡Alegrémonos, pues, carísimos, y regocijémonos! Porque si Juan, estando aún en el vientre de su madre, se alegró al verse María con Isabel, mucho más conviene que nosotros nos alegremos y exultemos de gozo, al contemplar hoy, no a María, sino a nuestro Salvador nacido; y conviene admirarnos y salir de nosotros mismos por la admiración a causa de la excelsitud de la Encarnación, misterio superior a todo humano conocimiento. Porque considera dentro de ti cuan grande cosa sería ver al Sol descender desde el cielo y caminar sobre la tierra e iluminar a todos desde aquí con sus rayos. Pues, si al suceder esto o alguna cosa semejante en aquel luminar sensible, con razón todos quedarían estupefactos, considera y pesa cuánto mayor cosa es ver al Sol de justicia emitiendo sus rayos desde nuestra carne e ilustrando nuestras almas.

Anhelaba yo hace tiempo que llegara este día; y esto no así simplemente, sino con una reunión y multitud como la que ahora vosotros presentáis. Y una y otra vez deseaba ver esta reunión tan completa como ahora puede contemplarse. De manera que esto ya se cumplió y se realizó. No van aún diez años desde que este día de fiesta se nos descubrió y quedó en claro. Pero no de otra manera que si ya desde muchos años antes lo tuviéramos de tradición, así ha brillado hoy su celebración, gracias a vosotros. Por lo cual no se equivocaría quien lo llamara a la vez antiguo y reciente. Reciente, porque al fin ha llegado hasta nosotros su noticia; antiguo y vetusto porque velozmente se ha colocado a la par de los más antiguos en años, con lo que ha llegado a tener la misma edad que los otros.

Porque así como las plantas generosas y de buena calidad, apenas puestas en tierra velozmente crecen hasta alcanzar una grande altura, y se cargan de frutos, no de orta manera este día, como al principio sólo fuera conocido por los que habitan allá al occidente, nos fue trasmitido no ha muchos años; pero pronto creció de tal modo y dio tales frutos, como ahora pueden verse, pues están repletos los alrededores de gente y el templo ha sido angosto para contener a la multitud de los que han concurrido. ¡Tened pues buena esperanza de que Cristo, quien ahora ha nacido, dará un digno premio a vuestra prontitud y fervor! El os remunerará abundantemente este fervor, porque el empeño que en este día habéis puesto es argumento grande de vuestro amor al que ha nacido.

Y si acaso conviene que también nosotros, consiervos vuestros, aportemos alguna cosa que ayude a sacar ese fruto, la aportaremos con todas las fuerzas que podamos. O más bien: aportaremos lo que la divina gracia nos concediere para provecho vuestro. ¿Qué es, pues, lo que el día de hoy deseáis oír? ¿Qué otra cosa sino lo referente a este día? Porque yo sé bien que hasta el día de hoy, muchos disputan acerca de esta festividad; y que unos reprenden y otros defienden. Mucho se habla de este día por todas partes: unos acusándolo de ser una innovación que de poco tiempo acá se ha introducido; otros defendiéndolo como antiguo y vetusto, puesto que ya antiguamente los profetas habían predicho esta Natividad y fue conocida desde los orígenes del cristianismo por todos los habitantes del orbe desde Tracia hasta Cádiz, y ha sido celebérrimo y celebrado por ellos. ¡Ea, pues! ¡comencemos por aquí nuestro discurso!.

Porque si este día, aunque puesto aún en tan grande discusión, de todos modos tan intensamente lo disfrutáis en vuestras almas, por cierto, si fuere más conocido y por lo mismo mejor comprendido, sin duda que obtendrá un fruto mayor esta vuestra prontitud de ánimo, a causa de la claridad que nacerá de nuestra enseñanza, y con esto se acrecentará más aún en vosotros esa prontitud y fervor.

Tres son los argumentos que tengo para probaros; y por ellos entendemos haber sido este el día mismo en que nuestro Señor Jesucristo, el Dios-Verbo, fue dado a luz. El primero es el hecho de que esta festividad con tan grande celeridad se haya conocido y extendido en todas direcciones, y haya crecido a tan grandes alturas, y en tanto grado haya resplandecido. Lo que Gamaliel aseguró de la predicación, eso mismo diría yo confiadamente de esta festividad: que si es de origen humano, se deshará, pero si es de Dios no podréis detenerla, no sea que parezcáis pelear contra Dios. Por ser el Verbo Dios de Dios no solamente no se deshizo la predicación, sino que, al revés, año por año toma mayor incremento y se vuelve más preclara. Porque dicha predicación, en el espacio de pocos años, llenó todo el orbe de la tierra, a pesar de ser los hombres que a

todas partes la llevaban, simples fabricadores de tiendas de campaña, pescadores, y sin letras ni sabiduría. Y la bajeza de los predicadores en nada dañó, porque el poder de Aquel que era predicado, todo lo preparaba y quitaba los impedimentos y desplegaba su virtud.

Pero si alguno, un tanto obstinadamente, no asiente a lo que he dicho, otro argumento hay que vamos a exponer. ¿Cuál es él? El que se basa en la descripción o censo que cuentan los Evangelios. Porque sucedió, dice el evangelista, que en aquellos días salió un edicto de César Augusto para que se empadronara toda la tierra. Este empadronamiento se llevó a cabo primero que el del Presidente de Siria, Cirino. E iban todos a empadronarse cada uno en su ciudad. José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando ahí se cumplieron los días del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesónA

Consta, pues, por este pasaje que nació Jesús al tiempo del empadronamiento. Quien guste releer los códices de las antiguas historias que se guardan en Roma en los archivos públicos, facilísimamente podrá conocer con exactitud también la fecha de este empadronamiento. Dirá alguno: pero ¿qué fuerza tiene eso para nosotros que ni estamos ni hemos estado allá jamás? ¡Escucha! ¡no desconfíes! Porque esta fecha la hemos recibido nosotros de aquellos que tienen exacto conocimiento de la cosa, y que habitan en aquella ciudad. Los que allá habitan la celebran y de muy antiguo por una vetusta tradición, y ellos son los que nos transmitieron acá esa noticia.

El Evangelista no nos dijo simplemente la ocasión, sino de tal manera que nos quedara conocida y clara la fecha misma y así nos manifestara la Encarnación del Señor. Porque ni Augusto por su impulso propio y propia voluntad promulgó aquel edicto, sino excitándole su ánimo Dios, a fin de que, aún contra su voluntad, sirviera a la venida del Unigénito. Pero dirás: ¿Qué importancia tiene esto para demostrar la Encarnación? Pues ¡no pequeña ni vulgar, oh carísimo! ¡sino muy grande! Y esta es una de las cosas necesarias y que con empeño se investigan. ¿Cuál es esa? Galilea es una región de Palestina, y en ella está la ciudad de Nazaret. También Judea es una región, a la cual ese nombre le dan los de ahí; y en esa región está la ciudad de Belén, que así es ciudad de Judea. Y todos los profetas habían predicho que el Cristo vendría de Belén y no de Nazaret, y que acá nacería.

Porque así está escrito; Pero tú, Belén, de Efrata, pequeña para ser contada entre las familias de Judá, de ti saldrá quien señoreará en Israel mi pueblo. Y los judíos de aquel tiempo, preguntados por Herodes en dónde nacería el Cristo, le refirieron este testimonio. Por este motivo, hablando1 Natanael con Felipe, cuando éste le decía: ¡Encontramos a Jesús de Nazaret! aquél le respondió: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Y Cristo de él dijo: ¡He aquí un verdadero israelita en el cual no hay dolo! 7 Pues ¿por qué motivo así lo elogia? Porque no se dejó llevar al punto de aquella noticia que le daba Felipe. Pues clara y manifiestamente sabía que el Cristo no había de nacer ni en Nazaret ni en Galilea, sino en Judea y en Belén, como en efecto así había sucedido.

Asi pues: porque a Felipe se le ocultaba esto, y en cambio Natanael a causa de la pericia que en la Ley tenía y el conocimiento de lo que los profetas habían dicho, le daba una

respuesta consentánea con el vaticinio arriba mencionado, o sea que el Cristo no vendría de Nazaret, por esto Jesús dijo de él: ¡He aquí un verdadero israelita en el que no hay dolo! Y por la misma razón un cierto judío le decía a Nicodemo: ¡Investiga y verás que de Galilea no ha salido projeta alguno! 8 Y también: ¿Acaso no es de la aldea de Belén, de donde era David, de donde viene el Cristo? 9 ¡Tan común era entre todos la sentencia de que sin duda alguna de ahí y no de Galilea había de venir!.

Así pues: como José y María, ambos oriundos betlemitas, tras de abandonar su patria, se habían ido a establecer y vivir en Nazaret y ahí pasaban su días; como a muchos hombres les suele acontecer, que habiendo salido de las ciudades en donde nacieron, van y se establecen en otra en donde no tuvieron su nacimiento; y como conviniera que el Cristo naciera en Belén, salió aquel edicto por el cual, determinándolo así Dios, fueron obligados, aun sin quererlo, a ir a aquella ciudad de Belén. Como la Ley ordenaba que cada uno se empadronara en su patria, ella los obligó a caminar desde Nazaret hasta Belén para dar allá su nombre al padrón. Esto deja entender el Evangelista cuando dice: Subió, pues, José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando ahí se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito.

¿Has visto, carísimo, la providencia de Dios, y cómo por medio de los infieles y de los fieles lleva a cabo sus propios designios? ¡Precisamente para que los que son aún extraños a su culto verdadero conozcan su fuerza y su poder! Una estrella llevó a los Magos desde oriente; en cambio fue la Ley la que llevó a María a su patria, conforme a la predicción de los profetas. Y por aquí nos consta con evidencia que también la Virgen misma fue de la descendencia de David. Porque, si nació en Belén, es manifiesto que traía su origen de la casa y familia de David.l° Cosa que un poco antes declaró el Evangelista diciendo: Subió, pues, José, desde Galilea con María, porque era de la casa y familia de David.

Pero, como hubiera hecho recensión de la estirpe de José y a ninguno de los progenitores de éste lo hubiera contado como progenitor de María, con el objeto de que de esto no te viniera ninguna duda y dijeras: ¿de dónde puede aparecer claro que Ella también era nacida de David?, oye lo que dice: En el mes sexto fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David. Las cuales palabras de la casa de David, deben tenerse como dichas de la Virgen, como aquí manifiestamlente se indica.!.

Por este motivo, pues, fue publicada aquella Ley que había de llevarlos a Belén, porque en cuanto ellos llegaran a esa ciudad al punto nacería Jesús. Y por esto es reclinado en un pesebre: porque habían concurrido ahí muchos, y habían ocupado de antemano los sitios, y con esto hacían muy estrechos los lu-gares de aposentamiento. Y en este sitio también lo adoraron los Magos.*

Mas, para poner delante una demostración aún más clara de que este día es la festividad del Nacimiento, levantaos conmigo, mediante vuestro espíritu. Porque he determinado suscitar en vosotros el recuerdo de las cosas más por extenso y recitaros las leyes antiguas, a fin de haceros más patente mi discurso por todos lados.

Tenían los judíos una Ley antiquísima . .. Pero ¡ea! ¡llevemos el discurso todavía un poco más arriba! En el tiempo en que Dios libró al pueblo de los hebreos de las turbas de los egipcios y de la barbarie y tiranía del Faraón, como viera que los israelitas aún tenían algunas reliquias de la impiedad pagana, y que estaban apegados a todas las cosas que por los sentidos se perciben, y esto hasta la insensatez, y que los arrastraba hacia la grandeza y hermosura de los templos, les ordenó que también ellos edificaran un templo, el cual oscureciera a todos los otros templos que en el orbe existían, no solamente por la magnificencia de sus materiales de construcción y la variedad de su artificio, sino también por la estructura misma y la forma y todo lo demás.

Y a la manera que un padre amante de sus hijos, a un hijo al que el trato con hombres malvados, perniciosos y libertinos ha apartado por mucho tiempo, y que ha gozado de toda clase de placeres, cuando lo recibe lo rodea de la mayor abundan cia de bienes, con toda seguridad y dignidad, no sea que, si se encuentra con algunas apreturas, ya sea por el recuerdo de las cosas antiguas, ya también por la codicia le sea de nuevo arrebatado, así Dios, viendo a los judíos propensos hasta la insensatez a los bienes sensibles, hizo en ese mismo género de cosas, una excelentísima, a fin de que nunca jamás le fueran arrebatados en adelante por la codicia de volver a los egipcios o a las cosas que habían experimentado entre ellos.

Por esto les edificó un templo conforme a la imagen del mundo todo: el sensible y el inteligible. Porque así como existen la tierra y el cielo, y en medio de ellos se encuentra, a la manera de un tabique de separación, el firmamento que vemos, así ordenó que se dispusiera aquel templo. Habiendo, pues, cortado por en medio el templo y habiendo colocado como tabique de separación un velo, dio a todos potestad para entrar en la parte aquella que quedaba por fuera del velo; mientras que en la otra interior a nadie permitió ni la entrada ni las miradas, sino solamente al sumo sacerdote.

Y que esto no sea una simple conjetura nuestra, sino que el templo aquél en realidad fuera construido a la imagen de todo el universo, oye cómo lo dice Pablo, hablando de Cristo que asciende a los cielos: Porque no entró Cristo en un santuario hecho por mano de hombres, figura del verdadero. Manifestó así el apóstol que los santuarios que hay entre nosotros son imagen del verdadero santuario. Y que el velo separaba al Sancta Sanctorum de los santos que fuera estaban, a la manera que este cielo que vemos separa todo lo que está sobre él de lo que está acá con nosotros, mira cómo también lo significó al llamar velo al cielo.

Porque, refiriéndose a la esperanza y a que la tenemos como única áncora firme, añadió en seguida: Y que penetra hasta el interior del velo a donde entró por nosotros, como precursor, Jesús y a lo más alto y arriba del cielo. ¿Ves, pues, cómo al cielo lo llama velo? Y fuera del velo se encontraban el candelabro y la mesa y el altar de bronce que recibía los sacrificios y los holocaustos. Y dentro del velo estaba el arca toda recubierta de oro por todos lados, y contenía ella las tablas del Antiguo Testamento y la urna de oro y la vara de Arón que había reverdecido y el altar de oro, no para los sacrificios y los holocaustos, sino solamente para el timiama.

Y a todos les era lícito entrar por todo aquello que estaba fuera del velo. En cambio a lo de dentro sólo le era lícito al sumo sacerdote. Y también de esto os traeré el testimonio de Pablo, el cual dice así: Y el primer pacto tenía su ceremonial y su santuario secular. Llama santuario secular al tabernáculo exterior; porque entrar en él estaba permitido a

todo el mundo. En él estaban el candelabro y la mesa y los panes de proposición. Y después del velo estaba el segundo tabernáculo que se llamaba el Santo de los santos, en donde estaba el altar de oro de los perfumes y el arca de la alianza, toda ella recubierta de oro, y en ella un vaso de oro que contenía el maná, y la vara de Arón que había reverdecido, y las tablas de la Alianza. Encima de ella estaban los Querubines de la gloria que cubrían el propiciatorio. Dispuestas así las cosas, al primer tabernáculo siempre entraban los sacerdotes cada día para con-sumar los sacrificios; pero en el segundo sólo entraba el pontífice una vez al año y solo, y esto después de haber ofrecido la sangre en expiación de sus ignorancias y las del pueblo. ¿Ves cómo ahí solamente entraba el sumo sacerdote y esto sólo una vez en el año?

Pero preguntarás: ¿qué tiene que ver todo esto con la festividad presente? ¡Esperad un poco y no os alborotéis! Porque vamos cavando la fuente desde su origen, y queremos llegar a la cumbre misma, con el objeto de que todo quede claro y sin dificultad. Más aún: para que nuestro discurso no vaya a quedar ensombrecido con el ropaje de las palabras demasiado tiempo, ni se torne complicado en demasía; y para que no os fatiguéis con la demasiada extensión de las cosas que voy diciendo, os expondré desde luego el motivo de haber traído a colación estas cosas desde sus orígenes mismos. ¿Cuál, pues, ha sido la razón?

Cuando Isabel llevaba en su seno a Juan desde hacía ya seis meses, entonces concibió María. De manera que si logramos saber cuál fue ese mes sexto, sabremos con certeza cuándo concibió María. Y una vez que sepamos cuándo fue esa concepción, conoceremos también cuándo dio a luz, contando nueve meses desde la concepción. ¿De dónde, pues, nos constará cuál fue ese mes sexto de la preñez de Isabel? ¡De aquí! Es a saber si llegamos a conocer en qué mes quedó encinta. Y ¿de dónde conoceremos cuál fue este mes? Si llegamos a saber cuándo recibió Zacarías, su marido, la feliz noticia. Más: esto mismo ¿de dónde nos quedará manifiesto? De las Escrituras divinas. Porque enseña el santo Evangelio que estando dentro del Sanc-ta Sanctorum Zacarías, el ángel le dio la buena nueva y le dijo lo relativo al parto de Juan.

Si pues claramente demostramos por las Escrituras que el sumo sacerdote entraba en el Sancta Sanctorum una sola vez al año y sin compañero alguno, además en qué mes del año era cuando entraba esa sola vez, vendremos en conocimiento claro del tiempo en que recibió aquella feliz noticia; y encontrado éste, al punto quedará manifiesto a todos cuándo fue la concepción. Pues bien: que solamente una vez al año entrara el sacerdote en el santuario, también lo declaró Pablo. Pero más abiertamente aún lo dijo Moisés: Y habló el Señor a Moisés: ¡di a tu hermano Arón que no entre nunca en el santuario, a la parte interior del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca del testimonio, no sea que muera.% Y luego: ¡Que no haya nadie en el tabernáculo del testimonio desde que él entre para hacer la expiación hasta el momento en que salga, una vez hecha la expiación por sí y por su casa y por toda la asamblea de Israel, Y hará la expiación sobre el altar que está delante del SeñorX

De todo esto queda claro que no entraba el sacerdote en el Sancta sanctorum en cualquier tiempo; y que mientras él estaba dentro no era lícito a nadie tocar nada, sino que debían todos quedar fuera del velo. Ahora pues, retened cuidadosamente en la memoria estas cosas. Y no resta sino que os aclare cuál era ese tiempo en el que entraba solo el sacerdote al Sancta sanctorum y sola una vez al año. Pero ¿de qué manera quedará esto claro? Pues por el mismo Libro, en donde se dice: En el mes séptimo, en el

día diez del mes, mortificaréis vuestras personas y no haréis trabajo alguno, ni el indígena ni el extranjero que habita entre vosotros. Porque en ese día se hará la expiación por vosotros para que os purifiquéis y seáis purificados ante Y ave de todos vuestros pecados. Será para vosotros día de descanso, sábado; y mortificaréis vuestras personas. Y será ley perpetua. La expiación la hará el sacerdote que haya sido ungido y haya sido iniciado para ejercer las funciones sacerdotales en lugar de su padre. Se revestirá de las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas; y hará expiación del santuario de la santidad o Sancta sanctorum, del tabernáculo del testimonio, y del altar, de los sacerdotes y de todo el pueblo reunido, por sus pecados. Será para vosotros ley perpetua; y se hará la expiación de los hijos de Israel por todos sus pecados. Y se hará una vez al año, como ordenó Dios a Miosés. Se trata en este pasaje de la fiesta de los Tabernáculos. Porque en esa ocasión era cuando el sumo sacerdote cada año entraba por una sola vez, como lo declaró Moisés mismo diciendo: Una vez en el año se hará esto.

Si pues al tiempo de la fiesta de los Tabernáculos entraba el sumo sacerdote en el Santo de los santos, declárenlos ahora cómo fue entonces cuando el ángel se apareció a Zacarías, o sea cuando estaba dentro del Sancta sanctorum. Porque lo vio él solo al momento en que ofrecía el incienso; y el sacerdote únicamente entonces entraba solo. Nada impide que escuchemos las palabras mismas del Evangelio:Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, cierto sacerdote de nombre Zacarías, del turno de Abía, cuya mujer, de la descendencia de Arón, se llamaba Isabel. Sucedió pues que ejerciendo él sus funciones sacerdotales delante de Dios, según el orden de su turno, conforme al uso del servicio divino, le tocó entrar en el santuario del Señor para ofrecerle incienso. Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando durante la hora de la oblación del incienso.

En este punto recuerda, carísimo, el testimonio aquel que dice; Que no haya nadie, en el tabernáculo del testimonio desde que él entra para hacer la expiación, al Santo de los santos, hasta que salga. Y se le apareció el ángel del Señor de pie a la derecha del altar del incienso." Y no dijo del altar de los sacrificios, sino del altar del incienso; porque el altar de los sacrificios y holocaustos estaba por fuera del velo, mientras que por dentro estaba el del incienso. De manera que aun por esto sucedió que se le apareciera a solo él, y porque se añade que el pueblo estaba fuera esperando, queda manifiesto que él había entrado al Santo de los santos.

Y se turbó Zacarías al verlo y el temor se apoderó de él. Y le dijo el ángel: ¡No temas, Zacarías, porque tu plegaria ha sido escuchada, e Isabel, tu mujer, dará a luz un hijo, al que pondrás por nombre Juan! Y el pueblo estaba esperando a 'Zacarías, y se maravillaba de que tardase en el templo. Y cuando salió no podía hablarles ¿Ves cómo estuvo allá dentro del velo? ¡Pues fue entonces cuando recibió la alegre noticia! Era entonces el tiempo de la fiesta de los Tabernáculos y del ayuno, porque eso significan aquellas palabras: humillaréis vuestras ánimas. Ahora bien: esa fiesta, como vosotros sabéis, y lo testificáis, los judíos la celebraban al fin del mes de septiembre; porque entonces nosotros tuvimos larga y abundante predicación contra ellos, acusándoles de ser importuno en esos días el ayuno.

De manera que por este tiempo Isabel, la mujer de Zacarías, concibió. Y se ocultaba durante cinco meses y decía: / He aquí lo que ha hecho conmigo el Señor, acordando quitar mi oprobio de entre los hombres. Falta ahora declarar, como cosa oportuna, cómo además, cuando ella llevaba hacía ya seis meses a Juan en su vientre, entonces María

recibió la alegre nueva de su concepción. Porque, cuando se llegó a ella Gabriel, le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Y como ella se turbara con esas palabras y procurara investigar el cómo habían de tener cumplimiento esas cosas, el ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez; y éste es ya el sexto mes de la que era estéril porque nada hay imposible para Dios.

Así, pues: si Isabel concibió después del mes Gorpieos, como ya quedó demostrado, es necesario contar seis meses intermedios desde ese en adelante. Y éstos son Hyperbereteos, Dios, Apeleos, Audoneos, Feritios y Dystros. De manera que María concibió después de este sexto mes. Y si contamos nueve meses a partir de este último, llegaremos ciertamente a este en que nos hallamos. De manera que el primer mes de la concepción del Señor es Xanticos, luego Artemisios, Desios, Panemos, Loios, Gorpieos, Hyperbereteos, Dios, Apeleos. Y éste es el mes en que estamos, y en el que celebramos la festividad.

Y para que esto que os digo, os resulte más claro y evidente, lo repetiré de nuevo brevemente a vuestra caridad. Solamente una vez al año entraba el sumo sacerdote al Santo de los santos; y eso en el mes Gorpieos. Entonces entró Zacarías al Santo de los santos, y entonces tuvo noticia de la natividad de Juan. Partió de ahí. Luego, concibió su esposa. Y después del mes Gorpieos, cuando ella llevaba ya el niño en su seno durante seis meses, o sea en Dystros, concibió María. Y comenzando desde Xanticos, si contamos nueve meses, vendremos a dar al mes presente, en el cual nació nuestro Señor Jesucristo.

Ya hemos declarado todo lo tocante a esta festividad. Ahora, una vez que os diga alguna cosa más, terminaré mi discurso; y las cosas que son más elevadas las dejaré a nuestro común Doctor.

Puesto que muchos de los gentiles se burlan de nosotros cuando oyen que Dios se hizo carne, y nos acometen y a muchos de los más sencillos los perturban con sus burlas, es necesario, tanto en bien de ellos como de aquellos que se perturban, decir algunas palabras a fin de que no se conturben de ningún modo ni den su aquiescencia a los hombres insanos en alguna cosa o se conmuevan por esas burlas de los infieles. Porque los niños pequeños suelen muchas veces reírse de nosotros cuando tratamos cosas serias y necesarias; y con todo, esa risa no es argumento de que las cosas de que se ríen sean de poca monta, sino al revés es argumento de la necedad de los que se ríen. Pues esto lo podemos decir nosotros de esos paganos que, siendo casi locos más que los mismos niños, se burlan de las cosas que llevan consigo grande temblor y son de grande admiración; mientras que, en cambio, aquellas cosas que de verdad son de risa, a esas ellos las enaltecen y las visten de brillo.

Mas, con todo, esas cosas nuestras de que ellos se ríen, a pesar de eso perduran en su propia majestad, sin recibir daño en su principalía por las burlas de ellos; y en cambio, las cosas de ellos, aun revestidas de brillo, dejan ver su propia torpeza. Porque ¿acaso no es el extremo de una cierta necedad el que ellos errando conviertan sus dioses en piedras, leños y viles estatuas, y los encierren como en ciertas cárceles, y que con todo no estimen hacer en eso nada vergonzoso, ni decirlo; y en cambio nos acusen porque

afirmamos que Dios se ha construido un templo viviente por medio del Espíritu Santo, por el cual ha beneficiado a todo el universo? Pero ¿qué clase de acusación es esta? Porque si es cosa de vergüenza que Dios habite en un cuerpo humano, mucho más lo es que habite en un leño o en una piedra; y por cierto, tanto más vergonzoso cuanto es más inferior al hombre una piedra o un leño; ¡a no ser que al pagano le parezca más vil nuestro linaje que la materia que carece de sentidos!.

Pero más aún; aun en gatos y perros, y muchos herejes aun en cosas harto más viles, se atreven a colocar la habitación de la Esencia divina. Cosa que nosotros ni decimos ni vayamos a tolerar siquiera el oír a quienes tales cosas afirman. Lo único que nosotros sostenemos es que Cristo al salir del vientre virginal tomó una carne inmaculada, santa, irreprensible y exenta de todo pecado, y que de este modo reparó su obra. En tanto que los herejes aquellos y los maniqueos, que pecan por la misma impiedad de aquéllos, introducen la Esencia divina en los canes y en los monos y en las fieras de todas clases; puesto que afirman que el alma de todos ellos es aquella Esencia: ¡y no se horrorizan ni se avergüenzan!.

¡Y dicen que nosotros afirmamos cosas indignas, porque nada de eso admitimos, ni siquiera con el pensamiento; y solamente afirmamos lo que es conveniente y decente para Dios, es a saber: que El vino a nosotros y con este modo de generación propio suyo, restauró su propia obra! ¿Qué es lo que dices, dime, tú que afirmas que las almas de los homicidas y los hechiceros son parte de la Esencia divina? ¿te atreves a acusarnos a nosotros que no solamente nada de eso sostenemos, pero ni siquiera toleramos el oírlo, sino que a quienes lo dicen los tenemos por impíos?

Pero ¿qué es lo que nosotros sostenemos? ¡Únicamente esto! Que Dios, habiéndose construido este templo, desde el cielo trajo por él a nuestra vida un cierto estado celeste. Mas ¿por qué no habréis de ser condenados a muerte millares de veces vosotros así por la acusación falsa que nos hacéis como también por la impiedad que no cesáis de cometer contra Dios? ¡Si es cosa indecente para Dios el habitar en un cuerpo inmaculado y limpio, mucho más lo es habitar en el de un hechicero y en un profanador de sepulcros y en el de un ladrón o el de un can o de un mono! ¡Pero no, no lo es el habitar en aquel cuerpo santo e incontaminado, y que ahora está sentado a la diestra del Padre!.

Porque ¿qué daño se le sigue a Dios o qué mancha de esta providencia? ¿No veis acaso a este sol, cuerpo sujeto a los sentidos, y a corrupción y deficiencias, así revienten mil veces al oír esto los maniqueos y los gentiles?29 ¡Ni solamente el sol, sino también la tierra, el mar y toda en absoluto la fábrica del universo, caen bajo los sentidos y están sujetos a la vanidad! Oye a Pablo, quien claramente lo enseña: Pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta con la esperanzad Y él mismo quiso declarar qué sea eso de estar sujeto a la vanidad, y añadió: Porque la criatura misma será libre de la corrupción, para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

Quiere decir que la criatura es ahora corruptible, puesto que servir a la corrupción no es otra cosa que ser corruptible. Pues, si el sol siendo criatura corruptible, manda por todas partes sus rayos al cieno y a las horruras, y se comunica a infinitas otras criaturas de ese género, y con todo por esa fealdad de semejantes horruras corporales, en nada recibe daño aquella su limpieza, sino que sus rayos los regresa impolutos a sí mismo, y

comunica su virtud y su fuerza a muchos cuerpos que lo reciben y él en cambio no recibe de ellos en sí daño ninguno ni fealdad ¿cuánto más aquel Sol de justicia, aquel Señor de las Potestades incorpóreas, al entrar en la carne no solamente no se manchó, sino que por el contrario a ella la tornó más pura y más santa?

Considerando, pues, todas estas cosas, y recordando la voz divina que dice: Habitaré en ellos y entre, ellos andaré, y aquella otra: Vosotros sois templo de Dios y el Espíritu Santo habita en vosotros,33 por nuestra parte sostengámonos en contra y cerremos las bocas impías de esos herejes y gocemos de nuestros bienes y glorifiquembs a Dios encarnado por esta su humillación hasta nosotros, tan llena de benignidad; y venerémoslo y démosle gracias con todo el poder de nuestras facultades. Aunque a Dios no le podemos tributar otras acciones de gracias que sean dignas, sino solamente aquella que consiste en nuestra salvación y de nuestras almas y en el anhelo por la virtud.

Así pues: ¡no nos hagamos los desagradecidos para con nuestro bienhechor; sino que todos, según nuestras fuerzas, ofres-cámosle todo: la fe, la esperanza, la caridad, la templanza, la misericordia, la hospitalidad! Y no cesaré en adelante de exhortaros a lo mismo a que os he exhortado anteriormente y ahora también. ¿Qué cosa es esa? ¡Que cuando hayáis de acercaros a la tremenda y divina mesa y a los sagrados misterios, lo hagáis con temor y temblor, con conciencia pura, en ayuno y oración, y no en tumulto ni pisándoos unos a otros ni empujando a los más cercanos! Porque esto es el extremo de la soberbia, y una falta de aprecio no vulgar. Por lo cual amenaza Dios a quien tal cosa hace con un no leve castigo.

¡Considera dentro de ti, oh hombre, qué hostia es la que vas a tocar, a qué mesa te vas a acercar! ¡Piensa en que, siendo tú polvo y tierra, vas a recibir el cuerpo y la sangre de Cristo! ¡Si un rey os llamara a un banquete, con temor os pondríais a la mesa y con reverencia y silencio tomaríais los alimentos que se os pusieran delante! Y cuando Dios te llama a su mesa y te pone en ella como manjar a su Hijo; cuando las Potestades angélicas asisten con temor y temblor; cuando los Querubines velan su faz, y los Serafines con respeto claman santo, santo, santo es el Señor ¿te atreves tú a acercarte al banquete espiritual vociferando y con tumulto?

¿Acaso se te oculta que ese tiempo debe estar lleno de la tranquilidad de la mente? ¡De mucha paz y quietud se necesita, y no de alboroto, ira y estrépito, porque estas cosas manchan al alma que así se acerca! Pero ¿qué perdón merecemos si tras de tantos pecados, a lo menos en este tiempo en que a la mesa sagrada nos acercamos, no nos limpiamos de esas alteraciones no razonables? Pues ¿qué cosa hay más necesaria que las que en esta mesa se nos ponen delante? ¿qué nos urge así para que nos apresuremos a ella haciendo a un lado las cosas espirituales? ¡No, os lo ruego y os lo suplico! ¡no concitemos contra nosotros la ira divina!.

Lo que se nos pone delante es una medicina salvadora para nuestras enfermedades y llagas, y riquezas eternas con que ganemos el reino de los cielos. Acerquémonos, pues, con reverencia; demos gracias; inclinémonos y confesemos nuestros pecados; lloremos con lágrimas nuestras culpas; hagamos delante de Dios largas y atentas oraciones. Y una vez limpios así nosotros, en silencio y con la debida modestia, acerquémonos como quien se acerca al Rey del cielo. Y una vez que hayamos recibido la hostia santa e inmaculada, besémosla y abracémosla y enfervoricémonos en nuestra mente y en nuestro corazón, a fin de que no nos acerquemos a una condenación y juicio, sino a una

templanza del alma, a la caridad, a la virtud, a la reconciliación con Dios en firme paz. a la ocasión de infinitos bienes; y con esto, nos santifiquemos a nosotros mismos y a los prójimos los edifiquemos.

Frecuentemente trato de esto con vosotros y no cesaré de hacerlo. Porque ¿qué utilidad trae el concurrir acá a la ligera, si no habéis de aprender nada que os sea útil? ¿Qué beneficio os trae, pregunto, el predicaros siempre para agradaros? ¡Breve es, oh carísimo, el tiempo presente! ¡Seamos por lo mismo temperados, vigilemos, reformémonos a nosotros mismos! ¡mostremos a todos sinceramente el afecto de un ánimo benévolo! ¡procedamos en todo con reverencia, ya sea que hayamos de oír la palabra divina o de orar o de acercarnos a la mesa de Dios o de hacer otra cualquiera cosa! ¡hagámoslo todo con temor y temblor, para que no nos atraigamos, por nuestra negligencia, la maldición! Porque dice el profeta: ¡Maldito todo aquel que hace la obra de Dios con negligencia! '

Con el tumulto y la ira se hace ofensa a la hostia que se pone delante. En verdad que es supremo desprecio el presentarse ante Dios manchado. Oye lo que de los tales dice el apóstol: ¡Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá!" Así pues: ¡no irritemos a Dios con aquello mismo con que lo hemos de reconciliar con nosotros! Acerquémonos con toda diligencia y limpieza, y llevando una plena tranquilidad de alma, con oraciones y un corazón contrito. A fin de que, habiéndonos hecho así propicio al Señor nuestro Jesucristo, podamos obtener los bienes que nos están prometidos, por gracia y benignidad del mismo Señor nuestro Jesucristo, al cual, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, sea el poder, la gloria y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

16

XVI: Homilía segunda acerca de la Natividad de Jesucristo.

Mucho se discutió la autenticidad de esta Homilía y si debía atribuirse a San Atanasio o a San Crisóstomo. Pero actualmente se la tiene como auténtica, y aun como tal la cita en dos pasajes suyos San Cirilo de Alejandría. Cuanto a la fecha en que fue predicada no hay nada cierto.

¡OBSERVO UN nuevo y admirable misterio! Mis oídos resuenan en torno con las voces de los pastores, que no silban con suaves sonidos, sino que cantan un himno celestial! ¡Cantan los ángeles, tocan los arcángeles, ensalzan los Querubines, glorifican los Serafines; y todos hacen fiesta, cuando miran a Dios en la tierra y al hombre en el cielo! Porque a Aquel que vive en las alturas, por una providencia particular, lo ven ahora acá abajo, y al que estaba acá abajo lo ven allá arriba a causa de la benevolencia de Dios. Hoy Belén es reflejo de los cielos; pero en vez de estrellas tiene ángeles cantores, y ha encerrado en su seno de una manera no limitada en vez del sol al Sol de justicia.

Y en este punto, no te pongas a investigar cómo ha sucedido eso, porque en donde entra la voluntad de Dios ahí cede el orden natural. ¡El quiso, pudo, descendió, redimió! ¡todo obedece a la voluntad de Dios! ¡Hoy El que es, es engendrado; El que es, se hace aquello que no era! Porque siendo Dios se hace hombre, pero sin dejar la divinidad que

tenía. No se hace hombre con pérdida de la divinidad, ni tampoco por añadiduras consecutivas se ha hecho de hombre, Dios; sino que existiendo como Verbo y permaneciendo sin cambio en su propia naturaleza a causa de su impasibilidad, se ha hecho carne.

Cuando nació los judíos negaban aquel parto inusitado y los fariseos interpretaban malamente los Libros sagrados y los escribas decían cosas que contradecían a las sagradas Escrituras y a la Ley. Herodes andaba en busca del recién nacido no para honrarlo sino para matarlo. Porque en este día todos miraban las cosas al contrario de lo que eran. Para hablar como el profeta: "¡No se ocultaron las cosas a los hijos de ellos de generación en generación!"1 Porque vinieron los Reyes y contemplaron al Rey celestial, y vieron que había venido a la tierra sin traer consigo ángeles, ni arcángeles, ni Tronos, ni Dominaciones ni Virtudes ni Potestades; sino que por un camino nuevo y no trillado había nacido de un vientre intacto.

Pero no dejó a los ángeles fuera de su mando, ni perdió su divinidad por el hecho de su encarnación; sino que los Reyes vinieron para adorar al celeste Rey de la gloria; y los soldados para venerar al Príncipe del ejército; y las mujeres vinieron para que quien había nacido de una Virgen les cambiara en alegría sus dolores; y las vírgenes para ver al Hijo de la Virgen, y admirarse de cómo puede ser que el Hacedor de la leche y que hace que las fuentes de los pechos broten espontáneamente sus ríos, reciba de la Virgen aquel alimento propio de infantes; y los infantes para ver al que se hizo infante para obtener perfecta alabanza de la boca de los infantes y que aún están en lactancia; y los niños, al Niño que, por la locura de Herodes, los hizo mártires; y los varones, al que se hizo hombre para curar las enfermedades de los siervos; y los Pastores al buen Pastor que da su vida por sus ovejas; y los sacerdotes al que ha sido hecho Sacerdote según el orden de Melquisedec; y los siervos al que tomó forma de siervo, para adornar nuestra esclavitud con los honores de la libertad; y los pescadores, al que de pescadores hizo cazadores de hombres; y los publícanos al que de entre los publícanos se escoge a un esclarecido Evangelista; las meretrices, al que presenta sus pies a las lágrimas de las meretrices: ¡y para decirlo brevemente, todos los pecadores se acercaron para contemplar al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y los Magos para su guardia, los pastores para bendecirlo, los publícanos para predicar su Evangelio, las meretrices para ungirlo, la Samaritana por la sed que tenía de la fuente de aguas vivas y la Cananea para demostrarle su firmísima fe!.

Siendo pues así que todos se regocijan, también yo quiero regocijarme y danzar y hacer fiesta. Y danzo ciertamente no pulsando la cítara, ni agitando tirsos ni soplando las flautas, sino portando en mis manos en vez de los instrumentos músicos, los pañales de Cristo. Porque ellos forman mi esperanza y son mi vida y mi salud; ellos son mi flauta, ellos mi cítara. Y por esto, me llego portándolos, a fin de que habiendo obtenido, mediante ellos, la capacidad de hablar, pueda decir con los ángeles ¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos!, y con los pastores: Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad? Hoy Aquel que es engendrado por el Padre de una manera inefable, nace en favor mío de una manera inexplicable del seno de una Virgen. Allá arriba es engendrado por el Padre en su orden natural antes de todos los siglos en la forma que sabe Aquel que lo engendra; acá en cambio ha nacido de nuevo de una manera preternatural de una Virgen, del modo que sabe la gracia del Espíritu Santo. Aquella su generación celestial es verdadera, y esta otra terrena en modo alguno es falsa. Es verdaderamente Dios engendrado de Dios, y es verdaderamente hombre nacido de la Virgen. Allá arriba es

Unigénito, El solo de Uno solo; acá en la tierra es también Unigénito, El solo de sola la Virgen. Porque así como el suponer madre en aquella eterna generación es impío, del mismo modo suponer padre en esta otra terrena es blasfemo.

Engendra el Padre sin flujo de naturaleza, la Virgen da a luz sin corrupción. Porque ni el Padre sufre ese flujo, puesto que engendra como es conveniente que engendre Dios, ni la Virgen, al dar a luz sufrió corrupción, porque lo hizo de una manera espiritual. Por lo cual ni se puede explicar aquella su celestial generación, ni tampoco su venida en estos últimos tiempos permite que se la examine con curiosidad. Yo sé que hoy una Virgen ha dado a luz, yo creo que Dios es engendrado sin tiempo; pero he aprendido a venerar en silencio el modo de esa generación, ni se me ha enseñado que ella haya de ser examinada con curiosidad con el discurso. Porque en Dios no debemos entender al modo de la naturaleza, sino tener fe en el poder de Aquel que produce la operación. Porque, cuando una mujer unida en matrimonio da a luz, ley es eso de la naturaleza; pero que una virgen que no conoce varón quede virgen después del parto, es cosa que excede a la ley natural. Así pues, examínese lo que conforme a la ley natural sucede, pero venérese en silencio lo que está por encima de la naturaleza; y esto, no como cosa que ha de evitarse, sino como cosa inenarrable y digna de que en silencio se la venere.

Pero ... ¡dadme licencia de terminar mi discurso en el exordio mismo! Porque como temo entrar en la investigación de estas cosas sublimes, no sé de qué manera o en qué dirección he de llevar el timón de mi nave. ¿Qué diré o qué hablaré? ¡Veo a una madre que ha dado a luz; veo al Hijo nacido de ese parto; pero no veo el cómo de esa generación! Porque, cuando Dios lo quiere, queda vencida la naturaleza, quedan vencidos los límites del orden natural. Puesto que no ha sucedido esto conforme a las leyes de la naturaleza, sino que se ha verificado un milagro por encima de la naturaleza: ¡quedó inactiva la naturaleza y en cambio entró en acción la voluntad de Dios! ¡Oh gracia inefable! ¡El Unigénito que existe antes de todos los siglos, que no puede ser tocado, que es simple e incorpóreo, ha entrado en un cuerpo como el mío, sujeto a la corrupción y a los sentidos!.

Y esto ¿por qué motivo? Para que siendo visto enseñe; y enseñando, nos lleve como de la mano a las cosas que no caen bajo el dominio de los ojos. Puesto que los hombres estiman que los ojos son más fieles que los oídos y por esto dudan de lo que no han visto, se dignó Dios proporcionarnos su aspecto, mediante la vista de nuestros ojos, para que con esto quitáramos toda duda. ¡Y nace de una Virgen ignorante de esas cosas! Porque ni cooperó Ella a llevar adelante la obra ni puso de su parte nada para lo que se hacía; sino que fue, de todo en todo, un simple instrumento del arcano poder. Lo único que Ella sabía era lo que había preguntado al Arcángel Gabriel y de éste había conocido: ¿Cómo puede ser esto¡, pues no conozco varón?3 Y aquél le dijo: ¿quieres saber esto? ¡El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra!.

Preguntarás cómo es eso de que ya estaba con Ella y luego nace de Ella. Así como el artífice, habiendo encontrado una materia aptísima fabrica de ella un vaso bellísimo, así Dios, habiendo encontrado el santo cuerpo y el alma santa de la Virgen, se construyó de ahí un templo animado y formó de la Virgen un hombre en el modo que El quiso, y vestido con ese hombre se presentó hoy, sin avergonzarse de la deformidad de la naturaleza. Porque no fue para El cosa de vergüenza, cargar El mismo su obra, aparte de que la obra misma queda en gran manera glorificada por el hecho de ser vestimenta de su artífice. Porque, así como en la primera creación no podía suceder que el hombre

quedara constituido antes de que el lodo viniera a las manos del Creador, del mismo modo no pudo ser que aquel vaso corruptible se transformara si no se hacía vestido del artífice.

Pero ¿qué diré o qué hablaré? Porque el milagro me suspende de admiración. ¡El antiguo de días se ha hecho infante! ¡el que se asienta en un elevado solio y excelso, es colocado en un pesebre! ¡el que es impalpable y simple y no tiene composición y es incorpóreo, es tratado por manos humanas! ¡el que rompe las ataduras de los pecados, es por voluntad suya atado con pañales! ¡Porque ha determinado cambiar la ignominia en honor, y revestir de gloria la infamia y lo que era reinado de la afrenta mostrarlo ahora como reinado de la virtud!.

Para esto toma mi cuerpo, para que yo me haga capaz de su Verbo; habiendo tomado mi carne me ha entregado su Espíritu con el objeto de que, habiéndomelo El dado y habiéndolo yo tomado, me adquiera un tesoro de vida eterna. Toma mi carne para santificarme y me da su Espíritu para salvarme. Pero ¿qué diré o qué hablaré?: ¡He aquí que concebirá una vir-gen!5 Y ahora eso ya no se dice como de futuro, sino que se ve como cosa sucedida. Y por cierto, se ha verificado entre los judíos, entre los cuales eso se decía; pero es creído por nosotros entre quienes ni siquiera se nombraba. ¡He aquí que concebirá una Virgen! La sinagoga posee la letra, pero la Iglesia posee la realidad. Aquélla encontró los escritos, ésta la preciosa margarita. Aquélla tiñó la lana, ésta se vistió la vestidura de púrpura. Porque Judea io dio a luz, pero fue el orbe de la tierra el que lo recibió. La sinagoga lo alimentó y lo educó, pero la Iglesia lo retuvo y se aprovechó de El. En aquélla estuvo el sarmiento de la vid, pero en mí está el racimo de la verdad. Aquélla hizo la vendimia del racimo, pero fueron los gentiles los que bebieron la mística bebida. Aquélla sembró en Judea el grano de trigo, pero los gentiles con la hoz de la fe cosecharon la mies.

Cogieron los gentiles piadosamente la rosa, y quedó allá con los judíos la espina de la incredulidad. Voló el polluelo del ave, y ellos permanecen neciamente sentados en el nido. Los judíos interpretan las hojas de la Escritura, pero los gentiles cosechan el fruto del Espíritu. ¡He aquí que una Virgen concebirá en su vientre! ¡Dime, oh judío! ¡dime! ¿a quién dio a luz? ¡Atrévete conmigo como te atreviste con Herodes! ¡Pero no te atreves, y yo conozco el motivo! ¡Es por causa de las asechanzas que le tiendes! Porque con Herodes te atreviste, para que él lo matara, conmigo no te atreves para que yo no lo adore. Pero, en fin, ¿a quién dio a luz? ¿a quién? ¡Al Señor de la naturaleza! Porque, aunque tú calles, da gritos la naturaleza; puesto que dio Ella a luz en la forma en que quiso ser dado a luz el que fue dado a luz. ¡Ese modo no lo permitía la naturaleza! Pero El, como Señor de la naturaleza, introdujo un modo de nacer que demostrara que al hacerse hombre nacía con un parto no de hombre sino que nacía como Dios.

Nació, pues, el día de hoy de una Virgen que venció a la naturaleza y superó las nupcias. Porque convenía al Dispensador de la santidad venir a luz mediante un parto lleno de pureza y de santidad. Porque es El quien en otro tiempo, de una tierra virgen formó a Adán; y de Adán, sin intervención de mujer, formó a la mujer. Y así como Adán sin mujer produjo a la mujer, así hoy dio a luz a un hombre una Virgen sin concurso de hombre. Porque un hombre es, dice la Escritura; y •quién lo conocerá? El linaje de las mujeres tenía una deuda con los hombres, ya que Adán había producido a la mujer sin el concurso de mujer; por eso hoy una Virgen dio a luz sin concurso de varón, y pagó, por Eva, la deuda al varón. Para que Adán no entrara en soberbia por

haber producido a la mujer sin concurso de mujer, la mujer sin concurso de varón dio a luz a un varón para manifestar, por la com,unidad del milagro, la igualdad de naturaleza con el varón.

Del mismo modo que Dios tomó del costado de Adán una costilla y no disminuyó con eso en nada a Adán, del mismo modo fabricó de la Virgen un templo animado, pero en nada lesionó su virginidad. Adán permaneció incólume y salvo aun después de la privación de la costilla, y la Virgen permaneció intacta aun después de que de Ella nació el Niño. Y no se fabricó su templo de otra materia, ni se revistió de otro cuerpo ya formado, para no parecer que hacía injuria a la masa de Adán. El hombre, engañado, se había hecho instrumento del demonio; por esto, al mismo que había sido engañado, lo toma como templo animado, a fin de apartarlo, mediante esta unión con su Creador, de la familiar amistad con el demonio.

Pero, cuando se hace hombre no es dado a luz como hombre, sino que nace como Dios. Porque si hubiera nacido de un matrimonio ordinario, como yo, ei vulgo lo hubiera estimado como engaño. Ahora, en cambio, para esto nace de una Virgen y para esto mantiene al nacer intacto el vientre y guarda sin mancha aquella virginidad, para que ese modo desusado de dar a Iu2, sea para mí un grande argumento de fe. De manera que, ya sea judío o gentil quien me interrogue si acaso Cristo, siendo según su naturaleza Dios se ha hecho hombre fuera del orden natural, le diré que así es; y le pondré como testigo el inviolado sello de la virginidad. Puesto que quien así vence al orden natural, es Dios; quien ha tenido un modo de nacer inmaculado, y se ha construido un templo del modo que ha querido, ese es el Autor del vientre y el inventor de la virginidad.

¡Dime, pues, oh judío! ¿Una Virgen dio a luz o no? Si dio a luz debes confesar que es un parto desusado. Y si no fue así, entonces ¿por qué engañaste a Herodes? Pues tú mismo, a él, que te preguntaba en dónde nacería Cristo, le dijiste que en Belén de Judá! ¿Conocía acaso yo ese sitio y ese pueblo? ¿tenía yo conocida la dignidad de ese que había nacido? ¿No fue Isaías quien hizo mención de El como Dios?: Porque dará a luz a un hijo, dice, y su nombre lo llamarán Emmanuelfi ¿Acaso, oh malvados enemigos, no introdujisteis vosotros la verdad? ¿Acaso no nos enseñasteis vosotros mismos, escribas y fariseos, tan diligentes custodios de la Ley, todas las cosas acerca de El? ¿Acaso nosotros penetramos a fondo la lengua hebrea? ¿No sois vosotros los que habéis interpretado las Escrituras? ¿Acaso no vosotros, después de dar a luz la Virgen y antes de que diera a luz (para que no parezca que ese sitio de la Sagrada Escritura se quiere interpretar en favor del Señor), preguntados por Herodes, le pusisteis como testigo al profeta Miqueas en confirmación de vuestras aserciones? Porque él dice: Y tú, Belén de Efrata, no eres la más pequeña entre las tribus de Judá, porque de ti saldrá el Jefe que regirá a mi pueblo de lsrael.

Rectamente dijo el profeta de ti; porque de entre vosotros salió y vino al orbe de toda la tierra. Porque el que ya existe, ese avanza; pero el que no existe, se fabrica o se crea. Mas El ya existía y anteriormente existía y desde siempre existía. Sólo que existía desde siempre en cuanto Dios y así gobernaba al mundo; pero ahora avanzó para gobernar a su pueblo como Hombre y para salvar al universo como Dios. ¡Oh magníficos y útilísimos enemigos! ¡Oh modestos y mansos acusadores que sin darse cuenta indicaron que había nacido Dios en Belén! ¡ellos dieron a conocer al Señor que se ocultaba en un pesebre! ¡manifestaron contra su voluntad al que yacía en una cueva, y sin quererlo se

convirtieron en bienhechores nuestros, al revelarlo espontáneamente cuando se empeñaban en ocultarlo!.

¿Observas a estos maestros imperitos? ¡Enseñan lo que ellos no saben! ¡consumidos de hambre andan alimentando! ¡sedientos, dan de beber! ¡oprimidos por la escasez, andan enriqueciendo! ¡Ea, pues! ¡venid! ¡celebremos fiestas! ¡venid! ¡celebremos esta solemnidad! ¡El modo de la festividad es desusado, precisamente porque es increíble el mensaje de la Natividad! ¡Hoy se ha roto el antiguo vínculo, y el diablo ha sido confundido y los demonios han huido y la muerte ha sido destruida y el paraíso ha sido reabierto, la maldición se ha borrado, y el "An ha sido quitado de enmedio y el error despedido y la ver-5Sha vuelto y la palabra de la piedad se ha esparcido por ¡odas partes y ha corrido por el orbe y la conversación de los Celes se ha trasplantado a la tierra: ¡los angeles hablan con los hombres y los hombres traban coloquios con los ángeles! y esto ¿por qué? ¡Porque ha venido Dios a la tierra y el hombre ha subido a los cielos, y todas las cosas se han entremezclado! ¡El bajó a la tierra siendo así que está todo en los cielos- y estando todo en los cielos también está todo en la tierra! Siendo Dios se ha hecho hombre sin negar su divinidad. Siendo el Verbo impasible, se ha hecho carne, y se ha hecho carne para habitar entre nosotros. Porque en cuanto Dios ya existía y no se ha hecho. Se ha hecho hombre a fin de que a Aquel a quien los cielos no podían encerrar, hoy un pesebre lo recibiera. Y se le pone en un pesebre para que Aquel por quien todos los seres son alimentados, reciba de la Virgen el alimento propio de los niños. Por esto el Padre del siglo futuro, en forma de un infante que pende de los pechos virgíneos no rehusa los brazos de la Virgen, con el objeto de hacer más fácil el acceso a El.

Hoy vinieron los Magos y dieron principio a desobedecer al tirano- y el cielo se cubre de gloria porque con su estrella indica al Señor; y asentado sobre la leve nube de su cuerpo, el Señor avanza hacia Egipto; y al parecer huye de las asechanzas de Herodes, pero en la realidad va a cumplir lo que había profetizado Isaías: Y será, dice, en aquel día Israel tercero con los asirios y egipcios, como bendición en medio de la tierra: bendición de Y ave Sebaot que dice-, ¡bendito mi pueblo de Egipto y el de Asiría y el de Israel! ¿Qué respondes, oh judío? ¡Tú que eras el primero has quedado el tercero! ¿Los egipcios y los asirios te han sido antepuestos, y el primogénito Israel ha venido a ser postrero? ¡Así es! ¡Con razón los asirios serán los primeros, puesto que ellos los primeros lo adoraron mediante los Magos! Y luego de los asirios, en pos los egipcios puesto que lo recibieron cuando huía de las asechanzas de Herodes. Y en último lugar se cuenta a Israel, porque hasta después que subió del Jordán lo reconocieron a través de los apóstoles.

Y entró en Egipto e hizo caer los ídolos, obra de los egipcios. Y esto no de cualquier manera, sino después de que había cerrado los vestíbulos de Egipto con la muerte de sus primogénitos. Y por eso hoy entra como primogénito para deshacer el lloro de la antigua tristeza. Y que Cristo sea llamado primogénito, hoy lo atestigua el Evangelista Lucas cuando dice: Y dio a luz a su hijo primogénito y lo envolvió en pañales y lo reclinó en el pesebre, porque no había sitio para ellos en el mesón? Entró, pues, en Egipto para deshacer el lloro de la antigua tristeza, y en vez de plagas llevó gozos, y en vez de oscuridades y noche les dio luz de salud. Antiguamente se contaminó el agua del río con la muerte de los niños en edad prematura; y entró ahora en Egipto aquel que había vuelto roja el agua, y dio a las corrientes del río la virtud de engendrar la salud y limpió con la virtud del Espíritu Santo las impurezas y horruras de ellas.

Sufrieron aflicción entonces los egipcios arrebatados de furor y negaron a Dios. Ahora entró El en Egipto y llenó con el conocimiento de Dios las almas religiosas, e hizo que el río alimentara mártires más fecundos que las espigas.

Pero, a causa de las estrecheces del tiempo, determino poner fin aquí a mi discurso, y reservaros para el día siguiente lo que de la materia nos queda. Voy, pues, a terminar en cuanto os explique de qué manera el Verbo, siendo impasible, se hizo carne quedando sin cambio alguno en su naturaleza. ¿Qué diré o qué hablaré? ¡Veo al artesano y el pesebre y al Infante y los pañales y la cuna y el parto de la Virgen, privada de las cosas en esos casos necesarias; y todo reducido a la escasez y lleno de pobreza! ¿Cómo siendo El rico se ha hecho pobre por nosotros? ¿Cómo es que no tuvo lecho ni colchas, sino que fue arrojado en un desnudo pesebre? ¡Oh pobreza, fuente de las riquezas! ¡Oh infinitas riquezas que llevan las apariencias de pobreza! ¡Yace en el pesebre y sacude al orbe de la tierra! ¡Está envuelto entre pañales propios de la cuna, y rompe las ataduras del pecado! ¡Aún no pronuncia voces articuladas, y enseña a los Magos, y los mueve a conversión!.

¿Qué diré o qué hablaré? ¡He aquí que como infante es envuelto en pañales y yace en el pesebre! ¡Presente está María, Virgen y Madre! ¡Presente está José, quien recibe el nombre de Padre! ¡A éste le llaman Esposo; a Ella, Esposa! ¡Legítimos son los nombres, pero destituidos de cópula! ¡Entiéndelos cuanto al sonido de las palabras, pero no cuanto a los hechos! ¡Aquél únicamente celebró el matrimonio, pero fue el Espíritu Santo el que hizo sombra en Ella! ¡Por esto José, envuelto en dudas, no sabía qué pensar del infante! ¡No se atrevía a decirlo originado de adulterio; no podía decir alguna palabra indecorosa de la Virgen; se negaba a llamarlo su hijo, porque sabía muy bien que le era desconocido el modo y de dónde aquel infante había sido engendrado! Y por esto, a él, que dudaba, le vino del cielo, por boca de ángeles, un oráculo: "¡No temas, José! ¡porque lo que de Ella ha sido engendrado, del Espíritu Santo es!"10 Porque el Espíritu Santo la cubrió con su sombra.

Mas ¿por qué nace de una Virgen, y por qué le conserva intacta su virginidad? Porque en otro tiempo el demonio engañó a Eva aún virgen, por eso ahora, a María, que era Virgen, trajo Gabriel la feliz noticia. Eva engañada dio a luz una palabra por la que entró la muerte en el mundo; y María, aceptando aquella feliz noticia, engendró al Verbo en carne que nos proporciona la vida. La palabra de Eva indicó el árbol por el cual echó a Adán del paraíso; en cambio el Verbo que procedió de María, señaló la cruz por la que introdujo al paraíso al ladrón en vez de Adán.

Y porque ni los judíos ni los gentiles ni los herejes habían de creer que Dios engendraba sin pasiones ni flujo de la naturaleza, por eso hoy, naciendo El de un cuerpo pasible, conservó impasible ese cuerpo que era pasible, para manifestar que así como al nacer de la Virgen no destruyó la virginidad, así sin que su sagrada substancia se cambie ni se derive, engendra como Dios que es y del modo que a El le conviene, a Dios. Porque, después que los hombres, tras de haber abandonado a Dios, esculpieron para su uso estatuas dotadas de figura humana, a las cuales, con injuria del Criador daban culto, el Verbo de Dios, siendo Dios, apareció hoy en forma de hombre, para acabar con esa mentira y pasar a sí mismo todo ese culto de una manera suave y oculta.

A este, pues, que de tal menera hizo posibles las cosas imposibles, a este Cristo y Señor,

démosle la gloria, juntamente con el Padre y el Espíritu santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

17

XVII: Homilía contra aquellos que no asisten a los oficios divinos;

y del santo y saludable bautismo de nuestro Señor Jesucristo; y de los que comulgan indignamente; y de que los los que dejan imperfecta la acción litúrgica y se salen de la Iglesia antes de la última oración, imitan a Judas.

Esta Homilía fue predicada algunos días después de la otra sobre la Natividad del Señor, o sea en el propio día de la Epifanía del año 387.

TODOS vosotros os alegráis en este día ¡y solamente yo me duelo! Porque, cuando vuelvo mis ojos a este espiritual piélago, y contemplo las infinitas riquezas de la Iglesia, y luego considero que tal vez en cuanto pase esta solemnidad, toda esta multitud se alejará y apartará de la Iglesia, me atormento, y el dolor me desgarra el ánimo; puesto que, habiendo la Iglesia engendrado tantos hijos, no puede gozar de ellos en cada reunión sino únicamente cuando llegan las festividades. ¿Cuánto sería el gozo espiritual, os pregunto, cuánta la alegría, cuánta la gloria de Dios, cuánta la utilidad de las almas, si al tiempo de cada reunión viéramos el recinto del templo igualmente lleno de fieles? ¡Los marineros y los patrones de las naves hacen cuanto está de su parte para que quienes han entrado al mar, lleguen al puerto! ¡En cambio nosotros, al revés, hacemos y nos esforzamos por adentrarnos en alta mar y al oleaje, siendo así que de continuo estamos oprimidos por las tempestades de los negocios del siglo, y andamos agitados por el foro y los tribunales y los juzgados, y apenas si nos presentamos aquí una vez en el año!.

¿Ignoráis acaso que así como en el mar existen los puertos así constituyó Dios en las ciudades las Iglesias, a fin de que refugiándonos acá en los torbellinos de los seculares negocios, disfrutemos de suma tranquilidad? ¡Porque aquí no hay temor de las tempestades ni de las olas ni de las incursiones de los piratas ni de que aparezcan los ladrones ni del ímpetu de los vientos ni de las asechanzas de las bestias feroces porque es este un puerto exento de todas esas cosas: puerto espiritual de las almas! Y de esto que acabo de deciros, vosotros mismos me sois testigos. Puesto que si alguno examina su conciencia encontrará que lleva una grande tranquilidad en su interior. Aquí no le da quehacer la ira, no lo inflama la concupiscencia, no lo derrite la envidia, no lo hincha la arrogancia, no lo pierde el amor de la vana gloria. Todas estas bestias feroces quedan reprimidas desde el momento en que un divino cantar penetra por los oídos hasta el alma con la lección de las Sagradas Escrituras y adormece todas las otras ajenas perturbaciones.

¿Quién no juzgará infelicísimos a quienes, pudiendo alcanzar tan grande santidad de costumbres, con todo no se acercan y continuamente van y vienen a esta madre común que es la Iglesia? Porque, ¿cuál otra ocupación podrás alegar serte más fructuosa, o cuál visita más útil? ¿Cuál es el impedimento para que no vengas acá con nosotros? ¿dirás

que te estorba la pobreza para mezclarte en esta preclara reunión? ¡Pero esa no es una excusa legítima! ¡Siete días tiene la semana! ¡Repartió Dios esos días entre El y nosotros, y por cierto que no tomó para sí la mayor parte,, dejándonos a nosotros la menor! Más aún: ni siquiera los distribuyó en partes iguales, porque no tomó tres días para sí y te dejó otros tres; sino que te dejó seis mientras que El se reservó solamente uno.

Y con todo, ni siquiera te dignas dejar los negocios seculares en todo este último día; sino que te atreves a hacer en él, lo que suelen los que roban dineros sagrados, puesto que aun ese día, consagrado a oír las Sagradas Escrituras, tú lo arrebatas para ti y lo robas, cometiendo en esto un abuso, para darlo a los negocios seculares. Mas, ¿qué digo yo el día entero? ¡Haz en este día a lo menos lo que hizo la viuda aquella de la limosna! Así como ella echó a la alcancía la limosna de dos óbolos y en cambio alcanzó grande gracia de Dios, así tú da al Señor siquiera dos horas, y llevarás a tu hogar una ganancia de infinitos días. Pero, si lo rehusas, mira no sea que mientras tú no quieres apartarte de los negocios seculares por un tan breve tiempo, pierdas el trabajo íntegro de muchos años. Porque suele Dios, si se le desprecia, disipar las riquezas ya reunidas.

Así lo dijo amenazando a los judíos: ¡Almacenasteis y yo soplaba en ellolL Además: ¿cómo podremos nosotros enseñarte las cosas que son necesarias, pues apenas si una o dos veces al año te presentas acá? Es a saber, las cosas necesarias acerca del alma, del cuerpo, de la inmortalidad, del reino de los cielos, de las penas del infierno, de la longanimidad de Dios, de la potencia, del bautismo, de la remisión de los pecados, de las criaturas de este mundo así el superior como el inferior, de la naturaleza del hombre, de los ángeles, de la maldad de los demonios, de los engaños del diablo, de las costumbres, de los dogmas, de la recta fe y de las corrompidas herejías. Porque es necesario que el cristiano conozca estas y otras muchas más cosas y dé razón de elias a quienes le interroguen. Pero vosotros no podréis retener ni siquiera una mínima parte de ellas si no os acercáis acá sino solamente una vez y de pasada, y no tanto por la piedad del alma cuanto por la costumbre de la solemnidad.

¡Pues si acercándose alguno cada vez que hay reunión, apenas si puede ser enseñado con exactitud acerca de estas cosas! Muchos de los que estáis presentes tenéis criados e hijos. Y cuando queréis entregarlos a los maestros de artes que habéis escogido para la enseñanza, les impedís que se presenten en vuestras habitaciones, una vez que los habéis dotado de bien tejidas ropas y de alimento y de todo el mobiliario y acondicionamiento; porque los enviáis enseguida a vivir con el maestro, y les prohibís aun la entrada en vuestra casa; con el objeto de que, viviendo ellos allá constantemente, mejor aprendan el arte y ninguna ocupación se pueda poner como pretexto contra el fervor y solicitud en el aprendizaje. Y en cambio, cuando hay que aprender una arte no vulgar sino la más alta de todas las artes, es a saber el arte de agradar a Dios y conseguir los bienes celestiales ¿pensáis vosotros que la podréis llevar a la perfección así a la ligera? Pero yo os pregunto ¿cuan grande no será esta locura? Y que esta sea una disciplina que exige mucha atención, lo conoceréis por estas palabras: Aprended de mí, dice Jesús, que soy manso y humilde de corazón! 2 Y también el profeta: Venid, oh hijos, y oídme: os enseñaré el temor de Dios? Y también: "¡Aquietaos y reconoced que yo soy Dios"A De manera que mucha quietud es necesaria a quien quisiere alcanzar esta disciplina en las costumbres y esta sabiduría.

Mas, para no gastar todo el tiempo en reprender a quienes no suelen venir, nos

contentamos con lo ya dicho para corregirlos de su negligencia. ¡Ea! ¡ahora discurramos algo acerca de la presente festividad! Porque muchos celebran las fiestas y conocen los nombres de ellas, pero no conocen su historia y la ocasión con que fueron establecidas. A todos es manifiesto que la fiesta de hoy tiene por nombre Epifanía, o sea aparición; pero en cambio ignoran de qué aparición se trata, y si se trata de una o de dos. Y lo que es más digno de vergüenza y de burla es que, celebrando todos los años esta solemnidad, ignoran la ocasión de ella, y en qué consista. Vale pues la pena indicar a vuestra caridad, para comienzo, que hay no sólo una sino dos apariciones; una que es esta primera, que está presente y se celebra hoy, y otra futura que sucederá en la consumación de los siglos, con la gloria y esplendor.

De ambas oísteis hoy a Pablo disertar, escribiendo a Tito: Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres, enseñándoos a negar la impiedad y los deseos del mundo, a fin de que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo. Y acerca de la futura aparición dice: Con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Y el profeta Joel dice acerca de esta misma venida: ¡Y se cubrirá de tinieblas el sol y de sangre la luna antes que venga el día grande y terrible del Señor!.

Mas ¿por qué el día en que nació no se llama Epifanía y aparición sino aquel en que fue bautizado? Porque hoy es el día en que fue bautizado y santificó las aguas. Por eso en esta solemnidad, una vez que hacia la media noche todos se han aprovisionado de agua, la llevan a sus casas y en ellas guardan esa agua, y la conservan durante todo el año, por haber sido santificada el día de hoy. Y acontece un milagro manifiesto: que la naturaleza de esa agua no se corrompe con el transcurso del tiempo, sino que durante el año íntegro y a veces durante un bienio y aun un trienio, no se corrompe, sino que permanece incorrupta; y como si fuera reciente, tras de tanto tiempo compite con la que apenas se ha tomado de las fuentes.

Entonces ¿por qué esta festividad se denomina aparición? ¡En verdad es esto porque cuando nació en el' parto, no a todos fue manifestado; sino cuando fue bautizado. Puesto que hasta este día era desconocido del vulgo. Y que fuera desconocido del vulgo y que muy pocos supieran quién era, consta de las palabras del Bautista Juan: ¡En medio de vosotros está Aquel a quien vosotros no conocéis! 8 Pero ¿cómo ha de ser maravilla que los demás no lo conocieran cuando hasta aquel día el Bautista mismo no lo conocía? Porque dice: ¡Yo no lo conocía! Pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre El, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo?

Por estos testimonios queda en claro que hay dos apariciones. Pero ahora el asunto nos lleva a decir por qué Cristo se acercó al bautismo y a qué clase de bautismo se acercó. Tiene su interés conocer también esto, lo mismo que aquello. Y lo primero que hay que enseñar a vuestra caridad es esto, porque por esto entenderemos lo otro. Existía un bautismo judío que quitaba las mugres del cuerpo, mas no los pecados que están en la conciencia. Si alguno había cometido un adulterio o estaba enredado en un hurto o había cometido algún otro género de crímenes, a ese no lo expiaba de ellos. En cambio, si alguno había tocado los huesos de algún muerto o había comido manjares prohibidos par la Ley o había conversado con algún leproso, a ese sí lo purificaba: permanecía impuro hasta la tarde, pero luego lo purificaba. Porque dice la Escritura: ¡Lavará su cuerpo con agua pura y será impuro hasta la tarde y se purificará! 1 Porque esos no eran

verdaderos pecados ni manchas; sino que por ser los judíos más imperfectos, Dios, por medio de esas cosas, los hacía mas piadosos y los preparaba y hacía más diligentes para la guarda y observancia de otras cosas mayores.

De manera que aquella expiación judía en modo alguno libraba del pecado, sino solamente de las manchas del cuerpo. En cambio la nuestra no es de esa clase, sino de mucho mayor precio, y llena de mucha gracia. Porque libra del pecado, limpia el alma, confiere la gracia del Espíritu Santo. Aunque el bautismo de Juan fue mucho más alto en dignidad que el de los judíos, pero era menor que el nuestro, y como un puente tendido entre ambos bautismos, y que como de la mano conducía desde aquel primero a este postrero. Porque no inducía a los judíos solamente a purificar el cuerpo sino que, al apartarlos de aquellas manchas, los exhortaba y apremiaba a que de los vicios pasaran a la virtud, y a que pusieran sus esperanzas de salvación en la rectitud de sus buenas obras y no en los varios bautismos y abluciones con agua.

Porque no decía: ¡Lava tus vestidos, lava tu cuerpo y quedarás puro! ¿Qué era pues lo que decía? ¡Haced frutos dignos de penitencia! Si atiendes a esto, verás que era más alto que el de los judíos, pero inferior al nuestro. Porque el bautismo de Juan no confería el Espíritu Santo ni la remisión de los pecados mediante la gracia: ¡ordenaba hacer penitencia, pero no tenía la potestad de perdonar! Y por esto decía: Yo os bautizo en agua. Pero Aquel os bautizará en el Espíritu Santo, y en fuego.ll De manera que Juan no bautizaba en el Espíritu Santo. Entonces ¿qué significa eso de en Espíritu Santo y en fuego? ¡Acordaos del día aquel en que aparecieron a los apóstoles lenguas divididas como de fuego que se asentó sobre cada uno de ellos.

Y que el bautismo de Juan era imperfecto y no confería la gracia del Espíritu Santo ni el perdón de los pecados, consta por lo siguiente. Como Pablo tropezara con algunos discípulos, les dijo: ¿Habéis recibido el Espíritu Santo al creer? Y ellos le contestaron: ¡pero si ni siquiera sabemos que exista el Espíritu Santo! Y él les dijo: pues ¿con qué bautismo os habéis bautizado? Y le contestaron: ¡con el bautismo de Juan! Y Pablo les dijo: Juan bautizó con bautismo de penitencia (notadlo bien: con bautismo de penitencia, no de perdón). Pero entonces ¿por qué bautizaba? Diciendo al pueblo que creyese en aquel que había de venir, esto es en Jesús. Y como oyeran esto, se bautizaron en el nombre de Jesús. E imponiéndoles Pablo las manos descendió sobre ellos el Espíritu Santo. ¿Ves cómo el bautismo de Juan era imperfecto? Porque si no hubiera sido imperfecto sin duda que Pablo no los habría bautizado con otro bautismo de nuevo ni les habría impuesto las manos. Ahora bien, como hizo arribas cosas, declaró con ello la excelencia del bautismo apostólico y que aquél era muy inferior a éste.

Mas, por aquí hemos ya comprendido cuál sea la diferencia de ambos bautismos. En cambio, el por qué Cristo se bautiza y con qué genero de bautismo, esto lo hemos de declarar más adelante. Y cierto que no fue ni con aquel judío anterior, ni con este último nuestro, puesto que no necesitaba de la remisión de los pecados. Pues ¿cómo hubiera podido ser eso cuando El no tenía pecado? Porque no cometió pecado, dice la Escritura, ni se encontró dolo en su boca. 3 y también: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? 14 Tampoco estaba aquella su carne sin participación del Espíritu. Porque ¿cómo podía estarlo la que desde el principio había sido hecha por el Espíritu Santo? Entonces, si no estaba manchada con el pecado ni privada del Espíritu Santo aquella carne, ¿por qué se bautizaba?

Pero antes debemos declarar con qué género de bautismo fue bautizada y entonces aparecerá más claramente aquello postremo. ¿De qué bautismo se trata? Ni del judaico ni del nuestro sino del de Juan. Y ¿por qué? A fin de que, por la naturaleza misma del bautismo, entiendas que no fue bautizado por causa del pecado ni porque necesitara la gracia del Espíritu Santo; ya que este bautismo estaba excluido de ambas cosas, como ya lo demostramos. De todo lo cual se deduce que ni para remisión de los pecados ni para obtener la comunicación del Espíritu Santo fue Jesús al Jordán. Y para que no fuera a suceder que alguno de los que entonces estaban presentes, pensara que Jesús llegaba, corno los otros, para hacer penitencia, oye cómo de antemano corrigió esto Juan. Porque él mismo a los otros les decía: ¡Haced frutos dignos de penitencia! En cambio oye lo que a éste dice: Yo debo ser bautizado por ti ¿y tú vienes a TTO?15 y esto lo decía para declarar que Jesús no había ido allá por la misma deficiencia que el vulgo; y que estaba tan lejos de bautizarse por eso que aun era con mucho superior al Bautista, y sin comparación más puro.

Entonces ¿por qué motivo se bautizaba, si no lo hacía por penitencia ni para perdón de sus pecados, ni para recibir abundancia del Espíritu Santo? ¡Pues por otras dos causas! Una la que dijo el discípulo; otra la que El mismo indicó. ¿Cuál fue la causa que indicó Juan para este bautismo? A fin de que fuera conocido del vulgo, como Pablo decía: Juan bautizó con bautismo de penitencia, diciendo al pueblo que creyese en aquel que venía detrás de él. ¡Tal era el oficio de aquel bautismo!.

Y esto, porque ciertamente si Juan hubiera ido de casa en casa, y acercándose a la puerta de cada uno lo hubiera llamado y le hubiera dicho mientras tenía de la mano a Jesús: ¡Este es el Hijo de Dios!, su testimonio habría sido sospechoso y aparte de eso excesivamente laborioso. O si tomándolo consigo hubiera entrado en las sinagogas y asi lo hubiera mostrado, también este testimonio suyo habría sido sospechoso. En cambio, que a todos los pueblos que corrían desde las ciudades al Jordán y se encontraban en las riberas del río al tiempo en que Jesús llegaba a bautizarse, les fuera recomendado por la voz misma del Padre; y que el Espíritu Santo, habiendo bajado se haya asentado sobre El en forma de paloma, dejaba ya enteramente libre de sospecha el testimonio que de El daba Juan. Por esto dice: ¡Yo no lo conocía! Con lo cual manifiesta que su testimonio es digno de fe.

Porque, como eran parientes según la carne, puesto que la Escritura dice: he aquí que Isabel tu parienta también ha concebido un hijo (así le dijo el ángel a María hablando de la madre de Juan; y siendo parientes las madres es claro que también lo eran los pequeñuelos); así pues, como eran parientes, con el fin de que no pareciera que a causa del parentesco Juan daba testimonio de Cristo, lo dispuso así todo la gracia del Espíritu Santo: que Juan pasara sus primeros años en el desierto, con el objeto de que no pareciera que por amistad o bien tras de ponerse de acuerdo o por algún otro artificio parecido, daba aquel testimonio; sino que lo presentaba como quien lo había recibido de Dios. Y por esto dice: ¡Y yo no lo conocía!.

Entonces ¿de dónde lo supiste? El que me envió a bautizar con agua, ese me dijo. ¿Qué fue lo que te dijo? ¡Sobre quien vieres descender el Espíritu Santo y posarse sobre El, ese es el que bautiza en Espíritu Santo! ¿Ves cómo por esto vino el Espíritu Santo? ¡No porque entonces viniera por primera vez, sino para demostrar con su vuelo mismo, como con el dedo, al que era anunciado y hacerlo conocido a todos! Pues por este motivo vino Jesús a bautizarse. Pero, también por otra causa que El declaró. ¿Cuál es

ella? Como Juan le dijera: ¡Yo debo ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí? Jesús le respondió: ¡Déjame ahora hacer, pues conviene que cumplamos toda justicia!

¿Observas la modestia del siervo? ¿observas la humildad del Señor? Pero ¿qué significa: cumplir toda justicia? Se llama justicia el cumplimiento de todos los mandamientos de Dios. Como cuando dice la Escritura: Eran ambos justos en la presencia de Dios e irreprensibles caminaban en todos los preceptos y observancias del Señor"3 Así pues, como era necesario que todos los hombres cumplieran con esta justicia, y con todo nadie la había cumplido ni llevado a cabo, en cuanto vino Cristo la cumplió y la perfeccionó.

Pero ¿qué clase de justicia es ésta de ser bautizado?, preguntará alguno. Cosa de justicia era obedecer a Juan el profeta. Y por lo mismo, así como fue circuncidado, y ofreció sacrificios, y guardó los sábados, y cumplió con las fiestas de los judíos, así hizo también esto que faltaba: ¡obedecer al profeta que bautizaba! Y para que conozcas haber sido voluntad de Dios que entonces todos recibieran aquel bautismo, oye lo que dice Juan; El que me envió a bautizar con agua. Y después Cristo dijo: ¡Los publícanos y la turba conocieron la justicia de Dios recibiendo el bautismo de Juan, pero los Fariseos y los Doctores de la Ley anularon el consejo divino respecto de ellos no haciéndose bautizar por él! 17 Si pues justicia es obedecer a Dios, y Dios envió a Juan a bautizar al pueblo, Cristo cumplió, además de otros preceptos de la Ley, también con éste.

Supon tú que la deuda, según la Ley, era de doscientos de-narios. Esta deuda convenía que nuestro linaje la pagara. ¡No la pagamos! ¡Nos apretaba la muerte, como a reos de este crimen! Pues como viniera Cristo y nos encontrara así oprimidos, pagó aquel dinero que no debía y cumplió con la deuda y libró a quienes no podían pagar. Por esto no dijo: ¡Es necesario que esto o aquello no se haga!, sino cumplir toda justicia. Conviene que yo, como si dijera, pague como Señor que poseo infinitos bienes por ellos que no poseen nada. Y ésta es la ocasión de bautizarse: para aparecer cumpliendo toda la Ley. Causa es ésta y también la que antes adujimos. Por lo cual bajó también el Espíritu Santo en forma de paloma. Porque donde hay reconciliación con Dios ahí está la paloma. También en el tiempo de Noé la paloma fue al arca llevando el ramo de olivo, como señal de la benignidad de Dios, y de que la tempestad se había calmado.

Ahora viene también el Espíritu Santo con apariencias de paloma y no en cuerpo (porque esto debemos notarlo cuidadosamente) ; y anuncia al orbe la misericordia, y al mismo tiempo declara que el varón espiritual ha de ser inocente, sencillo, en ningún modo malo. Como lo dice Cristo: ¡Si no os hacéis y os convertís en pequeñuelos no entraréis en el reino de los cielos! 8 Aquella arca, una vez calmadas las tempestades, permaneció en la tierra; ésta, en cambio, una vez apaciguada la ira divina, fue llevada a los cielos, de manera que ahora está a la diestra del Padre aquel cuerpo inmaculado e impoluto.

Pero, ya que hemos hecho mención del Cuerpo del Señor, conviene no terminar nuestro discurso sino después de decir algunas cosas acerca de él, delante de vosotros. Yo sé que muchísimos de vosotros acuden a la sagrada mesa por costumbre de la solemnidad. Sería preferible, como ya otras veces os lo he dicho, que cuando se ha de comulgar, no precisamente se celebraran las solemnidades, sino se purificaran las conciencias, y así se tocara este santo sacrificio. Porque quien está manchado y es reo de pecado, no es justo que se haga participante de aquella veneranda y santa carne, ni aun en las festividades.

Pero quien está limpio y con cuidadosa penitencia ha lavado suí pecados, ese tal, tanto en las fiestas como siempre, es digno de comunicar los divinos misterios y gozar de los dones de Dios.

Mas, como esto, no sé de qué manera algunos lo descuidan; y muchos, aun repletos de muchos crímenes, al acercarse la festividad, como si por la fuerza de ella misma fueran arrastrados, se acercan a los sagrados misterios, misterios a los que ni siquiera les es lícito ver con sus ojos estando en semejante estado, nosotros, a quienes públicamente nos conste que son pecadores, los apartaremos; en cambio, a quienes nos son desconocidos, los dejaremos a Dios que conoce los secretos del pensamiento de cada cual. En cambio, aquello en que todos faltan, hoy procuraremos enmendarlo.

Y ¿cuál es ese pecado? ¡El que no nos acerquemos con reverencia, sino pateándonos, golpeándonos, hinchados de ira, gritando, alborotando y riñendo y empujando a los que nos quedan cercanos y en fin llenos de desorden! ¡Esto lo he dicho muchas veces y no cesaré de repetirlo! ¿No habéis visto cuan grande es la tranquilidad y modestia cuando en los certámenes olímpicos el jefe del certamen, llevando la cabeza coronada, revestido de su túnica y con el cetro en la mano, atraviesa el foro, al mismo tiempo que el pregonero ordena que todos callen y, como es decente, guarden tranquilidad? Pues ¿a quién no le parecerá absurdo que, en donde el diablo anda en triunfo haya tanta paz y quietud, y en cambio en donde Cristo llama hacia sí, se oiga todo un inmenso tumulto? ¿En la plaza silencio, y en la Iglesia gritería? ¿En el mar tranquilidad, y tempestades en el puerto?

Pero ¿por qué, oh hombre, alborotas? ¿Qué es lo que te urge? ¡Te urge la necesidad de tus negocios! Pero ¿juzgabas tú tener en esa hora algún otro negocio? ¿Te acuerdas en esos momentos de que estás en la tierra? ¿piensas que andas entre hombres? Pero ¿quién no dirá ser propio de una mente endurecida como una roca, eso de pensar que entonces se está entre hombres y no más bien que se acompaña a los coros de los ángeles con los cuales has pronunciado aquel místico cantar y con los cuales has entonado aquel himno de triunfo? Por esto Cristo nos llamó águilas, cuando dijo: Donde esté el cadáver, ahí se congregarán las águilas, para que nos levantemos a lo alto y volemos hasta los cielos, llevados por las alas del espíritu! Pero nosotros, al modo de serpientes, nos arrastramos por la tierra, ¡y tierra comemos!.

¿Queréis que os diga de dónde nace el tumulto, de dónde los clamores? De que no os cerramos las puertas durante los divinos misterios, sino que os permitimos marcharos a vuestras casas antes de la última acción de gracias, cosa que encierra en sí un no pequeño desprecio. ¿Qué haces, oh hombre? ¡Estando presente Cristo, estando de pie los ángeles, teniendo delante esta venerable mesa, mientras aún son iniciados tus hermanos en los misterios, tú, abandonándolos te has de marchar? ¡Si a un banquete fueras convidado, aunque te hartaras de antemano, no te atreverías a salirte delante de tus amigos, mientras los demás están aún a la mesa! Acá en cambio, mientras se celebran los divinos misterios de Cristo y mientras aún se está realizando aquel santo sacrificio, ¿todo lo dejas y te vas y lo abandonas?

¿Quién juzgará dignas de perdón tales cosas? ¿quién las justificará y las defenderá? ¿Queréis que os diga qué clase de obra hacen aquellos que se apartan y se salen antes del fin de los misterios, y no ofrecen sus himnos de acción de gracias una vez terminada la sagrada cena? ¡Duro, sin duda, os va a parecer lo que voy a decir! Y con todo, es

necesario que lo diga a causa de la negligencia de la mayor parte de vosotros. ¡Cuando Judas comulgó en aquella noche postrema de la cena última, mientras todos estaban a la mesa, él se apartó apresuradamente y salió! 21 ¡Pues a él lo imitan estos que se salen antes de la última acción de gracias! Y si aquél no hubiera salido, no se hubiera convertido en traidor. Si no hubiera abandonado a los discípulos, no habría perecido. Si no se hubiera arrojado fuera del redil, no lo habría devorado el lobo por haberlo encontrado solo. Si no se. hubiera voluntariamente apartado del Pastor, no habría sido presa de la bestia feroz. Por eso él se fue con los judíos, mientras que los apóstoles, una vez recitado el himno, salieron con Jesús.

¿Ves cómo aquella última oración, al fin del sacrificio, se hace al ejemplo de Cristo? ¡Ahora pues, carísimos, consideremos estas cosas, pensémoslas interiormente con nosotros mismos y temamos esta condenación amenazada contra semejante crimen! El te da su propia sangre, ¿y tú ni siquiera se lo pagas con palabras, ni le das gracias por lo que recibes? Cuando comes tu alimento corporal, terminada la mesa te vuelves a la oración, y en cambio, cuando participas de este alimento espiritual, que supera a toda criatura visible e invisible, y esto a pesar de que eres un hombre y una naturaleza vil ¿no te esperas a dar gracias con las palabras y con las obras?

Pues ¿qué otra cosa es esta sino hacerse culpable del extremo suplicio? Y esto lo digo no únicamente para que aplaudáis y claméis y alcéis la voz fuertemente; sino para que acordándoos a su tiempo de estas palabras mostréis la conveniente modestia. ¡Se llaman y son misterios! ¡Pero, en donde hay misterios debe reinar un silencio profundo! Así pues, con grande silencio, con mucha modestia y la reverencia conveniente acerquémonos a este sacrificio santo, para alcanzar de Dios una mayor benevolencia y para limpiar totalmente nuestras ánimas y conseguir los bienes eternos. Bienes que ojalá todos alcancemos. ¡Hágalo así la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual al Padre y juntamente al Espíritu Santo, sea la gloria, el poder y la adoración, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

18

XVIII: Homilía primera acerca de la traición de Judas;

y acerca de la Pascua y de la dispensación de los divinos misterios y de no recordar las injurias. En la santa y grande feria quinta.

(Dos son las Homilías sobre la traición de Judas, muy semejantes y en muchos pasos iguales hasta en las palabras. La segunda la pronunció el año mismo en que dijo las 32 primeras sobre el Génesis, aunque no sabemos qué año fue ese; y parece una ampliación o nueva redacción de la primera, de manera que de dos hizo una o de una hizo dos. De aquí la variedad grande que se observa en la redacción de los manuscritos. Por esto, sin establecer comparaciones que nos llevarían muy lejos y no tendrían provecho dada la finalidad de nuestras versiones, simplemente omitiremos la segunda. Es muy de notar el pasaje, que se encuentra en ambas Homilías, sobre la transubstanciación en la Eucaristía y la presencia real de Jesucristo en ella, y ha sido muy citado).

NECESARIA cosa es tratar el día de hoy con vuestra caridad de algunas pocas cosas. Por lo mismo lo haremos en breves palabras; mas no porque os resulte pesada la longitud del discurso. En verdad que no se puede encontrar otra ciudad más deseosa de

escuchar sermones espirituales. De manera que no es ese el motivo para que digamos sólo pocas cosas, o sea el no causaros fastidio con lo largo de la exposición; sino porque hay otra causa de la brevedad. Estoy viendo a muchos fieles que se apresuran a la comunión de los venerandos misterios: por esto, a fin de que ni pierdan la participación de aquella mesa ni del todo les falte ésta, se hace necesario ponerles delante con moderación los manjares, para que de ambos lados os venga provecho. Y provistos de este como viático de doctrina, con el debido temor y temblor os acerquéis a aquella comunión veneranda y a la vez temible.

¡Hoy, carísimo, el Señor nuestro Jesucristo fue entregado! ¡Porque, en la tarde de este día, los judíos, tras de apoderarse de El, se marcharon! Pero no te contristes al oír que Cristo fue entregado! ¡Contrístate y llora amargamente, pero no por Jesús sino por el traidor. Judas! ¡Porque el que fue entregado salvó al mundo, pero el traidor perdió su alma! ¡El que fue entregado está sentado a la diestra de Dios Padre en los cielos, mientras que el traidor ahora está en los infiernos soportando el inevitable supücio! ¡Gime por causa de él y llora; por causa de él derrama lágrimas, pues por causa de él lloró Cristo! Porque como lo viera, dice el Evangelista, se turbó y dijo: uno de vosotros me va a entregaré

¡Oh! ¡cuan grande es la misericordia del Señor! ¡El traicionado llora al traidor!; ¡Como lo viera, dice el Evangelista, se turbó y dijo; uno de vosotros me va a entregar! ¿Por qué se entristeció? ¡Para al mismo tiempo mostrar su amor y enseñarnos que siempre debemos llorar no al que sufre el mal sino al que lo hace! Porque esto es peor que aquello. Más aún: aquello no es malo, es a saber el padecer el mal; sino el hacer el mal, esto es en absoluto lo malo. Padecer el mal nos gana el cielo; pero hacer el mal nos es causa de castigo y gehenna. Porque dice El: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos

¿Ves cómo el sufrir los males tiene como premio y merced ganar el reino de los cielo? Pues oye cómo el obrar el mal trae consigo pena y castigos. Habiendo dicho Pablo a los judíos: mataron al Señor, persiguieron a los projetas, anadió: Cuyo fin será según sus obras. ¿Ves cómo los que padecen persecución alcanzan el reino de los cielos, mientras que los que persiguen se preparan la ira del Señor? Y estas cosas no las he dicho a la ligera, sino para que no nos irritemos contra nuestros enemigos, y los compadezcamos y lloremos y nos dolamos de ellos. Ellos son los que malamente padecen; es a saber, los que son nuestros enemigos, Si de esta manera templamos nuestro ánimo, incluso podremos orar por ellos. Por esto es ya el cuarto día en que os exhorto a que oréis por tos enemigos, a fin de que la doctrina se grabe más profundamente, apoyada en la frecuencia de la exhortación. Por esto, con frecuencia insisto en mis discursos a fin de arrancar el tumor de la ira y contener su ímpetu, para que aquel que viene a hacer oración se acerque sin ira.

Cristo nos exhortó a esto no únicamente en bien de los enemigos, sino también de nosotros los que perdonamos las ofensas de ellos. Más es lo que recibes que lo que das, cuando quitas la ira contra tu enemigo. Dirás: ¿cómo es eso de que mayor es lo que recibo que lo que doy? Si tú perdonas a tu enemigo, a ti se te perdonan los pecados que has hecho contra Dios; porque éstos insanables son y no merecen venia; mientras que aquéllos obtienen perdón y descanso de ellos. Oye a Helí quien decía a sus hijos: Si un hombre ofende a otro hombre, está de por medio Dios para juzgarlo; pero si el hombre ofende a Y ave ¿de quién puede esperar la intervención? De manera que esa llaga no se

cura fácilmente ni aun con la oración. No se remedia con la oración, pero sí con el perdón de los pecados del prójimo. Por esto el Señor llamó a aquellos pecados contra Dios diez mil talentos, y en cambio a estos otros los llamó cien denarios. ¡Perdona pues los cien denarios a fin de que se te perdonen los diez mil talentos!.

Pero ¡de orar por los enemigos ya hemos hablado bastante! ¡Volvamps si os place al asunto de la traición! ¡Veamos cómo fue entregado el Señor nuestro! Entonces se fue uno de los doce, llamado Judas Iscariote, a los principes de los sacerdotes, y les dijo: ¿qué me dais y yo os lo entrego? Parece claro esto que se ha dicho y que ya nada se sobreentiende. Pero si alguno cuidadosamente examina cada una de las cosas que se han dicho, daránle mucha materia de contemplación y le presentarán mucha profundidad de sentidos.

En primer lugar es de considerar el tiempo. Porque el Evangelista no simplemente lo indica, puesto que no dice solamente se fue, sino que añadió entonces; entonces se fue. Dime: ¿con qué ocasión y por qué motivo indica el tiempo así? ¿Qué quiere enseñarnos? Porque no a la ligera se dijo ese entonces. Hablando el Evangelista movido por el Espíritu Santo no hablaba en vano ni a la ligera. ¿Qué es pues ese> entonces? Antes de ese tiempo, antes de esa hora, se había acercado la meretriz con el vaso de alabastro con ungüento y había vertido sobre la cabeza del Maestro aquel óleo. ¡Grande cariño le mostró, grande fe, mucha obediencia y piedad! ¡Cambió su vida anterior, se hizo ella mejor y más temperante! Y cuando la meretriz se arrepentía y atraía al Señor hacia sí, entonces el discípulo traicionó al Maestro. Por esto el Evangelista dijo entonces, para que no acusaras al Maestro de debilidad cuando lo vieras traicionado por el discípulo. Porque tanta era la fuerza y virtud del Maestro, que aun a las meretrices las arrastraba a su obediencia. Dirás; ¿cómo es eso? El que pudo arrastrar a las meretrices ¿no pudo errastrar al discípulo? Podía arrastrarlo, pero no quiso que éste obrara el bien por necesidad; no quiso arrastrarlo por la fuerza hacia sí.

Entonces se fue. También ese se fue, tiene alguna materia de contemplación. Porque, no llamado por los príncipes de los sacerdotes, no obligado por alguna necesidad, no coaccionado, sino espontáneamente y de su voluntad libre hizo el mal y concibió aquella traición, y sin tener ningún consejero de su maldad. Entonces se fue uno de los doce. ¿Qué significa eso de uno de los doce? El decir uno de los doce, muestra una terrible acusación contra él. Porque había otros discípulos de Jesús hasta el número de setenta. Pero éstos estaban en segundo lugar y no disfrutaban de tan grande honor, no participaban de tan grande confianza, no participaban de los misterios tanto como los doce. Estos eran los más aprobados, el coro regio, el escuadrón cercano a Cristo. Y de éste se separó Judas. Así pues, para que entiendas que no un simple discípulo lo traicionó, sino de los del escuadrón aprobadísimo, dice: uno de los doce.

¡Y no se avergüenza el que esto escribió, que fue Mateo! ¿Por qué no se avergüenza? Para que aprendas que ellos siempre dicen la verdad y no ocultan ni aquellas cosas que pueden serles de vergüenza. Porque esas mismas cosas que parecen vergonzosas, demuestran la benignidad del Señor que se dignó conceder tan grandes bienes a un traidor, a un ladrón, a un ratero, y lo soportó hasta la última hora. Lo exhortaba, lo amonestaba y tenía todo cuidado de él. De manera que si él no atendió, no fue culpa del Señor. ¡Testigo es la misma meretriz! Porque ella, por atender a sí misma, alcanzó la salud. Así que no desesperes mirando a esa meretriz; pero tampoco te fíes de ti mismo mirando a Judas. Porque ambas cosas son dañosas: el desesperar y el confiarse. La

confianza echa por tierra al que estaba en pie; la desesperación impide levantarse al que ha caído. Por esto Pablo exhortaba con estas palabras: Así pues, el que cree estar en pie mire no caigaA Ejemplo tienes de ambas cosas: de cómo el discípulo, cuando creía estar en pie, cayó; y de cómo la meretriz se levantó cuando estaba caída. Nuestro ánimo es inclinado a la caída; nuestra voluntad es voluble: por esto es necesario que por todos lados nos aseguremos y amurallemos.

Entonces se fue uno de los doce, Judas Iscariote. ¿Ves de qué compañía se salió? ¿Ves qué doctrina despreció? ¿Ves cuan grave mal sean la pereza y la desidia? Judas, el que se llamaba Iscariote. ¿Por qué me recuerdas su patria? ¡Ojalá que ni a él mismo lo conociera yo! Judas que se decía el Iscariote, ¿Por qué nombras su ciudad? Porque había otro discípulo de sobrenombre Zelotes. Y para que no naciera un error por causa del mismo nombre, distinguió a éste de aquél: a aquél, por su virtud, lo llamó Zelotes; a éste no lo llamó por su maldad, porque no dijo Judas el traidor. Y eso que convenía, una vez que al otro por su virtud lo había llamado así, a éste lo llamara por su maldad, y dijera: Judas el traidor. Mas, para enseñarte a guardar pura tu lengua de la acusación, perdonó al mismo traidor. Se fue, dice, Judas Iscariote a los príncipes de los sacerdotes y les dijo: ¿qué me queréis dar y yo os lo entregaré? ¡Oh palabra execrable! ¿Cómo pudo salir de la boca? ¿cómo pudo mover la lengua? ¿Cómo no se entorpeció todo el cuerpo? ¿Cómo la mente no enloqueció?

¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré? ¿Esto fue, dime, lo que te enseñó Cristo? ¿Acaso no decía: no queráis poseer oro ni plata ni dinero en vuestras bolsas para reprimir en ti esa ya antigua avaricia? ¿No era esto a lo que continuamente exhortaba? Y añadía además: ¡Si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale la otra! ¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré? ¡Oh necedad! ¿Por qué motivo, te pregunto, o por qué acusación pequeña o grande que puedas presentar, entregas al Maestro? ¿Acaso porque te dio potestad sobre los demonios? ¿porque curó ias enfermedades? ¿porque sanó de la lepra? ¿porque resucitó a los muertos? ¿porque se opuso a la tiranía de la muerte? ¿Este pago le vuelves por semejantes mercedes? ¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré? ¡Oh necedad! ¡o más bien, avaricia, pues tantos males engendró! ¡El, con el anhelo de aquélla, entregó al Maestro! Porque tal es esa mala raíz: a las almas de que se apodera las enloquece más que el demonio! Engendra, además, el desconocimiento de todo: de sí, del prójimo y de las leyes naturales, y finalmente saca a los hombres de toda razón y los vuelve furiosos y locos.

¡Observa cuántas conveniencias quitó del pensamiento de Judas! ¡La conversación, la convivencia, la compañía en la mesa, los milagros, la doctrina, la exhortación, las admoniciones: la avaricia lo arrojó al olvido de todas estas cosas! Con razón Pablo decía: ¡La avaricia es raíz de todos los malesP ¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré? ¡Grande es la necedad de esta palabra! ¿Entregas, dime, a quien todo lo domina, al que impera a los demonios, ordena al mar y es Señor de toda la naturaleza? Pues para reprimir esa arrogancia y manifestar que si no quisiera nunca sería entregado, oye lo que hace. Al tiempo mismo de su prisión, cuando lo acometían armados de palos, lámparas y teas, les dice: ¿A quién buscáis?8 De modo que ignoraban a quién habían de aprehender.

Tan lejos estaba lo de que Judas pudiera entregarlo, que ni aun estando presente El veía al que iba a entregar, a pesar de las teas y de tantas luces. Y dando a entender esto el Evangelista, dice que tenían lámparas y luces y no veían. Todos los días lo amonestaba

Cristo y le manifestaba con palabras y con obras que eso de traicionarlo no se le podía esconder. Y no lo acusaba delante de todos y en público para no volverlo más impudente; pero tampoco callaba, a fin de que no se lanzara a la traición sin temor, si creía que se ocultaba. Y así, frecuentemente decía el Maestro: Uno de vosotros me ha de entregar? Y con todo no lo nombraba públicamente. Muchos discursos hacía acerca de la gehenna y del reino; y en ambas cosas demostraba su poder ya en castigar a los pecadores ya en honrar a los justos; pero él todo eso lo despreció y Dios no lo atrajo a sí a la fuerza.

Porque nos hizo capaces de elección entre las buenas y las malas obras, quiere que libremente seamos buenos. Por esto, si no queremos, no nos obliga ni nos necesita: ¡porque el ser bueno a la fuerza, no es ser bueno! Y porque Judas era dueño de su libre albedrio y en su mano estaba el no obedecer y no inclinarse a la avaricia, por esto quedó ciego en su mente y traicionó a su propia salvación. Y dice: ¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré? Acusando, pues, el Evangelista, su ceguedad y su locura, dice que al tiempo del prendimiento, Judas estaba junto con ellos: es decir, aquel mismo que les había dicho ¿qué queréis darme y yo os lo entregaré?

Pero no solamente por esto se ve el poder de Cristo, sino además porque al solo hablar El, retrocedieron y cayeron en tierra. Y como ni aun así desistieron de su desvergüenza, al fin El mismo se entregó. Como si les dijera: ¡Hice cuanto estaba de mi parte; declaré mi poder; os demostré que acometíais lo que no debía hacerse; pero, pues persevaráis en vuestra locura, por esto yo me entrego a mí mismo! Todo lo que precede lo he dicho con el objeto de que no acusaran algunos a Cristo, y dijeran: ¿Por qué no cambió el ánimo de Judas? ¿por qué no lo hizo temperante y moderado? Pero ¿cómo convenía hacerlo temperante? ¿por la violencia o por el libre albedrio? Si por la fuerza, ni así se haría mejor; porque nadie se hace mejor a fuerzas. Si por su libre albedrío y elección, Jesús puso todos los medios que podían corregir el libre albedrío y su elección.

Si Judas no quiso tomar la medicina no fue eso culpa del médico, sino suya, pues rechazó la medicina. Pues considera cuántas cosas hizo el Señor para atraerlo a mejores costumbres y volverlo al camino de salvación. Le enseñó toda sabiduría con las obras y con ias palabras, le dio potestad sobre los demonios, le dio facultad de hacer muchos milagros, lo aterrorizó con la amenaza de la gehenna, lo animó con la promesa del reino, le argüyó con frecuencia sus arcanos proyectos, y con todo al comprobárselos no lo descubrió en público, le lavó los pies como a los demás, lo hizo participante de su mesa y sus manjares :10 ¡nada ni pequeño ni grande omitió! Pero Judas voluntariamente permaneció sin enmienda.

Y para que entiendas que éste, aunque pudiera cambiarse, no quiso; sino que todo provino de su desidia, oye cómo, una vez que lo entregó, arrojó los treinta dineros y exclamó: ¡He pecado entregando la sangre justa! 11 ¿Qué es esto? Cuando lo veías hacer milagros no decías: ¡Pequé entregando la sangre justa!, sino "¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?" Y cuando el mal fue adelante y la traición se llevó a cabo y el pecado se consumó, entonces conociste el pecado. ¿Qué aprenderemos de aquí? Que mientras estamos en la desidia, de nada aprovechan las admoniciones; mientras que cuando procedemos con empeño, podemos levantarnos con nuestra propia libertad.

Así le sucedió a éste: que cuando el Maestro lo amonestaba no lo escuchó; y en cambio, cuando ya nadie lo amonestaba, entonces su conciencia propia se conmovió, y se

cambió sin que nadie le sirviera de Maestro, y condenó su propio crimen y arrojó los treinta dineros. ¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré? Y le presentaron, dice el Evangelista, treinta dineros. ¡Y apreciaron así la sangre que no tiene precio! ¿Por qué recibes, oh Judas, los treinta dineros? ¡A derramar su sangre gratuitamente vino Cristo al mundo! Y tú ¿haces por El pactos y convenciones impudentes? Porque ¿qué cosa más impudente que ese contrato?

Entonces se acercaron los discípulos. ¡Entonces! ¿cuándo? ¡Al tiempo en que estas cosas se hacían; cuando se pactaba la traición; cuando Judas se perdía a sí mismo! Se acercaron a El los discípulos diciéndole: ¿en dónde quieres que preparemos la Pascua? I3 ¿Has observado a los discípulos? ¡Aquél entrega al Señor, éstos cuidan de la Pascua! ¡Aquél hace pactos, éstos preparan el ministerio! ¡Todos ellos, éste y aquéllos, habían brillado por sus milagros, habían enseñado la misma doctrina, estaban dotados de la misma potestad! ¿De dónde vino el cambio? ¡Del propósito! ¡Este es en todas partes la causa de los bienes y de los males! ¿Dónde quieres que te preparemos la comida de la Pascua? ¡Era entonces la tarde! Y porque el Señor no tenía casa, por esto le dicen: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la Pascua? ¡No tenemos hospedaje seguro, no tenemos tienda ni casa! ¡Aprendan aquellos que construyen magníficas casas y amplios pórticos y largos cercados, que Cristo no tuvo en dónde reclinar su cabeza! Por esto le preguntan: ¿En dónde quieres que te preparemos para comer la Pascua? ¿Cuál Pascua? No era aún la nuestra sino que por mientras era la de los judíos. Porque aquélla la prepararon los discípulos, pero la nuestra la preparó El personalmente. Ni sólo la preparó, sino que El mismo se hizo Pascua. ¿En dónde quieres que te preparemos para comer la Pascua?

Era aquella la Pascua judía, la que tuvo su comienzo allá en Egipto. Y ¿por qué motivo la comió Cristo? ¡Porque cumplió con todas las prescripciones legales! Así, cuando era bautizado, decía: ¡Así conviene que nosotros cumplamos toda justicia! Vino a redimir al hombre de la maldición de la Ley. Porque envió, dice Pablo, Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley 15 y para derogar la Ley. Y para que no dijera alguno: la derogó porque no la podía cumplir, por ser ella pesada y onerosa y difícil, una vez que cumplió perfectamente todo lo que tocaba a la

Ley, entonces la derogó. Por esto, pues, celebró la Pascua; porque la Pascua era un precepto de la Ley.

Y ¿por qué la Ley ordenó comer la Pascua? ¡Ingratos eran para con su Benefactor los judíos; y apenas recibido el beneficio se olvidaban de los preceptos divinos! Por ejemplo: cuando apenas habían salido de Egipto, tras de ver dividido el mar y luego de nuevo compactado, y otros innumerables milagros, decían: ¡Hagámonos dioses que nos precedan! ¿Qué dices? ¡Aún están los milagros en las manos, como quien dice, y ya te olvidaste del bienhechor? Así pues: por ser ellos tan insensatos y desagradecidos, Dios los obligó, mediante festividades varias, a recordar sus dones. Y por esto les ordenó inmolar la Pascua. Con el objeto., dice, de que si tu hijo te preguntare ¿qué significa esta Pascua?, le respondas: porque nuestros mayores untaron con la sangre de un cordero, allá en Egipto antiguamente, las puertas, a fin de que al llegar el ángel vengador y verla no se atreviera a entrar y meter allá adentro el castigo.

Con esto, en adelante la fiesta fue un continuo recordatorio de la salvación. Ni solamente ganaban eso de que les recordara los beneficios antiguos, sino otra cosa

mayor: el que les prefigurara lo futuro. Porque aquel cordero era figura de otro Cordero espiritual; y una oveja prenotaba a otra. Si aquél era la sombra, este otro era la verdad. Y cuando apareció el Sol de justicia, cesó la sombra: porque con el nacimiento del sol se disipan las sombras. Y por esto, en una y la misma mesa se llevaban a cabo ambas Pascuas, la tipo y la verdadera. A la manera que los pintores en una misma pintura pintan los contornos y dibujan las sombras y finalmente añaden la variedad de los colores, así hizo Cristo. En aquella sola mesa describió la Pascua antigua y añadió la verdadera. ¿En dónde quieres que te preparemos para comer la Pascua? Aquello era la Pascua judía. Pero, una vez que nace el sol, ya no debe dar luz la lámpara. Una vez que se acerca la verdad, apártense las sombras.

Esto lo digo para los judíos que creen celebrar la Pascua; y que con insensato consejo nos presentan los ázimos, ¡ellos los incircuncisos de corazón! ¿Cómo, te pregunto, oh judío, celebras la Pascua? ¡El templo fue arrasado, el altar desapareció, profanado está el Santo de los Santos y ha fenecido toda clase de sacrificios! Entonces ¿cómo te atreves a llevar a cabo lo que es ilegal? En otro tiempo marchaste a Babilonia; y los que te lleve.ron cautivo, te decían: ¡Cantadnos algunos de los cantares de Sión! Y tú te rehusabas. Y declarando esto David, decía: Junto a los ríos de Babilonia, ahí nos sentábamos, y llorando nos acordábamos de Sión. De los sauces de la orilla suspendimos nuestras cítaras. Es decir, el salterio, la cítara, la lira y todos los demás instrumentos músicos. Porque de ésos usaban antiguamente, y con ellos entonaban los salmos. Y al ir a la cautividad los habían llevado consigo, no para usarlos, sino para tener un recuerdo de las costumbres patrias. Porque ahí, los que nos habían llevado cautivos, nos pedían que cantásemos las palabras de nuestros cantares. ¿Cómo cantaremos los cánticos de Y ave en tierra extraña?

¿Qué dices? ¿No cantas el cántico del Señor en tierra extraña y en cambio celebras la Pascua del Señor en tierra extranjera? ¿Veis la ingratitud de alma? ¿Veis la iniquidad? Cuando había enemigos que los obligaban no se atrevían ni siquiera a cantar un salmo en tierra extranjera; y ahora en cambio ¿voluntariamente y sin que nadie los obligue ni les haga violencia, hacen guerra a Dios? ¿Veis cuan impuros son esos ázimos? ¿cuan ilegítima la festividad? ¿cómo esa Pascua judía no es Pascua verdadera? ¡Antiguamente existía una Pascua judía; pero ahora, ya desapareció por haber venido la Pascua espiritual que entonces nos dio Cristo!.

Porque mientras comían y bebían ellos, dice el Evangelista, habiendo tomado Cristo el pan, lo bendijo, lo partió, y dijo: ¡Este es mi cuerpo que por vosotros se quebranta para remi* sión de los pecados! 19 Los iniciados saben el sentido de lo que se dice. Y luego tomó el cáliz, y dijo: ¡Esta es mi sangre que será derramada por muchos, para remisión de los pecados! 20 Y cuando esto decía, estaba presente Judas. ¡Este es, oh Judas,! el Cuerpo que vendiste por treinta dineros! ¡Esta es la sangre sobre la que tú pactabas hace poco con los impíos fariseos!.

¡Oh benignidad de Cristo! ¡Oh demencia y locura de Judas! Porque él lo vendió por treinta dineros, pero luego Cristo no rehusó dar para remisión de sus pecados esa misma sangre al que la había vendido, si éste lo quisiera! ¡Presente estaba Judas y se hacía participante de la mesa sagrada! Porque así como Jesús lavó los pies a éste, lo mismo que a los otros discípulos, así éste fue participante de la misma mesa sagrada, a fin de que no le quedara lugar a excusas, caso de perseverar en su maldad. Porque el Señor, de su parte mostró y puso todo lo que le tocaba, pero aquél permaneció empedernido en su

malvada determinación.

Pero se acerca ya el momento de llegarse a la veneranda mesa. ¡Acerquémonos, pues, todos con la debida reverencia y moderación! ¡Que nadie sea un Judas, nadie un malvado, nadie repleto de veneno, ni tal que una cosa revuelva en su boca y otra en el pensamiento! ¡Presente está Cristo! Ahora, aquel mismo que preparó aquella mesa nos ha preparado esta otra. Porque no es un hombre el que hace que las ofrendas se conviertan en el cuerpo y sangre de Cristo, sino el mismo Cristo que por nosotros fue crucificado. De pie está el sacerdote realizando la figura al proferir las palabras; pero la fuerza y la gracia de Dios son de Dios. ¡Este es mi cuerpo!, dice. Y con esta palabra transforma la ofrenda. Y a la manera que la voz aquella: ¡Creced y multiplicaos y llenad la tierra! P fue pronunciada una sola vez, pero perpetuamente da virtud a nuestra naturaleza para la procreación de los hijos, así esta voz, pronunciada una sola vez en la Iglesia en cada mesa, desde aquel tiempo hasta el presente, y hasta la venida de Cristo, hace el sacrificio perfecto.

Así pues, nadie se acerque con disimulo, nadie repleto de maldad, nadie con el pensamiento lleno de pecados, a fin de que no se haga participante para su condenación. Porque, en aquel otro tiempo, en cuanto Judas recibió la oblación, el diablo se apoderó de él, no precisamente burlándose del cuerpo de Cristo, sino burlándose de Judas por su impudencia. Y esto, para que conozcas que de aquellos, sobre todo, que participan indignamente de los sagrados misterios, con frecuencia se apodera el demonio; y se les mete, como entonces aconteció a Judas. Porque los honores ayudan a quienes son dignos de ellos; pero a quienes indignamente los disfrutan a ésos los arrojan a mayores suplicios.

Y no digo esto para aterrorizaros, sino para volveros más cautos. ¡Nadie pues se convierta en Judas; nadie se acerque inficionado con el veneno de la maldad! Porque el sacrificio es un espiritual alimento. Y así como el alimento corporal, cuando cae en estómagos cargados de humores malos, aumenta la enfermedad, no de su natural sino por la enfermedad del estómago, así sucede en los misterios espirituales: porque cuando caen en una alma repleta de iniquidad, más la corrompen y debilitan, no de su natural, sino por la enfermedad del alma del que los recibe. Nadie, traiga, pues, en su interior pensamientos malos; sino, ai revés, purifiquemos nuestra mente; puesto que nos acercamos a un sacrificio limpio, santifiquemos nuestras almas, cosa que puede hacerse en un solo día.

¿Cómo y de qué manera? ¡Si algo tienes contra tu enemigo, depon la ira, cura esa llaga, acaba con la enemistad para que alcances confortamiento en la mesa sagrada. ¡Porque te acercas a un sacrificio venerando y santo! ¡Reverencia lo que está en esa oblación! ¡yace ahí Cristo muerto! Muerto ¿por qué motivo, por qué causa? Para hacer las paces entre el cielo y la tierra, y para hacerte amigo de los ángeles y reconciliarte con el Señor de todos; y para hacer de ti, ¡el enemigo suyo y adversario! un amigo. Dio El su vida por aquellos que lo odiaban ¿y tú guardas enemistades contra tu consiervo? Pero entonces ¿cómo podrás acercarte a la mesa de paz? ¿El no rehusó ni aun morir por ti y tú rehusas perdonar la ira contra tu consiervo, y esto en bien tuyo? ¿Son dignas de perdón tales cosas?

Responderás: ¡me ha dañado, me ha perjudicado! Pero eso ¿qué significa? ¡Daño es de dineros, puesto que aún no te ha herido, como Judas a Cristo! Y con todo, Cristo,

aquella sangre que derramó, la ofreció por la salvación de los mismos que la derramaron. ¿Podrás tú alegar algo semejante? ¡Si no perdonas a tu enemigo, no lo dañas a él, sino que tú mismo te dañas! Porque muchas veces has ofendido a Cristo en esta vida y te has vuelto indigno de perdón para la actuación en el juicio futuro; puesto que no hay cosa que más aborrezca Dios que a un hombre que no sabe olvidar las injurias; a un corazón hinchado y a un ánimo inflamado en ira. Porque oye lo que dice: ¡Si vas a presentar tu ofrenda ante el altar y ahí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja ahí tu ofrenda delante del altar, ve primero y reconcilíate con tu hermano, y luego vuelves a presentar tu ofrenda!.

¿Qué es lo que decís? Luego ¿he de perdonar? ¡Sí! dice. Porque este sacrificio fue establecido para conservar la paz con tu hermano; y si tú no haces la paz, en vano participas del sacrificio, puesto que para ti en vano se lleva a cabo. Haz pues en primer lugar aquello por lo que este sacrificio fue instituido, y luego bellamente gozarás de él. Para esto vino el Hijo de Dios: para reconciliar nuestra naturaleza con el Señor de ella. Mas no vino solamente para eso, sino además para que si hiciéramos esto que digo, hacernos El participantes de su propia denominación. Porque dice: ¡Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios!.

Pues lo que hizo el Hijo de Dios hazlo tú en cuanto alcancen tus fuerzas, a fin de que seas pacificador para ti y para los otros. Por esto a ti, una vez pacífico, te llama hijo de Dios. Y por esto mismo, al tiempo del sacrificio, no hace memoria de ningún otro precepto, sino de la reconciliación con tu hermano, mostrando con esto ser ese el máximo precepto de todos. Quería alargarme en mi discurso, pero lo dicho es suficiente para aquellos que cuidan de sí mismos, si lo retienen en su memoria.

Acordémonos, pues, carísimos, constantemente de estas palabras y del ósculo santo y el abrazo temible que nos damos mutuamente. Esto entrelaza nuestras almas y hace que todos seamos un mismo cuerpo, puesto que todos participamos de un mismo cuerpo. ¡Formemos todos un solo y mismo cuerpo, no mezclando nuestros cuerpos sino uniendo nuestras almas con el vínculo de la mutua caridad! Así podremos gozar de esta mesa con entera confianza, Porque, aunque abundemos en infinitas obras de justicia, si no olvidamos las injurias, todo será en vano e inútil; y no podremos sacar de todo aquello ningún fruto para la salvación. Enseñados así de ratas cosas, echemos fuera la ira; y una vez purificada nuestra conciencia, acerquémonos con toda mansedumbre y modestia a la mesa de Cristo, con el cual sea al Padre la gloria, el honor y el poder, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por tos siglos de los siglos. Amén.

19

XIX: Homilía tercera sobre la traición de Judas.

Advierte Montfaucon que "no sin algún escrúpulo colocamos esta Homilía entre las originales y auténticas de1 Crisóstomo". Y la razón que da es que contiene algunos trozos que suenan a algo extraño en la forma de proceder y en el estilo del santo. Pero con todo, como no siempre San Juan Crisóstomo, dice el mismo autor, se mantiene a la misma altura, y por otra parte, la Homilía tiene otra serie de rasgos propios del modo del santo, la resolución final es dejarla entre las auténticas. Fue predicada en uno de los suburbios de la ciudad de Antioquía, se ignora qué año ni día.

DAFNE se presenta hoy amena y religiosa, no solamente porque difunde limpísimos raudales, ni porque alimenta frondosos árboles, belísimos y copudos, sino porque además ha recibido en sí una extraña planta, que es el árbol de la cruz: ¡ahora sí que es una fuente templada y resulta temible para el demonio pitio! Ya no ofrece su suelo únicamente a los hombres impíos para que en él1 se paseen; sino que os ofrece a vosotros, los piadosos, un bosque, imagen de aquel otro amable sitio, del liuerto, digo, en que se llevó a cabo ¡crimen audaz! la entrega del Salvador, y tuvo su comienzo el negocio de nuestra salud.

Pero, en realidad, no encuentro qué decir en la presente reunión. Porque la reunión mueve la fengua para acusar a Judas, mientras que la clemencia del Salvador atrae mi boca. De manera que me encuentro dudoso entre ambas cosas: el odio al traidor y el cariño al Señor. ¡Vence, con todo el amor al odio, como que aquél es más grande y más poderoso! Por esto, dejando a un lado al traidor, celebraré ai bienhechor. Aunque esto no según su dignidad, sino según mi capacidad. ¿Cómo inclinó los cielos y bajó a la tierra? ¿Cómo vino a mí el que llena todos los mundos, hecho como yo, y todo en favor mío? ¿Cómo recibió por alumno al que sabía El de antemano que sería un traidor? ¿Cómo ordenó al que era su enemigo que lo siguiera como amigo? ¿Cómo anduvo solícito, no de la traición, sino de la espiritual salud del traidor?

Porque dice la Escritura: Llegada la tarde, estaba a la mesa Jesús con sus doce discípulos. Y estando comiendo, les dijo: ¡en verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará! 2 Predijo la traición para impedir el crimen. Hizo la predicción sin señalar a nadie en particular; predicción que no pudo triunfar de la ma dad del discípulo, oculta a los ojos de los otros que juntamsnte cenaban. ¿Quién ha visto bondad semejante a la del Señor? ¡Es entregado y ama al traidor! ¿Quién que sea despreciado puede sentir misericordia? ¡Es vendido, y al malvadísimo traficante lo recibe en su mesa como compartícipe, y perdona al que le pone asechanzas! ¡Y estando cenando ellos, les dijo: en verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará!.

Como hombre, comía. Como Dios, predecía lo futuro. Lo que es propio de mi naturaleza, e:o El por amor mío se dignó soportarlo. Y como todos los discípulos se espantaran de sus palabras, y todos estrujaran sus conciencias fuertemente, y convirtieran e! tiempo de la cena en tiempo de desolación, y como cada cual preguntara; ¿Acaso soy yo, Señor? y buscara con esa pregunta a'gún lenitivo a la aflictiva sospecha, finalmente el SaA'ador, para poner remedio a la repentina turbación de los ánimos, declara con su respuesta y pone en evidencia al que hasta entonces estaba oculto, y dice: El que mete la mano conmigo en mi plato, ese me entregará. Y ciertamente el Hijo del hombre va su camino, como está escrito de El. Pero ¡ay del hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado! ¡Mejor le-hubiera sido el no nacer!.

¡Se compadece de aquel que no quiso que de sí se compadecieran! ¡Perdona a quien no perdonó ni aun a su propia alma! No quería dar a conocer al que ya se había dado a conocer; y quería de este modo ofrecer al traidor un tiempo de penitencia, y a los discípulos un remedio a su tristeza. ¡Pero, con esto, en nada se hizo mejor el traidor! ¡Porque lo propio hubiera sido que él tras de estas palabras, se levantara de repente de la Cena! ¡Lo propio era que al punto pusiera como intermediarios y patrones a Ibs otros discípulos! ¡Lo propio era que se abrazara a los pies del Salvador y lo aplacara con estas palabras!: ¡Pequé y procedí inicuamente! ¡he vendido a los hombres por un precio

miserable la inestimable margarita! ¡procedí inicuamente al entregar el inmenso tesoro por una nonada de dinero! ¡Perdóname! ¡Perdóname, puesto que he sido comprador de mi daño y de mi ruina propia! ¡Perdóname a mí, a quien el amor al oro corrompió! ¡Perdona al que los fariseos malvadamente engañaron!.

Pero nada de esto dijo, ni siquiera lo pensó; sino que puso de manifiesto la impudencia de su ánimo, clamando con ronca voz: ¿Acaso soy yo, Señor? ¡Oh lengua impudente! ¡oh ánimo endurecido! ¡Preguntaba lo que andaba él mismo maquinando como si lo ignorara, y pensaba estar oculto al Ojo que nunca sobrecoge el sueño! ¡Lleva en el ánimo el dolo, mientras su lengua profiere palabras de ignorancia! Con el ánimo había ya consumado la traición; y anda ahora encubriendo con la boca, según él se persuade, su pecado. Usa de las mismas palabras que los otros discípulos, siendo sus costumbres completamente distintas de las de ellos. Teniendo ánimo de lobo, responde con voz de oveja.

Y ¿qué dice el Evangelio? ¡Tú lo has afirmado! Con magnánima palabra redarguye la ficción hipócrita del malvado. Porque podía haberle dicho: ¿Qué dices, sacrilego y criminal? ¿Qué dices, esclavo del dinero y auténtico compañero del diablo? ¿Te atreves a simular ignorancia? ¿Te atreves a querer ocultar lo que no se puede ocultar? ¿Acaso no estaba yo presente delante de ti con mi divinidad cuando maquinabas cosas tan indignas? ¿Acaso no te vi yo con el ojo de mi divinidad cuando te acercaste a los sacerdotes? ¿Acaso no, aunque estaba yo ausente, con todo te oía decir: qué queréis darme y yo os lo entregaré? ¿Ignoro acaso en cuánto me vendiste? ¡Y qué! ¡Aun así convencido ¿procedes con tan grande impudencia? ¿Para qué intentas ocultar lo que anhelas hacer? ¡Delante de mí todas las cosas están claras y manifiestas!.

Como todo esto pudiera Cristo responderle, sin embargo no le habló así. Sino que con sencillez y mansamente y sin aguijón alguno de ira, le contestó: ¡Tú lo has afirmado! Y esto para enseñarnos que así debemos proceder con nuestros enemigos. Pero a pesar de tan grande rodeo, Judas perseveró en su enfermedad, y no por incuria del médico sino del enfermo. Porque aquél ponía en juego todos los medios y remedios para la salud, pero éste no quería admitirlos. Como no conocía otra cosa que fe avaricia, anteponía el oro al amor de Cristo, y en cambio, para con quienes lo habían asalariado, se mostraba fiel y benévolo.

Y habiéndose acercado Judas, le dijo: ¡Salve, Maestro! y lo besó? ¡Nuevo modo de traicionar, en verdad! ¡traición por medio de un beso y de un saludo! Y Jesús le dijo-, ¡amigo! ¿a qué has venido? ¿Por qué me deseas salud cuando andas pensando en mi daño? ¿Por qué me acaricias con palabras y me azotas con las obras? ¿Me llamas Maestro no siendo discípulo mío? ¿Por qué destrozas los derechos de la caridad? ¿Por qué conviertes lo que es símbolo de paz en símbolo de traición? ¿A ejemplo de quién haces esto? ¿Acaso viste hace poco en esa forma a la meretriz que besaba mis pies? ¿Acaso viste así al Centurión que se ponía de rodillas? ¿Acaso viste caer así a los demonios? ¡Pero yo sé bien quién fue el1 que te mostró el camino de los ósculos traidores! ¡Fue el demonio el que te sugirió la manera de semejantes abrazos! ¡Y tú, haciendo caso de tan malvado consejero, cumples con su voluntad!.

¡Amigo! ¿a qué has uenido? ¡Cumple los pactos inicuos que con los fariseos pactaste! ¡Haz efectiva la escritura de venta! ¡Pon tu firma en el negocio que. prometiste! ¡Entrega al que anhela ser entregado! ¡Posee desde ahora, además de la bolsa común,

también el producto de la venta! ¡Cede el lugar al ladrón que por su confesión ocupará tu pue.to; ese que tú, por tu traición, has perdido! -Y entonces, habiéndose acercado, echaron mano de Jesús y lo prendieron. Y entonces se cumplió aquella palabra profética: ¡Me rodearon como las abejas al panal y quemaban co-.r.o hace el fuego con las espinas! Y también: ¡Me rodearon como perros en cantidad, y como toros cebados me sitiaron! ?

Pero ¡oh mansedumbre que a E? solamente compete! ¡En el cielo los Querubines y los Serafines, como no se atreven a ver de frente su gloria sublime, cubren el1 rostro con su", alas a man?ra de manos! ¡Acá en cambio, en 'a tierra, cuando su Humanidad era aprehendida por manos de perversos, El lo toleraba! ¿Observáis de qué Señor tan benigno y paciente sois siervos? Pues proceded vosotros de la misma manera con vuestros enemigos, que son consiervos vuestros; del mismo modo como habéis visto proceder al Señor con los suyos. Porque también vosotros seréis llamados a la Cena espiritual y tendréis que estar a la mesa con el Señor. ¡Que no se encuentre ningún Judas por sus costumbres entre vosotros! ¡Acercaos con paz y tranquilidad! ¡Acerquémonos todos con pura conciencia al Salvador! ¡Porque El es para los fieles juntamente ayuno y comida, nutricio y alimento, Pastor y oveja! A El la g'oria per los siglos d Ibs sig'.os. Amén.

20

XX: Homilía primera acerca de la Cruz y del Ladrón;

y de la segunda venida de Cristo; y que debemos orar con frecuencia por los enemigos.

(Dos Homilías nos quedan sobre este mismo tema; y ambas concuerdan entre sí en muchas cosas: pensamientos, orden de textos escriturarios y aun frases y palabras. Es pues, según parece, el mismo caso que el de las otras dos sobre la traición de Judas. Se duda si acaso cada una ds éstas : se predicó al día siguiente de cada una de aquéllas. Tampoco podemos saber cuál1 de estas dos se predicó primero y cuál en segundo lugar. No po-poseemos conjeturas serias acerca del año y día en que se dijeron. Prescindiremos de la segunda).

¡CRISTO está hoy en fe cruz y nosotros celebramos fiesta! ¡Para que conozcas que la Cruz es fiesta y solemnidad espiritual! Anteriormente la cruz era cosa de condenación; pero ahora, en cambio, ha venido a ser cosa de honra. Anteriormente era seña] de condenación; actualmente lo es de salvación. Ella nos lia resu tado causadora de innumerables bienes. Ella nos libró del error; ella nos iluminó cuando estábamos sentados en las tinieblas; ella nos reconcilió con Dios cuando ya estábamos vencidos, y de enemigos nos hizo sus domésticos, y de alejados nos hizo vecinos de Dios. Ella es destrucción de la enemistad, guardiana de la paz, tesoro de bienes infinitos.

Por e'la no vagamos ya en los desiertos, porque hemos conocido el camino verdadero; ya no vivimos fuera del palacio, pues hemos encontrado la puerta; no tememos los dardos encendidos del diablo, porque hemos encontrado la fuente. Por la cruz ya no estamos en viudedad, pues hemos recibido al Esposo; no tememos al lobo, pues hemos encontrado al Pastor. / Yo, dice, soy el buen Pastor! 1 Por ella no tememos ya aí tirano, pues estamos al lado del Rey. Y por esto, al celebrar la memoria de la Cruz, hacemos fiesta por la Cruz: ¡Celebrémosla, dice Pablo, no con la vieja levadura, sino con ázimos

de pureza y de verdad.'2' Y luego, añadiendo la causa, prosigue así: ¡Porque nuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolado! %

¿Ves cómo nos manda hacer fiesta por la Cruz? ¡Porque en la Cruz fue inmolado Cristo! Y donde hay sacrificio hay remisión de pecados y reconciliación con Dios, y consiguientemente alegría y fiesta. ¡Porque nuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolada! ¿Inmolada? ¿en dónde? pregunto. ¡En un alto patíbulo! ¡Nuevo altar para este sacrificio, porque este sacrificio es nuevo y admirable! Uno mismo es el sacrificio y el sacerdote: sacrificio según la carne; sacerdote según el espíritu. El mismo lo ofrecía y según la carne se ofrecía a sí mismo. Oye cómo declaró Pablo ambas cosas: Todo Pontífice, dice, tomado de entre los hombres, en favor de los hombres es instituido. Por lo cual es necesario que tenga algo que ofrecer. ¡He aquí que El se ofrece a sí mismo'A Y en otra parte dice: Cristo se ofreció una vez para soportar los pecados de todos; por segunda vez aparecerá a los que lo esperan para recibir la saludé

De manera que aquí El es ofrecido, allí El se ofreció. ¿Ves cómo se hizo sacrificio y sacerdote? ¿ves cómo la Cruz fue altar? Pero preguntarás: ¿por qué no se ofrece la hostia en el templo sino fuera de la ciudad y de las murallas? Para que se cumpliera aquello de que ¡fue contado entre los malvados! Y ¿por qué es inmolado en lo alto de un patíbulo y no bajo techo?

¡Para purificar la naturaleza del aire! ¡por eso es en lo alto y no debajo de techo sino bajo el cielo! Se purificaba en verdad el aire cuando la oveja era sacrificada en lo alto; se purificaba también la tierra porque del costado fluía sangre hasta ella. Por esto no se inmolaba bajo techado ni bajo el templo judío, a fin de que los judíos no se apropiaran la hostia como si fuera exclusiva para ellos, ni fueras tú a pensar que se ofrecía únicamente por aquella nación.

Y se sacrifica fuera de la ciudad y de las murallas, para que conozcas que el sacrificio es universal, puesto que era una oblación por toda la tierra. Y además, para que advirtieras que la purificación es cosa común y no peculiar, como lo era entre los judíos. Por esto, Dios mandó a los judíos que hicieran a un lado a toda la tierra, y en sólo un sitio de ella le ofrecieran hostias y oraciones: porque toda la tierra era impura a causa de! humo, el hedor y demás reliquias de los sacrificios gentiles y manchas que la llenaban. Pero para nosotros, puesto que ya Cristo vino y purificó todo el orbe, se nos ha hecho apto para la oración cualquier sitio de la tierra. Y por esto Pablo exhortaba confiadamente a que sin temor en todas partes se hicieran oraciones, con estas palabres: Así pues: quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando las manos purasJ ¿Adviertes cómo el orbe ha sido purificado? Porque ya en todos lugares es lícito levantar las manos santas; puesto que toda la tierra ha sido santificada, y es más santa que el Santo de los Santos del templo. En éste se ofrecía la oveja irracional, aquí en cambio se ofrece la espiritual. Y por lo que mira al sacrificio, cuando éste es más alto, la santidad se hace mayor. ¡Por todo esto la conmemoración de la Cruz es una festividad!.

¿Quieres conocer otra insigne hazaña de ella? ¡Hoy nos ha abierto el paraíso, cerrado desde hacía cinco mil años y más! Porque en este día y en esta hora, Dios introdujo en él al buen ladrón, haciendo con ello dos hazañas: una abrir el paraíso; otra introducir al ladrón. Hoy nos devolvió nuestra antigua patria; hoy nos introdujo en nuestra antigua ciudad; hoy le donó su casa a la común naturaleza humana. Porque dijo: ¡Hoy estarás conmigo en el paraíso! 8 ¿Qué es lo que dices?

¿Estás clavado con clavos en la cruz, y prometes el paraíso? ¡Sí, responde! Para que en la cruz conozcas mi poder. Como se trataba de una cosa triste, a fin de que no te fijaras en la naturaleza de la cruz, sino que conocieran la virtud del Crucificado, hace en la cruz ese milagro, que de lara de un modo más excelente y mejor que otro alguno, su poder.

Porque*, no cuando resucitaba muerto;, ni cuando mandaba a los vientos y al mar, ni cuando ponía en fuga a los demonios, sino cuando estaba crucificado, atravesado con los clavos, cargado de afrentas, salivas, injurias y oprobios, entonces fue cuando pudo mover el ánimo perverso de aquel ladrón; a fin de que veas su virtud en ambas cosas; pues conmovió a toda la creación, rompió las rocas y atrajo y honró al ánima del ladrón, más dura que ¡as rocas. Porque dice: ¡Hoy estarás conmigo en el paraíso! Al paraíso lo guardaban los Querubines, pero aquí está el que es Señor de los Querubines. Allá se fulminaba una espada de fuego, pero Jesús tiene potestad sobre la llama y el infierno, sobre la vida y la muerte.

C.erto que ningún rey soporta que un ladrón, ni aun otro cualquiera de sus criados, entre a la ciudad sentado junto a él. Pero Cristo sí lo hizo así. Y al entrar en la patria sagrada, llevó consigo a un ladrón; y con esto no afeó el paraíso ni lo manchó con los pies del ladrón, sino al contrario, lo honró. Porque honor es del paraíso tener un Señor tal que aun a un ladrón lo haga participante del deleite que hay en el Paraíso. Cuando a los publícanos y las meretrices los introducía al reino de los cielos, eso no era una deshonra sino un honor; y con eso demostraba ser tal Señor del reino de los cielos, que hacía tan nobles a los publicanos y a 'as meretrices, como para que fueran dignos de un tan grande honor y regalo.

Porque así como a un médico, entonces sobre todo, lo admiramos, cuando lo vemos volver la salud y librar de la enfermedad a hombres que sufrían males incurables, así es justo que admiremos a Cristo cuando cura las llagas insanables, y cuando al publicano y a la meretriz los lleva a tan perfecta salud que aparezcan dignos del cielo. Pues ¿qué, preguntarás, tan grandes cosas hizo el ladrón, que después de la cruz pudiera a canzar el paraíso? ¿Quieres que demostremos brevemente su virtud? ¡Mientras allá abajo Pedro negaba, él allá arriba confesaba! Y esto no lo digo acusando a Pedro, ¡lejos eso de mí!, sino para manifestar la magnanimidad del1 ladrón. El discípulo no soportó las amenazas de una vilísima muchacha, mientras que el ladrón, contemplando a todo el pueblo que lo rodeaba y gritaba y profería blasfemias y dicterios, no se cuidó de eso, ni pensó en la vileza presente del Crucificado; sino que, pasando por encima de todo, con los ojos de la fe, y dejando a un lado todos esos viles impedimentos, reconoció al Rey de los cielos; y con el ánimo humillado ante él, le decía: ¡Acuérdate de mí cuando estés en tu reino!

No pasemos de largo a este ladrón, ni nos avergoncemos de tomarlo por maestro, ya que el Señor no se avergonzó de introducirlo el primero, al paraíso. No nos avergoncemos de tomar como maestro al que delante de toda la naturaleza apareció digno de conversar con Aquel que está en los cielos; sino más bien examinemos con todo cuidado cosa por cosa, y reconozcamos el poder de la Cruz. Porque no le dijo Jesús, como a Pedro: ¡Ven en pos de mí y te haré pescador de hombres! ; ni le dijo, como a los doce: ¡Estaréis sentados sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel! Ni siquiera le adelantó una palabra, ni le mostró algún milagro. No vio el1 ladrón ningún muerto resucitado, ni demonios expulsados, ni al mar obedeciendo. No le habló Jesús del Reino de los cie'.os ni del infierno; y con todo, él, delante de todos, lo confesó; y eso mientras

su compañero injuriaba: ¡porque el otro ladrón injuriaba a Jesús!.

Había, en efecto, otro ladrón crucificado juntamente con él, para que se cumpliera aquello de que jue contado entre los criminales. Querían los judíos oscurecer la gloria de Jesús, y por esto procuraban, con todo lo que hacían, dañarlo. Pero también por todos lados resplandecía la verdad, y por los impedimentos mismos, se crecía. Así pues: el otro ladrón lo insultaba. ¿Ves la diferencia de ladrón a ladrón? ¡Ambos están en la cruz! ¡ambos lo están por su vida de latrocinios! ¡ambos por su iniquidad! ¡Pero no tienen ambos la misma suerte! Porque el uno recibió como herencia el Reino de los cielos, y el otro fue lanzado a los infiernos. ¡Sucedía al modo como ayer diferían los discípulos y el discípulo: Judas y los once!13 Porque ellos decían: ¿En dónde quieres que te preparemos para comer la Pascua? El otro en cambio preparaba la traición y decía: ¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré? Aquéllos se preparaban para el servicio y para los divinos misterios; éste en cambio se apresuraba a traicionar. Así ahora se diferencian el ladrón y el ladrón: aquél injuria, éste adora; aquél blasfema, éste bendice y aun increpa al blasfemo con estas palabras: ¿Tampoco tú temes a Dios? ¡Porque nosotros recibimos lo que hemos merecido por nuestras obraste

¿Has observado la confianza del ladrón? ¿has observado su confianza en la cruz? ¿has visto su sabiduría en el suplicio y su piedad en el tormento? ¿Quién no se espantará de que atravesado por clavos 17 no haya perdido el seso? Pero no solamente estaba en pleno uso de su razón, sino que, olvidado de sus propias penas, cuidaba de los intereses ajenos; y desde su cruz se hacía maestro e increpaba al otro con estas palabras: ¡Tampoco tú temes a Dios! ¡No atiendas, le decía, a este tribunal de la tierra! ¡Hay otro Juez invisible! ¡hay otro tribunal incorruptible! ¡No te mueva el que aquí abajo éste haya sido condenado, porque allá arriba las cosas no van agí! ¡En este tribunal terreno a'gunas veces los justos son condenados y los perversos escapan del castigo; los reos salen libres y los inocentes son entregados a los suplicios!.

Porque los jueces, queriéndolo o no queriéndolo, en muchas cosas yerran. Y traicionan la sentencia verdadera o porque ignoran el derecho, o porque son engañados o porque se dejan corromper por dinero. Pero allá arriba, es de otro modo. Porque Dios es justo Juez, y su juicio brotará como una luz que no puede oscurecerse ni por la ignorancia ni por las tinieblas. Y para que no fuera a excusarse con que a Jesús lo había condenado el1 tribunal de acá abajo, lo condujo al de allá arriba, y lo amonestó con aquel terrible tribunal. Como si le dijera: ¡Mira a aquél y no darás sentencia de condenación ni te pondrás del lado de los jueces terrenos y corrompidos; sino que aceptarás la sentencia dada allá arriba!.

¿Has visto la sabiduría del ladrón? ¿has visto su prudencia y su doctrina? ¡Y al punto de la cruz voló al cielo! Y abundó en añadir e increpar: ¡Porque estamos en el mismo castigo! ¿Qué significa eso de porque estamos en el mismo castigo? ¡Es decir, en el mismo suplicio! ¿Acaso no estás también tú puesto en la cruz? ¡De manera que al injuriarlo, a ti el primero te acometes! Si el que está en pecado recrimina a otro, él mismo se recrimina; de igual modo, quien está en un suplicio y acusa a otro de estar en el mismo suplicio, a sí mismo se condena. ¡Porque estamos en el mismo castigo! ¡Le lee la Ley apostólica! Es decir, estas palabras del Evangelio: ¡No queráis juzgar y no seréis juzgados! Porque estamos en el mismo castigo. ¿Qué haces, oh ladrón? ¡Al defender a Jesús te declaras socio de El como ladrón! De ninguna manera, dice. Y por esto continúa; y con esto quitó semejante sospecha, a fin de que no creas que éste, dada la

comunidad del castigo, es consocio en el pecado. Por esto, corrige lo que dijo primero: ¡Nosotros ciertamente con justicia, pues padecemos lo que era digno por nuestras obras!?.

¿Adviertes la confesión perfecta? ¿Ves cómo en la cruz se despojó de sus pecados? Porque se lee en la Escritura; ¡Di tú primero tus pecados, para que seas justificado.'21 Nadie lo obligó, nadie le hizo violencia; sino que él mismo se denunció, al decir: ¡Nosotros justamente padecemos, pues padecemos lo debido por nuestras obras; pero éste no ha hecho nada malo! Y añadió luego: ¡Acuérdate de mí, Señor, en tu Reino! No se atrevió a decir primero acuérdate de mí en tu Reino, sino hasta después de haber depuesto la carga de sus pecados mediante la confesión. ¿Ves cuan grande cosa sea la confesión? ¡Se confesó y abrió el paraíso! ¡se confesó y alcanzó una tan grande confianza que pidió el cielo desde el latrocinio!.

¿Ves de cuántos y cuan grandes bienes ha sido causa la Cruz? ¿Buscas el reino? Pero ¿qué es lo que ves? ¡Clavos y Cruz es lo que está ante tu vista! ¡Pero esa misma cruz, dice el ladrón, símbolo es del Reino! ¡Y por esto mhmo llamólo Rey a él, porque es propio de los reyes morir por sus subditos! Y éste mismo lo dijo: ¡El buen Pastor da su vida por sus ovejas/22 Luego el buen rey también da su vida por sus subditos. De manera que por eso, porque dio su vida, lo llamó Rey: ¡acuérdate, Señor, de mí en tu Reino!.

¿Ves cómo ía Cruz es símbolo del Reino? ¿Quieres conocerlo por otro camino? ¡No lo dejó en la tierra, sino que lo atrajo y lo llevó consigo al cis'o! ¿Por dónde queda esto claro? Porque ha de venir con ese símbolo en su segunda y gloriosa venida, para que conozcas que la Cruz es honorable. Y por esto, la llamó gloria. Pero, veamos: ¿cómo vendrá con la Cruz? Porque es necesario presentar alguna demostración: Si dijeren, dice el Evangelio, aquí está Cristo en el desierto, no salgáis; aquí está en un escondite, no lo creáis. Habla de la segunda y gloriosa venida, y habla así a causa de los falsos cristos, de los falsos profetas, del Anticristo; para que nadie engañado caiga en sus enredos.

Y porque el Anticristo ha de venir antes de Cristo, a fin de que nadie, buscando al Pastor, caiga en las fauces del lobo, por esto te doy una señal de la venida del Pastor. Y puesto que el primer advenimiento fue oculto, para que no pienses que el segundo lo será igualmente, te he dado esta señal. Aquel advenimiento justamente debió ser secreto, pues venía a buscar lo que se le había perdido. Pero el segundo no será así. Entonces ¿cómo será? ¡dímelo! ¡Porque como el relámpago, que sale de oriente, brilla hasta occidente, así será, la venida del Hijo del Hombre/24. Manifiestamente aparecerá, y nadie necesitará preguntar si acaso aquí o si acaso ahí está Cristo. Pues, como cuando aparece el relámpago, no es necesario preguntar si acaso apareció, así en el advenimiento de Cristo no será necesario preguntar si acaso vino Cristo.

Pero, lo que se preguntaba era si acaso vendrá con fe Cruz. Porque no nos hemos olvidado de lo que prometimos. Pues oys lo que sigue: Entonces, dice. ¿Entonces? ¿cuándo?: Cuando venga el Hijo del Hombre el sol se oscurecerá y la luna no dará luz. Porque habrá tan grande abundancia da luz que aun las más brillantes estrellas quedarán oscurecidas. Entonces las estrellas caerán, entonces aparecerá en el cielo el estandarte del Hijo del Hombre. ¿Adviertes cuan grande sea la virtud del signo de la Cruz? ¡El sol se oscurecerá y la luna no dará luz, en tanto que aquél aparecerá y brillará, a fin de que conozcas que es más espléndido que eí sol y que ,a luna! Y así como al entrar en la

ciudad el rey, los soldados, habiendo tomado los que llaman cabos de lanza, los portan por encima de sus hombros, y así van prodamando su entrada, así cuando el Señor vaya descendiendo del cielo, le precederán los ejércitos de los ángeles y de los arcángeles, llevando sobre sus hombros esta señal y estandarte, y avisándonos de su entrada regia.

¡Entonces se conmoverán las Virtudes celestes! ;27 h bla de los ángeles: ¡se apoderará de ellos el temblor y grande temor! Mas yo pregunto: ¿Por qué? ¡Terrible será aquel tribunal, puesto que toda nuestra naturaleza ha de ser juzgada y ha ds presentarse ante aquel temible Juez! Pero ,-por qué los ángeles temen y se horrorizan? ¡Puesto que no son ellos los que van a ser juzgados! Es que así como cuando el príncipe se sienta a juicio, no solamente los reos temen y sienten pavor, sino también los otros sol'dados que no tienen conciencia ds ningún crimen, por la temerosa vista del juez, así entonces, cuando será juzgada nuestra naturaleza, temblarán los ángeles, aun no teniendo ellos conciencia d? ningún pecado, por sólo el pavor inmenso que inspira el Juez.

Y ¿por qué entonces aparecerá la Cruz y por qué vendrá El con ella? A fin de que quienes lo crucificaron reconozcan su propia perversidad, por esto les mostrará el comprobante de su impudencia. Y que por esto lo haya de traer, oye cómo lo significa el profeta: ¡Y se lamentarán todas las tribus de la tierra/28 a] ver al acusador y reconocer su pecado. Mas ¿por qué te admiras de que venga portando la cruz, siendo así que aun vendrá mostrando sus llagas? Porque dice: ¡Verán al que traspasaron! 29 Así pues: del mismo modo que lo hizo con Tomás cuando para curar la incredulidad del discípulo le mostró los agujeros de los clavos y las llagas, y le dijo: ¡Mete tu mano y ve que los espíritus no tienen carne y huesos!,30 así entonces les mostrará las llagas y la cruz, para demostrar que El mismo es el que fue crucificado.

Su benignidad puede conocerse no solamente por la cruz, sino además por las palabras pronunciadas en la cruz. Porque crucificado y deshonrado con improperios, risas y escupitajos, decía: ¡Padre! ¡perdónales el pecado, porque no saben lo que hacen! ¡Crucificado, ruega por los que lo crucifican! Y eso a pesar de que ellos, por el contrario, le decían: Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz y creeremos en ¿¿. Pero no bajaba de la cruz precisamente porque es el Hijo de Dios, y para esto vino al mundo, para ser crucificado por nosotros. ¡Baja de la cruz, le dicen, y creeremos en ti! Pero eran solamente palabras y pretextos de incredulidad. Porque mayor miiagro que bajar de la cruz era el salir del sepulcro estando puesta la piedra encima; y mayor prodigio era sacar del sepulcro a Lázaro ya muerto y atado y cuatriduano y con todas sus vendas, que no el bajar de la cruz.

Pero ellos decían: ¡Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo! 32 Pero El, en cambio, nada dejaba por hacer con el fin de salvar a aquellos que le colmaban de improperios: ¡Perdónales su pecado, p,orque no saben lo que hacen! 33 ¿Y acaso les perdonó el Padre su pecado? Se los habría perdonado si ellos hubieran querido hacer penitencia. Si no les hubiera perdonado el pecado, jamás habría Pablo llegado a ser apóstol. Si no les hubiera perdonado el pecado no habrían creído aquellos tres mil, aquellos cinco mil, aquellas miríadas de fieles. Y que hayan creído muchas miríadas de judíos, oye cómo lo dicen a Pablo: "¡Ves, hermano, cuántas son las miríadas de judíos que han creído?".

Imitemos al Señor y roguemos por los enemigos. ¡Porque vuelvo a la misma exhortación! He aquí que es ya el quinto día que os hablo de la misma materia, no para reprenderos por inobedientes, ¡lejos de mí!; sino en particular por la esperanza de que lo

realicéis. Y si hay algunos duros, iracundos, morosos, que no obedezcan a nuestras amonestaciones sobre esta oración por los enemigos, avergonzados a lo menos por el número de días, que ha que insisto, dejarán las enemistades y rencores. Imita a! Señor: ¡fue crucificado y rogó al Padre por los que lo crucificaban! Preguntarás ¿cómo puedo yo imitar al Señor? ¡Si quieres, puedes! Porque si no lo pudieras imitar ¿para qué habría dicho El aprended de mí que soy manso y humilde de corazón?" Si no lo pudieras imitar no habría dicho Pablo: ¡Sed imitadores míos como yo de Cristo!

Por lo demás, si no puedes imitar al Señor, imita a tu consiervo; es decir, al apóstol Esteban. Porque él imitó al Señor. Y, a la manera de Cristo, puesto en medio de los que lo crucificaban, olvidando fe. cruz y todo lo que a El tocaba, rogaba al Padre por los que lo crucificaban; así el siervo, puesto entre los que lo apedreaban, cuando todos lo acometían, mientras recibía las heridas de las piedras, olvidado del dolor que de eso le provenía, excl'amaba: ¡Señor! ¡no les imputes este pe-cadofil ¿Observas cómo ora el Señor? ¿observas cómo ora el siervo? Aquél dice: ¡Padre! ¡Perdónales este pecado porque no saben lo que hacen! Este dice: ¡No les imputes este pecado! Y para que conozcas cómo éste suplica empeñosamente, no ora simplemente cuando es lapidado, y de pie, sino puestas las rodillas en tierra y hablando con dolor y con grande conmiseración.

¿Quieres que te muestre a otro consiervo que padece cosas mucho mayores que ese? Pablo dice: ¡Tres veces fui azotado con varas por los judíos, una vez fui apedreado, un día y una noche pasé en los abismos del mar/38 y luego ¿qué?: ¡Deseaba, dice, ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carnet ¿Quieres oír otro ejemplo, no del Nuevo sino del Antiguo Testamento? Porque esto es lo más admirable de todo: que allá cuando aún no se había mandado eso de amar a los enemigos, sino al revés, sacar ojo por ojo y diente por diente, y volver por el mal males iguales, entonces se haya llegado hasta la sabiduría apostólica. Oye lo que dice Moisés, quien fue con frecuencia lapidado por los judíos y despreciado: ¡Perdónales su pecado o bórrame del Libro tuyo, del que Tú tienes escrito! 40 ¿Observas cómo todos los justos han antepuesto la salvación de los demás a la propia? Pero si tú, oh justo, has pecado ¿cómo quieres ser participante en los suplicios de ellos? ¡Porque cuando los otros padecen, dice el justo, no siento yo mis prosperidades!.

Bastaría con estos ejemplos. Mas, para mayor enmienda vuestra, traeré otro que usó de la misma sabiduría. Aquel bienaventurado y mansísimo rey David, cuando todo el ejército había defeccionado, y meditando su muerte había dado el imperio a Absalón, como a causa de esto se hubiera inflamado Dios en ira (puesto que nada importa que él ponga otros pretextos para la matanza); y como hubiera enviado a un ángel que con la espada desenvainada desde lo alto hiriera a la multitud; entonces, digo, como advirtiera David que todos caían al golpe de la espada ¿qué dice?: ¡Yo, que soy el Pastor, pequé! ¡cometí la iniquidad! ¡vuélvase tu mano contra mí y contra la casa de mi padre!

¿Ves de nuevo hazañas semejantes llevadas a cabo preclaramente? Y ¿quieres que te proponga a otro? Porque no faltará otro que proceda de la misma manera y con la misma sabiduría. El profeta Samuel fue ofendido e injuriado por los judíos, depuesto, despreciado; hasta el punto de que Dios, deseando consolarlo, le dijo: "¡no te despreciaron a ti, sino a mí!" •Qué hace aquel menospreciado, desechado e injuriosamente tratado? ¡Lejos de mí, dice, el que cese de orar por vosotros al Señor! 43 ¡Juzgó cosa de pecado el no orar por sus enemigos!: ¡lejos de mí ese pecado de no orar

por vosotros! Y Cristo dice: ¦Padre! ¡perdónales ese pecado, porque no saben lo que hacen! Y Esteban dice: ¡Señor! ¡no les imputes este pecado! Y Pablo: ¡Deseaba yo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne! Y Moisés: ¡Perdónales su pecado o bórrame del Libro, el que tú escribiste! Y David: ¡Vuélvase tu mano contra mí y contra la casa de mi padre! Y finalmente Samuel dice: "¡Lejos de mí el cometer este pecado, de que cese de orar por vosotros al Señor!"

Pues ¿qué perdón alcanzaremos nosotros, si cuando nos incitan a orar por los enemigos así el Señor como los siervos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, por el contrario rogamos contra ellos? ¡No, hermano! ¡os lo ruego! ¡no hagamos eso! Porque cuanto son más numerosos los ejemplos tanto mayor será el castigo si no los imitamos. Más excelente es orar por los enemigos que no por los amigos; porque no sacaréis tanto provecho de esto segundo como de aquello primero. Porque, si amareis, dice el Señor, a quienes os aman, no hacéis cosa grande, porque esto lo hacen también los publícanos. De manera que si sólo oramos por los amigos, no seremos mejores que los gentiles y los publícanos. En cambio, cuando amamos a nuestros enemigos, nos asemejamos a Dios en cuanto las fuerzas humanas lo permiten. Puesto que El hace nacer su sol sobre los buenos y sobre los malos, y manda su lluvia sobre los justos y los pecadores.

¡Seamos, pues, semejantes a nuestro Padre; porque dice Jesús: Sed semejantes a vuestro Padre que está en los cielos! a fin que que merezcamos conseguir el Reino de los cielos, por gracia y benignidad del Señor Dios nuestro Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

21

XXI: Homilía acerca del Cementerio y de la Cruz del Señor Dios y Salvador nuestro Jesucristo.

(Predicó el santo esta Homilía como 25 días antes de la otra sobre las santas mártires Berenice, Prosdoce y Domnina. Los griegos por creer que en ella se trata de la fiesta de la santa Cruz del 14 de septiembre (Invención de la santa Cruz), colocaron la fiesta de aquellas santas el 4 de octubre; pero falsamente. La fiesta de la Exaltación de la santa Cruz no existía aún en tiempo del Crisóstomo. Se trata, pues, de la Feria Sexta in Parasceve Domini; o sea del Viernes Santo, como puede verse por el texto de la Homilía. Parece que fue el 392, año en que la Pascua cayó el 28 de marzo. Veinte días después, se celebraba la fiesta de aquellas mártires en la Iglesia latina. Queda con todo alguna duda, pues las Tablas Pascuales fueron hechas algunos siglos después y no pueden fácilmente ponerse de acuerdo con las referencias, por otra parte no muy de fiar, de los siglos anteriores).

MUCHAS veces he pensado conmigo mismo, por qué motivo nuestros mayores determinarían por ley que el día de hoy, abandonáramos nuestras mansiones de la ciudad y viniéramos todos fuera de ella, y precisamente a este sitio, para celebrar nuestra reunión. Porque no parecen haberlo hecho al acaso. Y por esto yo me preguntaba la causa. Y por gracia de Dios la he encontrado; y he hallado ser ella justa y digna de elogio y muy conveniente a la presente festividad. ¿Cuál es pues esa causa? ¡Que hacemos hoy memoria de la cruz! ¡Y el crucificado fue clavado en la cruz fuera de

la ciudad! ¡Por esto nos han traído acá fuera de la ciudad! Porque, dice el Evangelista, al Pastor lo siguen las ovejas. Y en donde está el rey, ahí están los soldados. Y en donde está el cadáver ahí se congregan las águilas.

Esta es pues la causa de que nos congreguemos fuera de la ciudad. Pero mejor será demostrar primero, por las Escrituras, que éste es el motivo. Y para que no vayas a pensar que se trata únicamente de una conjetura nuestra, voy a traerte como testigo a Pablo. ¿Qué es pues lo que él dice de los sacrificios? Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre, ofrecida por los pecados, se introduce en el santuario por el pontífice, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar con su sangre al pueblo, padeció fuera del campamento. ¡Salgamos pues hacia El fuera del campamento, portando su improperio! 3 Lo dijo. Lo ordenó Pablo. Obedecimos, salimos. Y por este motivo nos hemos congregado fuera de la ciudad.

Mas ¿por qué precisamente en este templo y no en otro alguno? Porque, por beneficio divino, nuestra ciudad por todos lados está defendida por reliquias de santos. Entonces ¿por qué motivo quisieron nuestros mayores que nos reuniéramos aquí y no en otro templo? ¡Porque aquí precisamente yace una grande cantidad de cadáveres! Habiendo pues el Señor descendido el día de hoy a los muertos, nos hemos reunido aquí; y por ese mismo motivo, el sitio ha recibido el1 nombre de Cementerio. Para que aprendas que los muertos, incluso los que aquí yacen, no están muertos, sino que aquí descansan y duermen. Antes de la venida de Cristo, la muerte se llamaba muerte. ¡En cualquier día, dice, en que comiereis del árbol, moriréis! 5 Y también: ¡El alma que pecare, esa morirá! 6 Y David dice:

¡La muerte de los pecadores es mala! 7 Y además: ¡La muerte de sus santos es preciosa en el acatamiento del Señor! 8 Y Job: La muerte es descanso para el varón? Y no solamente se llama muerte sino también infierno. Oye a David que dice: ¡Pero Dios sacará mi alma del poder del infierno, cuando me eleve ¦ hacia sí!10 Y Jacob: ¡Haréis descender mi ancianidad con dolor al infierno!.

Estos nombres tenía nuestra muerte en los tiempos pasados. Pero, una vez que vino Cristo y sufrió la muerte por dar la vida al mundo, la muerte ya no se llama muerte, sino sueño y descanso. Y que se llame sueño lo testifican aquellas palabras del Señor: ¡Nuestro amigo Lázaro duerme! 12 No dijo muerto está, aunque de verdad estaba muerto. Y para que comprendas que ese nombre de sueño era desusado, considera cómo se turban los discípulos cuando lo oyen, y dicen: ¡Señor! ¡si duerme, sanará! 13 ¡Hasta ese punto no entendían lo que esa palabra significaba! Y también Pablo: Entonces ¿también los que durmieron perecieron?, preguntó a algunos. Y en otra parte, hablando de nuestros difuntos: Nosotros, dice, los que vivimos no nos anticiparemos a los que durmieron Y en otra parte todavía: ¡Levántate tú que duermes! Y para demostrar que hablaba de los muertos, añadió: y levántate de entre los muer¿Ves, pues, cómo en todas partes a la muerte se le llama sueño, y por este motivo el sitio obtuvo el nombre de Cementerio, como si dijeses dormitorio? Porque este nombre tiene su utilidad y está lleno de sabiduría cristiana. Así, cuando traes acá alguno que ha fallecido, no decaigas de ánimo. Porque no lo llevas a la muerte, sino al sueño. Este nombre te basta para consuelo y alivio en la desgracia. Entiende a dónde lo llevas: ¡al Cementerio! Y también cuándo lo llevas, que es después de la muerte de Cristo, cuando ya han sido quebrantados los nervios de la muerte. De manera que, tanto por el sitio como por el tiempo, podrás recibir grande consuelo. Y estas palabras nuestras se dirigen en especial

a las mujeres. Porque su sexo está más expuesto a la ansiedad y a ía desesperación y es mucho más afectivo. Pero apta medicina tienes para aliviar la tristeza con el nombre del sitio.

Porque el día de hoy, el Señor nuestro recorre todos los senos del infierno. Hoy quebrantó las puertas de bronce; hoy hizo pedazos las cerraduras de hierro. Considera la exactitud de la expresión. No dijo abrió, sino quebrantó las puertas de bronce, para que en adelante quede ya inutilizada esa cárcel. No quitó los cerrojos de hierro, sino que los hizo pedazos, a fin de que en adelante la cárcel sea débil. Porque en donde no hay ni puertas ni cerraduras, aunque alguno entre no queda detenido. Porque, cuando fue Cristo el que las rompió ¿quién podrá repararlas? Lo que Dios ha derribado, dice, ¿quién podrá restituirlo? Cuando los reyes quieren dar libres a algunos encarcelados, no proceden así. Sino que, tras de enviar cartas para el efecto, conservan tanto las puertas como los guardias de la cárcel, para demostrar que habrán de reingresar ahí los que salieron ya libres u otros en su lugar.

¡No procedió así Cristo! Sino que, queriendo demostrar que la muerte había llegado ya a su fin y término, quebrantó las puertas de bronce. Y las líamó de bronce, no porque ellas hayan sido fabricadas de bronce, sino para significar la inexorable y cruel necesidad de la muerte. Y para que entiendas que tanto el bronce como el hierro significan lo rígido e inflexible, oye lo que dice Dios a un impudente: Tu cerviz es como barra de hierro y tienes una frente de bronceé Dijo esto, no porque aquél tuviera una frente de bronce, sino porque tenía un rostro de dureza implacable e inflexible. ¿Quieres ver cómo en realidad el infierno fue implacable, inflexible y el mismísimo diamante? Durante mucho tiempo nadie lo pudo persuadir a que dejara libre a ninguno de los que tenía cautivos, hasta que, habiendo bajado allá el Rey de los ángeles, lo obligó por la fuerza.

Porque en primer lugar ligó al fuerte y luego le arrebató todo su ajuar. Por lo cual añadió: Los tesoros escondidos y las riquezas enterradas. Y aunque esto parezca dicho con simplicidad, sin embargo tiene dos sentidos. Porque hay sitios tenebrosos, pero que con todo se pueden examinar metiendo en ellos candelas y luces. Pero aquel sitio del infierno era oscurísimo e ingrato, y jamás había recibido en su interior la naturaleza de la luz. Por esto lo llamó tenebroso e invisible. Porque lo era de verdad hasta que bajó allá el Sol de justicia y lo lltenó con su luz, y de infierno lo hizo cielo. Porque en donde está Cristo ahí está el cielo. Y llama al infierno tesoro tenebroso con razón; porque ingentes riquezas estaban ahí depositadas.

Toda la naturaleza humana que en cierto sentido es riqueza de Dios había sido robada por el demonio que empujó con engaño al primer hombre y la había sujetado a la muerte. Y eso de que Dios haya tenido a la naturaleza humana como su riqueza, óyelo de Pablo, quien dice: ¡Rico para todos y sobre todos los que lo invocan! De modo que, a la manera de un rey, tras de aprehender a un jefe de ladrones y de piratas que anda recorriendo las ciudades y en todas partes roba y luego se adentra en los antros en donde va depositando su riqueza robada; y a ese jefe de ladrones lo ata y lo entrega para que pague los justos y merecidos castigos; mientras que los tesoros los pasa al erario regio, así hizo Cristo: una vez que hubo vencido, mediante su muerte, a aquel1 jefe de ladrones y guarda de la cárcel que es el demonio, y juntamente a la muerte, todas sus riquezas, digo todo el género humano, las pasó a sus regios erarios.

Y esto mismo indica Pablo, cuando dice: Nos redimió de la potestad de las tinieblas y

nos pasó al Reino de su Hijo arriado. Y lo que es muy digno de admiración y de notar es que el Rey vino en persona. Ningún rey se dignaría hacer esto jamás; porque son sus ministros los que dan libertad a los encadenados. Pero este Rey no procedió así; sino que El personalmente bajó hasta los encarcelados. No se avergonzó de la cárcel ni de los en ella detenidos. Porque no pudo avergonzarse de aquellos que El mismo había creado. Y quebrantó las puertas y desmenuzó las cerraduras. Se presentó en el infierno y arrojó de ahí a toda la guarnición; y tras de poner en cadenas al que lo custodiaba, regresó a nosotros. Y el tirano era llevado cautivo; el fuerte era vencido; la muerte misma, tras de arrojar sus armas, inerme corrió a echarse a los pies del Rey.

¿Has considerado esta victoria admirable? ¿Has considerado los preclaros hechos de la cruz? ¿Podré yo decirte algo que sea más admirable? ¡Conoce el modo de esta victoria y quedarás aún más estupefacto! Porque por los medios por donde el demonio había vencido, por esos Cristo lo venció; y habiendo tomado las mismas armas con que aquél se había revestido, con ellas lo derrocó. ¡Oye cómo! ¡Una virgen y un leño y la muerte fueron los signos de nuestra ruina! La virgen fue Eva, porque aún no había conocido varón. El leño fue el árbol y la muerte era la amenaza hecha a Adán. Pero observa: ¡de nuevo la Virgen, el leño y la muerte, fueron signos, pero ciertamente signos de ruina y de victoria!.

Porque en lugar de Eva aquí está María; en vez del árbol de la ciencia del bien y del mal, está el árbol de la cruz; y en vez de la muerte de Adán está la muerte de Cristo. ¿Ves cómo aquél fue vencido por los mismos medios con que había vencido? ¡A Adán lo venció el demonio junto al árbol y junto al árbol Cristo derribó al demonio! Aquel árbol echaba al infierno; mientras que éste, aun a los que ya habían descendido, los devuelve a la vida. Además, al hombre ya vencido y desnudo, lo ocultó uno de los árboles; el otro mostró desnudo en alto al vencedor a todos. ¡Aquella muerte condenó a todos los que después han nacido; ésta, en cambio, aun a los que nacieron antes de ella, los resucitó!.

¿Quién podrá contar las obras del poder de Yavé? ¡Sacados de la muerte se nos hizo inmortales! ¡Son éstas las preciaras hazañas de la cruz! ¿Has comprendido la victoria? ¿has comprendido el modo de ella? ¡Pues entiende ahora cómo sin trabajos ni sudores nuestros se alcanzó esta victoria! ¡No ensangrentamos nosotros nuestras armas; no nos presentamos en el combate; no sufrimos las heridas; ni siquiera vimos la batalla; y con todo ganamos la victoria! ¡Fue del Señor la pelea y fue nuestra la corona! Siendo pues nuestra la victoria, imitemos a los soldados, y cantemos las alabanzas y honores del triunfo con alegres voces: ¡La muerte ha sido absorbida por la victoria! ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¡Y fue la cruz la que nos engendró todas estas preclaras hazañas!.

¡La cruz es el trofeo erigido contra los demonios, la espada contra el pecado, la espada con que Cristo atravesó a la serpiente! ¡La cruz fue voluntad del Padre, gloria del Hijo, gozo del Espíritu Santo, honor de los ángeles, seguridad de la Iglesia, glorificación de Pablo, muro de los santos, luz del orbe todo! Porque así como si alguno enciende una lámpara en una habitación envuelta toda en tinieblas, y la pone en lo alto, al punto pone en fuga la oscuridad; así Cristo, cuando las tinieblas estaban esparcidas por todo el universo, El, a la manera de una lámpara, encendió la cruz y la levantó en alto y disipó en toda la tierra las tinieblas. Y a la manera que la lámpara lleva la luz en la parte superior, así la cruz tuvo encima de lo alto al Sol de justicia que resplandecía.

En cuanto el mundo lo vio a El fijo con los clavos, quedó aterrorizado; tembló la tierra; las rocas se partieron. Pero, aunque las rocas se rompieron, la dureza de los judíos no se rompió. Se rasgó el velo del templo, pero no se rompió la malvada conspiración de ellos. ¿Por qué se rasgó el velo? ¡Porque el templo no tuvo fuerzas para contemplar al Señor crucificado, y así, por lo que al velo le aconteció, publicó el templo, sólo faltando las palabras, que cualquiera, de hoy en adelante, puede conculcar el Santo de los santos! Porque ¿qué necesidad tengo ya de esas cosas, una vez que allá afuera se ha llevado a cabo y se ha ofrecido semejante sacrificio? ¿De qué me sirve ya el Testamento? ¡En vano y por tanto tiempo enseñé a éstos! ¿Qué utilidad se me sigue de la Ley? Todo esto gritaba también el profeta, cuando decía: ¿Por qué se amotinan las naciones y trazan los pueblos planes en vano? 25 Habían escuchado aquello de que: Como oveja fue llevado al matadero y a la manera de un cordero calló delante del que lo trasquilaba; y a pesar de haber considerado y meditado por tanto tiempo esta profecía, no la creyeron cuando ya estuvo presente lo que había ella predicho.

¿Ves cómo meditaron en vano? ¡Por esto se rasgó el velo del templo: para significar así la soledad y perpetua devastación que en adelante se seguiría!.

Así pues, como nosotros tengamos que ver por la tarde otra vez al que estuvo colgado en la cruz, a la manera de cordero sacrificado e inmolado, os amonesto a que nos acerquemos con temor y reverencia y grande recogimiento. ¿Acaso ignoráis cómo se acercaron los ángeles al sepulcro vacío y que ya no contenía aquel cuerpo? Una vez que recibió el cuerpo íntegro del Señor ese sepulcro, ahora le hacen grandes honores al sitio mismo. Los ángeles, que superan a nuestra naturaleza con mucho por su excelencia, asisten ante el sepulcro con tan grande reverencia y respeto; y nosotros, que nos vamos a acercar no al sepulcro vacío sino a la mesa misma en que está puesto el Cordero ¿nos acercaremos tumultuosamente y sin orden? Pues ¿qué perdón podemos esperar?

Y no digo esto al acaso y a la ventura. Sino que, como suelo ver en esta tarde a muchos alborotando, armando grita, empujándose, saltando y produciendo discordia, con lo que más se preparan pena que no salvación, por eso procedo a esta amonestación. ¿Qué haces, oh hombre? ¡Cuando el sacerdote está delante de la mesa sagrada, con las manos extendidas y alzadas al cielo, invocando al Espíritu Santo para que venga y toque las ofrendas, entonces debe reinar mucha paz, mucho silencio! Y cuando el Espíritu Santo da su gracia y toca las ofrendas y tú miras al Cordero inmolado y muerto, ¿entonces hay tumulto, entonces alborotas, entonces suscitas las disensiones y la discordia?

¿Cómo puedes gustar de este sacrificio cuando te acercas a la mesa sagrada con tan grande tumulto y estrépito? ¡No nos basta ya el acercarnos manchados con culpas, sino que ni siquiera el momento mismo de acércanos lo dejamos que transcurra sin falta! Porque cuando alborotamos, cuando discutimos, cuando mutuamente nos mordemos28 ¿cómo podemos estar libres de falta? ¡Dime! ¿por qué motivo te apresuras? ¿por qué causa te excitas cuando ya estás viendo a la oveja muerta? Porque, aun cuando durante toda la noche hubieras de contemplar este sacrificio ¿acaso, te pregunto, podría causarte hastío este espectáculo? Pacientemente esperaste durante todo el día, y aun pasaste ya buena parte de la noche; ¿y en un breve momento derrochas y pierdes tal cantidad de trabajo? ¡Piensa qué sea aquello que tienes delante, y por qué motivo está ahí!.

Muerto ha sido por ti ¿y tú lo abandonas cuando lo ves inmolado? ¡En dónde está el

cadáver, dice el Evangelista, ahí están también las águilas! 29 Pero nosotros ¡tan grande es nuestra impudencia! nos acercamos al modo de canes. ¡Considera qué sea lo que se ha derramado: ¡sangre es! ¡sangre que borró la Escritura de nuestros pecados! ¡sangre que ha lavado tu alma, que disoMó la mancha del pecado, que triunfó de las Potestades y de los Principados! Porque, habiendo despojado a los Principados y a las Potestades, dice, los sacó valientemente a la vergüenza, triunfando de ellos en la cruz? ¡El trofeo, dice, tiene muchas señales de victoria: los despojos están colgados de la cruz!.

Porque a la manera que un magnánimo rey, cuando ha terminado felizmente' una dificilísima guerra, coloca en la parte superior del trofeo la coraza y el escudo y las armas del tirano y de los soldados que venció; así Cristo, una vez terminada la guerra que llevó a cabo contra el demonio, suspendió de lo alto de la cruz todas las armas de éste, es decir, la muerte y la maldición, como de un trofeo. Y esto, para que todos vieran aquel trofeo: las Virtudes del cielo, los hombres que habitan abajo en la tierra, y aun los malbs demonios que son los vencidos.

Habiendo pues sido nosotros obsequiados con tan excelente don, mostrémosnos, según nuestras fuerzas, dignos de los bienes que se nos han otorgado, a fin de que además de ellos consigamos el reino de los cielos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria, el honor y el poder al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

22

XXII: Homilía sobre la santa Pascua.

(Algunos dudaron de que esta Homilía fuera auténtica. Se fundaban en que en ella se repiten ideas y aun trozos de otras, como la sobre el Cementerio y la Cruz y la otra contra los ebrios y sobre la Resurrección. Mas el parecer general es que se trata de una obra genuina del Crisostomo. Era natural que habiendo de predicar el santo durante 18 años a veces se repitiera o simplemente echara mano de materias ya muy de antemano preparadas y tratadas. Esto mismo hace ver cómo el santo jamás se preocupó de la gloria humana: ¡iba a su negocio, que era la utilidad de los oyentes! Por lo demás Demóstenes mismo en más de una ocasión se repitió y aun se citó a sí mismo).

OPORTUNAMENTE podemos hoy todos exclamar con el profeta David: ¿Quién contará las obras del poder de Yavé? ¿Quién podrá darle toda la alabanza que merece? 1 ¡He aquí que ha llegado la para nosotros deseada y saludable festividad; es a saber, la Resurrección del Señor Jesús, que es motivo de paz y causa de reconciliación; y que ha removido las guerras, acabado con la muerte y derribado al demonio! ¡Hoy los hombres se han mezclado con los ángeles, y los que están vestidos del cuerpo cantan himno a la par de las Potestades incorpóreas! ¡Hoy se ha echado por tierra la tiranía del demonio! ¡Hoy se han roto las ataduras de la muerte! ¡Hoy se ha concluido la victoria del infierno!.

Por esto podemos hoy levantar aquel canto profético: ¿En dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿en dónde, oh infierno, tu victoria? ¡Hoy nuestro Señor Jesucristo rompió las puertas de bronce y acabó con la muerte misma! ¿Qué digo con la muerte? ¡Su mismo nombre lo cambió, y ya no se llama muerte, sino sueño y dormición! Porque antes de la venida de Cristo y del ensalzamiento de la cruz, el nombre mismo de la muerte era

temible. El primer hombre escuchó como una muy grave pena aquella sentencia: En cualquier día en que comieres, mo-rirás? Y el bienaventurado Job con este nombre la designó: ¡La muerte es descanso para el varónfi Y el profeta David decía: ¡La muerte del pecador es pésima! 4y se designaba con el nombre de muerte, no solamente la separación del alma y el cuerpo, sino al infierno mismo. Oye al patriarca Jacob cómo dice: ¡Llevaréis mi ancianidad con dolor hasta el infierno! 5 Y también el profeta: ¡El infierno ensanchó su boca! 6 Y otro profeta: ¡Me librará del lago inferior!,7 o sea del1 profundo averno. Y en muchos otros pasajes del Antiguo Testamento encontrarás que el paso de esta vida se llama muerte o infierno.

Pero, como Cristo, el Dios nuestro, se ofreció en sacrificio, y luego se siguió la resurrección, el benigno Señor suprimió esos nombres, y trajo al mundo un modo de vivir extraño y novedoso; y desde entonces al paso de esta vida no se le líama muerte, sino sueño y dormición. Y ¿cómo se demuestra esto? Oye a Cristo que dice; ¡Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy para despertarlo del sueño! Porque así como a nosotros nos es fácil despertar y volver en sí al que duerme, así lo es para el común Señor de todos, el resucitar a los muertos.

Así, como era nuevo y extraño lo que El había dicho, ni los mismos discípulos entendieron lo que decía, hasta que, acomodándose El a la debilidad de ellos, les dijo todo más claramente.

Y el Doctor de todo el orbe, Pablo, escribía a los Tesaloni-censes: No quiero que ignoréis, hermanos, lo tocante a la suerte de los que ya durmieron, para que no os entristezcáis como los demás que carecen de esperanza? Y también en otra parte: ¡Entonces los que ya durmieron en Cristo, perecieron! 10 Y también: Nosotros, los que vivimos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que ya durmieron Y de nuevo: Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios a los que durmieron los tomará consigo.

¿Ves cómo la muerte con frecuencia se llama sueño y descanso? ¿Y cómo la que antes era temible, ahora se ha hecho despreciable con facilidad? ¿Ves la espléndida victoria de la resurrección? ¡Porque por ella nos vinieron infinitos bienes! Por ella se deshizo la falacia del demonio. Por ella nos reímos de la muerte. Por ella despreciamos la vida presente. Por ella nos inflamamos en el deseo de los bienes futuros. Por ella, aunque estemos vestidos de cuerpo, en nada somos inferiores, si nosotros queremos, a los seres incorpóreos.

¡Hoy celebramos un preclaro triunfo de victoria! ¡Hoy el Señor nuestro, tras de erigir un trofeo contra la muerte, y habiendo pisoteado la tiranía del demonio, nos dejó, con su resurrección, seguro el camino para la salud! ¡Alegrémonos, pues, todos! ¡demos saltos de gozo y de regocijo! Porque, aunque sea propiamente el Señor quien erigió el trofeo y venció, pero con todo, común es la alegría, común es el gozo; puesto que todo lo llevó a cabo por nuestra salvación; y por los medios por los que el demonio había vencido, por esos mismos Cristo lo ven, ció. Tomó él sus mismas armas y con ellas lo venció. ¡Cómo haya sido eso, óyelo!.

Una virgen, un leño y la muerte eran los símbolos de nuestra ruina. Porque virgen era Eva, puesto que cuando fue engañada aún no conocía varón. Leño era el árbol. La muerte era el castigo impuesto a Adán. ¿Ves, pues, cómo una virgen, un leño y la

muerte son símbolos de nuestra ruina? Pues mira ahora cómo ellos mismos vinieron a ser causa de nuestra victoria. En vez de Eva, María. En vez del árbol de la ciencia del bien y del mal, el leño de la Cruz. En vez de la muerte de Adán, la muerte del Señor. ¿Observas cómo por medio de aquellas cosas con que venció el demonio, por ésas fue vencido?

El demonio había vencido a Adán por medio de un árbol; pues Cristo, por medio del árbol de la cruz derrotó ai demonio; y por cierto, aquel árbol arrojaba al infierno, mientras que el leño de la cruz a los muertos los saca del infierno. 3 Aquél, al que había sido vencido, Ib cubría pero como a un guerrero cautivo y desnudo; éste en cambio mostraba a todos al vencedor desnudo y clavado en lo alto. Aquella muerte primera a todos arrastraba a la condenación; pero esta segunda, aun a los que la precedieron los resucita. ¿Quién, pues, podrá contar las obras del poder de Yavé y darle la alabanza que se merece? ¡Por medio de la muerte hemos sido hechos inmortales! ¡mediante una caída nos hemos levantado! ¡mediante una derrota somos vencedores!.

Estas son las obras excelentes de la cruz, y la mejor demostración de la resurrección. Hoy los ángeles forman coros, todas las Virtudes del cielo se alegran y en común se gozan por la salvación del género humano. Hoy a la naturaleza humana, libertada de la tiranía del demonio, la volvió Cristo a su prístina dignidad. Porque cuando yo veo que mis primicias han alcanzado la victoria sobre la muerte, ya no temo la guerra, ya no me horroriza. Ya no considero mi debilidad, sino que miro lo inmenso del poder que peleará por mí. Pues, quien venció la tiranía de la muerte y le quitó su fuerza ¿qué no hará en adelante por los de su linaje, cuya forma por su grande clemencia se dignó revestir, y por medio de ella bajó a la arena y se puso a combatir contra el demonio?

Hoy por todo el orbe de la tierra hay gozo y alegría espiritual. Hoy, también, todo el coro de los ángeles y todo el conjunto de las celestes Virtudes se alegran por la salud de los hombres.

Piensa, pues, carísimo, en la magnitud del gozo, ya que también las Potestades superiores celebran con nosotros la festividad; ellas se alegran de nuestro bien! Porque, aunque esta gracia está propiamente ordenada por el Señor para nosotros, con todo, ellas participan de nuestro gozo. Y por esto no se avergüenzan de celebrar fiesta con nosotros. Pero ¿qué digo, que nuestros consiervos no se avergüenzan de celebrar la fiesta juntamente con nosotros? ¡El Señor nuestro y de eflos no se avergonzó de hacerlo! ¡Ni solamente no se avergonzó, sino que anhela celebrar la fiesta con nosotros!.

Y ¿cómo quedará esto en claro? Óyelo al tiempo en que dice: / Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros! 14 Pues si deseó comer la Pascua, es cierto que también deseó celebrar la fiesta con nosotros. Viendo, pues, tú no solamente a los ángeles y a todo el coro de las celestes Potestades y al mismo Señor de los ángeles, celebrar la fiesta con nosotros, ¿qué cosa te falta para alegrarte?

¡Que nadie el día de hoy esté triste por su pobreza! ¡se trata de una fiesta espiritual! ¡Que ningún rico se ensoberbezca por sus abundantes riquezas; porque nada puede añadir con sus riquezas a esta festividad! En las fiestas profanas, en donde hay grande pompa y boato y grande abundancia de manjares en las mesas, con razón el pobre se halla en tristeza y tiene que bajar sus ojos de pena, mientras el rico se encuentra entre delicias y goces. Y esto ¿por qué? Porque anda el1 rico ceñido de espléndidas vestiduras

y prepara una mesa mucho más abundante; mientras que al pobre le impide su estrechez el ostentar un lujo parecido. Pero nada que a eso se parezca hay aquí. ¡Lejos está toda esa desigualdad! ¡Una misma es la mesa para el rico y para el pobre, para el siervo y para el libre! ¡Si eres rico no por eso tendrás más que el pobre; y si pobre, nada menos que el rico!.

No se disminuye la abundancia del banquete espiritual por motivo de penurias; porque divina es esta gracia y no entiende de discriminación de personas. Pero ¿qué digo ponerse a una misma mesa el pobre y el rico? Más aún: una misma mesa se pone delante al que anda ceñido de diadema y ataviado de púrpura y que tiene en su mano el imperio del universo, y al pobre que está por allá sentado y pide limosna. Porque de esta naturaleza son los bienes espirituales: se comunican y distribuyen no según las dignidades, sino según las voluntades y los buenos propósitos. Con la misma confianza se acercan a la participación y al uso de los divinos misterios el emperador y el pobre. Pero ¿qué digo con el mismo honor? ¡Muchas veces el pobre se acerca con mayor confianza!.

Y esto ¿por qué? Porque el emperador, distraído con los cuidados y los negocios, y rodeado por todas partes de diversas circunstancias, como si estuviera en medio del mar, así es agitado de todos lados por las olas que se le echan encima, y se mancha con muchos pecados. En cambio el pobre, libre de todo eso, y solamente solícito de lo que ha de comer, y llevando una vida libre de negocios y tranquila, como si estuviera sentado en un puerto seguro y en lugar sereno, se presenta ante esta mesa.

Pero, no solamente por ío dicho, sino por otras muchas causas, a quienes celebran fiestas profanas, se les ofrecen muchas ocasiones de tristeza. Porque semejantes fiestas el rico las celebra con gozo y el pobre con tristeza, no únicamente por la abundancia de las mesas, sino además por los vestidos espléndidos y la excelencia de los mantos. Y lo que padecen por causa de la abundancia de las mesas, eso lo sufren también por motivo de los vestidos. Cuando el pobre observa al rico refulgente por sus vestiduras, se desgarra de dolor y se estima como miserable y rompe en maldiciones. Pero en esta otra festividad, semejante tristeza se halla excluida, puesto que solamente hay una vestidura que sea saludable. Por esto Pablo exclama: ¡Todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo!.

En consecuencia, os ruego que no deshonremos esta festividad, sino recibamos los dones que la divina gracia nos ha concedido con una disposición de nuestro ánimo que sea digna. No nos entreguemos a la embriaguez y a la crápula; sino más bien, teniendo en cuenta la munificencia de Dios con nosotros, y cómo ha honrado igualmente a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los libres, y nos ha enviado un don común a todos, correspondamos con iguales servicios a nuestro bienhechor por esa benevolencia que nos ha mostrado. Y el congruo servicio con que podemos correspondería es vivir en una forma que le sea agradable, con un ánimo vigilante y temperado.

La presente festividad no requiere dineros, no necesita riquezas ni erogaciones, sino un buen propósito y una alma pura. Nada corporal hay aquí que pueda comprarse, porque todo es espiritual, como son la doctrina de las Sagradas Escrituras, las oraciones de los sacerdotes, las bendiciones, la comunicación de los divinos y arcanos misterios, la paz y concordia, los dones espirituales dignos de la munificencia del dador de ellos. ¡Celebremos pues esta festividad en la que ha resucitado el Señor, porque resucitó y

juntamente resucitó a todo el universo! El resucitó habiendo roto las ataduras de la muerte; y a nosotros nos resucitó desatando las cadenas de nuestros pecados. Pecó Adán y murió; no pecó Cristo y murió. ¡Cosa nueva y singular! ¡Aquél pecó y murió! ¡Este no pecó y murió! ¿Por qué motivo? ¿por qué causa? ¡Para que el que pecó y murió, por medio del que no pecó y murió pudiera quedar libre de las ataduras de la muerte!.

Esto mismo suele suceder cuando se trata de dineros. Debe alguno a otro plata, y no puede pagar y por esto se le aprehende. Pero otro, que nada debía, pero que está en posibilidad de pagar, entrega el dinero y libra de la cárcel al deudor. Pues algo parecido pasó entre Adán y Cristo. Deudor era Adán y sujeto estaba a la muerte, y estaba encarcelado por el demonio. Cristo nada debía ni estaba encarcelado. Con todo, vino y pagó la deuda de muerte en lugar del encarcelado para así librarlo de las ataduras de la muerte. ¿Ves el preclaro fruto de la resurrección? ¿Ves la benignidad del Señor? ¿Ves la grandeza de la providencia? ¡No seamos pues ingratos para con tan grande bienhechor; ni porque ya pasó el tiempo del ayuno nos tornemos perezosos! Mas bien, ahora cuidemos de nuestra alma con mayor empeño que antes, con el fin de que no suceda que, engordada la carne, el a'ma se haga más débil: ¡no sea que cuidando de la esclava, descuidemos a la señora! ¿Qué utilidad hay, pregunto, en que reventemos de gordos y pasemos toda medida? ¡Con eso incluso el cuerpo se destruye y el alma recibe daño! Tomemos tanto de alimento cuanto pide la necesidad; para que de este modo demos lo conveniente así al alma como al cuerpo; y para que no disipemos apresuradamente lo que con el ayuno habíamos recogido.

¿Prohibo por esto el uso del alimento y la recreación? ¡No lo prohibo! Únicamente exhorto a que no nos excedamos de lo necesario y a que cortemos el nimio placer, a fin de que no suceda que, pasándonos de la medida, dañemos la salud del alma. Porque en verdad ni siquiera disfrutará de placer aquel que se propasa de los límites de la necesidad: ¡cosa que saben muy bien los que la han experimentado! ¡Porque se procuraron infinitos géneros de enfermedades y sufrieron enormes molestias !.

Por esto, dando por terminada esta materia, voy con mi discurso a l'os que en esta noche, portadora de luz, han sido dignos de recibir el bautismo. Es decir, a estas hermosas plantas de la Iglesia, a estas flores espirituales, a estos nuevos soldados de Cristo. Antier Cristo pendía de la cruz, pero ahora ya ha resucitado. Del mismo modo, éstos antier aún estaban retenidos por el pecado, pero ahora resucitaron con Cristo. El murió en su cuerpo y resucitó; éstos estaban muertos por el pecado y han resucitado del pecado. De manera que la tierra, en esta estación primavera} produce rosas, lirios y otros géneros de flores; pero hoy las aguas, mucho más amenas que la tierra, nos ofrecen todo un prado de flores.

¡Y no te admires, carísimo, si del agua han brotado prados cubiertos de flores! Porque tampoco la tierra allá en sus principios brotó los gérmenes de las plantas de su propia naturaleza, sino por mandato de Dios. En aquel entonces, las aguas produjeron animales dotados de movimiento, porque oyeron el mandato: ¡Produzcan las aguas en abundancia animales que en ellas se muevan! I6 Y el precepto se convirtió en hechos: ¡la sustancia inanimada produjo seres vivientes! 17 Pues ahora ese mismo precepto y del mismo modo ha obrado totalmente. Entonces dijo: ¡Produzcan las aguas animales que en ellas se muevan! Ahora en cambio no producen animales con vida, sino que derraman sus dones espirituales. Entonces las aguas produieron peces destituidos de razón; ahora, en cambio, nos han engendrado peces racionales y espirituales, a los que los apóstoles han

pescado. Porque dice: ¡Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres!.

¡Nuevo género de pesca! Porque los pescadores pescan peces en las aguas y una vez capturados los matan. Nosotros, en cambio, arrojamos al agua los que son cogidos, y reciben la vida. También antiguamente había entre los judíos una piscina de agua. Pero, ¡advierte qué es lo que ella podía, para que veas con mayor claridad la pobreza de los judíos; y al mismo tiempo observes nuestra abundancia! ¡Bajaba, dice la Escritura, el ángel y movía el agua; y el primero que descendía, después del movimiento del agua, alcanzaba la salud! 20 Bajó el Señor de los ángeles a las corrientes del Jordán y habiendo santificado la naturaleza del agua, sanó a todo el orbe. Por esto allá, el que descendía después del' primero, ya no sanaba; porque era aquella una gracia concedida a los judíos enfermos, y que aún se arrastraban por la tierra. Acá, en cambio, tras del primero baja el segundo y tras del segundo el tercero y el cuarto. Y aunque digas infinitos, y aunque eches a estas corrientes espirituales a todo el orbe de la tierra, la gracia no se consume, el don no se agota, las corrientes no se manchan, la liberalidad no disminuye.

¿Has visto la grandeza del don? ¡Oídlo vosotros los que en esta noche habéis sido inscritos como ciudadanos de la celestial Jerusafén! ¡Custodiad en una forma digna de su grandeza estos dones, para que alcancéis y os atraigáis gracia más abundante! Porque el alma agradecida por lo que ya ha recibido, provoca la munificencia de Dios. Ya no te es lícito, carísimo, vivir de cualquiera manera; sino que has de ponerte tú mismo leyes y reglas para hacer todas las cosas con perfección; y has de poner sumo cuidado en guardar aun los preceptos que se juzgan leves. Toda la vida presente es un certamen y una batalla. Por esto, todos cuantos una vez han entrado en este estadio, conviene que sean del todo continentes. ¡Porque todo el que combate en el certamen, dice la Escritura, se abstiene de todas las cosas!.

¿No ves en los certámenes gimnásticos cuánto cuidado de sí mismos tienen los que han echado sobre sí la carga de la lucha con los hombres, y cómo ejercitan su cuerpo con tan grande continencia? ¡Pues acá las cosas van por el mismo camino! Porque no es nuestra batalla con hombres sino con los espíritus de la maldad, conviene que nuestro entrenamiento y nuestra continencia sean también espirituales. Espirituales son también las armas de que Dios nos ha revestido. ¡Tengan pues los ojos en su término y sus reglas para que no se vayan a la ventura sobre cualquier objeto que se les ofrezca; tenga también la lengua su cerco y no se adelante sin razón! Por esto los labios y los dientes fueron puestos como guardianes de la lengua, a fin de que nunca salte ella fuera de la puerta, ni se desplieguen los guardias a la ligera; sino que una vez que la lengua haya dispuesto convenientemente todo lo que le atañe, finalmente se adelante con todo decoro y ornato; y profiera palabras tales que agraden a los que oyen; y hable aquellas cosas que han de producir edificación en los que las perciben.

Conviene desde luego evitar toda risa disoluta y salir al público andando modestamente y no en forma precipitada, y llevando la túnica ceñida. De este modo conviene que se arregle de todo en todo y se componga quien ha dado su nombre en los certámenes para este estadio de la virtud. Porque la compostura exterior de los miembros viene siendo una como imagen del estado interior del aima.

Si desde un principio nos ajustamos a estas costumbres, fácilmente en adelante, al ir subiendo en el camino, recorreremos todas las virtudes, y no necesitaremos de poner

excesivo trabajo, y del cielo lograremos muy grande auxilio. De esta manera podremos pasar con seguridad por entre los oleajes de esta vida. Y tras de haber vencido todas las asechanzas del demonio, conseguir los bienes eternos, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

23

XXIII: Homilía contra los entregados al vino y acerca de la Resurrección del Señor

(Fue predicada esta Homilía el año mismo en que lo fue la segunda sobre la traición de Judas. Ignoramos qué año fue ese. Sólo sabemos que la predicación fue muy continua. Por comparaciones se saca que en ese mismo año el santo predicó las 32 Homilías sobre el Génesis, cinco sobre el principio de los Hechos de los Apóstoles, cuatro sobre el cambio de nombres. Luego continuó las restantes sobre el Génesis).

¡HEMOS DEJADO ya la carga de los ayunos, pero no vayamos a perder el fruto de los ayunos; puesto que podemos juntamente dejar la carga de los ayunos y cosechar el fruto de los ayunos! Ha pasado el trabajo de la pe':ea; que no se pase el empeño en las buenas obras. Pasó el ayuno, pero permanece la piedad. Más aún: ni siquiera ha pasado el ayuno. Pero no temáis; porque no he dicho esto para promulgar una nueva Cuaresma, sino para predicaros la misma virtud. Ha pasado el ayuno corporal, pero no ha pasado el ayuno espiritual. Este es mejor que aquel otro; y aquel otro por éste fue instituido. Así como cuando ayunabais os decía que podía suceder que alguno ayunando no ayunara, así ahora os digo que puede suceder que alguno no ayunando ayune. Quizá os parezca esto un enigma, pero yo mismo voy a daros la solución.

¿Cómo puede suceder que alguno ayunando no ayune? Cuando se abstiene de los alimentos, pero no se abstiene de los pecados. ¿Cómo puede suceder que alguno no ayunando ayune? Cuando gusta de los alimentos, pero no gusta el pecado. Este ayuno es mejor que aquel otro. Y no solamente es mejor sino más ligero. En el tiempo de aquel ayuno, muchos alegaban la debilidad de su cuerpo, ¡prurito molesto! "¡Estoy lleno de roña, decían; y no soporto dejar el baño! ¡Beber agua me mata! ¡No puedo comer legumbres!" Oía yo entonces a muchos que decían estas cosas. Pero en cambio de este otro ayuno no se pueden decir cosas semejantes.

Deléitate en los baños, participa de la mesa, bebe con moderación un poco de vino. Igualmente puedes gustar las carnes: ¡nadie te lo prohibe! ¡Goza de todo, pero abstente del pecado! ¿Ves cómo a todos les resulta fácil este ayuno? ¡Aquí no se puede alegar la debilidad corporal: eí bien obrar es el vino puro del alma! De manera que puede alguno estar ebrio y no haber probado el vino, y consiguientemente beber vino y no embriagarse. Y eso de que exista una embriaguez y no de vino, apréndelo del profeta que dice: ¡Ay de vosotros los que estáis ebrios y no de vino! 1 Pero ¿cómo puede suceder que alguno sin beber vino esté ebrio? ¡Cuando al vino puro de las pasiones no lo temperas con el discurso de la piedad! ¡Puede también alguno, beber vino y no estar ebrio! Si no pudiera ser eso, Pablo no lo habría ordenado a Tito, cuando le escribía, con estas palabras: ¡Usa de un poco de vino a causa del estómago y tus frecuentes

enfermedades!.

Porque la embriaguez no es otra cosa que sacar al alma de su natural sanidad; es ía depravación del raciocinio, la pobreza del pensamiento, la vaciedad del entendimiento. Y estas cosas las produce, no únicamente la embriaguez por el vino, sino también la embriaguez por la ira y por la codicia irracional. Porque, así como las vigilias producen la fiebre, así también la engendra la fatiga, la engendra la tristeza, la engendran los malos humores: ¡diversa es la causa, pero una es la pasión y una la enfermedad! De ese mismo modo en las personas engendra la embriaguez el vino, la engendra la codicia, la engendra el mal humor. ¡Diversa es la materia, pero una es la pasión, una la enfermedad!.

¡Apartémonos, pues, de la embriaguez! ¡No digo que nos apartemos del vino! Sino que nos abstengamos de la embriaguez. Porque el vino no es el que causa la embriaguez, puesto que él es criatura de Dios, y ninguna criatura de Dios hace el mal: ¡la voluntad desordenada es la que hace la embriaguez! Y para que entiendas cómo puede alguno embriagarse de otros modos y no solamente por el vino, oye lo que dice Pablo: ¡No queráis embriagaros de vino! 3 con lo cual indica que puede haber ebrios de otra cosa. ¡No queráis embriagaros de vino, en el cual está la lujuria! Con admirable concisión, en pocas palabras, abarcó toda la acusación contra la embriaguez. ¿Qué significa No queráis embriagaros de vino, en el cual está la lujuria? De entre los jóvenes llamamos lujuriosos a quienes, habiendo recibido la herencia paterna, inmediatamente la dilapidan del todo, sin atender a quién haya de darse y cuándo haya de darse; sino que, sin selección alguna, reparten entre las meretrices y los desvergonzados el oro y la plata, los vestidos y las riquezas paternas. Y precisamente esto es lo que hace la embriaguez: ella invade la mente de los ebrios a la manera de un joven lujurioso; y tras de entregar la razón a la esclavitud, la obliga a derrochar inconsideradamente y sin ninguna atención del ánimo, todas las riquezas de nuestros pensamientos.

No sabe el ebrio qué se ha de decir ni qué se ha de callar. Su boca es una puerta perennemente abierta y sin cerraduras: no hay cierre ni candado hay en sus labios. El ebrio no puede disponer con juicio sus palabras, no sabe administrar las riquezas de su mente. No sabe guardar unas cosas y exponer al público otras; sino que todas sus cosas son despilfarras y derramamientos. La embriaguez es una locura voluntaria, una traición a los pensamientos. La embriaguez es una desgracia risible, una enfermedad digna de burla, un demonio voluntario y más molesto que la locura misma.

¿Quieres ver cómo el ebrio es peor que un endemoniado? ¡Nos compadecemos del poseso vejado por el demonio, mientras que solemos odiar al ebrio! De aquél nos condolemos, de éste nos irritamos e indignamos. ¿Por qué esto? Porque la enfermedad de aquél es una fuerza que le hacen; la de éste nace de su negligencia. En aquél las asechanzas son de Ibs enemigos • en éste de su propio consejo. Ni se diferencian el ebrio y el endemoniado en su situación. El ebrio, lo mismo que aquel otro, es traído y llevado; como aquél, está privado de entendimiento; como aquél cae por tierra; como aquél revuelve a una parte y a otra ías pupilas de sus ojos; como aquél, una vez echado por tierra, tira golpes con los pies y de su boca igualmente lanza espumarajos y arroja una saliva pestilente y exhala un denso hedor intolerable.

Semejante hombre es repugnante para sus amigos y ridículo para sus enemigos, despreciable para sus criados y desagradable a su esposa, odioso a todos y más molesto

que las bestias salvajes. Porque las bestias solamente beben hasta que han apagado su sed, y miden su deseo por la necesidad. Pero el ebrio, a causa de su intemperancia, pasa más allá de lo que exige la necesidad, y aparece más ajeno a la razón que los animales que carecen de razón. Y lo más intolerable es que una enfermedad que tantos males reboza y trae consigo tan grande número de calamidades, ni siquiera se juzga crimen; sino que en las mesas de los ricos, por causa de esta desvergüenza brotan riñas y competencias, y andan compitiendo entre sí para ver quién se infama más, quién da más ocasiones de burlas, quién destroza más sus nervios, quién queda más sin fuerzas y quién irrita más a nuestro común Señor: ¡verías ahí tú un certamen y una batalla diabólicos!.

¡El ebrio es más miserable que los muertos! Porque yace privado de sus sentidos el cadáver y no puede ya hacer nada ni bueno ni malo; pero el ebrio, en cambio, está pronto a obrar maldades, y lleva su alma sepultada en un cuerpo muerto, como en una tumba. ¿Ves cómo es más miserable el ebrio que el poseso del demonio y más que quien ya está muerto y destituido de sus sentidos? ¿Quieres que te diga lo que es en todo eso lo más grave y más enorme? ¡El ebrio no puede entrar en el reino de los cielos! ¿Quién lo afirma? ¡Pablo! ¡No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces, poseerán el reino de Dios! 4 ¿Has oído entre qué turba arrojó al ebrio? ¡Con los impúdicos, con los fornicarios, con los idólatras, con los adúlteros, con los maldicientes, con los avaros, con los rateros!.

¿Cómo es eso, preguntará alguno: es lo mismo un ebrio que un impúdico? ¿Es lo mismo un ebrio que un idólatra? ¡Ah, hombre! ¡No me pongas semejantes objeciones! ¡Yo te he recitado las palabras divinas! ¡No me pidas cuentas! ¡Pregunta a Pablo y él te dará la respuesta! ¡Yo no puedo decirte si acaso serán condenados al mismo suplicio y entre esos, o a otro distinto! ¡Pero que el ebrio, no menos que el idólatra, pierde el reino de los cielos, eso sí lo sostengo con toda firmeza! Y una vez que esto está confirmado ¿para qué me preguntas la medida del pecado? Una vez que el ebrio queda fuera de las puertas, una vez que pierde el reino de los cielos, una vez que pierde su salvación, una vez que es arrojado al eterno suplicio ¿por qué tú me vienes con las medidas y las balanzas y los pesos de los pecados?

¡Indigna cosa es, carísimos, el embriagarse! ¡es excesivamente grave! Pero ¡no me dirijo a los presentes, lejos de mí! Porque yo creo que vuestra alma está del todo libre de semejante enfermedad y miseria. Y la prueba de vuestra sanidad es que estáis aquí reunidos; que habéis venido con toda diligencia; que oís con atención. ¡Ninguno de los que se embriagan puede andar deseoso de la divina palabra! ¡No queráis embriagaros de vino, en el que se encuentra la lujuria! ¡Embriagaos del Espíritu Santo! 5 ¡Embriaguez bellísima es ésta! ¡Adormece tú el alma con esta abundancia del Espíritu, para que no la adormezcas con la otra embriaguez! Procura con tu mente y con tus pensamientos adelantarte a fin de que esa desvergonzada enfermedad no encuentre en ellos sitio. Por esto no dijo Pablo: participad del Espíritu, sino henchios del Espíritu. Llena tu mente hasta lbs bordes, como una copa, con el Espíritu, a fin de que no pueda el diablo meter ahí ya cosa alguna. Porque no conviene que participemos en cualquier modo del Espíritu Santo, sino que nos repletemos con salmos, himnos y cánticos espirituales, como vosotros lo estáis el día de hoy: razón por la cual yo he confiado en vuestra templanza.

¡Preclaro es el cáliz que para embriagarnos poseemos! ¡cáliz que engendra templanza y no parálisis de los miembros! ¿Cuál es él? ¡El cáliz espiritual, el cáliz de la salvación, el cáliz impo-hjto de la sangre del Señor! ¡Este cáliz no engendra embriaguez, no engendra parálisis de los miembros! Porque no destruye las fuerzas, antes las aumenta; no destroza los nervios, sino que los templa, puesto que engendra sobriedad. ¡Este cáliz es venerando para los ángeles, terrible para los demonios, precioso para los hombres, amable a Dios! ¿Ves lo que dijo David acerca de este cáliz?: Tú pones delante de mí una mesa enfrente de mis enemigos; has derramado óleo sobre mi cabeza y mi cáliz rebosa; y ¡cuan preclaro ese tu cáliz que embriaga! 6 Porque para que no fueras a tener temor inmediatamente que oyeras el nombre de embriaguez y lo juzgaras tal que engendrara debilidad, añadió luego que es preclaro y firme. ¡Oh nuevo género de embriaguez, pues da fuerzas y hace firme y poderoso! ¡Y esto, porque ha fluido de la piedra espiritual! ¡Por eso no es extravío de los pensamientos, sino aumento de espirituales pensamientos!.

¡Embriaguémonos con esta embriaguez, y abstengámonos de la otra, a fin de que no echemos una mancha de deshonor sobre la presente festividad! Porque la presente solemnidad no lo es solamente en la tierra sino también en el cieloJ Puesto que si por un pecador que se convierte hay gozo en el cielo y en la tierra, mucho mayor gozo habrá en el cielo, cuando ha sido arrancado de manos del demonio el orbe todo de la tierra. ¡Ahora se alegran los ángeles, se regocijan los arcángeles; ahora los Querubines y los Serafines celebran con nosotros esta festividad ! ¡nó se avergüenzan de nosotros, sus consiervos, sino que se congratulan de nuestros bienes! Porque si bien el don que del Señor recibimos es propio nuestro, pero el gozo es común con elk>s.

Mas ¿para qué traigo a la memoria a los consiervos? ¡El Señor común de ellos y nuestro no se avergüenza de celebrar con nosotros la festividad! Pero más aún: ¿qué digo no avergonzarse?: ¡Con deseo, dice, he deseado comer esta Pascua con vosotros! 8 Y si deseó celebrar con nosotros la festividad de la Pascua, cierto es que también la de la resurrección. Cuando, pues, se alegran los ángeles y los arcángeles, y el Señor mismo de todas las Potestades celestes celebra con nosotros la fiesta ¿qué ocasión puede quedar de tristeza? ¡Ningún pobre se entristezca por su pobreza, porque esta festividad es espiritual! ¡Ningún rico se exalte por sus riquezas; porque con todas sus riquezas no puede añadir nada a la alegría de esta festividad! En las fiestas profanas y seculares, en donde abunda el vino y la mesa está llena y se come hasta la saciedad; en donde hay risas y torpezas; en donde hay toda la pompa de Satanás, razonablemente el pobre se encuentra triste y el rico alegre.

Y esto ¿por qué? Porque el rico dispone de una mesa opípara y goza de mayor amplitud en los deleites; mientras que al pobre le impide su pobreza el ostentar tan grande magnificencia. Pero aquí no hay nada de eso. Una misma mesa hay para el rico y para el pobre. Aunque alguno sea rico, nada puede añadir a esta mesa; aunque alguno sea pobre, no se encuentra en condición inferior por lo que mira a la comunión. Porque esta es gracia divina. Y ¿por qué te admiras de que sea igual para el rico y para el pobre? ¡La misma mesa está puesta delante para el emperador ceñido de corona, revestido de púrpura y que tiene a su cargo el régimen y gobierno de todo el mundo, y para el pobre que se sienta por ahí a pedir limosna. ¡Los dones de Dios son así! No hace El distinción, cuando se trata de la comunión, entre las personas y sus dignidades, sino de la disposición de las voluntades y de los pensamientos.

Cuando vieres en la Iglesia al pobre que se sienta al lado del rico, al pltebeyo al lado del noble, al que allá afuera temblaba ante el poder del otro y que aquí se acerca al poderoso sin temor alguno, piensa qué es lo que significa aquello de: ¡Entonces será apacentado el lobo juntamente con los corderos! 9 Al rico llama la Escritura lobo y al pobre cordero. Mas ¿cómo ha de entenderse eso de que andarán juntos el lobo y el cordero, como si se tratara del rico y el pobre? ¡Atiende con diligencia! Frecuentemente se presentan en la Iglesia un rico y un pobre. Se va llegando la hora de los divinos misterios. Entonces el rico es echado fuera porque no está aún iniciado; mientras que el pobre es introducido al tabernáculo celestial. Y no se indigna el rico, porque reconoce que es aún ajeno a los divinos misterios.

Pero ¡oh gracia divina! ¡No solamente tienen, por gracia de Dios, honra igual ambos en la Iglesia; sino que, presentes ambos, es antepuesto el pobre al rico con frecuencia; y de nada le aprovechan a éste sus riquezas sin la piedad; y en nada daña al fiel su pobreza cuando se acerca confiadamente a la mesa sagrada. Esto lo digo, carísimos, refiriéndome a los catecúmenos y no simplemente a los ricos. Advierte, carísimo, cómo al rico se le aparta de la Iglesia mientras el siervo fiel se acerca a los misterios. ¡Se aparta a la señora y permanece dentro la esclava! Porque: ¡Dios no es aceptador de personas! 10 De manera que en la Iglesia no hay siervo ni libre. La Escritura no conoce otro esclavo que aquel que está sujeto al pecado. Porque dice: / Quien hace el pecado es siervo del pecado! 11 Y solamente reconoce como libre a aquel a quien libertó la gracia de Dios.

Con la misma confianza se acerca a esta mesa el emperador que el pobre, y con el mismo honor. Más aún: con frecuencia se acerca el pobre con mayor honor. ¿Por qué así? Porque el emperador, envuelto en infinitos negocios, a la manera de una nave, de todas partes recibe la rociada de las olas y contrae muchas manchas; mientras que el pobre, cuidadoso únicamente de su mantenimiento, y llevando una vida libre de negocios y tranquila, se acerca a esta mesa como si estuviera sentado en el puerto y con grande seguridad. Sucede al revés en las fiestas profanas. El pobre pasa en tristezas y el rico en rosas, no solamente por la mesa sino además por el vestido. Porque lo que acontece con la mesa eso mismo acontece con los vestidos. El pobre, cuando ve al opulento revestido de preciosas vestiduras queda herido y se juzga el más infeliz de todos.

Aquí, en cambio, aun esta pobreza ha desaparecido; porque para todos uno solamente es el vestido, a saber el baño saludable. Porque cualquiera de vosotros, dice Pablo, que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo. Así pues, no manchemos con deshonra la presente festividad; puesto que nuestro Señor ha honrado igualmente a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los señores. Más bien correspondamos a esta benevolencia del Señor para con nosotros. Y la óptima correspondencia es la conversación pura y la mente sobria. Esta solemnidad y reunión festiva no necesita de dineros ni de gastos, sino de buena voluntad y mente sana. Porque de ese género son las mercaderías que aquí están a la venta:13 nada corpóreo se vende aquí, sino el oír las divinas Escrituras, las oraciones de los sacerdotes, las bendiciones, la concordia, la paz, la igualdad de pareceres, los dones espirituales y todo a un precio espiritual.

Celebremos esta suprema e ilustre festividad en que el Señor resucitó. Celebrémosla juntamente con gozo y con piedad. Porque resucitó el Señor y juntamente con El resucitó la tierra toda habitada, puesto que El resucitó tras de romper las ataduras de la

muerte. Pecó Adán y murió; no pecó Cristo y murió. ¿De manera que éste no pecó y, sin embargo, murió? ¿Por qué esto? Con el fin de que quien había pecado y murió, por las obras del que no había pecado y, sin embargo, murió, pudiera evadir los lazos de la muerte. Lo mismo sucede cuando se trata de dineros. Con frecuencia acontece que alguno esté endeudado; y como no puede pagar porque no tiene con qué. es encarcelado. Pero otro, que no es deudor y sí tiene con qué pagar, suele librar al endeudado. Así sucedió en el caso de Adán. Deudor era Adán. Prisionero lo retenía el demonio porque no tenía con qué pagar. Cristo en cambio ni era deudor ni estaba prisionero del demonio; pero era solvente y capaz de pagar. Vino, pues; sufrió la pena de muerte en vez de aquél que el diablo tenía prisionero, para que el otro quedara libre.

¿Ves los efectos excelentes de la resurrección? ¡Con doble muerte estábamos muertos! ¡Esperemos pues una doble resurrección! ¡El murió con sola una muerte y por esto resucitó con una sola resurrección. ¿Qué significa esto? ¡Digo que Adán murió en el cuerpo y en el alma! ¡murió por razón del pecado y por razón de su naturaleza! ¡En cualquier día en que comas del árbol, morirás seguramente! 14 Pero no murió el mismo día cuanto a su naturaleza y cuanto al pecado. Este es muerte del alma y aquélla es muerte del cuerpo. Pero cuando oyes muerte del alma no vayas a pensar que el alma muere, puesto que es inmortal; sino que la muerte del alma es el pecado y el suplicio eterno. Por esto dijo Cristo; ¡No queráis temer a los que matan el cuerpo pero no pueden dar muerte al alma; sino más bien temed a aquel que puede echar en la gehenna el alma y al cuerpo! 15 Y por cierto Ib que así se ha echado subsiste aún, aunque se oculta a la perspicacia de los ojos del que lo perdió.

Pues, como decía, dos muertes tenemos en nosotros; por lo cual es necesario que se opere en nosotros una doble resurrección. En Cristo hubo una sola muerte, porque El no pecó, sino que tomó esa única muerte por nosotros. Porque El no estaba sujeto a la muerte, puesto que no era reo de pecado, y por lo mismo tampoco de muerte. Y por esto El resucitó con una sola resurrección de su única muerte; pero nosotros, que estamos muertos con una doble muerte, resucitaremos con una doble resurrección. Con una ya resucitamos anteriormente que es la del pecado, porque fuimos consepultados con El en el bautismo y conresucitamos con El mediante el bautismo. Esta es una resurrección, o sea una liberación del pecado. La otra es la resurrección del cuerpo. Ya te dio la que es mayor, espera ahora la que es menor. Porque aquélla es mucho mayor que ésta. Puesto que mucho más es ser libre del pecado que no el mirar un cuerpo resucitado. El cuerpo murió porque pecó; luego, si la causa de la caída fue el pecado, el principio de la resurrección es la liberación del pecado.

Por lo demás, hemos ya resucitado con la resurrección que es mayor. Una vez quitada la terrible muerte del pecado y dejada ya la antigua vestidura: en consecuencia, no desesperemos de la menor. Con aquella primera resucitamos nosotros cuando fuimos bautizados, lo mismo que los que ayer fueron dignos de recibir el bautismo: ¡ellos, corderos preciaros! Antier fue crucificado Cristo, pero en la noche pasada resucitó. Así éstos, antier estaban aún ligados con el pecado, pero resucitaron juntamente con El. El murió según el cuerpo y resucitó según el cuerpo.

Estos estaban muertos por el pecado, pero, libertados del pecado, resucitaron.

La tierra en este tiempo de primavera nos ha producido violetas y otros diversos géneros de flores; en cambio, las aguas nos han puesto delante un prado más deleitoso que la

tierra. Ni te admires de que las aguas hayan brotado flores, puesto que la tierra tampoco por propia virtud, sino por mandato de Dios, produjo los gérmenes. La naturaleza de las aguas allá al principio engendró a los animales dotados de movimiento. ¡Produzcan, dijo el Señor, las aguas reptiles de ánima viviente! 16 Y el mandato se convirtió en obra. Y aquella sustancia privada de alma produjo los animales animados. Del mismo modo ahora: ¡produzcan las aguas no reptiles con ánima viviente, sino dones espirituales! Y produjeron entonces las aguas peces que no tienen uso de razón y mudos; pero ahora, en cambio, han produ* cido peces racionales y espirituales, peces que los apóstoles han pescado. Porque dice el Señor: ¡Venid y os haré pescadores de hombres! 1? ¡Esta es la pesca de que entonces se hablaba! ¡Género nuevo de pesca! ¡Los peces que se pescan son extraídos del agua, en cambio nosotros los echamos al agua y de ese modo los pescamos!

Hubo anteriormente, cuando aún estaba en pie la Ley de los judíos, una piscina. Conoce tú lo que podía aquella piscina a fin de que conozcas la pobreza de los judíos y las riquezas de la Iglesia. De agua era aquella piscina, y el ángel bajaba y removía las aguas. Tras de esa agitación, un enfermo solo descendía y quedaba sano. Uno solamente sanaba al año y quedaba agotada la virtud y don; y esto, no por pobreza del que lo daba, sino por la debilidad de aquellos que lo recibían. Bajaba, pues, el ángel a la piscina y removía el agua y sanaba uno solo. Pero bajó el Señor de los ángeles al Jordán, movió el agua y así sanó a todo el orbe de la tierra. Por esto, pues, allá aquel que bajaba después del primero y en segundo lugar ya no sanaba. Porque el don se dio a los judíos débiles y enfermos. Aquí, en cambio, tras del primero, el segundo; tras del segundo, el tercero; y tras del tercero, el cuarto; y aunque sean diez y aunque sean veinte y aunque sean cien y aunque sea todo el orbe de la tierra al que metas en la piscina, el don no se consume, el regalo no se agota, el agua no se mancha. ¡Nuevo modo de purificación! ¡Porque no es corporal! Tratándose de los cuerpos, cuantos más se bañan tanto más llenas de impurezas quedan las aguas; pero aquí, cuantos más se bañan tanto más puras se vuelven las aguas.

¿Ves la grandeza del don? ¡Tú pues, oh hombre, conserva la grandeza de ese don! ¡No te es lícito vivir de cualquier manera! ¡Ponte tú mismo una regla de conducta cuidadosamente! ¡Certamen y batalla es por cierto de algún modo esta vida! ¡Y el que lucha, se abstiene de todo! ¿quieres que te enseñe un modo seguro y excelente para las buenas obras? ¡Alejemos de nuestra mente aquellas cosas al parecer indiferentes, pero que engendran el pecado! Porque de entre nuestras acciones algunas son pecado, otras no lo son; pero son causa del pecado. Así, por ejemplo, la risa por su naturaleza no es pecado; pero se convierte en pecaminosa si se desata sin medida. Porque de la risa nacen los chistes, de los chistes las obscenidades en las palabras, de la obscenidad en las palabras las acciones torpes, de las acciones torpes los suplicios y las penas.

¡Quita, pues, primeramente la raíz, para que puedas luego extirpar toda la enfermedad! Si nos guardamos de aquellas cosas que parecen indiferentes, nunca caeremos en las prohibidas. Así a muchos les parece indiferente el ver a una mujer, pero de eso se engendra la concupiscencia lasciva; de la concupiscencia, la fornicación; de la fornicación igualmente el suplicio y la pena. Del mismo modo, el vivir delicada y muellemente, no parece cosa grave, pero de ahí nace la embriaguez y los males infinitos que de la embriaguez se siguen. ¡Quitemos pues por todos lados los principios de la culpa! Por esto cada día gozáis de continuas enseñanzas. Por esto, por el espacio de ya siete días nos reunimos, sin interrupción en la Iglesia, y os ponemos delante la mesa

espiritual, a fin de que, con nuestra cooperación, gocéis de las divinas Escrituras; y de este modo os armamos cada día y os ejercitamos contra el demonio. Porque ahora con mayor ferocidad acomete: ¡cuanto mayor es el don, mayor es la batalla! Pues, si cuando vio a un solo hombre en el paraíso no lo toleró, ahora cuando ve a tan grande multitud en el cielo, dime ¿cómo lo podrá soportar?

¡Exasperaste a la fiera, pero no temas! ¡mayor gracia has recibido, y una muy más aguda espada! ¡hiere con ella a la serpiente! Por esto permitió Dios que el demonio se exasperara contra ti, a fin de que, por la experiencia misma, conozcas el poder de tus fuerzas. Y así como cuando un entrenador excelente recibe bajo su dirección a un atleta escuálido y sin fuerzas y despreciado, una vez que lo ha ungido con óleo y lo ha instruido y lo ha ejercitado y lo ha vuelto corpulento, en adelante no le permite estarse ocioso, sino que le ordena bajar a las competencias, a fin de que la experiencia le enseñe cuánta es la fuerza que él1 le ha procurado, así lo hizo Cristo. Porque podía haber quitado desde luego de en medio al enemigo. Pero, a fin de que conozcas la excelencia de la gracia y de la virtud espiritual que con el bautismo has adquirido, deja que luche contigo y te proporcione muchas ocasiones de ganar coronas. Por esto, durante siete días consecutivos habéis gozado de la enseñanza por medio de la predicación, a fin de que quedéis perfectamente instruidos para las luchas de la palestra.

Por otra parte, espirituales son las bodas que ahora se celebran. Ahora bien: en las nupcias los recintos están a disposición de los convidados durante siete días. Por esto también nosotros hemos puesto como ley ésta de que durante el espacio de estos siete días os presentéis a este recinto. Por lo demás en aquellas bodas, al séptimo día es el término y se acaban. Pero acá, si quieres, puedes permanecer perpetuamente en el tálamo. Además, en las bodas del siglo, después de un mes o dos, ya la esposa no es igualmente amable al esposo. Pero aquí no es así, sino que cuanto más adelanta el curso del tiempo, tanto más crecen los amores del Esposo, tanto más agradables son sus abrazos, tanto más espiritual es la convivencia, con tal de que nosotros seamos diligentes y vigilemos.

Finalmente, en las nupcias corporales, tras de la juventud llega la vejez. Acá, por el contrario, tras de la vejez sigue la juventud, juventud que no tiene ya acabamiento, si nosotros lo queremos. ¡Grande es esta gracia, pero mayor puede ser si lo queremos! ¡Grande era Pablo al bautizarse pero después fue mucho mayor! Cuando predicaba, confundía a los judíos; pero después fue arrebatado hasta el tercer cielo y llevado al paraíso. Pues del mismo modo, podemos nosotros crecer, si queremos, e ir aumentando la gracia recibida en el bautismo. Y ella se aumenta y se hace más ilustre mediante las buenas obras, y con eso nos da una luz mucho más espléndida. Si esto sucede, entraremos con grande confianza en el tálamo del Esposo juntamente con El; y gozaremos de los bienes que están preparados para los que lo aman. ¡Cosas todas que ojalá nos acontezca alcanzar, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria y la adoración por los siglos de los siglos! Amén.

24

XXIV: Homilía primera sobre la Ascensión del Señor.

(Según el parecer de los eruditos, la Homilía presente es un centón o amontonamiento de trozos que no responde al título que se le puso, sino en una mínima parte. Contiene diversos trozos que ciertamente son del Crisóstomo, de los cuales algunos se encuentran en otras Homilías, pero otros en cambio no se sabe de dónde están tomados. El resto parece ser de algún griego compilador. Incluso hay algún trozo que podría suponer que la Homilía fue predicada en Jerusalén. Con todo, la hemos incluido aquí entre las de San Juan Crisóstomo por la notable cantidad de material que el autor, o autores, tomaron del santo. Una indicación sobre cuáles trozos parecen genuinos y cuáles no, se puede ver en la Introd. de Montfaucon a esta Homilía, T. III, págs. 912-913. De todos modos, como la doctrina en esta Homilía contenida es buena y lo que principalmente pretendemos con nuestra versión de las Obras del Crisóstomo es ayudar a la piedad de los fieles y a la comodidad de los predicadores, creemos que para ambas cosas podrá servir esta pieza).

TODAS LAS providencias de nuestro Salvador para con nosotros son riqueza y tesoros y fuentes de vida eterna. Y por esto, deseamos narrároslas y nos apresuramos a publicarlas, aunque celebrarlas como se merecen no podamos. Mas, con todo, arrebatados por el anhelo, y haciendo confesión de nuestra debilidad, nos acogemos, como a puerto seguro, a aquella voz profética: ¿Quién podrá contar las obras del poder de Yavé y darle toda la alabanza que se merece? 1 Porque si aquel grande profeta, al cual Dios reveló los secretos de su sabiduría y mereció llamarse padre de Cristo, David, el bienaventurado y excelso profeta, el glorioso entre los reyes y amigo de Dios, y cuyo corazón era precioso en el acatamiento de Dios, hasta decir El mismo: ¡He encontrado a David, el hijo d]e Jesé, varón según mi corazón!;2 si él, digo, tan excelente y tan grande, al considerar la grandeza del conocimiento divino, decía: ¡Sobre manera es para mí admirable tanta ciencia, sublime e incomprensible es para mí!;3 si el profeta cae en desaliento al considerar el poder de Dios; si Pablo, el apóstol y celestial trompeta y teólogo, exclama: ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuan insondables son tus juicios e inescrutables tus caminos!;4 si las lenguas de los profetas y de los apóstoles, que tantas corrientes difundieron, con las que la tierra toda se llenó del conocimiento de Dios, hasta cubrir con el exceso de sus aguas los mismos mares; si tantos y tan grandes ríos que corren y forman entre todos otro mar de piedad, confiesan ser superados al querer demostrar el poder de Aquel que es predicado; al proponérsenos hoy delante tan inmenso piélago de sabiduría ¿qué puede parecer una pequeña gotilla de elocuencia?

Pero no conviene ser tardos, aunque andemos echando nuestras miradas a la cumbre de la teología; sino más bien, atendiendo al propósito de Dios, confiadamente debemos entrarnos por la doctrina celestial. Dios distribuye sus premios no según la dignidad de las cosas que se dicen, sino según el fervor de los que las predican, y según la caridad de los que las oyen. Y al modo como los padres amantes de su prole, cuando ven a sus hijos que balbucean y tropiezan en las palabras, no atienden a que las voces sean pronunciadas con menos articulación, sino al natural afecto; y de este modo les es más grato aquel balbucir de sus niños que todo el aparato retórico y toda la alteza de la ciencia, del mismo modo Dios no mira a nuestras lenguas balbucientes sobre las cuestiones teológicas, sino a nuestro cariño y fervor, puesto que con fe lo predicamos y con amor lo celebramos.

No puede la humana lengua declarar con claridad, sino que cuanto decimos de Dios lo decimos balbuciendo. ¿Por qué? Porque el mismo Pablo clamaba: ¡En parte conocemos y en parte profetizamos! 5 Pero, aunque sea balbuciendo, Dios nos encargó la

predicación de la paz. Y por eso clama Isaías: Y las lenguas de los balbucientes aprenderán a hablar la pazS> ¡Ea, pues! ¡Nosotros balbucientes hablemos algunas pocas cosas a nuestro Padre común y Señor, que se dignó llamar "hijitos" a sus discípulos;7 porque si los llama hijitos, sin duda que los presenta como niños balbucientes. Y pues El dice haber subido a los cielos, y esa su Ascensión es digna de ser celebrada y ha sido predicada, notemos que esa gracia no se encierra en un tiempo determinado, ni su teología se circunscribe por los días.

Y puesto que cuando queríamos subir al monte de los Olivos se nos impidió la subida, como lo sabe Cristo; y el ventarrón impidió que lleváramos a cabo nuestro propósito, igual que a la multitud del pueblo (y digo esto para que los que tal vez quisieran atribuirlo a defecto mío, corten toda sospecha) ; y considerando entonces la grande cantidad de doctrina que os expuse, di fin a mi discurso rápidamente con el objeto de no sobrecargar vuestra memoria con la abundancia de las sentencias, ahora os pagaremos la deuda. Y esto porque la Ley ordenó que aquel que no celebrara la Pascua en el mes primero, pagara su deuda en el segundo. Pero es necesario que sepáis que la palabra de Dios no está circunscrita ni por los tiempos ni por los días, sino que admite el ser predicada acerca de la cruz y de la pasión y de la resurrección y de la ascensión y del segundo advenimiento.

Habiendo pues ya hoy preiibado algunas pocas cosas por la sagrada Escritura que se os ha leído; y habiendo bebido ya v sacado de esa fuente evangélica, vengamos nosotros a lo prometido. Siendo ya la tarde de aquel día, primero de la semana, y estando cerradas las puertas del lugar en donde se hallaban reunidos los discípulos, vino Jesús. Desde que el Señor nos preparó la resurrección, raras veces se deja ya ver de sus discípulos y se aparece en días que sean distintos del domingo. Porque, así como cada sábado se presentaba en la sinagoga para dar cumplimiento a la Ley, así, desde que nos preparó la resurrección y dio al mundo prendas de ella, cuidó de aparecerse en domingo, el primer día de la semana, como para poner así los fundamentos de la celebración del domingo.

Lo tocante al sábado tenía ya su acabe y comenzaba el día domingo, o sea el de la resurrección, como lo recordáis por lo dicho hace poco. Mas ¿por qué el bienaventurado Mateo, escribiendo del sábado y dando comienzo a los sagrados días domingos, decía: La tarde de los sábados? 9 Porque era ya el fin y atardecer de los sábados antiguos el cual brilló ya para amanecer el primer día de la semanal Así pues, una vez que hubo resucitado se apareció pasado ya el sábado; se apareció el día mismo de la resurrección y de esta santa festividad: estando cerradas las puertas del lugar en donde estaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y se puso en medio de ellos.

Con razón en donde existe el miedo ahí se presenta el que destruye el miedo. En donde se desata la tempestad ahí aparece El que prepara la tranquilidad. En donde ve la navecilla agitada y fluctuando en la fe, ahí lleva el timón de la sabiduría. Aplaca la tempestad, conduce la nave a lugar seguro. Pone a la enfermedad del temor el remedio. Se presentó en medio. Y ¿qué fue lo que dijo?; ¡La paz sea con vosotros!.

La paz quita de en medio la guerra, acaba con el miedo, suprima las enemistades. ¡La paz con vosotros! Con frecuencía la paz ha sido dada por Dios a los hombres, pero no con la autoridad de su presencia personal sino por medio de los ángeles, de los profetas, de los hombres justos. Solamente el Salvador dio la paz estando personalmente presente. A Daniel se le dio la paz, pero por medio de un ángel. Se le apareció un ángel

a Daniel y le dijo: ¡La paz contigo, varón de deseos! ¡procede jirme y varonilmente! ¡el Señor está contigo! También se apareció un ángel a Gedeón y le dijo: ¡La paz contigo!13 Así pues, daban la paz los ángeles pero aún no la daba el Señor de los ángeles. La envió por medio de mensajeros, porque se reservaba dar El personalmente la paz evangélica. Y por esto, clamaba Isaías: ¡Señor Dios nuestro! ¡danos la paz! I4 Es decir, ya no por medio de otros, sino por ti mismo danos la paz. Y así, según la petición vino la respuesta: ¡Mi paz os doy! Y una vez que les hubo dicho esto les mostró sus manos y su costado. Como un General cuando vuelve de la guerra, ornado con las heridas de vencedor, no se avergüenza de sus llagas porque ellas son más refulgentes que las mismas coronas, así el Salvador no encubre las llagas recibidas por la verdad y por la salud de todo nuestro común linaje; sino al revés, las descubre para demostrar así su fortaleza. Les mostró las manos en donde estaban los agujeros de los clavos; les mostró también el costado de donde brotó para nosotros la fuente de los sagrados misterios. Les mostró las manos para darles un argumento fiel de su resurrección, y para asegurar más en su fe a los que dudaran de que el mismo que había padecido había resucitado, y que el cuerpo que verdaderamente había muerto ese mismo había vuelto a la vida.

Se alegraron los discípulos, habiendo visto al Señor! 16 ¡La paz ha dado! ¡el temor se ha disipado! ¡la gracia ha florecido! ¡Díjoles otra vez: la paz con vosotros! ¿Por qué otra vez? En donde quiere poner los fundamentos para los dones de gracia multiplica las bendiciones, como lo hizo con Abraham. Te bendeciré largamente y multiplicaré grandemente tu descendencia. De esta manera, tanto a los que estaban próximos como a los que estaban apartados, les duplicó la paz. Así como me envió mi Padre así os envío yo a vosotros. ¡Atiende, te ruego! ¡Observa cómo atrae hacia la forma humana toda la economía de ia redención. Porque no dijo: "Así como me engendró mi Padre ..."; porque donde hay misión se manifiesta que se trata de la forma humana. Repetimos esto con frecuencia, porque esto explica toda esa economía. En donde deja ver la simple naturaleza ahí anuncia juntamente al Padre y al Hijo.

Como me envió. ¿Cómo te envió? ¡Atiende, te ruego! Fue el Señor enviado desde el cielo. Pero ¿de qué manera podrás tú enviar así como te envió el Padre? No significo, dice, el modo de la misión cuando digo así como me envió el Padre así os envío a vosotros; sino que indico la virtud de la misión. Yo he sido enviado a padecer por el mundo; y a vosotros os envía para coronar al orbe mediante vuestros padecimientos. Y porque no podía la naturaleza humana llegar hasta la semejanza del Señor, añadió la Escritura: Y habiendo dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo.

¡Observa! ¿Por qué el Salvador sopló sobre los apóstoles el día mismo de la resurrección? ¿Acaso no podía darles el Espíritu Santo sino soplando sobre ellos? Porque cuando formaba al primer hombre, le inspiró en el rostro un aliento de vida, y fue así el hombre ser animado;21 aunque luego por la prevaricación perdió el hombre la gracia insuflada con aquel soplo; y tras de haber perdido aquella fuerza vivificadora, acabó en polvo, y en la sepultura se deshizo su fábrica toda. Pues por todo esto, Dios, para renovar su hechura y restituirle aquel antiguo don, sopló sobre la faz de los apóstoles, y así devolvió a su hechura aquella antigua fuerza vivificadora, al mismo tiempo que de este modo se cumplían las predicciones de los profetas.

Porque ya el bienaventurado profeta Nahúm, previendo lo que había de suceder, y que el Salvador, una vez resucitado soplaría sobre los apóstoles y los llenaría del don divino,

daba testimonio de eso mismo ante el pueblo con estas palabras: ¡Celebra, oh Judá, tus festividades, cumple tus votos porque no volverán a ensañarse contra ti! El azote ha sido absolutamente destruido. Porque ha subido de la tierra uno que soplará sobre tu rostro y te librará de la tribulación. y luego les dijo: la paz con vosotros; y habiéndoles dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo. Porque veía a la humana naturaleza decaída a causa de los trabajos y que por motivo de su debilidad rehusaba los combates, por esto suple con la virtud del Espíritu Santo eso que a ellos les faltaba, para consolar da este modo a los que caían. Y con la gracia divina le sacó filo, como a una espada, a la naturaleza; para que lo que de su natural no poseía lo recibiera de la gracia; y confirmada así con la gracia del Espíritu Santo, acometiera las batallas.

Recibid el Espíritu Santo. Como me envió a mí mi Padre, así os envío yo a vosotros. Pero tú, oh Señor, habiéndote adelantado como Salvador, miraste a los pecadores y te compadeciste de ellos y les proporcionaste el perdón de sus pecados. Superior es esta gracia. Caímos nosotros en el abismo del pecado. Muchos son los pecadores. Mucha gracia se necesita. Pero nosotros no tenemos autoridad. ¿Cómo podemos ser enviados como tú fuiste enviado? Pues precisamente para esto, para que se llevara a efecto aquello de como me envió a mí mi Padre así os envío yo a vosotros, añade luego: A quienes les perdonareis los pecados se les perdonan y a quienes se los retuviereis retenidos les quedan?3 Porque nadie puede ni sufrir con fortaleza el martirio, ni predicar con diligencia, ni hacer otra cosa alguna grande y difícil, a no ser que la virtud del Espíritu Santo fortalezca el ánimo del mártir: ¡de otro modo no puede haber mártires! Y Mamo ahora mártires no únicamente a los que han muerto entre tormentos, sino también a quien haya predicado y testificado la palabra de gracia. Porque todo predicador de la verdad es un mártir de Dios.

Por esto el Evangelio dice del Bautista: Y dio testimonio Juan de la verdad diciendo: ¡éste es Cristo! Se hizo mártir no padeciendo sino clamando. De manera que no pueden los hombres ser testigos y mártires de la palabra divina si no son fortalecidos por el Espíritu Santo. Y por esto el Salvador, resumiendo lo que había dicho, ordena a los apóstoles: Pero vosotros permaneced en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto;%5 y recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros. Y los que no recibieren esta virtud no podrán ser mártires ni testigos.

Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos. Y fue una grande providencia de Cristo que Tomás no estuviera presente; para que su duda hiciera más manifiesta y cierta la resurrección de Jesús. Porque si Tomás no hubiera estado ausente y no hubiera dudado y el Salvador no hubiera opuesto a su duda un certísimo argumento, había de suceder que para muchos todavía el milagro de la resurrección fuera una piedra de escándalo. Pero su duda trajo a todos los fieles el remedio.

Así pues, cuando se presentó Tomás le dijeron los otros discípulos: ¡Hemos visto al Señor! ¡Se gloriaban aquéllos de lo que habían visto; pero a éste le cogió un cierto anhelo de contradecir, y no una verdadera incredulidad, porque esto significa la duda. Y por esto, como deseara quedar del todo cierto, no dijo: ¡Eso no puede ser! ¡Atiende con diligencia! No negó la resurrección. No dijo: ¡contáis cosas imposibles! ¡anunciáis lo que no puede ser! Sino que quiso cerciorarse y dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos y metiere mi mano en su costado, no creeré! Y ocho días después ... Mira cómo se presenta al otro domingo: porque de domingo a domingo son ocho días. Después de ocho días (se entiende a partir del día de la resurrección) vino de nuevo

Jesús estando cerradas las puertas, y se detuvo en medio de ellos y les dijo: ¡La paz con vosotros! Lo mismo que ya en el domingo anterior les había dicho por dos veces la paz con vosotros, ahora se lo dijo una solamente, para darles así el don íntegro y perfecto de la paz, de parte de la santa Trinidad. ¡La paz con vosotros!.

Luego dijo a Tomás: ¡Alarga acá tu dedo! 29 ¡Te ruego que atiendas! No espera el Señor a oír de labios de los discípulos la duda de Tomás. No es enseñado antes de que enseñe. Y lo hace así para persuadirlo de que El había estado presente, aunque no se había dejado ver. Y para constituirse en investigador de la duda, le dice a Tomás: ¡Alarga acá tu dedo (como lo pediste), y ve mis manos; y alarga acá tu mano y métela en mi costado; y no quieras ser incrédulo sino fiel! Con esto le da a entender que no es fiel quien anda buscando indicios de evidencia, sino que es fiel quien se sujeta a la fe.

Es semejante éste que anda investigando el costado de Cristo y los agujeros de los clavos al otro que dice: ¿Cómo ha sido engendrado?30 Pero no, ¡más bien, no es semejante! Porque aquél quería ver en la carne los agujeros de los clavos que, al fin y al cabo, caían bajo la percepción de los sentidos: deseaba ver una cosa ya hecha y que él conocía. En cambio tú que curiosamente andas investigando la virtud incomprensible e incorpórea no seas incrédulo sino fiel. Con todo, demos gracias a la bondad de Dios porque el dedo de Tomás vino a ser la pluma que rubricara la verdad, destruyera las redes de la herejía y cerrara las bocas de los herejes que se atrevieran a decir que el Señor solamente en apariencia se había revestido de cuerpo y sólo en apariencia había muerto. Pero el dedo de Tomás de tal manera acabó con la duda de los herejes, como lo hizo aquel otro dedo contra el que nada pudieron los magos de los egipcios, sino que afirmaron El dedo de Dios está aquí. Y era obvio que Tomás, una vez que había recibido aquella señal cierta, dijera lo de David: ¡En el día de mi tribulación busqué al Señor,-32 y puesto que andaba buscando y escrutando mediante las manos, era obvio que añadiera lo que ¡liego se sigue: ¡Y se alzaban a El mis manos sin descanso durante la noche y no quedé burlado! No seas incrédulo sino fiel! Y Tomás por los agujeros conoció al que había padecido; y por el previo conocimiento que tenía, lo llamó Dios y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío!

¡Oigan esto los herejes! Si el Hijo en realidad no rehusa esa invocación, y por otra parte no es igual al Padre ¿por qué motivo no la rehusa siendo así que incluye un honor que está muy por encima de El? Oyó de alguien: ¡Maestro bueno! 35 y le contestó: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie hay bueno sino solamente Dios! Y esto a pesar de que entre nosotros se usa el decirnos bueno. Pues rehusó en cierta ocasión ser llamado bueno, según tú sospechas. Pero ¿acaso no debía con mayor razón rechazar esto otro de ¡Señor mío y Dios mío! ?

Oye Jesús: ¡Maestro bueno! y dice: ¿Por qué me llamas bueno? En cambio ahora oye: ¡Señor mío y Dios mío! y no responde: ¿Por qué me dices Señor y Dios? Es que entonces procedió así porque la primera palabra no era digna de sí, ya que no le dijo: ¡Señor bueno!, sino: /Maestio bueno! De manera que rechazó la invocación que era indigna, pero admitió la que era gloriosa. Es cierto que también ahora reprende, pero lo hace por un motivo contrario; o sea porque Tomás esto lo dijo tardíamente. Lo reprende no por haberle dicho: ¡Dios mío!, sino por habérselo dicho tardíamente. Y por esto añade: Porque me viste has creído. Bienaventurados los que no me vieron y creyeron. Uno llevó la reprensión y todos los demás fuimos llamados bienaventurados. Esta bienaventuranza ha llegado hasta nosotros y hasta todos los demás que luego han de

existir. Y esto, porque no habiendo visto nosotros aquellos milagros, sino que habiéndolos recibido por la fe, nos hemos hecho partícipes de esa grande y gloriosa bienaventuranza.

Pero, de la historia que así en compendio hemos explicado, pasemos, si no os ha fatigado la abundancia del discurso, a otra palabra profética. ¿Cuál es ella?: ¡Venid! ¡subamos al monte del Señor! 3? Porque el Señor fue llevado a los cielos desde el monte de los Olivos. ¡Venid! ¡subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob! Dios concedió a esa casa el honor del mismo nombre con que el monte erra llamado. Porque desde ese monte que se llama Olívete fue elevado el Señor; y acá también se ha plantado una oliva que por la vecindad y la comunidad de nombre hace creíble la historia antigua. Porque llevó el Señor a los discípulos al monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén. Aplica, pues, tú la atención a aquél y a éste también: ¡Venid! ¡subamos al monte del Señor! Subamos iuntamente con el deseo y con la palabra, y veamos las cosas que esa ascensión saludable ha obrado en favor nuestro.

Quiero, pues, tomjar el Libro de los Hechos y examinarlo parte por parte desde el principio, a fin de beber juntamente con vosotros de los divinos raudales; y para que como escrutadores de la verdad, juntamente investiguemos los tesoros de las sagradas Escrituras, ya que juntamente deseamos enriquecernos en la piedad. Hechos, dice, de los Apóstoles. El título mismo anuncia ya toda la fuerza de las obras; y es éste como proemio, una promesa de todo lo que en la obra va a seguirse. Sin embargo, no se contienen en este Libro todos los hechos de los apóstoles; sino que, si alguno con cuidado lo examina, hallará que lo que se encuentra primero en el Libro son los milagros de Pedro y su enseñanza y cosa poca de los demás apóstoles; y luego el resto del Libro se dedica a Pablo.

Pues, si solamente se conmemoran Pedro y Pablo ¿cómo es que el Libro se llama Hechos de los Apóstoles? ¡Es que como, según Pablo, cuando un miembro es glorificado los demás miembros los son también, por el mismo hecho el historiógrafo no puso como título "Hechos de Pedro y de Pablo", sino Hechos de los Apóstoles: ¡común es la profesión! Investigamos, pues, quién fue el1 que escribió este Libro de los Hechos. Porque varios, ignorando cuál fuera el autor del Libro, se han dividido en varias sentencias. Unos dicen que el autor es Clemente Romano, otros que Bernabé y otros que el Evangelista Lucas. Pues ya que éstos se han dividido en varios pareceres, valgámosnos del escritor mismo para que nos explique quién ha sido, qué ha hecho y si acaso se refiere en algo a sí mismo.

En el primer Libro, oh querido Teófilo, traté de todas las cosas ... 40 Con decir primero, lleva nuestro pensamiento a otro Libro, para que investiguemos a cuál Libro llama primero. Porque si solamente hubiera publicado éste, no diría: En el primer Libro traté ... 41 Por aquí se ve que éste es el Libro segundo, y que ya había escrito el primero. Y de qué tratara en ese primero, lo indica él mismo: En el primer Libro, oh caro Teófilo, traté de todas las cosas que Jesús hizo y enseñó. Da modo que da a entender que en el Libro aquel primero no comprendió los Hechos sino solamente el Evangelio: en el primer Libro; que no es acerca de lo que Pedro y Pab'.o hicieron, sino de lo que Jesús hizo y enseñó. De manera que queda claro ser Lucas, aquel que primeramente escribió el Evangelio, quien publicó los Hechos.

Pero, con todo, ¡atiende! ¡veamos si en realidad fue él! En el primer Libro, oh caro

Teófilo, traté de las cosas que Jesús hizo y enseñó, hasta el día en que fue levantado al cielo, una vez que, movido por el Espíritu Santo, hubo tomado sus disposiciones acerca de los apóstoles que se había elegido. Como si dijera: "Ya referí los hechos y enseñanzas del Salvador hasta llegar a la Ascensión. ¡Atended, os ruego! Dice pues: mi primer Libro abarca las obras y doctrina del Señor y llega ese Libro hasta la Ascensión. Advertirás, desde luego, que ni Mateo del todo, ni Marcos sino en parte ni Juan abarcaron todo el Evangelio hasta la Ascensión, sino únicamente Lucas.

Porque Mateo termina así su Evangelio: Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y se les apareció y lo adoraron. Y les dijo: Id y enseñad a todas las gentes. He aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. Y así termina el Evangelio. Pero, cómo haya sido la Ascensión, eso no lo dice. Y Marcos igualmente dice: Y salieron las mujeres del sepulcro y a nadie dijeron nada, porque temíanAS Y luego de interponer algunas otras cosas, acerca de la Ascensión dice brevemente: Y el Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fue levantado a los cielos y está sentado a la diestra de Dios. Y ellos se fueron predicando por todas partes, cooperando con ellos el Señor y confirmando su palabra con milagros consiguientes. AménM Tal es el acabe del Evangelio.

De manera que en Marcos la Ascensión no está largamente descrita. Juan, por su parte, cuenta cómo el Señor se apareció junto al lago de Tiberíades. Y dice: Dijo a Pedro: ¡Pedro! ¿me amas? y luego completa el diálogo. Y aquí terminó ciertamente Juan, y no hizo memoria de la Ascensión, sino que dijo: Muchas otras cosas hizo Jesús que si se escribiesen una por una creo que este mundo no podría contener los libros.

De manera que ni Juan ni Mateo hicieron en absoluto mención de la Ascensión, y Marcos no la narró largamente. En cambio, Lucas llevó en pormenor su narración hasta la Ascensión.

Y por esto dice: En el primer Libro, oh caro Teófilo, traté de todo lo que hizo Jesús y enseñó hasta el día en que tomó sus disposiciones acerca de los apóstoles que había elegido. ¿Quién es este Teófilo? En aquel tiempo era Prefecto; y estando en la Prefectura abrazó la fe mediante la predicación.

Y a la manera que el Procóusul de Chipre recibió la predicación de Pablo en su Proconsulado, así Teófilo, siendo Prefecto, aceptó la predicación por el ministerio de Lucas. Y luego rogó al bienaventurado Lucas que le escribiera los Hechos de los Apóstoles. "Ya me enseñaste, como si dijera, los Hechos del Salvador; ahora enséñame también los Hechos de los discípulos suyos". Y por esto Lucas le dedica este segundo Libro.

Porque el Evangelio según Lucas fue escrito para Teófilo. Y de dónde pueda esto probarse, lo indica el mismo Lucas: "Puesto que ya muchos han intentado escribir la historia de lo sucedido entre nosotros, según que nos ha sido trasmitida por los que, desde el principio, fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de informarme exactamente de todo desde sus orígenes, escribirte ordenada mente, óptimo Teófilo, para que conozcas la firmeza de la doctrina que has recibido". Eso de "óptimo", es como si dijera excelentísimo; porque en aquel tiempo la dignidad de la Prefectura se concedía a los más excelentes. ¿De dónde aparece esto? El Presidente Festo dice a Pablo: ¡Deliras, Pablo! El cual respondió: ¡No deliro, excelente

Festo!, refiriéndose al Presidente. Pues el mismo sentido tiene aquí eso de "óptimo Teófilo".

Habiendo, pues Lucas hablado del Evangelio como de su primer Libro que había dedicado a Teófilo, en seguida dedica también este segundo al mismo Teófilo. ¿Cuál Libro?: En el primer Libro, oh excelente Teófilo, traté de todas las cosas que hizo y enseñó Jesús. Y ¿hasta dónde llegaste en tu narración? Hasta el día en que fue levantado al cielo, una vez que movido por el Espíritu Santo, tomó las disposiciones acerca de los apóstoles que había elegido. Y se expresa asi por una transposición o hipérbaton. Como si dijera: "Compuse al principio mi Evangelio y llegué hasta el día en que fue elevado al cielo, después de que dio sus mandatos a los apóstoles que se había elegido". ¡Atiende, te ruego! A los cuales, después de su pasión, se dio a ver a sí mismo vivoA% Advierte la confianza del Evangelista. Porque ni en los Hechos de los Apóstoles hizo a un lado la teología. Por esto no dijo: a los cuales se apareció, sino a los cuales se manifestó El mismo vivo. Porque ya había dicho el Salvador: ¡Destruid este templo y en tres días lo reedificaré! 49 A los cuales se manifestó vivo después de su pasión, de muchas maneras, apareciéndoseles por cuarenta días y hablándoles del reino de Dios.

¡Atiende, te ruego! En muchas ocasiones, durante cuarenta días, apareciéndoseles y hablándoles del reino de Dios. Durante esos cuarenta días no se les aparecía cada día. Porque después de la resurrección dio a su cuerpo una grande fuerza persuasiva en relación con la fe. Y para no destruir esa fuerza grande no se les aparecía más frecuentemente. Porque convenía que después de su resurrección apareciera con señales de su divinidad y que no se dejara ver con mayor frecuencia. Por esto dice: en muchas ocasiones, durante cuarenta días. Porque no se dejaba ver constantemente, pero esas apariciones eran argumentos demostrativos de ser E! el mismo. Porque se les aparecía variando la figura, la voz, la forma. Muchas veces se presentaba a los apóstoles y éstos no lo reconocían.

Se presentó a Pedro y a sus compañeros cuando andaban pescando, y les dice: ¡Hijitos! 51 ¿tenéis algo para comer? Y no lo reconocieron ni en su forma ni en su voz. Y les dice: ¡Echad la red a la diestra de la nave y encontraréis! Y como la hubieran echado, cogieron grande cantidad de pesca. De manera que cuando no lo conocían por el aspecto, lo conocían por las señales de virtud y poder. Por lo cual el Evangelista Juan dice a Pedro: ¡Es el Señor!; no porque la vista se lo persuadiera, sino por el milagro de su poder. Por Ib mismo Lucas clama: En muchas ocasiones apareciéndoseles y habiéndoles del reino de Dios durante cuarenta días.

Mas, no solamente se dejaba sentir, algunas veces así su presencia, sino que algunas veces era visto en su forma. Examinando con cuidado los hechos, observamos que el Salvador, después de la resurrección fue visto once veces por los apóstoles, y luego fue elevado a su Padre. Y esto ¿por qué? Porque tenía once discípulos, una vez que Judas había sido expulsado del Colegio apostólico, y a causa de su nefanda traición había perdido su puesto y dignidad. Por esto, pues, se aparece once veces a sus discípulos. Y no a todos a la vez, sino de varios modos: unas veces a éstos y otras a otros. Como cuando se apareció a los dkz aquéllos, pero estando ausente Tomás, y luego estando ya presente.

Pero ahora investiguemos cómo consta que se apareció once veces porque tenía once discípulos. Primero se apareció a María cuando ella se iba ya del sepulcro, y luego a las

otras mujeres. Porque antes que todos los otros lo vieron las mujeres. Y a ellas se refiere el bienaventurado Isaías y les dice: ¡Mujeres que venís del espectáculo! ¡venid y anunciadnos! De manera que se apareció a las mujeres. Y si alguno de vosotros quiere ir siguiendo el cálculo, vea si acaso nos equivocamos. En primer lugar, a las mujeres; es decir, a María y a las otras. Luego a Pedro. En seguida a Cleofas y su compañero en el camino, cuando iban a Emaús y fue reconocido en el partir del pan.

¿Cómo nos consta esto? ¡Digo que se haya aparecido a Pedro antes que a estos dos! Entraron ambos en el Cenáculo aquella tarde, Cleofas y su compañero, para anunciar a los discípulos haber visto al Señor. Y se encontraron con los apóstoles que les decían: ¡Verdaderamente resucitó el Señor y se apareció a Simón! Cuando aquellos dos anunciaban lo que habían visto, ya había precedido la noticia de que Pedro había visto al Señor. Esto mismo significa Pablo con estas palabras: Os he trasmitido en primer lugar lo que yo mismo he recibido: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; y que resucitó y que fue visto por Cejas y luego por los once discípulos. Primero a Pedro y luego a los otros.

De manera que se apareció primero a las mujeres; luego a Pedro, en tercer lugar a Cleofas y su compañero; luego a los diez discípulos estando a puerta cerrada y no estando presente Tomás; luego a los once discípulos, ya presente Tomás. Ya se ha aparecido por cinco veces. Luego a quinientos hermanos pues así lo indica Pablo con estas palabras: Luego fue visto por más de quinientos hermanos una vez, de los cuales muchos viven todavía Y es la sexta vez.

Luego fue visto por aquellos siete, junto al mar de Tibería-des, cuando pescaban. Luego, por Santiago, según Pablo. En seguida por todos los apóstoles. ¡Atiende, te ruego! Tienes, pues, en primer lugar, a las mujeres; luego a Pedro, a Cleofas y su compañero, la visión de los once apóstoles, la de los quinientos hermanos. ¡Van seis! Luego la séptima a aquellos siete; la octava a Santiago; la novena a los setenta discípulos; la décima en el monte de Galilea; la once en el monte de los Olivos. ¡Absurdo sería que nosotros no repitiéramos esta cuenta para confirmación de la misma, cuando el Señor, después de la resurrección muchas veces repitió el saludo de paz! Tienes, pues: primero a las mujeres; en segundo lugar a Pedro; en tercer lugar a Cleofas y su compañero; en cuarto lugar a los diez apóstoles; en quinto lugar a los once apóstoles; en sexto lugar a los quinientos; en séptimo lugar a aquellos siete; en octavo lugar a Santiago; en noveno lugar a los setenta discípulos; en décimo lugar, en el monte de Galilea; y en decimoprimer lugar en el monte de los Olivos.

Apareciéndoselcs por cuarenta días y habiéndoles del reino de Dios. Y habiéndolos reunido les ordenó que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, que oísteis de mí-57 ¡Oh paciencia grande del Salvador! ¡oh abundante bondad! ¡oh benignidad inefable! ¡Pase, oh Señor, que antes de tu pasión hayas convivido con ellos y te hayas sentado a la mesa con ellos! Pero, después de la resurrección, ¿por qué comes con ellos? ¡Para confirmar y certificar más, dice El, a Tomás acerca de la resurrección. Porque, si aun después de que todo esto se ha realizado, todavía hay algunos que no creen en la resurrección, si esto no se hubiera realizado, si El no hubiera comido y bebido con ellos ¿quién habría podido refrenar la boca desenfrenada de los que afirman y sin motivo se atreven a proferir cualquier cosa acerca de la providencia del Salvador?

Por aquí aprendemos a honrar la divina y mística mesa. Ha sucedido con frecuencia que lo que no pudieron enmendar los sermones lo enmendó la mesa divina. Muchas veces, infinitos conciliadores no pudieron arreglar ni siquiera una enemistad; y en cambio, una sola participación de esta mesa, apaciguó la discordia. ¡Toma, pues, tú, argumento de las cosas que han sucedido, para estas otras! Nunca cesábamos de ser enemigos de Dios, haciendo guerra contra la palabra divina, como dice Pablo: Cuando éramos enemigos de Dios fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo! 58 ¡Eramos enemigos de Dios! ¡Fue enviada la Ley y no nos reconcilió! ¡Vinieron los profetas y no nos persuadieron! ¡Los que eran enemigos de Dios, enemigos y contrarios suyos permanecieron! Hubo muchos tiranos de la verdad, muchos enemigos de Dios, muchos adversarios de la piedad. Abundaron las palabras, abundaron las doctrinas: pero no pudieron calmar la guerra. Vino Cristo, dispuso la mesa, se dio a sí mismo como alimento, y dijo: ¡Tomad y comed!; y al punto aplacó la guerra y consiguió el triunfo de la paz.

En Egipto Dios cargó de plagas a su enemigo, pero nadie le obedeció; hirió a los tiranos, y nadie hizo su voluntad. Aquí se nos propone a sí mismo como alimento; y una vez que lo has comido, te persuade. Guando es comido, lo repito, en la mesa mística. Porque dice: Yo soy el Pan vivo que bajó del cielo y da la vida al mundo.W Y El, mientras comían, les hablaba del reino de Dios; y les ordenó que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa de Dios Padre, la que oísteis de mí. Pase, Señor, que hayamos oído de Ti esto, pues dijiste subo a mi Padre 61 y yo lo llamaré y enviaré a vosotros al Espíritu de verdad, al Paráclito. ¡Tú dijiste esto! Pero el Padre ¿cuándo lo prometió? Y no dijo que esperaran mi promesa, sino la promesa del Padre que oísteis de mí. En verdad dice El: mi Padre os lo prometió y yo os lo recordé. Mas ¿dónde lo prometió el Padre? ¡Aunque revuelvas todo el Evangelio, no encontrarás la voz del Padre que prometa dar el Espíritu Santo a los discípulos! ¿En dónde, pues, lo prometió? ¡En los profetas, como lo dice Pablo: Pablo, siervo de Jesucristo, llamado al apostolado, elegido para predicar el Evangelio de Dios que anteriormente había prometido por sus projetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo.

Habiendo, pues, prometido anteriormente el Evangelio, prometió también por lo mismo dar el Espíritu Santo. ¿En dónde consta esa promesa del Espíritu Santo? Os lo pregunto, como si yo fuera uno de vosotros. Porque verdaderamente yo soy uno de vosotros por la fe y la caridad en Cristo. Muchas veces lo he dicho a vuestra caridad: que es por una división al modo humano por lo que hablo de ovejas y pastores. Respecto de Cristo, todos somos ovejas. Porque tanto los pastores como los apacentados, todos somos apacentados por el único Pastor de allá arriba.

Pero ¿en dónde está la promesa? Dice Dios por el profeta Joel; En los últimos días, dice el Señor omnipotente, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas ¡He aquí pues que está la promesa! Y la realización ¿cuándo? Cuando bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles y les hizo la distribución de lenguas, y hablaban diversas lenguas. Se tes sospechaba ebrios, y dice Pedro: Varones israelitas: ¿por qué miráis a éstos como si estuvieran ebrios cuando apenas es la hora tercia? Sino que esto es lo dicho por el profeta Joel: Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne. Esta es la promesa del Padre. Pero ¿en dónde consta ser promesa de la persona del Padre? Porque yo sé que también el Hijo habló en las profecías. ¿De dónde, pues, queda en claro que fue el Padre el que esto dijo?

Derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas. Daré, dice, prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra: sangre, juego y humofi Cuanto a la sangre, muchas veces he dicho que es la sangre que brotó del costado. Porque gran señal fue ver sangre brotando de un cuerpo muerto, sangre que manaba del costado y fuego que descendía sobre los apóstoles. Sangre y fuego y nubes de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes de que llegue el día del Señor, grande y manifiesto. Advierte cómo habla el Padre y se refiere al Hijo, cuando dice: Antes de que venga el día del Señor, grande y manifiesto. No dice mi día. ¿Cómo es eso? Si tú das las señales, ¿por qué traspasas el sentido a otro y dices: antes de que venga el día del Señor, grande y manifiesto?

¡Atiende! Pudiera ser que alguno dijera que el profeta habla en propia persona al decir: antes de que venga el día. Pero es el caso que ciertamente no podía decir él: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne antes de que venga el día del Señor, grande y manifiesto. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará. De manera que es Dios quien esto dice por medio de los profetas. Y Pablo añade; El es el Señor de todos, rico para los que lo invocan. Porque todo el que invocare el nombre del Señor se salvará. Y luego, declarando que esto se dijo de Cristo, añade: Pero, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? Y ¿cómo creerán sin haber oído de El? Y ¿cómo oirán si nadie se los predica? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? ¡Como está escrito; cuan hermosos los pies de los que anuncian el bien y la paz!.

¡Atiende, te ruego! Les ordenó, dice, no apartarse de]erusa-lén sino esperar la promesa del Padre, la que oísteis de mí. Porque Juan bautizó en agua; pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no después de muchos días. Porque después de los cuarenta días habría diez hasta Pentecostés, cuando apareció el Espíritu Santo y bautizó a los apóstoles no con agua sino con fuego.

Por aquí se resuelve una cuestión suscitada por muchos. Porque muchos han preguntado si acaso los apóstoles fueron bautizados con el bautismo evangélico, antes de la pasión del Señor. Por nuestra parte no diremos nuestro parecer ni nos atendremos a humanos raciocinios en tan grande controversia; sino que nos atendremos a las Escrituras. Encontramos que los apóstoles antes de la Pasión de Cristo, recibieron el bautismo de Juan Bautista. Pero el Salvador, antes de su pasión, no dio otro bautismo para no abrogar la predicación de Juan, ni dar motivo a los judíos de contradecirlo, si acaso dijeran que con injuria del bautismo de Juan, había Ei1 instituido su propio bautismo. Dejaba que por mientras tuvieran aquella prenda de agua y les reservaba para después la gracia del Espíritu Santo.

Y por esto, como a quienes no habían aún recibido el Espíritu Santo, les dice: ¡Recibid el Espíritu Santo! y luego añadió: id a Jerusalén y ahí esperad la promesa del Padre que oísteis de mí. Porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no después de muchos días. Ya no serán bautizados con agua, pues ésta ya la habían recibido, sino con el Espíritu Santo. No añadió agua más agua, sino que completó lo que faltaba: Vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo no después de muchos días. Es decir, después de diez días.

Mas, ¿para qué se necesita este intervalo de tiempo? ¿Cuál intervalo? El de esos diez días que mediaron, y en los que El ejercitó la fe de los apóstoles. Porque habiendo cesado la gracia, y no habiendo ya apariciones de nadie, se ejercitaba la fe de los

apóstoles, con ei objeto de ver si acaso lo tenían por veraz y esperaban lo que les había prometido. Porque lo prometió al decir: no después de muchos días. Y no determinó el día, sino que dijo: después de no muchos días. ¡No nos concede el Señor conocer todas las cosas, sino que nos manifiesta así que El mantiene una cierta medida correspondiente a su propia autoridad de Señor! Lo que oyes apréndelo; y lo que no entiendes, no lo inquieras curiosamente.

Pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Pues cuando el Espíritu Santo vino sobre ellos el día de Pentecostés, llenó toda la casa en donde residían, a fin de que fueran bautizados con el Espíritu Santo a la manera de con agua. Las cosas que en esta visión no caían bajo el dominio de los sentidos, las fue mezclando con otras que sí caían. Me refiero al don de lenguas. Fueron, pues, bautizados con el Espíritu Santo. Y que recibir el Espíritu Santo sea lo mismo que ser bautizados con el Espíritu Santo, lo testifica otra historia. Porque como a Pedro lo reprendieran otros discípulos y le dijeran: ¿Por qué has entrado en la casa de varones gentiles y los has enseñado y los has hecho partícipes del bautismo y de los misterios?, él les respondió: Estaba yo en la ciudad de Jope. Y un cierto Centurión Cornelio me envió mensajeros; y fui y los instruí. Pero sucedió que mientras yo hablaba bajó sobre ellos el Espíritu Santo, como sobre nosotros allá al principio. Y para manifestar Pedro que al recibir Cornelio y sus compañeros el Espíritu Santo habían sido bautizados, dijo al punto: Y yo me acordé de las palabras del Señor, cuando decía; Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.

Antes, pues, de la pasión, los discípulos estaban lavados con agua. Pero ese baño era preparación para el perdón de los pecados, y no era participación del Espíritu Santo. Porque vino, dice la Escritura, Juan predicando en el desierto el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados.? Pero ¿cómo sabremos que los apóstoles recibieron este bautismo? ¡Demostrémoslo! No dijo el Señor: Juan os bautizó con agua, sino únicamente bautizó. Por consiguiente aún no está claro que El haya bautizado a los apóstoles. ¿De dónde, pues, aparece claro? ¡Escucha con prudencia! Porque cuando Pedro se resistía y decía: ¡Señor! ¡no me lavarás los pies jamás! le respondió el Señor: Si no te lavare no tendrás parte conmigo. Y Pedro le respondió: ¡Señor! ¡no solamente los pies, sino además las manos y la cabeza! Y te dijo el Señor: ¡El que está limpio no necesita sino lavarse los pies.

¿Observas cómo dio valor a lo del lavatorio? Porque en donde no se nombra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sólo hay un bautismo para penitencia; pero en donde se nombra, hay bautismo de adopción. El Salvador no derogó el bautismo para penitencia, sino que lo completó y le añadió el bautismo en el nombre de la Trinidad, el bautismo con el Espíritu Santo. En cambio, los herejes, cuanto estuvo de su parte, derogaron el bautismo instituido en el nombre de la Trinidad. No les causó temor a estos perversos ¡a palabra del Señor: El que está bañado no necesita sino lavarse los pies. Vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no después de muchos días.

En seguida se descubre la insaciable curiosidad de la humana naturaleza. Porque es propio del hombre andar siempre interrogando ¿cuándo será la consumación de los siglos? ¿cuándo vendrá Cristo? ¿después de cuántos años vendrá el acabamiento? ¿cuándo aparecerá el reino de los cielos? Y los apóstoles, sujetos a las miserias humanas, preguntan al Salvador: Así pues, los que se habían reunido le preguntaban diciendo: ¡Señor! ¿es ahora cuando vas a establecer el reino de Israel? 71 Como antes

les había dicho: Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria, por esto le dicen ahora: ¿Es ahora cuando...? Querían saber si estaba ya cercana la espectación o si aún se tardaba Ja salud. A ellos el Salvador les respondió: ¡No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano!.

No les era lícito a los apóstoles ni siquiera el explorar ios tiempos ¿y tes será lícito a los herejes el andar escrutando la substancia que excede a todo tiempo, y la eterna Naturaleza? Cuando algún hereje te hiciere esta pregunta: ¿Cómo engendró el Padre? ¿Qué modo tiene la divina generación?, respóndele con la palabra del Señor: No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos. No os toca a vosotros conocer la generación de la Substancia divina. Pero, no solamente no os toca a vosotros, ni siquiera a los ángeles ni a los arcángeles, ni a ninguna Potestad creada!.

Pues entonces ¿quién puede conocerla? ¡Nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo conoce nadie sino solamente el Padre! Y del mismo modo, nadie conoce las profundidades de la Substancia divina sino solamente el Espíritu de Dios. De manera que no os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos. ¿No te infunde respeto el modo que guardan los apóstoles? A ellos, que habían vivido con el Salvador, a quienes El se apareció, a quienes iluminó, no se les permite conoce*; sino que se les advierte que guarden el modo que les corresponde y no lo traspasen; y escuchan aquello de: No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos ¿y tú los andas escrutando? Conoció los tiempos Daniel, conoció los momentos. Puesto que dice: Setenta semanas están prefijadas sobre tu pueblo. Desde la salida del decreto sobre la restauración del templo, siete semanas y sesenta semanas y dos y unaJ2 Este, pues, pudo conocer los tiempos. Pero, desde aquella noticia de los tiempos, refrena El la audacia de los hombres para que conozcan que si no se les permite conocer estos tiempos, mucho menos deben andar escrutando la divina generación: No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos que el Padre ha jijado en virtud de su poder soberano.

¿De manera que el Hijo no los puso en su potestad propia, sino que en la potestad del Padre están los siglos y los tiempos y el Hijo nada tiene en esto de común con el Padre? Pero, si el Hijo nada tiene de común con el Padre acerca del conocimiento de los tiempos, los momentos y los siglos, miente Pablo cuando dice: Últimamente en estos días nos habló por su Hijo, a quien hizo autor de los siglos. Si pues el Hijo es autor de! los siglos,. éstos están en su potestad; y es lo mismo que dijo Pablo: a los cuales el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano. Porque llama Poder o potestad del Padre al Hijo; del mismo modo que lo llama Sabiduría y Virtud del Padre. Porque Cristo es Virtud de Dios y Sabiduría de Dios.

No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos, sino que recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros. Recibiréis ciertamente la virtud, pero no para que escrutéis los tiempos y los momentos; sino pasa que deis fe al Señor. Y seréis testigos míos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra. No te fijes en el orden de las palabras, sino mide el poder de la autoridad. Aquí dice: predicad en todas partes. Lo otro nos indica su poder, si es que el éxito acompaña a sus palabras. Porque también yo puedo, abusando de la autoridad arrogantemente, decir a unos cuantos domésticos, aunque sean pocos, o bien a mis hermanos: ¡Id a las naciones y enseñad a todos y convertidlos! ¡Dad muerte a los bárbaros y derrocad a cuantos se opongan a mi imperio! Las palabras se pronunciarán, pero los hechos no se seguirán; y así seré cogido, no solamente como mentiroso, sino además como arrogante

y temerario, y seré castigado.

Examínense, pues, las palabras del Salvador no por lo que dijo El, sino por lo que se llevó a cabo. Dijo: ¡Enseñad a todas las gentes! 76 Si esta palabra no se verifica en ios hechos, será una arrogancia y no una autoridad divina. Dijo: ¡Predicad hasta los extremos de la tierra! Si pues hubiera algún término y extremo de la tierra exento de la predicación, la predicación sería falsa. Pero si en cambio más que las palabras mismas resplandecen las obras, entonces los apóstoles son testigos veraces y es veraz también Aquel de quien dan testimonio.

Y habiéndoles dicho estas cosas, viéndolo ellos se elevóT' Podía haber ascendido en secreto y no públicamente. Pero así como tuvo por testigos de su resurrección los ojos de sus discípulos, así también constituyó a estos mismos testigos oculares de su elevación. Viéndolo ellos se elevó, y fue quitado de entre ellos y era llevado al cielo y una nube lo recibió en su seno. Y como estuvieran viéndolo ellos, fue tomado, fue elevado, era llevado hacia arriba y entró allá. Porque no entró Cristo en un santuario fabricado por mano de hombres, sino en el mismo cielo, para comparecer delante de DiosJs

Y no solamente entró, sino que penetró. Porque dice Pablo: Teniendo pues un Pontífice grande que penetró en los cielos, JesúsJS ¡Ascendió, se fue, fue tomado, hizo su camino, penetró ! ¡Advierte! ¡Ascendió como quien tiene potestad! Para que se cumpliera el oráculo del profeta: ¡Sube Dios entre voces de júbilo! 80 Alzad, oh príncipes, vuestras puertas y levantaos oh puertas etémales y entrará el rey de la gloria.Sí ¡Entrará! Porque no entró Jesús en un santuario hecho por mano de hombres, sino en el cielo mismo, entrará el Rey de la gloria.

Dos cosas sucedieron: porque así como quedó estupefacta la tierra cuando vio al Salvador vestido de cuerpo; y como cuando vemos a un extraño solemos preguntar ¿quién es éste?; puesto que de un conocido no se hace esa pregunta; del mismo modo la tierra, al ver al divino Salvador dotado de divina virtud, y que mandaba a los vientos y al mar, dice: ¿Quién es éste que aun los vientos y el mar le obedecen? Pues del mismo modo que la tierra clamaba ¿quién es éste?, así también el cielo estupefacto al ver en carne a la divinidad, dice: ¿Quién es este Rey de la gloria?

Y observa una cosa admirable. El Salvador vino, y viniendo trajo al Espíritu Santo; y al regresar llevó consigo allá a lo alto el cuerpo santo, con el objeto de dar al mundo una prenda de salvación que es la virtud del Espíritu Santo; y para que a su vez diga todo cristiano que el Cuerpo santo es prenda de salud para el mismo mundo. Y cuando esto digo, me refiero a ti y a todo cristiano también. Yo cristiano soy y soy de Dios. Esto ¿por qué? Porque tengo al Espíritu Santo que ha bajado del cielo. ¿Quieres otra señal? Recibí del cielo el Espíritu Santo de Dios y de este modo poseo una prenda cierta. ¿Qué prenda? Que su Cuerpo está allá arriba, pero su Espíritu está acá abajo con nosotros.

¿Dudas acaso, oh hereje, de que somos de Dios? ¡Se ha hecho uno solo el linaje de Dios y el de los hombres. Pues así como el parentesco une las partes que estaban separadas; y el que anteriormente era del todo desconocido, por la unión de un hombre y una mujer que junta en una sola dos familias, uno viene a ser sobrino y otro viene a ser su tío, así, al tomar Cristo nuestra carne, por medio de su carne vino toda la Iglesia a estar emparentada con El. Pablo era pariente de Cristo y Pedro también y todos los fieles y

todos nosotros y todo hombre piadoso también. Así lo dice Pablo: Siendo nosotros linaje de Dios...

Y aunque bien sé en qué sentido se dijo esto, no es mi finalidad examinar ahora todo el contenido y amplitud de su sentencia, sino que únicamente afirmo que Pablo asienta y confirma semejante linaje y parentesco. Y en otra parte dice: Nosotros somos de Cristo y cada uno es miembro de miembro. Es a saber, que por la carne que asumió, somos todos sus parientes.

En conclusión, que tenemos una prenda suya allá arriba, que es el cuerpo que por nosotros tomó; y acá en la tierra también la tenemos, que es el Espíritu Santo que está con nosotros.

Y advierte una cosa que es para maravillar. Yo no digo que el Espíritu Santo bajó del cielo y que ya no está en el cielo; no afirmo que habiendo cambiado los sitios de residencia, el Cuerpo santo está en el cielo y el Espíritu Santo está en la tierra.

Lo que digo es que el Espíritu está con nosotros y que está en todo lugar y que está allá en el cielo. Porque: ¿A dónde iré, dice el salmista, que esté lejos de tu Espíritu? 86 Mas ¿por qué te admiras de que el Espíritu Santo esté con nosotros y también esté allá arriba, cuando también el cuerpo de Cristo está allá arriba y está acá con nosotros?

El cielo poseyó el santo cuerpo; la tierra recibió al Espíritu Santo. Vino Cristo y trajo al Espíritu Santo; ascendió Cristo y llevó consigo nuestro cuerpo. Y se pudo entonces ver a la imagen de Adán, que había sido puesta en el sepulcro, no ya apareciendo entre los ángeles, sino por encima de los ángeles y sentada con Dios; para que también nosotros, por obra suya, allá estuviéramos sentados. ¡Oh disposición tremenda y admirable ! ¡Oh Rey, en todo gran Rey; tan grande, digo, y tan admirable!.

Por lo mismo, dice el profeta: ¡Señor, Señor! ¡cuan admirable es tu nombre en toda la tierra! ¡tu grandeza se ha levantado por encima de los cielos! 87 Se levantó la divinidad, como lo expresan las palabras aquellas: Viéndolo ellos se levantó el que es grande en todo. ¡Dios grande y Señor grande! ¡Grande es el Señor y muy glorioso y digno de alabanza! 88 Pero si es Dios grande, también es Rey grande: ¡Rey grande sobre toda la tierra! ¡Los montes de Sión al lado del Aquilón, de la ciudad del Rey grande! * ¡Grande Profeta, grande Sacerdote, Luz grande! ¡Grande en todo! La Escritura en todas parte lo alaba como grande. Pablo dice; Del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Y David, por su parte, dice: Grande es el Señor y muy digno de alabanza.

¡Gran Rey, gran Profeta! Porque cuando Jesús obraba milagros, las turbas y el vulgo decían: Profeta grande se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su plebe. - Ni solamente según la divinidad es grande, sino también según la carne. Pues así como es Dios grande y es Señor grande y Rey grande según la divinidad, así también es Sacerdote magno y Profeta magno. ¿Cómo es esto? Dice Pablo: Teniendo, pues, un gran Pontífice que penetró los cielos, Jesús, Hijo de Dios, nos mantenemos adheridos a la confesión de la fe.% Pero si es Pontífice magno y Profeta magno, entonces de verdad Dios visitó a su plebe y suscitó un Profeta grande en Israel. Y si es gran Profeta y gran Sacerdote y gran Rey, también es Luz grande: Galilea de las gentes, el pueblo que estaba sentado en tinieblas vio una luz grande. Mas aún: vio su día grande, como dice el profeta: ¡Antes de que venga el día grande y terrible del Señor!.

Pues, como de todas partes oigas decir grande y que sus obras son grandes ¿de dónde se te ocurre, oh hereje, hacer división y así disminuir ese grande? Tenemos, pues, la prenda de nuestra vida en el cielo; juntamente con Cristo hemos sido elevados. Y además, con certeza seremos elevados en las nubes, si es que se nos encuentra dignos de salirle al encuentro en las pubes. El reo no sale al encuentro del1 juez, sino que está de pie delante de él; ni se le presenta jamás, porque no se encuentra con esa confianza. Roguemos, pues, todos nosotros, carísimos, ¿jue seamos del número de aquellos que le saldrán al encuentro, aunque nos encontremos en un orden inferior. Porque, a la ¿nanera de los que salen al encuentro del rey, aunque no todos sean de la misma dignidad, sin embargo, todos son recibidos Jionoríficamente por él, así sucederá en aquel tiempo. Ya que íio todos han tenido un mismo género de vida. Porque cada uno recibirá su premio conforme a su propio trabajo.

En consecuencia, que en nada se impida la palabra de Cristo, sino que todos, con entera verdad, tengamos confianza en la caridad de Cristo; y de esta manera apacentemos al pueblo y reguemos los prados de las almas, teniendo almas distintas pero unidos los pensamientos. El1 enemigo de la paz tiene su juez. Y ¡oh hermanos!, puesto que a los hombres los persuadimos con palabras, mientras que delante de Dios aparecemos tales como somos, El es testigo, El que es examinador de los pensamientos, El que es quien exigirá cuentas a todos aquellos que hablan mentira, de que nosotros nunca quisimos ser enemigos de la paz ni ahora tampoco lo queremos ser. Puesto que si perdiéramos la paz seríamos enemigos de aquellos que oyeron de Cristo: ¡La paz con vosotros!.

Así pues, de que queremos la paz y la anhelamos y la procuramos, testigo es Aquel que sabe todas las cosas: ¡de los demás no diremos una sola palabra! Porque quien espera en Dios, dador de los premios, no usa de injurias para justificarse ante aquel supremo tribunal. Puede Dios dar la paz. Puede confirmarla. Puede hacer las paces entre Tos oyentes y los predicadores; entre los Doctores y los discípulos, a fin de que comenzando así pacíficos y continuando pacíficos por entre todos los sucesos de la vida, y perseverando en la paz, demos gloria al Dios de la paz, o sea al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

25

XXV: Homilía segunda sobre la Ascensión del Señor.

(La predicó el santo en Antioquía, pero fuera de la ciudad en un Martirio o Iglesia que estaba en un paso denominado Romanesia. Nada se ha sabido acerca de la fecha en que se predicó. Consta por ella que el Obispo de Antioquía profesaba grande veneración a las reliquias de los mártires. Estas anteriormente estaban bajo el pavimiento de la Iglesia; pero san Flaviano ordenó que se pusieran en un lugar alto y limpio, a fin de que quedaran decentemente expuestas a la veneración de los fieles. Una de las razones fue para que no estuvieran al lado de las cenizas de los herejes).

TAMBIÉN cuando hicimos memoria de la cruz celebramos la fiesta fuera de la ciudad. Y ahora que hacemos fiesta por la Ascensión del crucificado, de nuevo la celebramos fuera de la ciudad. Y esto no es porque despreciemos a la ciudad, sino porque queremos honrar a nuestros mártires. ¡No vayan a quejarse, y con razón, estos bienaventurados varones de nosotros! y a decirnos: "¡No fuimos dignos ni siquiera de ver celebrar una

festividad de nuestro Señor en nuestras residencias!" Ni vayan a decir, quejándose con nosotros: "¡Derramamos nuestra sangre por la ciudad, y fuimos hallados dignos de que se nos cortara la cabeza en beneficio de la ciudad; y con todo no hemos merecido ver la celebración de un día de fiesta saludable en nuestras moradas!" Por esto, habiendo abandonado la ciudad, nos hemos apresurado a venir a los pies de estos santos, con ocasión de la festividad de hoy, y a presentarles nuestras excusas por el tiempo pasado.

Porque, si antes, cuando estos estrenuos atletas de la piedad estaban sepultados bajo el pavimiento, con todo era necesario recurrir a su patrocinio, mucho más necesario será hacerlo cuando estamos viendo puestas ya aparte las margaritas preciosas, cuando las ovejas han sido liberadas de los lobos, cuando los vivos se han apartado de los muertos.! Cierto es que tampoco anteriormente sufrieron daño ninguno por causa de la común sepultura con aquéllos: porque aquellos cuyos espíritus están en el cielo no pueden recibir daño en sus cuerpos a causa de la dicha vecindad. Las reliquias de aquellos cuyas almas están en las manos de Dios, no podían padecer nada a causa del sitio en que estaban ellos sepultados. De manera que a éstos no se les siguió daño alguno anteriormente. En cambio nuestro pueblo sí recibía un daño no pequeño, a causa del sitio en donde tales reliquias se encontraban. Porque, aunque concurría ciertamente a venerar las reliquias de los mártires, pero hacía sus preces entre dudas y vacilaciones, por ignorar cuáles eran los sepulcros de los santos y en dónde yacían ocultos sus verdaderos tesoros.

Sucedía como a los rebaños de ovejas, que llevados a beber con gozo en las fuentes cristalinas, una vez llegados a ellas y a sus límpidas aguas se encontraran cohibidos por un cierto asqueroso hedor y pestilencia que naciera de un sitio, aunque distinto, pero cercano: ¡así acontecía con este rebaño! ¡Acudía el pueblo a estas fuentes puras de los mártires! Pero al sentir el hedor de los herejes que ahí cerca brotaba, se encontraba cohibido. Y como lo notara este prudente Pastor y Maestro que todo lo dispone para la edificación de la Iglesia, no sufrió que por mjucho tiempo este daño se tuviera como cosa leve: ¡este Pastor, digo, ferviente emulador y amante de los mártires!.

¿Qué es pues lo que hace? ¡Considerad su prudencia! Obstruyó y cerró por debajo los ríos de la corriente fétida y turbulenta; y en cambio colocó en un sitio limpio y puro las fuentes cristalinas de los mártires. ¡Considera también cuánta humanidad ha mostrado para con los difuntos y cuánta reverencia para con los mártires y cuánto cuidado del pueblo! Humanidad para con los difuntos, pues no los sacó del sitio en donde yacían, sino que los dejó en donde estaban; reverencia para con los mártires pues los libró de aquella vecindad perversa; cuidado y solicitud para con el pueblo, pues no permitió que en adelante anduviera haciendo sus preces entre dudas y vacilaciones.

Por esto os hemos traído hasta acá. a fin de que la reunión sea más solemne y más espléndido el espectáculo; y esto no solamente por la concurrencia de los hombres, sino también de los mártires; ni solamente de los mártires, sino también de los ángeles. Porque también los ángeles están aquí presentes: ¡hoy se reúnen aquí los ángeles y los mártires! ¡Abre los ojos de la fe y podrás contemplar este espectáculo! Porque, si los aires están llenos de ángeles cuánto más la Iglesia; y si lo está la Iglesia, cuánto más el día de hoy en que fue llevado a los cielos el Rey de ellos. Y que todo el aire esté repleto de ángeles, oye cómo lo dice el apóstol, amonestando a las mujeres para que estén con la cabeza cubierta: Deben, dice, las mujeres tener los velos sobre sus cabezas a causa de los ángeles. Y también Jacob: ¡El ángel que me salvó desde mi juventud! 3 Y los que

estaban en la casa con los apóstoles decían a Rodé, la doncella: ¡Es su ángel! 4 Y también decía Jacob: ¡He visto ejércitos de ángeles!.

Mas ¿por qué vio ejércitos y cohortes de ángeles sobre la tierra? Así como el rey dispone que por todas las ciudades haya soldados suyos, a fin de que no por amenazar alguna guerra sean devastadas con incursiones, así Dios opone ejércitos de ángeles a los demonios que vagan por el aire, fieros y crueles y suscitando guerras, como enemigos que son de la paz; y esto con el fin de que apenas aparezcan, al punto los repriman los ángel'es, y nos procuren una paz perpetua. Y para que entiendas que lo", ángeles son de paz, oye a los Diáconos que perpetuamente dicen en las oraciones: ¡Rogad al ángel de la paz!.

¿Ves, pues, cómo están aquí presentes los ángeles y los mártires? Pues ¿quiénes habrá más miserables que los que hoy han faltado a la presente reunión? ¿quiénes más felices que nosotros los que hemos concurrido y disfrutamos de esta festividad? ¡Pero, esto de los ángeles en otra ocasión lo trataremos! ¡Volvamos al asunto de la presente solemnidad!.

¿Y ¿qué clase de solemnidad es la presente? ¡Grande y veneranda, carísimos; y que sobrepasa todo sentido y entendimiento humano; y es digna de la munificencia de Dios que la instituyó. Porque hoy el género humano fue reconciliado con Dios; hoy la perpetua y larguísima guerra y enemistad quedó borrada y suprimida; hoy nos volvió una paz admirable y nunca jamás esperada. Porque ¿quién podía esperar que Dios se reconciliara con el hombre? Y esto no porque Dios sea inhumano, sino porque el siervo es tardo y perezoso: ¡No porque el Señor sea cruel y duro, sino porque el siervo es contumaz e ingrato!.

¿Quieres saber hasta qué punto habíamos exacerbado a este benignísimo y mansísimo Señor? ¡Porque es justo reconocer antes que nada el fundamento de nuestras enemistades, a fin de que cuando nos veamos, nosotros sus enemigos y contrarios, llenos de honores, admiremos la benignidad de quien nos los concede; y así no pensemos que este cambio se debe a nuestras buenas obras; y además, una vez vista la grandeza inmensa del beneficio, no nos cansemos de darle gracias por la grandeza de sus dones. ¿Quieres, pues, conocer en qué forma habíamos exacerbado a Señor tan liberal, manso, bueno, y que todo lo dispone para nuestra salud?

Hubo un tiempo en que pensó en borrar a todo nuestro humano linaje; y estaba de tal manera irritado que quería acabar con nosotros y nuestras esposas e hijos y bestias de carga y fieras y con toda la tierra. Y, si quieres, procuraré que oigas su sentencia misma: ¡Borraré, dice, al hombre que he criado, de la faz de la tierra toda, y los brutos y las bestias domésticas! ¡Porque me pesa de haber hecho al hombre! 6 Y para que conozcas que El no aborrecía nuestra naturaleza, sino nuestra malicia, El mismo que decía: ¡Borraré al hombre que he criado, de sobre la faz de la tierra!, ese mismo decía: ¡El tiempo de todo hombre ha venido para mí! 1 Ciertamente, si hubiera odiado al hombre, no hubiera hablado con el hombre. Ahora en cambio ves cómo no quiso llevar a cabo lo que había amenazado. Más aún: excusaba al siervo el Señor, y hablaba con él como con un amigo de su misma condición, y le exponía las causas del futuro desastre. Y no era esto para que el hombre conociera las causas, sino para que al insinuarlas a otros, los hiciera algo más temperantes.

Pero volvamos a lo que yo decía. De tan mala manera se portaba nuestro linaje anteriormente que estuvo en peligro de desaparecer de la tierra. Pues bien: nosotros, los que parecíamos indignos de vivir en la tierra, en este día hemos sido levantados al cielo. Los que no éramos dignos ni siquiera de mandar sobre la tierra, subimos al reino celeste allá arriba, entramos en el cielo y hemos obtenido un trono real y señorial. Y la naturaleza por culpa de la cual un Querubín quedó guardando el paraíso, esa ahora se asienta sobre todos los Querubines.

Mas ¿de qué manera admirable y excelsa sucedió esto? ¿De qué manera nosotros, que habíamos ofendido a una tan grande clemencia, y parecíamos indignos de vivir en la tierra, y habíamos caído de todo principado y honor aun terreno, hemos sido llevados a una tan excelsa altura? ¿Cómo se terminó esta guerra? ¿Cómo se aplacó esta ira? ¿Cómo? ¡Pues esto es lo admirable ! ¡que la paz se hizo provocándonos e invitándonos Dios, quien con todo derecho estaba irritado contra nosotros, a nosotros y no nosotros a El; nosotros los que con absoluta injusticia nos irritábamos contra El. ¡Somos embajadores de Cristo!, dice el apóstol, como si Dios exhortara por nuestro medio!

¿Qué es esto? El fue el ofendido con la injuria ¿y es El quien invita a la paz? ¡Así es la verdad! ¡como que El es Dios y por esto, como Padre benigno nos exhorta y anima! Pero observa cómo está este negocio: el Hijo es el1 mediador del que exhorta e invita, ¡y no es puro hombre, ni ángel, ni arcángel ni alguno de los servidores de Dios! Y ¿qué hace el Mediador? ¡Hace obra de Mediador! Porque así como cuando dos andan enemistados y no quieren ser reducidos a paz y mutua concordia, viniendo un tercero e interponiéndose, pone fin a las enemistades de ambos, así hizo Cristo. Airado estaba Dios con nosotros y nosotros estábamos apartados de El. Entonces Cristo, interponiéndose, reconcilió a ambas naturalezas.

¿En qué forma se constituyó Medianero? Tomó sobre sí la pena que el Padre nos había de aplicar, y el suplicio y castigo enviado del cielo, y las afrentas: ¡todo eso lo tomó sobre sí en este mundo! ¿Quieres ver cómo El tomó sobre sí todas esas cosas? Cristo, dice Pablo, nos redimió de la maldición de la Ley haciéndose por nosotros maldición? ¿Ves cómo recibió El la pena impuesta desde el cielo? Pues mira también cómo soportó en la tierra las afrentas: ¡Los oprobios, dice en el salmo, de los que te afrentaban cayeron sobre mí!10 ¿Ves ahora de qué modo arregló las enemistades? ¿ves cómo no desistió de hacer, padecer y realizar cuanto estuvo en su mano hasta que volvió a la gracia de Dios al enemigo y adversario?

Pues, de tantos bienes, la causa es este día. Porque así como había tomado las primicias de nuestra naturaleza, así hoy las devolvió al Señor. Y, como sucede en los campos, que alguno forma un manojito con unas pocas espigas recogidas y lo ofrece a Dios y así todo el campo queda bendito con aquella pequenez, así lo hizo Cristo, quien por medio de aquella su carne y primicias, procuró que fuera bendecido todo nuestro linaje. Pero dirá alguno: ¡si convenía que se ofrecieran primicias, debía haberse ofrecido aquel primer hombre que fue criado, porque las primicias son lo primero que se cosecha y lo primero que germina! ¡No, carísimo! ¡No son primicias ni han de estimarse tales, si ofrecemos el primer fruto exiguo y raquítico; sino cuando ofrecemos un fruto perfectamente logrado. Y pues aquel primer fruto se manchó con el pecado, por eso no fue ofrecido aun siendo el primero. Este otro, en cambio, exento estaba de pecado, y por esto fue ofrecido aunque vino después ¡porque en realidad éstas son las primicias!.

Y para que conozcas que no se llama primicias precisamente al primer fruto que germina, sino al fruto que es perfecto, generoso y que ha llegado a todo su oportuno vigor y perfección, voy a traerte el testimonio de las Escrituras: Cuando hubieres entrado en la tierra de promisión que Dios te da, dijo Moisés; y plantareis árboles frutales de cualquier especie que sirvan de alimento, miraréis sus frutos como impuros durante tres años, y al cuarto ese fruto será santificado para Dios. - Si primicias fueran los primeros frutos que se producen, convenía ofrecer al Steñor los que brotaran en el primer año. Ahora en cambio dice: por tres años tendrás su fruto como impuro y lo dejarás, porque el árbol está tierno aún y es débil y sus frutos son precoces e inmaduros. En cambio, al cuarto año, dice, los frutos serán santos para el Señor.

Advierte en esto la sabiduría del legislador, que no permitió ni siquiera el que aquellos frutos se comieran a fin de que nadie gustara de ellos antes que el Señor; ni tampoco ordenó que se ofrecieran al Señor, por ser ellos inmaduros aún y no sazones. ¡Deja ese fruto, dice, porque es primerizo! ¡tampoco lo ofrezcas porque es indigno de la majestad del que lo ha de aceptar! ¿Ves, pues, cómo no se llaman primicias los frutos primeros que brotan, sino los ya sazones y perfectos? Esto lo hemos dicho por la carne que ofreció Cristo. Ofreció las primicias de nuestra naturaleza al Padre. Y de tal manera admiró al Padre el don que se le ofrecía, tanto por la dignidad del que lo ofrecía como por la pureza de lo que era ofrecido, que lo tomó con sus propias manos y lo colocó junto a sí, y le dijo: ¡Siéntate a mi diestra!

Pero ¿a qué naturaleza dijo Dios siéntate a mi derecha? Es claro que se lo dijo a la misma que había oído: ¡Polvo eres y en polvo te ha,s de convertir! ¿Acaso no era suficiente con subir a los cielos? ¿Acaso no era suficiente con estar entre los ángeles? ¿Acaso no era ya esto un honor inefable? ¡Pues subió más arriba de los ánge'es; dejó atrás a los arcángeles, sobrepasó a los Querubines, subió sobre los Serafines, pasó de largo las Potestades; y no se detuvo hasta que alcanzó el trono del Señor! ¿Consideras la distancia que media entre el cielo y la tierra? O, mejor: ¡comencemos de mero abajo! ¿Observas cuan grande intervalo hay entre el infierno y la tierra? ¿y cuánto de la tierra al cielo? ¿y cuánto del cielo hasta el cielo más elevado? ¿y de éste a los ángeles, y a los arcángeles, y a las Potestades celestes, y al trono mismo del Rey? ¡Pues, por encima de todo ese intermedio levantó El a nuestra naturaleza!.

¡Mira en qué lugar tan bajo estaba ella antes y cuan alto subió! Porque era imposible bajar más de lo que el hombre bajó, ni subir más arriba de donde la llevó Cristo. Esto lo decía claramente Pablo: ¡El mismo que bajó, ese mismo es el que ascendió.'!* Y ¿a dónde descendió?: a las partes más bajas de ¡a tierra. ¡Subió, en cambio, sobre todos los cielos! ¡Conoce bien quién es el que ascendió y de qué naturaleza es, y en qué estado se encontraba anteriormente esa naturaleza! Con gusto me detengo en la vileza de nuestro linaje, para que mejor comprendamos el honor que nos ha venido por la benignidad del Señor. ¡Eramos tierra y polvo! Pero esto no era pecado, sino deficiencia de la naturaleza misma. Pero nos hicimos más estultos que los irracionales. Porque: El hombre fue comparado con los jumentos faltos de razón y se hizo semejante a ellos.

Pero, es hacerse peor que animales que no tienen razón, eso de que alguno se haga semejante a ellos. Porque, el que uno, por naturaleza, sea irracional y así permanezca, es cosa natural. Mas, el que los dotados de pensamiento y razón caigan en semejante locura, esto es culpa de la voluntad. Cuando, pues, oyes que el hombre se hizo semejante a los animales que no tienen razón, no pienses que lo dijo la Escritura para

manifestar que los hombres eran iguales a las bestias, sino que quiso demostrar que se hicieron peores que ellas. Porque nos hicimos peores que los irracionales y más insensatos que ellos. Y esto, no porque en cuanto hombres nos hayamos rebajado hasta allá, sino porque nos deslizamos a mayor ingratitud.

Manifestando esto Isaías decía: ¡Conoció el buey a su dueño y el asno el pesebre de su señor! ¡pero Israel no me conoció! Por lo demás no nos quedemos confundidos por lo dicho anteriormente; porque en donde abundó el delito ahí sobreabundó la gracia. ¿Viste cómo fuimos más insensatos que los jumentos? ¿Quieres ver ahora cómo fuimos más insensatos que las aves?: ¡La tórtola y la golondrina y las aves del campo conocieron el tiempo de sus emigraciones, pero mi pueblo no conoce mis juicios! De manera que se nos comprueba ser más insensatos que los jumentos, los bueyes, los volátiles, la tórtola y la golondrina.

¿Quieres conocer además otra necedad nuestra? ¿pues se nos remite, para que también de ellas aprendamos, a las hormigas! ¡Hasta tal punto habíamos perdido el natural entendimiento! ¡Anda a la hormiga, dice, y considera sus caminos! 20 Hemos sido hechos discípulos de la hormiga, nosotros los que habíamos sido hechos a la imagen de Dios! Pero ¿qué digo de la hormiga? ¡Acabamos por ser más estultos que las piedras! ¿Quieres que también de esto te traiga un testimonio? ¡Oíd, montes! ¡y vosotros, cimientos inconmovibles de la tierra! ¡porque tiene Y ave una querella con su pueblo! 2!1 ¿Contra los hombres ejerces tu juicio y convocas a los fundamentos de la tierra? ¡Claro que sí, dice: porque los hombres se han hecho más necios que los fundamentos de la tierra!.

Pero ¿qué otro exceso de malicia buscas entre los hombres, cuando se nos encuentra más necios que los asnos, más irracionales que los bueyes, más ingratos que la tórtola y la golondrina, más locos que la hormiga, más estúpidos que las piedras mismas, y finalmente del todo parecidos a las serpientes? Porque dice: Su furor es semejante al de la serpiente: veneno de áspides hay en su boca! 22 Pero ¿qué necesidad hay de traer a la memoria la estolidez y necedad de los irracionales, cuando parece que somos llamados incluso hijos del diablo? Porque dice: ¡Vosotros sois hijos del diablo!.

Y con todo, nosotros los estultos, los ingratos, los necios, los más insensibles que las mismas piedras, los que éramos los más abyectos y vilísimos de todos los seres ... ¿cómo lo diré? ¿qué palabras usaré? ¿Cómo declararé esto? ¿De donde sacaré expresiones? ... ¡Esa vilísima naturaleza nuestra, que era la más imbécil de todas! ¿que haya sido elevada y sublimada más que todas? ¡Hoy recibieron los ángeles lo que hacía tiempo deseaban! ¡hoy vieron los arcángeles lo que hacía tiempo anhelaban!.

¡hoy vineron a nuestra naturaleza en el trono real, brillante a la manera del rayo, por la gloria y la belleza inmortal! Porque, aunque nuestra naturaleza, por el honor que se le concedía superaba a todos, pero todos se alegraron de nuestro bien, del mismo modo que todos, cuando éramos castigados, se condolían.

Guando los Querubines custodiaban el paraíso, se dolían de nuestra caída. A la manera que un siervo a otro consiervo suyo, aprehendido y encarcelado por su señor, lo custodia, es verdad, y sin embargo, llevado de la conmiseración para su consiervo, se duele y se angustia por lo que le ha sucedido, del mismo modo los Querubines recibieron el paraíso para custodiarlo, pero se dolían de tener que custodiarlo. Y para

que entiendas que se dolían te lo aclararé con ejemplos humanos. Porque cuando veas a los hombres compadecerse de sus consiervos, ya no te quedará duda acerca de los Querubines, puesto que aquellas Potestades son más benignas que los hombres. Pues bien: ¿qué varón justo ha habido que no se doliera cuando los hombres eran castigados, aun siéndolo justamente, por sus infinitas iniquidades? Porque esto es digno de admiración: que a pesar de que conocían los pecados de ellos y que habían ofendido a su Señor, con todo se condolían del castigo.

De este modo se dolía Moisés, tras del pecado de idolatría de su pueblo; y decía: ¡O les perdonas este pecado o bórrame del libro que tienes escrito! ¿Qué significa esto? ¿Estás viendo la impiedad de los hombres y te dueles de sus aflicciones? ¡Precisamente por eso me duelo, dice: así porque son castigados como porque dan justo motivo para el castigo! También Ezequiel, como viera al ángel que hería al pueblo, llorando exclamó con una gran voz: ¡Ay de mí, Señor! ¿Acabarás con las reliquias de Israel? 25 y Jeremías: ¡Corrígenos, Señor, con suavidad y no con ira; no sea que nos destruyas! 26 Si pues Moisés, Ezequiel y Jeremías se contristaron por aquéllos ¿no se conmoverán las Potestades del cielo por nuestros males? Pero ¿con qué argumento podría hacerse eso creíble?

En confirmación de que tienen ellos nuestras cosas como propias, oye cuánto gozo tuvieron cuando vieron al Señor reconciliado con nosotros. Puesto que si antes no se hubieran condolido, tampoco se habrían después llenado de gozo y regocijo. Y que se alegraron es manifiesto por lo que dijo Cristo, que: Habrá gozo en el cielo (y en la tierra) por un pecador que hace penitenciad Pues si por un pecador que los ángeles ven que se convierte se alegran ¿cómo puede ser que no se alegren, y aun en sumo grado, cuando ven a toda la naturaleza humana metida en los cielos en las primicias de ella?

Conoce tú, también por otro capítulo, la alegría de las cohortes celestiales a causa de nuestra reconciliación. Porque cuando nuestro Señor nació según la carne, como vieran ellas, por ese mismo hecho, al hombre ya reconciliado, puesto que si Dios no sé hubiera reconciliado nunca se habría abajado en tal manera; pues, como esto vieran, formando coros acá en la tierra cantaban: ¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad! :2 precisamente aquellos hombres que anteriormente habían sido declarados enemigos e insensatos. ¿Has visto cómo alaban a Dios por los bienes de otros; o mejor dicho por los bienes propios, puesto que ellos estiman ser propios suyos nuestros bienes? ¿Quieres ver también cómo se alegraban de que alguna vez verían al hombre ascendiendo a los cielos y de ello se regocijaban? ¡Oye al mismo Cristo que dice que ascendían y descendían continuamente! Porque esto es lo propio de quienes desean algún admirable espectáculo! ¿De dónde consta que ellos continuamente ascendían y descendían? Oye a Cristo que dice: ¡Veréis los cielos abiertos, y a los ángeles de Dios que suben y bajan sobre el Hijo del Hombre!

¡Costumbre es ésta de los que aman: que no esperan al tiempo sino que anticipan el tiempo establecido, a causa de su alegría! Por esto descienden empujados por el deseo de contemplar aquel espectáculo inaudito y nuevo; es a saber al hombre que se muestra en el cielo. Por esto los ángeles se dejan ver en todas partes: cuando nació y cuando resucitó y también hoy cuando subió a los cielos. Porque dice el Evangelista: He aquí que dos. . . en vestiduras blancas...: 30 significaban con las vestiduras su alegría. Y dijeron a los discípulos: ¡Varones de Galilea! ¿qué hacéis mirando al cielo? ¡Este Jesús que ha sido llevado al cielo de entre vosotros, así vendrá, como lo habéis visto ir al

cielo!.

Ahora, atendedme con toda diligencia. ¿Por qué dicen eso? ¿Acaso porque los discípulos no tuvieran ojos o no hubieran visto lo que había sucedido? Pero ¿no dice el Evangelista que viéndolo ellos se elevó? Entonces ¿por qué motivo se les acercan los ángeles y les enseñan que había subido a los cielos? Por estas dos causas. La primera, porque ellos se dolían de que Cristo se apartase de ellos. Y que se dolieran, oye cómo les dice El: ¿Ninguno de vosotros me pregunta a dónde vas, sino que, porque os dije esto la tristeza ha henchido vuestro corazón? Porque si no soportamos que se aparten de nosotros nuestros consanguíneos y amigos ¿cómo no se' habían de doler abiertamente los discípulos viendo apartarse de ellos a su Salvador, Maestro y Cuidador benignísimo y mansísimo y excelentísimo? ¿Cómo no se iban a contristar? Pues por esto se les acercó el ángel para mitigar su dolor, nacido de aquel apartarse, mediante la memoria del regreso y así consolarlos.

Por esto les dice: ¡Este Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, del mismo modo regresará! Como si les dijera: ¿Os doléis de que haya sido llevado? Pues no queráis doleros más, porque de nuevo regresará. Y para que no hicieran ellos lo que hizo Eliseo cuando vio que su Maestro era llevado, que rasgó sus vestiduras a causa de que no había nadie que le dijera que de nuevo había Elias de volver; pues para que no hicieran eso, se les acercaron los ángeles y aliviaron y consolaron su tristeza. Y ésta es la primera causa de que se presenten ahí los ángeles.

La segunda causa no es de menor importancia. Y por esto añadió:que ha sido llevado. ¿Qué significa esto? Que ha sido llevado a los cielos. Ingente era el intermedio y no basta la fuerza de nuestras miradas para ver que aquel cuerpo era llevado hasta el cielo; sino que, a la manera de una ave que anda volando, cuanto más alto vuela tanto más se sustrae a nuestras miradas, así aquel cuerpo, cuanto más alto era llevado tanto

más se escondía; puesto que no podían los ojos seguirlo con tan grande espacio puesto intermedio. Por esto, pues, se presentaron los ángeles; para adoctrinarlos acerca de su ascensión a los cielos; y para que no pensaran que El sólo aparentemente había subido a los cielos, al modo de Elias, sino que verdaderamente había subido a los cielos. Y por esto dice: El cual ha sido llevado de entre vosotros al cielo.

Porque no dijeron esto al acaso. Más aún: Elias fue aparentemente llevado al cielo, porque era siervo; pero Jesús lo fue de verdad porque era el Señor. Aquél lo fue en un carro de fuego, éste en una nube. Porque cuando había de ser llamado el siervo, convenía enviar un carro; pero cuando el Hijo, entonces un trono real; y no sólo un trono real', sino el trono mismo del Padre. Porque del Padre dice Isaías: ¡He aquí que el Señor se asienta en una nube ligera! 32 Pues así como El se asienta en una nube ligera, así envió al Hijo una nube. Elias, al subir, dejó caer sobre Elíseo una piel de oveja. Pero Jesús, al subir, envió a sus discípulos dones de gracias, con los que hizo, no otro profeta, sino infinitos Elíseos y aun mucho mayores y más ilustres que aquél.

¡Levantémosnos, pues, carísimos; y dirijamos los ojos de nuestra mente a este regreso! Porque Pablo dice: El mismo bajará de los cielos a una orden, a la voz del arcángel; y nosotros los vivos, los que quedamos, junto con ellos seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor por los aires, pero no todos. Y que no todos seremos arrebatados, sino que unos quedarán y otros serán arrebatados, oye cómo lo dice Cristo: Entonces

estarán dos moliendo en la misma piedra: una será tomada y otra dejada. Estarán dos en el mismo lecho y uno será tomado y el otro dejado. ¿Qué significa este enigma? ¿qué significa este recóndito misterio? ¡Por la piedra de moler nos señala a todos los que viven en la pobreza y la miseria; por el lecho y el descanso a todos los que abundan en riquezas y brillan con honores! Y para indicar que de entre los pobres unos serán salvos y otros se condenarán, dijo que de la piedra de moler una será tomada y la otra dejada; y de los que estarán en el lecho, uno será tomado y otro dejado; para significar que los pecadores serán dejados acá. en espera de los suplicios, mientras que los justos serán arrebatados en una nube.

Porque a la manera que cuando un rey entra en una ciudad, a unos los constituye en dignidades y honores; y los que más valen ante él y tienen su gracia, salen de la ciudad y avanzan a su encuentro; pero los reos y los criminales se guardan allá dentro, mientras el rey pronuncia sentencia, así cuando venga el Señor, unos, los que tienen su confianza, le saldrán al encuentro en medio de los aires, mientras que los condenados y que tienen conciencia de muchos pecados, esperarán acá al Juez. ¡Entonces también nosotros seremos arrebatados ... ! Pero, no dije nosotros poniéndome en el número y grupo de los que serán arrebatados, porque no estoy tan falto de sentido común y de entendimiento que ignore mis pecados propios. Y si no temiera turbar la alegría de la presente festividad, cierto que lloraría amarguísimamente, al recordar esas palabras y al mismo tiempo mis pecados.

Mas, como no deseo perturbar el gozo de la presente festividad, termino aquí mi discurso, dejándoos fresca y reciente la memoria de aquel día, a fin de que no se gloríe el rico en sus riquezas ni el pobre se tenga por miserable en su pobreza; sino que cada cual, según lo que sabe de sí, haga lo uno o lo otro. Porque ni el rico es feliz ni el pobre miserable: ¡feliz es y felicísimo quien fuere digno de ese arrebatarlo en las nubes, aunque sea el más pobre de todos; así como al revés, quien lo pierda será miserable y miserabilísimo, aunque sea el más rico de todos.

Por esto digo que quienes hayamos pecado, lloremos sobre nosotros mismos; y los que brillan por sus buenas obras, que se llenen de confianza; y no solamente confíen sino que se confirmen en sus procederes; y los otros que no solamente lloren sino que se conviertan y cambien de vida. Porque puede también aquel que vivió malamente, haciendo a un lado la mala vida, pasar al camino de la virtud y hacerse igual a quienes desde el principio llevaron bien su vida: ¡cosa que también nosotros debemos procurar!.

Quienes tienen conciencia de llevar bien su vida, perseveren en la piedad y aumenten constantemente ese excelente tesoro, añadiendo de continuo algo a su primera confianza. Y nosotros, los que andamos llenos de temor y desconfiamos de aquel ser arrebatados, y tenemos conciencia de haber cometido muchos pecados, cambiemos en mejor nuestra vida; a fin de que, habiendo llegado a la confianza misma de aquellos otros, todos juntamente y con un solo ánimo, recibamos, con la debida gloría, al Rey de los ángeles; y gocemos de aquella bienaventurada alegría en Cristo Jesús y Señor nuestro, a quien sea la gloria y el poder con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

26

XXVI: Homilía primera acerca de Pentecostés;

y por qué ya no se hacen milagros; y que las cosas que se hacen y dicen entre nosotros se escriben.

(Esta y la siguiente Homilía fueron predicadas en Antioquía, según parece. Se ignora en qué año. Tres eran las grandes solemnidades de Antioquía: la Epifanía, la Resurrección y Pentecostés).

DE NUEVO la solemnidad y de nuevo el concurso festivo y de nuevo la Iglesia en alegría y gloriándose; ¡ella la madre de muchos hijos, y además amante de ellos, juntamente con su prole! Pero ¿de qué le sirve el amor a sus hijos cuando solamente en las festividades y no constantemente puede gozar de la presencia de ellos; no de otra manera que si poseyendo una hermosa vestidura, con todo no se le permitiera usarla siempre? Porque vestidura de la Iglesia es la multitud de los que acuden, como lo dijo el profeta que en otro tiempo habló así, refiriéndose a la Iglesia: Te revestirás de todos éstos como de un ornamento de esposo y como de una vestidura de esposad De modo que así como una mujer honesta y libre por nacimiento, cuando lleva una túnica bien arreglada y que le baja hasta los pies, aparece más hermosa y elegante, así también la Iglesia el día de hoy se vuelve más espléndida al encontrarse revestida con vuestra presencia en tan grande multitud, y se viste con una vestidura perfectamente acomodada.

Porque ninguna parte de ella puede ahora verse desnuda, como sucedió en los días anteriores. Y la causa de la desnudez fueron los que solamente ahora han venido y no cuidan de vestir constantemente a su madre. Por lo demás, fácilmente entendemos que no es cosa de poco peligro el dejar así desnuda a nuestra madre, si traemos a la memoria el Antiguo Testamento, y recordamos a aquel que vio a su padre desnudo y sufrió el castigo de aquella mirada. Y eso que aquél no desnudó a su padre, sino solamente lo vio desnudo. Pero ni aun así escapó del castigo porque solamente lo viera. En cambio, los que ahora están presentes y antes no vinieron, no solamente ven desnuda a su madre sino que ellos mismos la desnudaron. Pues, si el que solamente fue espectador y no causa de aquella desnudez no evitó el castigo, los que son causa de ella ¿cómo podrán alcanzar perdón?

Y no digo esto por herirlos, sino para que escapemos del castigo, para que escapemos de la maldición de Gam, para que imitemos la bondad de Sem y Jafet, y procuremos constantemente tener vestida a nuestra madre. Tiene un sabor de judaismo eso de presentarse solamente tres veces al año ante Dios. Porque a ellos se les dijo: ¡Tres veces te presentarás delante de tu Dios! 2 En cambio, respecto de nosotros, quiere Dios que constantemente nos presentemos. Por lo demás, las distancias de los lugares hacían que aquéllos acudieran solamente tres veces a aquellas reuniones; puesto que el culto de Dios estaba limitado a un solo lugar; y por lo mismo sólo raras veces podían congregarse y estar presentes los judíos. Sólo en Jerusalén se podía adorar a Dios y no en otra parte alguna. Por esto, mandó el Señor que tres veces se presentaran ante El; y los excusaba lo largo del camino. Pero a nosotros no nos protege género alguno de excusa.

Por otra parte, ellos estaban dispersos por toda la tierra. Porque dice en los Hechos de los Apóstoles: Estaban en Jerusalén judíos, varones religiosos, de todas las naciones que

viven bajo el cielop mientras que nosotros habitamos una sola ciudad, al abrigo de unos mismos muros; y con frecuencia ni siquiera nos separa de la iglesia una estrecha calle. Y con todo, no de otra manera que si nos separaran mares inmensos, no acudimos a estas reuniones. A aquéllos les mandó solamente que en tres ocasiones celebraran festividad. A nosotros, en cambio, nos ordenó que constantemente lo hagamos, porque para nosotros perpetuamente hay fiesta.

Y para que entiendas cómo para nosotros perpetuamente hay fiesta, te diré cuál sea la ocasión de las festividades: verás que todos los días son festivos. La primera festividad es la Epifanía. Y ¿cuál es la ocasión de esta festividad? Que Dios se ha dejado ver en la tierra y ha conversado con los hombres; puesto que Dios, Hijo Unigénito de Dios, ha estado con nosotros. Pero esto es continuo. Porque dice: He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos!5 Luego podemos celebrar fiesta de la Epifanía todos los días. ¿Qué significa la fiesta de Pascua y cuál es su ocasión? Anunciamos entonces la muerte del Señor: ¡eso es la Pascua! Pero tampoco esta festividad la celebramos en un tiempo determinado. Porque queriendo Pablo librarnos de esa sujeción al tiempo, y demostrando que podemos celebrar siempre la Pascua, dice: ¡Porque cuantas veces comeréis de este pan y beberéis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor! 6 De manera que, puesto que podemos anunciar constantemente la muerte del Señor, también podemos constantemente celebrar la Pascua.

¿Queréis ver cómo la festividad del día de hoy también podemos celebrarla cada día? Más aún: ¿cómo cada día se repite? ¡Veamos cuál sea la ocasión y por qué motivo la celebramos! Pues porque viene el Espíritu Santo a nosotros. Así como está con los hombres el Hijo Unigénito de Dios, del mismo modo también está el Espíritu de Dios. ¿De dónde nos consta?; El que me ama, guardará mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que permanezca con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad. He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos, y por esto podemos celebrar la Epifanía continuamente; del mismo modo dijo del Espíritu Santo: Estará con vosotros para siempre y así podemos celebrar constantemente la Pentecostés.

Y para que conozcáis que podemos nosotros celebrar constantemente tal festividad; y que ésta no tiene tiempo determinado, ni nos estrecha la necesidad del tiempo, oíd lo que dice Pablo: ¡Así pues! ¡celebremos fiesta! $ Y eso que cuando escribía, no era el1 día deputado para ella; no era ni el de Pascua, ni el de Epifanía, ni el de Pentecostés. Indica, por lo mismo, que no es el tiempo lo que hace ls> festividad, sino la conciencia pura. Porque la fiefrta no es otra cosa que alegría; y ninguna otra cosa engendra la alegría espiritual sino la conciencia de las buenas obras. De manera que aquel que tiene conciencia de buenas obras, ese puede perpetuamente estar de fiesta.

Indicando esto mismo decía también: ¡Así pues hagamos fiesta no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y de la maldad, sino con los ázimos de la pureza y de la verdad! '" ¿Ves cómo no te obligó con la necesidad del tiempo, sino que te puso como necesidad el tener una conciencia pura? ¡Quisiera gastar en esto toda la exhortación! Porque los que logran atrapar a otros tras de largo tiempo de no verlos, ya no los sueltan fácilmente. Del mismo modo, ahora que os hemos cogido en nuestra red a vosotros, los que habéis venido tras de un año de ausencia, ya no queremos, el día de hoy, dejaros ir. Mas, para que no quedéis rin participación en el discurso de esta solemnidad y así regreséis con fruto, es necesario pasar a tratar de la ocasión de la presente festividad,

tomando pie de esta exhortación.

Frecuentísimamente han bajado del cielo a la tierra bienes para el género humano; pero tales como los de este día, nunca antes habían descendido. Conoced, pues, los que anteriormente, bajaron y los que en este día descendieron, para que advirtáis la diferencia entre ambos. Llovió Dios el maná sobre la tierra y proporcionó a los israelitas pan del cielo;11 porque el hombre comió pan de ángeles. ¡Gran cosa es sin duda y digna de la benignidad de Dios! Luego bajó fuego del cielo y puso en buen camino al pueblo de Dios que había errado, y arrebató el sacrificio del altar. Bajó luego la lluvia cuando todos morían por el hambre y trajo consigo una grande fertilidad y abundancia de frutos.

Grandes son y admirables estas cosas, pero mucho mayores son las presentes. No bajó hoy el maná ni el fuego ni la lluvia, sino una tempestad de dones espirituales: ¡bajaron del cielo lluvias con las que ya no se excita la tierra para producir frutos, sino que se persuade a los hombres, a la humana naturaleza, que dé al Agrícola de los hombres, los frutos de virtud! Y los que recibieron una sola gota de esta lluvia, al punto se olvidaron de su naturaleza, y pronto la tierra toda se cubrió de ángeles; y no ángeles celestes, sino tales que viviendo en cuerpo humano presentaran las virtudes de las Potestades incorpóreas. Porque no bajaron ellas a la tierra, sino, lo que es más admirable, los que vivían en la tierra subieron hasta la virtud de aquéllas.

Porque no caminaban, ya depuesta la carne, como ánimas desnuda11, de ella; sino que reteniendo su propia naturaleza, mediante el propósito de su ánimo, se hacían ángeles. Y para que entiendas que aquella primera pena, de cuando dijo el Señor: ¡Polvo eres y en polvo te has de convertir! - no era en realidad un castigo, permitió Dios que tú permanecieras tierra, para que se mostrara mejor el poder del Espíritu Santo, el cual tales cosas iba a hacer mediante un cuerpo terreno. Porque fue cosa de ver a una lengua de barro imperando a los demonios; fue cosa de ver a una mano de barro curando las enfermedades. Mas aún: no sólo fue cosa de ver la mano de barro, sino, lo que es aún más admirable, las sombras de los cuerpos de barro verlas superando la muerte y a las Potestades incorpóreas, digo a los demonios.

Porque, así como al aparecer el sol se desvanecen las sombras, las fieras regresan a sus escondrijos, los homicidas, los ladrones, los violadores de sepulcros, se retiran a las cumbres de los montes, así en cuanto aparecía y hablaba Pedro, se apartaban las sombras del error, huía el diablo, se escapaban los demonios, sanaban los enfermos, desaparecían las enfermedades de las almas, quedaba cohibida toda maldad, y volvía a la tierra la virtud. Y así como si alguno logra sacar de los erarios regios, en donde hay oro y piedras preciosas, siquiera alguna partecilla pequeña, alguna piedrecilla de las que con tanta honra se guardan, esa aumenta en gran manera las riquezas del que la posee, rsí sucedía con las bocas de los apóstoles. Porque eran sus bocas de verdad tesoros regios en donde estaban depositado todos los tesoros de salud: ¡aun cada palabra que de ellas salía engendraba muchas riquezas espirituales! Entonces se pudo ver cómo la palabra del Señor es más deseable que el oro y las piedras muy preciosas: ¡porque lo que el oro no podía ni las piedras preciosas, eso lo hacía Pedro con solo su palabra!.

¿Cuántos talentos de oro habrían podido dar al cojo de nacimiento para que anduviera correctamente? Y en cambio la palabra de Pedro pudo cambiar y quitar aquel defecto de la naturaleza. Dijo: ¡En nombre de Jesucristo! ¡levántate y andallZ Y la palabra se convirtió en obra. ¿Ves cómo son más deseables que el oro y las piedras preciosas las

palabras del Señor? ¿Ves cómo fueron erarios regios aquellas bocas? ¡En verdad que fueron médicos de la tierra y agrícolas y pilotos! Médicos porque curaban las enfermedades; agrícolas, porque sembraban la palabra de la piedad; pilotos, porque apaciguaban las tempestades del error. Por esto, alguna vez les dijo el Señor; ¡Id y curad a los enfermos!¿hablándoles como a médicos. Otras veces les dijo: He aquí que os envío a que cosechéis lo que no sembrasteis, como a agrícolas. Y otras: Os haré pescadores de hombres. Y a Pedro: ¡No temas! ¡de hoy en adelante serás pescador de hombres! " con lo que les hablaba como a timoneles y pescadores. Y en seguida pudieron verse unos milagros sucediéndose a otros.

Porque nuestra naturaleza, hace diez días, subió al trono regio; y hoy el Espíritu Santo bajó hasta nuestra naturaleza. El Señor llevó al cielo las primicias de nuestra naturaleza, y envió desde allá al Espíritu Santo. Otro es el Señor que ha repartido estos dones. Porque Señor es el Espíritu Santo; y la providencia dispuesta en nuestro favor se la dividieron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No habían pasado apenas diez días de que Cristo subió a los cielos, cuando Cristo nos envió de allá los dones espirituales de la reconciliación del Padre. Para que nadie anduviera dudando y preguntando ¿qué fue pues lo que hizo Cristo una vez que subió a los cielos? ¿acaso nos reconcilió con el Padre? ¿acaso nos lo hizo propicio?; para eso, es decir, para declararnos que había aplacado al Padre respecto de nuestra naturaleza, al punto nos envió los dones nacidos de esa reconciliación. Porque cuando los enemigos se reconcilian, al punto se siguen las invitaciones, los banquetes, los regalos. Enviamos allá la fe y recibimos en cambio los dones del Espíritu Santo; enviamos la obediencia y recibimos la justificación.

Y para que entendáis que el darnos él Espíritu Santo es don de la reconciliación con Dios, procuraré persuadíroslo con las sagradas Escrituras. Y desde luego, tomaré la prueba por los contrarios, y os demostraré que cuando estaba irritado Dios retenía las gracias del Espíritu Santo. Y una vez que creas ser prueba de su ira la ausencia del Espíritu Santo, y luego veas que el Espíritu Santo ha sido enviado, aprenderás cómo, si no hubieras sido reconciliado con Dios, El jamás habría enviado al Espíritu Santo. Pues ¿cómo vendremos a entender esto?

Helí fue un anciano por lo demás probo y justo, pero que no sabía corregir la maldad de sus hijos, sino que los amaba desordenadamente. ¡Escuchad esto todos vosotros los que tenéis hijos, para que pongáis modo al cariño y al afecto hacia ellos! Pues por esto fue por lo que, habiendo Helí irritado a Dios, lo compelió a una ira tan grande que quedó Dios enemigo de toda su familia. Y para indicar el que esto escribió cómo Dios en gran manera se les había apartado, dijo: La palabra de Dios era preciosa y no era frecuente la visión. En este sitio llama preciosa, es decir, rara la palabra de Dios; es decir, que era raro el don de profecía. Y otro, llorando y lamentando la ira de Dios, decía: ¡Al presente no tenemos príncipe ni profeta! Y tambien el Evangelista: Pues aún no se había dado el Espíritu Santo porque Jesús no había sido glorificado.

Porque aún no había sido glorificado, es decir, crucificado, no se había dado a los hombres el Espíritu Santo: ¡porque eso ¿e glorificado equivale a crucificado! ¡La cosa en sí es por su naturaleza, ignominiosa; pero porque fg hacía en bien de los que amaba, la llama Jesús glorificación. Y ¿por qué, te ruego me lo aclares, el Espíritu Santo no se dio antes de la Pasión? Porque el orbe de la tierra estaba en pecado, en ofensa, en ignominia y odio, puesto que aún no se había sacrificado el Cordero que quita los pecados del mundo. De modo que, como aún no había sido crucificado Cristo, aún no se

había hecho la reconciliación; y no habiéndole hecho aún la reconciliación, con razón no era enviado el Espíritu Santo; de manera que el Espíritu Santo fuera enviado como un signo de reconciliación

Por esto dijo Cristo: ¿Os conviene que yo me vaya! ¡porque si no me fuere no vendrá Aquel! 21 Que es como decir: si yo no me voy y os reconcilio con el Padre no enviaré al Espíritu Santo. ¿Veis con cuántos testimonios os he demostrado que el no estar el Espíritu Santo con los hombres es señal de ira divina? La palabra del Señor era rara y no era frecuente la visión. Al presente no tenemos príncipe ni profeta. Porque aún no se había dado el Espíritu Santo, pues Jesús aún no había sido glorificado. Os conviene que yo me vaya, pues si no me voy no viene Aquél. En conclusión: es señal de ira divina el que no se haya dado el Espíritu Santo. Y cuando veas que el Espíritu Santo se ha dado en abundancia, no dudes ya más de la reconciliación.

Mas preguntará alguno: ¿En dónde está ahora el Espíritu Santo? Porque acerca del tiempo pasado rectamente se afirma: del tiempo aquel en que había milagros y resucitaban los muertos y todos los leprosos quedaban limpios. ¡No temáis! ¡Os voy a demostrar que también entre nosotros está el Espíritu Santo! ¿De qué modo? Porque si no estuviera con nosotros el Espíritu Santo ¿cómo los que en está sagrada noche han sido iluminados, habrían podido quedar libres de los pecados? Oíd cómo enseña esto Pablo: Porque también nosotros en otro tiempo fuimos necios, desobedientes, extraviados, incrédulos, esclavos de toda suerte de concupiscencias; mas cuando apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios nuestro Salvador, no por las obras justas que hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó, mediante el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo!23- Y en otra parte: ¡No os engañéis! ¡ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios!23 ¿Ves toda clase de maldades? Y continúa: Y esto fuisteis algunos; pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados. ¿De qué manera? Porque esto es lo que se pregunta: si acaso por el Espíritu Santo depusimos la maldad. Óyelo pues: Pero habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo. ¿Ves cómo el Espíritu Santo borró toda aquella maldad?

¿Dónde están ahora los que blasfeman de la majestad del Espíritu Santo? Porque si El no perdona los pecados, en vano se recibe en el bautismo; y si los perdona, entonces en vano es acometido por los herejes con blasfemias: Si no existiera el Espíritu Santo, no podríamos decir Señor Jesús. Porque nadie puede decir Señor Jesús sino en el Espíritu Santo. Si no existiera el Espíritu Santo, no podríamos los fieles orar. Porque decimos: Padre nuestro que estás en los cielos. De manera que así como no podríamos decirlo y llamarlo Señor, tampoco Padre. ¿De dónde consta esto? Del mismo apóstol que dice: ¡Y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita; Abba, Padre!? De manera que cuando lo invocas como Padre, acuérdate de que esa apelación te ha sido dada por el Espíritu Santo que movía tu alma.

Si no existiera el Espíritu Santo no habría en la Iglesia lenguaje de sabiduría ni de ciencia. Porque: A uno le es dada por el Espíritu Santo la palabra de Sabiduría, a otro la palabra de ciencia. Si no existiera el Espíritu Santo, no habría en la Iglesia Pastores ni Doctores. Porque también éstos son creados por el Espíritu Santo, conforme lo dice Pablo: El cual Espíritu Santo os puso como Pastores y obispos? ¿Ves cómo también

éstos se hacen por virtud del Espíritu Santo? Si no existiera el Espíritu Santo en este común Padre y Doctor, no le habríais todos a la vez respondido, cuando subió a esta sagrada cátedra y a todos os dio la paz. aquello: ¡Y con tu espíritu! Por lo mismo, no solamente cuando sube acá, ni sólo cuando os habla o cuando ora por vosotros, lo aclamáis con esas palabras, sino también cuando está delante de esta sagrada mesa y va a ofrecer el tremendo sacrificio.

Porque él no toca a las ofrendas antes de rogar para vosotros la gracia del Señor (¡saben lo que digo los ya iniciados en los misterios!) ni antes de que vosotros le contestéis: Y con tu espíritu; respuesta con la que vosotros mismos os traéis a la memoria que nada hace aquel que está presente con las ofrendas que tiene delante: ¡no las cambia obra alguna de la humana naturaleza, sino que la gracia del Espíritu Santo que está presente y acude a todo, es la que lleva a cabo el místico sacrificio! Porque, aunque sea un hombre el que está presente, pero es Dios el que obra por su medio. No atiendas pues a la1 naturaleza de aquel a quien estás viendo, sino a la gracia invisible suya: ¡esa considera! ¡Nada humano hay en las cosas que; se verifican en este sagrado santuario!.

Si no existiera el Espíritu Santo, la Iglesia no se sostendría. Si se sostiene la Iglesia, no cabe duda de que está presente el Espíritu Santo. Entonces, preguntará alguno ¿por qué ahora ya no hay milagros? ¡Atendedme en esto con diligencia! Porque oigo que muchos con frecuencia y aun siempre me proponen esta cuestión. ¿Por qué en aquel tiempo hablaban diversas lenguas todos los que se bautizaban, y en cambio ahora ya no? Sepamos primero qué cosa es hablar lenguas y luego conoceremos la causa. ¿Qué es, pues, hablar lenguas? El que se bautizaba, inmediatamente hablaba la lengua de los indos, los egipcios, los persas, los tracios, y un solo varón hablaba muchas lenguas. Y si éstos que ahora han sido bautizados lo hubieran sido entonces, también los habrías oído hablando diversas lenguas. Porque Pablo, tegún se cuenta, encontró algunos bautizados con solo el bautismo de Juan, y les preguntó: Si recibisteis al Espíritu Santo ¿cuándo creísteis? Y le dicen: Pero si ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo. Entonces ordenó al punto que fueran bautizados. Y como Pablo les impusiera las manos, bajó sobre ellos el Espíritu Santo y hablaban diversas lenguas todos.

Entonces ¿por qué ahora esa gracia se ha retirado y se les ha quitado a los hombres? ¡No ha sido porque Dios nos quiera infligir ignominia, sino para honrarnos! ¿Cómo? ¡Yo os lo voy a decir! Un tanto insensatos eran entonces los hombres, porque apenas hacía no mucho tiempo de que habían sido arrancados al culto de los ídolos; de manera que sus entendimientos aún estaban un tanto cerrados y su mente un tanto obtusa; y estaban atentos y apegados a todas las cosas corporales; y no podían concebir los dones incorpóreos ni conocían qué cosa fuera la gracia espiritual que sólo se percibe con la fe. Por esto se obraban los prodigios.

Porque de los dones espirituales unos son invisibles y íplo se comprenden con la fe; otros presentan ciertas señales sensibles para lograr la fe en los infieles. Por ejemplo: la remisión de los pecados es invisible y es don espiritual. Porque no vemos con los ojos de la carne cómo sean perdonados nuestros pecados. Y esto ¿por qué? Porque es el alma la que se purifica; pero el alma nunca se percibe con los ojos del cuerpo. Es pues el perdón de los pecados un cierto don espiritual que no puede manifestarse a los ojos del cuerpo; pero con todo, presenta a los sentidos una señal que fácilmente pueden percibir los infieles. Porque la lengua exterior, a la cual oímos, se manifiesta y declara cuál sea aquella interior operación hecha en el alma que es invisible.

Y por esto dice Pablo: Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. Y por esto yo no necesito de milagros. ¿Por qué? Porque he aprendido a creer en el Señor sin necesidad de que se me den señales. El incrédulo necesita que le den alguna prenda; pero yo, que ya creo, no necesito de prenda ni de milagro. Aunque yo no hable ninguna lengua, sé bien que estoy perdonado de mis pecados. Aquéllos en cambio no creían si no veían algún milagro. Por esto se les daban los milagros a la manera de una prenda de la fe con que creían. Así pues se les daban no como a fieles sino como a infieles, para que fueran fieles. Y así, dice Pablo; Son señal no para los creyentes sino para los incrédulos.

¿Veis cómo Dios nos sustrajo los milagros y la manifestación de ellos, no para deshonrarnos sino para colmarnos de honor? Pues, queriendo manifestar nuestra fe, hizo esto; a fin de que se vea que sin milagros ni prendas creemos. Porque aquéllos, si no recibían primero la señal y prenda, no le creían acerca de Jas cosas que no se les presentaban a losj sentidos. Pero yo, en cambio, sin nada de eso, les doy entera fe: ¡ésta es pues la causa de que ya no se hagan milagros!.

Hubiera querido hablaros de la ocasión de la festividad y enseñaros cuál es el fin de la fiesta de Pentecostés y por qué en esta festividad se dio el Espíritu Santo y por qué en lenguas de fuego y por qué después de diez días a partir de la Ascensión. Pero veo que es doctrina un tanto larga. Por esto, en cuanto añada un poco más terminaré mi discurso. Cuando llegó el día de Pentecostés aparecieron como divididas lenguas de fuego. No eran de fuego, sino como de fuego; a fin de que no vayas a pensar nada sensible acerca del Espíritu Santo. Porque, así como en el río Jordán, no bajó una paloma, sino en forma de paloma, así aquí no bajó fuego sino en forma de fuego. Y además, dice anteriormente: A la manera de un viento impetuoso que llega. No es viento impetuoso sino a manera de un viento impetuoso.

Mas ¿por qué Ezequiel recibió el don de profecía no en semejanza de fuego, sino de libro; y en cambio los apóstoles reciben los dones por fuego? Porque de aquél dice la Escritura que le fue puesto en su boca un comienzo de libro en donde estaban escritos quejas y cantos y amenazas; y que estaba

escrito por dentro y por fuera, y que lo devoró, y que en la boca se le hizo como miel. EJT, cambio, de los apóstoles no dice así, sino que aparecíéronles lenguas como de fuego. Pues ¿por qué allá libro y letras y acá lengua y fuego? Porque aquél había de ir a perseguir los pecados y las miserias de los judíos y a llorarlos; mientras que éstos iban a quitar los pecados del orbe de la tierra. Por esto aquél recibió un libro que le trajera a la memoria las calamidades futuras; mientras que éstos recibieron fuego que purificara los pecados de toda la tierra y los borrara.

Pues así como si cae fuego en las espinas fácilmente las acaba, así la gracia del Espíritu Santo consumía los pecados de los hombres. Pero los judíos vesanos, cuando esas cosas se realizaron; cuando convenía que se sintieran conmovidos y temblaran y adoraran al Dador, de nuevo manifestaron su locura. Y acusan a los apóstoles, repletos del Espíritu Santo, de embriaguez. Porque decían: ¡Están llenos de mosto!37 Advierte la maldad de los hombres y contempla la bondad de los ángeles. Porque los ángeles, al ver subir al cielo nuestras primicias, se alegraban y decían: ¡Levantad, oh príncipes, vuestras puertas! ¡Levantaos, puertas eternales y entrará el Rey de la gloria!

En cambio, los hombres, al ver descender a nosotros la gracia del Espíritu Santo, dicen de aquellos que la recibieron: ¡están embriagados! Y ni siquiera los contuvo la estación del año. Porque en el tiempo de la primavera no es posible encontrar mosto; y entonces era la estación de primavera. Pero, dejémoslos a ellos, y nosotros pasemos a considerar el intercambio que hace nuestro benigno Dios. Tomó Cristo las primicias de nuestra naturaleza, y nos¡dio la gracia del Espíritu Santo. Y como suele suceder en una guerra larga, cuando ya la lucha se ha dirimido y se han ajustado las paces, que aquéllos que antes eran enemigos ahora se dan mutuas prendas y rehenes, así aconteció entre Dios y la naturaleza humana. Como prenda y rehenes envió ésta las primicias suyas que Cristo elevó al cielo; y El, como prendas y rehenes, nos envió al Espíritu Santo.

Y que nosotros tengamos prendas y rehenes, se manifiesta por esto. Porque conviene que las prendas y rehenes sean de regia eítirpe. Y por esto se nos envió al1 Espíritu Santo, pues que es de regia sustancia; así como también el que de entre nosotros fue llevado a los cielos era nacido de real estirpe, puesto que era descendencia de David. Por esto, no temo ya, puesto que nuestras primicias están sentadas* allá arriba. Por esto, aunque me pongas delante el gusano que no muere o el fuego inextinguible y las penas y los suplicios, ya no temo. Es decir: ¡temo pero no desespero de mi salvación! Porque si Dios no hubiera determinado amontonar grandes bienes en nuestra especie, nunca habría llevado consigo a lo alto nuestras primicias.

Anteriormente nosotros, mirando al cielo y pensando en aquellas Potestades incorpóreas, comprendíamos nuestra bajeza, haciendo comparación con ellas. Pero cuando queremos ver ahora nuestra nobleza, miramos al cielo y hacia el trono mismo del Rey, porque ahí están asentadas las primicias tomadas de entre nosotros. Y del mismo modo vendrá a juzgarnos el Hijo de Dios desde los cielos; por lo cual estemos preparados y no vayamos a perder esa gloria. Porque ciertamente vendrá y no tardará nuestro común Señor. Vendrá y traerá consigo su ejército: las cohortes de ángeles, las filas de los arcángeles, los escuadrones de los mártires, los coros de los justos, el grupo de los profetas y apóstoles; y en medio de aquellos espirituales ejércitos, aparecerá el Rey rodeado de una inefable e inexplicable gloria.

Pongamos, pues, todo nuestro empeño, a fin de no perder esa gloria. ¿Queréis que también os diga las cosas que entonces infundirán terror? ¡No para poneros tristeza, sino para llevaros a un mejor modo de vida! Entonces, ante aquel tribunal se desliza un río de fuego, entonces se abren los libros, entonces re procede a aquel juicio formidable y tremendo. Y. como se hace delante de un tribunal, se leerán las efemérides de nuestra vida. ¡Mucho hablan los profetas de ese libro. Moisés dice: ¡Perdónales este pecado o si no bórrame a mí del libro que escribiste! 39 Y Cristo decía a sus discípulos: ¡No os gocéis de esto! ¡que los demonios se os sujetaban! ¡gózaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos! 40 Y también el profeta David: ¡En tu libro están escritas todas mis obras y mis días, aún antes de que existiera el primero de ellos! 41 Y también: ¡Sean borrados del libro de los que viven y no sean escritos con los justos!

¿Advientes cómo unos son borrados y otros son escritos? ¿Quieres conocer cómo en esos libros no solamente se escriben los justos sino que además están escritos nuestros pecados? ¡Tiempo es ahora de festividad: aprendamos las cosas mediante las cuales podemos librarnos de los suplicios! ¡Terrible es la palabra, pero fructuosa y útil, puesto que impide que en la realidad experimentemos los suplicios! Aprendamos pues que allá

son escritos nuestros pecados; y que todo cuanto aquí hubiéremos hablado allá es llevado al punto y es escrito. ¿De dónde consta esto? Porque cosas tan graves no deben afirmarse sin razón. Miqueas dice a los judíos: ¡Sois pesados a Y ave! ¿En qué le somos pesados, dicen? En que decís: el que hace el mal es grato a Yavé.

Palabras son éstas de siervos malvados, y con todo El se complació en ellos: ¡en los malvados, dice, en los que no le hicieron servicio! He aquí que guardamos tus mandamientos y con todo llamamos felices a los extraños. Porque nosotros cada día estamos en tu servicio y otros son los que disfrutan los bienes. Con frecuencia hablan así los siervos de los señores. Pero que un hombre diga esto de otro no es cosa tan grave, aunque ya lo es. Pero, decir estas cosas del común Señor de toda la tierra, del' Señor misericordioso y benigno ¡no hay cosa que con mayor pena y castigo se haya de castigar!.

Mas, para que comprendas que estas palabras quedan escritas allá arriba, oye lo que dice el profeta: He aquí que estas cosas han sido escritas en el libro de los que viven para recuerdo en la presencia del SeñorA Y se escriben, no porque el Señor necesite recordar el día sino para probar la acusación del crimen y presentar el libro como fundamento de acusación. ¡Tal vez os he infundido en la mente el terror! ¡Pero no la vuestra sino la mía ha sido la primera en aterrorizarse! ¡Ea, pues! ¡Terminaré mi discurso! ¡O más bien, terminaré con ese vuestro terror! Pero ¡no podré quitároslo! ¡solamente lo aliviaré! ¡Porque yo deseo que permanezca en vuestra mente y os purifique! ¡Lo disminuiré a fin de que no se vuelva intolerable!.

Y ¿cómo podremos disminuirlo? ¡Demostrando que nuestros pecados no solamente se escriben sino que también se borran! Acá en nuestros juicios, todo lo que dice aquel que anda litigando se anota en los procesos para perpetua memoria, y ya no se puede borrar; pero en aquel otro libro, por muchos males que hayas dicho, si quieres se borran de nuevo. ¿De dónde se manifiesta esto? Por la Escritura que dice: ¡Aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis iniquidades! y nadie puede borrar lo que no se había escrito. De manera que, puesto que habían sido escritos, ruega que sean borrados.

Y por ahí otro escritor sagrado nos enseña cómo se borran. Tus pecados se purifican con la limosna y la fe. Ni solamente se borran, sino que se purifican, hasta no quedar ni rastro del borrón. Ni solamente se borran los pecados cometidos después del bautismo, sino también los que se habían escrito antes del bautismo: todos ellos se borran con el agua del bautismo y con la cruz de Cristo, como lo dice Pablo: Borrando el acta de los decretos que nos era contraria, que era contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruzA ¿Adviertes de qué manera fue borrada aquella escritura? Pero no solamente fue borrada, sino desgarrada, una vez que la hicieron girones los clavos de la cruz, a fin de que quedara inútil.

Pero todos esos pecados han sido borrados por la gracia y benignidad de la virtud de Cristo crucificado. Los pecados cometidos después del bautismo necesitan de mucho cuidado para que sean borrados; porque no hay segundo bautismo. Necesitan de nuestras lágrimas, penitencia, confesión, limosnas, oraciones, y otros géneros de piedad. De esta manera se borran también los pecados cometidos después del bautismo, pero con grande fatiga y trabajo. Pongamos, pues, toda diligencia en borrarlos durante la vida; para que así en la futura estemos libres de padecer afrentas y suplicios. Pues, aunque hayamos cometido infinitos pecados, si queremos podemos echar al suelo todas

esas cargas de pecados. ¡Queremos pues! ¡porque es mucho mejor ejercitar aquí un mediano trabajo y librarnos del inevitable suplicio, que tras de habernos entregado por breve tiempo al ocio y la desidia, caer en aquellas penas eternas!.

Tiempo es de que recopilemos todo lo dicho. Hemos reprendido a aquellos que solamente se presentan aquí una vez en el año, puesto que dejan desnuda a su madre. Les trajimos a la memoria el antiguo Testamento con las maldiciones y bendiciones. Tratamos de las fiestas de los judíos y por qué motivo mandó Dios a los judíos que se presentaran en el templo tres veces en el año. Añadimos que las fiestas de la Epifanía, la Pascua y Pentecostés son continuas y de todos los días. Y que las fiestas las hace la conciencia pura y no el círculo de los tiempos. De aquí hicimos digresión a los dones; venidos del cielo, y advertimos que eran una señal de reconciliación. Demostramos que el Espíritu Santo vive entre nosotros, por la remisión de los pecados, por lo que respondéis al Pastor, por la palabra de sabiduría y ciencia, por las Ordenes, por el sacrificio místico. Y dijimos que nosotros reteníamos prendas y rehenes mutuos. Añadimos los motivos por los cuales se han quitado de en medio los milagros. Luego renovamos la memoria del tremendo juicio y de los libros, que en aquel entonces se abrirán, y cómo todos nuestros pecados se escriben. Y demostramos que si queremos pueden ser borrados.

¡Acordaos de todo esto! Y si no puede ser de todo, a lo menos recordad, en lugar de todas estas cosas, aquello que dijimos del libro. Y así, todo cuanto respondéis habladlo con cautela, como si delante tuvierais al que lo escribe; y tener siempre fresca la memoria de estas palabras. Esto, con el fin de que aumenten las obras buenas de aquellos: cuyos nombres están escritos en el libro de los justos; y borréis desde acá, sin que nadie lo sepa, los muchos vuestros que hayan sido escritos allá, y evitemos que allá se divulguen. Porque podemos, como quedó demostrado, borrar todos los pecados que están escritos, usando del fervor, de las oraciones, de la ferviente devoción. Procuremos esto en todo tiempo, a fin de que cuando emigremos allá, podamos obtener algún perdón y evitar las penas aquellas intolerables. ¡Ojalá nos acontezca a todos, liberados de ellas, alcanzar el reino de los cielos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre y al Espíritu Santo la gloria, el honor y el! poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos! Amén.

27

XXVII: Homilía segunda sobre la santa Pentecostés.

(No podemos saber nada concreto acerca del año en que fue predicada esta Homilía. Llama en ella el santo a la festividad "Metrópoli de las fiestas". Lo explica luego porque en ésta se recoge el fruto de la sagrada Pasión. Por lo demás, es curioso notar cómo en la Homilía anterior (primera sobre Pentecostés), el santo solamente enumera como fiesta de primer orden la Epifanía, la Pascua y Pentecostés. Creen algunos que fue porque la fiesta de Navidad era aún muy reciente, y los antioquenos estaban acostumbrados a celebrar el mismo día de la Epifanía así la Natividad como el Bautismo de Jesús. Cuanto a la fiesta de la Ascensión, la consideraban como formando una con la de Pentecostés. Su año, según parece, lo empezaban en el mes de septiembre. De todos modos, es muy difícil el acoplamiento del ciclo cronológico actual con los calendarios eclesiásticos de aquellos tiempos.

¡GRANDES SON, carísimos, ni pueden ser comprendidos por ninguna humana razón, los dones que hoy nos ha concedido nuestro benignísimo Dios! Por esto, todos en común gocémosnos y alegrémonos y alabemos al Señor. Porque la fiesta de hoy es común y pública reunión para todos nosotros. Pues así como en la vuelta de las cuatro estaciones y en los solsticios del año, unos se suceden a otros, así, por cierto, en la Iglesia del Señor las festividades se suceden unas a otras y de una en otra nos van llevando adelante. Hace poco celebramos la fiesta de la Cruz y luego la de la Pasión y la de Resurrección y finalmente la de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo a los cielos. Hoy hemos llegado al colmo de los bienes, a la metrópoli de las festividades, al fruto mismo de las promesas del Señor.

Porque, si yo me fuere, dice, os enviaré otro Paráclito y no os dejaré huérfanos! ¿Veis la solicitud? ¿veis la inefable benignidad? Hace unos pocos días subió a los cielos, recibió el trono real, recuperó su asiento a la diestra del Padre. Y hoy nos concede la venida del Espíritu Santo, y por su medio nos da infinitos bienes del cielo. Porque ¿cuál de las cosas, pregunto, que son necesarias para nuestra salvación no nos ha sido dada por el Espíritu Santo? Por El quedamos libres de la servidumbre, somos llamados! a la libertad, somos introducidos en la adopción de hijos de Dios; y de nuevo, por así decirlo, somos rehechos, y dejamos la pesada y asquerosa carga de los pecados. Por el Espíritu Santo vemos los coros de losi sacerdotes y tenemos las filas de los Doctores. De esta fuente se derivan los dones de profecía, revelación y gracias de sanidad; y todas las otras cosas con que la Iglesia de Dios suele adornarse, de ahí se toman.

Esto es lo que clama Pablo con aquellas palabras: Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere. Según quiere, dice; y no según se le ordena; dividiendo El y no dividido. En lo cual se muestra autor de los dones y no sujeto a la autoridad de otro. Porque la misma potestad que Pablo testificó para el Padre, esa misma atribuyó al Espíritu Santo. Y así como dice del Padre: Dios es el que obra todas las cosas en todos p así dijo del Espíritu Santo: Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere. ¿Ves su perfecta potestad? Porque aquellos que tienen una naturaleza común, es claro que tienen una misma potestad; y aquellos cuya majestad de honor es igual, de esos una misma es la virtud y la potestad.

Por este Espíritu hemos obtenido la remisión de los pecados; por éste hemos quedado limpios de las horruras; por el don de este Espíritu a los hombres, hemos sido hechos ángeles todos cuantos acá acudimos en gracia. Y esto no por una mutación de nuestra naturaleza, sino, lo que es mucho más admirable, permaneciendo en la humana naturaleza tenemos una conversación angélica: ¡tan grande es la virtud del Espíritu Santo! Y a la manera del fuego nuestro que con los sentidos se percibe, cuando ha caído en un barro blando lo convierte en una olla maciza, de la misma manera el Espíritu Santo, cuando llega a una alma buena, aun cuando la encuentre blanda como el barro, la vuelve más resistente que el hierro. Pues al que antes se encontraba manchado con la hez de los pecados, lo hace al punto más resplandeciente que el sol.

Esto es lo que el bienaventurado Pablo nos enseñaba cuando decía y clamaba: ¿No os engañéis! Ni los fornicarios, ni los idótatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los dados al vino, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de DiosA Y una vez que hubo enumerado casi todos los géneros de maldad; y hubo enseñado que todos cuantos se han hecho reos de talest pecados están

privados del reino de Dios, al punto añadió: Y algunos esto erais, pero nafréis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados. Pero dime: ¿de qué modo o en qué manera? Porque esto es lo que estamos investigando; En el nombre, dice, de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios$ ¿Ves, carísimo, la virtud del Espíritu Santo? ¿Ves cómo el Espíritu Santo ha boirado toda iniquidad? ¿Ves cómo a aquellos que anteriormente habían sido traicionados por sus propios pecados, repentinamente los levantó a los más grandes honores?

¿Quién, pues, podrá llorar como se merece a los que acometen con blasfemias a la majestad y divinidad del Espíritu Santo? ¡A esos que, a la manera de locos furiosos, no logra apartarlos de lo perveso de su ingratitud el cúmulo de beneficios, sino que, al revés, no temen maquinar cuanto pueden contra su propia salvación, quitando al Espíritu Santo, cuanto es de su parte, la señoril majestad, e intentando pasarlo y rebajarlo al conjunto de las demás criaturas! A tales hombres yo de buena gana les preguntaría: ¡Ea, vosotros! ¿Qué motivo tenéis para haber declarado tan cruel guerra contra la majestad del Espíritu Santo, o más bien dicho, contra vuestra salvación? No dejáis que penetre en vuestras mentes lo que el Salvador dijo a los discípulos: Id, pues, les dice, y predicad y enseñad a todas las gentes, y bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Ves la majestad igual en el honor? ¿Ves la concordia exactamente descrita? ¿Ves cómo la Trinidad es indivisa? ¿Acaso hay alguna diferencia o inmutación o disminución? ¿Por qué os atrevéis a añadir a las palabra" del Señor otros nuevos preceptos? ¿Ignoráis que aun en los negocios humanos, si hay alguno que se atreva y llegue a tan gran audacia que quite o añada algo a las Letras expedidas por el rey -y eso que el tal rey es del mismo linaje que nosotros y consorte de nuestra misma naturaleza- se le suele castigar con el supremo castigo y no hay modo de salvarlo de la pena que bien ha merecido? Pues si en los negocios humanos tan grave peligro amenaza ¿qué perdón podrán alcanzar los que hasta tal punto avanzan en su arrogancia que procuran corromper las palabras que dijo el común Salvador nuestro? No se dignan escuchar a Pablo, que tenía en sí mismo a Cristo que en él hablaba, cuando clara y terminantemente dice: Ni el ojo vio ni el oído oyó ni vino a la mente humana lo que Dios ha preparado para los que lo aman?

Si, pues, ni el ojo vio ni el oído oyó ni pudo alcanzar la mente el conocimiento de los bienes que para quienes aman a Dios están preparados ¿por dónde podrá ser, oh Pablo, que alcancemos semejante conocimiento? Espera tú, oyente, un poco y escucharás que el mismo Pablo dice: Dios nos lo ha revelado por su Espíritu? Y no se detiene aquí; sino que para indicar la grandeza del poder, y de qué manera sea de la sustancia misma del Padre y del1 Hijo, añade: El Espíritu todo lo escruta, aun las profundidades de Diosl Y luego, como deseara poner en nuestra mente una más exacta doctrina por medio de ejempíos humanos, añadió: ¿Qué hombre conoce lo que en el hombre hay sino el espíritu del hombre que en él está? ¡Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios!.

¿Ves ahora la enseñanza excelentísima y perfecta? A la manera, dice, que aquellas cosas que están en el pensamiento del hombre, no puede ser que otro las conozca, sino que sólo él conoce sus cosas, así las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios, lo cual es lo más adecuado y excelente para declarar la dignidad del Espíritu Santo. Porque puso un ejemplo que parece insinuar lo siguiente. No es posible que algún

hombre ignore jamás las cosas que tiene en su mente. Pues así como esto no puede ser, así el Espíritu Santo conoce exactísimamente las cosas de Dios. Ni puede negarse que este bienaventurado Pablo, en estas palabras, se refiere a quienes a causa de su preconcebida opinión, declaran, con detrimento de su salvación, haber movido una tan grande guerra contra la dignidad del Espíritu Santo, y cuanto está de su parte lo privan del supremo poder y lo rebajan a la vileza de las criaturas.

Pero, aunque ellos, llevados del empeño de su disputa, se opongan como adversarios a las palabras de la Escritura sagrada, nosotros, en cambio, recibiendo como documentos celestes los oráculos divinos de arribaí y tributando al Espíritu Santo las debidas alabanzas, llevemos de frente el recto y exacto conocimiento de la verdad. Y basta con lo dicho para redargüir a quienes no dudan de enseñar cosas contrarias a las palabras del Espíritu Santo.

Mas, por qué el Señor no envió esa causa de tantos bienes en seguida de su Ascensión a los cielos, sino que dejó que fuera esperada unos pocos días, y que los discípulos permanecieran solos en su casa, y al fin les envió la gracia del Espíritu Santo, creemos que os haremos un importante servicio si lo declaramos a vuestra caridad. Porque no fue esto al acaso ni en vano. Habiendo visto que los hombres no apreciaban tanto los bienes que tienen en la mano ni los ponderan según su dignidad, aunque parezcan agradables y grandiosos, si no es que al mismo tiempo se echa encima el choque de los, males contrarios... vg. (porque es necesario decirlo más claramente) : quien está sano y vigoroso de cuerpo, no siente ni puede saber con exactitud cuántos bienes le proprociona la salud, si no es que echándosele encima la enfermedad corre experiencia de ella; y quien recibe el nuevo día no aprecia suficientemente la luz. si no es que ha experimentado ya la oscuridad de la noche. Porque esos contrarios, como la experiencia lo enseña, nos dan a conocer con exactitud la calidad de las cosas de que anteriormente disfrutábamos.

Pues del mismo modo, puesto que los discípulos, mientras estaba Jesús presente habían disfrutado de infinitos bienes; y por estar en su compañía pasaban los días dulcísimamente; pues todos los habitantes de Palestina volvían los ojos hacia el rostro de ellos, como a unos luminares, cuando a los muertos daban la vida y a los leprosos los limpiaban y expulsaban a los demonios y curaban las enfermedades y hacían otros muchos milagros; pues como fueran entonces así de ilustres y célebres, permitió que por algún tiempo quedaran sin El y separados de su virtud en cuyo auxilio se apoyaban; para que, cuando estuvieran destituidos de éste, aprendieran cuánto aprovechaba la presencia de su bondad; y una vez vista la grandeza de los bienes pasados, con mayor expectación esperaran el don del Paráclito.

Porque éste consoló a los que estaban tristes e ilustró con los rayos de su luz a los que estaban llorando y repletos de tristeza por haberse apartado el Maestro, y a los que estaban ya casi muertos, los resucitó, les apartó las tinieblas de la tristeza y les quitó la angustia que padecían. Porque como hubieran escuchado aquella voz del Señor: Id y enseñad a todas las gentes,l% ignoraban con todo a dónde debía cada uno de ellos marcharse y en qué región del orbe de la tierra había de predicar la palabra de Dios. Por esto vino el Espíritu Santo en forma de lenguas, distribuyó a cada uno las regiones de la tierra en que había de enseñar, y por medio de la lengua que les había concedido, como en una tabla, les hizo cognoscible el término de la dignidad que les confiaba y de la doctrina que habían de enseñar.

Por esto vino en forma de lenguas. Ni solamente por esto, sino además para refrescarnos la memoria del Antiguo Testamentó. Porque como en otro tiempo los hombres, alzados en soberbia, hubieran querido construir una torre que llegara hasta el cielo; pero Dios hubiera disipado su malvada unión y concordia mediante la división de las lenguas, por eso ahora, en figura de lenguas de fuego, vuela hacia ellos el Espíritu Santo; para por este medio unir de nuevo al orbe de la tierra anteriormente dividido. Y sucedió una cosa nueva y admirable. Porque así como antiguamente las lenguas dividieron al orbe de la tierra y convirtieron en separación aquella unión y junta perversa, así ahora las lenguas unieron de nuevo al orbe de la tierra, y volvieron la concordia a los que andaban divididos.

Así pues, por esto vino en forma de lenguas. Y las lenguas eran de fuego, porque en nosotros se habían desarrollado, a la manera de una selva, las espinas del pecado. Porque así como una tierra gruesa y fértil, si no se la cultiva germina una grande selva de espinos, así nuestra naturaleza que fue creada buena por el Creador e idónea para producir la mies de las virtudes, por no haber recibido en sí el arado de la piedad ni la simiente del conocimiento de Dios, germinó la impiedad a la manera de unos espinos y de una selva sin provecho. Y como acontece muchas veces, que por la multitud de los espinos y de las malas hierbas ni siquiera se deja ver la superficie del suelo, asi la pureza y nobleza de nuestra alma ya no aparecía; hasta que vino el agrícola de la misma naturaleza humana; y tras de arrojar en ella el fuego del Espíritu Santo la purificó y la hizo que se volviera idónea para recibir la divina simiente.

¡Tan grandes son y aun mucho mayores los bienes que nos vinieron con el beneficio de hoy! Siendo, pues, así estas cosas, os ruego y suplico que también nosotros celebremos la festividad de un modo digno de la excelencia de los bienes acumulados en gracia nuestra. Y esto no precisamente poniendo coronas en las puertas, sino haciendo frondosa el alma; no adornando la plaza con alfombras y tapetes, sino volviendo resplandeciente el alma y cubriéndola, como con un manto, con la vestidura de la virtud; a fin de que, de este modo, podamos recibir la gracia del Espíritu Santo y captar de ahí los frutos que brotan.

Pero ¿cuál es el fruto del Espíritu Santo? Oigamos a Pablo que dice: El fruto del Espíritu Santo es caridad, gozo y paz. Observa cuánta exactitud hay en las palabras y cuánta cohesión en la doctrina. Echó por delante la caridad y luego recordó las cosas que de ella se derivan. Plantó primero la raíz y luego declaró el fruto. Puso el fundamento y luego levantó el edificio. Comenzó por la fuente y de ahí bajó a los raudales. Porque es imposible que la materia de gozo nos. penetre si antes no consideramos la prosperidad de los otros como nuestra y reputamos los bienes ajenos como propios. Pero esto no puede nacer de otra parte sino de que prevalezca y domine la fuerza de la caridad.

La caridad es fuente y raíz y madre de todos los bienes. Porque, a la manera de la fuente, derrama grande cantidad de aguas; y como raíz germina infinitos ramos de virtudes; y como madre, abraza en su seno apretadamente a los que a ella se acogen. Pues, como esto conociera perfectamente el apóstol Pablo, la llamó fruto del Espíritu Santo. Y en otra parte le concedió tan grande prerrogativa que la llamó plenitud de la ley: ¡La plenitud de la ley es la caridad! I4 Más aún: el Señor universal de todos, como una muestra digna de fe y una señal suficiente para que cualquiera demostrara ser su

discípulo, no nos propuso otra que la que se saca de la caridad, cuando dijo: En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros.

Os ruego, por este motivo, que nos acojamos todos a ella y a ella nos apeguemos y que con ella recibamos la presente festividad. Porque en donde existe la caridad en el ánimo, ahí cesan los defectos; en donde está la caridad, ahí se apagan los irracionales asaltos. Puesto que dice: La caridad no obra jactanciosamente, no se hincha, no es ambiciosa. La caridad no hace daño al prójimo. En donde domina la caridad jamás se ve a un Caín que mate a su hermano. ¡Quita la fuente de la envidia y habrás quitado el río de todos los males! ¡Arranca la raíz y a la vez habrás extirpado el fruto! Y esto lo digo, porque me causan mayor solicitud los envidiosos que no los envidiados. Porque son aquéllos los que mayor daño padecen y echan sobre sí una grande ruina. Porque los que son envidiados, si quieren re les convierte en materia de coronas esto de padecer envidias.

Advierte cómo es celebrado con alabanzas Abel; y día por día es exaltado con encomios; porque el motivo de su muerte dio ocasión a la celebridad de su nombre. Ciertamente éste, aun después de su muerte, sigue hablando con audacia mediante su sangre, y con clara voz acusa al fratricida. Aquél en cambio, habiendo alcanzado el fruto de sus obras, por medio de sus mismas obras recibió el justo castigo y anduvo temblando y gimiendo por la tierra. Este, aun muerto y yaciendo en tierra, tras de la muerte alcanzó mayor libertad de hablar y mayor confianza. Y así como a aquél, de tal manera lo dispuso el pecado que aun viviendo llevaba una vida más infeliz que los muertos, así a éste su virtud lo hizo, después de su muerte, aún más ilustre.

Asi pues, nosotros, para alcanzar una mayor confianza en esta vida y en la otra; y para obtener es esta festividad una mayor alegría, ante todo despojémonos de la envidia. Porque aunque nos parezca haber acumulado méritos infinitos de buenas obras, si acaso esta horrible y amarga peste nos molesta, todo quedará en nada. ¡Haga el Señor que todos estemos libres de ella! En especial aquellos que en el día de hoy, mediante el bautismo, se despojaron del vestido de sus antiguos pecados, y pueden despedir de sí una luz émula de los mismos rayos del sol.

Os exhorto, pues, a vosotros, los que hoy habéis sido inscritos en la adopción y os habéis revestido la espléndida vestidura. ¡Cuidad con todo cuidado el esplendor de que ahora estáis dotados, y cerrad por todas partes la entrada al demonio; a fin de que, tras de recibir una más copiosa gracia del Espíritu Santo, podáis llevar el fruto de treinta, de sesenta y de ciento por uno; y para que os hagáis dignos de salir al encuentro del Rey de los cielos, cuando venga a distribuir bienes mayores que cuanto puede decirse a aquellos que pasaron la vida presente en el ejercicio de la virtud, en Cristo Jesús, Señor nuestro, al cual sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.